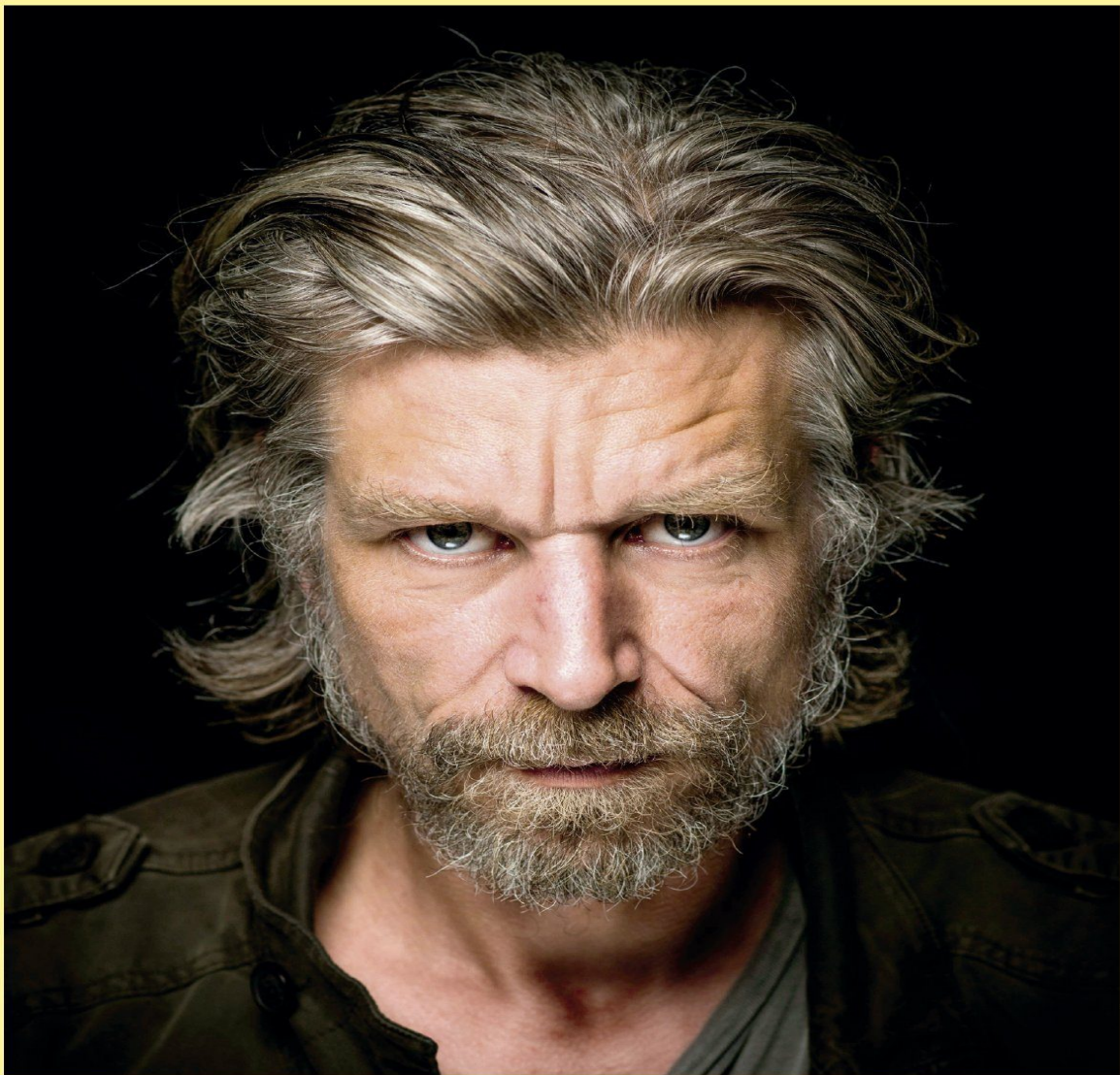


KARL OVE KNAUSGÅRD

---

*Tiene que llover*

*Mi lucha: 5*



---

ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

Karl Ove Knausgård

# Tiene que llover

Mi lucha: 5



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

## Índice

Portada  
Sexta parte  
Séptima parte  
Créditos

## Sexta parte

Los catorce años que viví en Bergen, de 1988 a 2002, concluyeron ya hace mucho, no queda ni rastro de ellos, salvo episodios que tal vez recuerden algunas personas, un flash en una cabeza por aquí, un flash en otra cabeza por allá, y, claro está, todo lo que mi memoria conserva de aquella época. Pero es sorprendentemente poco. Lo único que ha permanecido de todos esos miles de días que pasé en esa pequeña ciudad del oeste de calles estrechas, relucientes de lluvia, son unos cuantos sucesos y un montón de estados de ánimo. Llevé un diario, lo he quemado. Hice fotos, las doce que quedan están en un pequeño montón al lado del escritorio, junto con todas las cartas que recibí en aquella época. Las he hojeado, he leído fragmentos de algunas de ellas, y luego siempre me he sentido deprimido; fue una época horrible. Yo sabía tan poco, deseaba tanto... y no lograba nada. ¡Pero qué animado estaba antes de ir allí! Ese verano hice autostop con Lars hasta Florencia, pasamos allí unos días y luego cogimos el tren hasta Bríndisi, hacía tanto calor que tenía la sensación de estar quemándome cuando asomaba la cabeza por la ventanilla. Noche en Bríndisi, cielo oscuro, casas blancas, un calor casi onírico, multitud de gente en los parques, por todas partes jóvenes con ciclomotores, gritos y ruido. Nos pusimos en la cola que se había formado delante de la escala del gran barco que nos llevaría a El Pireo, había mucha gente, casi todos jóvenes con mochila, como nosotros, cuarenta y nueve grados en Rodas. Pasamos un día en Atenas, la ciudad más caótica en la que había estado, un calor de locos, luego cogimos un barco hasta Paros y Antíparos, donde nos tumbábamos en la playa todos los días y nos emborrachábamos con aguardiente todas las noches. Un día nos encontramos con unas chicas noruegas, y mientras yo estaba en el baño, Lars les contó que él era escritor y que empezaría a estudiar en la Academia de Escritura en el otoño. Estaban inmersos en una conversación sobre ese tema cuando volví. Lars se limitó a mirarme, sonriente. ¿Qué estaba haciendo? Yo sabía que solía decir alguna que otra mentira, ¿pero estando yo delante? No dije nada, pero decidí mantenerme alejado de él en el futuro. Volvimos a Atenas, yo ya no tenía dinero, a Lars le quedaba todavía un montón y decidió volver a Oslo en avión al día siguiente. Estábamos sentados en la terraza de un restaurante,

él comía pollo con la barbilla brillante de grasa, y yo bebía un vaso de agua. No quería pedirle dinero por nada del mundo, la única manera de poder aceptar dinero suyo era si él me ofrecía un préstamo. No lo hizo, y me quedé con hambre. Al día siguiente él se fue al aeropuerto, yo cogí un autobús hasta las afueras de la ciudad y me bajé cerca de una autovía, donde me puse a hacer autostop. Al cabo de unos minutos se paró un coche de policía, no sabían ni una palabra de inglés, pero entendí que en esa carretera estaba prohibido hacer autostop, de manera que cogí el autobús de vuelta a la ciudad y con el dinero que me quedaba saqué un billete de tren para Viena y me compré una barra de pan blanco, una Coca-Cola grande y un cartón de cigarrillos.

Pensaba que el viaje duraría unas horas, y me llevé un gran susto cuando vi que duraba cerca de dos días. En el compartimento iba un chico sueco de mi edad y dos chicas inglesas que resultaron ser algo mayores. Ya llevábamos un buen rato en Yugoslavia cuando se percataron de que no tenía ni dinero ni comida, y se ofrecieron a compartir conmigo la suya. El paisaje que se veía por las ventanillas era tan hermoso que hacía daño. Valles y ríos, granjas y pueblos, gente vestida de un modo que yo asociaba con el siglo XIX y que aparentemente trabajaba la tierra como se hacía entonces, con caballos y carros de heno, guadañas y arados. Parte del convoy era soviético, durante la noche me paseé por esos vagones, hechizado por las letras desconocidas, los olores desconocidos, el interior desconocido, las caras desconocidas. Cuando llegamos a Viena, una de las chicas, Maria, quiso que intercambiáramos nuestras direcciones, era atractiva, y en una situación más normal habría pensado que algún día podría ir a verla a Norfolk, tal vez convertirme en su novio y vivir allí, pero aquel día, caminando por las calles de las afueras de Viena, ella no significaba nada, yo seguía rebosante del recuerdo de Ingvild, a la que no había visto más que una vez en Semana Santa esa primavera, y con la que luego me había estado escribiendo, ella hacía que todo lo demás palidciera. Conseguí que una estirada mujer rubia de unos treinta años me llevara hasta una gasolinera de la autovía, allí pregunté a varios camioneros si tenían sitio para mí, uno de ellos asintió con la cabeza, tendría cuarenta y muchos años, era moreno, delgado y sus ojos pesados ardían, pero dijo que iba a comer algo antes de ponerse en ruta.

Esperé fuera en el caluroso crepúsculo fumando y mirando las luces a lo largo de la carretera, que se veían cada vez mejor conforme iba cayendo la

noche, rodeado de un murmullo de tráfico a veces interrumpido por golpes secos de puertas de coches y repentinas voces de gente moviéndose en dirección al aparcamiento, yendo o viniendo de la gasolinera. Dentro había gente cenando en silencio, en solitario o familias con niños que llenaban a rebosar las mesas que ocupaban. Me sentía lleno de un silencioso júbilo, eso era justo lo que amaba más que nada, lo corriente y conocido, la autovía, la gasolinera, la cafetería, que sin embargo no me era nada familiar, por todas partes había detalles distintos a los que formaban parte de mi mundo. El camionero salió y me hizo una señal, lo seguí y subí al enorme vehículo, dejé la mochila en la parte de atrás y me acomodé en el asiento. El hombre arrancó el motor, todo zumbaba y temblaba, se encendieron los faros, salimos despacio, luego fue acelerando, hasta meternos por fin en el carril de la autovía, entonces me miró por primera vez. *Schweden?*, preguntó. *Norwegen*, respondí. *Ah, Norwegen!*, repitió.

Viajé en su camión toda la noche y parte del día siguiente. Intercambiamos nombres de jugadores de fútbol, se animó sobre todo con Rune Bratseth, pero como no sabía ni una palabra de inglés, eso fue todo lo que hablamos.

Estaba en Alemania y tenía mucha hambre, pero sin una corona en el bolsillo sólo podía fumar, hacer autostop y mantener viva la esperanza. Se paró un joven en un Golf rojo, dijo que se llamaba Björn, y que iba lejos, resultó fácil charlar con él, y cuando por la noche llegamos a su destino, me invitó a su casa y me sirvió muesli con leche, me comí tres raciones y me enseñó fotos de unas vacaciones que había pasado con su hermano en Noruega y Suecia cuando era pequeño, su padre era un enamorado de Escandinavia, dijo, por eso a él le había puesto el nombre de Björn. Su hermano se llamaba Tor, añadió, sacudiendo la cabeza. Me llevó hasta la autopista, yo le regalé mi casete triple de los Clash, me estrechó la mano, nos deseamos suerte, y volví a situarme en una entrada. Al cabo de tres horas un hombre despeinado y barbudo se paró en un Dos Caballos rojo. Iba a Dinamarca y dijo que podía ir con él todo el camino. Se preocupó por mí, mostró interés cuando dije que escribía, pensé que a lo mejor era profesor o algo por el estilo, me compró comida en una cafetería, dormí unas horas, entramos en Dinamarca, me compró más comida, y cuando al final me despedí de él, estábamos ya en el centro del país, a sólo unas horas de Hirtshals, es decir, casi en casa. Pero el último tramo se hizo más lento, conseguía transporte de veinte en veinte kilómetros, a las once de la noche

había llegado sólo hasta Løkken y decidí quedarme a dormir en la playa. Anduve por un camino estrecho a través de un bosque bajo, en algunas partes el asfalto estaba cubierto de arena, y enseguida aparecieron ante mí las dunas, me subí a ellas y vi el mar gris y brillante bajo la luz de la noche escandinava de verano. Se oían voces y motores de coche procedentes de un camping que había a unos cientos de metros.

Me sentía bien junto al mar, notando el suave olor a sal y esa corriente de aire húmedo. Era mi mar, ya casi estaba en casa.

Encontré un hoyo y desenrollé el saco de dormir, me metí en él, subí la cremallera y cerré los ojos. Me sentía incómodo, tenía la sensación de que cualquiera podía verme, pero estaba tan agotado después de esos últimos días que me agagué como una vela.

Me desperté con la lluvia. Helado y entumecido conseguí salir del saco de dormir, me puse los pantalones, recogí las cosas y eché a andar. Eran las seis de la mañana. El cielo estaba gris, la llovizna caía silenciosa y casi imperceptiblemente, tenía frío y andaba deprisa para entrar en calor. Me atormentaban las emociones de un sueño que había tenido. Había soñado con el hermano de mi padre, Gunnar, con él y con su ira, porque yo había bebido mucho y hecho muchas cosas malas, entendí cuando me apresuraba por el mismo bosque bajo por el que había llegado la noche anterior. Los árboles estaban inmóviles, grisáceos bajo las pesadas nubes, más cerca de lo muerto que de lo vivo. Entre ellos había hinchados cúmulos de tierra, que formaban cambiantes e imprevisibles figuras, en algunas partes como un río de finos granos de arena sobre el asfalto más áspero.

Salí a una carretera más ancha, seguí por ella durante unos kilómetros, dejé la mochila en el suelo en un cruce y me puse a hacer autostop. Sólo quedaban unos veinte kilómetros hasta Hirtshals. Pero no sabía muy bien qué haría allí, porque como no tenía dinero, no sería fácil coger el ferry hasta Kristiansand. ¿Y si pedía que me enviaran la factura? ¿Y si encontraba alguna alma piadosa que entendía mi situación?

No, no, seguro que no. Y encima las gotas de lluvia eran cada vez más grandes.

Al menos no hacía frío.

Encendí un cigarrillo, me pasé la mano por el pelo, que se había quedado pringoso con la lluvia y la gomina, me limpié la mano en el pantalón, me



agaché y saqué un walkman de la mochila, eché un vistazo a las pocas cintas que llevaba, elegí *Skylarking*, de XTC, la metí en el aparato y me enderecé.

¿Había también una pierna amputada en ese sueño? Sí. Cortada justo por debajo de la rodilla.

Sonreí, y en ese momento, cuando la música empezó a fluir por los pequeños altavoces, me invadieron las emociones de los tiempos en que salió el disco. Tuvo que ser en segundo de bachillerato. Pero lo que más recordaba era nuestra casa de Tveit, donde estaba sentado en el sillón de mimbre bebiendo té, fumando y escuchando *Skylarking*, enamorado de Hanne. Yngve estaba allí con Kristin. Todas las conversaciones con mi madre.

Por la carretera venía un coche.

*When Miss Moon lays down  
And Sir Sun stands up  
Me I'm found floating round and round  
Like a bug in brandy  
In this big bronze cup*

Era una furgoneta, con un nombre comercial pintado en rojo sobre el capó, sería un obrero camino del trabajo, ni siquiera me miró al pasar a toda velocidad, entonces fue como si la segunda canción surgiera directamente de la primera, me encantaba ese paso. Algo me subía por dentro al oírlo, di un par de puñetazos al aire, mientras andaba lentamente en círculo.

A lo lejos apareció otro coche. Levanté el pulgar. El conductor era otra vez un hombre con sueño matutino que ni se dignó mirarme. Aparentemente me encontraba en una carretera con mucho tráfico local. Pero podrían parar a pesar de eso, ¿no? Llevarme a una carretera más importante.

Por fin, al cabo de un par de horas, alguien se apiadó de mí. Un alemán de unos veinticinco años, con gafas redondas y rostro serio, condujo su pequeño Opel hacia el arcén, fui corriendo hacia él, tiré la mochila en el asiento de atrás, que iba lleno de equipaje, y me senté a su lado. Venía de Noruega, dijo, e iba hacia el sur, podía dejarme en la autopista, no estaba lejos, pero quizá me ayudara algo. *Yes, yes, very good*, dije. Las ventanillas se empañaron, él se inclinó hacia delante y limpió el parabrisas con un trapo. *Maybe that's my fault*, dije. *What?*, dijo él. *The mist on the window*, dije. *Of course it's you*, resopló. OK, pensé, si tú lo dices, y me recliné en el asiento.

Veinte minutos después me bajé junto a una gasolinera grande y me puse a dar vueltas por delante del edificio preguntando a todo el mundo si iban a Hirtshals y podían llevarme. Estaba empapado y hambriento, tenía un aspecto lamentable tras varios días en la carretera, todos dijeron que no, hasta que un hombre con una furgoneta cargada de pan y bollos sonrió y dijo: vamos, sube, voy a Hirtshals. Durante todo el trayecto estuve pensando en pedirle una barra de pan, pero no me atreví, lo más cerca que llegué fue a decirle que tenía hambre, pero no pilló la indirecta y no reaccionó.

Cuando me despedí de él en Hirtshals, un ferry estaba justo a punto de salir. Corrí hasta el despacho de billetes con la mochila pesándome a la espalda, sin aliento expliqué mi situación a la mujer del mostrador, que no tenía dinero, pero que aun así quizá podía darme un billete y enviarme luego la factura. Llevaba pasaporte, podía identificarme, y era un pagador seguro. Ella sonrió amablemente y negó con la cabeza, no podía ser, tenía que pagar al contado. ¡Pero *necesito* cruzar!, exclamé. ¡*Vivo* allí! ¡Y no tengo dinero! Ella volvió a negar con la cabeza. Lo siento, dijo, y me dio la espalda.

Me senté en un bordillo en la zona del puerto, con la mochila entre las piernas, viendo el gran ferry zarpar, deslizarse hacia fuera y desaparecer en el mar.

¿Qué podía hacer?

Una posibilidad era hacer autostop y volver al sur, a Suecia, y luego subir por ese lado. Pero algún trayecto por mar tendría que hacer por allí también, ¿no?

Intenté imaginarme el mapa para averiguar si en algún sitio había una conexión entre Dinamarca y Suecia, pero no se me ocurrió ninguna. Para hacer eso habría que bajar hasta Polonia, luego subir por la Unión Soviética hasta Finlandia y desde allí entrar en Noruega. En otras palabras: un par de semanas más de autostop. Y para los países del Este necesitaría visado o algo así, ¿no? También podía ir a Copenhague, sólo estaba a unas horas de distancia, y allí intentar conseguir dinero para el ferry a Suecia. Pedir limosna si hacía falta.

Otra posibilidad era pedirle a mi madre que transfiriera dinero a un banco de donde me encontraba. Eso no sería un problema, pero tardaría un par de días en llegar. Y no tenía dinero para llamar por teléfono.

Abrí otro paquete de Camel y me puse a mirar los coches que se ponían tranquilamente en la nueva cola, mientras me fumaba tres cigarrillos

seguidos. Había muchas familias noruegas que volvían de Legoland o de la playa de Løkken. Algunos alemanes camino del norte. Muchas caravanas, muchas motos y más allá, los grandes camiones con remolque.

Con la boca seca saqué de nuevo el walkman. Esta vez puse una cinta de Roxy Music. Pero, ya después del segundo tema, la música empezó a sonar desafinada y el indicador de las pilas a parpadear. Volví a guardarlo, me levanté, me puse la mochila a la espalda y eché a andar hacia la ciudad por las escasas y tristes calles de Hirtshals. De vez en cuando el hambre me golpeaba el estómago. Pensé en la posibilidad de entrar en una panadería y preguntar si podían desprenderse de una barra, pero no lo harían, claro que no. No podía soportar la idea de una negativa tan denigrante, y decidí ahorrármela hasta que fuera realmente necesario. Volví a bajar al puerto. Me paré delante de una especie de café o quiosco, allí sería posible pedir al menos un vaso de agua.

La dependienta asintió con la cabeza y me llenó un vaso en el grifo que tenía detrás. Me senté junto a la ventana. El local estaba casi lleno. Había empezado a llover de nuevo. Bebía agua y fumaba. Al cabo de un rato entraron dos chicos de mi edad equipados para la lluvia, se bajaron la capucha y miraron a su alrededor. Uno de ellos se me acercó y me preguntó si la mesa estaba libre. *Of course*, contesté. Empezamos a hablar y resultó que venían de Holanda en bicicleta e iban a Noruega. Se rieron incrédulos cuando les dije que había llegado hasta allí haciendo autostop desde Viena sin dinero, y que ahora intentaría meterme en el barco. ¿Por eso bebes agua?, preguntó uno de ellos, dije que sí, me preguntó si quería un café, contesté que *that would be nice*, se levantó y me pidió uno.

Salí del café con ellos, dijeron que esperaban verme a bordo, y se fueron con sus bicis, yo me acerqué a la zona de los camiones y me puse a preguntar a los conductores si podían llevarme, que no tenía dinero para el barco. No, ninguno quería, claro. Uno tras otro arrancaron el motor para subir al barco, yo volví al café y me quedé sentado viendo el ferry alejarse lentamente del muelle, haciéndose cada vez más pequeño, hasta que media hora después desapareció por completo.

Si no lograba meterme en el último ferry de la noche, tendría que bajar hasta Copenhague haciendo autostop. Ése era el plan. Mientras esperaba, saqué el manuscrito de la mochila y empecé a leer. Había escrito un capítulo entero en Grecia, dos mañanas había vadeado hasta una pequeña isla, y desde

allí a otra, con los zapatos, la camiseta, el bloc, el bolígrafo, un ejemplar de *Jack* en edición de bolsillo y en sueco, además de los cigarrillos, en un montoncito sobre la cabeza. Allí, en una pequeña oquedad en el monte, estuve escribiendo en soledad total. Tenía la sensación de haber llegado al lugar en el que quería estar. Sentado en una isla griega, en medio del Mediterráneo, escribiendo mi primera novela. Al mismo tiempo estaba inquieto, porque allí no *había* nada, sólo yo, y el vacío que eso significaba no lo sentí hasta que lo invadió todo. Mi propio vacío era todo, e incluso mientras leía *Jack*, absorto, o me inclinaba sobre el bloc para escribir sobre Gabriel, mi protagonista, era el vacío lo que sentía.

De vez en cuando me tiraba al agua, de color azul oscuro y espléndida, pero después de unas pocas brazadas empezaba a pensar en los tiburones que podía haber por allí. Sabía que no hay tiburones en el Mediterráneo, pero no obstante lo pensaba, y volvía empapado a la playa, maldiciéndome a mí mismo por ser tan idiota, por tener miedo de los tiburones *allí*, ¿qué me pasaba?, ¿acaso tenía siete años? Pero estaba solo bajo el sol, solo ante el mar, y completamente vacío. Era una sensación como si yo fuera el último ser humano. Eso convertía en algo sin sentido tanto la lectura como la escritura.

Pero cuando leí el capítulo sobre lo que concebía como la taberna de los marineros del barrio portuario de Hirtshals me pareció bien. El haber sido admitido en la Academia de Escritura probaba que tenía talento, ahora se trataba de expresarlo. Mi plan era escribir una novela en el transcurso del año siguiente, y luego conseguir que me la publicaran en otoño, bueno, según el tiempo que se tardara en imprimir y todas esas cosas.

Se titularía *Agua encima / agua debajo*.

Unas horas después, bajo el incipiente crepúsculo, volví a pasearme por entre las filas de camiones. Algunos conductores estaban dormitando en su asiento cuando llamaba al cristal, notaba que se asustaban antes de abrir la puerta o bajar la ventanilla para ver qué quería. No, no podía subir a su camión. No, no podía ser. No, claro que no, ¿acaso pretendía que me pagaran el billete?

El ferry brillaba allí anclado. Por todas partes a mi alrededor empezaron a arrancar los motores. Una de las filas de coches se movía lentamente, los primeros desaparecieron por la boca abierta y luego en las profundidades del

barco. Estaba desesperado, pero me decía a mí mismo que al final todo saldría bien. Nunca se había oído decir que un joven noruego muriera de hambre en vacaciones, o que no lograra volver a su país y tuviera que quedarse en Dinamarca.

Delante de uno de los últimos camiones había tres hombres charlando. Me acerqué a ellos.

–Hola –dije–. ¿Alguno de vosotros podría subirme a bordo? No tengo dinero para el billete. Y necesito volver a casa. Llevo dos días sin comer.

–¿De dónde eres? –preguntó uno de ellos, en dialecto de Arendal.

–De Arendal –contesté, exagerando todo lo que pude el dialecto–. O mejor dicho, de Tromøya.

–¡No me digas! –dijo él–. ¡Yo también soy de allí!

–¿De qué parte? –le pregunté.

–De Færvik –contestó–. ¿Y tú?

–De Tybakken –respondí–. ¿Podrías llevarme?

Hizo un gesto afirmativo.

–Móntate. Y cuando subamos a bordo te escondes. No es ningún problema.

Y así fue. Cuando entramos en el barco, me encogí en el suelo, de espaldas al parabrisas. El hombre aparcó, apagó el motor, yo cogí la mochila y bajé a la cubierta de un salto. Le di las gracias con los ojos humedecidos. Cuando iba a alejarme, me gritó: ¡oye, espera un poco! Me alcanzó un billete de cincuenta coronas danesas, dijo que a él no le hacían falta pero a mí tal vez sí.

Me senté en la cafetería y me comí una ración grande de albóndigas. El barco empezó a moverse. El aire a mi alrededor rebosaba de animadas conversaciones, era de noche, estábamos de viaje. Pensé en mi conductor. Yo no sentía mucha simpatía por esa clase de gente que malgastaba su vida sentada detrás de un volante, sin educación ni formación, gordos y llenos de prejuicios, y ése no era distinto, ya lo sabía, ¡pero joder, había accedido a llevarme!

Cuando a la mañana siguiente los coches y las motos habían salido del ferry dando botes y ruidos en dirección a la carretera de Kristiansand, la ciudad quedó en silencio. Me senté en la escalera de la estación de autobuses. Brillaba el sol, el cielo estaba alto y el aire era ya cálido. Me quedaba dinero del que me había dado el camionero y pude llamar a mi padre y decirle que había llegado. Él odiaba las visitas no anunciadas. Habían comprado una casa

a unos veinte o treinta kilómetros, que alquilaban durante el invierno, y en la que pasaban todo el verano hasta que volvían al trabajo en el norte. Mi plan era quedarme con ellos unos días y luego pedirles que me prestaran dinero para el billete a Bergen, quizá lo más barato sería ir en tren.

Pero era demasiado temprano para llamar.

Saqué el pequeño diario de viaje que llevaba el último mes, y anoté en él todo lo que había sucedido desde Austria hasta allí. Dedicué unas páginas al sueño que había tenido en Løkken, me había causado una honda impresión, seguía presente en mi cuerpo como una prohibición o límite, pensé que era un suceso importante.

La frecuencia de autobuses empezó a aumentar a mi alrededor, de repente no pasaba ni un minuto entre la llegada de un autobús y el siguiente, los cuales se vaciaban a toda prisa de gente. Iban al trabajo, podía verlo en sus ojos, tenían la mirada vacía de los asalariados.

Me levanté y eché a andar en dirección a la ciudad. Markens, la calle peatonal, estaba casi desierta, sólo se veía alguna que otra persona. Unas gaviotas picoteaban y arrancaban restos de la basura de debajo de un contenedor sin fondo. Acabé delante de la biblioteca, fue la costumbre lo que me llevó allí, porque algo de esa sensación de pánico que tenía cuando andaba por ese lugar en mis tiempos de bachillerato volvió a apoderarse de mí, el no tener adónde ir y que todo el mundo pudiera verlo, problema que siempre resolvía yendo allí, el lugar donde podías andar solo sin que nadie se cuestionara lo que hacías.

Delante de mí estaban la plaza y la iglesia de cemento gris, con el tejado de color cardenillo. Todo era pequeño y sombrío. Kristiansand era una ciudad pequeña, lo tenía muy claro después de haber estado en Europa y ver cómo eran allí las cosas.

Apoyado en la pared al otro lado de la calle dormía un indigente. Con la barba larga y el pelo y la ropa ajados parecía un salvaje.

Me senté en un banco y encendí un cigarrillo. ¿Y si era él el que tenía la vida más agradable? Hacía exactamente lo que le apetecía. Si quería entrar en algún sitio a la fuerza, lo hacía. Si quería beber hasta emborracharse, lo hacía. Sí quería molestar a la gente que pasaba por delante de él, lo hacía. Si tenía hambre, robaba comida. De acuerdo, en consecuencia, la gente lo trataba como si fuera una mierda o como si no existiera. Pero mientras a él no le importaran los demás, eso daba igual.

Así debían de vivir los primeros seres humanos, antes de agruparse y dedicarse a la agricultura, cuando no hacían sino vagar y comer lo que encontraban, dormir donde les placía y cada día era como el primero o el último. Ese de allí no tenía una casa a la que estuviera obligado a volver, nada que le atara, ningún trabajo al que ir, ninguna hora que respetar, si estaba cansado se tumbaba allí mismo. La ciudad era su bosque. Estaba siempre al aire libre, tenía la piel marrón y arrugada y el pelo y la ropa sucios.

Yo, aunque quisiera, sabía que nunca podría acabar donde estaba él. Nunca podría volverme loco y convertirme en indigente, eso era impensable.

Un viejo autocar Volkswagen se detuvo en la plaza. Por un lado bajó un hombre gordo, ligero de ropa, y por el otro, una mujer gorda, ligera de ropa. Abrieron la puerta trasera y empezaron a descargar cajas llenas de flores. Tiré el cigarrillo al asfalto seco, me coloqué la mochila a la espalda y volví a bajar a la estación de autobuses. Desde allí llamé a mi padre. Estaba malhumorado e irritado y dijo que no le venía bien que fuera a su casa, tenían un niño pequeño, y no podían recibir visitas que avisaran con tan poco tiempo. Debería haber llamado antes, entonces no habría habido ningún problema. Iba a ir la abuela y también un colega. Dije que lo entendía, pedí perdón por no haber llamado antes, y colgamos.

Me quedé un rato con el auricular en la mano reflexionando, luego marqué el número de Hilde. Ella dijo que podía quedarme en su casa y que vendría a recogerme.

Media hora después me encontraba sentado a su lado en el viejo Golf, saliendo de la ciudad, con la ventanilla abierta y el sol en los ojos. Ella se reía y dijo que olía mal, que tenía que darme un baño en cuanto llegáramos. Luego podíamos sentarnos en el jardín de detrás de la casa, allí daba la sombra, y me serviría el desayuno, pues tenía pinta de necesitarlo.

Me quedé tres días en casa de Hilde, lo suficiente para que mi madre pudiera ingresar un poco de dinero en mi cuenta, y luego cogí el tren para Bergen. Salí por la tarde, el sol inundaba el paisaje forestal de Indre Agder, que lo recibía de distintas formas: el agua de los lagos y los ríos resplandecía, las tupidas coníferas brillaban, el sotobosque se ruborizaba y las hojas de los caducifolios reverberaban las pocas veces que un soplo de aire las ponía en movimiento. En medio de este juego de luces y colores las sombras aumentaban lentamente, haciéndose más grandes y densas. Me quedé un

buen rato pegado a la ventanilla del último vagón, observando los detalles del paisaje, que desaparecían constantemente, era como si fueran lanzados hacia atrás, a expensas de los nuevos, que llegaban a chorros sin cesar, un río de tocones y raíces, rocas y árboles caídos, arroyos y vallas, de repente laderas cultivadas con granjas y tractores. Lo único que no cambiaba eran los raíles por los que nos desplazábamos, y los dos puntos en los que se reflejaba el sol, que brillaba sobre ellos constantemente. Era un fenómeno extraño. Como dos balones de luz que daban la sensación de estar quietos, pero el tren iba a más de cien kilómetros por hora, y los balones de luz se encontraban todo el tiempo a la misma distancia.

Varias veces en el transcurso del viaje volví al último vagón a contemplar los balones de luz. Me hacían sentirme animado, casi feliz, como si hubiese una esperanza en ellos.

El resto del tiempo me quedé en mi asiento fumando y tomando café, leí varios periódicos, pero ningún libro, pensé que eso podría influir en mi prosa, que podía perder lo que me había permitido ser admitido en la Academia de Escritura. Al cabo de un rato saqué las cartas de Ingvild. Las había llevado conmigo todo el verano, empezaban a estar desgastadas por las dobleces, me las sabía casi de memoria, pero emitían una luz, algo bueno y luminoso con lo que entraba en contacto cada vez que las leía. Era Ingvild, tanto lo que yo recordaba de ella de esa única vez que nos vimos como lo que irradiaba en lo que escribía, pero también era el futuro, lo desconocido que me esperaba. Ella era diferente, otra cosa, y lo curioso era que también yo me volvía diferente y otra cosa cuando pensaba en ella. Me gustaba más a mí mismo cuando pensaba en ella. Era como si pensar en Ingvild borrara algo dentro de mí, lo que me proporcionaba un nuevo comienzo, o me transportara a otro lugar.

Yo sabía que ella era la mujer de mi vida, me había dado cuenta enseguida, pero tal vez no lo había pensado, sólo había intuido que lo que ella tenía dentro y lo que era, y que a veces asomaba a sus ojos, era lo que quería tener cerca.

¿Qué era eso?

Ah, un conocimiento de sí misma y de la situación que la risa borraba por un momento, pero que volvía al instante. Algo analítico, incluso tal vez escéptico en su manera de ser que quería ser superado, pero que tenía miedo a ser engañado. Había en ello vulnerabilidad, pero no debilidad.



Me había gustado mucho hablar con ella, y me había gustado mucho escribirme con ella. El que ella fuera lo primero en lo que pensara al día siguiente de habernos conocido no significaba nada, era algo que me pasaba a menudo, pero no paró luego, pensaba en ella cada día desde entonces, y habían pasado ya cuatro meses.

No sabía si ella albergaba los mismos sentimientos. Probablemente no, pero algo en el tono de sus cartas me decía que también ella sentía emoción y atracción.

En Førde, mi madre se había mudado del adosado a un piso en un semisótano de una casa de Angedalen, a unos diez minutos del centro. Se encontraba en un sitio bonito, con un bosque a un lado y un campo cultivado que acababa en un río al otro, pero el piso en sí era pequeño, como de estudiante, una única estancia grande, cocina y baño, y nada más. Mi madre viviría allí hasta que encontrara algo mejor que alquilar, o incluso comprar. Yo pensaba quedarme dos semanas escribiendo en su casa, hasta que me mudara definitivamente a Bergen, y ella sugirió que pidiera prestada la cabaña a su tío Steinar, situada en el bosque, junto a la vieja granja de verano, más arriba de la granja de la que provenía mi abuela materna. Me llevó hasta allí en el coche, tomamos un café fuera, luego se marchó y yo me metí en la cabaña. Paredes de pino, suelo de pino, techo de pino, muebles de pino. Algún que otro tapiz, unos cuadros sencillos. Un montón de revistas en una cesta, una chimenea, una pequeña cocina.

Coloqué la mesa de comedor junto a la pared que no tenía ventana, puse el montón de hojas a un lado, el montón de cintas al otro, y me senté. Pero me resultaba imposible escribir. Esa sensación de vacío que había notado por primera vez en la isla de Antíparos volvió a aparecer, la reconocí, era exactamente así. El mundo estaba vacío, o nada, una imagen, y yo estaba vacío.

Me tumbé en la cama y dormí dos horas. Cuando me desperté estaba oscureciendo. La luz azul grisácea del atardecer se posaba como un velo sobre el bosque. La idea de escribir no me resultaba tentadora, de modo que opté por ponerme los zapatos y salir.

Se oía el murmullo de la cascada arriba en el bosque, por lo demás, reinaba el silencio.

No, en algún lugar sonaban cencerros.

Bajé hasta el sendero que había junto al arroyo y se internaba en el bosque. Los abetos eran grandes y oscuros, debajo de ellos la roca estaba cubierta de musgo, en algunas partes las raíces se veían desnudas. Unos pequeños y raquíuticos árboles de hoja caduca intentaban abrirse camino hacia la luz, en otras partes habían surgido pequeños claros alrededor de árboles caídos. A lo largo del arroyo todo estaba despejado, naturalmente, ya que éste serpenteaba, empujaba y caía sobre montes y piedras. Por lo demás, todo estaba tupido y de color verde oscuro por las ramas de los abetos. Podía oírme el pulso, notaba en el pecho los latidos del corazón. El cuello, la sien, mientras subía por el sendero. El murmullo de la cascada se intensificó y enseguida me encontré en el peñasco que había sobre la gran poza, mirando hacia la empinada y desnuda montaña, por la que caía el agua.

Era hermoso, pero eso no me servía de nada, subí por el bosque a lo largo de la cascada y escalé la roca desnuda con el propósito de seguir hasta la cumbre, unos cientos de metros más arriba.

El cielo estaba gris, el agua que fluía a mi lado era brillante y clara como el vidrio. El musgo que pisaba estaba empapado, tanto que a veces se me hundían los pies en él y quedaba al descubierto la roca que había debajo.

De repente algo saltó delante de mis pies.

Me quedé quieto, paralizado por el miedo. Fue como si se me parara el corazón.

Una diminuta criatura gris salió disparada. Era un ratón o una rata pequeña de alguna clase.

Me reí, desconcertado, para mis adentros. Continué hacia arriba, pero ese leve temor se había apoderado de mí, ahora miraba con desazón hacia el interior del oscuro bosque, y el manto de sonido de la cascada, que hasta entonces me había resultado agradable, se convirtió en algo amenazante, no me dejaba oír nada más que mi propia respiración, de modo que al cabo de unos minutos di la vuelta y empecé a bajar.

Me senté junto al hogar construido delante de la cabaña y encendí un cigarrillo. Serían las once o tal vez las once y media. La granja de verano debía de tener el mismo aspecto que tenía cuando mi abuela trabajaba allí en los años veinte y treinta. Pues sí, todo tenía más o menos el mismo aspecto. Y sin embargo, todo era distinto. Era agosto de 1988, yo era un ser de la década de los ochenta, contemporáneo de Duran Duran y The Cure, no de esa música de violín y acordeón que escuchaba el abuelo aquella tarde en que subía la

cuesta con un amigo para cortejar a la abuela y a su hermana. Yo no pertenecía a ese lugar, lo sentía con todo mi ser. De nada servía que supiera que el bosque en realidad era un bosque de los ochenta, y las montañas, en realidad, montañas de los ochenta.

¿Entonces qué estaba haciendo yo allí?

Iba a escribir. Pero no podía, me sentía solo y desamparado en lo más profundo de mi alma.

Una semana después, cuando mi madre llegó en su coche por el pequeño camino de gravilla, yo estaba sentado en la escalera con la mochila ya preparada entre las piernas, sin haber escrito una sola palabra.

—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó.

—Sí, sí —contesté—. No he logrado hacer gran cosa, pero...

—Bueno, seguro que te ha venido bien descansar un poco.

—Sí, seguro que sí —dije, y me puse el cinturón de seguridad.

Cuando llegamos a Førde paramos a comer en el Hotel Sunnfjord. Elegimos una mesa junto a la ventana, mi madre colgó su bolso de la silla y fuimos al bufé a servirnos. El local estaba casi vacío. Cuando nos sentamos cada uno con nuestro plato se acercó un camarero, yo pedí una Coca-Cola, mi madre agua mineral, y cuando él se marchó, ella empezó a hablar de sus planes de organizar unos estudios de enfermería psiquiátrica en su escuela, al parecer sí podría llevarlos a cabo. Ella misma había encontrado un local, una preciosa escuela antigua, contó, situada bastante cerca de la escuela de enfermería. Tenía alma, dijo, un viejo edificio de madera, amplias estancias, techos altos, todo muy distinto a ese búnker de cemento en el que estaba enseñando.

—Suenan muy bien —dije, mirando hacia el aparcamiento, donde los pocos coches que había brillaban con el sol. La ladera del otro lado del río estaba completamente verde, excepto una zona dinamitada en la que habían construido casas que parecían vibrar con sus distintos colores.

El camarero volvió, me bebí de un sorbo el vaso de Coca-Cola. Mi madre empezó a hablar de mi relación con Gunnar. Dijo que parecía que lo había interiorizado, convirtiéndolo en mi superego, el que me decía qué podía hacer y qué no, lo que estaba bien y lo que no.

Dejé el cuchillo y el tenedor y la miré.

—¿Has leído mi diario? —le pregunté.

–No, el diario no –dijo–. Pero te dejaste un libro que escribiste durante las vacaciones. Suelen ser muy abierto y contármelo todo.

–Pero es un diario, mamá –objeté–. No se leen los diarios de otras personas.

–Claro que no –contestó–. Ya lo sé. Pero como lo dejaste sobre la mesa del comedor no parecía que fuera algo que quisieras mantener en secreto.

–¿Pero no viste que era un diario?

–No –contestó–. Era un cuaderno de viaje.

–Vale, vale –dije–. La culpa fue mía. No debería haberlo dejado allí. ¿Pero qué has dicho que piensas de Gunnar? ¿Que lo he interiorizado? ¿Qué quieres decir con eso?

–Es la impresión que da por el sueño que describes, y las reflexiones que haces luego sobre él.

–¿Sí?

–Tu padre fue muy severo contigo cuando eras niño. Pero luego desapareció de repente, y a lo mejor tuviste la sensación de que podías hacer lo que te diera la gana. De manera que tienes dos grupos de normas, pero los dos te han venido de fuera. De lo que se trata es de poner tus propios límites. De alguna manera tienen que venir de dentro, de uno mismo. Tu padre no los tenía, y quizá por eso estaba tan desequilibrado.

–Lo está –dije–. Que yo sepa sigue vivo. Al menos hablé con él por teléfono hace una semana.

–Pero ahora parece que has colocado a Gunnar en el lugar de tu padre –prosiguió ella, mirándome un instante–. No tiene nada que ver con Gunnar, se trata de tus propios límites. Pero ya eres adulto, tendrás que buscar las soluciones tú mismo.

–Para eso estoy escribiendo un diario –dije–. Pero luego todo el mundo lo lee, y resulta imposible buscar soluciones uno mismo.

–Lo siento –dijo mi madre–. Pero de verdad que no creía que lo consideraras un diario. De ser así, nunca lo habría leído.

–Vale, no pasa nada. ¿Vamos a tomar postre o no?

Nos quedamos charlando en su casa hasta muy tarde. Al final fui a por el colchón hinchable que estaba apoyado contra la pared del pequeño cuarto de baño, lo coloqué en el suelo de la entrada, puse encima una sábana, me desnudé, apagué la luz y me acosté. Oía a mi madre moverse en el otro

extremo del cuarto de estar, y de vez en cuando algún coche que pasaba. El olor a plástico del colchón me recordaba a mi infancia, las excursiones con tienda de campaña, paisajes abiertos. Ahora eran otros tiempos, pero la sensación de expectación era la misma. Al día siguiente me iría a Bergen, la gran ciudad estudiantil, a vivir en mi propia casa y a estudiar en la Academia de Escritura. Por las noches me sentaría en el Café Opera o iría a Hulen a conciertos de buenas bandas. Fantástico. Pero lo más fantástico era que Ingvild se había mudado a la misma ciudad. Habíamos quedado en vernos, yo tenía un número de teléfono, la llamaría en cuanto llegara.

Esto es demasiado bueno para ser verdad, pensé, tumbado en el colchón hinchable, lleno de inquietud y de alegría por lo que estaba a punto de empezar. No paraba de dar vueltas, mientras oía a mi madre hablar en sueños en el cuarto de estar. Sí, dijo. Luego hubo una larga pausa. Sí, volvió a decir. Es verdad. Larga pausa. Sí. Mmm. Sí.

Al día siguiente mi madre me llevó al centro comercial, quería comprarme una chaqueta y un pantalón. Encontré una chaqueta de tela vaquera con solapas de cuero, que no tenía mala pinta, y un pantalón verde, tipo militar, además de un par de zapatos negros. Luego me acompañó al autobús, me dio dinero para el billete, y se quedó delante de su coche diciendo adiós con la mano cuando el autobús salió de la estación y enfiló la carretera.

Tras unas cuantas horas de bosques, lagos, montañas vertiginosas y fiordos estrechos, granjas y campos labrados, un ferry, un largo valle en el que el autobús en un momento se encontraba muy alto en una ladera y al siguiente abajo junto al fiordo, y luego una serie interminable de túneles, la densidad de casas y carteles empezó a aumentar, se veían más pueblos, aparecieron edificios industriales, vallas, gasolineras, centros comerciales y urbanizaciones a ambos lados de la carretera. Vi un letrero de la Escuela Superior de Comercio, y pensé: allí estudió el escritor Agnar Mykle hace cuarenta años, vi el hospital psiquiátrico de Sandviken elevarse como un castillo al pie de la ladera, al otro lado brillaba el sol bajo del atardecer, con velas y barcos que se veían difusos en la bruma, en contraste con el fondo de islas y montañas y el cielo bajo sobre Bergen.

Me bajé del autobús en el extremo del muelle Bryggen, Yngve tenía turno de noche en el Hotel Orion y yo había quedado en ir allí a recoger la llave de su casa. La ciudad que me rodeaba estaba sumida por completo en esa

somnolencia que sólo pueden mostrar las noches del final del verano. Se veía pasar alguna que otra figura en pantalón corto y camiseta, y la sombra larga y vacilante detrás. Paredes vibrantes de sol, árboles inmóviles, un velero saliendo con motor y los mástiles desnudos.

La recepción del hotel estaba a rebosar de gente. A Yngve se le veía muy ocupado detrás del mostrador, me miró y dijo que acababa de llegar un autocar lleno de norteamericanos, toma, aquí tienes la llave, nos vemos luego, ¿vale?

Cogí el autobús hasta Danmarksplass y recorrí a pie los trescientos metros que había hasta la casa de Yngve, abrí la puerta con la llave, dejé la mochila en la entrada, y me quedé quieto un instante preguntándome qué podía hacer. Las ventanas daban al norte y el sol bajaba por el oeste, ya casi en el mar, dejando las habitaciones sombrías y frescas. La casa olía a Yngve. Entré en el cuarto de estar y miré a mi alrededor, luego fui al dormitorio. Había colgado un nuevo póster, era una fotografía fantasmagórica de una mujer desnuda, debajo ponía *Munch y fotografía*. También había colgado fotografías hechas por él mismo, una serie del Tíbet con la tierra resplandecientemente roja, un grupo de chicos y chicas harapientos pasaban por delante de él, con miradas oscuras y desconocidas. En un rincón, junto a la puerta corredera, estaba la guitarra, apoyada en el amplificador. Encima había una caja grande de ecos. Una sencilla manta blanca de Ikea y dos cojines convertían la cama en un sofá.

Había visitado varias veces a Yngve en mis tiempos de instituto, y había para mí en sus habitaciones algo casi sagrado, representaban lo que él era y lo que yo quería llegar a ser. Algo que había fuera de mi existencia, y a lo que un buen día me mudaría.

Ahora estoy aquí, pensé, y fui a la cocina, donde me preparé unos sándwiches, que me comí de pie delante de la ventana, con vistas al camino de Fjøsanger al fondo. Al otro lado, el mástil del monte Ulriken relucía en el atardecer.

Me puse a pensar que últimamente estaba muy solo. Excepto aquellos días primero con Hilde y luego con mi madre, no había estado con nadie desde que me despedí de Lars en Atenas. Estaba por tanto muy impaciente por que Yngve llegara a casa.

Puse un disco de los Stranglers y me senté en el sofá con uno de sus

álbumes de fotos. Me dolía el estómago y no sabía por qué. Era como de hambre, no de comida, sino de todo lo demás.

¿Habría llegado también Ingvild a la ciudad? ¿Se encontraría en una de esas cien mil casas que me rodeaban?

Una de las primeras preguntas de Yngve cuando llegó fue que cómo me iba con Ingvild. Yo no le había contado mucho, sólo alguna que otra cosa cuando ese verano estuvimos charlando sentados en la escalera, pero al parecer lo bastante para que él pensara que aquello iba en serio. Tal vez también que era muy importante para mí.

Le dije que Ingvild pronto llegaría a la ciudad, iba a vivir en el campus de Fantoft, y la llamaría para quedar con ella.

–Quizá sea éste tu año –dijo–. Nueva novia. La Academia de Escritura...

–Bueno, no es exactamente mi novia, ¿sabes?

–No, pero por lo que dices parece que ella tiene interés, ¿no?

–Quizá un poco. Pero dudo que tanto como el que tengo yo.

–Podría llegar a tenerlo. Si juegas bien tus cartas.

–¿Por una vez?

–Eso no lo he dicho yo –dijo, mirándome–. ¿Quieres una copa de vino?

–Sí, claro.

Se levantó y desapareció en dirección a la cocina, volvió a aparecer con una garrafa en la mano y se fue al baño. Le oí respirar, luego un gorgoteo y a continuación algo que chorreaba, tras lo cual volvió a entrar con una garrafa llena.

–Cosecha de 1988 –dijo–. Pero es bastante bueno. Y tengo mucho.

Di un sorbo. Sabía tan agrio que sentí escalofríos.

Yngve sonrió.

–¿Bastante bueno? –dije.

–Bueno, lo del sabor es relativo –dijo él–. Tienes que compararlo con otro vino hecho en casa.

Bebimos unos instantes sin decir nada. Yngve se levantó y se acercó a la guitarra y el amplificador.

–He escrito un par de canciones desde la última vez –dijo–. ¿Quieres oírlas?

–Me encantaría –contesté.

–Bueno, no sé si canciones –dijo, ajustándose la cinta al hombro–. En

realidad no son más que unos riffs.

Sentí por él una repentina ternura al verlo allí.

Encendió el amplificador, se colocó de espaldas a mí y empezó a tocar.

La ternura desapareció, porque lo que tocaba estaba bien, el sonido de la guitarra era grande y majestuoso, los riffs melódicos y pegadizos, sonaba como una mezcla de The Smiths y The Chameleons. No entendía de dónde lo había sacado. Tanto la musicalidad como la capacidad de sus manos me superaban con creces. Mi hermano simplemente lo dominaba en cuanto se ponía con ello, como si siempre hubiese estado allí.

Cuando acabó y dejó la guitarra, se volvió por fin hacia mí.

–Suenas muy bien –dijo.

–¿Tú crees? –dijo y volvió a sentarse en el sofá–. Son pequeñas cosas. Si tuviera unas letras podría acabarlas del todo.

–No entiendo cómo no tocas en alguna banda.

–Bueno –contestó–. De vez en cuando toco con Pål. Por lo demás, no conozco a nadie que toque. Bueno, ahora tú estás aquí.

–Pero yo no sé tocar.

–Podrías empezar por escribir algunas letras. Y además sabes tocar la batería, ¿no?

–No –contesté–. Soy demasiado malo. Pero sí, quizá podría escribir algo. Sería divertido.

–Inténtalo –dijo mi hermano.

El otoño se acerca, pensé, mientras esperábamos el taxi en la calle, delante de la larga y baja casa adosada. Había una especie de profundidad en la luminosa noche de verano, imposible de localizar y sin embargo inequívocamente presente. Una promesa de algo húmedo, oscuro y absorbente.

El taxi llegó al cabo de unos minutos, nos subimos en él, bajó a toda prisa y temerariamente hasta Danmarksplads, pasó por delante del cine grande y cruzó un puente, luego siguió a lo largo del parque Nygård hasta el centro, donde perdí el sentido de la orientación, las calles se convirtieron simplemente en calles, las casas simplemente en casas, desaparecí dentro de la gran ciudad, fui devorado por ella, y eso me gustó, porque a la vez me hice visible para mí mismo, el joven camino de la metrópolis, llena de vidrio, hormigón y asfalto, gente desconocida bajo la luz de las farolas, las ventanas



y los rótulos. Me estremecía conforme nos íbamos adentrando. El motor zumbaba, los semáforos cambiaban de verde a rojo, nos paramos delante de algo que tenía que ser la estación de autobuses.

—¿No fue por allí por donde salimos la vez aquella? —pregunté, haciendo un gesto en dirección al edificio del otro lado de la calle.

—Pues sí —dijo Yngve.

Fue cuando yo tenía dieciséis años y fui a visitar a mi hermano por primera vez; para poder entrar había cogido de la mano a una de las chicas. Yo me había puesto el desodorante de Yngve, y unos minutos antes de salir de casa él se colocó frente a mí, me subió las mangas de la camisa, me las enrolló, me alcanzó la gomina, y me observó mientras me la ponía. Bien, dijo, vámonos.

Ahora yo tenía diecinueve años y todo aquello era ya mi mundo.

Vislumbré una parte del lago en medio de la ciudad, luego giramos a la izquierda y pasamos por delante de un gran edificio de hormigón.

—Es el auditorio Grieg —dijo Yngve.

—Así que está aquí —dije.

—Y allí está Mekka —prosiguió, señalando hacia un supermercado—. Es la tienda más barata de la ciudad.

—¿Es allí donde haces la compra? —pregunté.

—Cuando tengo poco dinero —contestó—. Y ésta es la calle Nygård. ¿Recuerdas la canción de The Aller Værste? «Bajamos corriendo la calle Nygård como si estuviéramos en el Salvaje Oeste.»

—Sí —contesté—. ¿Y «Disken»? Esa que decía «Conseguí entrar en Disken, donde había un montón de gente».

—Ésa era la discoteca del Hotel Norge. Justo allí detrás. Pero ahora se llama de otra manera.

El taxi se acercó a la acera y se paró.

—Ya estamos —dijo el taxista.

Yngve le dio un billete de cien coronas, yo me bajé y miré hacia arriba, al letrero del edificio junto al que nos encontrábamos. Café Opera, ponía en rosa y negro sobre un fondo blanco. Detrás del gran ventanal se veía a muchísima gente sentada, como sombras entre los pequeños y claros puntos flameantes de las velas. Yngve se bajó por el otro lado, dijo adiós al taxista y cerró la puerta tras él.

—Vamos —dijo. Se detuvo al otro lado de la puerta y echó un vistazo al local. Me miró—. No hay nadie conocido. Subamos.

Lo seguí escaleras arriba, pasamos por delante de unas mesas y nos acercamos a la barra, colocada exactamente igual que en el piso de abajo. Yo había estado allí una vez, pero sólo de paso y por el día. Esto era otra cosa. Por todas partes había gente bebiendo cerveza. El local parecía un piso, pensé, que se había llenado de mesas y sillas y con una barra en ángulo en el centro.

—¡Allí está Ola! —exclamó Yngve.

Miré hacia donde indicaba su gesto. Ola, al que había visto en una ocasión antes ese verano, estaba sentado en una mesa con otras tres personas. Sonrió y saludó con la mano. Nos acercamos a él.

—Cógete una silla, Karl Ove, y sentémonos aquí —dijo Yngve.

Había una silla al lado de un piano junto a la pared, me acerqué y la cogí, me sentía completamente desnudo cuando la levanté, ¿era así como debía hacerlo? ¿Podía cruzar el local con ella así? Algunos me miraban, eran estudiantes, acostumbrados y experimentados ya, yo me sonrojé, pero no vi otra manera y llevé la silla hasta la mesa donde Yngve estaba sentado.

—Éste es mi hermano pequeño, Karl Ove —me presentó—. Va a estudiar en la Academia de Escritura.

Sonrió al decirlo. Mi mirada se cruzó velozmente con las miradas de los tres que no conocía, dos chicas y un chico.

—Así que tú eres el famoso hermano pequeño —dijo una de las chicas. Tenía el pelo rubio y unos ojos achinados que casi desaparecían cuando sonreía—. Kjersti —se presentó.

—Karl Ove —me presenté yo.

La otra chica tenía el pelo negro cortado a lo paje, lápiz de labios de color rojo vivo y traje negro, también ella dijo su nombre, y el que estaba sentado a su lado, un tipo tímido con el pelo rojizo y la piel pálida, hizo lo mismo, sonriendo mucho. Me olvidé de sus nombres al instante.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó Yngve.

¿Pensaba marcharse y dejarme allí solo?

—Sí, muchas gracias —respondí.

Se levantó. Yo bajé la vista y miré la mesa. De repente me acordé de que podía fumar, saqué el paquete de tabaco y empecé a liar un cigarrillo.

—¿Es-s-tuviste en el Festival de Rrr-oskilde? —preguntó Ola.

Era la primera persona tartamuda que conocía desde el colegio. Al verlo, nadie lo hubiera dicho. Llevaba unas gafas negras tipo Buddy Holly, tenía el

pelo oscuro, facciones regulares, y aunque no vestía de ninguna manera espectacular, había no obstante algo en él que la primera vez me hizo pensar que tenía pinta de tocar en una banda. Ese día tuve la misma sensación. Llevaba una camisa blanca, unos vaqueros negros y unos zapatos negros bastante puntiagudos.

–Sí –dije–. Pero no vi a muchas bandas.

–¿Por qué no?

–Había muchísimas otras cosas.

–Ya me i-mmm-agino –dijo con una sonrisa.

No hacía falta pasar mucho rato con él para darse cuenta de que tenía buen corazón. Me alegré de que fuera amigo de Yngve, y lo del tartamudeo, que me había inquietado la otra vez –¿Yngve tiene amigos que tartamudean?–, ya no me parecía tan importante, porque vi que al menos tenía otros tres amigos. Ninguno de ellos reaccionaba al tartamudeo ni con indulgencia, ni con condescendencia, y lo que yo sentía cuando él decía algo –el que el hecho de pensar está tartamudeando y debo hacer como si no me diera cuenta fuera tan evidente, porque él tendría que notar que eso era lo que yo pensaba– no parecía sucederles a ellos, a juzgar por sus caras.

Yngve colocó la cerveza en la mesa delante de mí, y se sentó.

–¿Y tú qué escribes? –preguntó la chica de pelo negro mirándome–. ¿Poesía o prosa? –También sus ojos eran oscuros. Había algo decididamente arrogante en su comportamiento.

Di un largo trago de cerveza.

–Estoy escribiendo una novela –contesté–. Pero seguro que en la Academia también hacemos algo de poesía. No he hecho mucha, pero ahora a lo mejor tengo que ponerme..., je, je.

–¿No eras tú el que tenía su propio programa de radio y todo? –preguntó Kjersti.

–Y su propia columna de reseñas literarias en el periódico local –señaló Yngve.

–Sí, bueno –dije–. Pero de eso hace ya tiempo.

–¿De qué trata tu novela? –preguntó la chica morena.

Me encogí de hombros.

–De temas varios. Me la imagino como una mezcla de Hamsun y Bukowski. ¿Has leído a Bukowski?

Asintió con la cabeza y la giró lentamente para mirar a los que subían por

la escalera en ese momento.

Kjersti se rió.

–Yngve dijo que vais a tener a Hovland de profesor. ¡Es fantástico!

–Sí –dije.

Hubo una pequeña pausa, dejé de ser el foco de atención y me recliné en la silla mientras los demás hablaban. Se conocían de Ciencias de la Información, y ése era el tema de conversación. Nombres de los profesores y teóricos, títulos de libros, discos y películas flotaban en el aire sobre la mesa. Mientras hablaban, Yngve sacó una boquilla, metió en ella un cigarrillo y se puso a fumar con movimientos que la mera presencia de una boquilla hacía parecer sofisticados. Yo intentaba no mirarlo, hacer como si nada, porque eso era lo que hacían los demás.

–¿Otra cerveza? –le pregunté. Yngve asintió con la cabeza y me acerqué a la barra. Uno de los camareros se encontraba al lado del grifo, mientras el otro estaba metiendo una bandeja llena de vasos en una ventanilla, que imaginé contenía un pequeño elevador.

¡Qué fantástico, un pequeño elevador que subía y bajaba cosas entre los pisos!

El camarero que estaba junto al grifo se volvió hacia mí, indolente, yo levanté dos dedos, pero él no me vio y se volvió de nuevo. El otro camarero sí me vio y me incliné ligeramente sobre la barra para indicar que quería pedir algo.

–¿Sí? –dijo.

Llevaba un trapo blanco en el hombro, un delantal negro sobre una camisa blanca, patillas largas, y algo parecido a un tatuaje se adivinaba en su cuello. Incluso los camareros tenían buena pinta en esta ciudad.

–Dos cervezas –dije.

Mantuvo los dos vasos en la misma mano debajo de sendos grifos, mientras echaba un vistazo al local.

Una cara conocida apareció al fondo, era el amigo de Yngve, Arvid, iba con otros dos y se dirigieron directamente hacia la mesa en la que estaba sentado Yngve.

El primer camarero puso dos jarras de cerveza en la barra.

–Setenta y cuatro coronas –dijo.

–¡Se las he pedido a él! –dije señalando al otro.

–Acabas de pedirme dos a mí. Si también se las has pedido a él, tendrás

que pagar cuatro.

–No tengo tanto dinero.

–¿Tiramos entonces la cerveza a la pila? Tienes que saber lo que pides. Ciento cuarenta y ocho coronas, por favor.

–Espera un poco –dije y me acerqué a Yngve.

–¿Tienes dinero? –le pregunté–. Te lo devolveré cuando me llegue el préstamo de estudios.

–¿No ibas a pedirme una a mí?

–Sí...

–Toma –dijo alcanzándome un billete de cien.

Arvid me miró.

–Mira quién está aquí –dijo.

–Hola –saludé con una rápida sonrisa, no sabía muy bien qué hacer, por fin señalé hacia la barra diciendo: *sólo voy a...*, y me fui a pagar.

Cuando volví, se habían sentado a otra mesa.

–¿Has pedido *cuatro* cervezas? –preguntó Yngve–. ¿Por qué?

–Porque sí –contesté–. Un malentendido al pedir. Eso es todo.

A la mañana siguiente llovía y me quedé casi todo el día en casa mientras Yngve estaba en el trabajo. Tal vez fuera por el encuentro con sus compañeros de la universidad, o bien porque se estaba acercando el inicio del curso académico, lo cierto es que me entró un repentino pánico, yo no sabía nada y pronto estaría sentado con los demás estudiantes, seguramente mucho más experimentados y listos que yo, escribiendo textos, leyéndolos en voz alta y siendo juzgado.

Cogí un paraguas del perchero, lo abrí y bajé correteando las cuestas bajo la lluvia. Me parecía recordar que había una librería en Danmarksplass. No me equivocaba. Abrí la puerta y entré, el local estaba vacío, al parecer vendían más bien objetos de oficina, pero también tenían algunas estanterías con libros, por los que dejé deslizar la mirada con el paraguas goteando en la mano. Tenía muy poco dinero, y me decidí por un libro de bolsillo. *Hambre*, de Hamsun. Costaba 39,50, me quedaban doce coronas con las que me compré un pan bueno en la panadería que había en la pequeña plaza, justo detrás de la librería. Subí las cuestas bajo una lluvia torrencial, que con las espesas y oscuras nubes transformaba completamente el paisaje, encerrándolo en sí mismo. El agua chorreaba por ventanas y capós, salía a borbotones de

los canalones y bajaba por las cuestas, formando pequeñas olas en forma de arado. El agua bajaba como un torrente alrededor de mis pies mientras subía la cuesta, con la lluvia tamborileando sobre la tela del paraguas, y el pan y el libro dentro de una bolsa que me iba golpeando la pierna al andar.

Abrí la puerta y entré en la casa. Dentro la luz era tenue, los rincones más alejados de las ventanas estaban a oscuras, pero todos los muebles y objetos hacían notar su presencia. Era imposible estar allí sin percibir a Yngve, como si su talante impregnara las habitaciones, y mientras me cortaba unas rebanadas de pan sobre la encimera de la cocina, cogía margarina y queso marrón de cabra, me preguntaba a mí mismo qué irradiaría mi habitación, y si habría alguien a quien eso importara. Yngve me había buscado un estudio para alquilar, una chica que él conocía se iba ese año a Sudamérica, vivía en el barrio de Sandviken, en la calle Absalon Beyer, y yo alquilaría su estudio hasta el verano siguiente. Tuve suerte, la mayor parte de los estudiantes recién llegados se alojaban al principio en residencias de estudiantes, como Fantoft, donde mi padre alquiló una habitación mientras estudiaba allí cuando yo era pequeño, o Alrek, donde Yngve se había alojado el primer semestre. Yo sabía que alojarse allí se consideraba de poca categoría, lo noble era vivir en el centro, sobre todo cerca de la avenida Torgalmenningen, pero Sandviken tampoco estaba mal.

Comí, recogí y me senté a leer en el cuarto de estar con un cigarrillo y una taza de café. Por regla general leía deprisa, pasando velozmente las páginas sin fijarme en cómo estaba escrito el libro, qué métodos o qué lenguaje empleaba el autor, lo único que me interesaba era el argumento, que me absorbía por completo. Esta vez intenté leer despacio, estudiar frase por frase, fijarme en lo que ocurría dentro de ellas, y, si me parecía significativo, subrayar con el bolígrafo que llevaba en la mano.

Ya en la primera página descubrí algo. Había un cambio de tiempo. Primero estaba escrito en pasado, luego cambiaba de repente a presente, para luego volver a pasado. Lo subrayé, dejé el libro en la mesa y cogí una hoja del escritorio del dormitorio. Volví a sentarme en el sofá y escribí:

*Hamsun. Hambre. Notas; 14-8-1988*

*Empieza con lo general, hablando de la ciudad. Perspectiva desde muy lejos. Luego el protagonista que se despierta. Alterna entre presente y pasado. ¿Por qué? Seguramente para hacerlo más intenso.*

Fuera seguía lloviendo a mares. El murmullo del tráfico en la calle Fjøsanger sonaba casi como un mar. Seguí leyendo. La historia resultaba bastante simple. El protagonista se despierta en su cuarto, baja sigilosamente la escalera, ya que hace tiempo que no paga el alquiler y luego sale a la calle. Allí no ocurre nada en particular, se limita a dar vueltas, tiene hambre y piensa en ello. Yo podría escribir justo sobre lo mismo. Alguien que se despierta en su habitación y sale. Pero ese alguien tendría que tener algo, tendría que ocurrirle algo especial, como que tenía hambre, por ejemplo. De eso trataba. ¿Pero qué era eso?

No hacía falta ningún arte de brujería para escribir. Se trataba simplemente de inventarse algo, como hizo Hamsun.

Una parte de mis preocupaciones y desasosiegos se desvanecieron al pensar en ello.

Cuando Yngve llegó a casa, yo estaba dormido en el sofá. Me levanté al oír la puerta, me restregué un par de veces la cara, por alguna extraña razón no quería que notara que me había quedado dormido en pleno día.

Le oí dejar la mochila en el suelo de la entrada, luego colgó la chaqueta en el perchero, y me dijo un breve hola camino de la cocina.

Reconocí esa expresión huraña de su cara. No quería que nadie le dijera nada, y menos aún yo.

—¿Karl Ove? —gritó al cabo de un rato.

—¿Sí? —contesté.

—Ven aquí un momento.

Hice lo que me mandó, me detuve en el vano de la puerta.

—¿Cómo has cortado el queso marrón? No puedes hacer lonchas tan gordas. ¿Quieres que te enseñe cómo se hace?

Colocó el cortador de queso sobre el queso y cortó.

—Así —dijo—. ¿Ves lo fácil que es cortar lonchas finas?

—Sí —contesté, y me volví de nuevo.

—Una cosa más —dijo.

Me di la vuelta otra vez.

—Cuando comas, recoge luego las migas. No estoy dispuesto a limpiar todo lo que tú ensucias.

—Vale —dije y me fui al baño. Tenía lágrimas en los ojos, y me lavé la cara un par de veces con agua fría, me sequé, volví al cuarto de estar, me senté y

me puse a leer *Hambre*, mientras le oía comer en la cocina, luego recoger y meterse en el dormitorio. Al cabo de un rato se hizo el silencio y comprendí que estaba dormido.

Un episodio parecido tuvo lugar al día siguiente, cuando se enfadó al descubrir que no había limpiado el suelo del baño después de ducharme. También me dio un par de órdenes, como si se encontrara a un nivel más alto que yo. Yo no decía nada, bajaba la cabeza, hacía lo que me decía, pero rabiaba por dentro. Más tarde ese día, al volver de la compra, cerré la puerta del coche de un modo que en su opinión era demasiado brusco, ¿hace falta cerrar la puerta tan a lo bestia? ¿No puedes tener un poco más de cuidado, joder? El coche no es mío. Yo estallé.

–¡Deja de decirme lo que tengo que hacer, oyes! –grité–. ¡No pienso seguir tolerándolo! ¡Me tratas como a un niño, joder! ¡No haces más que echarme la bronca por todo!

Me lanzó una breve mirada, con la llave del coche en la mano.

–¿Lo entiendes? –dije con los ojos húmedos.

–Nunca más volveré a hacerlo –dijo.

Y, de hecho, nunca más volvió a hacerlo.

Salimos varias veces esa semana, y siempre ocurría lo mismo. Yngve se encontraba con conocidos, a los que me presentaba diciendo que yo era su hermano y que iba a empezar a estudiar en la Academia de Escritura. Eso suponía una ventaja para mí, de ese modo yo ya era algo sin necesidad de mostrarlo, pero al mismo tiempo me dificultaba más las cosas, porque tenía que estar a la altura. Decir algo que probablemente dijera un futuro escritor, algo en lo que ellos no hubieran pensado. Pero era imposible. Ellos habían pensado ya en todo, todos sabían más que yo, hasta tal punto que fui comprendiendo poco a poco que lo que yo decía y pensaba era algo que ellos ya habían dicho y pensado hacía tiempo, y que ya habían dejado atrás.

Pero me gustaba beber con Yngve. La emoción aumentaba en ambos después de varias jarras de cerveza, todo aquello que se interponía entre nosotros durante el día, ese repentino silencio que se iba haciendo cada vez más grande, la irritación, el que de repente no encontráramos puntos de contacto entre nosotros, aunque hubiera muchos, todo desaparecía en esa emoción creciente y ese calor: nos mirábamos el uno al otro y sabíamos



quiénes éramos. Caminábamos medio borrachos por la ciudad y luego subíamos las cuestas hasta casa, nada resultaba incómodo, tampoco el silencio, a nuestro alrededor brillaban las farolas sobre el asfalto resplandeciente, los taxis oscuros pasaban a toda prisa, mujeres u hombres solitarios venían caminando hacia nosotros, otros jóvenes volvían de por ahí, y yo miraba a Yngve, que andaba ligeramente inclinado hacia delante, igual que yo, y podía preguntarle: ¿qué tal lo de Kristin? ¿Lo has superado? Y él podía mirarme y contestar que no, nunca lo superaré. No hay nadie que esté a su altura.

La llovizna, las nubes que pasaban velozmente por encima de nosotros, iluminadas desde abajo por las luces de la ciudad, el rostro serio de Yngve. El fuerte olor a gases de tubos de escape que, según tenía entendido, siempre se posaba sobre Danmarksplass. Una moto ligera con dos jóvenes se paró delante del cruce con semáforo, el que conducía puso los pies en el asfalto, la que iba sentada detrás lo tenía fuertemente abrazado.

—¿Te acuerdas de cuando me dejó Stina? —le pregunté.

—Vagamente —contestó.

—Me tocaste algo de The Aller Værste! «Todo pasa, todo acaba.»

Me miró sonriendo.

—¿De verdad?

Asentí con la cabeza.

—Eso mismo te digo yo ahora. Todo pasa. Pronto estarás igual de enamorado de otra.

—¿Qué edad tenías entonces? ¿Doce años? No es exactamente lo mismo. Kristin era el amor de mi *vida*. Y sólo tengo una vida.

No hice ningún comentario. Subimos la cuesta del otro lado de Verftet y giramos a la izquierda, donde estaba el macizo y rojizo edificio de ladrillo que sabía que era un colegio.

—Pero de historias como ésa se saca algo positivo —dijo él—. Cuando las chicas no me interesan, de repente ellas empiezan a interesarse por mí de un modo completamente distinto. Si me importan una mierda, entonces sí que puedo conseguirlas.

—Ya lo sé —dije—. Mi problema es que soy incapaz de sentir que me importan un bledo. Ingvild, por ejemplo. Joder, me pondré tan nervioso cuando nos veamos que no seré capaz de articular palabra. Entonces ella creerá que *soy* así, y la cosa no funcionará.

–Qué va –apuntó Yngve–. Todo irá bien. Ella sabe cómo eres. Os habéis estado escribiendo durante toda la primavera y todo el verano.

–Pero entonces *escribo* –dije–. Cuando escribo puedo ser como quiera. Dedicarle tiempo, ¿sabes? Exagerar, inventar. Pero no puedo hacer eso en la vida real.

Yngve resopló.

–Si no piensas mucho en ello, todo irá bien. Ella sentirá exactamente lo mismo.

–¿Tú crees?

–¡Claro que sí! Tómate unas cervezas con ella y relájate un poco. Te vendrá bien.

Sacó la llave del bolsillo, bajó el paraguas, entró en el portal y subió la pequeña y resbaladiza escalera mojada. Yo me quedé detrás de él, esperando a que abriera.

–¿Nos tomamos una copa de vino antes de acostarnos? –sugirió.

Asentí con la cabeza.

En el transcurso de esa semana la impaciencia iba creciendo dentro de mí, estaba cada vez más desasosegado, un sentimiento que nunca hasta entonces había experimentado. Seguramente se debía a que estaba deseando que todo empezara ya, que empezara en serio. También quería centrarme en mis cosas y no tener que depender de Yngve en todo. Ya me había prestado unos cientos de coronas, y seguramente necesitaría otro tanto hasta que me llegara el préstamo de estudios. Había cometido la estupidez de notificar el cambio de dirección postal cuando me mudé de Håfjord, c/o Yngve, de modo que al llegar me encontré con reclamaciones de pagos tanto de la compañía eléctrica como de la tienda en la que había comprado el equipo estereofónico. La última era la más seria, si no pagaba ya, tomarían medidas legales para cobrar el dinero.

Si se hubiera tratado de un buen equipo estereofónico lo habría podido soportar. Pero joder, el que me había comprado era muy malo, Yngve tenía un amplificador Nad con dos pequeños pero buenos altavoces JBL, y también Ola tenía un buen equipo, con componentes comprados por separado, eso era lo que había que tener, no un jodido rack Hitachi.

Pronto recibiría más de veinte mil coronas en efectivo.

También pensaba en si comprarme una revista porno o no. Vivía ya en una

gran ciudad, no conocía a nadie, lo único que tenía que hacer era coger la revista del estante, pagar, meterla en una bolsa e irme a casa. Pero no era capaz de hacerlo, un par de veces me encontré en un estanco de las cercanías, mi mirada se deslizó hacia las cabezas rubias de mujer y los grandes pechos, y la mera visión de la piel impresa en las páginas relucientes me oprimía la garganta. Pero lo que luego dejaba en el mostrador era siempre un periódico y un paquete de tabaco, nunca una revista. En gran parte porque vivía en casa de Yngve y no me parecía bien esconder cosas allí, pero también porque no me atrevía a mirar a los ojos al dependiente en el momento de dejar la revista en el mostrador.

Así que lo dejé estar.

Llegó el día de la mudanza: Yngve me ayudó a subir del sótano las cosas que había traído de Håfjord y a meterlas en el coche, eran ocho cajas de cartón, que impedían la visibilidad cuando Yngve, con más cuidado que de costumbre, giró el volante para separarse de la acera y empezó a conducir cuesta abajo.

–Si ahora das un frenazo, me rompo el cuello –dije, porque las cajas llegaban hasta el techo justo detrás de mí.

–Intentaré evitarlo –dijo–. Pero no puedo prometerte nada.

Por primera vez en varios días había dejado de llover. Sobre la ciudad reposaba una blanquecina capa de nubes, y la luz que había en las calles que nos rodeaban era suave, pero no de un modo acogedor o decorativo, más bien dejaba que lo que ya había apareciera por derecho propio. Un asfalto abigarrado, entre gris y negro, paredes verdes y amarillas, alfombras de gases de tubos de escape y polvo del asfalto, árboles entre grises y verdes, una superficie de agua gris reluciente en la bahía de Verftet. Los colores se volvieron algo más vívidos cuando emprendimos la subida por Sandviken; allí la mayor parte de las casas era de madera, y la pintura brillaba a través de la luz neutra.

Yngve giró y detuvo el coche junto a la acera, justo al lado de un pequeño parque y delante de una cabina telefónica. En la pared de una casa justo enfrente había una placa en la que ponía calle Absalon Beyer.

–¿Es aquí? –pregunté.

–Es la casa de la esquina –contestó Yngve, bajándose del coche. Levantó la mano a modo de leve saludo, yo seguí su mirada, había una chica detrás de

la ventana del piso de la planta baja, llevaba un trapo en la mano y nos miraba.

Cruzamos la calle, ella salió a la puerta y le di la mano. Dijo que habíamos calculado muy bien el tiempo, porque justo acababa de limpiarlo todo.

—¡Pasad!

El estudio consistía en un pequeño cuarto amueblado de modo muy sencillo; debajo de la ventana había un sofá, delante de él una mesa baja, y junto a la pared del otro lado un escritorio. Había además otro sofá que podía convertirse en cama. Más allá del pequeño cuarto, separada por una puerta, había una minúscula cocina. Eso era todo. Las paredes tenían un tono oscuro, como marrón, y habría resultado muy triste de no ser por un muro cortafuegos junto a la puerta de la cocina, adornado con una pintura de un paisaje, un árbol en una roca sobre el mar, no muy distinto al que aparecía en las cajas de cerillas, y que Kjartan Fløgstad había utilizado como portada de su libro *Fuego y llamas*.

Ella se dio cuenta de que lo estaba mirando y sonrió.

—¡A que es precioso! —exclamó.

Asentí con la cabeza.

—Aquí tienes las llaves —dijo alcanzándome un pequeño manojito—. Ésta es la de la puerta de la calle, ésta la de aquí y ésa la de un trastero en la buhardilla.

—¿Y dónde está el aseo? —pregunté.

—Abajo. La ducha y el aseo son comunes. No es muy práctico, pero así el alquiler es más bajo. ¿Quieres verlos?

La escalera era empinada y el pasillo del sótano estrecho, a un lado había un pequeño apartamento, donde vivía alguien llamado Morten, y al otro estaban la ducha y el aseo. Me gustaba la parte de incomodidad que eso conllevaba, y las viejas paredes de cemento con un ligero olor a moho le daban un aire dostoievskiano, el joven estudiante pobre en la gran ciudad.

Cuando subimos, la chica me dio un montón de formularios ya rellenos para el alquiler, cogió el cubo vacío de fregar con una mano, la fregona con la otra y se volvió hacia nosotros desde la puerta.

—¡Espero que estés bien aquí! Yo he pasado muy buenos ratos en esta casa.

—Gracias —dije—. Y buen viaje. ¡Nos vemos el verano que viene!

La chica desapareció por la esquina con la fregona colgándole a la espalda, e Yngve y yo empezamos a meter las cajas. Hecho esto, se montó en el coche

y se fue al hotel, donde tenía turno de tarde. Yo me senté con los pies en la mesa y me fumé un cigarrillo, antes de ponerme a desempaquetar.

La vivienda se encontraba a nivel de calle, la acera quedaba justo delante de mis ventanas, y aunque no pasaba una marabunta de gente, se veía un constante ir y venir de cabezas, y tan tentadora debía de resultar la visión de un piso abierto que prácticamente todo el mundo se dejaba vencer por la tentación de mirar hacia dentro. Me agaché sobre la colección de discos, me volví y me encontré con los ojos de una mujer de unos cuarenta años, que ciertamente desvió la mirada en ese mismo instante, pero que sin embargo me dejó algo impresionado. Colgué el póster de John Lennon, me volví y esta vez me encontré con las miradas de dos chicos de unos doce años; instalé la cafetera eléctrica, la enchufé al lado de la cocina, me di la vuelta y me encontré con la mirada de un hombre barbudo de veintimuchos años. Para acabar con aquello colgué una sábana en una ventana y un mantel en la otra, y me senté en el sofá, extrañamente intranquilo; era como si la velocidad dentro de mí fuera mayor que la de fuera.

Puse discos, me hice un poco de té y leí unas cuantas páginas de *Hambre*. Empezó a llover. En los breves intermedios entre las pistas de los discos oía las gotas golpear la ventana justo detrás de mi cabeza. A intervalos alguien hacía ruido en el piso de arriba, mientras caía el atardecer y la habitación se iba oscureciendo poco a poco. Se oyeron ruidos en la escalera, y voces altas arriba, pusieron música, había empezado la fiesta previa.

Me preguntaba si llamar a Ingvild, ella era la única persona a la que conocía en esa ciudad, pero pensé que antes de verla tenía que prepararme para el reencuentro, no tenía más que una posibilidad, y no debía echarla a perder.

Era curioso que me hubiera causado una impresión tan grande. Sólo había estado media hora compartiendo mesa con ella.

¿Podía uno enamorarse tras un encuentro de media hora?

Pues sí, podía.

¿Podía llenarte por completo una persona que no conocías y de la que no sabías apenas nada?

Pues sí, podía.

Me levanté y fui a por las cartas que me había escrito. La más larga me llegó a mediados del verano, me contaba que estaba viajando por el continente americano junto con la que había sido su familia de estudiante de

intercambio, por el camino se iban parando en todas las cosas dignas de verse, que según ella no eran pocas, casi cada ciudad tenía algo de lo que se enorgullecía y por lo que era conocida. Escribía que utilizaba las pausas para esconderse y fumar sin que la vieran, por lo demás, solía quedarse tumbada en la caravana contemplando el paisaje, que unas veces era de una belleza espectacular, hermoso y dramático, y otras monótono y aburrido, pero siempre desconocido.

Yo me la imaginaba, pero no sólo eso, también me identificaba con ella, es decir, entendía exactamente lo que quería decir, cómo se sentía, había algo en el tono en que escribía, o en esos pequeños destellos que proporcionaba de sí misma que yo reconocía en mí, y eso, el que otro ser humano llegara hasta muy dentro, donde yo mismo estaba, era algo que jamás había experimentado. Luz, alegría, tensión, como en el límite de la náusea, siempre muy cerca de la desesperación, porque yo lo quería con gran intensidad, era lo único que deseaba, pero ¿y si todo salía mal? ¿Y si ella no me quería? ¿Y si yo no era lo suficientemente bueno?

Dejé las cartas, me puse la chaqueta, me calcé y salí a la calle con intención de pasarme por el hotel de Yngve, no salía de trabajar hasta las once, pero con un poco de suerte no estaría muy ocupado y podríamos charlar un rato, fumarnos un cigarrillo o lo que fuera.

Primero crucé la calle para ver el piso de encima del mío, pero lo único que vi fueron unas cabezas en la ventana. Llovía bastante, pero no tenía paraguas y no quería ponerme el impermeable, así que aunque me resultara incómodo y la gomina del pelo empezara a chorrear por la frente, agaché la cabeza y eché a andar.

En los barrios cercanos las casas eran de madera y pintadas de blanco, todas las esquinas estaban inclinadas y los tejados tenían distintas alturas, algunas casas tenían escaleras de piedra que bajaban hasta la acera, otras no. En el barrio de más abajo eran de ladrillo, largas filas de casas que datarían de principios de siglo y que seguramente fueron construidas para obreros, a juzgar por las paredes simples y carentes de adornos.

Y, sobre todo, visibles incluso desde el callejón más profundo y oscuro, se erguían las montañas. Y debajo, en los resquicios entre casas y árboles, se veía el mar. Las montañas de allí eran más altas que las de Håfjord, y el mar igual de profundo, pero las montañas no te marcaban la conciencia con tanta fuerza; el peso se encontraba en la ciudad, en el adoquinado, el asfalto, las

casas de ladrillo y los barrios de casas de madera, en las ventanas, las luces, los coches y los autobuses, el número de personas y cuerpos en las calles, en contraste con lo cual el mar y las montañas resultaban ligeros, casi ingrátidos, algo sobre lo que la vista podía descansar, un decorado.

Si hubiera vivido aquí solo, pensé, en una pequeña cabaña arriba en la ladera, por ejemplo, sin casas en las cercanías, pero exactamente en el mismo paisaje, entonces sí habría sentido el peso de las montañas y la profundidad del mar, entonces habría oído el viento pasar por las cumbres, las olas golpear la tierra allí abajo, y aunque no habría tenido miedo, al menos habría estado en guardia. Me habría despedido del paisaje cada noche al dormirme y lo habría saludado al despertarme. Ahora no era así, lo notaba en todo el cuerpo, aquí lo que contaba eran los rostros.

Dejé atrás el alargado edificio de cordelería pintado de rojo, de madera y con aspecto casi de barracón, subí por el otro lado, pasé por delante del supermercado, y bajé hasta la ancha carretera principal, abajo del todo fui hacia la derecha, pasé por delante de la tranquila y gris iglesia de María, en la que ya me fijé cuando estuve allí tres años atrás, visitando a mi madre y a Yngve, ya que era muy poco suntuosa y el entorno la absorbía de un modo imperceptible, y porque llevaba allí desde el siglo XII, y seguí hasta Bryggen.

Los coches se deslizaban con los faros encendidos. El agua que se mecía lentamente en la dársena estaba completamente negra. Se veían algunos barcos de vela amarrados, los cascos relucientes apenas reflejaban las luces de las farolas a lo largo de la carretera. A bordo de uno de ellos había gente sentada debajo de una superestructura bebiendo, sus voces eran bajas, los rostros sólo débilmente iluminados. De Vågsbunnen salían chorros de sonidos, de coches, música, gritos, todo lo que había tenido tiempo de alejarse en el camino hasta allí.

Yngve estaba detrás del mostrador de la recepción con otra persona. Cuando entré, giró la cabeza hacia mí.

—¿Ya te estás aburriendo? —me preguntó. Miró a su colega—. Éste es mi hermano, Karl Ove. Se mudó aquí hace una semana.

—Hola —dijo el otro.

—Hola —dije yo.

Se fue al cuarto que había detrás de la recepción. Yngve daba pequeños golpes con un bolígrafo en el mostrador.

—Necesitaba un poco de aire fresco —dije—. He decidido venir a verte, así

tenía un motivo para el paseo.

–Bueno, aquí no ocurre nada –dijo.

–Ya lo veo –dije yo–. ¿Irás a casa luego?

Asintió con la cabeza.

–Asbjørn ya está aquí. Quizá pasemos por tu casa mañana para ver qué tal te ha quedado.

–Vale –dije–. ¿Podrías llevarme un paraguas? Tienes dos, ¿no? Te lo devolveré cuando me llegue el préstamo.

–Intentaré acordarme.

–Nos vemos pues.

Asintió con un gesto, y salí de allí. Como no me apetecía estar solo en casa, opté por darme un paseo por las mojadas calles de la ciudad. Pasé por delante del Café Opera, que en efecto estaba atestado de gente, y en el que no me atreví a entrar solo, luego bajé hacia el mar al otro lado, pasé por delante de unos ruinosos edificios que parecían almacenes, subí una cuesta en lo alto de la cual me paré, porque desde allí veía Bryggen y Sandviken, al otro lado de Vågen, reluciente en el húmedo aire entre gris y negro.

Bajé hasta la gran plaza abierta del otro lado, luego pasé por delante de un hotel de cemento y vidrio llamado Neptun, un nombre adecuado en esa ciudad, en la que el agua caía y fluía por todas partes, pensé, y también pensé que tendría que acordarme de aquello y anotarlo en cuanto llegara a casa; miré hacia delante y descubrí una gran puerta de ladrillo al final de una calle peatonal, sabía que era una de las antiguas puertas de la ciudad, mi madre me había enseñado otra idéntica en la otra punta del centro. Crucé la calle, pasé por delante de un edificio grande de oficinas que subía derecho del agua como un peñón, al doblar la esquina me encontré con la terminal del muelle de Strandkai, desde donde salía el barco para el Sognefjord, y más atrás de nuevo Vågsbunnen.

Me recorrió una oleada de felicidad. Era la lluvia, eran las luces, era la gran ciudad. Era yo mismo, sería escritor, una estrella, una luz para los demás.

Me pasé la mano por el pelo, liso por la gomina, me la limpié en el pantalón y aceleré el paso con la esperanza de que esa sensación de felicidad permaneciera durante todo el camino a casa y durante el tiempo que me esperaba en ella hasta el momento de acostarme.



Esa noche, mientras dormía, se me ocurrió la idea de que la cama en la que estaba acostado se encontraba en mitad de la calle. No era tan extraño, pensé cuando me desperté, seguramente con el repique de campanas en la lejanía, porque la cama estaba colocada junto a la pared de debajo de la ventana, y no sólo se oía con toda nitidez cada paso que se daba por la acera, sino que la casa se encontraba en un cruce donde la gente que iba en dirección contraria se paraba a charlar al volver de alguna juerga, y, además, al otro lado de la calle había una cabina telefónica que, me daría cuenta luego, también se usaba mucho por las noches, gente que pedía un taxi rodeada por toda la pandilla o gente decidida a decir unas palabras serias a una novia, un amigo o alguien que en su opinión le había engañado, y a quien en ese momento había que poner verde o suplicar la reconciliación.

Me quedé un rato quieto en la cama para serenarme, luego me vestí y bajé al sótano con una toalla en una mano y el champú en la otra. El pasillo de abajo estaba lleno de vapor, intenté abrir la puerta de la ducha, estaba cerrada, una voz de chica sonó desde dentro, ¡enseguida termino! Vale, dije apoyándome en la pared mientras esperaba.

Se abrió la puerta que había a mi lado y un tipo de mi edad con el pelo revuelto asomó la cabeza.

—Hola —dijo—, me ha parecido oír a alguien. Me llamo Morten. ¿Tú eres el del primero?

—Sí —contesté dándole la mano.

Se rió un poco, iba en calzoncillos.

—¿A qué te dedicas? —me preguntó—. ¿Eres estudiante?

—Acabo de llegar a la ciudad. Voy a estudiar en una especie de escuela para escritores.

—¡Qué interesante! —exclamó.

En ese instante se abrió la puerta de la ducha. Salió una chica de unos veinticinco años. Llevaba el cuerpo envuelto en una enorme toalla, y la cabeza en una más pequeña. La acompañaba una nube de vapor.

—Hola —dijo sonriendo—. Mejor dejamos las presentaciones para luego. Por ahora, ¡la ducha es toda tuya!

Se alejó por el pasillo.

—Je, je, je —se oyó la risa de Morten.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Estudias?

—¡Hablaemos de eso más tarde! ¡Métete en la ducha antes de que la

vuelvan a ocupar!

El suelo del cuarto de la ducha era de cemento, y estaba helado donde el agua caliente no había llegado. El sumidero estaba lleno de pelos y espuma del champú de la chica. Una placa en la pared se había curvado un poco por la parte de abajo, y la puerta, que era blanca, se había puesto negra y llena de manchas desde el listón de abajo hacia arriba. Pero el agua salía caliente, y enseguida estaba con el pelo enjabonado y tarareando «Ghostbusters», por alguna extraña razón.

Ya en casa no me atreví a volver a salir, pues Yngve no había dicho a qué hora irían, pero no importaba, estaba más sosegado que el día anterior, y aproveché el tiempo para colocar en su sitio los utensilios de cocina, meter la ropa en el armario, colgar los últimos cuadros y escribir una lista de lo que tenía que comprar cuando me llegara el préstamo de estudios. Hecho todo esto, me coloqué al lado de la puerta, intentando ver todo con los ojos de Yngve y Asbjørn. La máquina de escribir sobre la mesa quedaba muy bien en la habitación. El póster del granero y el grano amarillísimo bajo el cielo americano, casi negro y dramático, estaba bien, una fuente de inspiración. También lo estaba la foto de John Lennon, el rebelde de los cuatro Beatles. Y la colección de discos en el suelo, junto a la pared, era grande e impresionante, incluso para Asbjørn, quien, según había oído, era bastante entendido. El factor negativo era la colección de libros, sólo la formaban diecisiete, y no tenía conocimientos suficientes para juzgar la calidad de cada título. Pero Saabye Christensen, de quien tenía tanto *Beatles* como *Los caracoles*, sí era a prueba de balas. Lo mismo ocurría con Ingvar Ambjørnsen, de quien también tenía tres títulos, *La sala 23*, *La última caza de zorros* y *Negros blancos*.

Dejé abierta sobre la mesa *Novela con cocaína*, y coloqué un par de números de la revista literaria *Vinduet* al lado, uno abierto y el otro cerrado. Tres libros abiertos sería demasiado, parecería casi preparado, pero dos abiertos y uno cerrado no levantarían ninguna sospecha, era perfecto.

Una hora después, mientras estaba intentando escribir, llamaron a la puerta. Eran Yngve y Asbjørn. Vi que estaban impacientes, que querían irse enseguida.

—Qué bien que hayas venido a Bergen, Karl Ove —dijo Asbjørn con una sonrisa.

—Sí —dije—. ¡Pasad!

Cerré la puerta detrás de ellos, que se quedaron en medio de la estancia, mirando a su alrededor.

–Te ha quedado muy bien –dijo Yngve.

–Mm –asintió Asbjørn–. Un sitio estupendo para vivir. Pero oye.

–¿Sí? –contesté.

–Ese póster de Lennon tienes que quitarlo. No sirve.

–¿Ah, no? –dije.

–Eso son cosas de instituto. John Lennon. Joder.

Sonrió al decirlo.

–¿Tú opinas lo mismo? –le pregunté a Yngve.

–Por supuesto –contestó.

–¿Y qué debo poner en su lugar?

–Cualquier cosa –contestó Asbjørn–. Bjøro Håland es mejor.

–En realidad a mí me gustan los Beatles –dije.

–No lo dirás en serio –dijo Asbjørn–. ¿Los Beatles? –Se volvió hacia Yngve y sonrió de nuevo–. Creía que habías dicho que tu hermano pequeño tenía buen gusto para la música. Que hasta tenía su propio programa de radio.

–Nadie es perfecto –dijo Yngve.

–Sentaos –dije. Aunque lo del póster de Lennon me había dejado KO y me hervía la cabeza, ya que había entendido a la perfección por qué estaba mal en el instante en que Asbjørn lo dijo (claro que eran cosas de instituto), seguía estando orgulloso de tenerlos allí, en mi propia casa, rodeado de mis cosas.

–Pensábamos bajar al centro a tomar un café *au lait* o algo por el estilo – dijo Yngve–. ¿Vienes?

–¿No podemos tomar un café aquí? –pregunté.

–Mejor sentarnos en el Café Opera, ¿no? –propuso Yngve.

–Sí, claro –respondí–. Esperad un momento, voy a ponerme algo de ropa.

Cuando salimos, tanto Asbjørn como Yngve se pusieron las gafas de sol. Las mías se habían quedado dentro, pero resultaría demasiado revelador volver a entrar en casa a cogerlas, de manera que lo dejé estar y empecé a bajar con ellos las calles húmedas y brillantes por el reflejo de los rayos de sol que caían a través de los agujeros de la capa de nubes sobre nosotros.

Sólo había coincidido un par de veces con Asbjørn, y nunca había hablado mucho con él, pero sabía que era importante para Yngve, con lo que también lo era para mí. Me había fijado en que se reía mucho y luego se quedaba muy

silencioso. Tenía el pelo corto y unas incipientes patillas, una cara algo regordeta, y ojos cálidos y atentos. Brillaban no pocas veces. Al igual que Yngve, ese día iba vestido todo de negro. Pantalones Levi's negros, chaqueta negra de cuero y zapatos negros de Dr. Martens, con costuras amarillas.

—Qué bien que hayas entrado en la Academia de Escritura —dijo—. Ragnar Hovland es cojonudo. ¿Has leído algo de él?

—La verdad es que no —contesté.

—Debes hacerlo. *Planear sobre los lagos* es sin duda la novela noruega definitiva del estudiante universitario.

—¿Ah, sí?

—Sí. O la novela definitiva de Bergen. Es lo más. Es un escritor cojonudo. Le gustan los Cramps. ¡Eso dice mucho de él!

Me fijé en que lo de «es lo más» era una expresión que usaba a menudo.

—Vale —dije.

—A los Cramps sí los habrás escuchado, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Empiezas mañana? —preguntó Yngve.

Asentí con la cabeza.

—Estoy un poco nervioso, la verdad.

—Te han admitido —dijo Yngve—. ¡Ellos sabrán lo que hacen!

—Espero que así sea —dije.

El Café Opera era muy distinto por la noche. Ahora, a mediodía, no estaba lleno de estudiantes bebiendo cerveza, sino de toda clase de gente, incluso de señoras de cincuenta años con una taza de café y un trozo de tarta delante de ellas. Encontramos una mesa junto a la ventana en la planta baja, colgamos las chaquetas en los respaldos de las sillas y fuimos a pedir. Yo estaba sin blanca, de modo que Yngve me invitó a un café *au lait*, y Asbjørn se pidió un expreso. Cuando vi la tacita que le alcanzaron lo reconocí, era como el café que nos sirvieron a Lars y a mí en la primera parada del camión justo después de la frontera de Italia, pedimos café y nos pusieron esas tazas minúsculas, con un café tan fuerte y concentrado que nos resultó imbebible. Yo volví a escupirlo en la taza mirando al camarero, que me ignoró, quién era yo para criticar el café.

Pero al parecer a Asbjørn sí le gustaba ese café. Sopló la superficie negruzca y dio un sorbo, dejó la taza y miró por la ventana.

—¿Has leído a Jon Fosse? —le pregunté mirándolo.

—No. ¿Está bien?

—Ni idea. Es otro de los profesores.

—Sé que escribe novelas —señaló Asbjørn—. Es modernista. Un modernista del oeste del país.

—¿Por qué no me preguntas a mí si yo he leído a Jon Fosse? —me preguntó Yngve—. Yo también leo libros, ¿sabes?

—No te he oído hablar de él, así que supuse que no lo habías leído —dije—. ¿Pero lo has leído?

—No —contestó Yngve—. Pero podría haberlo hecho.

Asbjørn se rió.

—¡No cabe duda de que sois hermanos!

Yngve sacó su boquilla y se encendió un cigarrillo.

—Veo que aún no has abandonado los gestos de David Sylvian —dijo Asbjørn.

Yngve se limitó a sacudir la cabeza y a soplar el humo lentamente sobre la mesa.

—Me cansé la vista buscando las gafas Sylvian.

—Dios mío, Yngve —dijo Asbjørn—. Éste ha sido tu peor chiste hasta ahora, lo que no es poco.

—Vale, lo reconozco —contestó Yngve riéndose—. Pero de diez juegos de palabras sólo uno o dos resultan exitosos. El problema es que hay que pasar por los malos para llegar a los verdaderamente buenos.

Asbjørn volvió la cabeza y me miró.

—No puedes imaginarte la cara de Yngve cuando se le ocurrió que el aeropuerto del pueblecito de Jølster tendría que llamarse Astrup, como el gran pintor del lugar. Se rió tanto que tuvo que salir de la habitación. ¡De su propio chiste!

—Porque era un chiste cojonudo —dijo Yngve riéndose.

También se rió Asbjørn. Entonces, como cuando se pulsa un interruptor, dejó de reírse y se quedó completamente inmóvil por unos instantes. Sacó el paquete de cigarrillos, me fijé en que fumaba Winston, encendió uno y vació la taza de expreso de un segundo sorbo.

—¿Sabes si Ola está en la ciudad? —preguntó.

—Sí, ya lleva aquí algún tiempo —contestó Yngve.

Y se pusieron a charlar de sus estudios. Yo no había oído hablar de la

mayor parte de los nombres que mencionaban, y como el contexto me era desconocido, no podía participar ni siquiera cuando se referían a películas y bandas que conocía. Se inició algo parecido a una discusión. Yngve opinaba que no había nada que fuera auténtico o verdadero en sí mismo, todo era, de una u otra manera, pose, incluso, como dijo, la imagen de Bruce Springsteen. Lo normal en él era igual de amanerado y estudiado que lo excéntrico y lo posado en David Sylvian o David Bowie. Claro que sí, dijo Asbjørn, tienes toda la razón, pero eso no quita que haya expresiones auténticas, ¿no? ¿De quién, por ejemplo?, preguntó Yngve. Hank Williams, respondió Asbjørn. ¡Hank Williams!, exclamó Yngve. Pero en torno a él no hay más que mitos. ¿Qué clase de mitos? Mitos del country, dijo Yngve. Pero por Dios, Yngve, dijo Asbjørn.

Yngve me miró.

—Lo mismo ocurre en la literatura. No hay ninguna diferencia entre una novela ligera y una intelectual, una es tan buena como la otra, la única diferencia es esa aureola con que se las rodea, decidida por los lectores, no por el libro en sí. No existe nada como «el libro en sí».

Nunca se me había ocurrido pensar eso, y me mantuve callado.

—¿Y los cómics? —preguntó Asbjørn—. ¿El Pato Donald es igual de bueno que James Joyce?

—En principio, sí.

Asbjørn se echó a reír e Yngve sonrió.

—Pero sinceramente —añadió—, lo que define la obra o al artista es la recepción, y con eso juegan los artistas, claro está. Independientemente de que se encuentren arriba o abajo, todo es pose.

—Tú trabajas de recepcionista, de modo que debes saberlo —dijo Asbjørn.

—Y esa chaqueta tuya, por cierto, no es más que una chaqueta de cuero —dijo Yngve.

Se volvieron a reír, y luego se hizo el silencio. Yngve se levantó y fue a por un periódico. Yo hice lo mismo, y allí sentados, hojeándolo, me sentí tan exaltado por el hecho de encontrarme con dos experimentados estudiantes en un café de Bergen una tarde de domingo y que no fuera una excepción, o estuviera de visita, sino que ya estuviera dentro y perteneciera a ese lugar, que apenas era capaz de asimilar lo que leía.

Nos marchamos a la media hora, ellos iban a casa de Ola, que vivía en una de las calles de detrás del auditorio Grieg, e Yngve me preguntó si quería ir

con ellos, pero dije que no, que tenía que prepararme un poco para el día siguiente, la verdadera razón, no obstante, era que me sentía tan feliz que no podía soportarlo y necesitaba estar solo un rato.

Nos despedimos al final de la avenida Torgalmenningen, delante de un bar o discoteca llamada Dickens, me desearon suerte, Yngve dijo que le llamara para contarle cómo me había ido, yo le pregunté si podía prestarme algo de dinero por última vez, dijo que sí y sacó un billete de cincuenta, yo crucé de prisa la gran plaza abierta en medio de la ciudad, con la lluvia cayendo a ráfagas, porque aunque el sol seguía brillando sobre las casas de la ladera, el cielo estaba pesado y de un tono negro azulado.

De vuelta en mi casa no sólo descolgué el póster de John Lennon, sino que también lo rompí en pedazos y los tiré a la papelera. Luego me decidí a llamar a Ingvild y preguntarle si nos veíamos el siguiente fin de semana, era una buena ocasión, me sentía muy alegre y tenía la sensación de que lo alegre y ligero serviría para acceder a ella, porque era ella en lo que pensaba mientras subía las largas y pesadas cuestas, como si mi interior sólo fuera capaz de responder a la emoción de la compañía de Yngve y Asbjørn con más emoción, ciertamente de una clase bien distinta, porque mientras lo insoportable con Yngve y Asbjørn era el mismo momento, el mismo instante, lo que ocurría allí y entonces, la emoción que sentía en relación con Ingvild era muy distinta, porque iba dirigida hacia lo que ocurriría, a un día en el futuro, cuando de hecho la tensión se hubiera liberado y pudiera reunirme con ella.

Ella y yo.

La idea de que eso fuera posible, y que no fuera sólo un autoengaño estalló dentro de mí.

Fuera se estaba nublando, los rayos de sol desaparecieron del todo, la lluvia chapoteaba en la calle. Subí corriendo a la cabina telefónica, puse la nota con el número de teléfono de la residencia universitaria de Fantoft encima del aparato, metí una moneda de cinco coronas en la ranura, marqué el número y esperé. Contestó una voz de hombre joven, pregunté por Ingvild, el joven dijo que allí no vivía nadie con ese nombre, yo dije que ella iba a vivir allí, pero que tal vez no hubiera llegado aún, ah sí, respondió, cierto, una de las habitaciones está aún vacía, yo lamenté haberle molestado, él dijo que no importaba, y colgué.

Sobre las siete de esa misma tarde, alguien llamó a la puerta. Fui a abrir, era Jon Olav.

—¡Hola! —dije—. ¿Cómo me has encontrado?

—He llamado a Yngve. ¿Puedo pasar?

—Claro.

No lo había visto desde Semana Santa, el día que salimos en Førde y conocimos a Ingvild. Jon Olav estudiaba Derecho en Bergen, pero por lo que dijo durante la siguiente media hora, deduje que dedicaba gran parte de su tiempo y de sus fuerzas a la organización Jóvenes Amigos de la Tierra. Era idealista por vocación, siempre lo había sido: un verano que pasamos juntos en casa de mis abuelos maternos en Sørbøvåg —tendríamos unos doce o trece años—, yo estaba apoyado en el manillar de una bicicleta hablando de las chicas del vecindario y dije de una de ellas que era nauseabunda, y de repente él contraatacó diciendo: ¿y tú qué te crees, que eres maravilloso?

Me avergoncé de mí mismo y me moví un poco en la bicicleta hacia delante y hacia atrás, y desde entonces siempre recordaba ese momento, su consideración hacia los demás y su voluntad de defenderlos.

Charlamos y tomamos una taza de té, me preguntó si quería que fuéramos a su casa, que estaba muy cerca, yo contesté que claro que quería, y al poco rato estábamos bajando las cuestas.

—¿Has sabido algo de Ingvild este verano? —le pregunté.

—Sí, la he visto un par de veces, de pasada. ¿Cómo le va? Os habéis estado escribiendo, ¿no?

—Sí, nos escribimos desde entonces. Va a venir a la ciudad y pensaba quedar con ella.

—¿Te gusta?

—Si digo que me gusta me quedo corto —dije—. Nunca he sentido nada igual por nadie.

—Pues sí que te ha dado fuerte —dijo Jon Olav riéndose—. Aquí es.

Se detuvo delante de una de las puertas del alto y largo edificio de ladrillo que había justo enfrente de la cordelería. La entrada y la escalera eran de madera, daban una impresión de desnudez, casi de pobreza. Su casa la componían dos pequeños cuartos, con el lavabo en el descansillo y sin ducha. Tenía una colección de discos a la que eché un vistazo mientras él estaba en el servicio, era pequeña y casual, constaba a partes iguales de buenos y malos discos, una parte que todo el mundo compró cuando salieron, un par que eran



realmente buenos, como los Waterboys, y un par que eran de menor calidad, como The Alarm. Era la colección de alguien que no tenía un interés especial por los discos, que se limitaba más bien a seguir a los demás. Pero él había formado parte de una banda, sabía tocar el saxofón, y cuando éramos pequeños me enseñó a tocar el beat básico en la batería, la coordinación del hi-hat, la caja y el bombo.

—Tenemos que quedar alguna noche —dijo al volver al cuarto de estar—. Para que conozcas a mis amigos.

—¿Son los mismos de antes?

—Sí, y espero que lo sean siempre. Idar y Terje son a los que más veo.

Me levanté.

—Ya hablaremos. Tengo que irme ya. Mañana es mi primer día de clase.

—¡Por cierto, enhorabuena por haber entrado! —dijo.

—Sí, me hace mucha ilusión, pero ahora estoy un poco nervioso. No sé qué nivel tendrán.

—Tú haz lo que puedas. Por lo menos lo que leí era bueno.

—Espero que así sea —dije—. ¡Nos vemos!

Me desperté en mitad de la noche porque me había corrido, y me quedé unos instantes en la oscuridad pensando en si debía levantarme a cambiarme de calzoncillos, pero volví a dormirme enseguida. A las seis menos diez abrí otra vez los ojos. En el instante en que fui consciente de dónde me encontraba, se me encogió el estómago de puro nerviosismo. Cerré los ojos en un intento de volverme a dormir, pero la tensión que sentía en mi interior era demasiado grande, así que me levanté, me enrollé una toalla a la cintura, bajé la fría escalera, recorrí el frío pasillo y entré en el frío cuarto de la ducha. Después de una media hora bajo el agua caliente subí a vestirme cuidadosa y metódicamente. Camisa negra y el chaleco negro con la tela gris en la espalda. Pantalones negros Levi's, cinturón de remaches y zapatos negros. Abundante gomina en el pelo, para que se quedara levantado, como debía ser. También me había guardado una bolsa de plástico de Virgin que había cogido de casa de Yngve, y metí en ella un cuaderno y un bolígrafo, además de *Hambre*, para que pesara un poco más.

Hice la cama y volví a convertirla en sofá, me bebí una taza de té con bastante azúcar, porque no tenía ganas de desayunar, y me quedé mirando por la ventana la cabina telefónica que resplandecía al sol, el césped sin sol del

parque de atrás, los árboles al fondo y más allá la montaña, que desde allí se erguía con la fila de casas de ladrillo encima, también a la sombra. Luego me levanté, puse un disco y hojeé unos ejemplares de Vinduet, todo para pasar el tiempo hasta las nueve, que era cuando había decidido irme. Las clases no empezaban hasta las once, pero pensé que primero podía dar una vuelta por la ciudad, tal vez sentarme en un café y leer un poco.

Un deshollinador pasaba por la calle con el largo cepillo enrollado encima del hombro como una rueda. Un gato correteaba por el césped. Por entre las casas de ladrillo se veía una ambulancia que bajaba despacio por la carretera que recorría la ladera de la montaña, sin sirena ni luces de ninguna clase.

Allí y en ese instante tuve la sensación de que podía hacer lo que fuera, de que no tenía límites. No se trataba de escribir, era otra cosa, algo que se abría de par en par, como si en ese momento pudiera levantarme y andar, y seguir andando hasta el fin del mundo.

La sensación duró tal vez medio minuto. Luego se desvaneció, y aunque intenté evocarla, se había ido, como un sueño que se desvanece y escapa cuando intentas recuperarlo.

Unas horas después bajé caminando hasta el centro, notaba un nerviosismo suave y no hostil en el cuerpo, me sentía incluso ligero y elegante, tenía que ver con ese sol que brillaba, con la vida que me rodeaba. Subiendo la cuesta hasta Klosteret vi que al final del asfalto crecían largas briznas de hierba y que en un par de sitios había peñascos desnudos entre las casas, lo que relacionaba la ciudad con las montañas salvajes de alrededor y con el mar de abajo, nada de todo eso cultivado por el hombre, y el que una ciudad formara parte del paisaje, que no fuera nada por su cuenta, como encerrada en torno a sí misma, tal y como yo me sentía los dos primeros días, envió una nueva corriente de buenos sentimientos a través de mí. La lluvia caía por todas partes, el sol brillaba por todas partes, todo estaba relacionado con todo.

Yngve me había indicado el camino minuciosamente, y no tuve ningún problema para encontrar el lugar, bajé por un estrecho pasaje, dejé atrás unas curiosas casas inclinadas, y al final de una cuesta estaban los antiguos astilleros, Verftet, junto al agua, un edificio de ladrillo y con aspecto decimonónico, que tenía incluso una gran chimenea de fábrica. Di la vuelta hasta encontrar la entrada, la puerta estaba abierta y entré en el edificio. Una entrada vacía con varias puertas, ningún cartel. Seguí adelante. Un tipo de

unos treinta y tantos años salió por una puerta, llevaba grandes gafas negras y una camiseta manchada, un artista.

–Voy a la Academia de Escritura –dije–. ¿Sabes dónde está?

–Ni idea –contestó–. Aquí no, desde luego.

–¿Estás seguro? –le pregunté.

–Claro que estoy seguro. Si no, no lo habría dicho.

–Vale –dije.

–Pero mira arriba, al otro lado. Allí hay varias oficinas.

Hice lo que me dijo. Subí la escalera y entré. Una entrada con algunas fotos de Verftet en sus días de gloria en las paredes, al fondo una escalera de caracol.

Abrí una puerta y me metí por un pasillo, una de las numerosas puertas estaba entreabierta y eché un vistazo dentro, un estudio, me di la vuelta y salí de nuevo a la entrada. En ese momento llegaba una mujer de unos treinta y pocos años, que llevaba un abrigo azul claro. Tenía la cara regordeta, los ojos grandes y los dientes un poco torcidos.

–¿Sabes dónde está la Academia de Escritura? –le pregunté.

–Creo que allí arriba –contestó–. ¿Eres estudiante?

Asentí con la cabeza.

–Yo también –dijo ella con una pequeña risa–. Nina.

–Karl Ove.

La seguí escaleras arriba. Llevaba una especie de cartera al hombro, y lo convencional de su aspecto, que no sólo radicaba en el abrigo, la cartera y las pequeñas botas de señora, sino también en la manera en que iba peinada –parecía uno de esos peinados que podrían haber llevado las chicas del siglo XIX–, me defraudó, me esperaba algo más duro, más salvaje, más oscuro. Al menos no tan normal. Si en ese lugar admitían a los normales, podría ser que yo estuviera allí por ser normal.

La mujer abrió la puerta del final de la escalera y entramos en una gran sala con techos abuhardillados y tres ventanales en un lado y dos puertas con una estantería de libros entre ambas en el otro. En medio varios pupitres colocados en forma de herradura. Había tres personas sentadas y delante dos hombres de pie. Uno de ellos, alto y esbelto, con una americana con las mangas subidas, nos miraba fijamente y sonreía. Me fijé en que llevaba una cadena de oro al cuello y varios anillos en los dedos. El otro, más bajo de estatura, también con americana y una incipiente barriga que una camisa

demasiado estrecha revelaba, nos echó una rápida mirada antes de bajarla y mirar al suelo. Los dos tenían bigote. El primero tendría unos treinta y cinco años, el otro, con los brazos cruzados, unos treinta.

Parecían nerviosos, en el sentido de que los dos irradiaban un deseo de no estar justamente allí, justamente en ese momento. Pero lo estaban de un modo casi reacio.

–Bienvenidos a la Academia de Escritura –dijo el alto–. Ragnar Hovland.

Le di la mano y dije mi nombre.

–Jon Fosse –dijo el otro, lo dijo un poco rápido, por no decir que casi lo escupió.

–Sentaos mientras esperamos –dijo Ragnar Hovland–. Hay café en la cafetera y agua allí dentro si os apetece.

Mientras hablaba nos miraba alternativamente a ella y a mí, pero en cuanto acabó de hablar, miró hacia otra parte. Le temblaba un poco la voz, como si en realidad tuviera que sobreponerse para decir lo que dijo. Al mismo tiempo, tenía pinta de sabelotodo, como si supiera más que nadie y mirara hacia otro lado como riéndose de nosotros para sus adentros.

–No he leído aún ninguno de tus libros –dije mirándolo–, pero trabajé hace muy poco de profesor y en el colegio usamos uno de tus libros de texto.

–Eso sí que es extraño –dijo–. Nunca he escrito un libro de texto.

–Pues ponía tu nombre –dije–. Estoy seguro. Ragnar Hovland, ¿no?

–Sí, sí. Pero como digo, nunca he escrito un libro de texto.

–Pues yo lo vi –insistí.

Él sonrió.

–No puede ser. Es decir, si no es que tenga un doble en algún lugar.

–Estoy completamente seguro –dije, pero me di cuenta de que no llegaría a ninguna parte con ese tema, así que dejé mi bolsa sobre una silla, me acerqué a la cafetera eléctrica, cogí una taza de plástico del pequeño montón y la llené de café. Había visto su nombre, estaba seguro. ¿Por qué no quería admitirlo? No era algo vergonzoso haber publicado un libro de texto para la enseñanza primaria, ¿no? ¿O sí lo era?

Me senté, encendí un cigarrillo y me acerqué un cenicero. Al otro lado de la mesa había una mujer de pelo negro y mediana edad mirándome. Sonrió cuando nuestras miradas se cruzaron.

–Else Karin –dijo.

–Karl Ove –dije yo.

A su lado había una chica leyendo. Tendría unos veinticinco años, el pelo rubio y largo, recogido en una coleta, lo que de alguna forma le estiraba la cara, y, junto con su pequeña boca recta, le daba un aspecto severo, reforzado por esa breve mirada que me echó, en la que intuí bastante escepticismo.

Al otro lado había un chico de la misma edad, era alto y delgado, con la cabeza pequeña, la nuez grande, y la boca marcada y ligeramente puntiaguda, había en él algo formal, y corriente.

—Knut —dijo—. Encantado.

Entraron dos personas más, un tipo con barba y gafas, una camisa de leñador a cuadros rojos, una chaqueta azul claro tipo Catalina y unos pantalones marrones de pana, parecía un sustituto en una tienda donde vendían cómics de segunda mano o algo por el estilo, pensé. La otra persona era una chica bajita que llevaba una chaqueta negra de cuero bastante grande, pantalones negros y un par de robustos zapatos negros, también su pelo era negro. Mientras yo los miraba, echó la cabeza hacia atrás y se alisó el flequillo dos veces. Su boca era sensible y sus ojos negros como trozos de carbón.

—Petra —dijo echando la silla hacia atrás.

—Yo soy Kjetil —dijo el joven, dirigiendo una sonrisa pícaro a la mesa.

La chica guiñó el ojo dos veces seguidas muy rápidamente y luego deslizó los labios sobre los dientes como si gruñera.

No quería ser impertinente, así que opté por mirar al fiordo por los grandes tragaluces, al otro lado había un dique, donde se veía un enorme casco oxidado.

La puerta se abrió de nuevo y entró una mujer de entre treinta y treinta y cinco años, delgada y con una aureola gris mate, excepto por sus ojos, que eran alegres y vivos.

Di un sorbo de café y miré de nuevo a la chica morena.

Sus facciones eran ligeras y finas, pero su aureola dura, casi brutal.

Me miró, yo sonreí, ella no me devolvió la sonrisa y yo me puse rojo, apagué el cigarrillo con fuerza en el cenicero, saqué el cuaderno y lo puse en la mesa delante de mí.

—Creo que estamos todos —dijo Ragnar Hovland, y se fue con Jon Fosse hasta el otro extremo de la sala, donde colgaba una pizarra en la pared. Se sentaron.

—¿Esperamos a Sagen? —preguntó Fosse.

–Vamos a concederle unos minutos más –respondió Hovland.

Yo era el más joven con diferencia. Había leído en algún sitio que la edad media para debutar como escritor en Noruega era de algo más de treinta. Yo tendría entonces poco más de veinte, pero no era el único, Petra, la severa, Knut y Kjetil tendrían alrededor de veinticinco. La morena podría tener cuarenta. Al menos vestía como una cuarentona, mangas anchas y grandes pendientes. Pantalones muy ajustados. Cejas cuidadosamente marcadas. Y un intenso lápiz de labios en la pequeña boca. ¿Qué coño escribiría?

Y luego estaba la otra, Nina. Había algo vago en su cara, pálida y mucha piel, algo oscuro debajo de los ojos, pelo rubio desbordante. Seguramente escribiría mejor, pero, por otra parte, ¿hasta qué punto sería buena?

Entró un hombre bajo que debía de ser Sagen. Llevaba una gorra de práctico, chaqueta marrón de cuero, camisa azul y pantalones marrones de pana. Pelo oscuro y rizado, una incipiente calva, una pequeña barriga.

–Lamento llegar tarde –dijo, abrió la puerta de la derecha, trasteó un poco por allí dentro y volvió a salir sin chaqueta y sin gorra. Se sentó—. ¿Empezamos entonces? –dijo, mirando a los otros dos. A Hovland, que tenía las manos apoyadas en el borde del asiento de la silla, a Fosse, que estaba sentado con los brazos cruzados mirando de reojo al suelo. Los dos asintieron y Sagen nos dio la bienvenida.

Explicó un poco cómo había nacido la Academia, que había sido idea suya, cómo la había puesto en práctica, dijo que ése era el segundo año, y que era un privilegio estudiar allí, habíamos sido elegidos entre más de setenta solicitantes, y los profesores estaban entre los mejores escritores del país. Cedió la palabra a Fosse y a Hovland, que hablaron un poco del sistema de enseñanza. La primera semana analizaríamos todos juntos los textos con los que habíamos sido admitidos. Luego habría una parte de poesía, a continuación otra de prosa, dramaturgia y ensayística. Entremedias habría períodos de escritura y profesores visitantes. Uno de ellos estaría allí durante varios períodos, se llamaba Øystein Lønn, y sería una especie de profesor principal junto con Ragnar Hovland y el propio Fosse. En la primavera tendríamos un período largo para escribir, luego entregaríamos un trabajo extenso antes de fin de curso, por el que seríamos evaluados. La enseñanza se iniciaría con un primer repaso de la teoría en clases impartidas por los dos profesores, seguido de un período de tareas y análisis de textos. Allí no se estudiaría historia de la literatura, dijo de repente Jon Fosse, era la primera

vez que tomaba la palabra, los textos que se analizarían y comentarían databan en su mayor parte de tiempos recientes, es decir, serían modernistas o posmodernistas.

Øystein Lønn era para mí otro escritor desconocido.

Levanté la mano.

—¿Sí? —dijo Hovland.

—¿Se sabe ya quiénes serán los otros profesores visitantes?

—Bueno, todavía no tenemos todos los nombres, pero sí sabemos que van a venir Jan Kjærstad y Kjartan Fløgstad.

—¡Qué bien! —exclamé.

—¿Ninguna mujer? —preguntó Else Karin.

—Sí, sí, claro —contestó Hovland.

—Tal vez podríamos hacer una ronda de presentaciones, presentarnos todos —sugirió Sagen—. Podéis decir vuestro nombre, edad y lo que escribís, ese tipo de cosas.

Else Karin, que fue la primera, se tomó mucho tiempo, mirando uno a uno mientras hablaba a todos los que estábamos alrededor de la mesa. Tenía treinta y ocho años, dijo, y había publicado dos novelas, pero no por ello se sentía plenamente formada, esperaba dar otro paso adelante durante ese curso. Bjørg, como se llamaba la mujer lánguida de ojos vivos, también había publicado una novela. Ninguno de los demás habíamos debutado.

Cuando me llegó el turno a mí, dije mi nombre, que tenía diecinueve años, que escribía prosa, algo entre Hamsun y Bukowski, y que por el momento estaba trabajando en una novela.

—Petra, veinticuatro, prosa —dijo Petra.

Nos entregaron el plan de estudios y luego Sagen fue a por un montón de libros para darnos, regalo de una editorial, podíamos elegir entre *Regalos de la tumba*, de Tor Ulven y *Desde*, de Merete Morken Andersen. Yo no había oído hablar de ninguno de los dos, pero elegí a Ulven por su apellido, el lobo.

Salimos lentamente del edificio todos a la vez, y cuando subíamos la cuesta de Verftet, Petra estaba a mi lado.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté.

—¿El qué?

—La Academia, ¿qué si no?

Ella se encogió de hombros.

–Los profesores son egocéntricos y vanidosos. Pero puede que a pesar de todo sean capaces de enseñarnos algo.

–A mí no me han parecido egocéntricos –objeté.

Ella resopló y echó la cabeza hacia atrás, se alisó el flequillo, me miró, y una sonrisita se dibujó en su boca.

–¿Te fijaste en las joyas de Hovland? Llevaba una cadena al cuello, anillos e incluso una pulsera. ¡Vaya pinta de chulo!

Yo no dije nada, aunque me pareció que estaba exagerando un poco.

–Fosse estaba tan nervioso que ni siquiera se atrevía a mirarnos.

–Pero son escritores –dije.

–¿Y? ¿Acaso eso los disculpa? Se limitan a estar sentados en alguna parte escribiendo. Eso no tiene nada de especial.

Kjetil se acercó a nosotros.

–En realidad a mí no me admitieron –dijo–. Estaba en lista de espera y alguien se rajó en el último minuto.

–Has tenido suerte –dijo Petra.

–Pues sí, y no fue ningún problema, porque vivo en la ciudad, así que podía empezar sin más.

Hablaba en el dialecto de Bergen. Petra hablaba en el dialecto de Oslo, igual que los demás, excepto Nina, que era de Bergen, y Else Karin, que era de algún lugar del suroeste. Yo era el único que venía del sur. Pensándolo bien, me pregunté si había algún escritor del sur de Noruega. Vilhelm Krag, sí, pero eso era alrededor del cambio de siglo. ¿Gabriel Scott? Lo mismo. Bjørneboe, claro, pero en su caso había hecho todo lo posible por borrarlo de su personalidad, al menos ésa era la impresión que me había dado por las entrevistas que había visto en televisión, hablaba completamente como los de Oslo, y también por sus libros, no había en ellos ni muchos montes pelados ni barcos.

Detrás de nosotros venía revoloteando Else Karin. Daba la sensación de ser de esas mujeres que se rodean de una nube de cosas, bolsos, ropa, cigarrillos y brazos.

–Hola –dijo mirándome–. He descubierto que justo te doblo la edad. Tú tienes diecinueve y yo treinta y ocho. ¡Eres muy joven!

–Sí –dije.

–Qué bien que te hayan admitido.

–Sí –volví a decir.



Petra se volvió hacia otro lado, Kjetil nos miró con sus ojos bondadosos. Alcanzamos a los demás, estaban en un cruce esperando a que el semáforo se pusiera verde. Las casas del otro lado de la calle estaban destrozadas, las paredes grises por el humo de los tubos de escape y el polvo del asfalto y las ventanas completamente opacas. El sol seguía brillando, pero al norte, sobre las montañas, el cielo estaba casi negro.

Cruzamos la calle, subimos una cuesta poco pronunciada, pasamos por delante de una librería de viejo destartada a juzgar por el escaparate, en cuyo interior había colgados distintos cómics y en un tablero forrado de fieltro unos libros de bolsillo baratos, todo muy descolorido por ese sol que daba directamente por las tardes. Un poco más arriba, al otro lado, estaba la piscina cubierta. Decidí que iría algún día.

El grupo se disolvió delante del Café Opera, me despedí de ellos y me fui a casa a toda prisa. Me habría gustado comprar algún libro, sobre todo antologías de poesía, porque apenas había leído un poema en toda mi vida, excepto los que habíamos visto en el colegio, en su mayor parte Wergeland y Wildenvey, y las semanas que hicimos una especie de cabaré en la asignatura de noruego en el instituto, en el que Lars y yo recitamos textos de Jim Morrison, Bob Dylan y Sylvia Plath en el escenario. Los seis poemas que leímos eran los únicos verdaderos poemas que había leído en toda mi vida, en primer lugar no recordaba nada de ellos, y en segundo lugar sospechaba que era otra clase de poemas de la que nos íbamos a ocupar en la Academia. Pero la compra tendría que esperar hasta que me llegase el préstamo.

En mi buzón había sólo propaganda, pero entre la propaganda encontré el pequeño catálogo de un club inglés de libros con sede en la ciudad de Grimstad, y como no hacía falta dinero al contado para realizar un pedido, lo estudié minuciosamente. Puse una cruz en las obras completas de Shakespeare, otra en las obras completas de Oscar Wilde, y otra en los poemas y obra dramática completa de T. S. Eliot, todos en inglés. En las últimas páginas encontré un libro de fotografías que también pedí, eran fotos de mujeres con escasa o ninguna ropa, pero no era porno, era arte, o al menos fotos serias, a mí me servían igual, y me estremecí al pensar que pronto me podría sentar a mirarlas y tal vez..., bueno, hacerme una paja. Todavía no me había hecho ninguna, pero ahora sospechaba que era antinatural no hacerlo, que todo el mundo lo hacía, y ahora tenía a mi alcance la posibilidad, ese libro, así que lo señalé en el catálogo con una cruz, anoté el número y el título

en la parte de atrás, y debajo puse mi nombre y dirección. Acto seguido arranqué el impreso. Era gratis, el destinatario pagaba también el franqueo.

Podía aprovechar la ocasión, pensé, y enviar algunas tarjetas con mi cambio de dirección, así que bajé a Correos con el impreso y mi pequeño libro de direcciones negro y rojo en la mano.

Cuando volvía a casa se puso a llover. Y no es que empezara con una o dos gotas para ir aumentando poco a poco de intensidad, que era a lo que yo estaba acostumbrado, nada de eso, pasamos de cero a cien en un segundo: un instante no llovía, al siguiente caían mil millones de gotas de lluvia al suelo a la vez, y un murmullo casi traqueteante subía de la calle a mi alrededor. Bajé correteando riéndome para mis adentros, ¡qué ciudad tan fantástica! Y como siempre cuando veía o vivía algo hermoso, pensé en Ingvild. Era un ser humano que estaba en el mundo, y que lo vivía todo de un modo muy suyo, sus propios recuerdos y experiencias, tenía a su madre y a su padre, a su hermana y a sus amigos, su paisaje, en el que se había criado y por el que había andado, y todo eso estaba presente en ella, la enorme complejidad que es otro ser humano, y lo poco que vemos cuando lo miramos, aunque es suficiente para sentir bondad por ellos, sentir amor por ellos, porque hace falta muy poco, un par de ojos serios por los que de repente corre la alegría, un par de ojos juguetones y burlones que de repente se vuelven inseguros y autocríticos, que tantean, ¿existe algo más hermoso que un ser humano balbuceando? ¿Con toda su riqueza interior y sin embargo balbuceante? Lo ves, te enamoras de ello, y es poco, tal vez puedas decir que es poco, pero siempre es correcto.

El corazón no se equivoca nunca.

El corazón no se equivoca nunca jamás.

Durante las horas siguientes todo era lluvia a mares, paraguas que se mecían, limpiaparabrisas frenéticos, luces de coches que se abrían camino en la oscuridad. Yo estaba sentado en el sofá, mirando un momento lo que sucedía fuera, y al momento siguiente el libro *Regalos de la tumba*, de Ulven, del que no entendía ni una palabra. Ni siquiera cuando me concentraba y leía varias páginas de un tirón lo más despacio que podía. Las palabras sí las entendía, no era eso, y también entendía las frases, pero no entendía lo que significaban. Ni idea. Eso me dejó completamente perplejo, porque sabía que

había una razón por la que nos habían dado justo esos libros. Esos dos libros debían de considerarse buena literatura, algo valioso, y yo no los entendía.

Ni remotamente. Había alguien que tosía en una vieja grabación de un disco, luego un hombre que conducía un coche en el que hacía un calor asfixiante, camino de un entierro, y una pareja que se encontraba en un lugar de vacaciones. Eso lo entendía, pero en primer lugar no había acción, y en segundo lugar no había ninguna secuencia de los hechos, ni coherencia, todo se presentaba sin orden ni concierto, lo que quizá en sí estaba bien, ¿pero *qué* era lo que se presentaba sin orden ni concierto? No eran pensamientos, nadie en particular que lo pensara. Tampoco había razonamientos ni descripciones, sino un poco de todo a la vez, pero eso no facilitaba la comprensión, ya que no captaba lo más importante, ¿qué *significaba*?

Ojalá fuera eso lo que aprendiéramos.

Sería importante estar muy atento, anotar todo lo que se decía, no desperdiciar nada.

Modernismo y posmodernismo, había dicho Fosse, sonaba bien, éramos nosotros y nuestra época.

Mientras almorzaba –por falta de dinero comía cinco rebanadas de pan con mantequilla y tres huevos pasados por agua–, llamaron a la puerta. Era el vecino de abajo, Morten, tenía en la mano un largo paraguas negro con empuñadura, llevaba una chaqueta roja de cuero, pantalones azules Levi's y náuticos con calcetines blancos, y aunque ya no estaba despeinado, seguía habiendo en él algo salvaje, quizá sobre todo en su mirada, pero también en su lenguaje corporal, era como si tuviera dentro algo muy grande y estuviera empleando todas sus fuerzas en ello. Luego estaba su risa, que soltaba en los momentos más extraños.

–Hola de nuevo –dijo–. ¿Puedo pasar? Podíamos charlar un poco. La última vez fue muy breve, je, je, je.

–Pasa –dije.

Ya dentro, se detuvo y miró a su alrededor.

–Siéntate –dije, arrodillándome delante del aparato para poner una cinta.

–*Betty Blue*, sí –dijo–. La he visto.

–Es una buena película –dije volviéndome hacia él.

Se subió los pantalones hasta la rodilla antes de sentarse. Había en él algo

formal que junto con esa impresión difusa y sin embargo intensa de algo salvaje, llenó por completo la habitación.

–Sí, es buena. ¡Sobre todo cuando se vuelve loca!

–Sí, es verdad. Se vuelve loca –dije, y me senté frente a él en la silla del otro lado de la mesa–. ¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? –le pregunté.

Negó con la cabeza.

–¡Para nada! Me mudé hace dos semanas.

–¿Y estudias Derecho?

–Así es. Leyes y párrafos. Pero tú vas a ser escritor, ¿no?

–Sí. He empezado hoy.

–Joder, es algo que también me habría apetecido a mí. Expresar todo lo que hay aquí dentro –dijo golpeándose el pecho–. De vez en cuando me pongo muy triste. ¿También te pasa eso a ti?

–Pues sí, puede ocurrir.

–Entonces tiene que ser maravilloso sacarlo fuera.

–Sí, pero no es por eso, ¿sabes?

–¿Por eso qué?

–No es por eso por lo que escribo.

Me miró y sonrió, muy seguro de sí mismo, luego se dio una palmada en los muslos con las palmas de las manos, al parecer a punto de levantarse, pero no lo hizo, sino que se reclinó en el sofá.

–¿Estás enamorado? –me preguntó–. En este momento, quiero decir.

Lo miré.

–¿Lo estás tú? Ya que lo preguntas.

–Me siento fascinado por una chica. Si puedo decirlo así. Fascinado.

–Yo también lo estoy –dije–. Y muchísimo.

–¿Cómo se llama?

–Ingvild.

–¿Ingvild?

–No me digas que la conoces –dije.

–No, no. ¿Es estudiante?

–Sí.

–¿Estáis saliendo?

–No.

–¿Sois de la misma edad?

–Sí.

–Monica me lleva dos años. Quizá eso no sea bueno.

Se puso a jugar con las varillas del paraguas que tenía apoyado en la pierna, en el borde del sofá. Saqué el paquete de tabaco y empecé a liar un cigarrillo.

–¿Has conocido ya a los demás vecinos? –me preguntó.

–No –contesté–, sólo a ti. También vi un momento a una chica que se estaba duchando.

–Lillian –dijo él–. Vive al otro lado de la escalera, en la misma planta que tú. Encima de ella vive una anciana que es una cotilla, pero da igual. Justo enfrente de ti vive Rune. Un chico majo, de Sogndal. Y eso es todo.

–Supongo que los iré conociendo –dije.

Asintió.

–Bueno, no te entretengo más –dijo levantándose–. Ya hablaremos. Tengo la sensación de que con el tiempo me contarás más cosas sobre Ingild.

Salió, sus pasos se desvanecieron escaleras abajo, yo seguí comiendo.

La mañana siguiente subí hasta la universidad para ver si había llegado el préstamo de estudios, no había llegado, y me fui por una calle que bordeaba Høyden, la zona de la universidad, al final de la cual se encontraba Dragefjellet, donde estaban los estudiantes de Derecho, luego giré a la derecha y bajé una de esas calles pequeñas y estrechas, y fui a parar de casualidad a la piscina cubierta, pasé por allí inhalando profundamente, porque de las rejillas empotradas en la acera subía un fuerte olor a cloro, con lo que todas las buenas sensaciones de la infancia se desplegaron como flores descansando aún bajo los primeros rayos de sol.

Pero por donde yo caminaba no había mucho sol, llovía a mares con regularidad e intensidad, y entre los edificios se veía el agua del fiordo, pesada y gris, casi negra, bajo un cielo tan bajo y tan rebosante de humedad que la diferencia entre él y el agua casi no se apreciaba. Había claudicado y

me había puesto el chubasquero, una prenda verde y ligera que me hacía parecer un campesino o un idiota llegado de una ciudad dormitorio o algo por el estilo, pero con ese tiempo no se podía hacer otra cosa, porque allí los chaparrones no duraban media horita; la capa de nubes sobre mí era densa y gris, casi negra, y se posaba sobre la ciudad como una lona hinchada de agua.

Todo esto influía en el ambiente del aula, porque con todas las botas, paraguas e impermeables, además de la luz gris de fuera, que apenas hacía visible el aula en las ventanas, recordaba bastante a todas las aulas por las que había pasado en el transcurso de los años, incluida la del norte de Noruega, que ya estaba colocada en mi almacén de buenos recuerdos de espacios en los que había estado.

Me senté, saqué el cuaderno, cogí uno de los cuadernillos de hojas grapadas y empecé a leer, ya que eso era lo que estaban haciendo los demás. Al lado de la pizarra Fosse y Hovland hacían lo mismo. Íbamos a analizar en primer lugar los textos de Trude, que era la estirada. Eran poemas y eran bonitos, eso lo vi enseguida. Había paisajes oníricos, caballos, viento y luz, todo concentrado en unas líneas. Las leí, pero sin saber qué debía buscar en ellas, no tenía ni idea de lo que era bueno o no, o, si procedía, qué podía mejorarse. Y mientras leía, el temor en mi pecho iba creciendo, porque aquello era muchísimo mejor que lo que yo había escrito, ni siquiera se podía comparar, eso era arte, eso al menos sí lo entendí. ¿Y qué diría si Fosse o Hovland me pidieran que me pronunciara sobre ello? ¿Qué significaba que hubiera caballos debajo de un árbol, y que en la línea siguiente un cuchillo se deslizara por una piel? ¿Que unos caballos galoparan por un prado con cascos atronadores y un ojo colgara sobre el horizonte?

Unos minutos después empezamos en serio. Fosse le pidió a Trude que leyera. Ella permaneció un rato completamente inmóvil concentrándose, luego empezó. De alguna manera su voz se acercaba mucho a los poemas, tuve la sensación de que no salían de su boca, sino que ya estaban allí de antemano, y ella utilizara su voz para acceder a ellos. Al mismo tiempo, no había espacio para nada más, su voz sólo contenía los poemas, esas palabras que constituían una totalidad en sí, y que apenas tenían nada de ella.

Me gustaba, pero a la vez me sentía incómodo, porque aquello no me decía nada, no sabía qué quería decir ella ni de qué trataban los poemas.

Cuando Trude acabó, Hovland tomó la palabra. Nos tocaba comentar los textos, y lo haríamos por orden, para que todos tuviéramos posibilidad de

decir algo. Lo que teníamos que recordar, dijo, era que ninguno de los textos que íbamos a analizar allí quedaría necesariamente concluido, y que aprenderíamos a base de crítica. Pero no sólo era importante la crítica de nuestros propios textos, igual de importante era participar en la discusión de los de los demás, porque ese curso se orientaba sobre todo a la lectura, a aprender a leer, a entrenar la capacidad de leer. Para un escritor quizá lo más importante no fuera escribir, sino leer. Leed todo lo que podáis, y no temáis así perderos o perder originalidad, sino todo lo contrario, os encontraréis a vosotros mismos. Cuanto más leáis, mucho mejor.

Se inició la ronda de comentarios con muchas vacilaciones y balbuceos, la mayoría se limitó a decir que les gustaba esa imagen o aquella frase, pero en medio de eso también se forjaron algunos conceptos que luego se fueron desarrollando y poco a poco resultaron siendo válidos para todos, como «ritmo», que el ritmo «estaba bien» o que «no fluía» del todo, también se habló del «timbre», de «entradas» y «salidas», y de «borrar» y «cortar». Resulta una entrada preciosa, y el ritmo está bien, hay algo difuso en la parte central, no sé exactamente qué es, pero algo chirría, es decir, a lo mejor puedes quitar algo, no sé, pero luego llega esa imagen fuerte a la salida y realza el poema entero. Más o menos así hablaban en el aula sobre los poemas. Me gustó esa manera de comentarlos, porque no me excluía, porque yo era capaz de entender entradas y salidas, sobre todo me hice experto en las salidas, el que algo debía realzarse, o de alguna manera salir de la última línea, eso era algo que yo siempre buscaba, y lo encontraba y lo decía. Si no lo encontraba, lo decía también. Aquí es como si cerraras el poema, decía yo. ¿Lo ves? ¿La última línea? Concluye, cerrada allí dentro en sí misma. ¿No la puedes borrar? ¡Así todo se abrirá! ¿Lo ves? También se hablaba en esas lecturas de la división de líneas, se vio muy pronto que lo que denominaban «prosa cortada», textos de prosa colocados en forma de poema, era el enemigo, la mismísima imagen del terror. Parecían poemas, pero no lo eran, y era cosa de la década de los setenta, algo que se hacía entonces. Luego había que añadir, claro, todos los recursos, tales como metáforas y aliteraciones, por ejemplo, pero no a menudo, porque había una aversión contra las metáforas, me di cuenta de eso, tanto por parte de Jon Fosse como de los alumnos que escribían poesía; había algo casi feo en la metáfora, o algo anticuado y para nosotros inservible. Era de mal gusto, así de simple, vulgar. La aliteración era aún peor. Trataba en su mayor parte de ritmo,

sonido, división de líneas, entrada y salida. Me fijé en que cuando Jon Fosse comentaba algo siempre buscaba lo inusual, lo distinto, lo diferente.

No obstante, la primera sesión transcurrió casi sin conceptos, sólo Knut poseía ya un vocabulario adecuado para hablar de poesía, y por tanto fueron sus palabras las que adquirieron mayor peso. Trude estuvo concentrada todo el tiempo, escuchando, tomaba notas de vez en cuando, hacía preguntas directas, por qué eso, por qué no aquello. Entendí que ella era escritora, poeta, y no era sólo que ella quisiera llegar lejos, sino que ya estaba muy avanzada en el camino.

Cuando me tocó a mí, dije que los poemas eran emotivos y profundos, pero algo difíciles como tema para comentar. En algunos pasajes no entendía lo que la autora quería decir. Dije que estaba de acuerdo en muchas de las cosas que Knut había dicho, y que me gustaba en particular *esa* línea, mientras a lo mejor se podría borrar *aquella*.

Vi que a ella no le importaba lo que yo estaba diciendo. No tomaba notas, no estaba concentrada y me miraba con una sonrisita en las comisuras de los labios. Me sentí indignado y cabreado, pero no podía hacer sino volver a sentarme, apartar un poco los papeles en la mesa, decir que no tenía nada más que añadir, y dar un pequeño sorbo de café.

Jon Fosse tomó la palabra. A pesar de la manera que tenía de mover la cabeza de modo intermitente y casi como un pájaro, a veces como si algo lo sorprendiera o se acordara de algo, y la manera en que lo decía, vacilante, lleno de pausas, cortes, carraspeos, resoplidos, una repentina y profunda inspiración, irradiando nerviosidad e inquietud, lo que decía, sin embargo, estaba lleno de otra clase de seguridad. Estaba seguro de un modo transversal, no había espacio para la duda; tenía razón en lo que decía.

Analizó todos los poemas, comentó sus puntos fuertes y sus puntos débiles y dijo que los caballos eran un viejo y bello motivo en la poesía y en el arte. Mencionó los caballos de la *Iliada* y los caballos del relieve del Partenón, mencionó los caballos de Claude Simon, pero esos caballos, dijo, eran más bien una especie de arquetipo, no sé, ¿habéis leído a Ellen Eina? Algo aquí me recuerda a ella. El lenguaje onírico.

Lo apunté todo.

La *Iliada*, Partenón, Claude Simon, arquetipos, Ellen Eina, lenguaje onírico.



Al volver a casa por la tarde me metí por el callejón de la izquierda, justo después de la cuesta de Verftet, para evitar tener que ir con los demás. Seguía lloviendo de la misma manera regular y a chorros, y todas las paredes, todos los tejados, todos los céspedes y todos los coches estaban mojados y relucientes. Me sentía eufórico, había sido un buen día, y el que Trude hubiera pasado de lo que yo dije, y más o menos lo hubiera hecho saber a los demás, ya no me molestaba tanto, porque en la pausa, sentados en un café cerca de Klosteret, había hablado un poco con Ragnar Hovland y participado en un intercambio de opiniones sobre Jan Kjærstad. De hecho fui yo el que sacó el tema. Else Karin me preguntó qué me gustaba leer, aparte de Hamsun y Bukowski, le contesté que mi autor favorito era Kjærstad, y que sobre todo me gustaba su último libro, *La gran aventura*, pero también *Espejo y Homo Falsus*, bueno, incluso el libro con el que debutó, *El globo gira lentamente*, era bueno. Ella dijo que sus libros eran un poco fríos y construidos. Yo contesté que ése era precisamente el quid de la cuestión. La intención de Kjærstad era describir a los seres humanos de otra manera, no desde dentro, sino desde fuera, y que esa idea de que las personas en sus libros eran cálidas era una falsedad, o una construcción, claro, lo que pasaba era que nos habíamos acostumbrado a ello y lo considerábamos auténtico, pero las demás maneras eran igual de auténticas. Ella dijo: sí, lo entiendo, pero sigo pensando que las personas son frías. Y ese «sigo pensando» fue para mí una victoria, porque no era un argumento, sólo un sentimiento, es decir, una convención.

Después de la pausa empezamos con los textos de Kjetil, era prosa, y esos textos, que siempre se movían cerca de lo fantástico y lo grotesco, fueron comentados de un modo completamente distinto. En ellos no se trataba de entradas y salidas o timbres, nos centramos más bien en la acción y cada una de las frases, y cuando alguien dijo que era demasiado exagerado, dije que yo entendía que eso era precisamente lo importante, el que fuera exagerado. La discusión fue mucho más viva, resultaba más fácil hablar de eso, y fue un alivio para mí, porque allí podía participar.

Al día siguiente tocaba leer y discutir mis textos. Yo lo temía, pero también me sentía ilusionado, pensé, caminando por Strandgaten; de un modo u otro lo que yo había escrito tenía que estar bien, de lo contrario, no me habrían admitido.

Por la ladera que subía de la estación cerca del reluciente adoquinado, se

deslizaba hacia arriba el teleférico Fløien, rojo y hermoso en contraste con todo lo verde. FUNICULAR, ponía con grandes letras de neón, había algo alpino justo en esa curva, un teleférico de montaña que subía desde el centro de una ciudad, a dos pasos de las viejas casas alemanas de madera. Si te lo imaginaras sin el agua, podías muy bien estar en los Alpes alemanes o austriacos.

¡Ah, y luego esa oscuridad omnipresente! En absoluto relacionada con la noche, ni tampoco con la sombra, pero ahí estaba, esa oscuridad débil, llena de lluvia que caía. Las cosas y los sucesos se concentraban cuando era así, porque el sol abría el espacio y todo lo que había en él: una cosa podía ser un padre de familia metiendo bolsas de compra en el maletero del coche delante de la plaza de Støletorget, mientras la madre colocaba a los niños en el asiento trasero, para luego ella sentarse en el asiento delantero y ponerse el cinturón de seguridad cruzado sobre el pecho, otra vez esto cuando brillaba el sol en un cielo claro y abierto, entonces era como si todos los movimientos volaran y desaparecieran en el mismo momento en el que se producían, y otra vez a una familia como ésta cuando llovía, rodeada de la débil oscuridad, porque entonces había una resistencia muy diferente en los movimientos, entonces era como si esas personas fueran una especie de estatuas, fijadas allí en ese momento y que al siguiente lo habían abandonado. Los contenedores de basura al pie de las escaleras, verlos bajo un sol radiante era una cosa, entonces casi no estaban allí, como casi nada estaba, algo muy distinto era verlos con la luz diurna llena de oscuridad lluviosa, entonces parecían estatuas de plata reluciente, algunos triunfantes, otros más tristes y melancólicos, pero todos allí, justo entonces, en ese momento.

Bergen. Esa increíble *fuerza* que había en las distintas fachadas de las casas, apretadas unas contra otras. Esa sensación de tener un agujero en el estómago cuando subías por una de las cuestas viéndolo, estando delante de todo eso, a veces podía ser enorme.

Pero también era bueno encerrarse en el estudio después de un paseo por la ciudad, estaba allí como el ojo del huracán, protegido de la mirada de todo el mundo, el único sitio donde me encontraba en paz total. Esa tarde se me acabó el tabaco, pero como sabía que iba a ocurrir estaba preparado, había guardado todas las colillas de los últimos días. Después de enchufar la cafetera, cogí las tijeras del cajón y empecé a cortar la ceniza de la puntas. Hecho esto, las abrí y vacié el tabaco seco como la yesca en el viejo paquete,

que al final llené casi hasta la mitad. Tenía las puntas de los dedos negras y olían a rancio, a tabaco, las puse bajo el grifo, y luego corté una rodaja de patata cruda y la metí en el paquete, enseguida el tabaco habría absorbido toda la humedad y estaría reutilizable.

Ya por la tarde fui a la cabina telefónica a llamar a Ingvild. Una vez más fue un hombre quien cogió el teléfono. ¿Ingvild? Sí, un momento, voy a ver si está en casa.

Temblaba mientras esperaba.

Se oyeron pasos que se acercaban y que alguien cogía el auricular.

–¿Hola? –dijo ella.

Su voz era más grave de lo que recordaba.

–Hola –dije–, soy Karl Ove.

–¡Hola! –dijo.

–¿Qué tal? –dije–. ¿Hace mucho que has llegado a la ciudad?

–No, vine el lunes.

–Yo ya llevo aquí un par de semanas –dije.

Se hizo el silencio.

–Quedamos en vernos –dije–. No sé si te apetece todavía, yo había pensado en el sábado.

–Vale, no tengo nada anotado en la agenda para ese día –dijo ella con una pequeña risa.

–¿En el Café Opera, tal vez? Luego podríamos ir a Hulen o a algún otro sitio.

–¿Justo como hacen los universitarios, entonces?

–Sí.

–Por mí muy bien. Pero te advierto que tengo un poco de miedo de no dar la talla.

–¿Por qué?

–Porque no he sido universitaria hasta ahora, eso por un lado. Y por otro, tampoco te conozco a ti.

–Yo también tengo miedo de no dar la talla –dije.

–Eso está bien –dijo ella–. Entonces no pasa nada si no hablamos mucho.

–Qué va –dije–. Al contrario. Eso suena bien.

–No exageres.

–¡Es verdad! –dije.

Ella volvió a reírse un poco.

–Ésta es mi primera cita como universitaria. Café Opera el sábado. Digamos a las... ¿a qué hora suelen salir los universitarios?

–Sé tan poco como tú. ¿A las siete?

–Me parece bien. A las siete entonces.

El estómago se me encogió cuando crucé la calle y entré de nuevo en mi casa. Tenía la sensación de que iba a vomitar en cualquier momento. Y eso que todo había ido bien. Pero una cosa era decir unas palabras por teléfono y otra sería estar sentado cara a cara con un incendio en el interior y nada que decir.

En aquella época me molestaban sobre todo dos cosas. Una era que me corría enseguida, a menudo antes de que hubiese ocurrido nada, la otra era que no me reía nunca. Es decir, ocurría de vez en cuando, puede que cada medio año, cuando me superaba lo cómico de algo que me hacía reír sin poder parar, pero siempre resultaba incómodo, porque en esos momentos perdía por completo el control de mí mismo y era incapaz de serenarme, y no me gustaba que nadie me viera así. De modo que en realidad sabía reírme, era capaz, pero en la vida diaria, en sociedad, cuando estaba charlando con otras personas en torno a una mesa, no me reía nunca. Había perdido esa capacidad. Para contrarrestarlo, sonreía mucho, a veces también emitía unos sonidos parecidos a risas, de modo que no creo que nadie se diera cuenta o le llamara la atención. Pero yo sí lo sabía, no me reía nunca. Por esa razón estaba especialmente atento a la risa en sí como fenómeno, me fijaba en cómo salía, en cómo sonaba, en cómo era. La gente se reía casi todo el tiempo, decían algo, se reían un poco, otros decían algo, todos se reían un poco. La risa impregnaba las conversaciones o les aportaba un exceso de algo distinto, que no tenía tanto que ver con lo que se decía como con la compañía de los demás. La situación, personas que se reúnen, todo el mundo riéndose, cada uno a su manera, claro, y a veces debido a algo gracioso de verdad, entonces la risa duraba más tiempo y podía desbordarse por completo, pero otras sin motivo aparente, sólo como una especie de amabilidad o sinceridad. Podía encubrir inseguridad, lo sabía, pero también podía ser fuerte y generosa, una mano tendida. Cuando era pequeño me reía mucho, pero en algún momento aquello se acabó, tal vez a la temprana edad de doce años, al menos recuerdo una película del cómico Rolv Wesenlund que me llenó de temor, se llamaba

*El hombre que no sabía reírse*, y seguramente fue al oír hablar de esa película cuando me di cuenta de que yo no me reía. A partir de entonces todas las situaciones sociales serían a la vez algo en lo que yo participaba y que veía desde fuera, ya que me faltaba aquello de lo que esas situaciones estaban llenas, la manera de relacionarse los seres humanos entre ellos, la risa.

¡Pero no era taciturno! ¡No era un aguafiestas! ¡No era un introvertido pensador! ¡Ni siquiera era tímido o arisco!

Sólo lo parecía.

Aunque sólo era el tercer día que acudía a la Academia de Escritura, tenía ya la sensación de que tanto el camino hasta allí, primero las empinadas cuestas que bajaban hasta Vågsbunnen, luego la fila de edificios de oficinas y tiendas de Strandgaten, después las cuestas arriba de Klosteret y finalmente la bajada del estrecho callejón al otro lado, todo tejido en el velo de lluvia que caía del cielo bajo, como el aula en la que nos encontrábamos, con la estantería de libros a un lado, la pizarra al otro y la pared transversal de las ventanas en el tercero, me resultaban conocidos y casi familiares. Entré, saludé a los que ya habían llegado, me quité la chaqueta mojada, saqué los papeles y el libro de la bolsa de plástico también mojada, lo puse todo sobre la mesa, me serví un poco de café y encendí un cigarrillo.

–Vaya tiempo –dije sacudiendo la cabeza.

–Bienvenido a Bergen –dijo Kjetil levantando la vista de un libro.

–¿Qué estás leyendo? –le pregunté.

–*Todos los fuegos el fuego*. Relatos de Julio Cortázar.

–¿Están bien?

–Sí, tal vez un poco fríos –dijo sonriendo.

Le devolví la sonrisa. En medio de la mesa había un montón de fotocopias, las reconocí con un simple vistazo a la letra de la máquina de escribir y las pocas correcciones que había hecho con tinta china negra, y cogí un ejemplar.

Mi mirada se cruzó con la de Else Karin.

Estaba sentada con una pierna encogida y un brazo alrededor de la rodilla, en la otra mano tenía un cigarrillo y el manuscrito.

–¿Estás nervioso? –me preguntó.

–Bueno –contesté–. Un poco. ¿Te ha gustado?

–¡Espera y verás! –dijo.

Bjørg, que estaba sentada a su lado, nos echó una rápida mirada y sonrió.

Por la puerta del lado contrario entró Petra, no llevaba ni paraguas ni impermeable, su chaqueta negra de cuero brillaba por la humedad y el pelo le colgaba mojado sobre la frente. Justo detrás de ella llegó Trude, llevaba pantalones verdes de lluvia y una chaqueta verde impermeable con la capucha atada, en los pies botas altas de goma y a la espalda una mochila de cuero. Me levanté y me fui al rincón de cocina a llenarme la taza de café.

—¿Alguien más quiere? —pregunté.

Petra dijo que no con un gesto de la cabeza, nadie más me miró. Trude estaba bajo el tragaluz quitándose los pantalones de lluvia, y aunque llevaba vaqueros debajo, sólo con ese movimiento como deslizante y contoneante se me puso dura. Me metí la mano en el bolsillo y me senté en mi sitio intentando pasar lo más inadvertido posible.

—¿Estamos todos entonces? —preguntó Hovland desde su silla debajo de la pizarra. Fosse estaba sentado a su lado, con los brazos cruzados y la mirada baja, igual que los dos primeros días.

—La primera parte de hoy la vamos a dedicar a ver los textos de Karl Ove —dijo—. Después de la pausa, nos pondremos con los de Nina. ¿Estás preparado para empezar a leer, Karl Ove?

Empecé a leer en voz alta, los demás me seguían atentamente en sus hojas. Cuando acabé, siguió la ronda de comentarios. Fui apuntando palabras clave. Else Karin opinaba que mi lenguaje era fresco y vivo, pero que la acción tal vez fuera demasiado predecible, Kjetil dijo que era creíble, pero un poco aburrido. Knut comentó que le recordaba a Saabye Christensen, pero que eso en sí no tenía nada de malo. Petra opinaba que los nombres eran tontos. Venga ya, dijo, Gabriel, Gordon y Billy. Se pretende ser guay, pero no deja de ser infantil y tonto. Bjørg opinó que era un texto interesante, pero que le hubiera gustado saber más de la relación entre los dos chicos. Trude dijo que era marchoso, pero que había muchos tópicos y estereotipos, bueno, según ella había tantos que el texto resultaba casi ilegible. A Nina le gustó mi gramática radical y opinó que había buenas descripciones de la naturaleza.

Para terminar, Hovland tomó la palabra. Dijo que era una prosa realista, que era reconocible y bonito, en algunos pasajes también a él le había recordado a Saabye Christensen, y claro que tenía algún que otro fallo, pero había una gran fuerza en el texto y una historia, lo que en sí ya era un logro artístico.

Me miró y me preguntó si tenía algo que añadir o que preguntar. Dije que

estaba contento con el análisis, y que había sacado mucho provecho de él, pero que me gustaría saber cuáles eran los tópicos y si Trude podía señalarlos en el texto.

–Sí, claro –dijo, volviendo a sacar las hojas–. «Lugares en los que el hombre blanco no había puesto el pie», por ejemplo.

–Pero es un tópico intencionado –dije–. Ése es el meollo de la cuestión. Así es como ellos ven el mundo.

–Pero incluso *eso* es un cliché, ¿sabes? Y luego «el sol mira con los ojos entornados a través del follaje», y «las amenazantes nubes negras que vaticinaban truenos»; vaticinaban, vaya palabra. Luego pones «y el colt reposa seguro en su mano», «seguro en su mano». Y así todo.

–También hay muchas cursilerías y tonterías –dijo Petra–. Cuando «Gordon» –dijo, entrecomillándolo con los dedos mientras sonreía– dice «Te doy *five seconds*» suena tonto, porque entendemos que el autor quiere hacernos ver que los chicos han visto la tele y utilizan el inglés, vaya tontería.

–Creo que estáis siendo muy injustos –intervino Else Karin–. No estamos hablando de poesía. No podemos exigir lo mismo a una frase suelta, lo que cuenta es la totalidad. Y como dice Ragnar, se trata de un relato, y es un arte ser capaz de crearlo.

–Sigue así –dijo Bjørg–. ¡A mí me parece interesante! Por otra parte, habrá muchos cambios durante el curso.

–En eso estoy de acuerdo –dijo Petra–. Basta con que cambies esos nombres tan tontos y me daré por satisfecha.

Tras el análisis me sentía enfadado y avergonzado, pero también confundido, porque aunque era consciente de que las palabras positivas las habían dicho sólo para consolarme, el hecho de que me hubieran admitido en la Academia era una realidad, lo que por ejemplo no era el caso de Kjetil, así que algo bueno tendría que tener. Pero los tópicos eran lo peor de todo, y según Trude, mis textos estaban llenos de ellos. ¿O se debía sólo a que ella era una esnob que se creía alguien, una poetisa, alguien mejor que todos los demás? Else Karin había dicho que yo no escribía poesía, y también Hovland había subrayado que se trataba de una prosa realista.

En eso estaba pensando mientras los demás desenvolvían sus bocadillos a mi alrededor, y Else Karin preparaba la cafetera. Pero comprendí que no podía encerrarme en mí mismo justo entonces, porque daría la impresión de sentirme ofendido, como si hubiesen conseguido meter un gol, lo que

equivaldría a admitir que lo que yo escribía no era tan bueno como lo que escribían los demás.

–Ese libro que estabas leyendo, ¿podría echarle un vistazo? –le pregunté a Kjetil.

–Claro que sí –contestó, alcanzándome el libro. Lo hojeé un poco.

–¿De dónde es este escritor?

–De Argentina, creo. Pero vivió mucho tiempo en París.

–¿Es realismo mágico? –le pregunté.

–Pues sí, tal vez lo sea.

–A mí me gusta muchísimo García Márquez –dije–. ¿Lo has leído?

Kjetil sonrió.

–Sí, pero no es mi estilo preferido. Me resulta demasiado afectado.

–Mmm –dije, le devolví el libro y anoté Julio Cortázar en el cuaderno.

Después de la Academia fui a Høyden a recoger el préstamo. Me puse a la cola en el Museo de Historia Natural, no era muy larga porque ya era tarde, me identifiqué, firmé y recibí el sobre con mi nombre, lo metí en la bolsa y me dirigí al Centro de Estudiantes, donde, entre otras muchas cosas, había un pequeño banco. El edificio de hormigón gris resplandecía bajo la lluvia en mitad de una suave cuesta. Por las puertas, tanto por las de delante como por las de los lados, entraban y salían estudiantes, algunos solos y a toda prisa o lentamente en grupos, algunos confiados en su mundo, otros novatos como yo, no resultaba difícil distinguirlos, al menos si era como yo creía, que los que parecían agitados y confusos, con los cinco sentidos despiertos, no llevaban allí más que unos días.

Entré en el edificio, subí la larga escalera y me encontré en un gran espacio diáfano, lleno de columnas y escaleras, gente en pequeños stands por todas partes, era la radio de los estudiantes, el periódico de los estudiantes, la organización deportiva de los estudiantes, el club de kayak de los estudiantes, la asociación cristiana de estudiantes, pero ya había estado allí antes y dirigí mis pasos con determinación hacia el banco, al fondo del todo, donde me puse en otra cola, y al cabo de unos minutos había ingresado el dinero en una cuenta y sacado tres mil coronas, que me metí en el bolsillo del pantalón antes de bajar a Studia, la librería universitaria, donde me paseé entre las estanterías durante la siguiente media hora, primero desorientado y agitado, había un montón de asignaturas interesantes para las que debería tener un



libro de apoyo, como por ejemplo psicología, filosofía, sociología o historia del arte, pero me centré en la literatura, que era lo más importante, también quería algo sobre la manera de leer poesía, y quizá algo sobre el modernismo, además de unos cuantos poemarios y varias novelas. Primero encontré una de Jon Fosse, se llamaba *Sangre. La piedra es*. La cubierta era negra, con la imagen de una cara medio iluminada, le di la vuelta, en el reverso ponía «Jon Fosse, 27 años, licenciado en filología y profesor de la Academia de Escritura de Hordaland, publica este año su cuarto libro», y me sentí orgulloso, porque yo también iba a la Academia de Escritura, era casi como si tratara de mí. Tuve que comprarlo. Luego había varios libros de James Joyce, elegí el del título más atractivo, *Stephen el héroe*, y también encontré uno sobre análisis de textos, era sueco y se titulaba *Del texto a la acción*, lo hojeé un poco, los capítulos eran «¿Qué es un texto?», «Explicar o entender», «El texto», «La acción», «La historia»; tal vez sea demasiado básico, pensé, a la vez que veía en él cosas que no entendía, por ejemplo, «Camino hacia una hermenéutica crítica» o «El tiempo histórico y la aporía del tiempo fenomenológico», pero parecía inspirador y estimulante, y yo quería aprender, así que me lo llevé. Encontré un libro de poemas de Charles Olson, no sabía nada de él, pero al hojearlo descubrí que eran poemas más o menos como los que había escrito Trude, y me lo llevé también. Se titulaba *El arqueólogo de la mañana*. Puse dos libros de Isaac Asimov en el montón, también necesitaba algo que leer sin más. Al lado de esos libros había una novela de un tal John Berger, *G*. En la solapa ponía que era una novela intelectual, y la cogí. A Cortázar sin embargo no lo encontré, pero sí un libro de bolsillo titulado *Diario del ladrón*, de Jean Genet. Lo añadí al montón. Al final pensé que también tendría que llevarme algo de filosofía y tuve la suerte de encontrar enseguida un libro que trataba tanto de filosofía como de arte, Hegel, *Introducción a la estética*.

Después de pagar los libros subí las escaleras hasta la cafetería. Había estado allí una vez con Yngve, pero entonces no tuve que pensar en nada, porque él se ocupó de todo. Ahora estaba solo y me ardía la cabeza al ver a todos los estudiantes comiendo en esa enorme estancia.

La barra estaba al fondo, y allí te servían la comida o te cogías algo de lo que había en la vitrina, lo pagabas en una de las tres cajas y te ibas a sentar en una mesa. Las ventanas del otro lado estaban cubiertas de vaho, y el aire

dentro, por el que subía y bajaba el murmullo de las voces, se notaba húmedo y pegajoso.

Eché un vistazo por encima a las mesas, pero claro, no vi a nadie conocido. La idea de sentarme solo en una mesa me espantaba, de modo que me di la vuelta y salí por el otro lado, que daba al parque Nygård, porque por allí estaba Grillen, donde servían platos calientes y cerveza, un poco más caros que en la cafetería de la universidad, pero qué importaba eso, si tenía los bolsillos llenos de dinero y no necesitaba escatimar en nada.

Pedí una hamburguesa y una jarra de cerveza, y fui a sentarme en una mesa libre junto a la ventana. Los estudiantes que se veían por allí parecían mayores y más experimentados que los de la cafetería de la universidad, también había algunos hombres y mujeres mayores, que supuse eran profesores, a menos que pertenecieran a ese grupo de eternos estudiantes del que había oído hablar, cuarentones con pelo y barba desgredados y jerséis de punto, que seguían trabajando en sus tesinas metidos en algún cuartucho desde hacía quince años, mientras el mundo pasaba a toda prisa fuera.

A la vez que comía me puse a hojear los libros que acababa de comprar. En la solapa del libro de Fosse se reproducía una cita de Kjærstad de 1986: «¿Por qué el *Bergens Tidende* no está lleno de artículos sobre Jon Fosse?»

De modo que Fosse *era* realmente un buen escritor, y no sólo eso, también uno de los más importantes del país, pensé, y levanté la vista mientras masticaba el pan y la carne hasta convertirlos en una sabrosa pasta. Los arbustos del parque Nygård se erguían como una pared verde junto a la estrecha verja de hierro forjado, y por el aire encima de ellos caía la lluvia en diagonal hasta la calle justo debajo de mí, haciendo temblar los paraguas de dos mujeres que en ese momento acababan de bajar la escalera.

Esa noche llamé a Yngve para preguntarle dónde se metía últimamente. Dijo que había estado trabajando y que el día que llegó el préstamo estuvo celebrándolo hasta tarde, y que yo debería procurarme un teléfono para que él no tuviera que subir hasta mi casa cada vez que quería decirme algo. Le dije que yo ya había ido a buscar el préstamo y que me pensaría lo del teléfono.

—¿Qué tal te lo pasaste?

—Muy bien. Luego me fui con una chica a su casa.

—¿Qué chica? —le pregunté.

—No la conoces —contestó—. Nos estuvimos mirando en Høyden, eso fue

todo.

–¿Estáis saliendo?

–No, no. No hay nada de eso. ¿Y a ti qué tal te va?

–Bien. Nos hacen leer bastante.

–¿Leer? ¿Creía que ibais a escribir?

–Ja, ja. Hoy me he comprado un libro de Fosse. Tiene buena pinta.

–Me alegro –dijo Yngve.

Hubo una pausa.

–Pues si aún no habéis empezado a escribir, a lo mejor puedes escribirme una letra. O mejor varias. Para que pueda componer esas canciones.

–Puedo intentarlo.

–Vale.

Me quedé hasta muy tarde escuchando música en el equipo, bebiendo café, fumando y escribiendo letras para Yngve. Cuando me acosté, sobre las tres, tenía dos a medias que prometían bastante, y una completamente acabada.

TE CONTONEAS TAN DELICIOSAMENTE

Sonríeme

No me tengas rencor

Sólo quiero desnudarte

Prenda tras prenda quitarte

Baila

Hasta perder el sentido

Hasta que yo diga para, párate

No tengo bastante

De ti

Te contoneas tan deliciosamente

Te contoneas tan deliciosamente

Sonríeme

No seas vaga

Sólo quiero amarte amada

Día tras día

Baila  
Hasta perder el sentido,  
Hasta que yo diga para, párate  
Nunca tendré bastante  
de ti

Te contoneas tan deliciosamente  
Te contoneas tan deliciosamente  
Te contoneas tan deliciosamente  
Te contoneas tan deliciosamente

El viernes, cuando salimos de la Academia, nos fuimos todos a tomar algo. Hovland y Fosse nos llevaron a buen paso hasta el Wesselstuen. Era un sitio bonito, las mesas tenían manteles blancos, y en el momento de sentarnos se acercó un camarero con camisa blanca y delantal negro y nos preguntó qué queríamos tomar. Nunca hasta entonces me había pasado eso. Los ocho estudiantes de la Academia de Escritura cuidadosamente elegidos, sentados alrededor de una mesa con Ragnar Hovland, una leyenda ya en los círculos estudiantiles, al menos en los de Bergen, y Jon Fosse, uno de los escritores posmodernos más importantes de nuestro país, que además también había recibido buenas críticas en Suecia. Aún no había hablado a solas con ellos, pero estaba sentado al lado de Hovland, y cuando llegaron las cervezas, y ya había dado un buen trago, aproveché la ocasión.

–He oído que te gustan los Cramps –dije.

–¿Ah, sí? –dijo–. ¿De dónde has sacado esos rumores tan perversos?

–Me lo ha dicho un compañero. ¿Es verdad o no? ¿Te interesa la música?

–Sí que me interesa –contestó–. Y me gustan los Cramps. Saluda a tu amigo de mi parte y dile que tiene razón.

Sonrió sin mirarme a los ojos.

–¿Mencionó alguna otra banda que me guste?

–No, sólo a los Cramps.

–¿Y a ti te gustan los Cramps?

–Sí-í. Están bastante bien –contesté–. Pero últimamente escucho mucho a Prefab Sprout. ¿Has oído su último disco? ¿*From Langley Park to Memphis*?

–Sí, sí, pero mi gran favorito sigue siendo *Steve McQueen*.

Björg le dijo algo desde el otro lado de la mesa y él se inclinó hacia ella

con gesto atento. Al lado de la chica estaba Jon Fosse, hablando con Knut. Sus textos eran los últimos que habíamos analizado, y vi que todavía estaba pensando en ello. Él escribía poemas, que eran notablemente cortos, a menudo sólo de dos o tres líneas, a veces de sólo dos palabras colocadas una junto a la otra. No pude captar de qué trataban, pero había en ellos algo brutal, lo que resultaba difícil de creer viéndolo allí sentado sonriente y risueño, desprendiendo amabilidad. También hablaba mucho, no era eso.

Me había terminado la cerveza y quería otra, pero no me atrevía a llamar al camarero, así que tendría que esperar hasta que alguien pidiera.

A mi lado estaban Petra y Trude charlando. Daban la impresión de que se conocían de antes. De repente Petra parecía abierta, y Trude había perdido por completo ese rasgo estirado y concentrado, ahora había algo casi de adolescente en ella, como si hubiera sido liberada de un yugo.

Aunque no podía decir que conociera a ninguna de ellas, había visto ya bastante para formarme una opinión de sus personalidades, y aunque no coincidía con los textos, excepto en los casos de Bjørg y Else Karin, ya su forma de escribir era como su aspecto, estaba bastante seguro de cómo eran. La excepción era Petra. Ella era un enigma. A veces se quedaba inmóvil mirando fijamente la mesa, como si no estuviera en el aula, era como si se estuviera mortificando, pensaba yo, porque aunque no se movía y tenía los ojos fijos en el mismo punto, había no obstante algo agresivo en ella. Tenía la impresión de que se roía a sí misma. Cuando levantaba la vista, solía ser con una sonrisa irónica. También sus comentarios eran casi siempre irónicos y no pocas veces carentes de piedad, pero verídicos, de una manera u otra, aunque exagerados. Cuando se animaba o se emocionaba, esos rasgos solían desvanecerse, entonces su risa llegaba a veces a ser cordial, e incluso infantil, y sus ojos, que solían arder, centelleaban. Sus textos eran como ella, pensaba yo, los leía en voz alta, tan cuadriculados y reluctantes como ella misma, algunas veces torpes y poco elegantes, pero siempre llenos de sarcasmo y fuerza, casi siempre irónicos, pero no por eso carentes de ternura.

Trude se levantó y fue hacia el fondo del local. Petra se volvió hacia mí.

—¿No vas a preguntarme por los grupos que más me gustan? —preguntó con una sonrisa, pero los ojos con los que me miraba eran oscuros y burlones.

—Si quieres —contesté—. ¿Qué grupos te gustan?

—¿Crees que a mí me importan esas cosas de chiquillos? —dijo.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —contesté.

–¿Tengo pinta de eso?

–Pues sí, a decir verdad, la tienes. Chaqueta de cuero y todo.

Ella se rió.

–Aparte de esos nombres tan tontos, los tópicos y la falta de comprensión psicológica, me gustaron mucho tus textos.

–Pues creo que no hay nada que te guste –dije.

–Sí –dijo ella–. No te preocupes por lo que digan los demás. No significa nada, no son más que palabras. Mira a esos dos –prosiguió, moviendo la cabeza en dirección a nuestros profesores–. Se regodean con nuestra admiración. Mira a Jon ahora. Y fíjate en la mirada de Knut.

–En primer lugar, no estoy preocupado. En segundo lugar, Jon Fosse es un buen escritor.

–¿Ah, sí? ¿Has leído algo suyo?

–Alguna cosa. Compré su última novela el miércoles.

–*Sangre. La piedra es* –dijo en voz oscura y en dialecto del oeste, mientras me miraba con ojos dramáticos. Luego soltó esa risa suya tan cordial y susurrante, y la interrumpió bruscamente–. ¡Qué aburrimiento, cuánta tontería! –exclamó.

–Pero no en lo que tú escribes –objeté.

–Eso es lo que voy a aprender aquí –respondió–. Voy a sacar de ellos todo lo que pueda.

El camarero se acercó a nuestra mesa, yo levanté un dedo. Petra hizo lo mismo, primero pensé que se burlaba de mí, pero luego vi que ella también quería otra cerveza. Trude volvió, Petra se volvió hacia ella y yo me incliné sobre la mesa con el fin de llamar la atención de Jon Fosse.

–¿Conoces a Jan Kjærstad? –le pregunté.

–Sí, un poco. Somos colegas.

–¿Tú también te consideras posmodernista?

–No, creo que soy más bien modernista. Al menos comparado con Jan.

–Ya –dije.

Él miró la mesa, pareció descubrir la cerveza y dio un largo trago.

–¿Qué te han parecido estos primeros días? –preguntó.

¿Me lo estaba preguntando a mí?

Me sonrojé.

–Muy bien –dije–. Tengo la sensación de haber aprendido mucho en poco tiempo.

–Eso está bien –dijo–. Ni Ragnar ni yo hemos trabajado mucho en la enseñanza. Esto es casi tan nuevo para nosotros como para vosotros.

–Ya –dije.

Era consciente de que debía decir algo, porque se estaba entablando una conversación, pero no sabía cómo seguir, y cuando el silencio entre nosotros creció durante unos segundos, él miró hacia otra parte, y otro lo acaparó, yo me levanté y me fui al servicio, que estaba junto a la puerta de la calle, en la otra punta del local. Había un tipo meando en el urinario, yo sabía que no me saldría con él allí, de modo que opté por ponerme en la cola para el inodoro, que quedó libre unos instantes después. Había papel higiénico tirado en el suelo de baldosas, lleno de meados o agua. Olía a rancio, respiré por la nariz mientras meaba. Al otro lado de la puerta sonaba el agua en los lavabos. Al instante llegó el susurro del secador de manos. Tiré de la cadena y salí, dos hombres desaparecían justo en ese instante por la puerta y entraba un hombre mayor con una enorme barriga y cara rojiza de Bergen. Aunque el baño estaba un poco descuidado y maloliente, y el suelo mojado y sucio, era igual de sólido que el restaurante, con sus manteles blancos y sus camareros con delantal. Seguramente tendría que ver con el tiempo transcurrido, con que tanto las baldosas como el urinario dataran de otra época. Me lavé las manos y me miré en el espejo, una imagen que en absoluto se relacionaba con esa inferioridad que sentía. El hombre se colocó con las piernas bien separadas delante del urinario, yo puse las manos debajo del aire caliente, las volví un par de veces hacia arriba y hacia abajo y regresé a la mesa, donde me esperaba una nueva cerveza.

Cuando me la había acabado y empezado la tercera, la cobardía comenzó a desvanecerse lentamente, y en su lugar emergía algo suave y templado, ya no me sentía en la periferia de la conversación o del grupo, sino en el centro, hablando con unos y con otros, y cuando iba al servicio era como si me llevara la mesa entera conmigo, allí estaban ellos, en mi cabeza, un caos de caras y voces, opiniones y actitudes, carcajadas, risitas sofocadas, y cuando algunos empezaron a coger sus cosas para irse a casa, yo al principio no me percaté, era algo completamente ajeno a mí y no importaba mucho, el charlar y el beber continuaban, pero entonces se levantó primero Jon Fosse y luego Ragnar Hovland, y eso era peor; sin ellos, nosotros no éramos nadie.

–¡Tomaos otra! –dijo–. No es muy tarde. Y mañana es sábado.

Pero se mostraron inflexibles, se iban a casa, y cuando se hubieron

marchado, se extendió el impulso de desaparecer, y aunque pedí a cada uno de ellos que se quedara un poco más, la mesa pronto estuvo vacía, excepto por Petra y yo.

–No irás a marcharte tú también, ¿no? –le pregunté.

–Pronto –contestó–. Vivo en las afueras, y tengo que coger el autobús.

–Puedes quedarte en mi casa –dijo–. Vivo en Sandviken. Tengo un sofá en el que puedes dormir.

–¿Tantas ganas tienes de beber? –preguntó riéndose–. ¿Adónde vamos entonces? No podemos quedarnos aquí.

–¿Al Café Opera? –sugerí.

–Por mí, vale –contestó.

Fuera había más luz de lo que me esperaba, un resto de luz nocturna de verano apenas palidecía el cielo sobre nosotros cuando pasamos por delante de la fila de taxis subiendo hacia el teatro, con el brillo amarillo oscuro de las farolas como extendido por el adoquinado mojado y la lluvia cayendo por el aire. Petra llevaba su bolso negro de cuero, y aunque no la miraba, sabía que la expresión de su cara era seria y obstinada, y sus movimientos rígidos y torpes. Era como un hurón, mordía a los que le acercaban la mano.

En el Café Opera había varias mesas libres, nos sentamos arriba, en el primer piso, al lado de una ventana. Fui a por cerveza para los dos, ella se bebió casi la mitad de un trago y acto seguido se limpió los labios con el dorso de la mano. Pensé en algo que decir, pero no se me ocurría nada, y me bebí casi media cerveza de un trago yo también.

Pasaron cinco minutos.

–¿Qué hiciste en realidad en el norte de Noruega? –preguntó de repente, pero de un modo natural, como si lleváramos mucho tiempo hablando, a la vez que miraba fijamente el interior del vaso casi vacío de cerveza que tenía en la mano delante de ella.

–Trabajé de profesor –contesté.

–Ya lo sé –dijo–. ¿Pero qué te llevó a hacer algo así? ¿Qué querías conseguir con eso?

–No lo sé –contesté–. Surgió así, sin más. Pero supongo que el plan era escribir allí arriba.

–Qué idea tan extraña, solicitar un trabajo en el norte de Noruega para escribir.

–Sí, quizá lo sea –dijo.



Se fue a por otra cerveza. Yo miré a mi alrededor; el local se llenaría enseguida. Petra había puesto el codo sobre el mostrador, tenía un billete de cien coronas en la mano, delante de ella, uno de los camareros estaba poniendo una jarra de medio litro. Deslizó los labios sobre los dientes, frunciendo las cejas. Uno de los primeros días contó que se había cambiado el nombre. Yo supuse que se trataba del apellido, pero no, lo que se había cambiado era el nombre de pila. En realidad se llamaba algo así como Anne o Hilde, uno de los nombres de chica más comunes, y el que hubiese dejado atrás su verdadero nombre me dio que pensar, porque yo me sentía muy apegado al mío, me resultaba impensable responder a otro nombre, porque de alguna manera lo cambiaría todo. Pero ella lo había hecho.

Mi madre cambió su apellido por el de mi padre, una costumbre, y cuando se lo volvió a cambiar, retomó el de antes. Mi padre también se había cambiado el apellido, lo que era más inusual.

Petra atravesó el local con una jarra de cerveza en cada mano y se sentó.

—¿En quién crees tú? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—De la clase, del colegio.

No me gustó mucho que utilizara esa palabra, prefería «Academia», pero no dije nada.

—No lo sé —contesté.

—He dicho «crees», claro que no lo sabes.

—Me gustó lo que escribiste.

—Conmigo no sirve que me hagas la pelota.

—Te lo digo de verdad.

—Knut: totalmente vacío. Trude: pose. Else Karin: prosa de ama de casa. Kjetil: infantil. Bjørg: aburrida. Nina: bien. Es una persona reprimida, pero escribe bien.

Se rió y me miró de reojo.

—¿Y yo qué? —dije.

—Tú, bah —dijo resoplando—. No entiendes nada de ti mismo y no tienes ni idea de lo que estás haciendo.

—¿Tú sí sabes lo que estás haciendo?

—No. Pero al menos sé que no lo sé —dijo, y se echó a reír de nuevo—. Y luego eres un poco afeminado. Pero tienes unas manos grandes y fuertes, eso lo compensa.

Miré hacia otra parte, ardía por dentro.

–Mi fuerte ha sido siempre hablar –dijo ella.

Di varios largos tragos de cerveza mientras miraba a mi alrededor.

–No te habrás ofendido por esa tontería, ¿no? –dijo con una risa sofocada–. Puedo decir cosas mucho peores sobre ti, si quieres.

–Prefiero no oírlas –dije.

–También te tomas muy en serio a ti mismo. Pero eso es por la edad. No tienes la culpa.

¿Y tú, qué? ¿Qué te hace pensar que eres tan estupenda, joder?, me entraron ganas de decirle. Si yo soy afeminado, tú eres masculina. ¡Al andar pareces un chico!

Pero no dije nada, y el incendio interior se fue apagando lentamente, en parte porque me estaba emborrachando de verdad, acercándome a ese punto en el que ya nada significaba nada, o, mejor dicho, en el que todo significaba lo mismo.

Un par de cervezas más y llegaría a ese punto.

En el local entró un tipo conocido que se paseó alrededor de todas las mesas ocupadas. Era Morten, con su chaqueta roja de cuero, a la espalda llevaba una mochila marrón claro y en la mano el largo paraguas cerrado. Al verme, se le iluminó la cara y vino a toda prisa hacia la mesa, alto y desgarrado, con el pelo tieso como clavos, reluciente de gomina.

–¡Hola, tío! –dijo riendo–. ¿De juerga y bebiendo?

–Sí –contesté–. Ésta es Petra. Petra, éste es Morten.

–Hola –dijo Morten.

Petra lo miró rápidamente de arriba abajo, hizo un ligero movimiento con la cabeza a modo de saludo y enseguida nos dio la espalda y se puso a mirar hacia otro lado.

–He estado tomando algo con los de la Academia –dije–. Los demás se han ido pronto a casa.

–Yo creía que los escritores se pasaban toda la noche bebiendo –dijo él–. He estado estudiando hasta ahora en la biblioteca. No sé cómo me va a ir. ¡No entiendo nada! ¡Absolutamente nada!

Se rió y miró a su alrededor.

–En realidad me iba para casa. Sólo he entrado para ver si había alguien conocido. Pero os diré una cosa: admiro a los que vais a ser escritores.

Por un instante me miró muy serio.

–Bueno, me largo –dijo–. ¡Hablamos!

Cuando Morten dobló la esquina del bar le dije a Petra que era mi vecino. Ella asintió sin ningún interés, se acabó la jarra de cerveza y se levantó.

–Me voy ya –dijo–. En quince minutos sale un autobús.

Cogió la chaqueta del respaldo de la silla, apretó el puño y lo metió en la manga.

–¿No ibas a dormir en mi casa? No hay problema, ¿sabes?

–No, me voy a mi casa. Pero quizá acepte la oferta en otra ocasión –dijo–. Nos vemos.

Así, con el bolso en la mano y la mirada al frente se dirigió hacia la escalera. Aunque no conocía a nadie más allí dentro, me quedé sentado otro rato por si llegaba alguien, pero resultaba demasiado fastidioso estar allí solo, así que me puse el impermeable, cogí la bolsa y salí a la oscuridad de esa ciudad azotada por los vientos.

Al día siguiente sobre las once me despertaron unos golpes y otros ruidos en la pared. Me incorporé y miré la habitación, ¿qué clase de ruidos eran éstos? De repente lo entendí y volví a tumbarme. El buzón colgaba al otro lado, pero hasta entonces no había dormido hasta tan tarde como para saber cómo sonaba cuando llegaba el correo.

Encima de mí se oía cantar a alguien.

Y la habitación, ¿no estaba extraordinariamente iluminada?

Me incorporé y levanté la cortina.

¡Fuera había sol!

Me vestí, fui a la tienda a comprar leche, panecillos y los periódicos del día. Cuando volví, abrí el buzón. Además de dos facturas, había dos avisos de envío. Me apresuré hasta la oficina de Correos, donde me entregaron dos grandes paquetes que abrí en la cocina con las tijeras. Un libro con las obras completas de Shakespeare, otro con la poesía y el teatro completos de T. S. Eliot, otro con las obras completas de Oscar Wilde y otro de fotografías de mujeres desnudas.

Me senté en la cama a hojearlo un poco, temblando de excitación. No, no estaban desnudas del todo, varias llevaban zapatos de tacón alto, y una llevaba una blusa que colgaba abierta alrededor de su cuerpo esbelto y bronceado.

Dejé el libro y desayuné mientras leía los tres periódicos que había

comprado. La noticia principal del *Bergens Tidende* era un asesinato que se había cometido la mañana del día anterior. Reconocí la foto del lugar del crimen, y mi sospecha se confirmó cuando seguí leyendo: el asesinato había tenido lugar a sólo un par de manzanas de donde me encontraba. Y no sólo eso, el presunto asesino seguía en libertad. Tenía dieciocho años y estudiaba formación profesional. Por alguna razón me entristeció. Me lo imaginaba solo en un sótano o en un estudio, detrás de cortinas echadas que de vez en cuando movía para ver si sucedía algo en la calle, que él veía desde la altura del tobillo, mientras el corazón le palpitaba en el pecho, y la desesperación por lo que había hecho hacía pedazos su interior. Pegaba puñetazos en la pared y no paraba de dar vueltas preguntándose si debía entregarse ya o quedarse allí unos días más y luego intentar escapar a bordo de algún barco, tal vez a Dinamarca o Inglaterra, y después hacer autostop por el continente. Pero no tenía dinero y ninguna pertenencia, excepto la ropa que llevaba puesta.

Eché un vistazo por la ventana para ver si allí fuera ocurría algo inusual, más policías de lo normal, por ejemplo, o algunos coches de policía aparcados, pero todo estaba como siempre, excepto el resplandor del sol, que colgaba como un velo de luz sobre todas las cosas.

Podría hablar con Ingvild del asesinato, era un buen tema de conversación, que el asesino se encontrara allí, en mi barrio, justo en ese momento, mientras un ejército de policías casi al completo estaba buscándolo.

Tal vez pudiera escribir sobre ello. Un chico que mata a un viejo y que permanece escondido mientras la policía lo va rodeando lentamente.

Jamás lo conseguiría.

Sentí una gran decepción, me incorporé, cogí el plato y el vaso y los metí en el fregadero, junto con el resto de la vajilla sucia que había acumulado en el transcurso de la semana. Pero en una cosa se equivocaba Petra, y era en que yo no entendía nada de mí mismo, pensé, y miré hacia fuera al reluciente césped verde del parque por el que en ese instante cruzaba una mujer con un niño en cada mano. Lo que yo tenía era precisamente conocimiento de mí mismo. Sabía exactamente quién era yo. Pocos tenían esa capacidad.

Volví a entrar en la habitación y estaba a punto de agacharme para echar una ojeada a los discos cuando mi mirada fue como *absorbida* por el nuevo libro. Un golpe de alegría y miedo me recorrió. Podría ocurrir ahora, estaba solo, no tenía nada especial que hacer, no había razón alguna para

posponerlo, pensé, y cogí el libro, miré a mi alrededor, ¿cómo podría bajarlo al lavabo sin que nadie lo viera? ¿En una bolsa? No, ¿quién coño se lleva una bolsa al váter?

Me desabroché el botón del pantalón y me bajé la cremallera, metí el libro dentro, lo tapé con la camisa, me incliné todo lo que pude hacia delante para ver qué pinta tenía y si alguien podía darse cuenta de que llevaba un libro escondido.

Quizá.

¿Y si me bajara una toalla? Si me encontrara con alguien podría taparme casualmente la tripa con ella los pocos segundos que durara el encuentro. Y luego podría darme una ducha. En eso no habría nada sospechoso, que primero fuera al váter y luego me diera una ducha.

Y eso hice. Con el libro metido en la cinturilla del pantalón y la toalla de baño más grande que tenía salí de mi casa, recorrí el corto pasillo, bajé por la escalera, recorrí el otro pasillo y entré en el lavabo, donde cerré la puerta, saqué el libro y me puse a hojearlo.

Aunque nunca me había masturbado y no sabía exactamente cómo se hacía, lo sabía de todos modos, las palabras «frotarse» y «meneársela» florecían en todos los chistes que había oído en el transcurso de los años sobre hacerse una paja, sobre todo en los vestuarios de fútbol, y con la sangre golpeando en el miembro lo saqué de la pequeña bolsa que constituían los calzoncillos, y mientras miraba fijamente a esa mujer de piernas largas y boca roja posando delante de una especie de casa de veraneo en algún lugar del Mediterráneo, a juzgar por las paredes de cal blanca y los árboles nudosos, bajo una cuerda de ropa tendida, con un barreño en la mano, pero por lo demás completamente desnuda, mientras miraba sin cesar las excitantes y hermosas líneas de ese cuerpo, rodeé mi polla con la mano y empecé a moverla hacia delante y hacia atrás. Primero la polla entera, luego, tras unos cuantos movimientos, me contenté con la punta, a la vez que miraba fijamente a la mujer del barreño, y entonces, en el instante en que una ola de voluptuosidad me recorría, pensé que debería mirar a alguna otra y no sólo a ella, con el fin de sacar el máximo provecho posible, por así decirlo, y pasé a la siguiente página, en la que había otra mujer sentada en un columpio que sólo llevaba puestos unos zapatos rojos con tiras atadas a los tobillos, entonces una sacudida me recorrió el cuerpo e intenté doblar la polla hacia abajo para que el esperma cayera dentro del wáter, pero no funcionó; estaba

demasiado tiesa, de modo que la primera carga fue derecha a la tapa levantada, por la que se escurrió lentamente mientras salían nuevos hilillos, que caían ya más abajo gracias a que tuve la buena idea de inclinar el cuerpo hacia delante con el fin de mejorar el ángulo.

Ah.

Lo había hecho.

Por fin lo había hecho.

En realidad no había nada místico en ello. Al contrario, era increíblemente sencillo, y no poco curioso que no lo hubiera hecho antes.

Cerré el libro, limpié la mancha, me lavé, luego me quedé muy quieto un instante escuchando si, en contra de lo que esperaba, había alguien fuera, luego me metí el libro en la cinturilla, cogí la toalla y salí.

Entonces me pregunté por fin si lo había hecho correctamente. ¿Había que vaciarla dentro del váter? ¿En el lavabo? ¿En un montón de papel higiénico arrugado en la mano? ¿O lo más normal era hacerlo en la cama? Por otra parte, eso era algo que se hacía en el mayor de los secretos, así que no importaría que mi procedimiento se desviara de la norma.

Justo cuando dejé el libro sobre el escritorio y estaba doblando la toalla sin usar para meterla en el armario, llamaron a la puerta.

Fui a abrir.

Eran Yngve y Asbjørn. Los dos llevaban gafas de sol, y como la última vez, se notaba en ellos cierta inquietud, que tenía que ver con el pulgar de Yngve metido en la presilla del pantalón, y la mano de Asbjørn en el bolsillo, o con que los dos estuvieran medio girados hacia fuera y no se dieran la vuelta hasta que abrí la puerta. O quizá fueran las gafas de sol que no se quitaron.

—Hola —saludé—. ¡Pasad!

Entraron en el estudio detrás de mí.

—Nos preguntábamos si te apetecería bajar con nosotros al centro —dijo Yngve—. Pensábamos pasar por alguna tienda de discos.

—Sí que me apetece —contesté—. No tengo nada especial que hacer. ¿Ahora mismo?

—Sí —contestó Yngve y cogió el libro de las mujeres desnudas—. Veo que te has comprado un libro de fotografías.

—Sí —dije.

—No es difícil adivinar para qué vas a usarlo —dijo Yngve riéndose.

También Asbjørn se rió un poco, pero de un modo que dejaba entrever que le gustaría acabar cuanto antes esa parte de la visita.

—Son fotos serias, ¿sabéis? —dije poniéndome la chaqueta, luego me agaché para atarme los zapatos—. Es una especie de libro de arte.

—Ya veo —dijo Yngve dejándolo sobre el escritorio—. ¿Y la foto de Lennon? ¿Ha desaparecido?

—Sí —contesté.

Asbjørn encendió un cigarrillo, se volvió hacia la ventana y miró hacia fuera.

Diez minutos después salimos los tres con gafas de sol y atravesamos la plaza. El viento soplabá desde el fiordo, las banderas ondeaban en las astas con pequeños estallidos, el sol brillaba en un cielo completamente azul, reluciente y vibrante sobre todas las superficies. Por la calle que bajaba de Torgalmenningen venían los coches a toda velocidad, como una jauría de perros, cada vez que el semáforo en lo alto de la cuesta se ponía verde. El mercado estaba atestado de gente, y en las cisternas situadas en el centro, capturados en sus escasos metros cúbicos de agua verde y seguramente helada, nadaban los bacalao boquiabiertos, gateaban los cangrejos subidos unos a otros, y yacían inmóviles los bogavantes con las pinzas sujetas con gomas blancas.

—¿Comemos luego en Yang Tse Kiang? —propuso Yngve.

—Por mí sí —contestó Asbjørn—. Si prometes no decir que en China la comida sabe completamente distinta a la de allí.

Yngve no contestó, sacó del bolsillo un paquete de tabaco y se paró delante del semáforo. Yo miré hacia la derecha, donde había un puesto lleno de verduras. Al ver las zanahorias color naranja colocadas en manojos en un enorme montón, me acordé de las dos temporadas que trabajé para el jardinero de Tromøya arrancando zanahorias, lavándolas y empaquetándolas, de lo cerca que me encontraba todo el tiempo de la tierra negra y grasienta, bajo el cielo de finales de agosto y principios de septiembre, cuando la oscuridad y la tierra estaban estrechamente unidas, y el murmullo de los matorrales y los árboles al fondo del campo labrado hacía que pequeños escalofríos de felicidad recorrieran mi cuerpo. ¿Felicidad por qué?, me pregunté. ¿Por qué me sentía tan feliz entonces?

El semáforo se puso verde y cruzamos la calle en medio de la

aglomeración de gente, pasamos por delante de una relojería, salimos a la gran plaza que se abría entre las casas como una llanura en un bosque, y pregunté adónde íbamos en realidad. Yngve dijo que *en realidad* íbamos a Apollon, y luego pensábamos pasar por alguna tienda de segunda mano.

Se me daba muy bien rebuscar entre los álbumes en las tiendas de música, sabía algo de casi todas las bandas cuyos discos llenaban las estanterías, los sacaba para mirar quién los había producido, quién tocaba, y en qué estudio se habían grabado. Yo era un experto y sin embargo miraba todo el rato de reojo a Yngve y Asbjørn, mientras dejábamos deslizar los álbumes por nuestros dedos con pequeños chasquidos, y cuando alguno de ellos sacaba un disco del montón, yo intentaba ver de quién era, qué era lo que se llevaba allí, Asbjørn sacó algunas cosas viejas, y alguna curiosidad, como George Jones o Buck Owens, especialmente raro era un disco navideño que levantó y enseñó a Yngve, los dos se rieron y Asbjørn dijo que ése sí que se pasaba mogollón, e Yngve dijo que sí, que era totalmente hortera. Él, por su parte, se mantenía dentro de los mismos marcos que yo, pospunk británico, rock americano indie, alguna banda australiana tal vez, y naturalmente un par de noruegas, pero que yo viera, nada más que eso.

Me compré doce discos, la mayor parte de bandas que ya tenía, y uno recomendado por Yngve, de Guadalcanal Diary. Cuando una hora después estábamos sentados en el restaurante chino, los dos se rieron de mí por haber comprado tantos discos, pero percibí cierto respeto en esas risas, que no sólo significaba que yo era un estudiante recién estrenado que jamás había recibido tanto dinero de golpe, sino también que era un tipo entregado. Colocaron en la mesa un gran cuenco de arroz humeante, que se pegaba a la gran cuchara de porcelana que lo acompañaba, nos abalanzamos los tres sobre él y nos servimos cada uno un montón en el plato, tanto Yngve como Asbjørn se echaron salsa marrón encima, y yo hice lo mismo. Noté que el sabor era un poco amargo, pero el siguiente bocado, de chop suey con ternera, lo compensó por completo. Yngve comía con palillos, moviéndolos entre los dedos como un chino. Luego tomamos plátano frito con helado y por fin nos sirvieron una taza de café con un pequeño After Eight en el plato.

Durante toda la comida estuve intentando averiguar qué ocurría exactamente cuando se juntaban dos buenos amigos como ellos. ¿Cuánto tiempo se miraban a los ojos cuando decían algo, antes de interrumpirse y bajar la vista? ¿De qué hablaban y durante cuánto tiempo y por qué hablaban



justo de eso? Recuerdos, ¿te acuerdas de aquello? Otros amigos, ¿él dijo esto y aquello? Música, ¿has oído tal o cual canción, ese o aquel disco? ¿Los estudios? ¿Política? ¿Algo que ocurrió justo la semana anterior? Cuando se sacaba un nuevo tema de conversación, estaba relacionado con el anterior, como jirones suyos, ¿o podía estar muy alejado y llegar de repente sin más?

Por cierto, no es que los estuviera observando, yo participaba todo el tiempo, sonreía y hacía comentarios, lo único que no hacía era intervenir como solista por propia iniciativa con largos discursos sacados de la nada, como hacían tanto Yngve como Asbjørn.

¿Qué estaban haciendo entonces? ¿Qué era eso?

En primer lugar, apenas se hacían preguntas el uno al otro, al contrario de lo que solía hacer yo. En segundo lugar, casi todo estaba relacionado, pocas cosas salían como de la nada, sin contexto. En tercer lugar, se trataba sobre todo de cosas que podían hacerles reír. Yngve contaba una historia de la cual se reían, Asbjørn lo seguía y reforzaba la historia hasta lo hipotético, y si funcionaba, Yngve la continuaba de tal modo que todo era cada vez más enloquecido. Se apagaban las risas, Asbjørn contaba algo relacionado con lo anterior, pero también con la intención de hacer reír, y entonces volvía a ocurrir más o menos lo mismo. También tocaban no obstante temas serios, en esos casos para opinar un poco a favor y en contra, a veces en forma de argumentación, pues sí, un poco, ya, pero no, en eso no estoy de acuerdo, y luego podía surgir una pausa que me hacía temer que se hubiese creado mal ambiente entre ellos, hasta que se contaba otra historia, anécdota o algo parecido a un chiste.

Yo estaba todo el rato pendiente de Yngve, para mí era importante que no dijera ninguna tontería o mostrara demasiada ignorancia, es decir, que pareciera inferior a Asbjørn, pero no era así, eran iguales, lo que me hacía sentirme feliz.

Saciado y contento, volvía del centro subiendo las cuestas con una bolsa de discos colgando de cada mano, y cuando me encontraba ya muy cerca de mi casa y vi un coche de policía pasar lentamente, me acordé del joven asesino. Si la policía seguía buscándolo, quería decir que continuaba escondido en alguna parte de la ciudad. ¡Qué miedo debía de tener! ¡Qué miedo tan delirante debía de tener! Y luego ese horror por lo que había hecho. Había matado a otra persona, había clavado el cuchillo en el cuerpo de otra persona con tanta fuerza que la había matado. ¿Por qué lo he matado?, sonaría la

pregunta dentro de él. ¿Por qué? Una cartera, unos billetes de cien, nada. Ay, cuánto estaría sufriendo.

Cuando ya estaba preparado para la cita con Ingvild eran sólo las cinco y unos minutos, y, para matar el tiempo de espera, bajé a casa de Morten y llamé a la puerta.

—¡Pasa! —bramó desde dentro.

Abrí la puerta. Morten estaba bajando el sonido del equipo estéreo, llevaba una camiseta y un pantalón corto.

—Hola, señor —dijo.

—Hola —saludé—. ¿Puedo pasar?

—Claro que sí. Siéntate.

Las paredes eran blancas, con dos estrechos y alargados tragaluces casi opacos, a modo de ventanas junto al techo. La habitación era austera, por no decir desnuda, con muy pocos muebles; una cama que parecía una caja, blanca también, con un colchón marrón de algo semejante a pana y grandes cojines de la misma tela. Una mesa delante, y una silla al otro lado, ambas de esas que se vendían en los mercadillos y en las tiendas de segunda mano, estilo años cincuenta. Un equipo estéreo, unos cuantos libros, entre los que destacaba el grueso volumen rojo de *Las leyes noruegas*. Un televisor colocado en una silla junto a la pared.

Morten estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en dos grandes cojines, tenía un aspecto más relajado que antes.

—Una semana en la maldita universidad —dijo—. ¿De cuántas? ¿De trescientas cincuenta?

—Es mejor contar los días —dije—. Ya has pasado cinco.

—¡Ja, ja, ja! ¡Es el peor chiste que he oído en mi vida! ¡Así faltarán dos mil quinientas unidades!

—Así es —dije—. Si piensas en años, sólo te quedan siete. Pero, por otra parte, no has pasado ni siquiera una milésima parte.

—O una millonésima parte, como dijo un chico de mi clase una vez. ¡Siéntate, Monsieur! ¿Vas a salir?

—¿Por qué lo preguntas? —dije sentándome.

—Porque lo parece. Vas de punta en blanco.

—Sí, voy a salir. Con Ingvild. De hecho, por primera vez.

—¿Por primera vez? ¿La has sacado de un anuncio o qué? ¡Ja, ja, ja!

–La conocí en Førde esta primavera, sólo estuve con ella media hora. Me quedé cautivado. Desde entonces no he pensado en otra cosa. Pero nos hemos escrito cartas, eso sí.

–Entiendo –dijo él, inclinándose sobre la mesa. Dio un pequeño golpe en la parte de atrás de un paquete de cigarrillos para acercárselo, lo abrió y sacó uno.

–¿Quieres?

–¿Por qué no? Me he dejado el tabaco en casa. Otro día puedes coger de mi tabaco de liar.

–Precisamente me alejé de la gente que se lía sus propios cigarrillos –dijo, tirándome el paquete.

–¿De dónde eres? –le pregunté.

–De Sigdal. Un pueblecito del este. Allí no hay más que bosques y desgracias. Es donde fabrican esos famosos muebles de cocina, ¿sabes? Cocinas Sigdal. Bueno, estamos orgullosos de ello, claro.

Encendió el cigarrillo y se pasó rápidamente la mano por el pelo.

–¿Está bien o mal ir de punta en blanco? –le pregunté.

–Está bien, claro –contestó–. Vas a salir con alguien. Para eso hay que arreglarse.

–Así es –dije.

–Y tú eres del sur, ¿no? –preguntó.

–Sí, soy de una pequeña ciudad de mierda de por allí. Por no decir del coño del mundo.

–Si tú eres de la ciudad del coño, yo soy del pueblo de las pajas.

–Polla y coño, siempre en otoño –dije yo.

–¡Ja, ja, ja! ¿Qué has dicho?

–No lo sé –contesté–. Me ha salido sin más.

–Claro, eres escritor –dijo; volvió a apoyarse en los cojines de la cama, puso un pie en el colchón y sopló el humo hacia el techo–. ¿Qué tal fue tu infancia? –preguntó.

–¿Mi infancia?

–Sí, cuando eras pequeño. ¿Qué tal fue?

Me encogí de hombros.

–No lo sé. Sólo recuerdo que aullaba mucho.

–¿Que aullabas mucho? –dijo, riéndose tanto que le entró tos.

Era una risa contagiosa y yo también empecé a reírme, aunque no sabía

muy bien de qué se reía.

–¡Ja, ja, ja! ¡Aullabas!

–¿Qué tiene de raro? –pregunté—. Es verdad.

–¿Cómo hacías? –preguntó incorporándose—. ¡OOOOOOUUUUU! ¿Así o qué?

–No, no, aullar, que en el dialecto del este significa llorar.

–¡Ah! ¿Llorabas mucho cuando eras pequeño? ¡Creía que querías decir que aullabas y gritabas!

–¡Ja, ja, ja!

–¡Ja, ja, ja!

Cuando terminamos de reírnos hubo una pausa. Aplasté el cigarrillo en el cenicero y puse un pie sobre el otro.

–Yo pasaba mucho tiempo solo cuando era pequeño –dijo Morten—. Y durante todos los años de instituto deseaba marcharme a otra parte. Así que en el fondo es fantástico estar aquí, en mi propio piso, aunque tiene una pinta horrible.

–Sí –dije.

–Pero la carrera de Derecho me da miedo. Creo que tal vez no sea exactamente lo mío.

–Bueno, empezaste el lunes, ¿no? ¿No es un poco pronto para decir eso?

–Quizá.

Se oyó un portazo.

–Es Rune –dijo Morten—. Se pasa el día duchándose. Una persona increíblemente limpia, por así decirlo.

Se echó a reír de nuevo.

Me levanté.

–He quedado con ella a las siete –dije—. Y antes tengo que hacer un par de cosas. ¿Tú vas a salir?

Negó con la cabeza.

–Pensaba ponerme a estudiar.

–¿Derecho? –pregunté.

Asintió.

–¡Suerte con Ingvild!

–Gracias –dije y volví a mi casa.

La tarde era inusualmente luminosa; el cielo al oeste, apenas visible desde mi ventana, subía por entre los árboles y los tejados con un resplandor rojizo. Se veían unas nubes negras, colocadas como placas. Puse un viejo maxi

single de Big Country, me comí un panecillo, me puse la americana negra, cambié las llaves, el encendedor y las monedas del bolsillo de los pantalones al de la americana, con el fin de evitar ese poco elegante bulto en el muslo del pantalón, me metí el paquete de tabaco en el bolsillo interior y salí.

Ingvild no me vio al principio cuando entró en el Café Opera. Avanzó algo vacilante, mirando de reojo a su alrededor, llevaba un jersey blanco de rayas azules, una chaqueta beige y vaqueros azules. Tenía el pelo más largo que la última vez que la vi. El corazón me latía tan fuerte que apenas podía respirar.

Nuestras miradas se cruzaron, pero su cara no se iluminó como yo esperaba. Esbozó una ligera sonrisa, nada más.

–Hola –dijo ella–. ¿Ya estás aquí?

–Sí –dije, levantándome a medias. Pero no nos conocíamos, un abrazo tal vez fuera demasiado, por otro lado, tampoco podía volver a sentarme, como un trol de resorte metido en una caja, de modo que completé el movimiento y puse la mejilla, a la que ella afortunadamente unió la suya.

–Tenía la esperanza de llegar la primera –dijo, y colgó el bolso y luego la chaqueta del respaldo de la silla– para jugar con ventaja.

Volvió a sonreír y se sentó.

–¿Quieres una cerveza?

–Es verdad –dijo–. Tenemos que tomar algo. ¿Vas tú a pedir ahora y luego voy yo?

Asentí con la cabeza y me acerqué a la barra. El local se estaba llenando, había unos cuantos delante de mí en la cola, y yo evité con mucho esmero observarla, pero por el rabillo del ojo vi que estaba mirando fijamente por la ventana. Tenía las manos en el regazo. Me alegré de la pausa y de no estar allí sentado, pero entonces me tocó a mí, pedí las dos cervezas, y no me quedó más remedio que volver a la mesa.

–¿Qué tal? –pregunté.

–¿Con lo de aprender a conducir? ¿O ya terminamos esa fase?

–No lo sé –contesté.

–Hay un montón de novedades –dijo–. Nueva casa, nuevos estudios, nuevos libros, nueva gente. Bueno, no es que haya estudiado en la universidad antes –añadió con una pequeña risa.

Nuestras miradas se cruzaron, y yo reconocía la suya, risueña, y de la que me había enamorado la primera vez que la vi.

–¡Es lo que pensaba, que tendría miedo de no dar la talla! –dijo.

–Yo también lo tengo –dije.

–Salud –dijo, y chocamos cuidadosamente nuestros vasos.

Inclinó la cabeza hacia un lado y cogió un paquete de cigarrillos del bolso.

–¿Cómo hacemos esto? –preguntó–. ¿Empezamos de nuevo? Yo entro, tú estás ya aquí sentado, nos damos un abrazo, tú me preguntas qué tal, yo te contesto y te pregunto qué tal. ¡Un arranque mucho mejor!

–A mí me pasa un poco lo mismo –dije–. Muchas cosas nuevas. Sobre todo en la Academia. Pero mi hermano estudia aquí, y me he pegado un poco a él.

–¿Y ese primo tuyo tan descarado?

–¡Ah, Jon Olav!

–Nuestra cabaña está donde viven sus abuelos. Hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que también sean tus abuelos.

–¿En Sørbovåg?

–Sí, nuestra cabaña está al otro lado, al pie de la montaña Lihesten.

–¿De verdad? He pasado allí todos los veranos desde que era pequeño.

–Entonces tendrás que subir al barco y venir a verme un día.

Nada me apetecería más, pensé, un fin de semana a solas con ella en una cabaña bajo la poderosa Lihesten; ¿habría algún pensamiento mejor en el mundo entero?

–Estaría muy bien –dije.

Se hizo una pausa.

Intenté no mirarla, pero no pude evitarlo, estaba guapísima allí sentada, contemplando el tablero de la mesa y con el cigarrillo humeante en la mano.

Levantó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron. Sonreímos.

El calor de sus ojos.

La luz que la rodeaba.

A la vez ese rasgo un poco torpe e inseguro que le sobrevino cuando pasó el instante y ella seguía con la mirada la mano que sacudía la ceniza del cigarrillo en el cenicero. Yo sabía de dónde venía, lo reconocí en mí mismo, ella se vigilaba a sí misma y la situación en la que se encontraba.

Estuvimos en el café casi una hora, fue una tortura, ninguno de los dos fue capaz de responsabilizarse de la situación, era como si existiera independientemente de nosotros, como si se tratara de algo mucho más grande y más pesado de lo que éramos capaces de manejar. Cuando yo decía algo, era tanteando, y lo tanteado, lo no pronunciado, era lo que quedaba. Ella

miraba por la ventana, tampoco quería estar donde estaba. Pero tal vez repentinas e intensas oleadas de felicidad la recorrían por estar sentada allí conmigo, como me pasaba a mí por estar sentado allí con ella, pensé un par de veces. Yo no podía saberlo, no la conocía, no sabía cómo era ella normalmente. Pero cuando sugerí que nos fuéramos, vi que se sintió aliviada. Las calles habían empezado a oscurecer, pero sin las pesadas nubes de lluvia había algo veraniego en ese crepúsculo, era más abierto, más ligero, lleno de promesas.

Subimos una cuesta hacia Høyden, a lo largo de una zanja con un muro alto a un lado, una barandilla al otro y una fila de casas altas más abajo. Tras las ventanas iluminadas las habitaciones recordaban a acuarios. La gente paseaba por las calles, se oían pasos delante y detrás de nosotros. Caminábamos en silencio. Lo único que pensaba era que ella andaba a sólo unos centímetros de mí. Sus pasos, su respiración.

Cuando me desperté a la mañana siguiente estaba lloviendo, esa lluvia que caía con regularidad y monotonía, tan típica de esa ciudad, una lluvia que no se caracterizaba ni por su fuerza ni por su violencia, y que sin embargo lo dominaba todo. Incluso cuando te ponías chaqueta y pantalón impermeables y botas de lluvia para salir, volvías mojado a casa. La lluvia se metía por las mangas y por el cuello, y debajo de las prendas impermeables la ropa desprendía vaho, por no decir lo que hacía con paredes, techos y tejados, céspedes y árboles, calles y patios, cuando caía sin cesar sobre la ciudad. Todo estaba mojado, todo estaba cubierto por una capa de humedad, y si andabas por el borde del muelle tenías la sensación de que lo que se encontraba por encima del agua guardaba una estrecha relación con lo de abajo, que las fronteras entre esos dos mundos de esta ciudad eran deslizantes, por no decir flotantes.

Se te metía incluso en la cabeza. Me quedé en casa todo ese domingo, y no obstante la lluvia marcaba mis sentimientos, que estaban como envueltos en algo gris, regular y confuso, reforzado por el ambiente dominguero, el que las calles estuvieran casi vacías y que todo estuviera cerrado, lo que a su vez se correspondía con los otros incontables domingos que había vivido.

Apatía.

Después de un desayuno tardío, salí a llamar a Yngve. Por suerte, estaba en su casa. Le conté mi cita con Ingvild, que no fui capaz de decir nada, ni de

ser yo mismo, él dijo que seguramente a ella le habría pasado lo mismo, ésa era su experiencia, las chicas estaban igual de nerviosas y autocríticas. Llámala y dile que te gustó verla ayer, me dijo, sugiérele que quedéis otra vez. Tal vez no para pasar una tarde entera, sólo para tomar un café. Así yo averiguaría cómo estaba la situación. Le dije que ya habíamos quedado en volver a vernos. Yngve preguntó quién lo había sugerido. Ingvild, contesté. Pero entonces está todo aclarado, dijo él. ¡No hay duda de que le gustas!

Me alegré de oírlo tan seguro. Su seguridad me contagió.

Justo antes de colgar me dijo que iba a dar una fiesta en su casa el sábado, que estaba invitado y que podía llevar a alguien. Cuando crucé la calle corriendo bajo la lluvia me pregunté quién podría ser, a quién podría llevar.

¡Pues claro, a Ingvild!

Ya en casa me acordé de Anne, que había sido mi técnica cuando trabajaba en la radio local de Kristiansand, ella también estaba en Bergen y seguro que querría venir. Y Jon Olav y sus amigos. ¿Y Morten tal vez?

Durante las horas siguientes bajé tres veces al sótano con el libro metido en la cinturilla. El resto del día lo pasé escribiendo, y cuando llegó la noche, me senté en el sofá con el poemario y el libro de análisis poético que había comprado, con el fin de prepararme para el curso de poesía que empezaría al día siguiente.

El primer poema era corto.

HOY EN DÍA

Digas lo que digas, deja  
que acompañen las raíces, deja que  
cuelguen sueltas

Y toda la mierda

sólo para dejar muy claro  
de dónde vinieron

¿Dejar muy claro de dónde vinieron *quiénes*?

Lo leí una vez más, y entendí que se trataba de las raíces de las palabras. Es decir, de mostrar éstas y la mierda que había en ellas, para dejar claro a los



que escuchaban de dónde venían las palabras. Hablar sucio, en otras palabras, o al menos no tener miedo de hacerlo.

¿Y eso era todo?

No, seguramente no. Las palabras serían una imagen de *otra* cosa. Quizá de nosotros. Es decir, que *nosotros* no debemos ocultar de dónde venimos. Que *nosotros* no debemos olvidar qué hemos sido. Aunque no necesariamente haya sido algo muy bueno. El poema no había resultado difícil, sólo hacía falta leerlo con atención y reflexionar sobre cada palabra. Pero eso no me sirvió con todos los poemas, algunos no fui capaz de descifrarlos, los leyerá las veces que los leyerá y pensara lo que pensara en lo que ponía en ellos. Un poema me irritó sobre todo.

Él que lleva la casa sobre  
la cabeza es cielo él  
que lleva la casa  
sobre la cabeza es cielo él que lleva  
la casa sobre la cabeza

Era surrealismo puro. ¿Era él el que llevaba la casa sobre la cabeza? Y, por cierto, ¿qué significaba eso? ¿Que él era un cielo, o era la casa la que era su cielo? Vale, digamos que la casa fuera una imagen de la cabeza, que los pensamientos fueran distintas habitaciones de la casa, y que eso, el que fuera así para nosotros, era el cielo. ¿Y qué? ¿Qué quería decir con ello? ¿Y por qué repetir *exactamente* lo mismo dos veces y media? Esnobismo puro, el autor no tenía nada que decir, y simplemente juntó algunas palabras y que sea lo que Dios quiera.

Durante los dos días siguientes fuimos bombardeados con poemas y nombres de poetas, escuelas y tendencias. Charles Baudelaire y Arthur Rimbaud, Guillaume Apollinaire y Paul Éluard, Rainer Maria Rilke y Georg Trakl, Gottfried Benn y Paul Celan, Ingeborg Bachmann y Nelly Sachs, Gunnar Ekelöf y Tor Ulven, poemas sobre cañones y cadáveres, ángeles y prostitutas, porteras y tortugas, cocheros y tierra, noches y días, todo como mezclado, tirado en distintos montones, así me lo imaginaba mientras leía y tomaba notas, porque como no había oído hablar de ninguno de esos nombres, excepto de Charles Baudelaire y Tor Ulven, me resultaba imposible

crearme una cronología en la mente, todos se convirtieron en una parte de lo mismo, poemas modernos de la Europa moderna, que ya no eran tan modernos, al fin y al cabo hacía cierto tiempo que fue arrasada por la Primera Guerra Mundial, y eso comenté en una de las pausas, el que fuera una paradoja que esos poemas que eran modernistas fueran a la vez tan anticuados, al menos en lo referente a sus temas. Jon Fosse dijo que ése era un punto interesante, pero que sobre todo eran modernistas en la forma, y por el pensamiento tan radical que expresaban. Seguía siendo radical, dijo. Paul Celan, por ejemplo, nadie ha ido más lejos que él. Y lo que yo comprendí entonces fue que todo lo que yo no entendía, todo lo que no captaba, todo lo que en esos poemas me resultaba completamente cerrado e introvertido, *eso* era justamente lo radical, lo que los hacía modernos, también para nosotros.

Jon Fosse leyó un poema de Paul Celan, se llamaba «Fuga de la muerte», era oscuro, hipnótico y escalofriante, volví a leerlo en casa aquella noche, y oí por dentro esa manera salmodiante en la que lo había recitado Fosse, y lo encontré igual de hipnótico y escalofriante, allí sentado, rodeado de mis objetos conocidos, los cuales –sólo porque esas palabras me pasaban por la cabeza– perdieron lo familiar, fueron también entretejidos en el poema, y en esa oscuridad que soplaba por él, porque la silla sólo era silla, muerta; la mesa sólo era mesa, muerta; y la calle, fuera, estaba vacía y silenciosa y muerta en la oscuridad, que no sólo venía del cielo, sino también del poema.

Pero aunque el poema agitaba algo dentro de mí, no entendía cómo o por qué.

Leche negra de la mañana la bebemos al atardecer  
la bebemos a mediodía y por la mañana y la bebemos por la noche  
bebemos sin parar  
cavamos una fosa en el aire allí no hay estrechez

Una cosa era esa oscuridad sin fondo que se encontraba en el poema y otra lo que decía. ¿Qué pensamientos había detrás? Si yo alguna vez escribiera así, tendría que saber de dónde venía, conocer el punto de partida, la filosofía que expresaba. No sólo podría escribir algo parecido. Tendría que captarlo.

¿Qué querría yo escribir si tuviera que escribir un poema justo en ese momento?

Tendría que ser sobre lo más importante.

¿Qué era lo más importante?

Ingvild.

Es decir, sobre el amor. O el enamoramiento. Esa levedad que me recorría cada vez que pensaba en ella, las sacudidas de felicidad que me llegaban cuando pensaba que ella existía, que estaba allí ahora, en la misma ciudad, y que volveríamos a vernos.

Eso era lo más importante.

¿Cómo sería un poema sobre eso?

Enseguida, tras dos líneas, se volvería tradicional. No había ninguna manera de poder reventarlo, por así decirlo, de derramarlo sobre las páginas, como hacían los modernistas. También las imágenes que me llegaban cuando pensaba en ello eran tradicionales. Un arroyo en la montaña, un lago helado de montaña, las altas montañas con glaciares blancos bajando por las laderas. Ésa era la única imagen de felicidad que se me ocurría. ¿Tal vez su rostro? ¿Podría hacer algo así como un zoom de sus ojos, del iris, de la pupila?

¿Por qué?

¿La manera en que sonreía?

Sí, sí, muy bien, pero entonces ya me encontraría infinitamente lejos del punto de partida, esa desazón oscura e hipnótica, casi embrujadora, de Paul Celan.

Me levanté de la cama y encendí la luz, me senté junto al escritorio y empecé a escribir. Media hora después había terminado el poema.

Ojo, te llamo, ven  
rostro, mi amada, duelo  
Y la vida que toca  
una melodía negra  
Ojo, te llamo, ven

Era el primer poema de verdad que había escrito, y cuando apagué la luz y volví a acomodarme en la cama, fue con un sentimiento más afectuoso hacia la Academia de Escritura del que tenía al principio, había hecho grandes progresos.

Al día siguiente, nos pusieron la primera tarea de escritura. Fue Jon Fosse el que nos la encargó, escribid un poema basándoos en una imagen, dijo, y

después del almuerzo me fui camino de los museos, junto al lago Lille Lungegård, en busca de un cuadro sobre el que poder escribir. El sol había asomado por la mañana y había algo atrayente en todos los colores de la ciudad, todo estaba mojado y brillaba con una profundidad rara, vertiginosa bajo las laderas verdes y el cielo azul.

Una vez en el museo saqué mi cuaderno de notas y un bolígrafo de la mochila, la metí en una taquilla, pagué y entré en las salas silenciosas y casi sin gente. El primer cuadro que captó mi atención fue un sencillo paisaje de un pueblo junto a un fiordo, todo era nítido y concreto, un escenario que puedes encontrar en cualquier lugar de la costa, y a la vez había en él algo onírico, no embrujado como en Theodor Kittelsen, éste era otro sueño diferente, más difícil de captar, más atrayente.

Si hubiera visto ese paisaje en la realidad, nunca se me habría ocurrido quedarme en él. Pero al verlo allí, colgado en aquella sala blanca, sentí que era allí donde quería irme, que era aquello lo que añoraba.

Se me humedecieron los ojos. Me gustaba el cuadro, pintado por un tal Lars Hertervig, era muy intenso, y en cierto modo daba la vuelta a la situación, yo no era sólo un alumno de la Academia de Escritura al que habían encargado escribir un poema sobre un cuadro, sin tener ni idea de arte, alguien que disimulaba, sino alguien que lo sentía con tanta intensidad que los ojos se me llenaron de lágrimas.

Así, feliz, seguí adentrándome en el museo. Sabía que tenían una gran colección de cuadros de Astrup, ésa era una de las razones por las que había acudido. Astrup era de Jølster, el pueblo de mi abuela materna, donde su padre había sido párroco. Durante toda mi infancia tuvimos un cuadro de Astrup en la pared sobre la escalera, mostraba un prado que se extendía hacia el patio de una granja al pie de unas imponentes pero no por ello hostiles montañas, era una noche de verano, la luz volaba suavemente sobre un prado repleto de ranúnculos. Había visto ese cuadro tantas veces que formaba parte de mí. Al otro lado de la pared en la que colgaba estaba la calle y la urbanización, un mundo totalmente diferente, más punzante y más concreto, con tapas de alcantarillado y manillares de bicicleta, buzones y caravanas, carros caseros con ruedas de coches de niños y niños con botitas, pero el mundo nocturno del cuadro no era un sueño, un cuento, también existía en la realidad, donde estaba la granja de la familia de mi abuela, en la que muchos de sus hermanos seguían viviendo, y que nosotros de vez en cuando

visitábamos en verano. Mi madre contaba que la abuela se acordaba de Astrup, era un tipo del que se hablaba en el pueblo, y en casa de los abuelos colgaba otro cuadro pintado por él, y que yo también había visto durante toda mi vida. Mostraba un bosque de abedules, lleno de troncos negros y blancos, y algunos niños que se movían entre los árboles recogiendo algo del suelo, el cuadro era siniestro y casi sin cielo, pero colgaba entre lo cotidiano, encima del aparador, incluido así en lo seguro y conocido.

Casi todos los cuadros de Astrup tenían motivos de Jølster, mostraban lugares que yo conocía en la realidad, eran reconocibles, a la vez que no lo eran. Esa dualidad, el espacio que al mismo tiempo era conocido y desconocido, no era nada en lo que yo pensara o reflexionara, pero sí algo que me resultaba familiar, más o menos de la misma manera que nunca reflexionaba sobre el espacio en el que entraba cuando leía, pero con el que de todos modos estaba familiarizado, cómo en un momento dejaba la realidad que me rodeaba para entrar en otra que casi siempre añoraba cuando no estaba allí.

Los cuadros de Astrup formaban parte de mí, y cuando Jon Fosse nos pidió que escribiéramos un poema sobre un cuadro, Astrup fue el primero que me vino a la mente. Quería dar una vuelta por el museo con los sentidos abiertos, y si aparecía algo que me inspiraba, escribiría sobre ello, de lo contrario, escribiría sobre un cuadro de Astrup que ya estaba en mi cabeza.

Estuve dando vueltas por el museo una media hora, tomé notas delante del cuadro de Lars Hertervig y de los de Astrup, describiendo los detalles para recodarlos más adelante, cuando llegara a casa y me pusiera a escribir el poema. Luego rodeé el lago y me adentré en Marken, una parte de la ciudad que apenas conocía. Estaba a rebosar de gente, que el sol había sacado de sus casas. Tomé un café y escribí unas líneas en el Café Galleri, seguí hacia Torgalmenningen, y allí, al ver la iglesia presidiendo el paisaje, se me ocurrió que podía subir y ver si Ingvild estaba en la biblioteca. Sólo pensar en ello me hizo temblar. Pero me dije a mí mismo que no había motivo para tener miedo, ella no era más que una persona como las demás, y para más inri de mi misma edad, y yo no era el único que no sabía cómo actuar ni hablar de un modo natural, a ella seguramente le ocurría lo mismo, y justamente eso, el que ella tuviera tanto miedo de no dar la talla y lo deseara con tanta fuerza como yo, era un pensamiento tan agradable y prometedor que subí las escaleras de Høyden de cuatro en cuatro.

Además, pensé cuando llegué arriba y eché a andar en la dirección que ella había indicado, tenía un motivo concreto, iba a invitarla a la fiesta de Yngve. Si todo salía bien, podía reservar ese motivo para llamarla después, pero si no salía bien, podría usarlo como carta de triunfo.

Después del sol tan fuerte en el exterior, la entrada al edificio de los estudiantes de psicología estaba tan oscura que al principio no conseguí leer las letras del tablero que colgaba allí. Y cuando se materializaron, estaba tan distraído por los nervios que durante unos segundos no conseguí fijarme en ellas. Con la garganta seca y la cabeza caliente, logré por fin averiguar dónde estaba la biblioteca, y cuando entré, obviamente incómodo comparado con los estudiantes con los que me cruzaba, y me quedé mirando las filas de mesas, en la otra punta de la sala alguien se levantó y saludó con la mano, era ella, recogió sus cosas a toda prisa, se puso una chaqueta vaquera y se acercó a mí con una sonrisa en la boca.

—¡Qué bien que hayas venido! —dijo—. ¿Vamos a tomar un café?

Asentí con la cabeza.

—Llévame tú. No conozco nada de este sitio.

Ese día había un montón de estudiantes sentados fuera, en los bancos, en los bordillos de las aceras y en las escaleras, pero en la cafetería del colegio de Sydneshaugen, donde nos sentamos con sendos cafés, había poca gente en las mesas. El ambiente entre nosotros era mucho más distendido esta vez, empezamos hablando un poco sobre sus estudios y sobre la gente con la que compartía cocina en el colegio mayor de Fantoft, yo le hablé de Morten y de Yngve, lo genial que fue hacerle una visita allí cuando yo todavía estaba en el instituto, ella empezó a hablar un poco de su infancia, dijo que fue un típico «chicazo», que jugaba al fútbol y que robaba fruta en los jardines en otoño, yo dije que de eso no le quedaría ya gran cosa, ella se rió y dijo que no pensaba jugar al fútbol en Bergen, pero que sí iría al campo la próxima vez que jugara el equipo de Sogndal, y que pensaba presenciar algunos de los partidos en casa en Fosshaugane. Yo le hablé del Start y le conté que Yngve y yo estábamos en el campo cuando ganó al Rosenborg por 4-3 en el segundo tiempo en 1980, convirtiéndose en campeones de liga, que saltamos al campo y luego vitoreamos a los jugadores debajo del edificio de los vestuarios, que nos tiraron las camisetas y que yo, increíble pero cierto, logré coger la camiseta de Svein Mathisen, el más cotizado de todos, el número nueve, pero que un hombre mayor me la arrancó de las manos y se la llevó. Le dije que

era fantástico estar allí sentado hablando de fútbol con una chica como ella, ella dijo que a lo mejor tenía más sorpresas guardadas. Luego volvió a tocar el tema de su hermana y también habló de todos sus complejos de inferioridad, daba la impresión de saber hacer de todo, pero lo que decía era constantemente contradicho por su risa y por su mirada, que no sólo quitaba hierro a las descripciones de miserias, sino que también las convertía en lo contrario. Por alguna razón le hablé de un episodio de mi infancia, cuando conseguí unas gafas de slalom, tendría unos ocho o nueve años, las gafas eran increíblemente fantásticas, pero tenían un defecto, carecían de cristales. A pesar de eso me las puse la siguiente vez que fuimos a practicar miniesquí en las cuevas de debajo de nuestra casa. Nevaba, la nieve me daba directamente en los ojos, impidiéndome casi por completo ver, pero me lancé a pesar de todo, y todo iba bien hasta que llegaron unos chicos mayores. Mis gafas les resultaron tan increíblemente fantásticas como a mí, y lo dijeron, yo estaba a punto de reventar de orgullo, y luego me preguntaron, claro está, si se las prestaba, yo dije que no, que ni hablar, pero al final me dejé convencer y uno de ellos se colocó las gafas y se disponía a empezar la bajada cuando se volvió hacia mí y dijo: ¡pero si no tienen cristales! No se burló de mí ni nada, simplemente se quedó muy extrañado, ¿cómo puedes esquiar con gafas de slalom sin cristales?

Estuvimos hablando una media hora y luego la acompañé de vuelta a la biblioteca. Nos quedamos fuera charlando y en ese momento llegaba Morten subiendo la cuesta, era imposible no reconocerlo, incluso de muy lejos, no había muchos que llevaran chaqueta de piel roja, y de éstos, sólo Morten era capaz de andar de la manera en que lo hacía, tieso como un muñeco, y sin embargo enérgico y lleno de fuerza. Pero entonces no iba con la cabeza alta, como solía ir, al contrario, le caía hacia delante, y cuando se nos acercó y yo levanté la mano a modo de saludo, vi que su cara brillaba de desesperación.

Se paró, yo los presenté, él dedicó a Ingvild una breve sonrisa y luego clavó sus ojos en mí. Había lágrimas en ellos.

—Estoy desesperado —dijo—. Estoy jodidamente desesperado.

Miró a Ingvild.

—Perdone mi lenguaje tan grosero, bella señorita.

Se volvió de nuevo hacia mí.

—No sé adónde ir. No lo soporto. Tengo que buscar un psicólogo. *Tengo* que hablar con alguien. Llamé, ¿y sabes lo que me dijeron? Que sólo atendían

casos de urgencia, yo les dije que lo mío era una urgencia, que no aguantaba más, y ellos me preguntaron si tenía pensamientos suicidas. ¡Claro que tengo pensamientos suicidas! Tengo mal de amor y todo se va al carajo. Pero al parecer no era *suficiente*.

Se me quedó mirando. Yo no sabía qué decir.

–Tú estudias psicología, ¿verdad, Ingvild?

Ella me echó una rápida mirada antes de responder.

–Empecé hace una semana.

–¿Sabes adónde puede uno dirigirse en una situación como ésta?

Ella negó con la cabeza.

Morten volvió a mirarme.

–Puede que suba a verte esta noche. ¿No te importa?

–Claro que no, sube cuando quieras –contesté.

Hizo un gesto afirmativo.

–Nos vemos –dijo y echó a andar a grandes pasos.

–¿Es un amigo íntimo tuyo? –me preguntó Ingvild cuando él ya no podía oírnos.

–No exactamente –dije–. Es el vecino del que te hablé antes. Sólo lo he visto tres o cuatro veces. Lleva el corazón por fuera de la camisa. Nunca había visto nada igual.

–Pues sí, es un caso extraño –dijo–. Me voy ya para dentro. Llámame, ¿vale?

Vaya sorpresa. Por un instante, no más de uno o dos segundos, me quedé sin aliento.

–Sí, lo haré –respondí.

Cuando unos minutos después me paré en la parte de arriba de la cuesta y vi la ciudad reposar a mis pies, mi sensación de felicidad era tan desenfrenada que no sabía si podría soportar irme a casa, soportar sentarme a escribir, soportar comer, soportar dormir. Pero el mundo está hecho de tal manera que viene a tu encuentro justo en momentos como ése, la felicidad interior busca una correspondencia exterior, y la encuentra, siempre la encuentra, incluso en la zona más deprimente del mundo, porque lo más relativo de todo es la belleza. Si el mundo hubiera sido otro, sin montañas ni mares, llanuras ni lagos, si hubiera estado formado por algo completamente distinto, para nosotros impensable ya que no conocemos nada más que esto, también lo habríamos encontrado hermoso. Habríamos alabado un mundo con *gljo* y



*raie*, *aevanbilit* y *kontinlama*, por ejemplo, o *ibiteitra*, *prolufn* y *lopsit*, o lo que pudiera ser eso, porque así somos, alabamos al mundo y lo amamos aunque no haga falta, pues el mundo es el mundo, lo único que tenemos.

De tal modo que cuando aquel miércoles a finales de agosto bajaba las escaleras hacia el centro había en mi corazón espacio para todo lo que veía. Una losa reluciente por el uso en una escalera: fantástica. Un tejado a dos aguas al lado de un austero edificio rectangular de hormigón: hermosísimo. Un papel de perrito caliente tirado sobre una rejilla, levantado un par de metros por el viento hasta posarse de nuevo, esta vez en la acera, con manchas blancas de chicles pisados: increíble. Un viejo enjuto cojeando por la calle vestido con un traje raído y con una bolsa rebotante de botellas: vaya espectáculo.

El mundo daba y yo recibía. Durante todo el paseo por el centro y al subir las cuestas del otro lado, hasta el interior de mi casa, donde me senté inmediatamente a escribir mi poema.

Al comienzo de la primera clase del día siguiente entregamos nuestros trabajos. Los fotocopiaron mientras tomábamos café y charlábamos, podíamos oír el ronroneo de la fotocopidora, y, como la puerta estaba abierta, ver los breves flogonazos en el cuarto de dentro cada vez que la máquina iluminaba la hoja. El montón estaba listo, Fosse repartió los poemas, los minutos siguientes todo el mundo estaba callado, leyendo. Entonces sacó el brazo y miró el reloj, el análisis estaba a punto de empezar.

Había ya una rutina establecida: el estudiante leía, los demás comentaban uno por uno, y después de la ronda, el profesor comentaba el texto. El último punto era el más importante, sobre todo cuando el profesor era Fosse, porque aunque fuera nervioso y pareciera un poco asustadizo, había en lo que decía un peso y una fuerza de convicción que nos hacía a todos escucharle cuando tenía la palabra.

Se detenía mucho rato en cada poema, repasándolos línea por línea, a veces palabra por palabra, elogiaba lo bueno y rechazaba lo que no lo era, se movía en círculo alrededor de lo que prometía y podría desarrollarse en otras direcciones, siempre concentrado, con la mirada clavada en el texto, casi nunca en el aula en la que nosotros tomábamos notas de lo que decía.

Mi poema, que era el último que analizamos, trataba de la naturaleza. Había intentado describir lo abierto y lo hermoso del paisaje, y el poema

acababa con la hierba susurrando *ven*, como si hablara al lector, expresando el sentimiento que yo tuve al ver el cuadro. Como el cuadro era de un paisaje, no había nada moderno en el poema, dediqué un buen rato a probar distintas soluciones para acercarlo más a lo contemporáneo, y de repente se me ocurrió algo, un cielo *widescreen*, lo usé, aportaba algo parecido a la impresión que yo había creado en la prosa, que la realidad de esos chicos estaba marcada por lo que habían leído y sobre todo visto en la televisión. Allí estaba indirectamente presente el mismo efecto. Representaba una ruptura con lo lírico y lo poético de la naturaleza, pensé, y al leer el poema en voz alta me pareció que esta vez funcionaba.

Fosse, vestido con una camisa blanca remangada y vaqueros azules, con una barba rala en la barbilla, y círculos oscuros debajo de los ojos, no se puso a analizar el poema después de que yo lo hubiera recitado, como había hecho con alguno de los otros, sino que fue directo al grano.

Dijo que le gustaba Astrup, y que yo no era el primero en escribir sobre un cuadro de ese pintor, también lo había hecho Olav H. Hauge. Y pasó a hablar del poema en sí. La primera línea, dijo, es un tópico, la puedes quitar. También lo es la segunda línea. Y la tercera y la cuarta. El único valor que tiene este poema, dijo después de haber rechazado cada línea, es la expresión un cielo *widescreen*. Nunca la había visto. Consérvala y quita el resto.

–Pero entonces no queda nada del poema –objeté.

–Así es. Pero tanto la descripción de la naturaleza como su ensoñación son tópicos. No hay nada de la mística de Astrup en tu poema, lo has banalizado por completo. Pero, como ya he dicho, lo del cielo *widescreen* no está mal.

Levantó la vista.

–Bueno, ya hemos acabado. ¿Alguien se viene a tomar una cerveza a Henrik?

Nos animamos todos y fuimos en tropel bajo la llovizna hasta el café del otro lado de la calle donde estaba el Café Opera. Yo tenía todo el rato las lágrimas a punto de brotar y no decía nada, pero sabía que eso sólo era posible mientras íbamos andando, entonces podía permanecer callado, pero en cuanto nos sentáramos, tendría que decir algo y parecer contento, o al menos mostrar interés, para que ellos no vieran lo mucho que me habían herido las palabras de Fosse.

Por otra parte, pensé, al dejarme caer sobre el sofá con una cerveza en la

mesa delante de mí, tampoco debo mostrarme demasiado animado, entonces se notaría que estaba luchando duramente para hacer como si nada.

Petra se sentó a mi lado.

–Bonito poema el tuyo –dijo con una risa sofocada.

No contesté.

–Ya te lo dije, te tomas muy en serio a ti mismo. No es más que un *poema*.  
Venga ya.

–Para ti es fácil decirlo.

Me miró con sus irónicos ojos y esbozó su irónica sonrisa.

Jon Fosse me miró.

–Es difícil escribir buenos poemas –dijo–. No muchos saben hacerlo. Tú tenías una buena expresión, y eso está bien, ¿entiendes?

–Sí, sí, lo entiendo –contesté.

Pareció que quería decir algo más, pero optó por reclinarse en la silla y mirar hacia otra parte. El que intentara consolarme fue aún más denigrante que el comentario en sí. Significaba que me consideraba un tipo necesitado de consuelo. Con los demás hablaba de literatura, a mí me consolaba.

No podía ser el primero en marcharme de allí, pensarían que lo hacía porque estaba triste y no lo soportaba. Tampoco estaría bien que fuera el segundo o el tercero. Seguirían pensando lo mismo. Pero si era el cuarto no lo pensaría nadie, al menos no de un modo razonable.

Por suerte no se había planeado una juerga larga, habíamos ido a tomar una cerveza después de los quehaceres del día, y al cabo de una hora pude levantarme y marcharme, guardando las apariencias. La intensidad de la lluvia había aumentado, y caía a rachas sobre las calles, que por el centro estaban casi vacías tras el cierre de las tiendas. Me importaba una mierda la lluvia, me importaba una mierda la gente, me importaban una mierda todas esas casas inclinadas de madera colocadas en terrazas sobre la empinada ladera, me di toda la prisa que pude. Lo único que me importaba era llegar a casa, cerrar la puerta y estar solo.

Ya en casa me quité los zapatos, colgué el impermeable goteando en el armario y dejé la bolsa con los textos y el cuaderno de notas en el estante de arriba, porque con solo mirarla volvía a sentir vergüenza.

Lo desastroso era que nos habían puesto una nueva tarea. Esa noche había que escribir otro poema para leerlo y analizarlo al día siguiente. ¿También debería mandarlo a la mierda?





tentadora. Lo que sentía era la fuerza de lo prohibido, lo vertiginoso y desorbitado, eso era algo que yo realmente podía hacer.

Sobre las ocho llamaron a la puerta, pensé que sería Morten, pero era Jon Olav, llevaba la chaqueta abierta y zapatillas de deporte con esa lluvia, como si simplemente hubiese cruzado el patio, y en cierto modo así era, pues su casa no estaba lejos de la mía.

—¿Estás trabajando? —preguntó.

—No, ya he acabado. ¡Pasa!

Tomó asiento en el sofá, yo preparé dos tazas de café y me senté en la cama.

—¿Qué tal te va en la Academia? —preguntó.

—Supongo que bastante bien —contesté—. Pero es duro, nadie oculta su opinión cuando analizamos los textos.

—Vaya —dijo.

—Ahora estamos escribiendo poesía.

—¿Tú sabes escribir poesía?

—No lo había hecho hasta ahora. Pero el objetivo en sí de la enseñanza de esta escuela es probar cosas nuevas.

—Entiendo —dijo—. Yo aún no he conseguido ponerme las pilas. Y hay tanto que leer que siempre tengo la sensación de ir atrasado. No es como en humanidades, donde puedes salir a flote con cosas que sabes de antes o usar el sentido común... Bueno, claro —prosiguió riéndose—, siempre hay que usar el sentido común, pero hay tantas cosas que uno tiene que *saber*... Es otro nivel de precisión. Así que lo único que sirve es estudiar. Los estudiantes tienen mucho aguante, llegan muy temprano a la biblioteca y vuelven a su casa tardísimo.

—¿Y tú no?

—Yo también —dijo con una sonrisa—. Lo que pasa es que aún no he empezado.

—Creo que la Academia de Escritura también es durísima, aunque de una manera muy distinta. Nosotros no necesitamos *saber* algo como vosotros. No puedes estudiar para ser escritor.

—Eso está claro —dijo él.

—O lo tienes dentro, o no lo tienes, es lo que yo creo. Pero claro, también es importante leer. Sólo que no es eso lo que puntúa.

—Entiendo —dijo dando un sorbo de café, mientras miraba hacia el

escritorio y mi estantería casi vacía de libros.

—He pensado mucho en escribir sobre lo feo e intentar encontrar lo bello en eso, no sé si me entiendes, no es que lo bello sea bello y lo feo feo, es mucho más relativo que eso. ¿Has oído a Propaganda?

Lo miré. Él negó con la cabeza. Puse el disco.

—Hasta ahí todo está bien, todo es oscuro y bello, y entonces irrumpe de repente algo atonal y feo que destruye lo bello, pero a pesar de eso es bueno, ¿entiendes?

Asintió con la cabeza.

—Escucha. Ahora empieza lo feo.

Nos quedamos los dos callados un rato escuchando. La parte especial acabó y me acerqué a bajar el volumen.

—Lo que has dicho de lo feo sonaba muy bien. Pero no era exactamente así como me lo había imaginado —dijo—. No era precisamente muy *feo*.

—Tal vez no —dije—. Pero también es algo diferente cuando escribes.

—Ya.

—Esta tarde he escrito un poema. Mañana lo leeré en voz alta en la Academia. O, mejor dicho, estoy dudándolo. Es bastante radical. ¿Quieres verlo?

Dijo que sí.

Me acerqué al escritorio, cogí la hoja del poema y se la di.

Él no sospechaba nada, dirigió la mirada a la hoja, vi cómo sus mejillas se iban sonrojando lentamente, de repente se volvió y se echó a reír, ruidosa y cordialmente.

—No irás a leer esto, ¿no?

—Sí —contesté—. Ésa es mi intención.

—No se te ocurra, Karl Ove. Vas a hacer el ridículo.

—Pero si es una provocación —dije.

Se rió de nuevo.

—Sí que lo es —dijo—. Pero no lo recites. Has dicho que estás dudándolo. No lo hagas.

—Me lo pensaré —dije, cogí la hoja que me alcanzó y la dejé encima del escritorio—. ¿Quieres otro café?

—Tengo que irme ya.

—Por cierto, Yngve da una fiesta el sábado. ¿Quieres venir? Me dijo que te lo preguntara.

–Sí, me gustaría.

–Pensaba organizar una pequeña fiesta previa aquí. Luego podemos coger un taxi juntos.

–¡Bien!

–Seguro que puedes llevar a algunos de tus amigos, si quieres –dije.

Se levantó.

–¿A qué hora quieres que venga?

–No lo sé. ¿A las siete?

–Nos vemos entonces –dijo, metió los pies en los zapatos, se puso la chaqueta y salió.

Lo acompañé hasta la escalera. Se volvió hacia mí.

–¡No lo leas! –dijo. Y desapareció por la esquina en la oscuridad y la lluvia.



Justo después de acostarme, sobre las dos de la madrugada, oí que alguien se paraba delante de la puerta de la calle y la abría con la llave. Luego cerró de un portazo. Por los pasos que recorrieron el pasillo y bajaron por la escalera, me imaginé que sería Morten. Al instante se oyó música abajo, a un volumen que jamás había oído allí antes, duró tal vez cinco minutos, luego todo quedó en silencio igual de repente.

Cuando me desperté al día siguiente, aún no había decidido qué hacer, de modo que me llevé el poema para tomar una decisión en el último momento. No resultó difícil. En el instante en que entré en el aula y vi a los demás sentados en sus sillas, relajados, con una taza de café o té delante, y la bolsa o mochila colocada junto a la pata de la mesa, o apoyada en la pared detrás de ellos junto con los paraguas mojados, que a veces también estaban abiertos dentro del cuarto de la fotocopidora o en el suelo entre la mesa y la minicocina, para que se secaran antes del siguiente uso, y percibí el distendido ambiente que se respiraba, comprendí que no podía leer el poema. Era un poema lleno de odio, pertenecía a mi casa, donde estaba completamente solo, y no a allí, donde estaba con otros. Podía por supuesto romper la separación entre esos dos espacios, pero había algo muy fuerte que los mantenía separados, que decía que no debían mezclarse.

Resultó humillante tener que decir que no había escrito ningún poema por el análisis de Fosse el día anterior, lo que equivalía a reconocer que no tenía aguante, que era vulnerable e infantil, falta de carácter y débil.

Con el fin de enmendar esa impresión, intenté mostrarme atento, interesado y entregado durante el análisis de los poemas de los demás. Y me salió bastante bien, tenía ya cierta idea de cómo había que comentarlos, sabía lo que había que buscar, lo que se consideraba bueno, y lo que no, y conseguí exponerlo de un modo claro y comprensible, algo de lo que no todo el mundo era capaz. Para ser personas que dominaban la palabra había sorprendentemente mucho titubeo y vacilación, miradas evasivas y argumentos que se retiraban en el mismo instante en que eran expuestos en torno a la mesa, algunos insoportablemente pusilánimes e inmóviles, y cuando pedía la palabra, lo hacía nada más para poner orden y claridad en la discusión.

Camino de casa pasé por Mekka, donde hice una compra de más de setecientas coronas, salí de allí con seis bolsas, y la idea de cargarlas durante todo el largo camino hasta casa me resultaba tan degradante que opté por

hacer una seña a un taxi, que se acercó al borde de la acera y se paró. Metí las bolsas en el maletero y me acomodé en el asiento de atrás, para ser transportado a través de las calles mojadas como si fuera de la realeza, como elevado del trajín cotidiano que tenía lugar a mi alrededor, y aunque fuera caro y gastara con ello el dinero que había ahorrado haciendo la compra en Mekka, mereció la pena.

Cuando llegué a casa coloqué la compra, bajé un rato al sótano con el libro de fotografías, comí e intenté escribir, esta vez no un poema, había acabado ya con los poemas, yo era prosista, y me sentí muy aliviado al notar que las frases me salían con la misma facilidad que antes, que podía escribir sin más, porque de alguna manera temía que el análisis que hizo Fosse de aquel catastrófico poema menoscabara la confianza en mí mismo también respecto a la prosa, pero no fue así, todo fluía como antes, y escribí cuatro páginas antes de dejarlo y salir a llamar a Ingvild.

Esta vez no estaba tan nervioso, porque, en primer lugar, ella misma me había dicho que la llamara y, en segundo lugar, sólo la llamaba para invitarla a una fiesta, y si rechazaba la invitación, no sería lo mismo que rechazarme a mí.

Estaba bajo la pequeña cúpula de plástico transparente, con el auricular apretado contra el oído, esperando a que alguien cogiera el teléfono al otro lado. Las gotas de lluvia navegaban en largas filas sobre el plástico, para agruparse en ramilletes más grandes en la parte de abajo, que a intervalos regulares se desprendían y caían al asfalto con un pequeño plof. A la luz de la farola por encima de mi cabeza el aire estaba rayado de lluvia.

—¿Hola?

—Hola, quería hablar con Ingvild...

—Soy yo. Hola.

—Hola. ¿Qué tal?

—Creo que bien. Sí, me va bastante bien. Estoy estudiando sola en mi habitación.

—Me alegro.

—¿Y tú?

—Bien. Quería preguntarte si te apetece venir a una fiesta el sábado. Es decir, mañana. En casa de mi hermano.

—Suená bien.

—Primero haremos una pequeña fiesta previa aquí. Y luego cogeremos un

taxi. Él vive en Solheimsviken. ¿Podrías venir sobre las siete?

–Vale.

–Jon Olav viene seguro, así que por lo menos conocerás a alguien.

–Ese primo tuyo está en todas partes.

–Sí, eso parece...

Ella se rió un poco, luego se hizo el silencio.

–¿Entonces quedamos mañana a las siete en mi casa?

–¡Sí, iré con mi buen humor de siempre y mi actitud positiva ante la vida!

–Me alegro mucho –dije–. Nos vemos entonces. Adiós.

–Hasta mañana.

A la mañana siguiente fregué la casa, cambié las sábanas, lavé la ropa y la tendí en el tendedero del sótano, quería que todo estuviera perfecto por si ella venía conmigo a casa después de la fiesta. Algo tendría que ocurrir ya, eso estaba claro. El que yo estuviera pasivo y titubeante la primera vez era comprensible y no decisivo; la segunda cita había sido distinto, había tenido lugar a mediodía y se había fijado para que nos conociéramos más, pero ahora, la tercera vez que íbamos a vernos en Bergen tendría que darle a conocer mis intenciones, tomar la iniciativa, de lo contrario, ella se me escaparía. No podía pretender salir con ella limitándome a hablar, haría falta acción, un beso, un abrazo y luego, tal vez cuando avanzada la noche nos diéramos una vuelta por las calles cercanas a casa de Yngve, una pregunta, ¿quieres venir a mi casa?

Era un pensamiento aterrador, pero esa pregunta era necesaria. Tendría que hacerla irremediamente, si no, no habría nada entre nosotros. No es que pretendiera seguir ese plan de un modo muy rígido, tendría que improvisar por el camino, interpretar la situación, intentar ver lo que ella deseaba, en qué punto se encontraba, pero no podía dejar de actuar, esa parte me tocaba a mí, y entonces ella me rechazaría si no me quería, o si pensaba que era demasiado pronto.

Pero si accedía a venir a mi casa, *tendría* que hablarle de mi problema. No soportaría la humillación de intentar ocultar que me corría enseguida, como me había pasado tantas veces, tendría que decírselo sin más, convertirlo en algo poco importante, algo normal y superable. La única vez que me había acostado de verdad con alguien, en una tienda de campaña en el Festival de Roskilde aquel verano, cuanto más lo hacíamos, mejor iba la cosa, así que al

menos sabía que *era capaz*. Pero aquella chica no me importaba, no así, para mí no significaba nada más que lo que era en aquel momento, pero Ingvild sí significaba algo, con ella todo estaba en juego, yo sólo quería estar con ella y por eso *no* podía fallar.

También sabía que beber ayudaba, a la vez que no debía estar *demasiado* pedo, porque entonces ella quizá pensara que lo único que quería era eso. ¡Y no era así! ¡Nada más lejos de la verdad!

Jon Olav y sus dos amigos, Idar y Terje, fueron los primeros en llegar. Yo me había bebido ya tres medios litros de cerveza, y me comportaba con mucha desenvoltura en todo lo que decía y hacía. Puse en la mesa un cuenco de patatas fritas y un plato de cacahuetes y les hablé de la Academia de Escritura. Ellos habían leído a Ragnar Hovland, habían oído hablar de Jan Kjærstad, y claro está, de Kjartan Fløgstad, y creo que se quedaron impresionados cuando les dije que todos ellos vendrían a darnos clase.

–Supongo que hablarán algo de su obra –dije–. Pero lo más importante es que van a leer y a comentar nuestros textos. ¿Os gusta Jan Kjærstad?

En ese momento llamaron a la puerta, fui a abrir. Era Anne, vestida de negro, llevaba un pequeño sombrero negro en la cabeza, y un largo bucle de pelo en la frente. Me incliné hacia ella y le di un abrazo, ella me puso una mano en la espalda y la dejó allí un instante después de que me hubiera enderezado.

–Me alegro de verte –dijo con una risita.

–Lo mismo digo. ¡Pasa! –dije.

Dejó una pequeña mochila en el suelo justo al lado de la puerta y saludó a los demás mientras se quitaba la chaqueta. Ese rasgo suyo burbujeante me parecía incompatible con lo negro y gótico de sus intereses y su actitud ante la vida. A Anne le gustaban The Cult y The Cure, The Jesus and Mary Chain y las bandas del sello belga Crammed Discs, This Mortal Coil y Cocteau Twins, niebla, oscuridad y romanticismo de la muerte, pero con una sonrisa en los labios y pequeños saltos de entusiasmo donde estuviera. Era mayor que yo, pero cuando trabajábamos juntos, ella detrás del mando en la sala de control al otro lado de la ventana, y yo detrás del micrófono, pensé por algún tiempo que tal vez estuviera interesada en mí, aunque no podía estar seguro, esas cosas nunca pueden saberse con seguridad, de cualquier forma, no ocurrió nada, éramos amigos, los dos con mucho interés por la música, yo un

poco más orientado hacia la música pop que ella. Ahora estaba estudiando aquí en Bergen, sola, como yo, pero ya con varios amigos a juzgar por lo que me dijo, sentada en el sillón con los brazos sobre los reposabrazos, charlando con los demás, lo que no me extrañaba, era extrovertida y se convirtió enseguida en el centro de atención de ese pequeño círculo de estudiantes esa tarde en mi casa.

Bebí deprisa para llegar a ese nivel en el que ya no pensaba en lo que decía o hacía, sino simplemente *estaba*, libre y espontáneo, así que cuando cerca de las ocho sonó el timbre y fui a abrir, no estaba ni nervioso ni tenso, sólo feliz de verla, de ver a Ingvild, que apareció allí, delante de la puerta bajo la lluvia, sonriente y con una bolsa al hombro.

Le di un abrazo, ella me siguió hasta dentro, saludó a los demás, un poco tímida, tal vez también nerviosa, y sacó de la bolsa una botella de vino. Yo me apresuré a la cocina a por un sacacorchos y un vaso. Ella se sentó en el sofá entre Jon Olav e Idar, yo inserté el sacacorchos en el tapón, me coloqué la botella entre las piernas y tiré hasta que salió con un plop.

—Así que es aquí donde vives —dijo, llenando el vaso de vino blanco.

—Sí —contesté—. He estado fregando todo el día para que estuviera todo bonito cuando llegais.

—Ya me imagino —dijo.

Sus ojos se estrecharon como si se llenaran de risa.

—Salud —dije.

—Salud —dijeron los demás, y entrechocamos las copas.

—¿Qué estás escribiendo en realidad? —me preguntó Idar.

—Una novela —respondí—. Una novela contemporánea. Intento que sea entretenida y profunda a la vez. No es fácil. Me interesan las paradojas. Aquello que es feo y bonito, alto y bajo. En realidad, un poco como Fløgstad.

Miré de reojo a Ingvild, que me estaba mirando a mí. No podía mostrarles a los demás lo ridículamente enamorado que estaba, que en el fondo, lo único que me apetecía era estar mirándola, y tampoco podía mostrárselo a ella, de modo que procuraba prestarle la menor atención posible.

—Pero quiero llegar a la gente —añadí—. No quiero que lo que escribo lo lean sólo unos pocos. No tendría ningún sentido. Entonces lo mismo podría dedicarme a otra cosa. ¿Me entendéis?

—Sí —contestó Idar.

—¿Recitaste al final tu poema? —preguntó Jon Olav riéndose.

–No –contesté mirándolo. No me hizo ninguna gracia que se riera. Fue como si con eso contara algo de mí a los demás.

–¿Qué poema? –preguntó Anne.

–Uno que escribí para la Academia. Un ejercicio –respondí. Me levanté y me acerqué al tocadiscos para poner *The Joshua Tree*.

–Es un poema que no resulta nada difícil recitar de memoria –dijo Jon Olav, riéndose de nuevo.

Me volví hacia él.

–Si quieres ponerte chulo, a mí no me importa –dije.

Dejó de reírse, como yo había previsto, y primero puso cara de sorprendido.

–Cómo te pones –dijo.

–Lo que hago lo hago en serio –dije y me senté.

–¡Salud! –exclamó Jon Olav.

Brindamos, el breve momento de ambiente enrarecido se desvaneció, la conversación se reanudó. Ingvild no decía gran cosa, dejaba caer algún que otro comentario irónico, se animaba cuando se tocaba el tema de deportes, y eso me gustó mucho, a la vez que se me ocurrió pensar que no la conocía, ¿cómo podía entonces estar tan enamorado? Eso pensaba sentado en la banqueta, al otro lado de ella en la mesa, con una cerveza fría Hansa en la boca y un cigarrillo humeante en la mano, pero conocía con todo mi ser la respuesta, no se podía argumentar en contra de los sentimientos, ni tampoco debía hacerse, los sentimientos nunca se equivocaban. Yo la veía, ella estaba allí, y lo que ella irradiaba, lo que era Ingvild, vivía su vida allí, con independencia de lo que ella dijera o dejara de decir.

A veces, mi interior se iluminaba con la idea de que estaba en *mi* casa, rodeado de *mis* amigos, a sólo un metro de la que amaba más que a nada en el mundo.

Mejor no podía ser.

–¿Alguien quiere otra cerveza? –pregunté levantándome.

Idar, Terje y Anne dijeron que sí, fui a buscar cuatro cervezas a la nevera y se las di, vi que cabía en el sofá entre Jon Olav e Ingvild si me hacían un hueco, y me senté. Cuando abrí la botella, la cerveza rebosó, la aparté de mí, la llevé hacia la mesa para que cayera allí y dije: mierda, dejé la botella, fui a por un trapo a la cocina y limpié la mesa. En la pared entre las ventanas, justo

detrás del sofá, vi que había un clavo y por alguna extraña razón colgué el trapo en él.

—Un trapo mojado se ha interpuesto entre nosotros —le dije a Ingvild, y me dejé caer de nuevo en el sofá. Ella me miró algo extrañada, y yo solté una risa hueca desde el estómago, jo, jo, jo.

Pedí dos taxis desde la cabina telefónica que había al otro lado de la calle. Los demás esperaban junto a la escalera charlando y bebiendo. Al verlos allí, volví a pensar: han estado en *mi* casa, en una fiesta previa. Ya no llovía, pero seguía nublado. Una pálida oscuridad flotaba por las calles que a continuación recorrimos en los taxis, de repente todo se volvió más luminoso cuando llegamos al Pudderfjorden, donde nos esperaba el alto y abierto cielo, que luego se oscureció otra vez cuando subimos las cuestas que había junto a la bahía de Solheimsviken, entre las filas de viviendas obreras.

Eran ya las nueve y media. Llegamos muy, pero que muy tarde. Al preguntarle a qué hora teníamos que ir, Yngve me había dicho que a las ocho u ocho y media, pero por otra parte los perjudicados éramos nosotros, no ellos, los amigos y conocidos de Yngve, a ellos nuestra presencia no les importaba nada.

Yo pagué uno de los taxis, Jon Olav el otro, entré en el portal seguido de los demás y llamé a la puerta.

Yngve abrió. Llevaba una camisa blanca de rayas grises, pantalones negros y el pelo peinado hacia atrás, excepto un mechón que le colgaba a un lado de la frente.

—Llegamos un poco tarde —dije—. Espero que no importe.

—Qué va —dijo—. De todos modos esto va a ser un fracaso absoluto. No ha venido nadie.

Lo miré. ¿Qué estaba diciendo?

Saludó a los otros, por suerte, no hizo ningún comentario fuera de lo normal sobre Ingvild, no quería que ella supiera todo lo que le había hablado de ella. Nos quitamos los zapatos y las chaquetas en la entrada y pasamos al cuarto de estar. Estaba completamente vacío excepto por Ola, que estaba viendo la televisión.

No daba crédito a mis ojos.

—¿Estáis viendo la *tele*? —pregunté.

—Pues sí, no íbamos a empezar la fiesta sin gente.

—¿Y dónde están?

Yngve se encogió de hombros, esbozando una sonrisa.

—A lo mejor los invité con demasiada poca antelación. ¡Pero vosotros sí que sois muchos!

—Sí —asentí, y me senté en el sofá, debajo del póster de *Érase una vez en América*. Estaba conmocionado, no me lo esperaba, me imaginaba esos cuartos atiborrados de gente, chicos y chicas sofisticados, risas y zumbido de conversaciones, el aire atestado de humo de tabaco, ¿y qué me encontraba? Yngve y Ola viendo la película de los sábados en la televisión nacional noruega. ¡Justo el día que yo llevaba a Ingvild! Quería que viera a Yngve y su ambiente, a todos esos que llevaban ya varios años estudiando y que eran conocedores de la ciudad, conocedores de la universidad, conocedores del mundo, para aprovecharme de esa misma luz, él era mi hermano, me había invitado a su fiesta. ¿Pero con qué se encontraba ella? Con dos tipos enfrente de la televisión, ningún invitado, no habían ido, tenían cosas mejores que hacer la noche del sábado que acudir a una fiesta de Yngve.

¿Era un perdedor? ¿Yngve era un jodido perdedor?

Apagó la televisión, acercó con Ola los dos sillones a la mesa, fue a por cerveza, se sentó y se puso a charlar con todos, unas frases corteses de introducción con el fin de dar paso a Anne, Ingvild, Idar y Terje, preguntándoles qué estudiaban y dónde vivían, y el ambiente, que al principio era un poco titubeante, a pesar de que llevábamos más de dos horas bebiendo, empezó a distenderse. La conversación pasó de incluir a toda la mesa a disgregarse en unidades más pequeñas, yo hablé un poco con Anne, estaba imparable, de repente tenía tantas cosas que contar que me entró claustrofobia y le dije que tenía que ir al lavabo. Desde allí fui a la cocina, donde Terje estaba hablando con Ingvild, les sonreí, me acerqué a Ola e Yngve y sonó el timbre. Entró Asbjørn, justo después llegó Arvid, y de repente la casa estaba llena. Tenía la sensación de que había gente por todas partes, caras, voces y cuerpos en movimiento, y yo me deslizaba entre ellos, bebiendo y charlando, charlando y bebiendo, cada vez más pedo. La sensación de tiempo desapareció, todo estaba abierto y ya no me encontraba atrapado en mis propias limitaciones, feliz y libre me paseaba por ahí sin pensar en nada más que el momento, y en Ingvild, a quien amaba. Me mantenía alejado de ella, algo sabía de las chicas y era que no les gustaban los tipos que eran fáciles de conseguir, los que se pegaban boquiabiertos a ellas, así que opté por charlar



con los demás, que en la fulgurante luz de la embriaguez eran sacados de la oscuridad como si estuvieran iluminados por una linterna. Todos resultaban interesantes, todos tenían algo que decir que yo podía escuchar y que podía conmoverme, hasta que me alejaba y ellos volvían a caer en la oscuridad.

Estaba sentado en el sofá entre Ola y Asbjørn. Al otro lado de la mesa se encontraba Anne, que me preguntó si podía cogerme tabaco, le dije que sí, y al instante estaba cabizbaja liándose un cigarrillo.

–E-e-estoy pensando en algo –dijo Ola–. ¿Has le–leído a George V. Higgins?

–No –contesté.

–De-deberías. Es bueno. Muy bueno. Ca-casi sólo diálogo. Muy americano. Durísimo. *Los amigos de Eddie Coyle*.

–Luego está Bret Easton Ellis –apuntó Asbjørn–. *Menos que cero*. ¿Lo has leído?

Negué con la cabeza.

–Es un norteamericano de veintipocos años. Trata de una pandilla de jóvenes en Los Ángeles. Sus padres son ricos y ellos hacen lo que les da la gana. Borracheras, droga y fiestas. Pero todo está completamente vacío y completamente helado. Es una novela muy buena, ¿sabes? Casi hiperrealista.

–Suena bien –dije–. ¿Cómo dices que se llama el autor?

–Bret Easton Ellis. ¡Recuerda quién te habló primero de él!

Se echó a reír y miró hacia otra parte. Yo miré de reojo a Yngve, que estaba hablando con Jon Olav e Ingvild, había en él algo emocionado, casi encendido cuando quería convencer a alguien de algo.

–También es muy bueno el último de John Irving –señaló Asbjørn.

–¿Estás de cachondeo? –dije–. Pero si John Irving es uno de esos jodidos escritores de libros de entretenimiento.

–A pesar de eso puede ser bueno, ¿sabes?

–Ni de coña –dije.

–Pero si no lo has leído.

–No. Pero sé que es malo.

–¡Ja, ja, ja! No *puedes* decir eso.

–Yo también escribo, joder. Y he leído a John Irving. Su última novela es mala, lo sé.

–¡Por Dios, Karl Ove! –exclamó Asbjørn.

–¡Ya ves, Anne! ¡Aquí estamos! –dije–. ¡Muy lejos de la jodida

Kristiansand!

–Sí –respondió ella–. Pero yo no sé qué estoy haciendo aquí. Tú sí lo sabes. Vas a ser escritor. Pero yo no voy a ser nada.

–Yo *soy* escritor –dijo.

–¿Sabes qué? –dijo ella.

–¿No? –respondí.

–Lo único que quiero ser es una leyenda. Una verdadera leyenda. Es algo que he pensado siempre. Y nunca he dudado de que lo seré.

Asbjørn y Ola se miraron y se rieron.

–¿Te das cuenta? Siempre he estado segura de ello.

–¿Leyenda de qué? –preguntó Asbjørn.

–De lo que sea –contestó Anne.

–¿Qué haces? ¿Cantas? ¿Escribes?

–No –contestó. Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas.

La miré sin entender lo que estaba pasando. ¿Estaba llorando?

–No seré nunca una leyenda –dijo en voz muy alta.

Todos la miraron.

–¡Es demasiado tarde! –gritó, cogiéndose la cabeza con las manos. Los hombros le temblaban. Ola y Asbjørn se rieron ruidosamente, Yngve, Jon Olav e Ingvild nos miraron interrogantes.

–¡No seré nunca una leyenda! –repitió Anne–. ¡No seré nunca nada!

–Sólo tienes veinte años –dijo–. No es demasiado tarde.

–¡Sí! –insistió Anne.

–¿Y qué? –dijo Jon Olav–. ¿Para qué quieres ser una leyenda? ¿Tan maravilloso te parece?

Anne se levantó y fue hacia la entrada.

–¿Adónde vas? –le preguntó Yngve–. No irás a marcharte, ¿no?

–Sí –contestó ella.

–Venga ya, quédate un rato más –le pidió Yngve–. Seguro que no serás legendaria si te vas a la cama antes de las doce. Venga. Tengo un barril lleno de vino, ¿quieres una copa? Es de una cosecha legendaria.

Ella esbozó una leve sonrisa.

–Tal vez una copita –dijo.

Se le sirvió y la fiesta continuó. Ingvild estaba apoyada en la pared con un vaso en la mano, un escalofrío me recorrió por dentro, era tan guapa, pero tengo que hablar con ella, pensé, y me acerqué.

–¡Una auténtica fiesta estudiantil! –dije.

–Sí –contestó.

–Por cierto, ¿has leído a Ragnar Hovland? Él escribe mucho sobre ello, creo.

Negó con la cabeza.

–Es uno de los profesores de la Academia. Es del oeste, como tú. Yo también soy un poco del oeste. Mi madre es de Sørbøvåg, como sabes. ¡Al menos una mitad de mí es del oeste!

Me miró con una sonrisa. Acerqué mi vaso al suyo.

–Salud –dije.

–Salud –dijo ella.

Anne me miró desde el sofá. Levanté el vaso hacia ella. Ella levantó el suyo. Jon Olav estaba en medio de la habitación tambaleándose, y buscando con la mano algo en que apoyarse, no encontró nada, dio un par de pasos a punto de caerse.

–Pero si este chico no aguanta nada –dije riéndome.

Él recuperó el equilibrio, atravesó la habitación con cara inexpresiva y rígida y se metió en el dormitorio de al lado.

¿Dónde estaban Idar y Terje?

Fui a dar una vuelta para averiguarlo. Estaban sentados en la cocina charlando, con las cabezas gachas sobre la mesa y las manos alrededor de sendas botellas de cerveza. Cuando volví al cuarto de estar, Ingvild estaba sentada en el sofá al lado de Anne, que tenía la mirada velada y como totalmente disociada de su sonrisa.

Se volvió hacia Ingvild y dijo algo. Ingvild respiró con dificultad y se enderezó, entendí que lo que Anne acababa de decir la había estremecido. Dijo algo a modo de respuesta, Anne se limitó a reír y a sacudir la cabeza. Me acerqué a ellas.

–Conozco a la gente como tú –dijo Anne levantándose.

–No consiento que me digas eso –dijo Ingvild–. No me conoces.

–Claro que sí –contestó Anne.

Ingvild se rió con ironía. Anne pasó por delante de mí, yo me senté donde ella había estado sentada.

–¿Qué te ha dicho? –le pregunté a Ingvild.

–Que yo soy de esa clase de chicas que roban los hombres a otras mujeres.

–¿Eso te ha dicho?

—¿Habéis estado saliendo o qué? —preguntó ella.

—¿Nosotros? ¡Qué va, estás loca!

—No voy a tolerar lo que me ha dicho —dijo levantándose.

—Claro que no. Pero no te vayas por eso. ¡No es muy tarde! Y es una buena fiesta, ¿no?

Ella sonrió.

—No voy a irme —dijo—. Sólo voy al lavabo.

Fui al dormitorio. Jon Olav estaba tumbado boca abajo, con la cabeza hundida en la colcha, y una mano colgando por el borde. Roncaba. En el vano de la puerta Arvid se detuvo.

—Hola, Knausgård Pequeño —dijo.

—¿Te marchas? —pregunté, de repente preocupado, quería que todo el mundo se quedara y la fiesta no acabara nunca.

—No, no —contestó—. Sólo voy a salir un momento a tomar el aire.

—¡Bien! —dije y volví al cuarto de estar. Ingvild no estaba allí. ¿Se había marchado después de todo? ¿O seguía en el lavabo?

—Falta poco para que Yngve ponga a Queen —me dijo Asbjørn levantándose del tocadiscos—. Ese momento llega siempre. Entonces está tan pedo que la velada ha concluido, por así decirlo. Al menos para él.

—A mí también me gusta Queen —señalé.

—¿A vosotros qué os pasa? —dijo riéndose—. ¿Es algo genético o tuvisteis mala suerte con el ambiente en Tromøya? ¡Queen! ¿Por qué no Genesis? ¿Pink Floyd? ¿O Rush?

—Pero los Rush no están mal —dijo Yngve detrás de nosotros—. De hecho tengo un par de discos suyos.

—¿Y qué pasa con Bob Dylan? ¡Tiene unos textos tan buenos...! ¡Ja, ja, ja! Es un despropósito que no le den el Premio Nobel.

—Lo único que Rush y Bob Dylan tienen en común es que a ti no te gustan —dijo Yngve—. Hay muchas cosas buenas en Rush. La guitarra, por ejemplo. Pero eso tú no eres capaz de oírlo.

—Me decepcionas, Yngve —dijo Asbjørn—. Que puedas caer tan bajo como para defender a Rush... Me he reconciliado con la idea de que te guste Queen. Pero Rush... ¿Y qué pasa con la ELO? ¿Y Jeff Lynne? Buenos arreglos, ¿verdad que sí?

—Ja, ja —se rió Yngve.

Me fui a la cocina. Allí estaba Ingvild, con Idar y Terje. La oscuridad

colgaba sobre el valle de abajo. A lo largo de la calle, la luz de las farolas era absorbida por la lluvia. Ella me miró y sonrió, ligeramente interrogante, ¿qué pasaría ahora?

Le devolví la sonrisa, pero no tenía nada que decir, ella se volvió de nuevo hacia los otros dos. En el cuarto de estar se apagó la música y el murmullo de voces aumentó durante unos segundos, hasta que el sonido de la aguja raspando el primer surco se oyó por los altavoces, y la música sonó de nuevo. Eran los primeros acordes de *Scoundrel Days*, de a-ha. A mí me gustaba ese disco, estaba lleno de recuerdos, y fui al cuarto de estar.

Justo en ese instante salía Asbjørn de la habitación de al lado. Se dirigió directamente al equipo estéreo, se inclinó hacia delante, levantó la aguja y quitó el disco. Todos sus movimientos fueron evidentes, casi pedagógicamente claros.

Levantó el disco en el aire y empezó a doblarlo.

Se hizo el silencio.

Dobló el disco cada vez más, hasta que acabó por romperse.

Arvid soltó una carcajada.

Yngve estaba mirando a Asbjørn. En ese momento se volvió hacia Arvid, le derramó el vino en la cabeza y se fue.

—¿Qué coño...? —dijo Arvid levantándose—. Yo no he hecho nada.

—¿No va-vas a que-quemar unos li-libros también? —le dijo Ola a Asbjørn—. ¿A hacer una pe-pequeña ho-hoguera de li-libros?

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunté.

—Pero bueno... —dijo Asbjørn—. No sé por qué os lo tomáis así. Le he hecho un favor. Yngve me conoce. Sabe que le compraré otro disco. Quizá no exactamente uno de a-ha, pero sí un disco nuevo. Él lo sabe. Él busca los aplausos de la galería.

—A lo mejor él no piensa en el valor material del disco —intervino Anne—. Puede que hayas herido sus sentimientos.

—¿Sentimientos? —dijo Asbjørn riéndose—. ¡Él busca los aplausos de la galería!

Se sentó en el sofá y encendió un cigarrillo. Hizo como si nada, o estaba tan borracho que no le importaba nada, a la vez que había algo en él, ya fuera la expresión de su cara o la manera en la que se movía, que indicaba mala conciencia. Ganó esto último, y resultó evidente para todos que lamentaba lo que acababa de hacer. La música volvió a sonar, la fiesta continuó, al cabo de

media hora Yngve volvió, Asbjørn dijo que le pagaría el disco, y enseguida se arregló todo entre ellos.

Yo, por mi parte, había empezado a beber vino desenfrenadamente, después de que la cerveza se acabara. Me entraba como si fuera zumo y la fuente era inagotable. No sólo se había disuelto ya el tiempo, también el lugar, ya no sabía dónde estaba, era como si la oscuridad hubiese bajado a los distintos rostros con los que hablaba. En cambio brillaban. Me encontraba muy cerca de mis sentimientos, en el sentido de que hablaba sin reservas, decía lo que no decía nunca, y lo que ni siquiera sabía que pensaba, como cuando me senté junto a Yngve y Asbjørn y les dije que me alegraba mucho de que fueran buenos amigos, o cuando me acerqué a Ola e intenté explicarle cómo reaccioné a su tartamudeo las primeras veces, todo esto mientras esa ola relacionada con mis sentimientos hacia Ingvild se levantaba dentro de mí cada vez con más frecuencia. Era una sensación casi triunfante, y cuando me vi en el espejo del baño mientras me lavaba las manos y luego me mojé un poco el pelo para que se quedara levantado, sin parar de sonreír, y con pequeños pensamientos sacudiéndome la cabeza, *joder, joder, joder, qué bueno es esto, puta mierda qué locamente bueno*, decidí acercarme a ella, besarla, seducirla. Pero ya no pensaba en invitarla a mi casa, porque me había acordado de que allí, en la segunda planta, había una habitación, una vieja habitación de servicio que no ocupaba nadie y que seguramente se usaba como cuarto de invitados, era perfecta.

Fui al cuarto de estar, ella estaba hablando con Ola, la música atronaba, al límite de quedarse del revés, algunos bailaban, yo me coloqué al lado de Ingvild y Ola y me quedé mirándola hasta que ella me miró. Entonces le sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —le pregunté.

—¿Sí?

—La música está muy alta —dije—. ¿Salimos al portal?

Ella asintió.

—Eres increíblemente guapa —le dije.

—¿Eso era lo que querías decirme? —me preguntó riéndose.

—Hay una habitación arriba, en la segunda planta, ¿vamos? Es una vieja habitación de servicio, creo.

Fui hacia la escalera, y al instante oí que ella me seguía. Esperé arriba, en

la primera planta, la cogí de la mano y la llevé hasta la habitación, que estaba exactamente como la recordaba.

La abracé y la besé. Ella dio un paso hacia atrás y se sentó en el borde de la cama.

–Tengo algo que decirte –dije–. Soy..., bueno, una especie de monstruo en cuanto al sexo. Es un poco difícil de explicar, pero... Bah, qué más da.

Me senté a su lado, la tumbé mientras la abrazaba y la besaba, me puse encima de ella y la volví a besar, ella se mostraba tímida y reservada, le besé el cuello, le pasé la mano por el pelo, le levanté despacio el jersey, le besé un pecho, y ella se incorporó, se bajó el jersey y me miró.

–Tengo la sensación de que esto no está bien, Karl Ove –dijo–. Vamos demasiado rápido.

–Sí –dije incorporándome yo también–. Tienes razón. Perdóname.

–No pidas perdón –dijo ella–. No pidas nunca perdón. Lo odio.

Se levantó.

–Seguimos siendo amigos, ¿no? Me gustas mucho, ¿sabes?

–Y tú a mí –dije–. ¿Vamos con los demás?

Nos unimos al resto y quizá porque su rechazo me había devuelto un poco la sobriedad, de repente lo vi todo claro.

Apenas quedaba ya gente. Ocho sin contarnos a nosotros, eso era todo. Lo que durante varias horas me había parecido una enorme y decadente obra de teatro humana, la gran fiesta estudiantil, con discordia y amistad, amor y confesiones, baile y bebida, todo elevado por una ola de felicidad, se derrumbó de repente para revelar lo que era en realidad: Idar, Terje, Jon Olav, Anne, Asbjørn, Ola, Arvid e Inge. Todos con los ojos medio cerrados y turbios, y movimientos bruscos.

Quería que la fiesta remontara, quería volver a la esencia, razón por la que me bebí dos vasos de vino seguidos, y luego otro más. Eso ayudó, la impresión de algo poco grandioso se fue suavizando lentamente, y me senté al lado de Asbjørn en el sofá.

Jon Olav salió del dormitorio. Se paró en el vano de la puerta. La gente aplaudió.

–¡Aaay! –gritó Ola–. ¡Has regresado de entre los muertos!

Jon Olav sonrió y se sentó a mi lado en el sillón. Yo seguí hablando con Asbjørn, intentaba explicarle que yo también escribía sobre gente joven que bebía y se drogaba de un modo tan frío y vacío como ese escritor

norteamericano del que Asbjørn había hablado antes. Jon Olav nos miró y cogió una de las botellas de cerveza medio llenas que había sobre la mesa.

—¡Un brindis por Karl Ove y la Academia de Escritura! —dijo en voz muy alta. Luego se rió y dio un sorbo. Yo me cabreé tanto que me levanté y me incliné hacia él.

—¿Qué COÑO quieres decir con eso? —grité—. ¿Qué COÑO sabes tú de nada? Yo lo que hago lo hago en SERIO, ¿entiendes? ¿Acaso sabes lo que es eso? ¡No me vengas con ironías! ¡Te crees maravilloso! ¡Pero estás estudiando Derecho! ¿Recuerdas? ¡Derecho!

Me miró extrañado, y tal vez también aterrado.

—¡No me vengas con gilipolleces, cabrón! —grité, y abandoné la habitación, me puse los zapatos, abrí la puerta y salí. El corazón me palpitaba muy deprisa, me temblaban las piernas. Encendí un cigarrillo y me senté sobre la mojada escalera de hormigón. La lluvia caía monótona en la oscuridad encima de mí, aterrizando con leves susurros en el pequeño jardín delantero de la casa.

Ojalá viniera Ingvild.

Di una calada muy profunda con el fin de hacer algo despacio y bien meditado. Dejé que el humo me entrara muy dentro de los pulmones, antes de volver a exhalarlo lentamente. Sentía ganas de romper algo en pedazos. Coger una de las piedras del bordillo y lanzarla contra el ventanuco de la puerta. Les habría dado algo en que pensar. Cabrones de mierda.

¿Y ella?, ¿por qué no venía?

¡Ven, Ingvild, ven!

Cada vez más empapado por la lluvia me levanté por fin, tiré la colilla al jardín y volví con los demás. Ingvild estaba en el vano de la puerta del cuarto de estar charlando con Yngve, no me vieron y me detuve para intentar enterarme de qué hablaban, quizá ella le estuviera interrogando sobre mí, pero no era así, hablaban de cuál era la mejor manera de volver a casa de Ingvild. Yngve dijo que si ella quería podía llamar a un taxi, ella dijo que sí, y cuando él bajó el volumen de la música y levantó el auricular, yo me metí en el dormitorio para evitarla, sobre todo con el fin de no recordarle lo ocurrido. Ella empezó a ponerse la ropa de calle, yo fui al cuarto de estar y me senté en el sofá, desde allí levanté la mano a modo de saludo cuando ella se asomó para despedirse de todos. Eso estaba bien, así yo sería uno más, y no el tipo que intentó acostarse con ella arriba en el altillo.



Al poco rato, Yngve pidió otros dos taxis, y sólo quedábamos Ola, Asbjørn, Yngve y yo. Poníamos discos y los comentábamos con la mirada perdida, hasta que alguien se levantaba y ponía otra buena canción. Por fin Ola se levantó, iba a coger un taxi, Asbjørn se pegó a él, y yo le pregunté a Yngve si no le importaba que durmiera en su sofá, y por supuesto no le importaba.

Lo primero en lo que pensé cuando me desperté a la mañana siguiente fue en la escena arriba, en el cuarto de servicio.

¿Era verdad? ¿La había arrastrado hasta allí, la había tumbado en la cama y le había subido el jersey por encima del pecho?

¿A Ingvild? ¿Que era tan frágil y tímida? ¿A quien yo amaba de todo corazón?

¿Cómo pude hacerlo? ¿En qué estaba pensando?

Qué idiota de mierda era.

Lo había echado todo a perder.

Todo.

Me incorporé, aparté la manta y me pasé la mano por el pelo.

Dios.

Por una vez no había desaparecido nada de los sucesos de la noche anterior, lo recordaba todo, y no sólo eso, las imágenes de Ingvild, su mirada, que entonces no supe interpretar y cuyo significado completo me llegó ahora, no me abandonaban, seguían vibrando en mi conciencia, sobre todo cuando le subí el jersey, su mirada en ese instante, porque no quería, pero me dejó hacerlo, no fue hasta que mis labios chuparon sus pezones cuando ella se incorporó y dijo que no.

¿Qué pensaría ella en ese momento? ¿Yo no quiero, pero él sí, le dejó hacerlo?

Me levanté y me acerqué a la ventana. Yngve estaría durmiendo, al menos en la casa había un silencio absoluto. Me pesaba la cabeza, pero no estaba tan mal, teniendo en cuenta lo mucho que había bebido. ¿Qué era lo que se decía, vino más cerveza da dolor de cabeza; cerveza más vino, sienta divino? Primero había bebido cerveza y luego vino, era por eso.

¡Ah, pero qué mierda!

¡Mierda, mierda, mierda!

¡Qué idiota de mierda era yo!

Y ella, tan hermosa y tan viva.

Fui a la cocina y me bebí un vaso de agua. La capa de nubes sobre la ciudad era compacta y blanquecina, la luz entre las casas casi lechosa.

Sonaron pasos procedentes del dormitorio. Me volví, Yngve salió en calzoncillos y se metió en el baño sin mirarme. Tenía la cara pálida y demacrada. Preparé café, saqué fiambres y queso, corté unas rebanadas de pan, le oí ducharse.

—Bueno —dijo cuando salió, vestido con una camisa azul claro y vaqueros—. ¿Estuvo bien la fiesta?

—Sí —respondí—. Pero yo hice el ridículo con Ingvild, eso no estuvo bien.

—¿Ah, sí? —dijo él—. No me di cuenta. ¿Qué pasó?

Se echó café en la taza, luego unas gotas de leche y se sentó.

Me sonrojé, me puse a mirar por la ventana.

—La llevé al cuarto de arriba e intenté seducirla.

—¿Y?

—No quiso.

—Esas cosas pasan —dijo, estirándose para alcanzar una rebanada de pan, que luego untó de mantequilla—. No tiene por qué significar nada. Quiero decir, más allá de que ella no quisiera en ese momento. Seguro que tú estabas mucho más pedo que ella, puede que fuera por eso. A lo mejor era demasiado pronto, no os conocéis hace mucho, ¿no?

—No.

—Si ella va en serio, quiero decir en serio de verdad, puede que no quiera que ocurra de esa forma, en una fiesta, no sé si me entiendes.

—No lo sé —dijo—. Lo único que sé es que hice el ridículo, y mucho. Y ahora la he asustado tanto que seguro que la pierdo.

Yngve puso una loncha de jamón york sobre la rebanada, cortó un trozo de pepino y se llevó la rebanada a la boca. Yo eché café en una taza y di unos sorbos, aún de pie.

—¿Y qué has pensado hacer para remediarlo?

Me encogí de hombros.

—No hay nada que hacer.

—Lo hecho, hecho está, y mucho tocar el pecho —dijo Yngve—. Ay, perdóname, es una rima malísima, lo reconozco. Pero este verano sí que hice una bastante buena: Nos sirvieron gambas en una bandeja, y yo dije que las gambas se dejan comer sin una queja.

–Ja, ja, ja –dije.

–Tienes que volver a verla cuanto antes y pedirle perdón, así de fácil. Dile que no eras tú, que estabas demasiado borracho, cualquier cosa, pero tienes que decirle que te arrepientes y que no eras tú, que tú no eres así.

–Está bien –dije.

–¿Por qué no la invitas aquí? Sobre las dos vienen Ola y Kjersti y voy a hacer gofres. Es un marco ideal.

–¿Crees que va a querer volver aquí al día siguiente de eso? Me parece que no.

–Podemos subir y recogerla con el coche. Tú llamas a la puerta y la invitas, dices que yo estoy esperando en el coche fuera. Si dice que no, tampoco es tan grave.

–¿No te importa?

–Claro que no, no hay problema.

Una hora después nos metimos en su coche y bajamos las cuestas hacia Danmarksplads, giramos a la derecha en el cruce y pusimos rumbo a Fantoft. Era domingo, había poco tráfico, en las hileras de montes verdes a ambos lados del valle había ya pequeñas manchas amarillas. Ya ha llegado el otoño, pensé, marcando el compás de la música con golpes en los muslos.

–Por cierto –dije–, te he escrito una letra.

–¿Ah, sí? ¡Qué bien!

–Sí. No es una maravilla, pero... Por eso no te la he enseñado aún. La escribí hace más de una semana.

–¿Cómo se llama?

–«Te contoneas tan deliciosamente».

Se rió.

–Suena como una buena letra pop –dijo riéndose.

–Puede ser –dije–. Y ya que te he dicho que existe, ahora tendré que enseñártela.

–Si no está bien, se puede escribir otra, ¿no?

–No es tan fácil.

–¿Eres escritor o no? Sólo necesito unas estrofas y un estribillo para poder acabar las canciones. Para ti eso no es ningún problema.

–Bueno, entonces lo haré –contesté.

Puso el intermitente a la izquierda y llegamos a una gran explanada,

delante de unos bloques altos.

–¿Es aquí? –pregunté.

–¿No has estado nunca?

–No.

–Papá vivió aquí un año, lo sabías, ¿no?

–Sí, lo sabía. Aparca aquí el coche y subo.

Me sabía la dirección de memoria, y tras mirar un poco por aquí y por allá encontré el edificio, cogí el ascensor hasta su planta, recorrí el pasillo y llegué a su puerta, me concentré unos segundos y llamé al timbre.

Escuché sus pasos dentro. Ella abrió la puerta y al verme se llevó tal susto que casi dio un salto hacia atrás.

–¿Qué haces tú aquí? –preguntó.

–Quería pedirte perdón por lo de ayer –contesté–. No suelo comportarme así, ¿sabes? Lo siento muchísimo.

–No pidas nunca perdón –dijo, y de repente me acordé de que eso era justo lo que había dicho la noche anterior.

–¿Quieres venir a casa de Yngve? Va a hacer gofres. Ola y Kjersti, los que estaban anoche, también van a venir.

–No sé... –contestó.

–Ven. Será agradable. Yngve está esperando abajo en el coche. Luego te volverá a traer.

Ella me miró.

–Vale –dijo–. Voy a cambiarme de ropa. Espera un momento.

Yngve estaba esperando abajo fumando junto al coche.

–Me alegra verte de nuevo –dijo con una sonrisa.

–Lo mismo digo –dijo ella.

–Yo me siento atrás –dije–. Ponte tú delante.

Así lo hizo, tiró del cinturón de seguridad, se lo colocó sobre el pecho y lo enganizó. Yo le miraba las manos, eran bonitas.

No hablamos mucho mientras bajábamos al centro. Yngve le preguntó a Ingild por los estudios y por Kaupanger, su pueblo, ella le contestó, le preguntó a él por sus estudios y por Arendal, yo iba hundido en el asiento de atrás, contento de haberme ahorrado la responsabilidad de la conversación.

Cada martes por la tarde durante toda nuestra infancia, Yngve o yo preparábamos gofres. Era algo que sabíamos hacer, lo llevábamos casi en la

sangre, me imaginé la situación un poco más tarde, los cuatro sentados en el cuarto de estar tomando gofres y café, algo no tan extraño y atípico de estudiantes como les resultaría a los demás, al contrario, la gofrera era de las pocas cosas que me llevé al mudarme de mi casa el año anterior.

Igual que en el coche, dejé que la conversación fluyera sin mí. Sentado a la mesa con Yngve, Ola, Kjersti e Ingvild, después de lo que había ocurrido la noche anterior, tenía todas las de perder. Los otros tres tenían más experiencia, yo podía decir alguna estupidez, y mi falta de práctica quedaría en evidencia ante los ojos de Ingvild. Así que dije lo menos posible, limitándome a murmurar mi conformidad un par de veces, a mover un poco la cabeza, y a sonreír. Le hice alguna que otra pregunta a Ingvild, aunque sólo para mostrar que pensaba en ella, y que era muy importante para mí que estuviera allí.

—¿Pones otro disco? —me pidió Yngve—. Yo voy a hacer más gofres.

Asentí y, mientras él iba a la cocina, yo me arrodillé delante de su colección de discos. Me imaginé que era una prueba, que la música que eligiera sería algo decisivo, y al final me decidí por el álbum *Document*, de R.E.M. Por equivocación puse la cara B y no me di cuenta del espantoso error que acababa de cometer hasta que me senté al lado de Ingvild.

*This one goes out to the one I love.*

Me sonrojé.

Ella creería que había elegido esa canción para decirle algo. Directamente, por así decirlo. Para la que amo.

Creerá que soy un idiota integral, pensé, mirando por la ventana, para que no viera lo colorado que me había puesto.

*This one goes out to the one I've left behind.*

No, no. ¡Qué vergüenza!

La miré de reojo para ver si se le notaba algo.

No se le notaba nada raro, pero si lo captaba y pensaba que yo le estaba enviando un mensaje secreto, ¿lo mostraría de una manera más clara?

No.

Di un sorbo de café, unté el último gofre en el plato de la mermelada de frambuesa, con sus pequeños granos oscuros, me lo metí en la boca, apenas lo mastiqué y tragué.

—¡Qué gofres tan buenos! —le dije a Yngve, que entraba en ese instante.

—Sí, esta vez he puesto un montón de huevos.

—¡Cu-cuánto ha-habláis! —dijo Ola—. Parecéis dos vi-viejas.

*This one goes out to the one I love.*

Me levanté y fui al baño, me puse un poco de agua fría en la cara, evitando mirarme en el espejo, y me sequé las manos y la cara en la toalla, que olía ligeramente a Yngve.

Cuando volví a entrar, la canción había terminado. Nos quedamos otra media hora, y cuando Ola y Kjersti se iban a ir, yo dije que tal vez no fuera mala idea que nosotros nos marcháramos también, yo tenía mucho que hacer al día siguiente, Ingvild dijo que ella también, y cinco minutos después estábamos de nuevo en el coche de Yngve, yendo a toda velocidad hacia Fantoft.

Ingvild se bajó y nos dijo adiós con la mano. Yngve dio la vuelta y nos dirigimos de nuevo hacia la ciudad.

—Ha estado bien, ¿no? —me preguntó.

—¿Tú crees? ¿Te parece que ha estado a gusto?

—Sí, creo que sí.

—Al menos los gofres estaban estupendos.

—Sí, es verdad.

No dijimos mucho más antes de que él se parara en la acera, delante de mi casa. Me bajé, le di las gracias, cerré de un portazo, y subí de una zancada los tres escalones, mientras él desaparecía doblando la esquina.

Pensaba que estaría bien llegar a casa, pero el olor a suelos recién fregados y ropa de cama limpia que aún quedaba en el aire me recordó los planes que tenía antes de la fiesta, la idea de despertarme allí con Ingvild por la mañana, y una nueva ola de desesperación e indignación conmigo mismo se apoderó de mí con gran fuerza; además, se me vinieron encima todos los sentimientos respecto a la Academia de Escritura. La máquina de escribir, los libros, la bolsa de plástico con el cuaderno de notas, los bolígrafos, incluso sólo ver la ropa que llevaba, me dejaron deprimido y sin ninguna esperanza.

Hoguera de libros, dijo Ola, yo comprendía esa necesidad, arrojar todo lo que no te gustaba y no querías conservar, todas las inmundicias de la vida a la hoguera, y luego empezar de nuevo.

Qué idea tan fantástica. Arrastrar toda mi ropa, todos mis libros y todos mis discos al parque, apilarlo todo en medio de la hierba, completarlo con la cama y el escritorio, la máquina de escribir, los diarios, y todas esas malditas cartas que había recibido, en resumen, todo lo que me traía el más minúsculo

recuerdo a la hoguera. Ah, ver las llamas lamiendo el oscuro cielo de la noche, los vecinos agolpados en las ventanas, qué está pasando, ah, es ese joven vecino que está limpiando su vida, quiere empezar de nuevo, y hace bien, yo también quiero hacerlo.

Y de repente hoguera tras hoguera, toda Bergen llameando en la noche, helicópteros con cámaras de la televisión sobrevolándolo todo, reporteros que dicen con voz dramática: Bergen se está quemando esta noche, ¿qué está pasando? Parece que *ellos mismos* son los incendiarios.

Me senté en la silla delante del escritorio, el sofá y la cama eran demasiado blandos, quería algo más rígido. Me lié un cigarrillo y lo encendí, pero quedó tan torcido y desigual que lo apagué tras un par de caladas, tenía un paquete de cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta, ¿o no? Sí, mucho mejor así, y mientras miraba fijamente el tablero de la mesa, intenté orientarme en la realidad, considerar la situación de la manera más racional y objetiva posible. Lo de la Academia de Escritura había sido una derrota, pero en primer lugar: ¿importaba tanto que no supiera escribir poemas? No. En segundo lugar, ¿era tan seguro que siempre sería así? ¿No cabía la posibilidad de que aprendiera, de que evolucionara en el transcurso del año? Sí, claro. Y si evolucionaba, tendría que estar abierto a todo y no tener miedo a equivocarme. Con respecto a Ingvild, había hecho el ridículo, una vez por ser aburrido y parado, y otra por importunarla demasiado deprisa y con demasiada vehemencia. Es decir, me había mostrado insensible, sin pensar en lo que ella quería. Vale. No fui considerado con ella, sólo pensaba en mis propios sentimientos. Pero en primer lugar, estaba borracho, eso ocurría de vez en cuando, le ocurría a todo el mundo. Y en segundo lugar, si ella sentía algo por mí, aquello no podría destruirlo todo, ¿no? Si sentía algo por mí, sería capaz de ponerse en mi lugar, de imaginarse mi situación y entender lo que pasó, ¿no? Por suerte, teníamos dos ocasiones en las que basarnos, es decir, la primera, en Førde, en la que todo había ido como en un sueño, y la segunda, en la cafetería de la universidad, cuando al menos habíamos mantenido una conversación normal. Además, estaban las cartas. Eran divertidas, yo lo sabía, al menos no eran aburridas. Por otra parte, yo estudiaba en la Academia de Escritura, lo que significaba que no era como todos los demás estudiantes, yo iba a ser escritor, lo que a la gente le parecía interesante y emocionante, quizá también a Ingvild, aunque no lo había dicho directamente. Y luego estaba lo de la casa de Yngve hacía un rato, donde había rectificado parte de la impresión que

había dado la noche anterior, ahora al menos había visto lo bueno que era Yngve, y como éramos hermanos, sería bastante lógico que pensara que yo también lo era.

Sobre las siete bajé y llamé a la puerta de Jon Olav.

–¡Qué noche la de ayer, eh! –dijo con una sonrisa–. Pasa. Tenemos que hacer un repaso de lo ocurrido, ¿no?

–Sí –dije, y lo seguí dentro. Preparó té y nos sentamos.

–Lamento haberte insultado ayer –dije–. Pero no quiero pedirte perdón.

Se rió.

–¿Por qué no? ¿Eres demasiado orgulloso para hacerlo?

–Me cabreeé cuando dijiste aquello. No puedo pedir perdón por eso.

–Ya –dijo–. Me pasé un poco. Pero tenías mucho afán de protagonismo, Karl Ove. Estabas sobreexcitado.

–Sólo estaba pedo.

–Yo también estaba pedo.

–*No hard feelings?* –dije.

–*No hard feelings.* ¿Pero decías en serio que lo de estudiar Derecho no vale nada?

–Claro que no. Pero algo tenía que decir.

–A mí tampoco me encanta el ambiente de Derecho –dijo–. Considero ante todo esta carrera como una herramienta. –Me miró–. Ahora te toca a ti decir que consideras la escritura una herramienta.

–¿Ya empezamos otra vez?

Se rió.

Cuando volví a casa, me tumbé en la cama y me quedé mirando fijamente al techo. Con Jon Olav podía reconciliarme. Resultaba fácil y bien. Pero no con Ingvild, eso era algo muy distinto y mucho más complicado. La cuestión era simplemente qué podía hacer. Lo que había ocurrido, había ocurrido, eso no se podía cambiar. Pero si miraba al futuro, ¿qué debía hacer? ¿Qué sería lo mejor?

Yo había tomado las dos últimas iniciativas, la había invitado tanto hoy como ayer. Si yo le interesaba, se pondría en contacto conmigo. Podía pasar por mi casa, sabía dónde vivía, y podía escribirme una carta. Dependía de ella. Yo no podía invitarla otra vez, en primer lugar sería demasiado



inoportuno, en segundo lugar no sabía si yo seguía interesándole, así que necesitaba una señal.

La señal era que ella viniera.

Así tenía que ser.

El lunes después de la fiesta en casa de Yngve no esperaba nada, era demasiado pronto. Sabía que Ingvild no se pondría en contacto conmigo esa noche, y sin embargo estaba en casa esperando: cuando oía pasos fuera en la calle, me inclinaba hacia delante y miraba por la ventana. Si alguien se paraba en la escalera, me quedaba paralizado. Pero no era ella, claro que no, me fui a la cama, se abrió un nuevo día, lleno de lluvia y niebla, transcurrió otra tarde de espera y esperanza. El que viniera el martes era más realista, para entonces se lo habría pensado, lo ocurrido quedaría a cierta distancia, y sus verdaderos sentimientos tendrían más posibilidades de emerger. Pasos en la calle: corriendo a la ventana. Alguien se paraba en la escalera: me quedaba paralizado. Pero ella no llegaba, era demasiado pronto, ¿tal vez al día siguiente?

No.

¿El jueves entonces?

No.

Tal vez llegara el viernes con una botella de vino para que nos la tomáramos juntos.

No.

El sábado le escribí una carta, aunque sabía que no la echaría al buzón, era ella la que tenía que tomar la iniciativa, la que tenía que dar el paso.

Esa noche oí música en casa de Morten, no nos veíamos desde aquella vez en Høyden que estaba tan afligido, pensé que podía bajar a pasar un rato con él, no había hablado con nadie en todo el día y anhelaba compañía. Bajé la escalera y llamé a la puerta, nadie contestó, pero como sabía que estaba dentro, abrí.

Morten estaba arrodillado en el suelo con las manos entrelazadas y los brazos extendidos. En una silla delante de él había una chica sentada. Tenía las piernas cruzadas y el cuerpo inclinado hacia atrás. Morten se volvió hacia mí con una mirada salvaje, yo cerré la puerta y subí a toda prisa a mi casa.

Él vino a verme al día siguiente, dijo que había hecho un último y desesperado intento, pero sin éxito, no consiguió nada, ella no le quería. No

obstante, se sentía optimista, a pesar de su rígido lenguaje corporal y esas locuciones tan formales que empleaba, se notaba que era calor, no desesperación, lo que emanaba de él.

Pensé que Morten podía haber sido un personaje de uno de los libros de Stompa, el héroe de los cómics que yo leía de pequeño, un joven noruego en un internado en la década de los cincuenta.

Le hablé de Ingvild, él me aconsejó que fuera a verla, me sentara con ella y le dijera todo tal y como lo sentía.

–¡Díselo tal cual! –dijo–. ¿Qué puedes perder? Si ella te ama, se va a alegrar, claro que sí.

–Pero eso ya lo he hecho –dije.

–¡Cuando estabas borracho! Hazlo cuando estés sobrio. Para eso se necesita valor, chico. Y se va a quedar impresionada.

–El ciego guía al cojo, ¡mira quién fue a hablar! –dijo–. Te vi en acción allí abajo.

–Pero yo no soy tú –dijo–. Lo que funciona para unos no funciona para otros. Creo que deberíamos darnos una vuelta por Christian. Podemos decírselo a Rune. Los chicos de la casa. ¿Qué te parece?

–No tengo teléfono –contesté–. Si Ingvild quiere hablar conmigo, lo más probable es que pase por mi casa. Así que tengo que estar aquí.

Morten se levantó.

–Ya. Pero no creo que todo dependa de que tú estés en tu casa.

–Yo tampoco lo creo. Pero me gustaría estar aquí.

–Vale, entonces esperamos. ¡Buenas noches, hijo mío!

–Buenas noches.

Salí a llamar a Yngve, no estaba en su casa, me acordé de que era domingo y que seguramente estaría en el hotel. Llamé a mi madre. Repasamos primero los eventos de mi vida, es decir, lo que ocurría en la Academia, luego los de la suya. Estaba buscando un nuevo sitio donde vivir y trabajando mucho en la planificación de la ampliación de estudios en la Escuela de Magisterio.

–Tenemos que vernos pronto –dijo–. Quizá Yngve y tú podáis ir un fin de semana a Sørbøvåg. Hace mucho que no vais. Podríamos reunirnos allí todos.

–Buena idea –dije.

–El fin de semana que viene estoy ocupada, pero tal vez el siguiente.

–Veré lo que puedo hacer. También hay que preguntar a Yngve.

—Entonces quedamos en eso. Y lo vemos.

Era realmente una idea estupenda. La pequeña granja de mis abuelos maternos era todo un mundo aparte, tanto porque estaba cargada de infancia, en cierto modo intacta, como por su situación en una pequeña colina, con vistas al fiordo y la montaña al otro lado, casi junto al mar, lejos de todo. Sería maravilloso pasar allí unos días, donde a nadie le importara qué era o qué no era yo, sólo quién era, lo que siempre les había bastado.

Esa semana estudiamos prosa breve en la Academia. La novela puntillista era lo último, una forma cuya historia noruega empezó con *Anne*, de Paal-Helge Haugen. Según se decía, esa novela y las demás con la misma denominación se encontraban en algún punto entre la prosa, es decir, la línea, y la poesía, es decir, el punto. La leí, era fantástica, atravesada por una corriente de oscuridad de un modo parecido al poema «Fuga de la muerte», de Paul Celan, pero yo no era capaz de escribir así ni loco, no sabía qué era lo que creaba esa corriente de oscuridad. Aunque repasara frase por frase no se podía señalar, no se encontraba en ningún sitio determinado, no salía como por arte de magia de ninguna palabra determinada, sino que se posaba en todo, como un estado de ánimo se posa en un alma. No en un determinado pensamiento o una determinada parte del cerebro, tampoco en una determinada parte del cuerpo, como por ejemplo, el pie o la oreja, el estado de ánimo está en todo, pero no es nada en sí, no es más que un color en el que los pensamientos se piensan, un color por el que se mira el mundo. En lo que yo escribía no había ningún color así, ningún estado de ánimo hipnótico y sugestivo, en realidad no había ningún estado de ánimo en absoluto, y yo suponía que ése era el verdadero problema, la razón por la que escribía tan mal, de un modo tan inmaduro. La cuestión era si un color o un estado de ánimo de ese tipo podía *conseguirse*, si se podía luchar por encontrarlo o si era algo que se tenía o no se tenía. Cuando estaba en casa escribiendo, me parecía bueno lo que escribía, luego llegaba el turno de la crítica en la Academia, donde siempre se decía lo mismo, unos cuantos elogios corteses para mantener las apariencias, como que la narración tenía vitalidad, antes de señalar que estaba llena de tópicos, era estereotipada, incluso carente de interés. Pero lo más doloroso fue la calificación de inmaduro. Al principio del curso de prosa nos encomendaron una sencilla tarea; crear un texto sobre un día, o sobre el inicio de un día, y yo escribí sobre un joven que se despertó en

su habitación con la llegada del correo, dormía al otro lado de la pared de la que colgaba el buzón, era un estruendo. Después de desayunar salió, en la calle vio a una chica, a la que describí, y a la que decidí seguir. Cuando lo leí en voz alta noté un ambiente un poco tenso. Me dedicaron los vagos elogios de siempre, que estaba bien, que resultaba fácil de imaginar, me sugirieron que quitara esto y aquello... Cuando por fin le tocó hablar a Trude, dijo lo que yo intuía en el ambiente. ¡Es tan inmaduro! Escuchad: «miraba su culo 501 bien formado». Por favor, ¿un culo 501 bien formado? Ella no es más que un objeto, ¡y encima el tipo la sigue! Si hubiera sido una investigación sobre la inmadurez y la objetualización de la mujer, yo no habría puesto ningún reparo, pero no hay nada en el texto que lo indique. Resulta simplemente un poco incómodo de leer, dijo. Yo intenté defenderme diciendo que sus argumentos eran buenos, pero que se *trataba* precisamente de lo que ella decía, que *sí* había una distancia. Obviamente podía haber incluido un metanivel en el texto, dije, como hace Kundera, por ejemplo, pero no quise hacerlo, intenté situarlo al mismo nivel en que se encontraba el personaje.

—Eso no se desprende de lo que yo he leído —dijo Trude.

—Vale —contesté—, puede que no quede muy claro.

—¡A mí me ha parecido divertido! —dijo Petra, que por alguna extraña razón me defendía a menudo en nuestras rondas de críticas. Seguramente porque ella también escribía prosa.

En las ocasiones en que se producía un aumento de la temperatura cuando discutíamos, el grupo se dividía cada vez más a menudo en dos, a un lado estaban los que escribían poesía, con Nina, que escribía igual de bien en ambos géneros, en el centro. No es que ella dijera gran cosa, tal vez fuera la que más problemas tenía para expresarse oralmente, resultaba casi imposible entender lo que quería decir, si quería decir algo. No daba esa impresión por lo que decía, vaguedades sin dirección definida, que igual podrían encontrarse en medio de un razonamiento sobre abrigos que sobre literatura, pero lo que escribía era cristalino, no en el sentido de que sus opiniones quedasen más claras cuando escribía, no, se trataba del lenguaje, sus frases eran claras y hermosas como el cristal. Ella era la mejor, Trude era la segunda mejor, Knut el tercero mejor. Petra, con sus frases que parecían escarabajos en el fondo de un cubo, quedaba fuera de concurso, me imaginaba yo, no había terminado de formarse todavía, al contrario que los otros tres, pero un

día los eclipsaría por completo, su talento era obvio y radicaba en que con ella todo era imprevisible: en sus textos podía ocurrir cualquier cosa, resultaba imposible predecir algo, debido a cómo era ella, al contrario de lo que ocurría a menudo con los demás, pero con Petra no, con ella llegaba siempre algo extraño e inesperado. Al final me encontraba yo, junto con Kjetil. Las dos últimas, Else Karin y Bjørg, estaban por encima de nosotros, las dos habían publicado ya novelas, ya estaban en cierto modo formadas como escritoras, y lo que entregaban era siempre acabado y consistente. Pero sus textos jamás echaban chispas, como los de Nina y Petra, eran más como dos caballos transportando madera en invierno a través del bosque, lentamente, con la mirada fija en un punto más allá.

Si yo me encontraba en el último lugar, tenía que ascender. Si reconocía que era allí adonde pertenecía, a las terribles profundidades de lo inmaduro y lo carente de talento, entonces habría perdido. No podía perder. A veces, después de una sesión en la Academia me rendía y me decía a mí mismo que así era, que no era escritor y que no tenía nada que hacer en ese lugar, pero no me duraba nunca demasiado, como mucho, una tarde-noche, luego mis pensamientos contraatacaban, no era así, posiblemente no me salía ahora, pero eso sólo era algo provisional, algo que tendría que superar y superaría, y cuando me despertaba por la mañana, me duchaba y preparaba mis cosas para volver a la Academia con la autoestima renovada.

Poco a poco se fue convirtiendo en costumbre terminar la semana en Wesselstuen o en Henrik. Yo no había acudido los dos últimos viernes, pero esa tarde pensé que no podía quedarme en casa esperando todos los fines de semana, y que si Ingvild iba justamente esa tarde, seguramente dejaría una nota diciendo que había pasado por allí.

En el transcurso del mes que llevábamos en la Academia, habíamos llegado a conocer mejor a los profesores, ya no estaban tan rígidos e incómodos, aunque intuía que eso no desaparecería nunca del todo, formaba parte de su carácter y de su naturaleza, sobre todo en el caso de Fosse, que era menos extrovertido que Hovland, en particular mediante sus rápidas respuestas y esa constante aunque un poco evasiva mirada suya. Los ojos de Fosse no sonreían. Pero sí se acercaba a nosotros, daba su opinión sobre lo que estábamos hablando al principio de un modo serio, pero a menudo acababa riéndose de ese modo tan suyo, como resoplando, medio entre

dientes. A veces también contaba pequeñas historias de sucesos que había vivido o experiencias que había tenido, lo que en conjunto daba una imagen de cómo era. No del todo, porque era un hombre muy reservado, igual que Hovland, que casi nunca hablaba de algo que tuviera que ver con su vida privada, pero con lo que nos mostraban de ellos en las situaciones de enseñanza, bastaba para que me hiciera una idea de cómo eran. Fosse era tímido, pero también seguro de sí mismo en un grado casi extremo, sabía muy bien quién era y de lo que era capaz, la timidez era más bien como una capa con la que se protegía. Me parecía que con Hovland sucedía lo contrario, él apenas hablaba de algo que tuviera que ver con su vida privada, en su caso su agilidad y humor irónico protegían su timidez. Era obvio que Hovland y Fosse se caían bien y se respetaban, aunque escribieran tan distinto como la noche y el día. Dos noches habían acabado cantando a dúo la canción de nuestra infancia «Blåmann, blåmann bukken min».

Subimos caminando la suave cuesta desde Nøstet, pusimos boca abajo los paraguas, los sacudimos y los cerramos, llegamos a la primera planta de Henrik, nos sentamos en una mesa, pedimos cerveza y nos pusimos a charlar. Habían pasado varios días desde el comentario sobre mi inmadurez y se me había ocurrido otra idea para una nueva novela, ligeramente inspirada en unos cuentos que había leído de Borges y Cortázar esa misma semana, además, mi fijación por Ingvild desaparecía por completo con todas esas tensiones que existían en la Academia, de modo que me encontraba relativamente bien allí sentado. Al cabo de más o menos una hora, la mayoría había bebido lo suficiente como para que empezaran a diluirse los límites sobre lo que se podía decir y lo que no, y que todos teníamos en menor o mayor grado. Jon Fosse habló de su infancia y dijo que en un momento determinado pudo haberse convertido en un golfillo. Petra se echó a reír con sorna. Eso no es verdad, dijo. Estás mitologizando tu propia historia. ¡Golfillo! ¡Ja, ja, ja! Claro que no, dijo Fosse en su habitual voz baja y mirando al tablero de la mesa, era justo lo que había pasado. Podría haber llegado a serlo. ¿Quién habla de golfillos en el campo?, preguntó Petra. No, no, fue en Bergen, contestó Fosse. Todos los que escuchábamos ese intercambio de palabras nos sentimos incómodos. Por suerte, Petra dejó el tema. La velada continuó, se bebió más cerveza, se respiraba un buen ambiente, hasta que Jon Fosse se levantó para ir a la barra. El golfillo va a pedir cerveza, dijo Petra. Jon Fosse no dijo nada, pidió la cerveza, volvió a la

mesa y se sentó. Petra volvió a intentarlo un poco más tarde de la misma manera, llamándole golfillo. Al final, él se levantó.

–No me apetece seguir aquí más tiempo –dijo, se puso la chaqueta y desapareció escaleras abajo.

Petra se rió con la mirada baja.

–¿Por qué has hecho eso? Se ha marchado por tu culpa –dijo Trude.

–Ah, es tan pomposo y se toma tan en serio a sí mismo... Golfillo...

–Pero por eso no hace falta que lo acoses, ¿no? ¿Para qué? –le pregunté–. *Nosotros* queremos tenerlo aquí. *Nosotros* nos divertimos bebiendo con él.

–¿Desde cuándo representas a todos?

–Venga ya. Ha sido muy feo por tu parte –intervino Knut.

–Jon es un hombre bueno y amable. No hay razón para tratarlo así –dijo Else Karin.

–Dejadlo ya –dijo Petra–. Sois una panda de hipócritas. A todos os ha parecido una estupidez por su parte decir que había estado a punto de convertirse en un golfillo.

–A mí no –objeté.

–No, porque tú eres otro con ganas de convertirse en golfillo. ¡Golfillo! ¡Qué cosa tan estúpida!

–Dejémoslo ya –dijo Knut–. Y le pides disculpas el lunes, si te atreves.

–De eso nada –respondió Petra–. Pero podemos dejarlo ya. Estoy de acuerdo. Es un asunto sin importancia.

Todo fue distinto después de que Fosse se marchara, al poco rato todos los compañeros cogieron sus cosas y se fueron también, excepto Petra y yo, que nos fuimos al Café Opera. Me preguntó si podía quedarse a dormir en mi casa, yo le dije que claro que sí, nos sentamos en una mesa y seguimos bebiendo. Le hablé de mi idea para una nueva novela. Constaría de diversos diálogos, de personas que hablaban entre ellas en distintos contextos, en cafés, en autobuses, en parques, etcétera, todas las conversaciones tratarían de temas decisivos de la vida de esas personas, es decir, hablarían de algo importante, como por ejemplo que uno de ellos acababa de enterarse de que tenía cáncer o que un hijo había sido encarcelado, acusado de asesinato, y entonces –le dije a Petra, que escuchaba sin mirarme, aunque de vez en cuando me echara alguna rápida mirada, seguida de una de esas sonrisas tuyas igual de rápida– la situación en la que esas conversaciones habían nacido se descubriría lentamente. Era un hombre que las grababa en una

cinta. ¿Por qué lo hacía?, le pregunté a Petra. ¿Quién sabe?, dijo ella. Yo sonreí, ella sonrió, pues justo en eso estoy metido ahora, dije. Lo que ocurre es que es miembro de una organización o trabaja para ella. En todas las ciudades de cierto tamaño hay gente que trabaja para esa organización, todos graban conversaciones entre la gente, conversaciones que son transcritas y archivadas en algún lugar, y no es algo que se haga recientemente, lleva haciéndose desde tiempos inmemoriales. Quiero decir, hay conversaciones de la Edad Media y de la Antigüedad, miles y miles, todas de alguna manera cruciales para las personas implicadas.

—¿Y? —dijo Petra.

—¿Y? Nada más. Eso es todo. ¿Es creíble o no?

—Me ha parecido una idea divertida, de verdad. Pero ¿para qué?

—¿Para qué qué?

—¿Para qué coleccionan conversaciones? ¿Qué hacen con ellas?

—No lo sé muy bien. Sólo lo documentan, ¿no?

—Ahora me viene a la mente a qué me recuerda. *El cielo sobre Berlín*, de Wim Wenders. ¿La has visto? Va sobre unos ángeles que andan por ahí escuchando los pensamientos de la gente.

—Pero aquí son conversaciones y no ángeles.

—Sí, sí. Pero ¿la has visto?

—Hace mucho. Pero no pensaba en esa película. En absoluto, a decir verdad.

Y era cierto, ni por un momento había tenido en mente esa película, y sin embargo sabía a qué se refería, había un parecido.

—¿Quieres otra cerveza? —le pregunté levantándome.

—Con mucho gusto —respondió.

Desde la cola escruté con la vista el local para ver si Ingvild por casualidad estaba allí, algo que había hecho desde que puse el pie en el café, pero no estaba. Levanté dos dedos, y vi el tic casi imperceptible en el ojo del camarero, indicando que había tomado nota, no sin un leve sentimiento de orgullo por mi parte, pues ya conocía ese juego.

¿Y si fueran ángeles?

¡Eso lo solucionaría todo! Estaban reuniendo material para una biblia invertida, que trataría de los seres humanos que ellos no entendían. ¡Lo humano les resultaba incomprendible! ¡Y luego investigaban esas conversaciones!



Coloqué dos jarras de cerveza en la mesa y me senté.

–He oído decir que no debes hablar de lo que piensas escribir –dije.

–¿Por qué no? –preguntó Petra, no muy atenta, porque tenía la mirada perdida, mientras deslizaba los labios sobre los dientes, como solía hacer cuando pensaba en otra cosa, o yo creía que estaba pensando en otra cosa.

–Porque así de alguna manera estás quemando la pólvora –dije–. La estás gastando.

–Bah, eso son cosas que se dicen. Tú haz lo que quieras. Si quieres hablar de ello, habla, joder.

–Tal vez tengas razón –dije.

Me sentía siempre despejado e inocente cuando estaba con ella, como un hijo perfecto de la burguesía, el primero de la clase, muy bueno en el colegio, pero casi en blanco ante la vida. Petra contó que las últimas semanas había salido sola casi todas las noches, había ido al bar de Wesselstuen, y siempre se le acercaban hombres que la invitaban, no se gastaba ni una corona en toda la noche, dijo, y tampoco hacía nunca nada para corresponderles, sólo escucharles, y a veces ni eso. Dijo que le entretenía, que esos hombres eran divertidos y que ella nunca se habría acercado a ellos de otra manera. Yo no entendía qué placer obtenía de aquello, pero lo respetaba, por no decir admiraba, pues había leído a Bukowski y a Kerouac, y todos esos otros libros en los que la gente se pasaba la vida bebiendo en los bares, y desde mis tiempos del instituto me había atraído esa luminosa oscuridad, pero no la conocía, no frecuentaba esos sitios, me resultaba impensable estar sentado solo en un bar hablando con desconocidos, me resultaba más acorde con mi manera de ser hacer gofres en mi casa yo solo, pensaba, porque así me consideraba Petra, un tipo alegre y poco profundo que llamaba a su madre y temía un poco a su padre. Ella se rebajaba cuando se sentaba conmigo, yo no comprendía por qué lo hacía, pero me alegraba por ello, así que tenía que aceptar que se riera de mí, haciendo comentarios despectivos. Así se comportaba con todo el mundo.

Miré por el local a todos aquellos pequeños montículos, las cabezas.

¿Ingvild?

No.

¿Otros conocidos?

No.

Miré el reloj. Las once y media.

¡Ángeles que estudian la biblia invertida!

¿Sería capaz de llevar eso a buen puerto?

–Yo estoy escribiendo un relato sobre una peluquería –dijo Petra–. Hay dos perros metidos en una cesta. ¡Ésa es mi idea!

–Seguro que será cojonudo –dije.

–Al menos no tengo la sensación de que sea peligroso hablar de ello –dijo, sonriendo, a la vez que entornaba los ojos en un repentino gesto agresivo.

–Hola –dijo una voz familiar detrás de mí.

Era Yngve.

–¡Hola! –exclamé–. Tenía la esperanza de verte esta noche.

–Estoy dándome una vuelta a ver si veía a alguien conocido, acabo de salir de trabajar.

–¡Pídete una cerveza y siéntate! Por cierto, ésta es Petra, de la Academia. Éste es mi hermano, Yngve.

–Me lo figuraba –dijo Petra.

Cuando unos minutos después Yngve se sentó, me temía que Petra se lanzara sobre él, a sus ojos sería superaburrido, pero no fue así, al contrario, se pusieron a charlar mientras yo me recliné en la silla bebiendo cerveza y relajándome, escuchándoles a medias. Petra le preguntaba a Yngve por sus estudios, lo que en sí era inesperado. A lo mejor el episodio con Fosse le había hecho rectificar. Yngve se puso a hablar de un libro de Baudrillard sobre Estados Unidos, Petra mostró interés y yo me alegré por ello. Ella se levantó para ir al lavabo, Yngve dijo que le gustaba, que era guapa, yo dije que sí, pero que a veces podía ser terriblemente cortante.

Nos pusimos en la cola para coger un taxi delante de Wesselstuen, al cabo de veinte minutos nos sentamos en el asiento trasero de un Mercedes que se deslizó con elegancia por las lluviosas calles hasta mi casa. Pagué, constaté que no había ninguna nota ni en la puerta del portal, ni en la de mi casa, abrí con la llave y entramos, sin que me preocupara lo que Petra pudiera pensar de lo que vería, algo que me habría pasado con cualquier otra, preparé té, puse un disco de Velvet Underground, que por alguna extraña razón asociaba con ella, quizá por lo cínico y lo urbano. Dijo que Yngve era muy majo y quiso saber qué clase de relación teníamos, contesté que teníamos una buena relación, pero que tal vez yo dependía demasiado de él allí en la ciudad, al menos eso pensaba de vez en cuando, yo no tenía amigos, excepto los de la

Academia, razón por la que siempre me pegaba a Yngve. Hermano pequeño una vez, hermano pequeño por siempre, dijo ella. Nos fumamos un cigarrillo, le dije que no tenía más que un edredón, pero que se lo dejaba, ella resopló diciendo que le bastaba con la colcha, dormía con la ropa puesta, no era problema, lo hacía a menudo. Vale, dije, ¿pero una sábana sí querrás? Ella resopló de nuevo, yo dije, como quieras, y me levanté.

¿Iba a desnudarme delante de ella? ¿O dormía yo también con la ropa puesta?

Ni de coña, ésta es mi casa, pensé, y empecé a desnudarme. Ella se volvió hacia el otro lado y estuvo jugueteando con algo hasta que estuve metido en la cama, apoyado en un codo. Ella me miró.

—¿Qué es eso que tienes ahí? ¡Qué asco! —dijo—. ¿Tienes *tres* pezones?

¿A qué diablos se estaba refiriendo?

Miré hacia los pezones.

Era verdad. Al lado de uno de ellos me había salido otro pezón tan grande como el original.

Aterrado, lo toqué con los dedos gordo e índice.

¿Sería cáncer?

—Qué asco, si hubiera sabido que eras un friqui no habría venido a dormir aquí.

—Tranquila —dije—. No es más que una espinilla. Ha obstruido un poro o lo que sea eso. ¡Mira!

Apreté el nuevo pezón con los dedos y salió un líquido amarillo que cayó sobre el pecho.

—¿Qué estás haciendo? ¡Qué asco! —exclamó Petra.

Me levanté, cogí una toalla del armario y me limpié el pecho, luego me miré el pezón, que ya tenía una pinta completamente normal. Me eché hacia atrás en la cama.

—¿Apagas tú la luz? —le pregunté.

Ella asintió con la cabeza, se acercó al interruptor y lo pulsó, luego se sentó en el sofá, encogió los pies y se tapó con la colcha blanca.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches —contestó.

Me despertaron sus pasos y me incorporé.

—¿Te vas? —pregunté.

–Eso pretendo –dijo–. Son las nueve. Siento haberte despertado.

–No pasa nada –dije–. ¿No quieres desayunar?

Negó con la cabeza.

–Esta noche has hecho mucho ruido –dijo–. ¿Te acuerdas?

–No.

–Te has levantado, has tirado el edredón al suelo y lo has pisado con un montón de fuerza muchas veces. ¿Qué estás haciendo?, te he preguntado. ¡Hay un visón en el edredón!, has gritado. Yo casi me muero de la risa. Ha sido un espectáculo, de verdad.

–¿De veras? No recuerdo nada.

–Es verdad. Gracias por prestarme tu sofá. ¡Nos vemos!

La oí salir a la entrada, la puerta de la calle que se abría y se cerraba, los pasos que doblaban la esquina y desaparecían por la cuesta. Vagamente se me aparecía la imagen de un animal, se encontraba entre la funda del edredón y el propio edredón, me acordé, había tirado el edredón con miedo y asco. No recordaba en absoluto haberlo pisado. Resultaba casi escalofriante, que yo supiera todas las noches podrían tener lugar allí escenas así.

Dos noches después llamaron a la puerta, di un salto, convencido de que era Ingvild, ¿quién, si no, iba a llamar a mi puerta?

Jon Olav.

Se preguntaba qué era de mí, ¿estaba escribiendo día y noche o qué?

Pues sí, casi.

Me preguntó si quería que nos diéramos una vuelta y nos tomáramos una cerveza, el domingo era un buen día para hacerlo, todo estaba tranquilo y pacífico.

Dije que no podía, que tenía mucho que hacer.

–Está bien –dijo, se levantó y se puso la chaqueta–. Me ha gustado hablar contigo.

–Lo mismo digo. ¿Sales de todos modos?

–Ya veré. Por cierto, ayer me encontré a Ingvild.

–¿Ah, sí? ¿Dónde?

–Celebraban una fiesta en Møhlenpris. A tope de gente.

–¿Qué te dijo?

–Nada en particular. Tampoco hablé mucho con ella, la verdad.

–¿Viste a más gente conocida?

–Pues sí, a bastantes. A varios de los que estuvieron en la fiesta de Yngve. Asbjørn y Ola, ¿no se llamaba así? Un tipo muy majo.

–Sí, lo es –asentí–. ¿Y en casa de quién era la fiesta?

–No lo sé. Yo fui con amigos de amigos. Un fiestazo, de verdad. Medio Høyden estuvo allí.

–Yo estaba en casa –dije.

–Ya me lo has dicho. Puedes resarcirte ahora si quieres.

–Me apetece, pero no.

–Vale. ¡Respeto a un hombre que trabaja!

Él se marchó y yo me senté a escribir. Tenía ya tres conversaciones completas, e intentaría escribir la cuarta antes de acostarme. Tendría lugar en un café, y los dos que hablan son delincuentes y se ponen nerviosos al descubrir el micrófono que el coleccionista ha puesto en la mesa y enseguida se marchan.

Me acosté pronto y, como siempre, me dormí enseguida. Sobre las siete de la mañana me desperté bruscamente de un sueño, algo que no sucedía nunca.

Estaba soñando con una fiesta en casa de Yngve, en la que estaba Ingvild. Entré, me detuve en el vano de la puerta del cuarto de estar, al fondo, delante de una ventana, estaban ellos, Ingvild me miraba, luego echó la cabeza hacia atrás, e Yngve la besó.

Volví a tumbarme en la cama.

Ingvild estaba con Yngve.

Ésa era la razón por la que ella no había venido.

Estuve dándole vueltas toda la mañana. Creía en los sueños, creía que decían algo sobre la vida, y que en el fondo todos eran verdaderos. En ese sentido la imagen era inequívoca. Estaban juntos. Ingvild me miraba y luego besó a Yngve.

No podía ser, ¿no?

¡Dios, por favor, dime que no es así!

Pero sabía que era verdad, y la verdad me estuvo quemando por dentro todo el día. Me dolía todo el cuerpo, el estómago se me retorcía y hubo momentos en los que apenas conseguía respirar, tan deprisa me latía el corazón.

Ah, Dios, dime que no es verdad.

De pronto todo dio la vuelta, un sueño, ¿yo era un idiota?, ¿quién iba a

creerse un sueño?

¡No era más que un sueño!

Saqué las zapatillas de deporte y el viejo chándal que Yngve me había regalado hacía mucho, lo viví como una buena señal, él nunca habría querido herirme. Salí a la calle y me puse a correr. No había corrido desde que vivía en el norte de Noruega, respiraba con dificultad ya después de unos cientos de metros. Pero tenía que destruir esa estúpida imagen, aplastarla, y para eso serviría el método de agotarse por completo, correr, correr hasta que no quedara nada por lo que correr, luego me daría una ducha caliente y me sentaría a leer una novela neutra de algo que tratara de todo menos de amor, y por fin, agotado como un niño después de un largo día, me acostaría y dormiría, y al día siguiente, como era de esperar, me despertaría como una persona nueva, libre de celos y sospechas infundadas.

No salió exactamente según lo planeado, la imagen permaneció dentro de mí toda aquella semana, pero sin desquiciarme por completo, tenía bastante con pensar en las clases, y cuando llamé a Yngve para que nos pusiéramos de acuerdo sobre los detalles de la visita a Sørbøvåg, no le noté nada raro.

Sólo había sido un sueño.

El viernes teníamos el día libre y decidí coger el barco hacia el norte el jueves por la tarde, él no podía ir hasta el día siguiente. Mi madre se tomó el viernes libre e iría a buscarme al muelle de Rysjedalsvika.

Diluviaba cuando me bajé del autobús en Fisketorget, desde allí fui andando hasta la terminal de Strandkai, donde estaba el barco con los motores ya en marcha esperando a los pasajeros. El nivel del mar en Vågen era alto, el agua entre gris y azul se mecía lentamente, pero con una gravedad muy distinta a la de las airadas gotas de lluvia que caían y azotaban la superficie. Saqué un billete de ida y vuelta en la taquilla, crucé la zona del muelle, subí la escala y me metí en el barco, donde busqué un sitio lo más adelante posible para poder ver el paisaje por los grandes ventanales frontales inclinados durante el rato que aún habría luz fuera.

Hidroala era una de las palabras mágicas de mi infancia, además de catamarán y aerodeslizador. No sabía muy bien si ese barco, con su casco dividido, era un hidroala. Seguía gustándome esa palabra.

Por las ventanas laterales vi a la gente llegar con maletas y bolsas,

caminaban con la cabeza gacha bajo la lluvia, luego se sentaron a mi alrededor, todos con la misma sucesión de movimientos. Sobre los asientos se veían impermeables y paraguas que había que colocar en los portaequipajes, bolsas que había que colocar en el suelo debajo del respaldo del asiento, bandejas que había que levantar y asientos vacíos que conquistar antes de poder sentarse con un suspiro. En la parte de atrás del barco ya estaba abierto el quiosco, en el que podías comprar periódicos, café, perritos calientes y chocolate. La mayor parte de los viajeros tenían pinta de venir de los pueblos de la provincia de Sogn og Fjordane, había algo en su manera de vestir que no se solía ver en la ciudad, algo también en su manera de comportarse, como si para ellos no existiera la idea de que alguien pudiera verlos, y quizá también algo en su fisionomía, es decir, la forma de sus cuerpos y sus caras. Durante las semanas que llevaba viviendo en Bergen había empezado a reconocer determinadas caras *bergenianas*, se parecían entre ellas, chicos, mujeres mayores, hombres de mediana edad cuyos rostros tenían algunos rasgos en común que no había visto en otros lugares. Entre esas caras había cientos, por no decir miles, que no se parecían. Se desvanecían, se borraban tras haberme cruzado con ellas, pero las caras *bergenianas* volvían, ah, sí, ¡era esa cara! La ciudad de Bergen databa de la Edad Media, y me gustaba pensar que de aquellos tiempos no sólo quedaban Håkonshallen y la iglesia de María, además del paisaje, claro está, que del siglo XV no sólo quedaban las inclinadas casas de Bryggen, sino que también los distintos rasgos faciales seguían vivos, que aparecían constantemente en las nuevas generaciones, y seguían moviéndose por la ciudad. Algo de eso vi en la gente sentada junto a mí en el barco, sólo que a esas personas las relacioné con las granjas y los pueblecitos del paisaje montañoso de los fiordos, algo más al norte. Mi madre solía decir que antes, en tiempos de sus abuelos, solían atribuir a la gente de las distintas granjas ciertas cualidades. Esa familia era así, aquella asá, y que esa imagen se heredaba a través de las generaciones. Esa manera de pensar pertenecía a otros tiempos y en el fondo me resultaba imposible de entender, yo, que no era de ninguno de los lugares en los que me había criado, al igual que todos los que me rodeaban. Todo era primera generación, todo sucedía como si fuera la primera vez, nada, ni el cuerpo, ni el rostro, ni las costumbres ni la lengua provenían de ese sitio, ni había estado relacionado con ese sitio durante una larga época, y por lo tanto no se podía entender de esa manera.

En realidad sólo había dos formas de existencia, pensé, la que estaba relacionada con un determinado lugar, y la que no. Las dos habían existido siempre. Ninguna podía elegirse.

Me levanté y me acerqué al quiosco a por un café y una barrita de chocolate Daim, y en el instante en el que bajé la bandeja abatible y coloqué la taza en el pequeño hueco pensado para ello, subieron a bordo la maroma del amarre, recogieron la escala y se aceleraron las revoluciones del motor. El casco temblaba y daba sacudidas. El barco empezó a moverse lentamente hacia delante, a la vez que viraba hacia la izquierda, y al poco rato la proa estaba dirigida hacia las islas fuera de la ciudad. Cerré los ojos, disfrutando de las sacudidas del casco, de ese zumbido constante que subía y bajaba, y me dormí.

Cuando abrí los ojos vi el contorno de un enorme bosque que se extendía hacia el interior, y más atrás, en la lejanía, una fila de montañas.

Entonces ya no quedaba mucho.

Me levanté y me fui a popa, subí la escalera y salí a la cubierta. Estaba vacía, y al acercarme a la barandilla y no estar ya al abrigo de la superestructura, el viento soplaba tan fuerte que casi me arranca de allí. Me agarré y me sentí rebosante de júbilo por dentro, porque no sólo estaba el viento, lleno de gotas de agua que estallaban en mi cara, sino también había caído la oscuridad y la enorme ola que seguía al barco relucía blanca detrás de nosotros.

No volví a entrar hasta que las luces del muelle se hicieron visibles, primero como unos puntitos relucientes en lo más profundo de la oscuridad, pero que enseguida, debido a la gran velocidad del barco, subirían por un costado y dejarían ver la sala de espera con la ventanilla de venta de billetes, los dos autobuses que aguardaban, algunos coches y un grupo de personas que iban a subir a bordo o habían ido a recibir a alguien.

Mi madre era una de las personas que estaban esperando con los brazos agarrados al cuerpo y la cabeza gacha bajo la lluvia y el viento, me saludó agitando la mano, yo me acerqué y le di un abrazo, y cuando estábamos llegando al coche, el barco rápido salió rugiendo.

—Cuánto me alegro de verte —dijo.

—Lo mismo digo —respondí y subí al coche—. ¿Qué tal va todo?

—Yo creo que bien —contestó—. Mucho que hacer, pero es interesante, así



que no me quejo.

Atravesamos el bosque y salimos a la bahía al otro lado, donde se encontraban los astilleros en los que trabajaba Kjartan. Se vislumbraba un enorme casco dentro de un hall o un dique. Kjartan se deslizaba por pozos y pasillos montando tuberías, y cuando hablaba de su trabajo, no era sin orgullo en la voz, aunque reconocía que seguramente era un fontanero naval mediocre, por no decir malo, porque estaba muy lejos de su punto de partida, se trataba de una actividad ajena a él y así era desde que se proletarizó en algún momento a finales de los setenta. También era el defensor del trabajador en los astilleros, lo que me imaginaba que le robaría mucho tiempo.

Subimos una ladera empinada hasta un monte cubierto de bosque, y luego bajamos al otro lado, hasta Hyllestad, el centro municipal al final del Åfjorden, desde allí continuamos a lo largo del fiordo hasta Salbu, donde estaba la casa de los abuelos y de Kjartan, situada en una pequeña colina.

La lluvia llenó el haz de luz cuando mi madre detuvo el coche delante de la casa, y al apagar las luces fue como si por un instante dejara de llover, hasta que se apagó el zumbido del motor, y el chasquido sobre el capó y el techo volvió a sonar.

Me bajé del coche, cogí la bolsa, pisé la gravilla blanda y abrí la puerta.

Ah, ese olor.

Colgué la chaqueta en la percha, encima del mono del abuelo, di un par de pasos hacia un lado para ceder el sitio a mi madre, que se quitó el abrigo, dejó la bolsa al pie de la escalera y entró en el cuarto de estar.

La abuela estaba sentada en el sillón que había junto a la ventana al fondo del cuarto, el abuelo en el sofá, debajo de la ventana de la pared larga, los dos estaban viendo la televisión, con el volumen altísimo.

—Mira quién está aquí —dijo el abuelo.

—Hola —saludé.

—¡Veo que el pueblo noruego va creciendo! —exclamó.

—Creo que ya he dejado de crecer —dije, volviéndome hacia la abuela, de una forma u otra quería saludarla más de cerca, pero no podía darle un abrazo, eso era algo que nunca había hecho y jamás haría. Ella tenía un brazo sobre el pecho, como en un cabestrillo, que vibraba y le temblaba. También le temblaba la cabeza, y los pies, que tenía estirados sobre un escabel. No podía decirle: «¿Estás bien, abuela?»

Di unos pasos hacia ella y le sonreí.

Ella me miró, y vi que movía la boca.

Me acerqué del todo e incliné la cabeza hacia la suya.

Apenas le quedaba voz, todo lo que se oía era un suspiro como un soplo.

¿Qué decía?

Hola.

Sus ojos sonrieron.

—He venido en el barco —dije—. Está lloviendo mucho.

Sí.

Me volví a enderezar y miré hacia la puerta, por la que entraba mi madre justo en ese instante.

—Vamos a preparar un poco de cena, ¿verdad? —dijo.

A la mañana siguiente dormí hasta las doce. Bajé justo a tiempo para la comida, que allí siempre era a esa hora. Mi madre había hecho bolas de patata, las comimos en la cocina, fuera colgaba una densa niebla y las hojas del gran abedul justo delante de la ventana estaban amarillas y brillantes de humedad.

Después de comer, mientras ellos descansaban, fui a darme un paseo por los campos de la granja, que medía dos hectáreas. Al otro lado de la pequeña laguna, que estaba completamente negra y llena de hojas de nenúfares por las orillas, se alzaba la ladera vestida de abetos, callada y oscura hacia el cielo bajo. Me acerqué al granero, aún más pequeño y ruinoso de lo que recordaba, abrí la puerta del establo en la planta baja, había tres vacas moviéndose en los pesebres, la que estaba más al fondo giró la cabeza y me miró con ojos dulces. Pasé por delante de ellas y atravesé la puerta baja que daba al granero. Estaba medio lleno de heno, trepé hasta el borde y metí la cabeza en lo que antaño había sido un gallinero y donde todavía había plumas en el suelo, aunque hiciera más de diez años que no había allí ninguna gallina.

Un día llevaría a Ingvild a la granja.

Era un pensamiento feliz, me la imaginaba sentada en el sofá hablando con el abuelo y con mi madre, viendo todo ese mundo que para mí era tan mágico. Al mismo tiempo había algo casi criminal en ese pensamiento, lo violento y prohibido de juntar dos mundos completamente distintos de esa manera: si me la imaginaba en ese sofá era sabiendo al mismo tiempo que no pertenecía a ese lugar.

Salí al puente del granero, encendí un cigarrillo y lo protegí con la mano de la llovizna que estaba a punto de convertirse en lluvia. Mi madre salió de la casa, abrió la puerta del coche, se metió en él y condujo hacia mí para dar la vuelta. Bajé a preguntarle adónde iba.

–Voy a la tienda. ¿Quieres venir?

–No, creo que voy a escribir un rato.

–Muy bien. ¿Quieres que te compre algo?

–Los periódicos, si no te importa.

Asintió, dio la vuelta y al poco rato vi su coche en la carretera de abajo.

Tiré el cigarrillo donde solían quemar los papeles y entré en la casa. Los dos se habían levantado, estaban en la cocina. Cerré la puerta sin hacer ruido, con la intención de subir a la habitación e intentar escribir un poco, pero entonces vi algo a través de la puerta abierta y me detuve. La abuela levantó su mano temblorosa como para pegar al abuelo, que dio unos minúsculos pasos de viejo hacia un lado. Ella estaba sentada en una silla de ruedas, la movió con los pies e intentó pegarle de nuevo. Él se alejó unos pasos más para evitarlo. Todo ocurría tan despacio que resultaba escalofriante, y en el más completo silencio. El abuelo salió por la otra puerta y se metió en el cuarto de estar, y la abuela movió la silla hasta la mesa con pequeños movimientos de los pies.

Subí a la habitación y me metí en la cama. El corazón me latía deprisa agitado por lo que acababa de ver. Fue casi como un baile, el terrible baile de los viejos.

Nunca me había parado a pensar en la relación entre el abuelo y la abuela, de hecho, ni siquiera había pensado que *tuvieran* una relación. Pero llevaban casi cincuenta años casados, habían vivido siempre en esa pequeña granja, educado a cuatro hijos, trabajado y luchado para sobrevivir. Fueron jóvenes como yo ahora, con la vida por delante, como yo ahora. Tampoco había pensado nunca en eso, no en *serio*.

¿Por qué intentaba pegarle la abuela?

Tomaba mucha medicación, tanta que se volvía paranoica, imaginaba cosas, por eso era.

Lo sabía, pero no sirvió de nada, la imagen de los dos era más fuerte.

A través del suelo me llegaba el sonido de la radio, el parte meteorológico y las noticias. Sabía que mi abuelo estaba sentado muy cerca del aparato, con

una mano debajo de la oreja y la mirada al frente, a menos que cerrara los ojos para concentrarse.

La abuela temblaba en la cocina.

La impresión de lo que había visto resultaba tan fuerte que me levanté y bajé en un intento de allanar las diferencias, tal vez mi presencia pudiera restablecer una especie de normalidad, pensé vagamente, mientras mis pasos crujían en la escalera y la visión del teléfono gris de la mesa de debajo del espejo de la entrada me hizo recordar aquel viejo aparato que tenían antes colgado de la pared y que constaba de un cono que te ponías en la oreja y otro por el que hablabas, todo ello de baquelita negra.

¿No estaba equivocado? ¿Podían tener un aparato tan antiguo, casi del siglo XIX, cuando yo era pequeño? ¿O era algo que había visto alguna vez en una película, y trasladado en el pensamiento hasta allí, donde se había quedado?

Abrí la puerta del cuarto de estar, donde justo en ese momento el abuelo se levantaba de su manera minuciosa, enderezando su pequeño cuerpo mientras me miraba.

—Qué bien que hayas venido —dijo—. He pensado que habría que levantar una nueva valla debajo del granero, y que ya que estás aquí podrías ayudarme.

—Me parece muy bien —dije—. ¿Ahora mismo?

—Sí —contestó.

Nos pusimos la ropa de abrigo en silencio, yo le seguí al sótano, donde había postes impregnados de verde y un rollo de tela metálica. Llevé todo hasta el final de la finca, y lo dejé en la pequeña elevación en la que empezaba la propiedad del vecino, luego volví a por el mazo que el abuelo me había señalado.

El trabajo manual no era mi fuerte, por no decir algo peor, y por eso estaba un poco nervioso cuando fui hacia él con el mazo en la mano, no estaba seguro de saber hacerlo, o de hacerlo de una manera que satisficiera al abuelo.

Él sacó del bolsillo del mono unos alicates para cortar la vieja tela metálica, tiró del primer poste y lo movió hacia delante y hacia atrás hasta que pudo arrancarlo. Yo hice lo mismo por el otro lado, siguiendo sus indicaciones. Cuando acabamos, colocó en el suelo uno de los nuevos postes y me pidió que lo hundiera en la tierra, golpeándolo con el mazo. Los

primeros golpes fueron ligeros y temerosos, pero como no dijo nada me atreví a golpear con fuerza y con movimientos cada vez más seguros.

El gorro negro con orejeras que llevaba siempre el abuelo estaba cubierto de pequeñas gotas de agua. La tela azul del mono se había oscurecido con la lluvia. Miró el paisaje y contó la historia del accidente de avión sobre la montaña Lihesten en los años cincuenta, que yo había oído muchas veces, seguramente le viniera a la cabeza en ese momento por la niebla y la llovizna. Me gustaba oírle contar historias, y cuando acabó y llevaba unos minutos sin decir nada, limitándose a estar quieto con la cabeza baja al lado del poste, que ya se mantenía en pie solo, le pregunté por la guerra. Cómo estaba eso durante la guerra, si hubo resistencia, y si había alemanes estacionados allí. Fuimos hasta el punto donde tenía que estar el siguiente poste, y él empezó a hablar de los días de abril de 1940. Cuando llegó la noticia de la invasión, él y un amigo se fueron a Voss, donde había movilizaciones. Primero fueron andando, luego alguien les prestó una barca y remaron hasta el otro lado del Sognefjorden, cruzaron la montaña, era abril, nieve dura y luz de luna por la noche, dijo, llegaron a Voss, al campamento militar, donde debían presentarse todos los hombres del oeste. El abuelo sacudió la cabeza riéndose. Todos estaban borrachos cuando llegaron, y apenas había armas. Tampoco uniformes. Los oficiales estaban sentados en el Hotel Fleischer bebiendo. Cuando la bebida se acabó, contó el abuelo, requisaron el bar del crucero *Stella Polaris*, amarrado en Bergen. Las bebidas les fueron enviadas por tren.

—¿Qué hicisteis entonces? —pregunté.

—Primero intentamos conseguir armas y uniformes. Empezamos a dar vueltas por Voss, preguntando a todos los uniformados que veíamos si nos podían ayudar. Nadie podía. Mi amigo le dijo a un guardia: somos soldados, aunque no llevamos uniforme. ¿No puedes llamar a alguien? No, dijo el guardia, y nos mostró el cable telefónico. Estaba cortado. Así que nos volvimos a casa. Después de cruzar a remo el Sognefjorden, arrastramos las barcas hasta el lado norte para dificultárselo más a los alemanes si nos seguían. Cuando llegamos a casa, ya habían ocupado el país.

Se tomó mucho tiempo en este relato, ni un solo detalle le parecía demasiado insignificante para ser mencionado, incluso relató el ladrido de los perros cuando se encontraban cerca de alguna granja por la noche, y cuando acabó de contar, sólo quedaba un poste. Lo hundí en la tierra, él fue a por el

rollo de tela metálica y empezamos a fijarla en los postes sujetando él, mientras yo la clavaba con grapas.

–Sí que hubo alemanes estacionados aquí –dijo–. Conocí a uno de ellos. Era austriaco, y había estado en Noruega de niño, en los años treinta mandaban aquí a niños pobres en verano, y él fue uno de ellos. Era un tipo interesante.

El abuelo contó que había un campamento de prisioneros en el distrito, constaba en su mayoría de yugoslavos y rusos que trabajaban en la construcción de una carretera. El abuelo tenía un camión que fue requisado por los alemanes, iba a menudo al campamento, que se encontraba en Fure. Llevaba comida a los prisioneros, dijo, la abuela preparaba bocadillos, y él los escondía debajo de piedras en los alrededores. Dijo que creía que los guardias lo sabían, pero que hicieron la vista gorda. Una vez vio fusilar a un prisionero.

–Estaba delante de los soldados alemanes gritando *Schiesst! Schiesst!* Y entonces uno le pegó un tiro. Los oficiales se pusieron furiosos. Eran disciplinados, ¿sabes? Así que el que pegó el tiro sin que se lo hubieran ordenado fue enviado al frente del Este. Para los soldados alemanes, Noruega era un lugar privilegiado, comparado con todos esos otros lugares donde podrían haber sido enviados. Hacia finales de la guerra mandaban sobre todo aquí a viejos y jóvenes. Recuerdo que un día vi llegar un nuevo contingente, y uno de los oficiales les dijo: *Was wollen Sie hier, alte Leute?*

El abuelo se rió. Yo clavé las grapas e hice rodar la tela metálica hasta el siguiente poste. Él siguió relatando. El austriaco, del que según lo que contaba parecía que se había hecho amigo, decidió huir unos días antes de la capitulación alemana, subió a un barco con una mujer del pueblo y los dos hijos de ella, y desapareció. Más tarde los dos hijos fueron encontrados flotando en el agua al otro lado del fiordo, seguramente les habían golpeado con una piedra.

Lo miré. ¿Qué diablos me estaba contando?

–Hace poco sacaron un libro sobre ese suceso. Lo tengo en casa. Es muy interesante. Quién hubiera podido adivinar que fuera capaz de hacer algo tan terrible. Pero tuvo que ser él el que los matara, no hay otra posibilidad. Y luego desapareció sin dejar rastro. Es posible que aún siga vivo.

Me enderecé y le ayudé a desenrollar la tela metálica hasta el siguiente poste, donde la estiré todo lo que pude, y luego la clavé en la parte de arriba y

en la de abajo, de modo que el poste se mantuvo recto hasta que conseguí fijarlo mejor.

—¿Y cómo era ese hombre? —quise saber, mirando directamente al abuelo, que estaba contemplando la niebla sobre el fiordo.

—Era un hombre educado, ¿sabes? Cortés y amable. No tengo nada malo que decir sobre él. Pero claro, por dentro sería distinto.

—Pues sí —dije—. ¿Crees que lograría escapar o moriría?

—No es fácil saberlo —contestó—. Seguramente moriría en la huida.

Ya habíamos llegado al último poste, el abuelo cortó la tela metálica y bajé el rollo y el mazo al sótano, con él andando a mi lado. Cuando volvimos al cuarto de estar, con la cara enrojecida por la lluvia, mi madre estaba haciendo creps en la cocina. La abuela estaba sentada en el sillón, y al verme dijo algo. Me acerqué a ella y bajé la cabeza.

Sonó como si dijera el reloj. Él ha cogido el reloj.

—¿Quién? —le pregunté.

—Él —contestó, echando una rápida mirada al abuelo, que se estaba sentando en el sofá.

—¿Ha cogido él el reloj? —le pregunté lo más bajo que pude para que él no lo oyera.

—Sí —susurró ella.

—No creo —dije—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Me enderecé, me dolía el estómago, fui a la cocina con mi madre y entorné la puerta para que no nos oyeran.

Mi madre llevaba en la mano un cucharón con el que echó un poco de masa sobre la plancha. La masa empezó enseguida a endurecerse.

—La abuela dice que el abuelo le ha cogido el reloj —dije—. Que se lo ha robado, si la he entendido bien.

—Sí, le he oído decir algo así —dijo mi madre—. Es la medicación, a veces se vuelve paranoica y se imagina cosas. Ahora está bastante mal, pero luego mejorará, ya lo verás.

—Sí —contesté.

Por alguna razón estuve a punto de echarme a llorar. Fui a la entrada, me puse las botas y me coloqué debajo del tejadillo que protegía la puerta a fumarme un cigarro.

Abajo, en la carretera, un autocar se paró delante del colegio. Al cabo de unos minutos vi a Kjartan subir la cuesta, ojos oscuros, piel blanca, con una

bolsa en una mano, y unas cartas y un periódico en la otra. Era el periódico de izquierdas *Klassekampen*, al que estaba abonado desde que yo podía recordar.

–Buenos días –dijo.

–Hola, Kjartan –saludé.

–¿Llegaste ayer?

–Sí –contesté.

–Luego hablamos –dijo.

–Vale, mamá está haciendo creps. Estarán listas dentro de un cuarto de hora o así.

Siguió hacia su puerta, se detuvo y miró el paisaje.

–¡Allí está la corneja con una sola pata!

Di unos pasos hacia él, y miré en la dirección que señalaba, a lo alto del poste que llevaba la electricidad al granero. Y, ciertamente, una corneja con una pata se había posado allí.

–Johan le pegó un tiro en la pata. Desde entonces está por aquí.

Se rió brevemente y cerró la puerta tras él, yo apagué el cigarro en la gravilla blanda y fui a tirarlo al cubo de la basura, debajo de la pila.

–Por cierto, ha llamado Yngve –dijo mi madre–. Va a hacer un turno extra esta noche y no llegará hasta mañana a mediodía. Dijo que vendría en coche.

–Qué pena –dije–. ¿Pongo la mesa?

–Estaría muy bien –dijo mi madre.

Cuando acabamos de comer en la mesa del cuarto de la tele, ya que los abuelos habían trasladado su dormitorio abajo al comedor por los problemas que tenía la abuela con la escalera, Kjartan me miró y me preguntó si quería charlar un poco con él en su casa. Asentí con la cabeza y subimos a su luminoso y despejado piso de arriba. Él preparó la cafetera, yo me senté en el sofá, y eché un vistazo a los libros apilados sobre la mesa.

Bobrowski, Hölderlin, Finn Alnæs, el primer tomo de la gran obra *La fiesta del fuego*, la cual, según decía mi madre, había acabado con el autor, al menos sólo habían salido dos de las cinco novelas anunciadas. Kjartan mostró un ardiente interés por esos libros durante varios años, tenía algo que ver con la presencia del cosmos en ellos, eso entendí por cómo hablaba de esa obra.

–¿Aprendes algo en la Academia de Escritura? –me preguntó desde la



cocina.

–Sí, sí –contesté.

–Conocí a Sagen –dijo–. Ha dirigido varios cursos organizados por el Grupo de Escritores de Sogn.

–Él aún no ha estado –dije–. Sólo Fosse y Hovland.

–No los conozco –dijo trayendo dos tazas. Estaban mojadas, las acababa de fregar; en la mía había todavía restos de café en el fondo, medio deshilachados por el agua.

–Ya hemos hecho cinco cursillos de poesía –dije.

–Así que has escrito poemas.

–Sí, tuve que hacerlo. Pero no me salió nada bien.

–No digas eso. Sólo tienes diecinueve años. Cuando yo tenía tu edad apenas sabía lo que era un poema. Tienes suerte de estar en esa Academia.

–Sí –dije–. Y tú, ¿has escrito algo últimamente?

–Algunos poemas.

Se levantó y se acercó a la mesa de comedor, donde estaba la máquina de escribir, cogió un montón de hojas, las hojeó un rato, volvió y me las dio.

–Puedes echarles un vistazo si te apetece.

–¡Con mucho gusto! –dije mirando al suelo, de repente conmovido por ver que me consideraba su igual.

río disminuyendo

la cabeza de acero come  
de la piedra verde  
moviéndose entre la hierba trémula  
enfriando la sombra

un hermano de sol  
bate el ala

–¿Qué es cabeza de acero? –le pregunté mirándolo.

–¿Cabeza de acero? Trucha. ¿Qué te parece?

–Muy bueno –dije–. Me gusta sobre todo el final. Es como si se elevara.

–Sí –dijo–. Son las truchas del lago justo aquí al lado, ¿sabes?

Seguí leyendo.

con la boca llena de grasienta hierba de iglesia  
ando balanceándome por los caminos  
bebo la luz de la fe  
en las playas de la eternidad  
sigo andando con el cuerpo  
cual un caballo bayo al atardecer  
hacia algún lugar del bosque

Los ojos se me volvieron a humedecer, esta vez por el poema, la imagen del cuerpo como un caballo al que lleva hacia el bosque al atardecer.

Noté que tenía un montón de llanto preparado en mi interior, esperando la ocasión para desbordarse.

–Este poema es fantástico –dije.

–¿Te lo parece? ¿A cuál te refieres?

Se lo alcancé.

Lo miró unos segundos y sopló.

–«En las playas de la eternidad» –recitó–. Es un poco irónico, ¿sabes?

–Ya, pero aun así.

Kjartan se levantó, fue a por el café, lo sirvió de la jarra de cristal de la cafetera, y luego la dejó encima de un periódico.

Oí la puerta. Por la manera en que se cerró sabía que era mi madre.

–¿Qué hacéis aquí? –preguntó.

–Estamos leyendo unos poemas –contestó Kjartan–. Puedes echarles un vistazo si quieres.

–Me encantaría –contestó ella.

Me levanté y con la taza en la mano fui al otro extremo de la habitación, donde estaban el sillón, la librería y el equipo estéreo, cogí algunos libros y me puse a hojearlos.

Cuando ellos empezaron a hablar, yo me puse a mirar por la ventana hacia Lihesten, que apenas se veía por la niebla, una pared negra que se elevaba donde empezaba el mar, y que bajaba donde acababa el fiordo.

¿Dónde se encontraría la cabaña de la familia de Ingvid?

Cuando entré en el cuarto de estar, la abuela dormía en su sillón, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Tenía Parkinson desde que yo podía recordar, no tenía ni una imagen de ella en la que no temblara. Pero

cuando era pequeño, la enfermedad no estaba tan avanzada, no le impedía trabajar, hacer todo lo que hacía en esa granja a la que había llegado a finales de los años treinta, cuando se casó con el abuelo, y donde había permanecido desde entonces. Según contaba Borghild, a la abuela le sorprendió lo pequeña que era la granja y lo flacas que eran las personas allí. Tal vez se debiera a que las condiciones de vida eran más duras allí que en ese pueblo del interior del que ella procedía, había menos comida y en consecuencia personas más flacas. Mi madre contaba que la abuela ponía un gran empeño en tener unos hijos impecables, tanto en lo tocante a la ropa que llevaban como a su conducta, y que por esa razón se decía de ellos que querían ser mejores que los demás. El abuelo conducía el autobús y la abuela se encargaba de casi todas las labores de la granja. Eso era en los años cincuenta, pero por las cosas que nos contaba de su infancia parecía más bien una narración de otro siglo. Todos los otoños iba un hombre a sacrificar a los animales, contaba, eso nunca lo hacía el abuelo. Casi cada uno de ellos era aprovechado de alguna manera. La abuela lavaba los intestinos en el arroyo para hacer salchichas. La sangre la hervían en grandes ollas en la cocina. Lo único que yo sabía de ella era lo que me había contado mi madre. Sólo había dos generaciones entre nosotros, y sin embargo no tenía ni idea de en qué había empleado su vida, en realidad no, no en lo esencial, su trato con cosas y animales, con la vida y con la muerte. Cuando la abuela y yo nos mirábamos, había un abismo entre nosotros. Para ella, la familia, en el pasado y en el presente, era el eje de la vida, *su* familia, se entiende, la que provenía de la granja en la que se crió, y luego sus hijos. Tenía la impresión de que la familia del abuelo, que una generación atrás se había mudado a ese lugar desde unas alejadas islas, no era importante. La familia de ella era el eje central, además de la tierra, Kjartan decía a veces que la religión de la abuela era la tierra, que en Jølster, de donde provenía, eran cultivadores de la tierra, una especie de paganismo muy antiguo que ellos habían disfrazado con el lenguaje y los ritos del cristianismo. Mira las pinturas de Astrup, decía, esas hogueras que hacen en la noche de San Juan, así son los de Jølster, bailan alrededor de las llamas como si éstas fueran sus dioses. Kjartan se reía cuando decía esas cosas, no sin burla, a la vez que siempre había algo ambiguo en ello, porque Kjartan tenía mucho de la abuela; la postura sería ante la vida, el profundo compromiso, y si ella cultivaba y rendía culto a la tierra, Kjartan rendía culto a la naturaleza, a la presencia del universo en

pájaros y animales, montañas y cielo. Él habría negado que hubiera tal relación entre ellos, él era comunista, ateo, fontanero naval. Pero bastaba con mirarlos a los ojos. Tenían los mismos ojos marrones, la misma mirada sensible.

Ya no quedaba nada de la vida de la abuela, la enfermedad lo había devorado todo, se había comido su cuerpo, lo único que permanecía eran los temblores y los espasmos. El que su voluntad de hierro, ahora que ni siquiera dominaba su cuerpo, y la estricta moral que ya no sabía expresar, marcaran tan decisivamente a sus hijos, resultaba difícil de comprender viéndola ahora, sentada, dormida con la boca abierta. Pero así fue.

Mi madre ayudó a la abuela a acostarse, le cepilló el pelo y le puso el camisón, mientras yo leía *Ceremonias*, mi nuevo libro favorito, intentando no mirar hacia donde estaban ellas. No porque desnudara a la abuela, sino porque era mi madre la que lo hacía, y me dio la sensación de que era algo muy íntimo y privado, la hija que cuida de su anciana madre, no estaba pensado para mis ojos, razón por la que tenía la vista clavada en el libro, intentando dejar que me absorbiera.

No resultó muy difícil, todas las estancias de ese libro estaban abiertas y constantemente relacionadas entre ellas de un modo espectacular. Por cierto, no sólo las estancias, también los personajes, que solían estar encerrados en sí mismos, se abrían para entrar dentro de los demás. Un hombre que mira fijamente a un ajolote en un acuario se convierte misteriosamente en un ajolote que mira fijamente a un hombre desde un acuario. Un incendio en la Antigüedad se convierte en un incendio en el presente. Y luego una serie de otras cosas raras. Un hombre empieza de repente a regurgitar conejos, es un problema, una pequeña catástrofe, todo el apartamento, en el que vive de prestado, pronto está lleno de pequeños conejos blancos.

Mi madre les dio las buenas noches a los abuelos, salió y cerró la puerta corredera.

—¿Quieres un poco de café o es demasiado tarde para ti? —me preguntó.

—No me importaría tomar una taza —contesté.

Esos cuentos me gustaban mucho, pero yo no sería capaz de escribir así, no tenía imaginación suficiente para ello. De hecho, no tenía nada de imaginación, todo lo que escribía tenía que ver con la realidad y mis propias vivencias.

Bueno, no la nueva novela.

Sentí un relámpago de felicidad.

Era fantástica. Unos hombres misteriosos, tal vez ángeles, que coleccionan las conversaciones de los seres humanos y meditan sobre ellas.

Pero la felicidad no llegaba sola, llegaba acompañada de infelicidad, porque sabía que no lograría hacerlo. No sería capaz de escribir esa historia, nunca lo conseguiría.

Mi madre entró con una cafetera y dos tazas, las dejó en la mesa, y fue a por una fuente con galletas de cebada, cortadas en trozos estrechos.

—Las ha hecho Borghild —dijo—. ¿Quieres?

—Claro.

Borghild era la hermana de la abuela, una mujer firme y vivaracha que vivía sola en una pequeña casa cerca de la granja en la que las dos se habían criado. Solía cocinar para las bodas del pueblo, conocía todos los platos antiguos, y sabía todo sobre la familia, tanto sobre los que seguían vivos como sobre los que ya no vivían. Mi madre tenía una estrecha relación con ella, sobre todo ahora que no vivían en lugares tan separados.

—¿Qué tal estás, Karl Ove? —me preguntó mi madre—. Has hablado muy poco estos días, cosa nada usual en ti.

—Tal vez —respondí—. Pero estoy bien. Quizá la Academia de Escritura sea un poco difícil, eso es lo único.

—¿Qué es tan difícil?

—Tengo la sensación de no ser lo bastante bueno para estudiar allí. Simplemente no escribo tan bien como debería.

—Recuerda que no tienes ni veinte años —dijo mi madre.

Cogí una galleta y me la comí de dos bocados.

—Diecinueve —dije—. Pero es ahora cuando estoy estudiando allí, ¿sabes? No sirve de mucho pensar que tal vez escriba mejor cuando tenga veinticinco.

Mi madre sirvió café en las tazas.

—Y estoy enamorado —añadí—. Quizá por eso no hablo mucho.

—¿De alguien que has conocido este otoño? —quiso saber, llevándose la taza a los labios y bebiendo mientras me miraba.

—La conocí en Semana Santa, cuando vivía contigo. Sólo la vi una vez. Nos estuvimos escribiendo y la he vuelto a ver en Bergen. Estudia psicología. Es de Kaupanger y tiene mi edad.

—¿Pero no estáis saliendo?

Negué con la cabeza.

–Eso es lo que pasa. Que no sé si ella quiere. Hice el ridículo y luego... no ocurrió nada.

Se oyó un ronquido parecido a un gruñido procedente del comedor. Luego alguien que tosía.

–Ya verás como al final todo se arregla.

–Tal vez –contesté–. Ya veremos. Por lo demás todo bien. Estoy a gusto en la casa y en Bergen en general.

—A lo mejor voy a veros dentro de unas semanas —dijo mi madre—. Tengo allí amigos de la universidad a los que debería ir a ver. ¿Te acuerdas de Gerd?

—Claro.

—He estado pensando en seguir estudiando, ¿sabes? También me gustaría hacer una tesina. Pero es una cuestión económica, y tendría que conseguir una excedencia.

—Bueno —dije cogiendo otra galleta.

Estuve mucho tiempo tumbado en la oscuridad arriba en la habitación antes de dormirme. La oscuridad conectaba el pequeño cuarto con el enorme espacio de fuera. La vieja cama de madera era como una barca, ésa era la sensación que me daba. A intervalos se oían murmullos en los árboles y gotas de agua de las hojas golpeaban la ventana con un suave crujido. Cuando dejaba de sonar llegaba un murmullo de otra parte, de otros árboles cercanos, como si el viento esa noche se hubiese dividido y viniera montado por el paisaje en varias secciones.

La sensación que me invadía cuando llegaba a la granja era que la vida había acabado. No en el sentido de que hubiera sido señalado por la muerte, sino más bien que lo que ocurría ya había ocurrido.

Me volví del otro lado, con la cabeza apoyada en el brazo. El sonido de mi pulso latiendo me recordó a algo que mi abuelo dijo una vez: que no debías estar escuchando tus pulsaciones si pretendías dormir. Era una cosa curiosa, ya no recordaba por qué lo dijo, pero cada vez que me tumbaba en esa posición y oía el pulso golpear en mis oídos, pensaba en ello.

Sólo unos meses antes, mi madre me había contado que durante un largo período a principios de los sesenta mi abuelo tenía una ansiedad tan fuerte que no podía trabajar, se pasaba el día tumbado en el sofá con miedo a morir. De sus hijos, sólo Kjartan vivía en casa entonces, era pequeño y no entendía lo que le pasaba a su padre.

Esa información me resultó inquietante, sobre todo porque no sabía nada, ni tampoco lo habría adivinado. ¿Había más bolsillos llenos de eventos inquietantes en las vidas de mi familia más cercana? Tampoco la información en sí, lo que decía del abuelo, concordaba con mis ideas, porque lo que yo asociaba con él era su alegría de vivir. Aunque nunca había pensado en él como una persona independiente, con una vida propia, siempre había sido «el abuelo», como la abuela había sido siempre «la abuela».

Volví a oír el murmullo del viejo abedul, y una pequeña cascada de gotas de agua sonó contra la pared, como si un perro se estuviera sacudiendo.

Oscuridad. Silencio. Las pulsaciones. Bum. Bum. Bum.

Al contrario que el abuelo, no era la muerte lo que yo oía, sino la vida. Mi corazón era joven y fuerte, me impulsaría a través de los veinte, me impulsaría a través de los treinta, me impulsaría a través de los cuarenta y me impulsaría a través de los cincuenta. Si llegara a cumplir la edad del abuelo, él tenía ochenta, hasta ahora sólo habría gastado una cuarta parte de la vida. Casi todo lo tenía por delante, bañado por la luz esperanzada de lo incierto y lo abierto, y a través de eso, mi corazón, ese músculo fiel, me llevaría entero e ileso, cada vez más fuerte, cada vez más sabio, cada vez más rico de una vida vivida.

Bum. Bum. Bum. Bum.

Bum. Bum. Bum. Bum.

Vi el coche de Yngve desde la ventana del cuarto de estar, el limpiaparabrisas moviéndose de un lado a otro, la oscura sombra en el asiento del conductor que era él, y le dije a mi madre, que tenía los pies de la abuela sobre las rodillas y les estaba dando un masaje, que Yngve ya había llegado. Ella dejó con cuidado los pies de la abuela en el suelo y se levantó. Los abuelos habían comido a las doce, nosotros esperábamos a Yngve, mi madre se fue a la cocina a preparar la comida.

El coche se detuvo fuera. Al cabo de unos instantes sonó la puerta, oí a mi hermano moverse por la entrada y me volví hacia él cuando entró.

–Hola –dijo.

–¡Veo que el pueblo noruego va creciendo! –exclamó el abuelo.

Sonrió. Me miró un instante.

–Hola –dije–. ¿Qué tal el viaje?

–Bien –contestó, alcanzándome un montón de periódicos.

Entró mi madre.

–Si tienes hambre, hay comida hecha –dijo.

Fuimos a la cocina y nos sentamos. Mi madre había hecho un guiso de carne y verduras en una olla grande, me imaginé que pensaba congelar lo que sobrara para que los abuelos pudieran calentárselo cuando estuvieran solos.

–¿Qué tal el viaje? –le preguntó también mi madre, poniendo la olla sobre la mesa, donde ya había galletas de pan y una jarra de agua.



–Bien –contestó Yngve.

Estaba como rodeado de una membrana, lo que me imposibilitaba entrar en contacto con él. Pero no tenía por qué significar nada, así era de vez en cuando, y ahora llevaba varias horas conduciendo solo en el coche, pensando en sus cosas, y llegar allí, donde nosotros llevábamos todo el día juntos, creando un ambiente de confianza o naturalidad, suponía un cambio para él.

Yngve se llenó un plato hondo de guiso y dejó el cucharón a mi lado de la olla, me serví. Subía vapor del plato, cogí un trozo de pan y le di un mordisco, me eché agua en el vaso, me llevé una cucharada de guiso a la boca y soplé.

–Por cierto, recuerdos de Ann Kristin –dijo Yngve–. Me la encontré ayer y le dije que hoy venía aquí.

–Gracias –dijo mi madre.

–¿Dónde la viste? –pregunté del modo más indiferente posible. Mi hermano había dicho que se quedaba en la ciudad para trabajar, no para salir, y si había salido y se había encontrado a Ann Kristin, entonces había mentido. ¿Y por qué iba a mentir?

–En el comedor de la facultad –contestó.

–Ah –dije.

Después de comer tomamos café en el cuarto de estar, el abuelo hablaba, nosotros escuchábamos. Entró Kjartan, con la misma ropa que llevaba los dos últimos días, el pelo revuelto, y los ojos echando chispas detrás de las lentes. Yngve no protestó por la conversación monológica de Kjartan, como solía hacer, había en él algo dócil y retraído, como si mirara hacia dentro y no hacia fuera. Podría deberse a cualquier cosa, pensé, simplemente estaba un poco callado.

Fuera diluviaba.

Kjartan volvió a su casa, yo me puse a leer los periódicos y mi madre fregaba los cacharros en la cocina. Yngve subió sus cosas a la habitación y desapareció durante un rato. Cuando volvió a bajar, se sentó en el sillón junto a la chimenea con un libro.

Bajé el periódico y miré por la ventana. Estaba oscureciendo. La luz de la lámpara exterior del vecino, a poca distancia de nosotros, estaba regada de lluvia.

La abuela dormía en su sillón. También el abuelo se había quedado dormido. Mi madre estaba sentada a su lado en el sofá leyendo. Yngve

también leía. Lo miré, y él se dio cuenta, porque notas cuando alguien te mira de reajo en una habitación silenciosa. Y sin embargo no levantó la vista, sino que la mantuvo fija en el libro.

Algo iba mal.

¿O yo me estaba volviendo paranoico?

Él estaba leyendo, joder, no podía convertirlo en una señal de que algo iba mal.

Volví a levantar el periódico y seguí leyendo. Entonces fue él el que me miró de reajo a mí. Me concentré para no levantar la vista.

¿Por qué me miraba?

Se levantó y salió de la habitación. El abuelo se despertó por el ruido de la puerta al cerrarse, pestañeó un par de veces, se puso de pie, se acercó a la estufa y metió dos leños. Arriba crujían las tablas del suelo.

Luego se hizo el silencio.

¿Se había acostado?

¿A estas horas?

¿Por qué había salido ayer y no había estado trabajando en el hotel, como dijo?

Me llevé la taza a la cocina y la llené de café. El fiordo reposaba como un plano algo más claro en la oscuridad ya casi total. La lluvia sonaba contra el tejado y la pared. Volví a sentarme en el cuarto de estar, cogí el paquete de tabaco y me lié un cigarrillo. El abuelo estaba limpiando la pipa, le dio un par de golpes contra el cenicero de cristal, hurgó con el limpiapipas blanco y sacó unas cuantas bolitas y cascarillas. La abuela se había despertado, intentó levantarse, adelantó la parte de arriba del cuerpo, pero volvió a caer hacia atrás. Entonces llevó la mano hasta los dos botones del reposabrazos, consiguió apretar uno de ellos y el sillón empezó a elevarse con un suave zumbido, a la vez que ella era elevada o empujada hacia delante y al instante fue capaz de agarrarse al andador. Pero tenía la espalda demasiado doblada para poder andar; mi madre se levantó, la cogió del brazo, apartó el andador y le preguntó adónde iba. No oí la respuesta que salió por los labios temblorosos, pero seguro que dijo que a la cocina, porque hacia allí se dirigieron sus pasos. Mientras todo esto sucedía, el abuelo estaba absorto en su pipa.

Crujió la tarima de arriba y al instante las tablas de la escalera. Se abrió la puerta. Yngve me miró.

—¿Vienes a dar una vuelta, Karl Ove? Tenemos que hablar de una cosa.

La esperanza que me mantenía vivo se desvaneció. Me derrumbé por dentro. Todo se derrumbó.

¡Yngve estaba saliendo con Ingvild!

Me levanté y salí a la entrada. Él estaba de espaldas, poniéndose la chaqueta. No dijo nada. Yo me calcé, me incliné hacia delante para atarme los zapatos, volví a enderezarme y me puse la chaqueta. Él me esperaba inmóvil. Cuando me había subido la cremallera, abrió la puerta. El aire fresco entró a chorros. Me puse la capucha y me la até debajo de la barbilla, Yngve se acercó al coche, abrió la puerta y sacó el paraguas. La lluvia caía monótona y tamborileante en la gravilla y sobre la casa, más suave allí fuera, en la tremenda oscuridad, en la hierba y en el musgo, en los árboles y los arbustos.

Yngve abrió el paraguas, yo cerré la puerta detrás de mí, y empezamos a bajar la cuesta. No le quitaba ojo, él miraba al frente. Yo tenía las piernas blandas y temblorosas, y el interior disuelto, pero también había allí dentro algo duro. No le daría nada. No recibiría nada de mí.

Salimos por la verja, pasamos por delante de la casa del vecino, y bajamos a la carretera asfaltada.

—¿Seguimos? —me preguntó Yngve.

—Por mí sí —respondí.

El cruce, donde se juntaban las tres carreteras, estaba iluminado por las farolas, pero en cuanto lo dejamos atrás y cogimos el camino que se adentraba en el valle, todo se oscureció a nuestro alrededor. Los árboles se levantaban como una pared a ambos lados. Subía un suave murmullo del río y de la lluvia que caía sobre el bosque. Por lo demás, lo único que se oía eran nuestros pasos. Lo miré fijamente. Él me echó una rápida mirada.

—Tengo que decirte algo.

—Sí, ya me lo has dicho. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

Volvió a mirar al infinito.

—Ingvild y yo estamos saliendo —dijo.

Yo no dije nada, me limité a mirarlo.

—Es que simplemente... —empezó a decir.

—No quiero oír nada —dije.

Él se calló, seguimos andando.

La lluvia que caía, nuestros pasos, las paredes de árboles en la oscuridad.

El olor a abeto mojado, el olor a musgo mojado, el olor a asfalto mojado.

–Tengo que explicarte lo que pasó –dijo.

–No.

–Pero Karl Ove...

–No quiero oír nada, ya te lo he dicho.

Llegamos al campo de tiro, una choza delante de un llano estrecho y alargado al lado derecho de la carretera.

A lo lejos se oyó el ruido de un coche que bajaba la cuesta de la montaña, al final del valle.

–No fue algo que hubiera planeado –dijo.

–¡No quiero oír NADA! –dije–. ¿No lo entiendes? ¡Nada!

Seguimos andando un rato en silencio. Él me miró un momento, estuvo a punto de decir algo, pero cambió de parecer, miró al suelo y se detuvo.

–Entonces me doy la vuelta –dijo.

–Haz lo que quieras –dije y seguí andando, oyendo cómo sus pasos se alejaban. Al instante, el coche dobló la curva y convirtió la oscuridad en un infierno de luz. Seguía en la retina varios segundos después de haber pasado, yo anduve un trecho casi a ciegas, hasta que mis ojos se acostumbraron de nuevo a la oscuridad, y el camino y los árboles volvieron a aparecer.

Jamás volvería a hablarle. No podría marcharme de allí hasta el día siguiente, de modo que tendría que verlo, también lo vería en Bergen, sería inevitable, antes o después me tropezaría con él, la ciudad no era muy grande, pero no le dirigiría la palabra, tampoco aquí, nunca más le hablaría.

Seguí hasta el final del valle, donde la cascada bajaba bramando por las laderas de la montaña y el río corría por debajo de la carretera, me quedé un rato mirando el débil brillo del agua cuando alcanzaba las piedras y la hoya del fondo, parecía casi obscuro, agua dentro del agua, y además bajo esa lluvia torrencial; me di la vuelta. Tenía los pantalones mojados, estaba helado y en casa no me esperaba nada bueno.

¿Se había acostado con Ingvild?

Me quedé bloqueado. Me detuve.

Yngve se había acostado con ella.

Cuando se marchara de aquí, volvería a su casa y se acostaría otra vez con ella.

Acariciarle los pechos, besarla en la boca, bajarle las bragas, penetrarla.

El corazón me latía salvajemente, como si hubiera estado corriendo.

Ella gritaría su nombre, susurraría su nombre, abriría las piernas para él.  
Eché a andar de nuevo.

Ella le preguntaría qué tal le había ido, qué había dicho yo. Él se lo diría. Yo era ese «él», del que hablarían. El hermano pequeño. El hermano ingenuo sentado en su casa esperándola, que creía que ella lo quería, mientras estaba por ahí de juerga con Yngve, en casa de Yngve follando. Pasaría la noche en su casa y por la mañana se ducharía en su cuarto de baño, se sentaría y desayunaría con toda naturalidad y en su perfecto derecho.

Ella lo acariciaría, seguro que lo hacía, le miraría a los ojos, tendría que hacerlo, le diría que lo amaba, tendría que hacerlo, no era una idea paranoica, era lo que estaba pasando. Sucedió todos los días.

Delante de mí la casa brillaba arriba, en la pequeña colina, rodeada de una oscuridad profunda y casi impenetrable.

Dejaría de formar parte de la vida de Yngve. Nunca más iría a su casa. Lo mandaré a la mierda como nunca había mandado a nadie. Si pensaba que todo sería como antes entre nosotros, que algún día yo lo aceptaría, estaba muy equivocado.

Ahora se trataba de pasar la noche como mejor pudiera. Él estaba allí, no podía evitarlo, pero no importaba, lo ignoraría, y eso me venía bien, porque así él creería que sólo era algo que yo hacía ahora y que se normalizaría poco a poco, y no comprendería hasta después que nunca más volvería a hablarle.

Abrí la puerta, colgué la chaqueta en la entrada, subí a mi habitación a cambiarme de pantalón, me sequé la cara con una toalla en el baño y bajé al cuarto de estar, donde ellos estaban viendo la televisión.

Yngve no estaba allí. Miré a mi madre.

—¿Dónde está Yngve? —le pregunté.

—Se ha ido a casa de Kjartan —contestó.

Me senté.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella.

—Nada.

—Algo pasa, lo noto —dijo ella.

—¿Recuerdas que te dije que estaba enamorado?

—Sí, claro.

—Yngve está saliendo con ella. Acaba de decírmelo.

Mi madre tomó aire y suspiró, mirándome.

—Yo no tengo la culpa —dije.

–No debéis pelearos por eso –dijo–. Se te pasará, Karl Ove, ahora es horrible, pero se te pasará.

–Sí, puede ser. Pero eso no significa que quiera volver a tener algo que ver con él.

Mi madre se levantó.

–He preparado un poco de cena –dijo–. ¿Quieres poner la mesa?

–Vale –contesté.

Llevé tazas y platos, mantequilla y pan, salmón y huevos revueltos, fiambres y queso, una tetera llena y leche. Cuando terminé, mi madre preguntó si podía ir a buscar a Yngve. La miré.

–Está bien –dije. Me puse los zapatos y anduve por el patio los pocos metros que había hasta la otra puerta. Tal vez él pensara que como iba a buscarlo, todo volvía a estar como antes, que creyera lo que quisiera.

Abrí la puerta, atravesé la entrada y fui hasta la escalera. La música estaba muy alta. Subí un par de escalones para poder ver el cuarto de estar. Yngve estaba sentado en el sillón con la mirada perdida. No me había oído. Podría haber gritado, pero no lo hice, porque vi horrorizado que le caían lágrimas por las mejillas.

¿Estaba llorando?

Bajé con cuidado los escalones para que no me viera. Me quedé un momento en la entrada sin moverme. Era la primera vez que le veía llorar desde que era pequeño.

¿Pero por qué lloraba?

Me puse los zapatos, cerré la puerta sin hacer ruido detrás de mí y crucé el patio de nuevo.

–Viene enseguida –dije al entrar en el cuarto de estar–. Ha dicho que empezáramos a cenar.

Temprano por la mañana al día siguiente mi madre me llevó al muelle de Rysjedalsvika. El barco estaba casi vacío cuando llegué, me senté en el mismo asiento que había ocupado al ir. En el transcurso de la noche el tiempo había mejorado algo, el cielo seguía nublado, pero la capa de nubes era más ligera y había dejado de llover. El barco cortaba el agua pesada y gris, con esa extraña velocidad bajo las altas e inmóviles montañas que se alzaban a ambos lados del fiordo.

La noche anterior me había acostado antes de que Yngve hubiera vuelto, y

esa mañana me había levantado antes de que él se despertara, así que no había visto más de él que aquel breve instante en el sillón de la casa de Kjartan, pero le había oído, tanto su voz abajo cuando intentaba conciliar el sueño, como sus pasos en la escalera y al entrar en la habitación cuando subió a acostarse. Tenía la sensación de estar quemándome por dentro, no soportaba la idea de que estuviéramos bajo el mismo techo, el único pensamiento claro que tenía era que se arrepentiría de lo que había hecho.

Ahora, rodeado de luz en un barco en medio del fiordo, camino de casa, todo parecía distinto. En ese momento era en Ingvild en quien pensaba. Se había dejado engañar por él, se había dejado deslumbrar por su encanto superficial y lo había aceptado. Ella no sabía que yo era mejor que mi hermano. No tenía ni idea. Pero ya lo descubriría. ¿Y entonces qué? ¿Estaría yo allí esperándola? ¿O la dejaría plantada con su dolor?

¿Podría estar con ella después de que ella hubiera estado con Yngve?

Bueno, sí.

Si ella quería, yo quería.

No había nada que me obligara a quedarme en Bergen después de ese año, ni nada que la obligara a ella a quedarse si la relación entre ellos terminaba.

Me acerqué al quiosco y pedí un café, que me llevé arriba a la cubierta, donde me senté en un banco debajo de la superestructura, desde donde podía contemplar el bosque, que a la ida no era más que una sombra grande y profunda en las laderas de las montañas y ahora se dibujaba con nitidez debajo del cielo blanco. Abetos de color verde oscuro, casi negros, agrupados en zonas espesas y dentadas, y algún que otro árbol caducifolio iluminando con sus colores amarillos de otoño.

Cogí un taxi del barco a casa, me lo había ganado después de lo ocurrido. Pero estar en casa, entre mis cosas, no resultó tan agradable como me había imaginado, porque era allí donde la había estado esperando tarde tras tarde, y ahora que sabía lo que sabía, es decir, que ella nunca había estado a punto de venir, sino que estaba con Yngve, vi con toda claridad lo estúpido que había sido. Todos esos hermosos pensamientos que tenía sobre ella, todo ese sueño que me había construido resultaba extremadamente ingenuo ahora que conocía la verdad, es decir, lo que realmente había sucedido.

Yngve sabía cómo me sentía, sabía que yo estaba allí esperándola,

mientras él estaba con ella. ¿Acaso formaba parte de la emoción? ¿El que yo estuviera como un tonto mirando por la ventana?

No soportaba estar en casa, así que cogí la chaqueta y salí de allí, ¿pero adónde iría? Era domingo, las tiendas estaban cerradas, y los cafés que estaban abiertos no eran lugares en los que me apeteciera estar solo.

Me detuve delante del edificio donde vivía Jon Olav y llamé a la puerta. Nadie contestó, seguí cuesta arriba y bajé por Støletorget, al poco rato crucé Torgalmeningen, sin dejar de arder por dentro, era un idiota, no tenía ningún sitio adonde ir, nadie a quien visitar, vagaba ardiendo de vergüenza por la situación. Cogí la calle Nygård, giré a la altura de la Facultad de Ciencias y me adentré en el parque, mi intención era sentarme en un banco y fumarme un cigarrillo, era domingo, y estaba dando un paseo dominguero, pero qué casualidad, fue en ese parque donde paseé con Ingvild de la mano, no quería pensar en eso, ya en aquel momento sabía que ella no me amaba, que yo no significaba nada para ella, tampoco quería ir a Danmarksplass, allí vivía Yngve, y podía ser que le hubiera dejado las llaves para el fin de semana y ella estuviera en su casa. Tampoco quería coger el otro camino, por allí estaba el colegio de Sydneshaugen, donde tomamos café, y el portal delante del que estábamos hablando cuando Morten pasó por allí. Opté por bajar la primera cuesta y salí junto al auditorio Grieg, luego seguí la calle que pasaba por delante de la biblioteca y la estación de ferrocarril, giré a la derecha, donde estaba la vieja puerta de la ciudad, desde allí subí las cuestas y luego volví por las calles de la parte de arriba de la ladera Fjellsiden.

Yngve estaría ya en su casa. Si Ingvild no se encontraba allí, seguro que él iba directamente a Fantoft, donde ella lo estaría esperando.

Ella abre la puerta y lo mira con ternura y afecto.

Se abrazan.

Se besan cada vez con más pasión.

Luego se meten en la habitación, y se desnudan el uno al otro a toda prisa.

Luego un cigarro.

¿Qué te dijo tu hermanito?

Se enfadó. Pero se le pasará. Deberías haberlo visto. ¡Ja, ja, ja!

Ja, ja, ja.

Oleadas de calor, una tras otra, me subían a la cabeza, extendiéndose a la cara, que agaché. Pasé por delante de un viejo parque de bomberos, el edificio era de madera pintada de blanco y abajo vibraba la ciudad en sus



múltiples colores, fui hasta donde acababan los edificios, perdido ya, hasta que me encontré de nuevo delante de mi casa.

Allí dentro vive, pensé. El hermano que se cree escritor. Y cuando abrí la puerta y entré en mi casa tuve la sensación de estar todavía en la calle mirándome a mí mismo, ese presumido idiota que echaba las cortinas y dejaba fuera el mundo.

Las dos semanas siguientes vino a darnos clase Rolf Sagen. Su curso no trató ni de géneros, ni de prosa, ni de poesía, ni de drama, ni de ensayística, sino de escribir en sí, es decir, del proceso de escritura, de diferentes estrategias. Nos dio algunos buenos consejos prácticos, como que para prosistas y dramaturgos podía ser útil crear una especie de «zona trasera», en la que se apuntara todo sobre los personajes y sus relaciones, para saber mucho más de por qué actuaban de tal o cual manera de lo que se desprendería del texto acabado, la zona trasera era el mundo completo del que la obra sólo mostraría fragmentos, y también nos habló de las causas y condiciones subyacentes de la escritura. Sagen era psicólogo de formación e insistió mucho en la necesidad de penetrar en la capa más profunda de la conciencia cuando se escribía. Hicimos varios ejercicios. Uno de ellos consistía en vaciar la mente de pensamientos, como una especie de meditación, debíamos procurar adelantarnos a ellos, negarles espacio, ir hacia delante sin parar en lo no pensado, y luego, cuando él nos diera la señal, apuntar lo primero que se nos ocurriera.

–Empezamos –dijo, estábamos todos sentados con la cabeza gacha y los ojos cerrados alrededor de la mesa. Yo no lo conseguía, sólo pensaba en la situación, en que debía vaciar la mente, pero no lo conseguía. Pasaron dos minutos, tres, tal vez cuatro.

–Poneos a escribir ya –dijo.

Lo primero que se me ocurrió fue el nombre de una ciudad: Darmstadt. Escribí un pequeño relato sobre ella. Cuando todos habíamos terminado, hicimos una pausa, y cuando retomamos la clase, teníamos que leer en voz alta lo que habíamos escrito.

Sagen se pellizcaba la barbilla con el pulgar y el índice en señal de concentración, asentía con la cabeza, y decía que era interesante, inusual, singular, logrado. Cuando me llegó a mí el turno, el desfile de superlativos cesó. Escuchó lo que leí, luego me miró.

–Cuando escribes sólo utilizas la superficie de la conciencia –dijo–, por lo que no hay ninguna profundidad en el texto. ¿Cuál fue la primera palabra en que pensaste?

–Darmstadt.

–Sí, es una ciudad alemana –dijo–. ¿Has estado allí?

–No.

–Bien. Me temo que no hay mucho más que decir sobre este texto –dijo–. Tienes que intentar penetrar más en la conciencia, ¿sabes?

–De acuerdo –contesté.

Lo que Sagen dijo en realidad fue que yo escribía de un modo superficial. Tenía razón, ya me había dado cuenta de que había un abismo entre los textos escritos por los demás alumnos y los míos. Yo escribía sobre un joven que vagaba por las calles de Kristiansand. Ni a él ni las calles por las que vagaba los había sacado de las profundidades del subconsciente. Sagen confirmó con palabras lo que yo intuía, tenía que adentrarme en lo más profundo de mi conciencia, en la oscuridad de mi alma, ¿pero cómo coño iba a hacerlo? ¡No era lo mío! Yo leía «Fuga de la muerte», nadie había estado más dentro de una conciencia que Celan cuando lo escribió, ¿pero de qué me servía ese conocimiento?

Al día siguiente hicimos otro ejercicio. Esta vez nos dictó unas palabras tontas, palabras sin sentido que debíamos repetir una y otra vez para nuestros adentros, hasta que nos dijo que anotáramos lo primero que se nos ocurriera.

Una vez más estábamos los ocho alrededor de la mesa con las cabezas bajas y los ojos cerrados. Ya podéis escribir, dijo Sagen, y yo escribí lo primero que me vino a la mente.

Dos sillones de cuero

En el viento

Fue todo lo que me salió.

Sagen se rascó la barbilla.

–Interesante –dijo–. Dos sillones de cuero en el viento. ¿Entonces están fuera? Pues sí, deben de estarlo.

–Es un toque interesante –intervino Knut.

–Tienes que continuarlo, Karl Ove –apuntó Trude–, puede convertirse en un poema.

—Es una imagen que no sale inmediatamente por sí sola —dijo Sagen—. Hay en ella tensión, no hay nada pensado. Pues sí, es interesante. Creo que vas por buen camino.

Yo había pensado en los dos sillones de piel que teníamos en casa cuando era pequeño. Estaban colocados en una ladera verde, y el viento llegaba del mar. Una tontería, ya lo sabía, a la vez que no podía ignorar los comentarios de los demás, que tal vez fuera el principio de algo, el principio de un poema.

Intenté seguir cuando llegué a casa.

Dos sillones de cuero  
en el viento  
un bulldozer amarillo —porque eso fue lo siguiente que se me ocurrió—  
ruidos de una ciudad  
que ya has abandonado

En el momento de escribirlo sabía los comentarios que me harían. Quitaba el bulldozer. Suprime el «ya» de la última línea, es una palabra innecesaria. Eso hice, y el poema estaba listo.

Dos sillones de cuero  
en el viento  
ruidos de una ciudad  
que has abandonado

Al menos tenía aspecto de poema. Sabía de dónde me venía la imagen de los sillones de cuero, desde pequeño me había fascinado la relación entre dentro y fuera, cuando lo que debía estar dentro estaba fuera y viceversa. Uno de los recuerdos más hipnóticos que tenía era del día que Geir y yo descubrimos un sótano en una casa a medio construir que estaba lleno de agua. No sólo eso, además no había ningún suelo, ¡nos encontrábamos en un pequeño peñasco rodeados de agua, *dentro!* El episodio del vertedero, que había incluido en uno de los textos que había adjuntado a mi solicitud, trataba de eso, de cómo Gordon y Gabriel colocan sillas, mesas y lámparas en el bosque. Los dos sillones de cuero en el viento eran extractos de todo aquello, la magia de la infancia en seis palabras. Lo de «ruidos de una ciudad / que has abandonado» era otra cosa, algo que había visto en muchos poemas que

había leído, que algo se dice y se anula al mismo tiempo. También ocurría lo contrario, lo mismo que se metía en lo mismo, la liebre que nieva en la liebre, por ejemplo, pero hasta el momento no se me había ocurrido una imagen así.

¡Hasta entonces!

¡Ah!

A una velocidad vertiginosa añadí dos líneas.

Dos sillones de cuero  
en el viento  
ruidos de una ciudad  
que has abandonado.  
La chica que desaparece  
en la chica.

Ya estaba. Un poema hecho y derecho.

Para celebrarlo, me metí el libro de fotografías en la cinturilla del pantalón, me saqué la camisa por fuera y bajé al sótano a hacerme una paja. Sosteniendo y hojeando el libro con la mano izquierda y la mano derecha alrededor de la picha, miraba fijamente una foto tras otra. La del barreño de ropa seguía siendo mi favorita, pero ya no había nada puro en ello, cada situación que me imaginaba con ella se impregnaba de la idea de Yngve e Ingvild, de que a Ingvild, lo único que realmente me importaba, la había perdido. Hojeé deprisa hacia delante y hacia atrás con el fin de evitar ese pensamiento, más o menos como Sagen nos había aconsejado, pensé, y por fin conseguí concentrarme lo suficiente en el maravilloso cuerpo de una de las chicas del libro de fotografías, hasta que me corrí.

Eso ya era algo.

De nuevo en casa se trataba de pasar el rato hasta que me fuera a acostar. Por suerte, no tenía ningún problema para dormir doce horas seguidas. Había perdido la ilusión por asistir a la Academia, no pasaba un solo día sin que se dijera algo despectivo sobre mí, es decir, algo despectivo sobre mis textos. Nadie pretendía ser despectivo, lo llamaban crítica y debería servirme de consejo, pero mi caso era desesperado, porque no había *nada más* en los textos que pudiera compensar lo que les faltaba. *Era* inmaduro, *estaba* lleno de tópicos, *era* superficial, *era* realmente incapaz de penetrar en la conciencia, donde se encuentra lo esencial para un escritor. En todas las

discusiones que manteníamos estaba eso presente, era mi papel, si conseguía escribir algo bueno, como por ejemplo el poema de los sillones de cuero, de todos modos era interpretado a la luz de como me veían ellos, más o menos al azar, el mono que escribe *Hamlet*.

Lo único bueno de la Academia en esos días era que sucedían muchas cosas, había tantas cosas en que concentrarse que mis pensamientos sobre Yngve e Ingvild eran empujados hacia atrás mientras estaba allí. Luego mi casa me resultaba insoportable por la misma razón, allí no había ninguna distracción, y, en consecuencia, salía por la noche los días que no nos ponían ejercicios, aunque sólo fuera a dar una vuelta: una noche a casa de Jon Olav a tomar un café, y ya no podía volver allí en un determinado número de días; con el fin de que mi carencia de amigos no se hiciera demasiado inoportuna me ponía a mí mismo en una especie de cuarentena; la noche siguiente a casa de Anne, para quien regía la misma regla, tras una taza de café y una charla de una hora tampoco podía volver a aparecer por allí hasta cuatro o cinco días después, y ya no había más gente a la que visitar. Al cine no podía ir solo, era un estigma demasiado grande, y menos aún al Café Opera. No quería exponerme a estar de pie, solo en el bar, avergonzado por no conocer a nadie. Además, corría un gran riesgo de encontrarme allí con Yngve e Ingvild, o sus amigos. Sólo pensar en estar en la misma estancia que ellos y presenciar la manera en que se miraban o incluso se tocaban me dejaba helado. Morten era mi salvación, aunque no tuviéramos nada en común siempre podíamos charlar una hora sobre esto o aquello, y como éramos vecinos, no resultaba raro que pasara de vez en cuando por su casa.

Una noche llamaron a la puerta. Pensé que era Jon Olav y fui a abrir.

Era Ingvild.

—Hola —dijo, echándome una rápida mirada.

En ese segundo, cuando nuestras miradas se cruzaron, fue como si nada hubiese pasado. Mi corazón latía igual de enamorado.

—¿Tú por aquí? —dije.

—Sí, he pensado que deberíamos hablar —dijo mirando al suelo. Se apartó un rizo de la frente.

—Pasa.

Me siguió y se sentó en el sofá.

—¿Quieres una taza de té? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

–No estaré mucho rato.

–Voy a preparar un poco de todas formas.

Fui a la cocina y puse un cazo con agua en la placa. Que ella se presentara allí era lo último que me esperaba, la cocina no estaba ni ordenada ni limpia. Puse unas hojas de té en el fondo de la tetera y volví al cuarto de estar. Ingvild había encendido un cigarrillo. El cenicero estaba lleno hasta el borde, lo cogí, me lo llevé a la cocina y lo vacié en el cubo de la basura.

–No hace falta que me prepares nada –dijo–. Me iré enseguida. Sólo he venido a decirte algo.

Lo dijo riéndose. Bajó rápidamente la vista y volvió a levantarla.

–El té estará listo en un momento –dije–. En la Academia estamos ahora con poesía y nos han entregado unos poemas fantásticos. Sobre todo uno. ¿Quieres escucharlo?

Negó con la cabeza.

–Ahora no, Karl Ove –dijo retorciéndose en el sofá.

–No es largo –dije–. Espera un momento, voy a buscarlo.

–No hace falta. Ahora no puedo.

–Sí, sí –insistí, hurgando en el montón de poemas fotocopiados, encontré el que buscaba y me volví hacia ella–. Aquí está. No tardo nada en leerlo.

#### FUGA DE LA MUERTE

Leche negra de la madrugada la bebemos al atardecer  
la bebemos al mediodía y por la mañana la bebemos de noche  
bebemos y bebemos  
cavamos una fosa en el aire donde no hay estrechez  
En la casa vive un hombre que juega con las serpientes que escribe  
que escribe al oscurecer a Alemania tu cabello de oro Margarete  
lo escribe y sale a la puerta de casa y brillan las estrellas silba  
llamando a sus perros  
silba y salen sus judíos manda cavar una fosa en la tierra  
nos ordena tocad ahora para el baile

Leche negra de la madrugada te bebemos de noche  
te bebemos por la mañana y al mediodía te bebemos al atardecer  
bebemos y bebemos

En la casa vive un hombre que juega con las serpientes que escribe  
que escribe al oscurecer a Alemania tu cabello de oro Margarete  
tu cabello de ceniza Sulamith cavamos una fosa en el aire  
donde no hay estrechez

Grita a unos cavad más hondo en la tierra y a los otros cantad y  
tocad  
agarra el hierro del cinto lo blande sus ojos son azules  
hincad más hondo las palas los unos y los otros volved a tocar  
para el baile

Leche negra de la madrugada te bebemos de noche  
te bebemos al mediodía y por la mañana te bebemos al atardecer  
bebemos y bebemos  
un hombre vive en la casa tu cabello de oro Margarete  
tu cabello de  
ceniza Sulamith él juega con las serpientes

Grita tocad más dulce a la muerte la muerte es un Maestro  
de Alemania  
grita tocad más oscuros los violines luego subiréis como humo  
en el aire  
luego tendréis una fosa en las nubes donde no hay estrechez

Leche negra de la madrugada te bebemos de noche  
te bebemos al mediodía la muerte es un Maestro de Alemania  
te bebemos al atardecer y por la mañana bebemos  
y te bebemos  
la muerte es un maestro de Alemania sus ojos son azules  
te alcanza con bala de plomo te alcanza certero  
un hombre vive en la casa tu cabello de oro Margarete  
contra nosotros azuza sus perros nos regala una fosa en el aire  
Él juega con las serpientes y sueña la muerte es un Maestro  
de Alemania

tu cabello de oro Margarete

tu cabello de ceniza Sulamith.

Lo leí como lo había aprendido, fluida y rítmicamente, sin subrayar nada, sin destacar nada por su importancia, el ritmo era lo principal, el ritmo lo era todo.

Mientras leía, Ingvild fumaba mirando fijamente al suelo.

–¿A que está bien? –le pregunté.

–Sí –contestó.

–A mí me parece fantástico. Único. Nunca he visto nada igual.

Me senté en el otro extremo del sofá.

–Yngve te contó lo que ocurrió, ¿no? –preguntó ella.

–El agua del té –dije levantándome–. Espera un momento.

Fui a la cocina, eché el agua hirviendo sobre las hojas secas de té, que en cuestión de segundos se hincharían y reblandecerían, las más grandes como borrones, mientras toda su sustancia se liberaría y se iría diluyendo en el agua, coloreándola, primero de dorado, luego cada vez más oscura.

Cogí la tetera y dos tazas y lo llevé todo a la mesa.

–Hay que dejarlo reposar un poco –dije.

–Tengo que irme enseguida –dijo–. Sólo quería hablar contigo sobre lo que pasó.

–Tómate al menos una taza de té –insistí.

Le serví té, estaba demasiado flojo y volví a echarlo a la tetera, luego lo volví a servir. Esta vez estaba algo más oscuro, aunque no perfecto, al menos bebible.

–¿Lo tomas con leche?

Ella negó con la cabeza y cogió la taza con las dos manos, dio un sorbo y volvió a dejar la taza en la mesa.

–Lo que pasó no tuvo nada que ver contigo –dijo.

–Ya –dije llenándome la taza.

–Espero que seamos amigos a pesar de todo. Yo quiero ser tu amiga.

–Claro que podemos ser amigos –dije–. ¿Por qué no íbamos a serlo?

Ella sonrió sin mirarme, dio otro sorbo.

–¿Cómo te va? –le pregunté.

–Bien –contestó.

–¿Te gusta lo que estudias?

–No estoy muy segura –dijo, moviendo la cabeza.



—A mí me pasa lo mismo —dije—. Pero la Academia sólo es un año, no seis como psicología. Tengo que ver lo que haré luego. Quizá literatura. Pero sí pretendo seguir escribiendo, ¿sabes?

Se hizo el silencio.

Dolía tenerla allí sentada.

—¿Sigues viviendo en Fantoft? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Voy a mudarme a un piso compartido.

—¿Ah, sí?

—Sí. Bueno, tengo que irme ya —dijo levantándose—. Gracias por el té. Ya hablaremos.

La acompañé hasta el portal, le sonreí y le dije adiós, la vi desaparecer al doblar la esquina, volví a entrar en casa, fregué las dos tazas, vacié el cenicero para que no me recordara que ella había estado allí, me tumbé boca arriba en la cama y miré al techo. Eran las ocho. Faltaban dos horas para acostarme.

Mientras había clase en la Academia conseguía arreglármelas bastante bien. Iba andando hasta allí por la mañana, y agradecía encontrarme con los demás estudiantes, nos veíamos tanto que me sentía relativamente relajado en su compañía, luego volvía a casa caminando con la lluvia de la tarde, bajo el cielo que se oscurecía rápidamente. Cenaba y me sentaba a leer hasta que el desasosiego me vencía y tenía que salir a la fuerza, por regla general a caminar solo por la gran nada, es decir, sin quedar con nadie. No tenía ningún sitio adonde ir, y en mi casa no quería estar, ¿qué podía hacer entonces? Por nada del mundo me metería solo en un cine, ni pisaba el Café Opera. Ese arreglo funcionó durante algún tiempo, no había nada malo en ello, la situación era explicable, estudiaba en un centro con pocos estudiantes, todos mayores que yo. Ninguno de ellos podía llegar a ser amigo natural, el caso contrario a la situación de otros estudiantes en carreras normales, que estaban rodeados por cientos, por no decir miles de personas de su misma condición. Pues sí, era explicable, yo estudiaba en la Academia de Escritura, y cuando acabara allí, pediría un préstamo de estudios y me iría a Estambul a seguir estudiando, en una ciudad nadie esperaba que yo conociera a alguien, algo también exótico y desconocido, un cuento de hadas, coño, ¡una habitación propia en Estambul!

Escribía cartas y hablaba de mis planes. Leía novelas de las que había oído hablar en la Academia, de Øystein Lønn, Ole Robert Sunde, Claude Simon, Alain Robbe-Grillet, Nathalie Sarraute, aunque a menudo me resultaban demasiado difíciles me esforzaba al máximo por leerlas, con la esperanza de que algo de ellas se quedara en mí. Iba al centro a comprar discos, tomaba café en las pastelerías frecuentadas por viejos, donde no pensaba en mi aspecto ni en la impresión que pudiera causar, ni si alguien se fijaba en que estaba allí solo. Porque los viejos me importaban una mierda, y entonces yo también me importaba una mierda. Allí me sentaba mirando los discos, leyendo los libros, bebiendo café y fumando. Luego volvía a mi casa, hacía pasar el tiempo, me iba a dormir y empezaba un nuevo día. Los días laborables transcurrían sin problemas, los fines de semana resultaban más complicados, sobre las dos o las tres de la tarde empezaba a sentir la necesidad de salir y divertirme, como los demás estudiantes, sobre las seis o las siete la necesidad se hacía imperante, todos estaban en fiestas previas, mientras yo estaba solo. Sobre las ocho o nueve todo mejoraba, entonces faltaba poco para acostarme. A veces algo podía captar mi atención, un libro o algo que escribía, de tal modo que me olvidaba del tiempo y la situación, y cuando volvía a mirar el reloj podían ser ya las doce, la una o incluso las dos. Eso era bueno, porque entonces dormía hasta más tarde la mañana siguiente, acertando de esa forma el día. Algunos sábados salía por la noche, no soportaba quedarme en mi casa, y mis pasos se dirigían hacia el centro, pasando tal vez por delante del Café Opera, donde las ventanas estaban llenas de cabezas riendo y charlando, y doradas jarras de cerveza, y aunque no había nada que me impidiera abrir la puerta y entrar, porque no estaba cerrada, era incapaz, así estaba la situación. Una vez lo hice a pesar de todo, y fue, como me había imaginado, una pesadilla, ardía al encontrarme solo en el bar bebiendo, me ardía el pecho y me ardía la cabeza, no conocía a nadie, no tenía amigos y todo el mundo podía verlo, estaba solo en el bar haciendo como si eso fuera lo más normal del mundo, bebía y miraba tranquilamente a mi alrededor, ¿hay alguien conocido por aquí esta noche?... no, qué curioso, ¡ni uno! Bueno, no importa, de todos modos está bien esto de estar aquí tomándome una cerveza antes de irme a casa a acostarme..., mucho que hacer mañana, más vale frenar un poco... Cuando luego volví a toda prisa a casa estaba furioso conmigo mismo y mi estupidez, no tenía nada que hacer en ese lugar, había sido una idiotez, ¿por qué exponer mi fracaso de esa manera?

El fin de semana siguiente llamé a Yngve. En su casa había televisión. Le preguntaría si tenía pensado ver el partido del sábado, y en caso afirmativo, si podía ir a verlo con él. No me había olvidado de lo de Ingvild, nunca se lo perdonaría, pero habíamos sido hermanos durante mucho más tiempo del que había estado enamorado de Ingvild, y tendría que ser posible separar las dos relaciones, tener dos pensamientos en la cabeza al mismo tiempo.

–Hola –dijo.

–Hola, soy Karl Ove.

–¡Cuánto tiempo! –exclamó–. ¿Qué tal?

–Bien. En realidad llamo para preguntar si piensas ver hoy el partido del sábado.

–Pues sí, pienso verlo.

–¿Puedo ir a verlo contigo?

–Sí, sí. No hay problema.

–¿Estará Ingvild? Si es así no voy.

–No, este fin de semana está en su casa. Ven.

–De acuerdo. Hasta luego.

–Hasta luego.

–Por cierto, ¿has echado la quiniela?

–Sí.

–¿Cuántas columnas?

–Treinta y dos.

–Vale. Nos vemos.

Compré cerveza en la tienda de al lado, me duché, me cambié de ropa, subí despacio la cuesta bajo la lluvia, pasé por el quiosco a echar la quiniela, estuve un rato esperando al autobús, por fin llegó, me subí, me senté y me puse a contemplar todas las luces y todos los movimientos de los que rebosaba la ciudad, todos los desplazamientos de colores y formas que podían verse, toda la luz que brillaba y se deslizaba en el agua, todos los paraguas y parabrisas, todas las nuca gachas y capuchas atadas, toda el agua que corría a lo largo de los bordes de las aceras y que salía de los canalones, todas las gaviotas sobrevolándolo todo y posándose desaliñadas en lo alto de un mástil o de la estatua ridículamente alta de Festplassen, un hombre de tamaño natural colocado en una columna, ¿cómo de alta era? ¿Veinte metros?

¿Treinta? Era Christian Michelsen, ¿qué había hecho él para tener ese destino?

Bergen, la ciudad de los parabrisas oscilantes.

Bergen, la ciudad de las habitaciones alquiladas sin váter.

Bergen, la ciudad de los peces humanos. Mira, van con la boca abierta.

Allí llegó el abuelo tras ir vendiendo libros por los pueblos, ofreciendo su pequeña biblioteca de casa en casa, y con ese dinero se compró un traje nuevo. Allí compró el anillo cuando iba a casarse con la abuela. Bergen era para ellos *la ciudad*. Mi abuelo se ponía de punta en blanco cuando iba allí, sacaba su mejor ropa y su sombrero más elegante, seguramente lo había hecho siempre.

Crucé Danmarks plass, giré a la derecha debajo de los letreros, junto al pequeño cobertizo de madera donde vendían cubiertas, luego a la izquierda y ya sólo faltaba subir la cuesta que había entre las viviendas de los obreros.

Todo estaba como siempre, pensé cuando llamé al timbre y esperaba a que me abriera. Todo era como antes.

Y lo era.

Yngve había comprado tofes cubiertos de chocolate, como los que solía comprarnos mi padre para el partido del sábado cuando éramos pequeños, también había preparado una cafetera que nos tomamos antes de pasar a la cerveza y las patatas fritas, al principio del segundo tiempo. Anotamos los goles marcados en los otros once partidos, Yngve estuvo un rato cerca de diez aciertos, pero se fastidió por completo hacia el final, yo obtuve siete, que era más o menos lo que solía conseguir cuando hacía quinielas.

Después del partido llegaron Asbjørn y Ola, estuvimos bebiendo y charlando un buen rato, luego cogimos un taxi hasta el centro y nos metimos en el Café Opera. Ninguno de ellos mencionó a Ingvild. Yo mantuve un perfil bajo las primeras horas, no tenía nada que decir, nada que aportar, pero me fui emborrachando y de repente me encontraba allí, en medio del mundo, brillando y hablando por los codos. Dije que el año siguiente me iba a mudar a Estambul para escribir, dije que yo escribía mejor que Bret Easton Ellis, cuyo corazón era frío y el mío no, dije que Jan Kjærstad había leído lo que yo escribía y le había gustado. No podemos irnos a casa todavía, dije, cuando empezaron a apagar y encender las luces, por suerte nadie tenía planes de marcharse, casi todos los que estábamos en el local nos quedamos un rato en

la calle charlando, a la espera de que surgiera una fiesta nocturna en algún sitio. Estaban allí Erling y Arvid, que vivían en un gran chalé compartido arriba en Villaveien, justo detrás del Centro de Estudiantes, podíamos ir allí, no tenían mucha bebida, pero eso no era problema, porque algunos se fueron corriendo a coger un taxi hasta sus casas a por lo que tuvieran de bebida, mientras los demás empezamos a subir lentamente las cuestas. Primero Arvid y Erling, luego el resto, colgando como la cola de un cometa.

Tanto Erling como Arvid eran de Tromøya. Yo recordaba a Erling de portero del equipo de los mayores cuando yo era un niño. Estaba siempre de buen humor, siempre sonriente, pero también soltaba de vez en cuando algún que otro comentario mordaz. Aunque no fuera especialmente alto, había en él algo desgarbado, casi desvencijado, ya me había fijado en eso cuando era portero. Arvid era un grandullón que siempre ocupaba mucho espacio donde se encontrara. Entre los dos formaban un eje central. Cuando ellos levantaban o bajaban el pulgar significaba algo. Pero siendo el hermano de Yngve yo tenía la sensación de ser inmune.

Las habitaciones del viejo chalé de madera eran grandes y casi sin muebles, estuve dando una vuelta por la casa, llegó el aguardiente, bebí, había un tipo que me miraba fijamente, me acerqué a él, le pregunté qué estaba mirando, contestó que no me había visto antes y que simplemente se preguntaba quién era yo, le cogí la mano y le doblé los dedos hacia atrás hasta que dio un grito, y le solté. ¡Pero qué haces!, resopló, ¿te pasa algo? Lo dejé y fui a la habitación de al lado, donde había un grupo de gente sentada en el suelo, entre ellos un compañero de estudios de Yngve que estaba en la mesa la primera vez que estuvimos en el Café Opera. ¡Eres igualito que Jan Kjærstad!, grité señalándole. ¡Es como verlo en persona! De eso nada, respondió el tipo, no me parezco a él en absoluto. No se parece nada, Karl Ove, dijo Asbjørn, que también estaba allí. ¡Y tú te pareces a Tarjej Vesaas!, dije señalando a Arvid. ¿Es un piropo o qué?, preguntó riéndose. No, en el fondo no lo es, contesté. Me volví porque Yngve estaba detrás de mí. Cálmate un poco, me pidió. Me han dicho que has estado a punto de romper los dedos a alguien ahí dentro. No puede ser, eso no puedes hacerlo aquí. Aquí todos nos conocemos. Cálmate. Estoy calmado, dije. Estoy bien. Estamos charlando un poco sobre literatura. Kjærstad y Vesaas. Le dejé allí y me fui a la cocina, abrí la nevera, el alcohol me había dado mucha hambre. Encontré medio pollo, lo cogí y empecé a roerlo sentado en la encimera,

enjuagándolo de vez en cuando con whisky. Ese momento, que era un buen momento, sentado en la encimera de una vivienda compartida de estudiantes comiendo pollo y bebiendo whisky, fue lo último que recordaría. A partir de ahí todo se volvió negro, excepto la imagen de mí arrastrando piedras que coloco en el suelo del cuarto de estar, saliendo y entrando a todo correr hasta que alguien me detiene, y allí desapareció todo de nuevo.

Así fue el final del otoño, me pegaba a Yngve y a los amigos de Yngve, era callado y tímido, pero educado y amable durante las primeras horas, hasta que el alcohol se apoderaba de mí y podía salirme por la boca cualquier cosa, podía hacer con mis manos cualquier cosa, hasta que al día siguiente me despertaba a una oscuridad interior, en la que imagen tras imagen de lo que había dicho o hecho me llegaban como golpes, y con gran esfuerzo lograba levantarme y ponerme en marcha, como entrando con dificultad en lo cotidiano, que poco a poco iba sustituyendo a lo anterior. Yo pertenecía a la corriente, conforme avanzaba el curso lo veía cada vez más claro, carecía de la profundidad y la originalidad que hacían falta para ser escritor, pero por otro lado no quería contentarme con estar allí sentado con los demás sin decir nada, cohibido y callado, porque yo tampoco era así, entonces lo único que me servía de algo, lo único capaz de elevarme de allí e introducirme en algo distinto y más libre, mucho más cercano a mí mismo, era beber. A veces me salía bien, a veces la noche acababa a tiempo sin que hubiese ocurrido nada en especial, excepto que había estado alegre, pero había veces en que las cosas no salían bien, e iba por libre, como había hecho en el norte de Noruega el año anterior, perdiendo el control sobre mí mismo. Por ejemplo, iba probando las puertas de los coches junto a los que pasaba, y si alguna estaba abierta, me sentaba en el asiento delantero e intentaba arrancar el motor, sabía que sólo había que conectar algunos cables, pero no sabía cuáles, y jamás logré arrancar ninguno, pero sólo haberlo intentado era horrible al día siguiente. Solté el freno de mano de un coche aparcado en la cuesta, muy cerca de mi casa, que tenía la puerta abierta, de manera que se desplazó uno o dos metros y chocó con el coche de delante. Me alejé de allí lleno de júbilo. Cada dos o tres días intentaba además apoderarme de alguna bicicleta, me colaba en los patios y cuando encontraba alguna sin candado la cogía y volvía a casa montado en ella. Un día descubrí una bicicleta junto a mi cama al despertarme por la mañana. Tuve que esperar hasta que oscureciera para

sacarla y dejarla en una calle vecina, muerto de miedo por si alguien me veía y acudía a la policía. En otra ocasión vi a varias personas sentadas detrás de una ventana en la segunda planta de una casa. Subí las escaleras, golpeé la puerta y entré, ellos sacudieron la cabeza, yo me di la vuelta y salí. No había maldad en mí, sólo quería destruir cosas, nunca personas, pero con un criterio muy débil, cualquier cosa podía suceder, eso sí lo sabía, y por eso la angustia crecía dentro de mí en los días siguientes. Yngve, con el que volvía a pasar tanto tiempo como antes, me decía que no debía beber, y sugirió que tal vez fuera mejor fumar hachís. Me dijo que yo estaba adquiriendo mala fama y que eso también repercutía en él. Pero no dejaba de invitarme a salir con ellos, tal vez porque a pesar de todo me veía más como la persona que era normalmente, que como ese personaje en el que a veces me convertía cuando salíamos.

A mediados de noviembre me había quedado sin una corona, pero en realidad me vino bien, coincidió con que teníamos un período de escribir en la Academia, y volví a casa de mi madre, vivía en su pequeño estudio y por las noches escribía mientras ella dormía al fondo de la misma habitación y por el día dormía en la entrada mientras ella estaba en el trabajo. Luego comíamos juntos, charlábamos o veíamos la televisión hasta que ella se acostaba y yo empezaba mi jornada laboral. A las dos semanas mi madre me llevó en su coche a Sørbøvåg, allí había más espacio, y me sumergí en esa vida tan infinitamente lejana a la que llevaba en Bergen, pero no sin mala conciencia, porque lo que yo estaba haciendo, la falta de dignidad que había en ello, aparecía con mucha más nitidez cuando me encontraba rodeado de fragilidad y enfermedad, pero también de la fuerza vital y el calor que allí se respiraba.

Después de Navidad, Yngve se mudó a un piso compartido en Fjellsiden, la casa en la que había vivido hasta entonces iban a venderla. La nueva era un fantástico chalé, iba allí a menudo, era uno de los pocos sitios adonde podía ir andando. Yngve compartía casa con otros tres chicos, con uno de ellos, Per Roger, charlaba de vez en cuando, le interesaba la literatura y también escribía, pero como pertenecía al entorno de Yngve me sentía tan inferior a él que apenas contestaba cuando me preguntaba algo, así que no había mucha comunicación.

En la Academia se inició un ciclo de ensayo, yo escribí uno sobre *El Señor*

*de los Anillos*, de Tolkien, uno de los libros que realmente me apasionaba, junto con *Drácula*, de Bram Stoker, y aunque no estaba incluido en la literatura preferida por los profesores, ni en su programa, Fosse lo puso muy bien, opinó que el lenguaje era contenido y preciso, los razonamientos buenos e interesantes, dijo que era evidente que yo tenía un talento para una prosa más orientada hacia la no ficción. Los elogios eran de dos filos, ¿significaba que mi futuro sería más bien la literatura sobre la literatura y no la literatura en sí?

El escritor Øystein Lønn vino de visita varias veces, el plan era que nosotros le entregáramos nuestros textos, pero yo me negué, no quería vivir más sesiones humillantes, y opté por ir a verlo en privado a su hotel, con un texto en la mano. Al principio del curso dijo que estaría a nuestra disposición de la mañana a la noche, y que fuéramos a verlo en cualquier momento si queríamos hablar con él. En consecuencia, un día fui a verlo desde mi casa sobre las siete de la tarde; encima de mí oscilaban las farolas en el viento, a mi alrededor la lluvia golpeaba las paredes y los tejados. El cielo era inagotable, había llovido todos los días desde principios de septiembre, con la excepción de unas horas, no había visto el sol desde hacía más o menos ocho meses. Las calles estaban casi vacías, y la gente que las transitaba lo hacía deprisa y pegada a las casas, se trataba de llegar lo más pronto posible del punto A al punto B. El agua de Vågen relucía con el brillo de los edificios a lo largo del muelle, donde estaba entrando lentamente uno de los barcos expreso. Cuando pasé por delante de la terminal del barco, ya habían bajado la escala y la gente estaba saliendo, la mayoría de ellos fueron hacia los taxis que había esperando.

Lønn se hospedaba en el Hotel Neptun, a la vuelta de la esquina, entré, me dijeron el número de la habitación en la recepción, subí y llamé a la puerta.

El escritor, un hombre robusto con manos grandes y cara ancha, me miró asombrado.

—Dijiste que podíamos pasar por aquí si queríamos comentarte algo. Así que te he traído un texto al que me gustaría que le echaras un vistazo.

—Está bieeeeeen. ¡Pasa!

La habitación estaba oscura, sólo había encendido las dos lamparitas de los lados de la cama, y era como si la colcha, que era roja, y se extendía de pared a pared, absorbiera la luz.

—Siéntate —dijo—. ¿Qué quieres enseñarme? Puedo tenerlo mañana.



–Es corto –le hice saber–. Poco más de una página.

–Le echaré un vistazo entonces –dijo.

Le alcancé el texto, él se colocó unas gafas sobre la nariz y empezó a leer.

Miré a mi alrededor. Era la historia de unos chicos que trepaban a un puente colgante, caía una nieve espesa, los chicos desaparecían en la niebla, uno de ellos saltaba. Se sabía que eso era algo que ocurría con cierta frecuencia, uno de ellos tenía que matarse. El relato, o el texto en prosa breve, si se quiere, estaba inspirado en Julio Cortázar.

–Sí-i-i –dijo Lønn quitándose las gafas, luego las plegó y se las metió en el bolsillo de la camisa–. Una buena historia. Contada de un modo escueto y preciso. No hay mucho más que decir, ¿no?

–Así es. ¿Te ha gustado?

–Sí, me ha gustado mucho.

Se levantó. Yo también me levanté. Me alcanzó el texto.

–Buena suerte –dijo.

–Gracias.

Cerró la puerta detrás de mí, yo recorrí el pasillo con ganas de gritar por ser tan estúpido. ¿Para qué había ido allí? ¿Qué me esperaba? ¿Que me dijera que en el fondo yo era un genio? ¿Que me recomendara a su editorial?

No, que fuera un genio no, eso no lo creía, pero que lo encontrara interesante y se lo comentara a alguien de la editorial sí que me parecía una posibilidad. A veces, las editoriales se interesaban por los alumnos de la Academia de Escritura, eso era algo que todo el mundo sabía. ¿Por qué no podía ser por mí?

Cuando Lønn terminó su curso, lo hizo con unas frases amables sobre cada uno y sus distintos proyectos literarios, en los que él había tenido la oportunidad de participar. Elogios para todos, excepto para mí, sobre quien no dijo ni palabra.

Me fui de allí rabioso y cabreado.

Era verdad que no le había entregado ningún texto, como habían hecho los demás, pero sí que había leído algo mío. ¿Por qué lo ocultaba? Si opinaba que el texto era una mierda, al menos podía decirlo, ¿no?

Después de aquello me mantuve alejado de la Academia durante varias semanas. Ya había hecho pellas en el otoño, y la cosa fue en aumento después de Navidad, la asistencia no era obligatoria, teníamos libertad total al

respecto, y mientras me durara esa sensación de que alguien me metía la cabeza en el váter cada vez que estaba allí, pensaba que sería mejor quedarme en casa escribiendo, y eso era justo lo que había puesto en mi solicitud de ingreso, que la Academia me daría la posibilidad de escribir a tiempo completo durante un año.

Así que durante la primavera estaba más tiempo en casa que en la Academia, y después del episodio con Lønn, dejé casi de ir. Tampoco escribía, todo me parecía carente de sentido, excepto salir por las noches, eso sí lo seguía haciendo, tenía que ver con todo lo que yo quería ser, la vida decadente y bohemia de la gran ciudad, el escritor que dirige sus pasos hacia la perdición con los ojos abiertos y la botella sobre la mesa. Rompí una de mis reglas, una noche salí solo a tomar algo, me senté en Fekterloftet con una jarra de vino blanco. Lo característico de ese bar era que las chicas que trabajaban allí eran todas guapas. Ésa era la razón por la que elegí ese sitio cuando me decidí a salir solo, pensé que a lo mejor podía entablar conversación con alguna de ellas, pero no fue así, les interesaba servir y poco más, así que cuando me acabé la segunda jarra me levanté, me fui al Café Opera y allí me quedé hasta que cerraron, sin que apareciera por allí ninguna cara conocida, luego me fui a casa. Me desperté porque noté que alguien me estaba sacudiendo, abrí los ojos, me encontraba en el suelo de un portal, me incorporé, era Jon Olav. Me había apagado delante de su puerta. Tenía los bolsillos del chubasquero llenos de piedrecitas. Supuse que las habría cogido para tirárselas a la ventana. Y quizá llegó algún vecino y entré con él. Jon Olav se reía de mí, y yo, que sentía unos deseos salvajes de seguir durmiendo, me fui a mi casa. Un par de días después fui al Café Opera a mediodía, no soportaba la idea de ir a la Academia, ni tampoco la de quedarme en casa, razón por la que decidí ir al café, pedir una botella de vino y ver lo que pasaba. Fue una sensación muy agradable emborracharse en pleno día, había en ello una gran libertad, el día se me abrió de repente, ofreciéndome otras posibilidades ahora que ya nada me importaba. El mero paseo por la calle para comprar unos periódicos en el quiosco se convertía en una gran experiencia cuando uno estaba borracho. Era como si se hubieran abierto agujeros en el mundo; todo lo cotidiano, los estantes con chicles, pastillas, chocolate, adquiría algo siniestro cuando lo veías borracho en pleno día. Por no decir los artículos que leía sentado en la mesa de la ventana unos minutos después. Había algo cruel y terrible en todo, mezclado con el hecho

de que lo veía relacionado con unos sentimientos violentos, casi triunfantes. Coño, yo era algo, yo veía algo que no veía nadie más, veía directamente dentro del agujero del mundo.

Estuve allí bebiendo un montón de horas, comí sobre las cinco, luego pasé por una librería y compré una novela de Jayne Anne Phillips, que intenté leer a continuación, sin que fuera capaz, no conseguía concentrarme más que unos cuantos minutos, cada frase que leía me hacía hincharme de sentimientos. Eso también lo sé hacer yo, pensaba. No, mejor que eso. Mucho, mucho mejor.

Empezaba a quedarme dormido, cerraba los ojos y desaparecía por breves instantes, luego volvía en mí con pequeñas sacudidas, ¿cuánto rato llevaba ausente? El local se iba llenando lentamente a mi alrededor. De repente Per Roger estaba delante de mí.

–Hola, Karl Ove –saludó–. ¿Estás solo?

No vi ninguna razón para mentir y asentí con la cabeza.

–¡Ven con nosotros! –dijo–. Estamos sentados al otro lado.

Lo miré durante un largo rato. ¿Qué estaba diciendo?

–¿Cuánto has bebido? –me preguntó riéndose–. ¿Vienes? ¡También hay chicas!

Me levanté y lo acompañé a la otra mesa, me senté en una silla y saludé con la cabeza a los demás. Eran cinco. El que estaba más cerca tenía una media melena rubia, gafas, patillas y llevaba una camiseta con la imagen de una calavera, una serpiente y un puñal, debajo de una chaqueta entre gris y blanca, de piel de cabra. A su lado había un tipo con una melena oscura y ojos embotados. Luego había una chica, quizá un par de años mayor que yo, en la que tenía clavados los ojos el último del grupo, un tipo de pelo corto, guapo y moreno, con pinta de sabelotodo.

–Éste es Karl Ove –me presentó Per Roger.

–Yo te he visto alguna vez –dijo el rubio–. ¿Estás estudiando?

–Estoy en la Academia de Escritura –contesté.

–No me digas. Entonces has dado con el hombre equivocado. ¡Yo cultura cero! Por cierto, me llamo Gaute.

Era de Bergen, su compañero también era de Bergen, y el sabelotodo era de Odda. La chica provenía del este. Gaute y Per Roger charlaban y se reían sin parar, los otros no decían gran cosa, se reían un poco de algunas bromas de Gaute, pero parecían estar en otra parte. Yo bebía y miraba por la ventana

al asfalto seco, iluminado por las farolas. Un tipo flacucho de unos veinticinco años, con camisa blanca, se sentó con nosotros. Tenía los ojos azules y fríos, y no mostraban ni pizca de interés.

Gaute me miró.

—¿Sabes cómo se llama la piel de alrededor del coño? —me preguntó.

—No.

—Mujer.

Se rió, yo también me reí, y a continuación brindamos. Lentamente fui entrando en la segunda borrachera del día, subía sin cesar, era maravilloso, ya no había nada que me importara. Me reía un poco, decía algo, iba a la barra a por más cerveza conforme los vasos se iban vaciando.

No hacía falta estar mucho tiempo con Gaute para darse cuenta de que desaprobaba con toda su alma todo lo que sonara a poder y lo establecido, bueno, más que eso, lo odiaba. Había conocido a mucha gente con actitudes antiburguesas, pero eran estudiantes y parte del sistema, ese tipo parecía consecuente, estaba completamente al margen, a la vez que se reía y bromeaba con todo, contaba un montón de chistes sobre judíos y negros, y yo me moría de risa. Cuando cerraron el Café Opera, sugirió que fuéramos a su casa a escuchar discos y fumar un poco, salimos tambaleándonos, paramos un taxi y llegamos a su casa, que resultó encontrarse en la península de Nordnes.

Cuando bajamos del taxi y nos metimos en el portal, Per Roger dijo que ya llevaban bebiendo medio año, y que pretendían continuar así. Yo dije que a mí me pasaba lo mismo. Dijo que lo siguiéramos y así llegamos a la habitación de Gaute.

—Es de mi madre —dijo—, por eso está tan arreglado y bien. Lo siento. ¡Ja, ja, ja! Pero no quiero gritos, hay vecinos.

—Venga ya, Gaute —dijo Per Roger—. Si quiero gritar, grito.

Gaute no contestó, puso un disco y yo me senté junto a la mesa. La música que sonaba era oscura y ruidosa. El otro tío de la melena, cuyo nombre no recordaba, fue a la cocina a por una enorme zanahoria y empezó a cortarla sentado en el suelo, de espaldas a la pared, absorto en su tarea.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

No contestó.

—Está preparando una pipa —contestó Gaute—. Es de Åsane. Allí no hay más que vagos y perezosos, y hacen esas cosas. Pero tú no eres fan de los Lords of the New Church, ¿no?

Sacudí la cabeza.

–Pop e indie –contesté.

–Pop e indie –repitió, sacudiendo la cabeza–. Pero ¿por qué vamos a esperar a esa pipa? Tú tienes tabaco, ¿no?

–Sí.

–¿Y qué diríais si pusiera un poco de *horse* en la mesa? –preguntó el tipo de los ojos fríos.

–¿Un caballo en la mesa? –dijo Gaute riéndose–. ¿Qué gracia tiene eso?

–¿No tienes nada que se pueda beber? –pregunté.

–Tal vez quede un trago en algún sitio, no sé. Mira tú allí –dijo señalando hacia la cocina–. A mí me apetece un cigarro.

Miró al tipo de Odda.

–¿Tienes algo o qué?

El tipo de Odda asintió con la cabeza, sacó una china de hachís envuelta en papel de plata y un paquete de papelinas grandes Rizla para liar, y se lo dio todo a Gaute. Calentó la china, yo eché el tabaco en el papel, quité las hebras más largas y pasé el mechero por encima un par de veces, como había visto hacer, se lo di a Gaute, que mezcló el hachís con el tabaco, pegó el papel con un lengüetazo y me lo alcanzó.

Nos fumamos la mitad, luego me levanté y fui al váter, con la sensación de que una bomba me había estallado en la cabeza y con todos los pensamientos esparcidos, un trozo por aquí, otro por allá, me murmuré a mí mismo mientras meaba.

Cuando volví a entrar, Gaute y Per Roger estaban contando en voz muy alta, casi gritando, un caos de chistes de judíos, juegos de palabras y brutalidades. Al de los ojos fríos no se le veía por ninguna parte. El tipo de Odda tenía a la chica sentada sobre las rodillas y le estaba metiendo mano. El vago de la melena estaba llenando de tabaco la pipa de zanahoria. Yo me deslicé por la pared hasta quedar sentado en el suelo. Los que estaban alrededor de la mesa empezaron a hablar de las maneras más brutales de suicidarse. Gaute se inclinó hacia delante y me pasó el cigarro. Inhalé profundamente.

–Dámelo –dijo Gaute riéndose entre dientes. Le alcancé el cigarro, dio una calada y se quedó un buen rato con los carrillos hinchados, antes de soltar el aire y pasar el cigarro a Per Roger.

–Has aterrizado en un nido de víboras suicidas –dijo riéndose–. Vamos a

beber hasta que no podamos más, y luego nos quitaremos la vida. Ése es el plan. Y tú también te has apuntado a él, nos ha dicho Per Roger.

–Sí –contesté–. Al menos participaré en la parte de beber.

–Lo uno va unido a lo otro –dijo Gaute, riéndose de nuevo–. Pero tenemos que hacerlo uno tras otro. Los que vayan quedando podrán vender el pelo y los empastes de oro y así aguantar unos días más. ¡Ja, ja, ja!

Per Roger se reía mientras me miraba.

Luego dijo:

desplazarse con la víbora  
en movimientos deslizantes  
hasta donde la víbora se dirige

–¿Qué es eso? –pregunté–. ¿De los antiguos poemas vikingos, o qué?

–No. Es un poema que he escrito yo.

–¿Sí? Pero si es buenísimo...

–¡Todos sabemos en qué víbora estás pensando! –dijo Gaute–. También sabemos adónde se dirige, ¡«Movimientos deslizantes», ya, ya!

Per Roger se reía de lo que decía Gaute, pero a la vez me miraba fijamente con ojos muy abiertos y serios. Yo miraba al suelo.

El tipo de Odda y la chica se levantaron y se marcharon sin que me preocupara por saber adónde iban. Desaparecí y cuando volví a abrir los ojos la habitación estaba vacía, excepto por el chico de la zanahoria, que dormía en el suelo. Me levanté y salí. La oscuridad era espesa, las calles estaban vacías. No tenía ni idea de qué hora era, y eché a andar en dirección a la ciudad, apenas presente dentro de mí mismo. Un coche venía a toda prisa detrás de mí, era un taxi, levanté la mano, se paró, me senté dentro, murmuré la dirección, y cuando aceleró por el adoquinado fue como si despegara, como si volara en el asiento de atrás, como un globo debajo del techo. Ah, había que controlar esa sensación, no podía volar dentro del taxi, pero fue imposible, no conseguía tranquilizarme. Volé como un globo debajo del techo durante todo el trayecto hasta casa. Al llegar me desnudé, me acosté y dormí como un tronco. Cuando me desperté, ya era de noche. Miré el reloj. Eran las cinco.

¿Las cinco de la tarde o las cinco de la madrugada?

Tendría que ser por la tarde.

Me incliné hacia delante y miré por la ventana. Dos niños con chubasquero estaban jugando a la pelota en el parque, al otro lado de la calle. Entonces era por la tarde. Bajé al sótano y me duché, luego, hambriento como un lobo, freí todos los huevos que tenía, los coloqué sobre seis rebanadas de pan y lo devoré todo. Me bebí también un litro de leche con Nesquik.

Me sentía por dentro como si hubiera visto abrirse las puertas del infierno.

Estuve escribiendo toda la noche, con la lluvia golpeando en la ventana a mis espaldas, algún que otro caminante nocturno borracho pasaba por la calle, que por lo demás estaba vacía. A la mañana siguiente, cuando la casa se llenó de sonidos de la gente que empezaba la jornada, volví a acostarme, y sobre la una me desperté, emergiendo de un sueño en el que había muerto. Me pasaba a menudo, y tenía más miedo en esos sueños que jamás había tenido estando despierto. Solía caerme desde gran altura, pero a veces también me ahogaba. Era como si estuviera completamente despejado y lúcido, como si la situación fuera real. Ahora me muero, pensaba.

Me vestí, me comí unas rebanadas de pan y me fui a casa de Yngve.

Llamé a la puerta, abrió una de las chicas.

—Hola —dijo—. Yngve ha salido. ¿Quieres pasar y esperarlo?

—Vale —contesté—. ¿Está Per Roger?

—No, lleva varios días sin aparecer por aquí. Debe de estar por ahí de juerga continua.

No dije que esa noche había estado bebiendo con él, no quería entablar conversación.

—Te las apañas tú solo, ¿verdad? —me preguntó la chica, y cuando asentí con la cabeza, ella subió a su habitación. Me dejé caer sobre el sofá, cogí una revista que había por allí y me puse a hojearla.

Al rato me acerqué a la ventana y contemplé ese mar gris que era el cielo, y los techos rojos y las paredes blancas de las casas colocadas muy juntas en las laderas que bajaban hacia el centro. Que yo supiera, él podía seguir de juerga hasta el día siguiente.

La chica volvió a bajar, entró en la cocina, asomó la cabeza y me preguntó si quería una taza de té.

—No, muchas gracias —contesté—. Por cierto, no sabes *dónde* está Yngve, ¿verdad?

—Ni idea. A lo mejor ha ido a ver a Ingvild.

—¿Ah, sí? Bueno, entonces puede que tarde bastante —dije.

La consecuencia natural de lo que la chica acababa de decir era que me marchara. Pero no quería. Le doy otra media hora, pensé, y me metí en su habitación. Se trataba de una casa compartida y por tanto no era tan privado como si hubiera sido su dormitorio en una casa normal, pero, no obstante, sentí cierto malestar por estar allí. La habitación olía igual que el piso de Solheimsviken, y había en ella las mismas cosas, hasta la manta blanca de Ikea sobre la cama. Eché un vistazo a la colección de discos, pensé en poner uno mientras esperaba, pero llegué a la conclusión de que sería impropio estar escuchando discos en su habitación cuando él volviera, no estaría bien.

Tal vez sería mejor que me fuera a mi casa.

Me levanté y me dirigí a la entrada. En el momento de agacharme para atarme los cordones de los zapatos, se abrió la puerta, y allí estaba Yngve, con el paraguas goteando en una mano y una bolsa de Mekka en la otra.

—¿Te vas? —preguntó.

—Ya no —contesté—. Pensaba que igual tardabas mucho.

Llevó la compra a la cocina, yo me senté en el cuarto de estar.

—Voy a hacerme una tortilla —gritó—. ¿Quieres una?

—Vale —contesté gritando.

Comimos en silencio, él tenía el mando de la tele en la mano y estaba mirando las páginas deportivas de la pantalla de la televisión. Luego hizo café y la chica bajó. Yngve le dijo algo en tono jocosos, ella se rió, yo encendí un cigarrillo y pensé que debía marcharme, pero que estar allí era mejor que estar sentado en mi casa.

—Por cierto, he acabado ya la música para tu letra —dijo—. ¿Quieres oírla?

Lo seguí hasta su habitación. Se colgó la cinta de la guitarra al hombro, encendió el amplificador, ajustó el reverb y tocó unos acordes.

—¿Listo? —dijo.

Asentí, y empezó a tocar, un poco tímido. No cantaba muy bien, pero ése no era el quid de la cuestión, sino que yo escuchara cómo había quedado la melodía, y sin embargo no podía dejar de mirarle, tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia delante y la guitarra le colgaba sobre las caderas. Era emocionante, una canción pop sencilla y bonita.

Se lo dije. Se sacó la guitarra por encima de la cabeza y la colocó en el soporte.

—Necesito más letras —dijo—. ¿No podrías escribirme varias a toda prisa?

—Lo intentaré.



Volvimos al cuarto de estar. Me dijo que al día siguiente iría a una fiesta que organizaba alguien de su curso en las afueras de la ciudad.

—¿Te apetece venir?

—Sí, no estaría mal. ¿Va Ingvild?

—Creo que sí.

Los había visto juntos un par de veces. Resultaba raro, pero todo fue bien, los tres hicimos como si nada, y como yo ya no veía ninguna posibilidad de volver con Ingvild, no me resultaba difícil hablar con ella. En una ocasión en que nos quedamos solos en una mesa en el Café Opera, la conversación fue fluida y natural, ella habló de su padre y de su relación con él, y yo le conté cosas del mío, ella se reía de esa fantástica manera suya, era como si el momento en sí se echara a reír. Todos mis sentimientos hacia ella seguían intactos, ella seguía siendo la que yo deseaba y añoraba, pero como mis deseos no se cumplirían nunca, ya que había un obstáculo definitivo, ya no tenía miedo de hablar con ella. Al principio de su relación los temía como si de una enfermedad se tratara, me negaba a verlos, y sin embargo y a pesar de todo, empecé a ver a Yngve sin verla a ella, ahora todo había cambiado a lo contrario; ahora deseaba que ella estuviera allí o que llegara cuando yo estaba con Yngve. Lo único que deseaba era verla, estar en la misma habitación que ella, llenarme de su presencia.

Estuve toda la noche trabajando en las letras de Yngve. Era divertido, nada que ver con escribir textos que se analizarían en la Academia de Escritura. Con las letras lo importante era inventarse frases que sonaran bien, y luego buscar algo que rimara con ellas. No tenían que tratar de nada en especial, no había ningún tema, no iban a ninguna parte, y eso era liberador. Era como hacer un crucigrama.

A las tres de la mañana ya tenía una letra terminada.

PARECE IMPOSIBLE

Muero soñando

En noches azulando

No puedo olvidar

Me acaban de ganar

Aullamos a la luna

Nos tumbamos en la duna  
Volamos sin cojín  
Hacia tierras sin fin

Sé que es posible  
Sé que es factible  
Sé que es posible  
Aunque parezca increíble

Tú avanzas en tu viaje  
Llévame como equipaje  
Volamos sin cojín  
Hacia tierras sin fin

Me muero soñando  
En noches azulando  
Sin haber comprendido  
Que el último tren ha salido

Sé que es posible  
Sé que es factible  
Sé que es posible  
Aunque parezca increíble

Cuando por la tarde al día siguiente fui a casa de Yngve, estaba allí Ingvild, y dejé la letra en el bolsillo interior de la chaqueta del traje. Me senté con una cerveza en la mano y le pregunté en un tono flemático qué tal le iba. Ella llevaba el jersey blanco de rayas azules, y unos vaqueros azules. Estaba y no estaba familiarizada con el entorno y me pregunté si siempre estaba así, como dividida, siempre con un ojo en ella misma, o si eso sólo pasaba allí, en casa de Yngve. Los dos estaban sentados en el sofá, pero no tan juntos como para tocarse. Tampoco se habían tocado desde que yo entré. ¿Era por mí? ¿Por mostrar consideración hacia mí? ¿O era así como se trataban mutuamente?

Ella dijo que le iba bien, y que se sentía a gusto en el piso compartido en Nygårdsgaten. Esa casa era un piso compartido desde la década de los

sesenta, dijo, de hecho el escritor Kjartan Fløgstad vivió allí en su época. Ahora vivían unos conocidos de Yngve: Frank, de Arendal, un tipo muy curioso, según ella, y Atle, de Kristiansand, además de otras dos chicas.

Al cabo de un rato, Ingvild se levantó para ir a ducharse, y cuando se fue, yo le di la letra a Yngve, que le echó un vistazo. Está bien, dijo, y se la metió en el bolsillo trasero del pantalón.

Ingvild cruzó la habitación envuelta en una toalla de baño.

Yo miré hacia otro lado.

–Tenemos que irnos enseguida –dijo Yngve–. Date prisa.

–Sí, sí –dijo Ingvild.

Nos tomamos una cerveza, luego Yngve se levantó y empezó a vestirse. Abrió la puerta de la habitación donde Ingvild estaba secándose el pelo con un secador.

–Nos vamos. Ven ya –dijo.

–Estoy terminando de secarme el pelo –dijo ella desde dentro.

–¿No has podido hacerlo antes? –dijo Yngve–. Sabías que teníamos que irnos, ¿no?

Cerró la puerta.

–Menos mal que no he pedido un taxi –dijo sin mirarme.

–Ya –dije.

Se hizo el silencio. La chica que vivía en la casa entró en el cuarto de estar y encendió el televisor.

En la fiesta, donde la mayor parte eran estudiantes del máster en medios de comunicación, además de un grupo de estudiantes de música, yo era, como de costumbre, el hermano pequeño de Yngve y nada más. A las chicas les hacía gracia que nos pareciéramos tanto, yo no dije apenas nada, excepto cuando alguien puso un disco de música clásica preguntando qué era y ninguno de los estudiantes supo responder, yo dije, medio vuelto hacia otro lado y avergonzado de mí mismo, que era Chaikovski. Y era verdad. Yngve me miró con ojos de asombro. ¿Cómo sabes *tú eso?*, preguntó. Pura suerte, dije, y lo era, tenía sólo un disco de Chaikovski, y era ése.

Ingvild se fue a casa temprano en un taxi, Yngve se quedó, y me dolió ver que él no la valorara más, que se librara de ella de esa forma. Si hubiera sido yo, la habría llevado en brazos. La habría adorado. Le habría dado todo lo que tenía. ¿Acaso ella no le importaba nada?

Sí, tendría que importarle. Pero él era mayor, tenía más experiencia, en él ardía una luz distinta a la mía, que era tonta e ingenua. Y lo que también vi era que él le daba un espacio más grande que ella misma, algo que yo no podría haberle dado jamás, porque ella y yo nos encontrábamos dentro de lo mismo, de lo inseguro y lo vacilante, tanteando y agarrando. Ella necesitaba a Yngve tanto como yo.

Después de repasar varios dramaturgos y distintas tradiciones dramáticas en la Academia, la idea era que, como de costumbre, escribiéramos nuestra propia aportación al género en cuestión. Yo aplacé la escritura hasta la noche antes de la entrega, en que fui andando hasta Verftet, con la intención de quedarme allí toda la noche. Podíamos pedir prestados los locales siempre que necesitáramos un lugar tranquilo para escribir alguna tarde-noche, yo había pedido ya las llaves un par de veces, me gustaba encontrarme solo en esos locales comunes, quizá porque allí nadie me recordaba a mí mismo, no lo sabía, simplemente era así, también esa tarde, cuando abrí la puerta con la llave y pisé la entrada vacía, subí la escalera vacía y entré en las salas vacías de la planta de arriba.

Los demás ya habían entregado sus ejercicios, los montones de fotocopias estaban preparados sobre la mesa de la sala de al lado. Cogí una máquina de escribir, preparé café, contemplé el reflejo del cuarto en las ventanas negras, como sacadas del agua deslizante. Eran las nueve de la noche, tenía pensado quedarme hasta que acabara, aunque fuera toda la noche.

No tenía ni idea sobre qué escribir.

El café estaba listo, me bebí una taza, me fumé un cigarrillo y miré fijamente el reflejo de mí mismo en la ventana. Me di la vuelta y miré la estantería llena de libros. Era poco probable que tuvieran allí un libro de fotografías de mujeres desnudas o ligeras de ropa...

Pero sí que tenían uno sobre historia del arte. Lo cogí y me puse a hojearlo. Algunas pinturas de los siglos XVII y XVIII eran de mujeres desnudas. ¿Podrían servirme?

El libro era demasiado grande para metérmelo en la cinturilla del pantalón. Y no quería llevármelo bajo el brazo, porque aunque era poco probable que alguien se presentara a esas horas, no era imposible, ¿y cómo iba a explicar que arrastraba conmigo al váter un libro sobre historia del arte?

Lo metí en una bolsa de plástico, bajé la escalera de caracol y entré en el

lavabo. Un cuadro de Rafael destacó de inmediato, dos mujeres delante de un pozo, una desnuda, la otra vestida, la desnuda era de una belleza espectacular, miraba hacia un lado con expresión mística, los pequeños pechos rebosantes, un trozo de tela le cubría el vientre, pero se le veían los muslos y se me puso dura, seguí hojeando, contemplé un rato un cuadro de Rubens, *El rapto de las hijas de Leucipo* (1616), una de las dos mujeres desnudas era pelirroja, pálida y con pecas, con la barbilla pequeña y el cuerpo generoso, luego estaba *El nacimiento de Venus* (1485), de Botticelli, donde hay un pecho desnudo, y la *Venus de Urbino* (1538), de Tiziano, en el que la mujer en primer plano tiene una mano entre las piernas, mientras mira directamente al observador con aire desafiante y desenvuelto. Admiré durante mucho rato sus pechos desnudos, sus caderas anchas y sus pies pequeños, pero supuse que habría más y seguí hojeando hasta *Vulcano y Maia* (1590), de Bartholomeus Spranger, en el que la mujer, en manos de un hombre forzado y barbudo, echa las caderas hacia delante con ojos lujuriosos. Tiene la piel completamente blanca, los pechos firmes, la cara casi infantil. Estaba bien. El siguiente era *La muerte de Sardanápalo* (1827), de Delacroix, en el que la mujer en primer término está de espaldas, con un pecho a la vista muy destacado, porque tiene una espada en el cuello y el trasero al aire, perfectamente formado. Mientras hojeaba hacia delante y hacia atrás, intentando decidir qué cuadro prefería, me hice una paja pequeña, pero me contuve. ¿El de Delacroix quizá? ¡No, qué va; tenía que ser Ingres! *Odalisca con esclava* (1842), en el que la mujer está tumbada del todo, con los brazos detrás de la cabeza y formas deliciosas, o, claro, *El baño turco* (1862). En ese sólo había mujeres y todas desnudas. Estaban de pie y sentadas en todas las posturas pensables y representaban toda clase de mujer; reservadas, apasionadas, medio ocultas, totalmente desnudas. Nada más que piel y carne y formas femeninas hasta donde alcanzaba el ojo. ¿Pero cuál de ellas, ah, cuál de ellas? ¿La de la cara regordeta y los labios abiertos? Yo amaba los rostros en los que los labios nunca cerraban del todo la boca, con los dientes siempre visibles. ¿O esa rubia justo detrás, con la mirada arrogante? ¿La de los pechos pequeños, que se mira fijamente la mano? ¿O la otra, la que está sentada apoyada en los brazos y con los ojos cerrados de placer? ¡Tendría que ser ella!

Me quedé inmóvil un instante para asegurarme de que no había nadie en el pasillo, subí, coloqué el libro en su sitio en la librería y me serví otra taza de café. Encendí un cigarrillo y me puse a contemplar la página en blanco.

No se me ocurría nada. No tenía ni idea de qué iba a escribir.

Di una vuelta por la sala, eché un vistazo a los libros, entré en el cuarto de la fotocopidora y me puse a leer los ejercicios de los demás. Eran como cabía esperar, todos habían escrito de acuerdo con su estilo. No eché más que un vistazo a la mayor parte, pero me llevé a la mesa el de Petra para leerlo a fondo. Era una especie de comedia casi absurda, casi surrealista, en la que la gente hacía cosas sin motivo y bastante fuertes, mucha emoción, apenas sentido, la impresión principal era de caos y arbitrariedad.

¿Lograría yo hacer algo así?

Empecé a escribir, y escribía deprisa, una escena tras otra caían sobre el papel como una prolongación de lo que acababa de leer. Los personajes tal vez se parecieran un poco, y lo que hacían también, abrupto y carente de motivación, pero no era en absoluto idéntico a lo de Petra, *hacían* algo distinto, y me sentía muy satisfecho cuando sobre las tres de la madrugada tuve listo un primer borrador. Lo depuré, volví a escribirlo y sobre las ocho de la mañana lo tenía terminado para poder fotocopiar diez ejemplares y colocarlos en un montón junto a los demás. Cuando llegó el primer estudiante, a las diez menos cuarto, estaba dormido en una silla.

Transcurrió todo el día analizando los textos. Recibí elogios por el mío, aunque Hovland hizo algún que otro comentario crítico en cuanto a lo dramático, es decir, la conexión entre los personajes y las escenas, yo me defendí diciendo que no debía haber ninguna relación, que ése era el quid de la cuestión, y él insistía en que sí, que incluso lo que debe ser incoherente exige coherencia; la regla empírica para toda escritura es que se puede escribir sobre lo aburrido, pero no de un modo aburrido.

Petra me estuvo observando durante el análisis, pero sin decir nada, incluso cuando Hovland le preguntó directamente su opinión contestó que no tenía nada que decir al respecto. Por fin, cuando la clase había terminado y la gente estaba recogiendo sus cosas y poniéndose los abrigos, dijo:

–Has copiado mi texto.

–No es verdad –contesté.

–Anoche viniste aquí, leíste mi texto y luego escribiste el tuyo. Es casi una copia fiel.

–No –dije–. No leí tu texto. ¿Cómo puedo copiar algo que no he leído?

–¿Crees que soy tonta o qué? Estuviste aquí, lo leíste, y escribiste una variación. Más vale que lo admitas.

–Lo admitiría si fuera verdad. Pero no lo es. No *leí* tu texto, y no lo he copiado. Si se parecen en algo, es pura casualidad.

–¡Ja! –dijo ella, se levantó y metió sus papeles y libros en la bolsa negra–. A mí no me importa, puedes copiarme si quieres, pero no me mientas, joder.

–No miento –dije–. No sabía cómo era tu texto hasta que lo leíste en voz alta.

Ella alzó los ojos, se puso la chaqueta y fue hacia la puerta. Yo esperé unos minutos para que mi cabeza se tranquilizara y a Petra le diera tiempo a alejarse y no pudiera alcanzarla. Por fin me fui a casa. Reconocía la situación, de pequeño había vivido una idéntica en el colegio una vez que me voté a mí mismo para ser delegado de clase, sólo conseguí un voto y alguien lo descubrió preguntando a todos los de la clase a quién habían votado. Yo lo negué, ellos no pudieron probar nada, yo sólo dije que no, que no era verdad. En este caso no era posible probarlo, nadie sabía que yo había leído el texto de Petra, bastaba con negarlo, la que quedaba en ridículo era ella. Pero no tenía muchas ganas de aparecer por allí de nuevo, porque aunque nadie sabía nada con seguridad, yo sí lo sabía. La noche anterior todo me parecía evidente y natural, había tomado algo prestado, nada más, eso podía hacerse, ¿no? Pero tanto durante el análisis como durante el intercambio de opiniones que siguió, todo parecía diferente, yo la había plagiado, ¿y en qué me convertía eso a mí? ¿Cómo podía estar tan desesperado como para no sólo plagiar a una compañera, sino encima engañarme a mí mismo y creer que me lo había inventado yo?

Una vez escribí un poema en mi diario haciendo que yo era el poeta. Entonces tenía doce años, y aunque fuera extraño que pudiera engañarme a mí mismo tan abiertamente, esto lo has escrito tú, Karl Ove, cuando lo había copiado de un libro, la edad era una circunstancia atenuante. Pero ahora, con veinte años, siendo ya un adulto, ¿cómo podía hacer algo tan ruin sin pestañear?

Las semanas siguientes casi no salí de casa. Trabajaba en la novela, era un desastre, pero la estaba acabando, y era importante que tuviera algo concreto que mostrarme a mí mismo al finalizar el curso.

Había enviado un texto para la antología *Signaler*, el que había leído Øystein Lønn, y un día llegó de vuelta. Abrí el sobre con la absurda

esperanza de que me lo hubiesen aceptado, pero sabía por dónde iba la cosa, de manera que no fue ninguna sorpresa cuando leí:

Estimado Karl Ove Knausgård:

Gracias por el texto que me has enviado, y que he leído con interés, pero que lamentablemente no puedo utilizar en SEÑALES 89.

Atentamente,

Lars Saabye Christensen

Supuso para mí cierto estímulo el que figurara la firma de Saabye Christensen, significaba que él había leído lo que yo había escrito. ¡Al menos por unos minutos le había llenado la cabeza de lo que había en la mía!

Salió el álbum *Oranges & Lemons*, de XTC, lo escuché una y otra vez, hasta que salió *Hjernen er alene*, de deLillos, entonces no ponía otra cosa en mi tocadiscos ni de día ni de noche. Fuera había ya más luz, y la lluvia no caía con tanta frecuencia. Las sensaciones de primavera que eran tan fuertes cuando era un niño, que llenaban todos los sentidos y en cierta forma levantaban tanto el cuerpo como el alma tras el pesado y oscuro invierno. Seguía escribiendo mi novela, no quería terminarla antes de que acabara el curso, pero pensaba entregar lo que tuviera hasta entonces como trabajo de fin de curso en la Academia. Era la novela de la que hablé y no se apreciaba en ella ninguna evolución, escribía igual que entonces, ese año no había servido para nada, la única diferencia era que, al haber sido admitido, me había creído escritor, pero ahora, al marcharme, sabía que no lo era.

Una noche aparecieron en mi puerta Yngve y Asbjørn.

–Vamos a salir –dijo Asbjørn–, ¿vienes?

–Me encantaría –dije–. Pero estoy sin blanca.

–Si quieres, yo te presto –se ofreció Asbjørn–. Yngve tiene mal de amores, así que tenemos que ayudarlo a que se le pase bebiendo.

–Lo de Ingvild se acabó –dijo Yngve con una sonrisa.

–Vale, voy con vosotros –dije–. Esperad un momento.

Fui a por la chaqueta y el tabaco, y bajé con ellos al centro. Los siguientes días y noches se me mezclaba todo, bebíamos sin parar, dormíamos en casa de Asbjørn, nos emborrachábamos antes del mediodía, comíamos fuera, seguíamos bebiendo en su casa, salíamos por la noche, íbamos a sitios que no estaban de moda, como Uglen o el bar del Hotel Rica, y era maravilloso, no



había nada más maravilloso que la sensación de una incipiente embriaguez por la mañana, nada más maravilloso que atravesar Torgalmenningen y Fiskertorget borracho a mediodía, era como si yo tuviera razón y los demás se equivocaran, como si yo fuera libre y los demás estuvieran atados a sus días, y en compañía de Yngve y Asbjørn no tenía la sensación de que fuera peligroso o excesivo, sólo divertido. La última noche, que no sabíamos que sería la última, llevábamos botes de pintura en espray. Acabamos en Hulen, había poca gente, y cuando fui al servicio pinté un eslogan, al poco rato uno de los empleados del bar fue con un cubo y un trapo a limpiarlo, cuando acabó, volví a pintarlo, nos reímos y decidimos llevarlo al extremo, es decir, pintar a lo grande algunos edificios de la ciudad. Salimos y nos fuimos a Møhlenpris, donde escribí con letras del tamaño de un hombre U2 STOPS ROCK'N ROLL en un enorme edificio de ladrillo, porque acababan de tocar en una azotea, no estuvieron bien, y Bono se inventó el eslogan *U2 Stops Traffic*, que era aún peor, Asbjørn escribió RICKY NELSON RULES OK por toda la pared del depósito de los tranvías, e Yngve escribió CAT, WE NEED YOU TO RAP en otra pared y así fuimos todo el camino hasta su casa, donde seguimos bebiendo. Una hora después los tres nos habíamos apagado. Nos despertamos muertos de miedo por lo que habíamos hecho, porque todas las huellas nos señalaban a nosotros, las pintadas empezaban justo al salir de Hulen y seguían por todo el camino hasta casa de Yngve, hasta la misma esquina de ladrillo junto a la puerta, donde ponía YNGVE ES UN JODIDO... No hacía falta investigar mucho para saber dónde se encontraban esos vándalos que habían pintado las paredes de todo el barrio de Møhlenpris. Asbjørn temblaba de miedo, pero yo tampoco las tenía todas conmigo, lo que resultaba curioso, porque lo único que deseaba era seguir bebiendo, llevar esa clase de vida, mandarlo todo a la mierda, a la vez que chocaba contra un límite, una especie de muro de pequeña burguesía y clase media que no se dejaba derribar sin enormes escrúpulos y ataques de congoja. Quería, pero no era capaz. Muy en el fondo yo era un tío decente y formal, un as, y, pensé que quizá por eso no sabía escribir. No era lo bastante depravado, lo bastante artístico, en suma: demasiado normalito para que pudiera funcionar. ¿Qué me había hecho pensar otra cosa? Ah, ésa era la mentira vital.

Lo que sí había aprendido en la Academia era que existía una literatura verdadera y elevada, la que se extendía desde las epopeyas de Homero y las tragedias griegas hasta el presente, con autores como Ole Robert Sunde, Tor

Ulven, Eldrid Lunden, Kjartan Fløgstad, Georg Johannesen, Liv Lundberg, Anne Bøe, Ellen Einan, Steinar Løding, Jon Fosse, Terje Dragseth, Hans Herbjørnsrud, Jan Kjærstad, Øystein Lønn, Svein Jarvoll, Finn Øglænd, los daneses Søren Ulrik Thomsen y Michael Strunge, los suecos Katarina Frostenson y Stig Larsson. Sabía que el gran poeta escandinavo de nuestro siglo era Gunnar Ekelöf, y que el gran modernista finlandés en idioma sueco era Gunnar Björling, que nuestro propio Rolf Jacobsen no les llegaba ni a la altura del tobillo, y que Olav H. Hauge estaba anclado en la tradición en mucha mayor medida que ellos. Yo sabía que la última gran innovación de la novela tuvo lugar en Francia en la década de los sesenta, y que aún continuaba, sobre todo en especial a través de las novelas de Claude Simon. También sabía que yo no sería capaz de innovar la novela, que ni siquiera era capaz de copiar a los que eran capaces de hacerlo, ya que no sabía dónde se encontraba lo esencial. Era ciego, no sabía leer; cuando por ejemplo leía *Introducción*, de Stig Larsson, era incapaz de ver lo que en esa novela era lo nuevo o lo esencial, leía todas las novelas como antes leía las de suspense y los *thrillers*, esa fila interminable de libros que devoré a los trece y catorce años, sobre el grupo de Septiembre Negro, sobre Chacal, sobre espías durante la Segunda Guerra Mundial y sobre los cachondos cazadores de elefantes en África. Lo que sí había sucedido en el transcurso del año era que al menos conocía la *existencia* de las diferencias. Pero no tuvo consecuencias para mi propia escritura. Con el fin de librarme de esa situación convertí en mío un subgénero de la novela moderna, eso era lo que anunciaba como mi ideal, novelas y relatos norteamericanos escritos por Bret Easton Ellis, Jayne Anne Phillips, Jay McInerney y Barry Gifford. De esa forma disculpaba lo que escribía.

Algo sí llegué a entender, fue un reconocimiento costoso, pero verdadero e importante: yo no era escritor. No tenía lo que tenían los escritores. Luchaba en contra de esa realidad, diciéndome a mí mismo que tal vez podría llegar a tener lo que ellos tenían, que podría adquirirlo si me esforzaba el tiempo necesario, a la vez que sabía que eso no era más que un consuelo. Lo más probable era que Jon Fosse tuviera razón, seguramente mi talento estaba en escribir *sobre* literatura, no en escribir literatura en sí.

Ésa era la situación cuando unos días después de aquella juerga con Yngve y Asbjørn caminaba hacia mi casa tras haber entregado mi manuscrito en la Academia. La novela no estaba terminada, había decidido dedicarme a ello el

resto de la primavera y el verano. Cuando estuviera acabada, la mandaría a una editorial. Había elegido Cappelen, sentía lealtad hacia ellos después de aquella devolución personal de Lars Saabye Christensen. Contaba con que me rechazaran de nuevo, pero no estaba del todo seguro, podía ser que ellos vieran algo en lo que yo escribía que no veían Jon Fosse ni Ragnar Hovland, y, al fin y al cabo, algo habrían visto ellos también, ya que me habían admitido como estudiante; la esperanza era pequeña, pero existía, y existiría hasta el momento en que cogiera el sobre de la editorial del buzón. Nada habría concluido hasta que me devolvieran el manuscrito.

La luz sobre la ciudad había cambiado por completo de carácter en el transcurso de la primavera. Lo húmedo y lo absorbente de los colores otoñales e invernales había desaparecido. Ahora los colores eran secos y ligeros, y con las casas tan blancas que reflejaban la luz, incluso la indirecta que llegaba cuando el sol se encontraba detrás de las nubes, nitidísimo y resplandeciente, era como si toda la ciudad se hubiera elevado. En otoño e invierno Bergen era como un cuenco, estaba inmóvil recibiendo lo que llegaba, en primavera y verano era como si las montañas se doblasen hacia los lados, como los pétalos de una flor, permitiendo que la ciudad surgiera, palpitante y vibrante, en su propio derecho.

Con esa atmósfera uno no podía quedarse en casa por las noches.

Llamé a la puerta de Morten, le pregunté si quería venir a Christian y si era que sí, si podía prestarme algo de dinero; sí que podía, y nos sentamos en una mesa a contemplar a todas aquellas guapísimas chicas que había por allí, no de esas intelectuales vestidas de negro, sino bien vestidas, rubias y sencillas, mientras charlábamos de lo difícil que era todo, emborrachándonos lentamente en la noche que se disolvía en la oscuridad habitual. Me desperté debajo de un arbusto junto al lago Lille Lungegård, porque alguien me estaba sacudiendo, era un policía, me dijo que no podía dormir allí, me levanté somnoliento y me fui a casa.

Llamé a la puerta de la nueva vivienda compartida de Ingvild, se sorprendió al verme, pero intuí que también se alegró, y yo también. El piso era grande, con una ventana de esquina que daba a Nygårdsgaten y al auditorio Grieg, saludé a los otros que allí vivían, caras que ya había visto pero con los que nunca había hablado, todos relacionados de alguna manera con Yngve. Ingvild estaba totalmente integrada en la vida estudiantil, daba

gusto verla, a la vez que eso la hacía más inalcanzable, yo me encontraba fuera, y ella dijo dos veces que me quería como amigo, lo que significaba que no me quería como novio.

Nos sentamos en el amplio sofá, ella había preparado té, parecía feliz, yo me quedé mirándola, intentando no mostrar lo deprimido que me sentía, la pena que me daba que no fuéramos novios y que nunca lo fuéramos a ser, de modo que sonreía y hablaba de cosas lúdicas, y cuando me marché de allí, ella debió de pensar que por mi parte todo había pasado y que ahora éramos sólo amigos.

Antes de marcharme le pregunté si podía prestarme cien o doscientas coronas. Estaba sin blanca, no tenía ni para tabaco.

—Claro que sí —dijo—. ¡Pero quiero que me lo devuelvas!

—Por supuesto —contesté—. ¿Tienes doscientas?

Debía dinero tanto a Yngve como a Asbjørn, así que ya no podía pedirles más. También a Morten, a Jon Olav y a Anne. Además, había mendigado algún que otro billete de cien estando de juerga a amigos de Yngve, a nadie le importaba mucho cuando estaban bebiendo, y no siempre tenía que devolver el dinero.

Ingvild tenía doscientas. Me metí el dinero en el bolsillo y bajé la escalera mientras ella volvía a sus quehaceres.

Curioso, pensé, al salir y sentir el aire caliente posarse sobre mi cara, viendo la fila de árboles que ya estaban brotando más allá del auditorio Grieg. En el momento en que ella desapareció de mi vista, empecé a echarla de menos. La había visto sólo unos minutos antes, estaba sentada a un metro de mí, con las rodillas juntas y el torso inclinado hacia delante sobre la mesa, y me enardecí tanto como me afligió pensar que en ese momento a lo mejor estaba sentada en su cuarto, ensimismada, sólo pensar que ella existía.

A finales de mayo, Yngve hizo el examen final, y yo me pegué a ellos por la noche cuando salieron a celebrarlo. La ciudad hervía, había gente por todas partes, el aire era cálido, los árboles habían estallado en verde, y cuando aquella noche caminaba bajo el cielo claro por las calles en penumbra gris, porque ya no se ponían oscuras de verdad, sentía que todo eso me daba fuerza, empujándome hacia arriba y notando intensamente que vivía, y, no menos importante, que quería vivir más.

El curso había acabado, al día siguiente tendríamos una cena de clausura y

nos entregarían nuestro diploma o como se llamara, la prueba de que habíamos estudiado allí. Yo iría a la cena, me despediría de todos, y a continuación daría la espalda a todo aquello para nunca volverlo a recordar.

El ambiente entre los compañeros de estudios de Yngve era muy alegre, traían a nuestra mesa una cerveza tras otra, y aunque yo no hablara mucho, aunque por el momento me mantuviera callado, no obstante participaba, bebía, sonreía y miraba a los demás, que farfullaban de esto y de aquello. Como Ola era el único al que conocía —a los demás sólo de vista— me senté a su lado, siempre se había ocupado de mí, en el sentido de escuchar lo que decía y tomárselo en serio, como si hubiera en ello algo sensato o interesante, aunque él se encontrara muy por encima de mí. Incluso se reía de mis chistes. Pero no quería acaparar demasiado su atención, tampoco la de Yngve, que estaba con la cabeza alzada brindando y charlando.

Empezaron a apagar y encender las luces, apuramos las copas antes de salir y quedarnos esperando a que todos estuviéramos reunidos, como de costumbre estaba tan borracho que tenía la sensación de encontrarme dentro de un túnel, rodeado de oscuridad, sólo había luz hacia delante, hacia donde miraba o en lo que pensaba. Era libre.

—¡Allí está Kjærstad! —dije.

—Déjalo ya —dijo el tipo—. No tiene ninguna gracia, ¿sabes?

—*Tiene bastante gracia* —dije—. ¿Nos vamos o qué? ¿A qué esperamos?

Yngve se me acercó.

—Relájate un poco —dijo.

—Vale, vale —contesté—. ¿Pero no nos vamos?

—Estamos esperando a alguien.

—¿No estás contento de haber hecho un buen examen?

—Sí.

Se volvió hacia los demás. Yo me hurgué en los bolsillos en busca del tabaco, no conseguí que el mechero funcionara y lo tiré al asfalto.

—¿Tienes fuego?

Se lo estaba preguntando al tipo que se parecía a Jan Kjærstad, que asintió con la cabeza, sacó un mechero y me encendió el cigarrillo, protegiendo la llama con la mano.

Escupí e inhalé mientras miraba a mi alrededor. Las chicas que había allí me sacaban cuatro o cinco años, pero yo tenía buen aspecto, no sería la

primera vez que uno de veinte lograba echar un polvo con una de veinticinco, ¿no?

Pero no tenía nada que decirles, incluso estando tan borracho como entonces, de modo que no conseguiría nada. Primero había que decir algo. Eso sí lo sabía.

De repente echaron a andar. Yo los seguí, manteniéndome todo el rato en medio del grupo, veía la cabeza de Yngve oscilar unos metros delante de mí y la luminosa noche de mayo, con todos sus olores, las voces enardecidas, las demás personas que había en la calle, y me sentí feliz de lo hermoso que era todo. Yo, un estudiante de Bergen, rodeado de otros estudiantes, camino de una fiesta *after hours*, atravesamos las calles del barrio de Høyden en dirección al parque Nygård, que ahora respiraba silencioso e inmóvil en la oscuridad, entre todos los caminos y edificios, era el año 1989, yo tenía veinte años, estaba lleno de fuerza y vida. Y mirando a los que caminaban junto a mí, pensé que ellos no eran así, que sólo yo era así, que yo iba a subir cada vez más alto, cada vez más lejos, mientras ellos se quedarían donde estaban. Jodidos estudiantes de Ciencias de la Información. Jodidos idiotas de Ciencias de la Información. Jodidos teóricos de Ciencias de la Información. ¿Qué sabían ellos de la vida? ¿Qué sabían ellos de lo que realmente importaba?

Escucha mi corazón palpitante.

Escucha mi corazón palpitante, jodido imbécil de mierda. ¡Escucha cómo palpita!

Mírame. ¡Mira la fuerza que tengo!

Aplastaría a cada uno de esos cabrones. No sería un problema. Yo podía continuar y continuar. Ellos podían humillarme, lo habían hecho siempre, pero yo nunca me daría por vencido, no iba conmigo, todos esos idiotas que se creían tan estupendos no tenían nada dentro, estaban vacíos.

El parque.

¡Ah, coño, la puerta del parque! ¡Qué bien, joder! Las hojas verdes, tupidas, casi negras en la oscuridad crepuscular, y el charco más adentro. La gravilla y los bancos.

Lo absorbí todo. Todo se convirtió en yo, lo llevaba todo conmigo.

Se detuvieron, uno de ellos sacó un llavero del bolsillo del pantalón y abrió la puerta de uno de los chalés situados enfrente del parque.

Subimos una vieja y destartada escalera de madera, y entramos en un

viejo y destartado piso. Con los techos altos, una chimenea en el rincón, jarapas, muebles de los cincuenta comprados en mercadillos o en las tiendas Fretex del Ejército de Salvación, un póster de Madonna, otro de Warhol de Elvis con pistola, y un cartel de la primera película de *El Padrino*.

Nos sentamos. En la mesa aparecieron alcohol y vasos. Yngve estaba sentado en un extremo y yo en el otro, no me gustaba sentarme en los sofás, porque no quería tener a nadie muy cerca.

Bebí. Estaba oscureciendo. Los otros discutían, yo me lancé, Yngve me miraba de vez en cuando y notaba que no le gustaba lo que decía o la manera en que lo decía. Se avergonzaba de mí. Bueno, allá él, no era mi problema.

Me levanté y fui al váter. Meé en el lavabo, y me reí con la idea de que ellos pondrían el tapón y lo llenarían de agua para lavarse la cara la mañana siguiente.

Volví a la mesa, me serví más whisky, ya casi todo estaba oscuro.

—¡Mirad el parque! —exclamé.

—¿Qué le pasa? —preguntó alguien.

—Oye tú, psicópata, relájate ya un poco —dijo Yngve.

Me levanté, cogí el vaso y se lo lancé con todas mis fuerzas. Le dio en la cara. Se inclinó hacia delante. Los demás se levantaron gritando, fue como si se echaran encima de él. Yo me quedé inmóvil por un instante, mirando el barullo. Luego fui a la entrada, me puse los zapatos y la chaqueta y bajé la escalera dando tumbos, a la calle y al parque. La sensación de haber actuado por fin era intensa. Levanté la cabeza y miré al cielo, que estaba claro, ligero y hermoso, y miré hacia la oscuridad verde del parque, entonces desaparecí de mí mismo, fue como si me apagarán.

Me desperté en el suelo de un pasillo.

Era de día, el sol entraba a raudales por las ventanas.

Me incorporé. Había varias puertas más allá. Una anciana me estaba mirando, detrás de ella había una mujer más joven, tal vez de unos cuarenta años, también mirándome. No decían nada, pero parecían tener miedo.

Conseguí ponerme de pie. Seguía estando borracho, el cuerpo me pesaba como si fuera de plomo, no entendía nada. Era como estar soñando, pero sabía que estaba despierto, y eché a andar, a veces tenía que apoyarme en la pared.

Había en el sueño un coche de bomberos o algo así. Un incendio y un

coche de bomberos. ¿No?

Al final del pasillo vi una escalera, y abajo una puerta con cristal rugoso en la parte superior. Bajé, empujé la puerta, me quedé parado fuera y miré el sol con los ojos entornados.

Delante de mí estaba el extremo del edificio de Ciencias. A la izquierda el lago Lundegård.

Me volví y miré el edificio en el que había dormido. Era blanco y de ladrillo.

Un coche grande de la policía llegaba por la calle, giró para meterse en la plaza donde yo estaba, justo en ese instante salían dos mujeres por la puerta que tenía detrás.

Dos policías se pararon delante de mí.

–Creo que algo se está quemando –dije–. Acaba de pasar un coche de bomberos, se ha ido por allí –añadí señalando–. No es aquí. Es más lejos. Tiene que serlo.

–Es él –dijo la mujer detrás de mí.

–¿Qué haces aquí? –preguntó el policía.

–No lo sé –contesté–. Me he despertado aquí. Pero creo que debéis daros prisa.

–¿Cómo te llamas?

Lo miré. Me tambaleé hacia un lado, el policía me puso una mano en el hombro, parando el movimiento.

–¿Qué importa cómo me llame? –pregunté–. ¿Qué es un nombre?

–Tienes que venir con nosotros –dijo él.

–¿En el coche?

–Sí, vamos.

Me cogió del brazo y me condujo hasta el coche, abrió la puerta y me senté detrás, en un espacio muy grande para mí solo.

Una experiencia más: pasearme por Bergen en un coche de policía.

¿Me habían arrestado?

¡Pero hoy era la comida de fin de curso!

No había sirenas ni nada de eso, conducían tranquilamente, parándose en todos los semáforos. Llegamos a la comisaría, me agarraron otra vez del brazo y me llevaron al interior del edificio.

–Tengo que llamar por teléfono –dije–. Es importante. Debería estar en una



reunión, he de decirles que no puedo ir. Tengo derecho a una llamada telefónica, lo sé.

Me reía por dentro, era exactamente como en una película: ¡yo, flanqueado por dos policías, pidiendo que me dejaran hacer una llamada!

Y me lo permitieron, se detuvieron delante de un teléfono al final del pasillo.

No sabía el número de la Academia. Había allí un listín, pero no conseguí encontrarlo.

Me volví hacia ellos.

–Me doy por vencido –dije.

–Vale –contestaron, y me llevaron a una ventanilla donde tuve que vaciarme los bolsillos y dejar el cinturón, luego me condujeron abajo al sótano o donde fuera, al menos había puertas de hierro a ambos lados del pasillo, y tuve que meterme por una de ellas. La celda estaba vacía, excepto por un gran colchón azul.

–Tendrás que dormir aquí hasta que te repongas. Luego vendrá alguien a tomarte declaración cuando te despiertes.

–*Yes sir!* –dije, quedándome de pie en medio de la celda hasta que cerraron la puerta, entonces me tumbé en el colchón azul, riéndome para mis adentros un buen rato, antes de dormirme.

La siguiente vez que me desperté seguía borracho, y todo lo que había ocurrido allí fuera y camino de ese sitio parecía extrañamente onírico. Pero la puerta de hierro y el suelo de hormigón eran más que concretos.

Di golpes en la puerta.

Debería gritar, pero no sabía muy bien qué. ¿Guardia?

Sí.

–¡Guardia, me he despertado! –grité–. ¡Guardia! ¡Guardia!

–Cállate –gritó alguien.

Me entró un poco de miedo y me senté en el colchón. Al instante, abrieron la puerta con llave y entró un policía. Me miró.

–¿Estás ya sobrio? –me preguntó.

–Sí, creo que sí. Quizá no del todo, pero... En todo caso, mejor que antes.

–Ven conmigo –dijo.

Subimos andando del sótano, él delante, yo detrás, y nos metimos en un ascensor que nos llevó arriba. Llamó a una puerta, entramos en un despacho y

un hombre mayor, de unos cincuenta, tal vez cincuenta y cinco años, sin uniforme, me miró.

–Siéntate –dijo.

Me senté en la silla que había delante de su escritorio.

–Te encontraron en Florida –dijo–. Dormiste en la entrada de la residencia de enfermos. ¿Qué hacías allí?

–No lo sé –respondí–. Estaba muy borracho. No recuerdo nada. Sólo que me desperté allí.

–¿Vives en la ciudad?

–Sí.

–¿Cómo te llamas?

–Karl Ove Knausgård.

–¿Tienes antecedentes?

–¿Antecedentes?

–¿Te han condenado alguna vez por algo? ¿Droga, allanamiento de morada?

–No, no.

Se dirigió a un hombre que estaba en el umbral de la puerta.

–¿Lo compruebas?

El hombre entró en el despacho de al lado. Mientras estaba ausente, el que me interrogaba tenía la cabeza gacha y escribía algo en un formulario, sin decirme nada. Las persianas estaban echadas y por entre las lamas el cielo se veía azul.

Volvió el otro.

–Nada –dijo.

–No recuerdas nada –dijo el que me interrogaba–. ¿Pero recuerdas algo de antes, más temprano? ¿Dónde estuviste?

–Estuve en una fiesta. Muy cerca del parque.

–¿Con quién estabas?

–Con mi hermano, entre otros. Y algunos de sus amigos.

Me miró.

–Entonces tendremos que pedirle que venga.

–¿A quién?

–A tu hermano.

–¿Qué tiene él que ver con esto? Y en realidad, ¿a qué viene todo esto?

Dormí en el pasillo de una residencia de enfermos, no está bien, y quizá se pueda considerar allanamiento de morada, pero no hice nada más que eso.

—¿No recuerdas nada? —volvió a preguntarme—. Hubo un robo allí anoche, y muy cerca destrozaron un coche a golpes. Así que sí ocurrieron cosas. Y luego te encontramos a ti en el mismo lugar. A eso viene todo esto. ¿Cómo se llama tu hermano?

—Yngve Knausgård.

—Su dirección y la tuya.

Se las di.

—Tendrás noticias nuestras —dijo—. Ahora puedes marcharte.

Alguien me acompañó a la planta baja, me devolvieron mis escasas pertenencias, y salí al patio de fuera. Estaba tan agotado que apenas podía andar. Me paré varias veces por el camino y antes de meterme por Steinkjellergaten tuve que sentarme en unos escalones, simplemente no me quedaban fuerzas. Me parecía imposible lograr subir la cuesta. Pero diez minutos después, cuando todos los que pasaban por delante de mí me habían mirado, todos, conseguí ponerme de pie, y subí renqueando. La caminata de la comisaría hasta mi casa me costó casi una hora. Ya dentro me tumbé en la cama y me dormí por tercera vez en las últimas veinticuatro horas. No por mucho rato, cuando volví a abrir los ojos seguía siendo temprano por la tarde. El peso había abandonado mi cuerpo, estaba como de costumbre, excepto por un hambre feroz. Me comí diez rebanadas de pan con queso, me bebí un litro de leche con Nesquik y salí a llamar a la Academia. Por suerte estaba allí Sagen. Le conté que me habían arrestado, y que no podría ir a la cena. ¿Arrestado?, dijo. ¿Estás bromeando? No, dije. He pasado la noche en una celda. Me siento todavía bastante mal, desgraciadamente. ¿Crees que me podéis enviar el diploma? Claro que sí, dijo. Es una pena que no puedas estar en la cena. ¿Arrestado, dices? Sí, dije. Pero gracias por todo. Ya nos veremos.

Colgué, y con mis últimas monedas cogí el autobús hasta el centro. El cielo estaba azul oscuro, el sol rojizo y posado sobre Askøy, las nubes parecían estar ardiendo. Pasé por delante del Centro de Estudiantes y bajé al barrio de Møhlenpris, iba a visitar a Yngve, a lo mejor él podría aclararme lo que había sucedido.

La puerta de la calle estaba abierta; subí las escaleras hasta la planta en la que se encontraba su piso compartido, y llamé a la puerta.

Abrió Line, una rubia muy mona del este de Noruega, unos años mayor

que yo.

Me miró con cierto temor.

—¿Está Yngve? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Pasa —dijo—. Está en su habitación.

Entré, me quité los zapatos pero no la chaqueta, llamé con suavidad en la puerta de Yngve y la abrí.

Él estaba de pie delante del equipo estereofónico, al oírme se volvió.

Le miré con los ojos abiertos de par en par.

Tenía la mitad de la cara vendada.

Me acordé de lo que había ocurrido.

Le había tirado un vaso con todas mis fuerzas.

Se lo había tirado directamente a la cara.

Él no dijo nada, sólo me miraba.

—¿Yo te he hecho eso? —le pregunté.

—Sí —contestó—. ¿No lo recuerdas?

—Sí, ahora lo recuerdo —contesté—. ¿Te di en el ojo? ¿Te has quedado ciego?

Yngve se sentó en la silla.

—No, el ojo se ha salvado. Me diste justo al lado. Tuvieron que darme puntos. Me quedará una cicatriz para siempre.

Me eché a llorar.

—No lo hice aposta —dije—. No lo hice aposta. No sé por qué lo hice. No lo hice aposta. ¿Podrás perdonarme? Ah, Yngve, ¿podrás perdonarme?

Él estaba sentado en la silla como un emperador, con la espalda recta, las piernas separadas, una mano sobre la rodilla, mirándome.

No pude mirarle a los ojos, no pude enfrentarme a su mirada.

Agaché la cabeza y sollocé.

## Séptima parte

Tres años y medio después, en los días que van de Navidad a Año Nuevo de 1992, me encontraba al final del Centro de Estudiantes, muy cerca de las escaleras que subían hacia la parte del edificio donde tenían su sede las organizaciones estudiantiles; estaba esperando al jefe de la Radio del Estudiante. Iba a realizar allí mi trabajo social, acababa de volver de un campamento de unos meses de duración en Hustad, en la costa de Molde, donde, junto con otros objetores de conciencia del oeste, recibí clases sobre distintos aspectos de trabajos por la paz y sobre la objeción de conciencia. Me pareció poco más que una broma, a casi nadie le importaban los aspectos idealistas del papel del objetor. La mayoría estaría en contra de las guerras, pero eso no les marcaba mucho, y yo reviví el campamento de la confirmación, al que asistí cuando estaba en octavo, y en el que todos nos sentimos muy a gusto, solos, lejos de casa, pero a nadie le importaba el motivo, nuestra relación con Jesucristo y Dios, razón por la que nos dedicamos sobre todo a sabotear la enseñanza, aprovechando al mismo tiempo lo que había de oferta de ocio para fines propios. En realidad, las únicas diferencias entre los dos campamentos eran la edad –la mayor parte de los que estaban en el campamento de Hustad tenían veintipocos años–, la duración –no era de dos días, sino de dos meses– y las instalaciones. Tenían una sala muy bien equipada para grupos musicales, una biblioteca muy bien surtida de libros, un cuarto oscuro y equipo de vídeo, había kayaks y equipo de buceo, y se nos ofrecía la posibilidad de sacarnos un carné de buceador. Organizaban excursiones por la zona en un autocar que venía a recogernos; una tarde nos llevaron a la ciudad de Kristiansand, donde pudimos salir y emborracharnos. Pero lo más importante eran los cursos. Alguien había trabajado duro para que los objetores de conciencia fueran tomados en serio en un tiempo en que la gente joven ardía por esa clase de causas y rebosaba de idealismo. A nosotros nos importaba una mierda. Las clases eran obligatorias, pero los que no se sentían indispuestos o les dolía la cabeza, apenas escuchaban lo que decían los profesores, y a veces dolía ver la desproporción entre su idealismo y entusiasmo ante la objeción de conciencia y nuestra ignorancia.

Aparte de la enseñanza colectiva, también teníamos unas asignaturas optativas, por ejemplo cine o música, o profundización en distintos temas teóricos, y como en esas clases uno podía hacer sugerencias, yo levanté la mano y pregunté si nos podían organizar un curso de escritura. ¿Un curso de escritura literaria? La propuesta fue recibida con entusiasmo; si había interés, claro que se podía organizar. Me convertí en una especie de líder del pequeño grupo de escritura, y lo primero que dije fue que no podíamos levantarnos a las siete de la mañana, como los demás, porque si escribías era muy probable que te quedaras escribiendo hasta tarde, que era cuando la inspiración solía ser mayor, y lo increíble fue que el profesor que iba a ser responsable del grupo lo aceptó sin poner ninguna pega, claro, entonces no sería fácil levantarse a las siete de la mañana, veré lo que puedo hacer. Lo consiguió, el grupo de escritura podía dormir por la mañana. Me remordía la conciencia, el hombre era amable y bienintencionado y se dejaba explotar, pero, por otra parte, yo no había pedido que me enviaran a ese campamento, y el que tuvieran una actitud tan positiva hacia nosotros no era culpa mía.

El profesor incluso organizó la visita de un escritor. Arild Nyquist vino en avión desde Oslo para darnos clase un día entero. Nos miró con sus ojos tristes y nos preguntó cuántos de nosotros escribíamos en serio, cuántos queríamos ser escritores. Nadie levantó la mano. Lo hacemos para tener facilidades aquí, dijo uno. Comprendo, dijo Arild Nyquist, tal vez no sea el mejor punto de partida, pero haremos lo que podamos. Entonces me remordió más aún la conciencia, porque a lo mejor hasta había dejado a su familia para venir hasta aquí a enseñar a los jóvenes y ardientes objetores de conciencia en el campamento de Hustad, él mismo ardiente en su día, para encontrarse con esto. Pero seguramente le pagaban bien, no sería tan grave.

Un día hicimos un juego de rol en el gimnasio. Nos repartieron distintos papeles de la sociedad mundial, unos representaban a Estados Unidos, otros a Rusia y China, otros a la India, la Unión Europea, los países escandinavos y África, y nos distribuyeron distintos escenarios sobre los que debíamos actuar. La organizadora del juego sugirió que yo hiciera de secretario general de las Naciones Unidas, y, en consecuencia, dirigiera esa conferencia universal. No sabía por qué me había elegido a mí, pero esas cosas ocurrían de vez en cuando, la gente me elegía, atribuyéndome ciertas cualidades. Cuando estudiaba literatura, por ejemplo, uno de los profesores se fijó en mí,

y a veces en sus clases, sin razón aparente, me señalaba preguntando qué opinaba Karl Ove sobre esto o aquello.

Allí estaba yo, sentado en el gimnasio, intentando evitar una guerra mundial, organizando reuniones con las distintas partes, mediando y proponiendo soluciones intermedias. El único del campamento al que conocía de antes, Johs, representaba a Rusia. Johs era lo que mi abuelo materno habría llamado un sabio, estudiaba sociología y se decía de él que había obtenido las mejores notas que se habían dado en la universidad desde hacía mucho tiempo, o quizá nunca; había estudiado en París, y se encontraba a un nivel con el que los estudiantes que yo conocía sólo podían soñar. Pero nada de eso marcaba su manera de ser, era un hombre modesto, a veces casi abnegado, genuinamente bueno y amable, un hombre del que nadie tenía nada negativo que decir, considerado y empático, y por ello vulnerable, pensaba yo, pero el chico tenía buenos amigos que en cierto modo cerraban filas a su alrededor, que eran sus guardianes. Sus padres eran campesinos en Jølster, a sólo unos kilómetros de donde vivía mi madre, era fuerte, pero en él lo fuerte resultaba de algún modo secundario, algo que apenas notabas. Lo que sí notabas era su sensibilidad. Es probable que él se considerara un tipo normal y corriente, pero no lo era, yo nunca me había encontrado con esa combinación de cualidades que él poseía.

En nuestro juego de rol él era Rusia y superaba a todos en lo táctico, sobre todo a mí, de tal modo que él, es decir, Rusia, al terminar la jornada, había ganado grandes regiones de Europa y Asia, convirtiéndose en la única gran potencia mundial, al límite de conseguir el dominio total.

Johs se rió mucho con ello.

Por la noche, en el cuarto de estar con chimenea, donde retumbaba la música y la gente jugaba o leía revistas, fumaba y bebía cerveza, se me acercó uno de esos dinosaurios semidelincuentes de Bergen –yo estaba apoyado en la barandilla que daba a la planta de abajo–, y se colocó tan cerca de mí que resultaba amenazador.

–Tú te crees alguien, ¿a que sí? –me preguntó–. Secretario general de la ONU, ja, ja, ja. Tú y tus libros. Pero no eres nadie.

–Nunca he dicho que sea alguien –objeté.

–Cállate –dijo, y se alejó.

Versaban varias historias sobre él, entre ellas una que decía que en el despacho del jefe había gritado *Fuck you and your family!* Resultaba muy



divertido que incluyera a la familia de esa manera. En el campamento había otros dos o tres de la misma calaña, eran violentos y seguramente podrían darme una paliza de muerte si se lo propusieran, pero a la vez eran tontos e ignorantes, mostraban una falta de conocimientos que en ocasiones tenía consecuencias muy singulares en la enseñanza las pocas veces que aparecían en clase.

El que unos tipos tan violentos se encontraran justo allí, en un campamento en el que se valoraba la causa de la paz y el pacifismo, resultaba irónico, claro que sí, pero también típico, porque esos tipos eran en cierto modo «alternativos», vivían medio dentro medio fuera de los marcos de la sociedad, y eso constituía precisamente la característica más importante del movimiento alternativo de la década de los setenta; si le quitabas la ideología, sólo quedaban la marginalidad y la droga.

Otra de las pandillas de Bergen estaba formada por músicos. Provenían de Loddefjord, Fyllingsdalen, Åsane, eran unos tipos que siempre estaban juntos, hundidos en el sofá leyendo cómics o viendo la televisión, pero cuando tocaban en grupo sufrían una transformación radical, parecían diablos evocando sus complejas imágenes sonoras de la nada, dominaban sus instrumentos a la perfección, y luego, tras todos esos estallidos, volvían a sumergirse en algún lugar a rumiar. La excepción era Calle, una de las pequeñas estrellas de la ciudad, sus bandas habían editado discos y hecho giras, y ahora tocaba con Lasse Myrvold, la leyenda de la banda The Aller Værste!, en una banda que se llamaba Kong Klang. Calle era distinto a los otros músicos, su curiosidad iba más allá de lo que sólo tenía que ver con la música, era simplemente abierto, y en el fondo, magnífico, pero cuando hablaba de cosas de las que yo podía opinar, como literatura, por ejemplo, se mostraba también ingenuo, lo que me conmovía, al igual que me conmovía todo tipo de debilidad mostrada por los fuertes.

En el campamento me mantenía más bien en un discreto segundo plano, andaba por ahí solo, leía bastante, como *La montaña mágica*, de Thomas Mann, en una versión danesa que me había comprado, pues la edición noruega era abreviada. Era la mejor novela que había leído en mucho tiempo, había algo en la relación entre lo sano y lo enfermo que me atraía; esa relación se manifiesta por primera vez cuando Hans Castorp da un paseo en solitario por los alrededores del sanatorio, y está subiendo por las hermosas laderas cuando de repente empieza a sangrar descontroladamente por la nariz,

y luego en que de las mujeres de las que se enamora se fija justo en lo enfermizo, lo febril, los ojos brillantes, la tos, las espaldas encorvadas y las malas posturas de los cuerpos, todo enmarcado por verdes laderas y los deslumbrantes picos de los Alpes. También me resultaban fascinantes las grandes discusiones que tenían lugar entre el jesuita y el humanista, que eran casi como duelos de importancia vital, en las que de hecho todo estaba en juego. Me di cuenta de que estaban relacionadas con las descripciones de la vida en el sanatorio, formaban parte de lo mismo sin que pudiera explicarme cómo, ya que no conocía ninguno de los marcos de referencia en los que se desarrollaban las discusiones.

Había leído *Doctor Faustus* cuando tenía dieciocho años. Lo único que recordaba de ese libro era la caída de Adrian Leverkühn, cuando sus máximos esfuerzos en el arte coinciden con que vuelve a ser como un niño, y ese comienzo grandioso, cuando Zeitblom y Leverkühn son niños y el padre del compositor realiza sencillos experimentos, manipulando materia muerta para que se comporte como viva. También había leído *Muerte en Venecia*, el anciano que ya moribundo se maquilla y se tiñe el pelo con el fin de impresionar a ese hermoso joven.

Todo tiene lugar en la cercanía de la muerte en esos libros, que por lo demás estaban llenos de pensamientos e ideas sobre arte y filosofía, se encontraban en el centro de la gran tradición europea, pero no eran experimentales, como lo fueron las novelas de Joyce o Musil, en cierto modo carecían de independencia en la forma, y yo me preguntaba por qué. ¿El autor no sabía hacerlo? Escribía *sobre* la vanguardia, pero con la voz de un hombre tradicionalista como Zeitblom. A Espen, mi mejor amigo, no le gustaba Thomas Mann, debido probablemente justo a lo tradicional y burgués de sus novelas, que se encontraba fuera de su esfera de interés. Espen era poeta, y, en el fondo, omnívoro en cuanto a literatura, curioso sin límites, pero casi siempre con la mirada fija en lo más avanzado, lo que no incluía la novela orientada hacia el realismo. Por un lado, Espen se guardaba para él a sus poetas franceses y norteamericanos, por el otro, yo me guardaba para mí mis novelas *mainstream*, y nos reuníamos en el medio, con autores como por ejemplo Thomas Bernhard, Tor Ulven, Claude Simon, Walter Benjamin, Gilles Deleuze, James Joyce, Samuel Beckett, Marguerite Duras, Stig Larsson, Tomas Tranströmer. Yo podría hablar de Thomas Mann, y Espen me escucharía, pero jamás lograría que dedicara su tiempo a leerlo, ni

tampoco me atrevía a sugerírselo, por si lo encontraba malo, lo que repercutiría en mí mismo y en mi gusto. Yo consideraba nuestra relación como un paralelo de la relación entre Leverkühn y Zeitblom en *Doctor Faustus*: Espen era el artista inclinado sobre sus libros apócrifos en su estudio, el poeta, el genio, yo era el hombre corriente y llano, casualmente su amigo, que le veía trabajar y que sabía justo lo suficiente para entender que era único, pero no lo suficiente, nunca lo suficiente para crearlo yo mismo. Yo podía escribir sobre literatura como Zeitblom escribía sobre música, no crearla yo. Si hubiera dicho algo de eso a Espen, él habría protestado enérgicamente, no se consideraba así a sí mismo, yo lo sabía, pero sí que había una gran diferencia entre él y yo; como si se tratara de lo más obvio del mundo. Él podía leer a Ekelöf, Celan, Ajmátova, Montale, Ashbery, Mandelstam, poetas de los que yo apenas había oído hablar, y en su lectura no había nada de pose, como por desgracia sí había en la mía, yo aireaba nombres de autores como los caballeros medievales aireaban banderas y estandartes, pero él no, Espen no, él era auténtico.

Habíamos estudiado juntos literatura en el otoño de 1989 y la primavera de 1990. Al principio yo no conocía a nadie, ni tampoco intenté relacionarme con nadie, con lo que se convirtió en una repetición de mi época de instituto el estar sentado solo en la cafetería tomando café, haciendo como si leyera algo, el estar solo fuera del aula en los descansos fumando, el pasarme toda la tarde y principio de la noche en la biblioteca, siempre con ese lánguido pánico en el cuerpo y la boca abierta en mi conciencia cuando me paseaba por ahí haciendo como si todo fuera como debía ser. Cuando daba por finalizada la sesión de estudio, me acercaba a veces a ver a Yngve, que se había mudado y ahora compartía piso con Asbjørn en la calle Hans Tanks, casi al lado del edificio de Ciencias, y me quedaba con ellos viendo la televisión o tomando café en su cuarto de estar. Yo me alojaba en un piso de la misma casa en la que se encontraba el anterior piso compartido de Yngve, era grande y mucho más caro de lo que podía permitirme, pero a pesar de todo me había quedado con él, ya buscaría el dinero cuando se acercara el final del curso y hubiera gastado el préstamo para los estudios. Cuando el verano anterior, estudiando todavía en la Academia de Escritura, me quedé sin blanca, me fui a Sørbøvåg a trabajar durante unas semanas para Kjartan. Pinté una pared del granero, él se colocaba debajo de la escalera y me miraba; decía que no había nada mejor que mirar a los demás trabajar para ti. Él

sacaba estiércol del estercolero con el tractor, lo dejaba en grandes montones por la granja y luego yo lo esparcía con la horca de labranza. Era un trabajo duro, me dolían los brazos y el torso cuando me acostaba por las noches, pero también era algo que me satisfacía, la fuerza que había en esa tarea, clavar los tres dientes en la mierda, que en parte se había quedado dura y en parte seguía húmeda, coger un trozo y lanzarlo al aire me proporcionaba buenos sentimientos, podía ver con toda claridad que la cosa avanzaba, montón tras montón iban desapareciendo, y era maravilloso dejar la horca de labranza por la tarde y entrar a merendar con los abuelos. Me levantaba a las siete, desayunaba, trabajaba hasta las doce, comía, trabajaba hasta las cuatro, era una purificación, una penitencia, allí no había nada de lo terrible que concernía a mi vida en Bergen, allí yo era otra persona, a quien nadie criticaba nada. Cocinaba, daba pequeños paseos con la abuela por la casa, a veces le daba masajes en los pies, como había visto hacer a mi madre y a Kjartan, hacía compañía al abuelo, y Kjartan, que volvía del trabajo sobre las cinco, tenía un poco más de tiempo para él que de costumbre, me imaginaba. La abuela estaba mal, y cuando los dejaba en casa y me iba a trabajar era como si sus temblores y espasmos siguiesen vivos dentro de mí en el campo, algo que había que atenuar y apaciguar, pero que estaba fuera de mi alcance. Apenas se podía hablar con ella, su voz era muy débil, un leve susurro del que resultaba casi imposible extraer las palabras. Una tarde, el abuelo habló de Hamsun, que tanto le gustaba, y la abuela susurró algo en su silla, yo me incliné hacia ella, pero no entendí lo que decía, hasta que de repente caí: ¡Duun! Susurró el nombre del escritor Olav Duun. Otra tarde la noté alterada, intentaba decirme algo, me acerqué y me incliné, ella señaló al abuelo y susurró algo, no lo entendí, dílo otra vez, abuela, dije, no entiendo lo que dices, sólo una vez más...

Me pareció que estaba diciendo que el abuelo había matado a alguien.

—¿El abuelo ha matado a alguien? —pregunté.

¡Entonces ella se echó a reír! Una risa callada y susurrante, casi inaudible, pero su pecho se sacudía y había brillo en sus ojos.

No era eso lo que estaba diciendo, pensé, y yo también me eché a reír. ¿Pero no era curioso que yo lo hubiera oído? A veces se interponía una sombra paranoica entre ella y el mundo, si en su profunda confusión decía que el abuelo era un ladrón, también podía decir que había matado a alguien, ¿no?

Fue fantástico verla reír. Por lo general, sus días eran tan regulares y llenos de sufrimientos que dolía ser testigo de ello. Una noche, me despertaron los gritos del abuelo llamando a Kjartan, bajé corriendo, los dos estaban esperando en la cama de matrimonio en el comedor, la abuela temblando y con los ojos abiertos de par en par, el abuelo sentado en el borde.

–Kjartan tiene que ayudarla a ir al baño –dijo él–. Ve a buscarlo.

–Puedo hacerlo yo –dije.

Tenía la impresión de que ella llevaba pañal por las noches, pero me mantenía alejado de esa parte de los cuidados, de todo lo que tenía que ver con lo íntimo, con vestirla y desvestirla, no estaría bien, yo era su nieto, de esos menesteres tenían que ocuparse el abuelo o Kjartan. Pero en una situación como ésa yo tendría que hacer lo que fuera preciso.

Le puse una mano debajo de la región lumbar, la otra bajo el brazo y empecé a levantarla. Su cuerpo estaba tan rígido que tardamos mucho, pero por fin conseguimos sentarla en el borde de la cama. Ella susurró algo. Le temblaban las mandíbulas, pero me miraba fijamente con sus ojos azules y despejados. Yo incliné la cabeza hacia ella.

–Kjartan –dijo.

–Puedo acompañarte yo –dije–. Así no tenemos que despertarlo. De todas formas, yo ya estoy despierto.

La cogí del brazo y tiré de ella hasta ponerla en pie. Pero lo hice demasiado deprisa, ella estaba demasiado rígida y se cayó hacia atrás. Volví a intentarlo, más despacio esta vez, le acerqué el andador con una mano y se lo coloqué delante, y vi que ella, lenta y casi imperceptiblemente, bajaba las manos hasta la empuñadura.

Por fin lo tenía agarrado con las dos manos y pudo empezar a andar. No llevaba más ropa que un fino camisón blanco, la parte de abajo de los brazos y piernas estaban al aire, el pelo blanco suelto, no me gustaba eso en lo que me había metido, me hacía estar demasiado cerca de ella, no era correcto. Cuando entráramos en el cuarto de baño tendría que ayudarla a sentarse en el inodoro y a desvestirse. De ninguna manera. Pero estábamos ya en marcha, ella iba dando pequeños pasos primero por el comedor, donde dormían, luego por el cuarto de la televisión. Le temblaban las manos, le temblaba la cabeza, despacio y minuciosamente movía cada vez un pie hacia delante, también ellos temblando. Una lámpara lucía en el rincón, por lo demás el cuarto

estaba oscuro. Di unos pasos y abrí la puerta de la entrada. El baño estaba al otro lado.

—Ya casi estamos —dije.

Ella movió un pie tembloroso hacia delante. Entonces empezó a correrle orina por los muslos hasta el suelo. La abuela se quedó inmóvil mientras duró. Inclineda hacia delante, inmóvil, chapoteando en el meado, pensé que parecía un animal. Estaba delante de ella y me encontré un instante con su angustiada mirada.

—No importa, abuela —dije—. Son cosas que pasan. No te preocupes. Quédate aquí, voy a buscar a Kjartan.

Salí corriendo, llamé a la puerta de mi tío dos veces seguidas, la abrí y le grité. Salió a toda prisa unos segundos después, preparado para lo peor.

—Tienes que ayudar a la abuela —dije—. No es grave. Sólo necesita ir al baño.

No dijo nada, me siguió, cogió a la abuela, la condujo hasta el interior del baño con movimientos duros y firmes y cerró la puerta tras ellos. Yo llené un cubo de agua, mojé un trapo y limpié el suelo.

Volví a Bergen con dinero suficiente para arreglármelas hasta fin de curso. No hablé a nadie de lo que había vivido en casa de los abuelos, volví a sumergirme en la vida triste de Bergen, con Sørbøvåg como un espacio cerrado, una experiencia sellada, junto a todas esas otras experiencias más incompatibles con mi vida actual, o que no tenían ya ningún interés. Sobre todo me parecía así después de haber tirado aquel vaso a la cabeza de Yngve, era imposible reconciliar a la persona que yo era entonces, que intentaba hacer daño, perjudicar, o mejor dicho dejar ciego a su hermano, con el que era cuando estaba con ellos, o con mi madre, que no sabía nada de todo aquello. Sólo pensaba en eso, en que tenía muchísima fuerza, tiraba de mí y me llevaba a un lugar de mi interior donde no había estado antes, y cuya existencia ignoraba. Si era capaz de tirarle un vaso a la cara a Yngve, ¿qué otra cosa no sería capaz de hacer? Había dentro de mí algo que era incapaz de controlar, y eso era terrible: si no podía confiar en mí mismo, ¿en quién iba a confiar entonces?

Tampoco de este tema podía hablar con nadie. Aquella tarde, en el piso compartido de Yngve, cuando comprendí lo que había hecho, me eché a llorar pidiéndole perdón, tan fuera de mí que no me vi con fuerzas de irme a mi casa, así que me quedé a dormir allí, en casa de Yngve, en el sofá,

rodeado de todos los demás, que no sabían adónde mirar ni qué hacer, conmigo allí. A uno de ellos no lo conocía, entró cuando estaba sentado en el sofá con la cabeza gacha, así que tú eres Karl Ove, dijo, tú eres el que vive encima de Morten, ¿a que sí? Sí, contesté. Un día de éstos pasaré a verte, dijo. Vivo justo enfrente de vosotros. Levanté la vista, lo miré. Él sonrió tanto que su cara parecía resquebrajarse. Me llamo Geir, dijo.

Dos días después llamó a la puerta. Yo estaba escribiendo, grité pasa, pensando que era Morten, porque el timbre no había sonado.

—¿Estás escribiendo? —me preguntó—. Entonces no quiero molestarte.

—No, no, pasa, no molestas —dije.

Se sentó, charlamos con cierta vacilación de conocidos comunes, resultó que teníamos la misma edad, y que él era de Hisøya y había ido al instituto con varios de mis compañeros de clase de primaria, a los que no veía desde entonces. Había estudiado en la Academia Militar, lo dejó y se mudó a Bergen para estudiar antropología social. Al principio sólo quería hablar de lo feliz que se sentía y de lo a gusto que estaba en Bergen. Tenía su propio dinero, su propio piso, y la universidad estaba repleta de chicas, mejor no podía ser.

No, quizá no, dije.

Se rió y dijo que nunca había visto a una persona tan siniestra como yo. ¡Era como si el mismo Job se hubiera ido a vivir a Bergen! ¡Venga, salgamos un rato a ver si te animas un poco!

Por qué no, dije, y al poco rato estábamos bajando las cuestas hacia el centro. Nos metimos en el bar Fekterloftet, pedimos una jarra de vino blanco, y esa timidez que siempre sentía ante extraños, la idea de que era aburrido y poco interesante y que en el fondo ellos no querían estar conmigo, desapareció totalmente. Había algo en él que me inspiraba confianza. Con ninguno de los que había conocido en Bergen, ni siquiera con Yngve, podría haber hablado de lo que hablé con Geir esa noche. Lo íntimo y lo entrañable era algo que llevabas dentro y tal vez compartías con tu novia, qué sabía yo, pero al menos no era algo que sacaras a relucir una noche de juerga, lo mataría todo, ahuyentaría a la gente. Porque de lo que se trataba era de pasárselo bien, de reír, de contar historias o de discutir tirándose de los pelos, pero siempre sin que tuviera que ver con lo íntimo, lo que había entre las personas, lo que se compartía. Grupos, películas, libros, otros estudiantes, profesores, chicas, vivencias convertidas en historias graciosas, chistes.

No hubo nada de eso aquella noche.

Hablé del año que pasé en el norte de Noruega, le conté que estuve medio enamorado de una chica de trece años, que me enrollé con otra y que estaba loco por una de dieciséis con la que casi llegué a salir, que bebía, que estaba descontrolado y que así seguía allí, que me daba miedo a mí mismo, y no era algo fingido, para hacerme el interesante, sino de verdad, miedo a lo que podría llegar a hacer. Si había intentado destrozar a mi hermano, todo era posible. ¿Si hubiera tenido un cuchillo lo habría utilizado contra él? También le hablé de mi abuela y de la dignidad que aún conservaba en medio de esa miseria en la que estaba atrapada. Pero sobre todo le hablé de Ingvild, de las veces que nos habíamos visto, me explayé en lo fantástica que era, y en que yo lo había hecho todo mal desde el principio. Le dije que yo era como el teniente Glahn, que también sería capaz de pegarme un tiro en el pie para que ella me mirara aunque sólo fuera una vez y quizá pensara en mí. Mira, tengo una cicatriz en el pie, dije, subiendo la pierna a la banqueta de la barra, me la hice al intentar apartar un cohete que había en el suelo delante de Hanne. ¿Quién es Hanne?, preguntó él, una chica de la que estaba enamorado, contesté, otra más, dijo él riéndose. Lo que él contó no sólo era diferente a lo mío, sino diametralmente opuesto.

Dijo que en el fondo era militarista, que le encantó la vida en la Academia Militar, el sonido del toque de diana por la mañana, el olor a cuero y grasa de armas, los uniformes, los fusiles y la disciplina, había soñado con ello toda su vida, había participado en Protección Civil de la Juventud en su ciudad, Arendal, y no tuvo ninguna duda en qué escoger cuando acabó el bachillerato.

—¿Entonces por qué lo dejaste si tanto te gustaba?

—No lo sé. Quizá fuera cuando descubrí que eso sabría hacerlo y que quería hacer algo que no supiera. Y luego estaba la falta de individualidad. Hablé de eso con el director de la Academia, le dije que no quería ser un borrego, él contestó que el problema no era ser guiado, sino adónde te guiaban. En eso tenía razón hasta cierto punto. Pero el momento decisivo fue cuando vi el reglamento. Entonces comprendí que siempre habría alguien que supiera dónde me encontraba. Eso no podía ser. Así que dejé la Academia Militar y me hice objetor de conciencia.

—¿Tú eres *objedor de conciencia*?

—Sí, pero a pesar de ello me encanta el sonido de botas marchando.



A mí ni siquiera se me había ocurrido la posibilidad de que me gustara lo militar, representaba todo aquello a lo que yo me oponía. Guerras, violencia, autoridad, poder. Yo era pacifista, pero infeliz, él era militarista y feliz. No resultaba fácil decidir quién tenía razón. También habló de una mañana que caminaba hacia su casa con una chica que le gustaba desde hacía tiempo, estaba saliendo el sol, en la ciudad no había ni un alma, iban cogidos de la mano atravesando el parque en dirección a casa de él y su enorme cama de agua, un momento perfecto en todos los sentidos. Me contó todo lo que estaba aprendiendo de antropología social, y se reía de algunos de esos extraños ritos de la gente. También se reía de mí, pero no de una manera ofensiva, todo lo contrario, de repente yo también podía reírme de lo mismo. He conseguido un nuevo amigo, pensé. Así era, pero no para mucho tiempo, porque me dijo que se iba a mudar a Upsala después del verano. Me entristecí, pero no dije nada. Cerraron el bar, estábamos borrachos, dimos una vuelta por los clubs nocturnos y acabamos en Slakteriet, siempre la última parada de los berguenses. Enardecido por el cielo claro y todas esas personas felices que transitaban por las calles a principios de junio, sugerí que nos acercáramos a casa de Ingvild, para que él la viera con sus propios ojos, y yo pudiera decirle algo de todo lo que pensaba sobre ella. Él aprobó el plan, enfilamos Nygårdsgaten, se me ocurrió que deberíamos llevarle algo, me apresuré hasta los macizos que había delante del auditorio Grieg, tiré con fuerza de un bonito arbusto de rododendro recién brotado, conseguí arrancarlo, y lo sostuve en la mano mientras Geir arrancaba el suyo. Luego cruzamos la calle, cogí unas piedrecitas y empezamos a tirarlas a la ventana de Ingvild. Serían alrededor de las cuatro o cuatro y media de la madrugada. Ella abrió la ventana, al principio no quiso dejarnos entrar, pero yo se lo supliqué, ella dijo vale, ahora bajo. Justo en el momento en que estaba abriendo la puerta de la calle llegó un coche de policía y se detuvo a nuestro lado. Un policía se bajó, Ingvild volvió a cerrar la puerta y desapareció, el policía preguntó qué estábamos haciendo, contesté que íbamos a regalarle unas flores a una chica, pero que sabía que no estaba bien, las habíamos cogido junto al auditorio Grieg, pero las raíces están enteras, ves, podemos volver a plantarlas ahora mismo, no hay problema. De acuerdo, dijo el policía. Nos siguieron, y mientras plantábamos de nuevo los arbustos en su sitio, estaban en medio de la calle esperando a que acabáramos. Entonces se fueron.

–Hemos tenido suerte –dije.

–¿Suerte? Pero si ha venido la policía...

–Sí, pero podían habernos puesto una multa o metido en el calabozo por borrachos. Venga, vamos.

–Estoy empezando a entender –dijo Geir–. ¿Quieres volver a casa de Ingvild?

–Sí. Vamos.

Sacudió la cabeza, pero me siguió. Empecé a tirar piedrecitas a la ventana de nuevo. Esta vez Ingvild no abrió y Geir se puso a tirar de mí, quería irse a casa, le dije que podía marcharse si era su deseo, yo no tenía intención de acostarme todavía. Él se marchó a su casa, yo pasé por Høyden y luego fui al barrio de Møhlenpris, intenté abrir las puertas de varios coches, me colé en algunos patios interiores buscando bicicletas sin candado, me senté en unas escaleras a fumar, estaba casi amaneciendo, el sol iluminaba ya una esquina de cielo. Me acerqué a la cabina telefónica que había al lado del campo de fútbol y llamé a casa de Ingvild. Contestó uno de los chicos, dije que quería hablar con Ingvild, él dijo: ¿sabes qué hora es? Ingvild está durmiendo, todos están durmiendo, no puedes llamar aquí en mitad de la noche, voy a colgar. Golpeé el auricular un par de veces contra el aparato, pero no se rompió, salí y me puse a dar patadas a la cabina roja.

¡Joder, se acercaba otro coche de policía!

Paró delante de mí, un policía bajó el cristal y me preguntó qué estaba haciendo. Dije que estaba muy triste, que mi novia me había dejado esa noche y que me había puesto a dar patadas a la cabina telefónica, de verdad que lo siento, no volveré a hacerlo.

–Vale, vete a tu casa y acuéstate.

–Sí –dije.

–Ahora mismo. ¡Andando!

Yo empecé a subir hacia Hulen, mientras ellos me vigilaban desde el coche. Cuando doblé la esquina me siguieron, y no desaparecieron hasta que me metí en el parque.

La angustia y la vergüenza que sentí al despertarme eran tan violentas que tenía la sensación de estar a punto de reventar. Podría haberme puesto a gritar en mi cuarto, no había aprendido nada, una vez más había sido presa del descontrol sin límites en ese punto en el que cualquier cosa podía ocurrir.

Algo gritaba dentro de mí, pero se me pasaría. Aguantando o conociendo a otra. Ese pensamiento resultó suavizante y atenuante. Bajé a casa de Morten, que me escuchaba reclinado en su sofá. Su aspecto había sufrido una gran transformación, ya no llevaba zapatillas de deporte ni chaqueta roja de cuero, tampoco estudiaba ya Derecho, había dado un giro de ciento ochenta grados y se había pasado a Humanidades, con lo que eso conllevaba de pantalones negros, camisetas negras, zapatos negros, anillo en la oreja y Raga Rockers en el equipo estéreo. Estaba ya muy curtido y acababa a menudo sus razonamientos con eso de todos somos máquinas en Nirvana, Karl Ove, todos somos máquinas en Nirvana.

Al día siguiente llegó el sobre de la editorial Cappelen. Al principio no lo abrí, pensé que era como con el gato de Schrödinger: hasta que no abriera el sobre y leyera lo que ponía en la carta, el manuscrito podía haber sido tanto aceptado como rechazado. El sobre se quedó en la mesa toda la mañana, lo miraba de vez en cuando, mientras estaba en la tienda no pensaba en otra cosa, y por fin, sobre las cuatro de la tarde, ya no podía más y lo abrí.

Pues sí. Lo habían rechazado.

Era lo que esperaba, pero, no obstante, me sentí decepcionado, tanto que no soportaba estar solo. Bajé a casa de Morten, no estaba. Pensé en Jon Olav, pero no quería airear mi derrota ante él. Tampoco ante Yngve. Me acordé de Geir, vivía a sólo unos minutos de distancia de mi casa, me dirigí allí. Ya había empaquetado sus cosas, en el suelo había varias cajas de mudanza, pero como por arte de magia sacó dos tazas con café en polvo, nos sentamos en el suelo y le recité la carta de rechazo:

–«Lo hemos estudiado con interés, pero lamentamos no poder comprometernos a publicarlo. Algunas partes de la novela resultan entretenidas y está escrita de una manera ágil, pero considerándola en su totalidad nos parece que tienes demasiado poco que contar y que por eso se hace muy larga. Así pues, sólo nos queda agradecerte que nos hayas permitido leer tu manuscrito, el cual adjuntamos.»

Geir se rió.

–En primer lugar, me impresiona que te lo sepas de memoria –dijo–. En segundo lugar, que hayas escrito una novela. No conozco a nadie al que ni siquiera pudiera ocurrírsele hacerlo.

–Es un pobre consuelo –dijo.

Resopló.

—¡Entonces escribe otra!

—Para ti es fácil decirlo —dije.

—Sí, es verdad. Yo soy una especie de disléxico. Apenas había leído una novela cuando llegué a Bergen. Por cierto, ¿qué me recomendarías si se me ocurriera intentar leer algo?

—Tal vez *Carrera muerta*, de Erling Gjelsvik.

—¿Ésa es la mejor novela que has leído?

—No, no, pensaba que podía ser un principio.

—Tampoco debes subestimarme. Venga. ¿Qué es lo mejor que has leído?

—Quizá *Lazo alrededor de la señora Luna*, de Agnar Mykle. *Pan*, de Hamsun. O *Novela con cocaína*, de Agueiev.

—Entonces empezaré por Mykle, ya que ha sido el primero que has mencionado. Ya me has contado el argumento de *Pan*.

—Sí, excepto que se suicida al final. Eso no te lo dije.

—Ja, ja.

—¡Es verdad!

—¿Vas a estropear me el placer de la lectura?

—Eso es algo que todo el mundo sabe.

—Yo no.

—Pues ya lo sabes.

—¿Hay alguna otra cosa que pienses que yo debo saber, Mister Literatura?

—Sí, en efecto —contesté—. Se trata de algo que descubrí hace un par de semanas. Yo estaba tumbado en la cama mirando la estantería y leí algunos de los nombres de los autores hacia atrás.

—¿Ah, sí?

—¿Sabes en qué se convierte T. Eliot?

—¿No?

—En Toilet. Lo de la «s» es una pena. Si hubiera venido *antes* de la T, se habría leído Toilets.

—Y tú vas a empezar a estudiar literatura, ¿no es así?

—¿Sí?

Se hizo una pausa.

—Es una pena que te vayas —dije.

—Ya he estado en Bergen. Sé lo que se cuece aquí y lo que se lleva. Ahora tengo que probar otra cosa.

—Por un tiempo pensé en marcharme a Estambul a escribir este otoño —

dije—. Simplemente alquilar una habitación y pasarme un año escribiendo.

—¿Y por qué no lo haces?

Me encogí de hombros.

—Siento como que tengo algo que reparar aquí. Y, además, no tengo nada de que escribir. Todo lo que tiene que ver con la escritura es deprimente. Tengo que aprender. Y más vale que lo haga aquí.

—¡Vente a Upsala!

—No. ¿Qué coño voy a hacer yo allí?

—¿Qué coño voy a hacer *yo* allí? Ése es el quid de la cuestión. Irte a un lugar del que no sabes nada y ver qué pasa.

—Pero yo no quiero que pase nada —objeté—. Lo digo en serio.

Dejé la taza sobre una de las cajas y conseguí ponerme de pie. Su ventana daba al parque y a mi casa, más allá se veían el fiordo y las islas. El sol ya estaba allí, de color naranja oscuro en contraste con el azul profundo del cielo, y los árboles del parque dibujaban largas y estrechas sombras.

—Que te lo pases bien. Escíbeme tú primero, y yo te respondo, ¿vale?

—Vale.

Nos dimos la mano y yo bajé la cuesta hasta mi casa. Cuando abrí la puerta de mi cuarto no sabía que transcurrirían catorce años hasta que volviera a verlo, su recuerdo tenía sólo unos minutos, y contaba con que regresara a Bergen después de pasar un año en Upsala; la idea de que fuera posible dejarlo todo para siempre no era más que una idea con la que jugaba de vez en cuando, no lo consideraba una posibilidad en serio. Yo había decidido pasar otro año en Bergen, y luego hacer otra cosa, mudarme a otro lugar.

Volví a leer la carta de rechazo de la editorial. Luego me senté delante de la estufa, arrugué unas hojas, la encendí y empecé a echar hoja tras hoja a las llamas. Tenía tres copias de la novela, quemé dos. La tercera se la daría a Ingvild. Eso sería lo último que haría relacionado con ella. No más visitas, no más llamadas telefónicas, no más tonterías, nada. La novela sería un último adiós.

Aproveché la ocasión y quemé los diarios, metí el manuscrito en una bolsa y me fui al centro.

La puerta de la calle estaba abierta, subí al segundo piso y llamé a la puerta. Abrió ella.

—Hola —dijo—. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo —dije.

–Estamos comiendo –dijo–. No sé si de todas formas quieres pasar.

–Con mucho gusto.

Entré, me quité los zapatos, dejé la bolsa en la entrada y la seguí hasta el cuarto de estar. Había ocho personas sentadas alrededor de la mesa. Los que compartían el piso y unos amigos. Los conocía a todos. Pero ellos estaban invitados, yo simplemente me había presentado allí, me miraron con expresión algo forzada.

–¿Quieres comer con nosotros? –preguntó Ingvild.

Negué con la cabeza.

Resultaba humillante que te pusieran un pequeño plato extra en una esquina de la mesa, el platito extra del comensal no invitado.

–Sólo he venido a hablar un momento contigo, pero podemos hacerlo más tarde.

–Sí –dijo ella.

Estaba rojo, todo me había salido mal. Había llegado, había entrado en escena y ahora iba a irme sin que nada hubiera sucedido.

–Que os vaya muy bien –dije, dándome cuenta de lo ridículo que tendría que sonar.

–Hasta pronto –dijeron ellos.

Ingvild me acompañó a la puerta.

–Tengo que ir al baño –dije, encaminándome hacia allí. Ingvild entró en la cocina, yo salí del baño y fui a la entrada, cogí la bolsa de plástico con el manuscrito, me apresuré hasta su habitación, la dejé sobre la cama, volví a salir y me estaba poniendo los zapatos cuando ella salió de la cocina.

Al menos se llevará una sorpresa, pensé, mientras bajaba corriendo las escaleras y salía a la cálida noche de verano, con las calles saturadas de luz del sol, y eso era lo que pretendía.

La universidad supuso un nuevo comienzo. Y algo a lo que aferrarse. Las clases eran un punto de apoyo, la librería era un punto de apoyo, los libros eran un punto de apoyo. Ocurriera lo que ocurriera, me sintiera lo miserable que me sintiera, siempre podía ir a la biblioteca y leer hasta que me diera la gana, sin que nadie pudiera poner objeciones y a nadie le pareciera raro, porque era la base misma de la vida universitaria. Compré un libro en dos tomos sobre la literatura mundial y me lo leí entero, autor tras autor, desde Homero hasta la década de los sesenta, intentando recordar una o dos líneas

sobre cada autor y lo que hacían. Asistía a las clases de Kittang sobre poesía de la Antigüedad, de Buvik sobre las epopeyas de la Antigüedad y de Linneberg sobre la dramática de la Antigüedad. Entre tantos nombres y cifras emergieron algunos conocimientos emocionantes. Ulises, que engañó al cíclope diciendo que su nombre era «nadie». Se perdió a sí mismo, pero ganó la vida. El canto de las sirenas. Los que las escuchaban también se perdían a sí mismos, eran atraídos hacia ellas, hacían todo lo posible para estar cerca de ellas, y morían. Las sirenas eran a la vez eros y tánatos, deseo y muerte, lo más ansiado y lo más peligroso. Orfeo, que cantaba tan maravillosamente bien que todos los que lo escuchaban quedaban hechizados y desaparecían de ellos mismos, que descendió al reino de los muertos para rescatar a Eurídice y que lo conseguiría si no se volvía para mirarla, pero lo hizo, y la perdió para siempre. Un filósofo francés llamado Blanchot trató este tema y leí su ensayo sobre Orfeo, en el que decía que el arte era la fuerza que hacía abrirse la noche, pero que lo que él quería era a Eurídice, y que ella era lo más sublime que el arte podía conseguir. Eurídice era la otra noche, escribió Blanchot.

Estos pensamientos me venían demasiado grandes, pero me atraían e intentaba meterme en ellos, forzarlos a que se me sometieran, convertirlos en míos, aunque sin conseguirlo, los veía desde fuera y sabía que su pleno significado se me escapaba. ¿Devolver lo sagrado a lo sagrado? ¿La noche de la noche? Reconocía las figuras principales, lo que nace y desaparece en el mismo instante, o la presencia simultánea de lo uno y lo otro que anula lo uno, era una figura que había visto en muchos poemas contemporáneos, y también percibía una atracción especial de los pensamientos sobre la noche, la otra noche y la muerte, pero en cuanto intentaba pensar de un modo independiente sobre ello, es decir, sobrepasar la forma en que llegaban los pensamientos, se volvía banal y estúpido. Era como escalar montañas, hay que poner el pie en el sitio exacto, agarrarse con la mano justo allí, de lo contrario, o te quedas inmóvil o pierdes el equilibrio y te caes.

Lo más elevado es aquello que desaparece cuando es visto o reconocido. Ése era el núcleo del mito de Orfeo, pero ¿qué es eso?

Cuando por las tardes estaba en la vieja y sombría biblioteca leyendo a Blanchot, surgía en mí un sentimiento completamente nuevo, algo que no había sentido nunca, una especie de gran excitación, como si me encontrara muy cerca de algo único, mezclado con una impaciencia igual de fuerte, *tenía*

que llegar hasta allí, y tan contradictorios eran los dos sentimientos que quería levantarme, correr y gritar, y al mismo tiempo quedarme sentado muy quieto y seguir leyendo. Lo curioso era que el desasosiego empezaba a acosarme justo cuando acababa de leer algo bueno, algo que entendía y absorbía, era como si no pudiera soportarlo. En esos casos solía levantarme y tomarme una pausa, y mientras recorría los pasillos y subía la escalera hasta el piso de arriba de la cafetería, la agitación y la impaciencia se mezclaban con esa boca abierta en la conciencia, la que tenía que ver con el que yo anduviera por ahí solo y en ese estado, con mi interior convertido en una rebelión salvaje e inexplicable, pedía un café, me sentaba en una mesa e intentaba parecer lo más despreocupado posible.

La voluntad de adquirir conocimientos tenía también algo de pánico, en repentinos y terribles momentos de lucidez me daba cuenta de que en realidad no sabía nada y que me corría prisa, no tenía ni un segundo que perder. Esa velocidad resultaba casi incompatible con la lentitud que exigía la lectura.

A mediados de septiembre fui a Florencia con Yngve. Viajamos en tren y nos hospedamos cuatro días en la Pensione Palmer, no muy lejos de la catedral, donde me había hospedado el verano anterior, cuando fui con Lars haciendo autostop. No hablamos de lo que había pasado entre nosotros, simplemente nos lo saltamos, éramos hermanos, ese vínculo era más fuerte que todo lo demás, pero algo había cambiado de todos modos, tal vez en mí, donde habían desaparecido los últimos restos de naturalidad, era consciente de todo lo que se decía y hacía cuando estábamos juntos. Las pausas que surgían entre nosotros eran dolorosas, éramos hermanos, deberíamos estar charlando con naturalidad y sin ningún esfuerzo, pero entonces llegaba el silencio, y yo me ponía a buscar algo natural con que romperlo. ¿Algo sobre bandas musicales? ¿Algo sobre Asbjørn o algún otro amigo suyo? ¿Algo sobre fútbol? ¿Algo sobre lo que nos rodeaba, una ciudad por la que pasaba el tren, un *intermezzo* en la calle delante de la ventana de la pensión, una mujer guapa que entraba en el bar en el que nos encontrábamos? Algunas veces funcionaba, hablábamos por ejemplo de la diferencia entre las chicas que se veían en Noruega y las que se veían allí, tan increíblemente elegantes, no sólo en la ropa, con sus chaquetas ajustadas y abrigos estrechos, sus botas largas y sus finos pañuelos, sino también en su manera de andar, estudiada y elegante, tan escandalosamente distinta al estilo deportivo de nuestras chicas, un andar



que no contenía nada más que el desplazamiento, ligeramente echadas hacia delante, como eternamente preparadas para una lluvia torrencial, trotando, con paso andarín, nada extra, ¡lo importante era llegar! Al mismo tiempo resultaba deprimente ver a las mujeres italianas –la palabra chica no era la adecuada para ellas–, se encontraban en otra división, fuera de nuestro alcance, de nosotros, tan poco sofisticados como las chicas noruegas, bastaba con echar una breve mirada a los jóvenes italianos, tan elegantes y acicalados como sus homólogas femeninas, que se sabían todos los trucos, y que además las trataban con unos modales que nosotros no sabríamos remedar aunque hubiéramos ensayado todos los días del año siguiente, bueno, ni siquiera si hubiéramos estudiado elegancia y saber estar en la universidad durante seis años.

–Tenía veintidós años la primera vez que me comí un bistec –dijo Yngve un día que estábamos sentados en una terraza cada uno con un expreso, que sabíamos que había que tomar de pie pero que nos tomamos sentados. Como éramos noruegos podíamos tomarnos el café tanto haciendo el pino como apoyados en la barra del bar.

–Creía que bistec y chuleta eran lo mismo –prosiguió Yngve.

–¿Y no lo son? –pregunté.

Se rió pensando que estaba bromeando.

–En ese caso nunca he comido bistec –dije–. Pero bueno, sólo tengo veinte años.

–¿Es verdad? –dijo–. Entonces vamos a comer bistec esta noche, dalo por hecho.

El otoño había llegado ya a Bergen, mientras que en Florencia el ambiente era todavía veraniego, seguía haciendo calor. A mediodía, el sol quemaba incluso cuando se encontraba detrás de un velo de nubes, y el único tono amarillo en la vegetación era debido a la sequía. Visitamos la galería Uffizi, caminamos por los interminables pasillos contemplando los cuadros, todos sorprendentemente parecidos, vimos la estatua del *David* de Miguel Ángel y algunos de sus trabajos inacabados, donde las figuras parecían intentar salir dinamitadas de los bloques de mármol que las tenían presas. Recorrimos la gran catedral, subimos las escaleras hasta que nos encontramos justo debajo del tejado, continuamos por un estrecho pasillo, salimos por la parte de arriba, y allí estaba toda Florencia delante de nosotros, tomábamos café en pequeños bares, comíamos helado y nos hacíamos fotos el uno al otro, sobre

todo Yngve se tomaba gran interés, yo posaba delante de toda clase de paredes con las gafas de sol negras marca Ray Ban, pantalones negros baggy y camisas de distintos dibujos. En ese momento era Manchester el lugar donde todo ocurría, y aunque había pasado inadvertido en Italia, no era así en Bergen. Primero leí algo sobre los Stone Roses y luego fui a escucharlos a una tienda de discos, pero el sonido era un poco extraño, pensé, no estaba seguro de que aquello fuera bueno, pero Yngve lo compró diciendo que era increíble, y yo estaba de acuerdo con él y lo compré también. Creció y creció. Lo curioso era que lo mismo sucedió con los Smiths, oí su primer disco en Kristiansand, después de leer sobre ellos en la revista *NME*, me resultó demasiado raro, pero entonces la fiebre llegó a Noruega, y ya no sonaba raro, sino acertado.

Así caminábamos por la ciudad, tan hermosa como viva, llena de personas y pequeñas escenas, ciclomotores y palacios; por las noches volvíamos a la pensión a cambiarnos de ropa y luego nos íbamos a cenar. Esa noche fuimos a un restaurante de los buenos, me sentí incómodo, no me gustó hablar con los camareros, no me gustó que me sirvieran, no me gustó que me vieran, no supe qué hacer en las situaciones que surgieron, desde cómo catar el vino, hasta qué hacer con la servilleta colocada sobre el plato, pero por suerte Yngve se ocupó de todo, y allí estábamos, comiendo bistec y bebiendo vino tinto.

Después fumamos, bebimos grappa, que sabía a aguardiente casero, y hablamos de nuestro padre, algo que hacíamos a menudo, nos contábamos pequeños episodios que recordábamos de él, y discutíamos sobre lo que ocurría ahora, sobre su vida en el norte de Noruega, que no nos resultaba lejano, aunque sólo lo veíamos un par de veces al año y hablábamos con él por teléfono puede que una vez al mes, porque él todavía se cernía sobre nuestra conciencia. Yngve casi lo odiaba, o al menos era completamente intransigente respecto a él, no se creía en absoluto que nuestro padre hubiera cambiado y deseara que nuestra relación con él fuera diferente, no era verdad, decía Yngve, era el mismo de siempre, no levantaba ni un dedo por nosotros, no mostraba ningún interés por nosotros; si daba otra impresión era porque le daba por creer que así era, no porque realmente lo fuera. Yo estaba de acuerdo, pero era mucho más débil, hablaba con nuestro padre por teléfono, intentaba congraciarme con él y le había enviado una carta con fotos de la

Academia de Escritura, aunque *en el fondo* deseaba que no existiera, incluso que se muriera.

Débil, ésa era la palabra.

También era débil ante Yngve. Cuando surgían silencios, era por mi culpa y me sentía responsable. Yo sabía que Yngve no pensaba así, no le importaban los silencios, no hacía falta llenarlos a toda costa, él estaba seguro de sí mismo. Por la misma razón él tenía amigos y yo no. Se comportaba con naturalidad, no daba importancia a lo que decía o hacía, y de esa manera no se estaba jugando nada cuando por ejemplo salía con Asbjørn un sábado a mediodía simplemente a dar una vuelta por la ciudad, quizá para pasar unas horas sentados en un café, mientras yo daba mucha importancia a todo, de manera que cualquier paso en falso, cualquier pequeña disonancia era en potencia fatal, por lo que me veía forzado o, mejor dicho, me forzaba a mí mismo a mantenerme en una especie de mutismo. *Eso* era lo que marcaba la situación, ¿y quién soportaba acompañarse de tanta rigidez y falta de naturalidad? Y como yo no deseaba mal a nadie, la solución era mantenerme alejado o cobijarme bajo las alas de Yngve, bajo su capa de sociabilidad.

La misma falta de naturalidad me caracterizaba cuando estaba con él, pero había una diferencia determinante, y era que la relación entre nosotros no dependía de la coyuntura de la situación; no importaba lo estúpidamente que me comportara, yo era su hermano, de eso no se olvidaba ni quizá se olvidara nunca. Él jugaba con ventaja por lo del vaso que le tiré a la cabeza, debido a ello yo siempre sería inferior a él, algo que en el fondo me parecía razonable y que pensaba que me merecía.

Pagamos y salimos a la noche italiana, yo estaba ligeramente embriagado y alegre, estuvimos buscando un lugar apropiado, por fin encontramos uno, estaba recién inaugurado y totalmente vacío, lo que no nos importó, porque ponían buena música, y de todos modos no conocíamos a nadie en esa ciudad. Pensábamos tomar sólo una copa, pero el personal era extremadamente amable, querían charlar y saber de Noruega y Bergen, y nos preguntaron qué clase de música nos gustaba, y al instante los Stone Roses retumbaban en el local. Nos quedamos allí sentados, cada vez más borrachos, y todo mutismo, todo lo forzado, todas mis inhibiciones y todas las ataduras se desvanecieron en mi interior, estaba allí con mi hermano charlando de lo que nos venía a la cabeza, riéndonos, alegres.

—Ninguno de tus conocidos crea nada —dije—. Pero tú sí. Tocas la guitarra y

compones canciones. No entiendo por qué no formas una banda y empiezas a tocar en serio. Haces buenas canciones.

—¿Tú crees?

—Claro que sí —contesté—. Los demás *hablan* de música y de bandas, pero eso para ti no es suficiente, ¿no?

—No, claro que me gustaría tocar. Pero habría que encontrar a alguien con quien tocar.

—Pål es bueno, ¿no?

—Sí. Entonces seríamos dos. Si tú tocas la batería, tres. Necesitamos también un vocalista.

—Hay veinte mil estudiantes en Bergen. Alguno habrá que sepa cantar.

—Veré lo que puedo hacer.

Ya no necesitábamos acercarnos a la barra a pedir, nos traían más copas en cuanto dábamos el último trago, bromeaban con nosotros y nos preguntaron más nombres de bandas para poner. Cuando nos levantamos para irnos, nos tambaleábamos. Pero conseguimos salir a la calle y volver a la pensión, hablamos un poco más de la nueva banda, apagamos la luz y dormimos hasta tarde el día siguiente.

Por la noche volvimos a ese fantástico lugar. Pero estaba atestado de gente y el personal no nos reconoció. Resultó increíble que realmente no se acordaran de nosotros, porque había sido la noche anterior y habíamos estado solos, así que debían de estar fingiendo. ¿Pero por qué? Pedimos cada uno una cerveza, nos la bebimos y nos fuimos a una discoteca que recomendaban en una guía de viajes, estaba junto al río, seguimos su curso a lo largo de una ancha avenida, cada vez menos transitada cuanto más nos alejábamos. Empezó a llover, las calles brillaban con la luz, el río fluía lentamente en la oscuridad, no se veía un alma. Deberíamos haber llegado ya, dijo Yngve. Quizá nos la hayamos pasado, dije. Llevamos unos tres cuartos de hora andando. La borrachera nos había abandonado hacía tiempo. La lluvia caía densa y regular. Habíamos dejado de hablar, teníamos de sobra con andar. Las luces de la ladera del otro lado del río parecían volar en el aire. Al cabo de una media hora Yngve se detuvo. Debajo de nosotros había una especie de plataforma sobre la que colgaban cables y bombillas apagadas, y en la que había montones de sillas apiladas. Tal vez sea aquí, dijo Yngve. ¿Aquí?, dije. Sí, estamos fuera de temporada. Vámonos a dormir.

Dos días después nos bajamos del tren en la estación de Bergen –esa ciudad que parece un embudo– y fue agradable entrar en ella, donde todo resultaba familiar y conocido, mi lugar en la tierra. Aún era temprano, sabía que no sería muy acogedor meterme en mi casa y estar solo después de una semana en compañía, así que me fui con Yngve a la casa que compartía con Asbjørn, abrimos una botella de whisky que nos habíamos traído y empezamos a beber. Asbjørn dijo que lamentaba tener que darnos una mala noticia. ¿Ah, sí?, dijimos mirándolo. Vuestra abuela materna ha muerto. ¿De verdad? ¿Ha muerto? Sí, vuestra madre llamó cuando ibais camino de Italia. ¿Te dijo cuándo es el entierro? Ya se celebró. Dijo que fue imposible localizaros.

Nos emborrachamos y nos fuimos a Hulen, era un día de diario y no había mucha gente, nos quedamos en la barra, cuando cerraron nos fuimos a casa y seguimos bebiendo. El ambiente estaba animado, tenía la sensación de encontrarme en medio de una tormenta de personas y sucesos. En un determinado momento me puse un traje de Superman, y estaba sentado bebiendo whisky ataviado con una capa roja, daba saltos por la habitación al ritmo de la música, cantaba con los otros, charlaba con Yngve y Asbjørn, siempre con ese fantástico disfraz de Superman puesto, hasta que de repente todo se retiró como una poderosa marea, y sólo quedó el simple hecho; éramos nada más Yngve, Asbjørn y yo. Estábamos completamente solos. La fiesta tuvo lugar en mi cabeza. Y la abuela, la abuela había muerto.

Aunque la música seguía sonando, para mí fue como si se hubiese callado.

Me tapé la cara con las manos.

Ahhhhhhhhhh.

–¿Qué te pasa, Karl Ove?

–Nada –dije, pero me temblaban los hombros y las lágrimas me chorreaban por la cara, mojándome los dedos.

Apagaron la música.

–¿Qué te pasa? –volvieron a preguntar.

–No lo sé –dije mirándolos. Estaba sollozando, no podía evitarlo–. No es nada.

–¿Quieres quedarte a dormir aquí? –me preguntó Asbjørn–. Tal vez sea lo mejor.

Asentí con la cabeza.

–Túmbate en el sofá. Ya es tarde.

Hice lo que me dijeron y cerré los ojos. Uno de ellos me tapó con una manta y me dormí.

A la mañana siguiente todo volvía a estar bien, excepto la vergüenza que sentía por haber llorado delante de ellos. Delante de Yngve todavía, aunque tampoco estaba bien, ¿pero delante de Asbjørn?

¡Y ese estúpido disfraz de Superman!

Conseguí quitármelo, me tomé un café con ellos en el cuarto de estar oyendo a Asbjørn echar la bronca a Yngve porque nunca volvía a meter la leche en la nevera después de servirse, no sabes lo agradable que es volver a casa, querer tomarse un vaso de leche y descubrir que está templada como un meado.

Sonreí y les dije que eran como un matrimonio. No les gustó. Me fui a Møhlenpris con mi vieja maleta, abrí la puerta de mi casa y me di una ducha. Con el pelo mojado y una camisa que se me pegaba a los hombros y al pecho, me senté y me puse a leer. Había llegado a finales del siglo XVIII, que rebosaba de poetas y novelistas ingleses, dramaturgos franceses, entre los que, según había leído, Racine era el más importante, y algunos filósofos y escritores de epístolas. Cerré los ojos e intenté recordar los nombres y una obra de cada uno, luego me puse con el siglo XIX, dejé el libro, busqué las hojas con el horario de las clases, había una esa misma tarde y decidí acudir. Era de teoría literaria moderna, saqué la lista de textos y leí un poco al azar alguno de ellos antes de irme. Stanley Fish, vaya nombre. Y Harold Bloom. Me llamo Pescado. No me diga, yo Florecer. Y por allí anda Paul the Man, ¿lo conoce usted? Sí, soy fan de Paul the Man.

¡Pero si era la letra de una canción!

*Soy fan de Paul the Man.*

Acabé de escribir la letra, metí varios libros y un cuaderno en una bolsa y me fui a la universidad. El suelo del parque estaba seco, el cielo gris, las hojas de los árboles verde pálido y amarillo. Debajo de un árbol había un grupo de drogadictos sentados, di un rodeo para no verlos y para que no me pararan, todo lo que tenía que ver con ellos me llenaba de espanto, desde las voces altas y los movimientos agresivos cuando no estaban drogados, hasta esa apatía total, inhumana, cuando estaban sentados o tumbados sin contacto alguno con el mundo, y, sin embargo, con los ojos abiertos, ojos en los que no podía leerse nada. Luego estaban las jeringuillas, las correas, los cartones

de cacao o los envases de batido, los bollos y las bolsas de plástico esparcidos a su alrededor, y su propia ropa, sucia, harapienta, como si no hubieran estado en contacto con seres humanos desde hacía años, sino invernando en las profundidades de un bosque, tras un accidente de avión, quizá con una sola muda. Flotaban, no vivían. Y sólo querían flotar, no vivir.

Los dejé atrás, salí del parque, pasé por delante del Centro de Estudiantes, subí la cuesta, enfilé el sendero de gravilla que iba a lo largo del jardín botánico hasta el pasaje entre el Museo Marítimo y la Biblioteca Universitaria, pasé por delante del edificio de la Facultad de Humanidades, llegué a la puerta del colegio de Sydneshaugen y allí me paré, coloqué la bolsa en el suelo entre los pies y encendí un cigarrillo.

Más adelante, al lado de la escalera, había un compañero de curso fumando. Me miró un instante. Se llamaba Espen, eso sí lo sabía, venía directamente del instituto, y aunque no había hablado gran cosa con él, me constaba que sabía mucho, tanto que casi daba miedo. Le había oído hablar de Beckett, una vez con Ole y otra en clase, y me dejó impresionado, a pesar de que era dos años más joven que yo. Tenía el pelo negro y largo, a veces lo llevaba suelto y otras recogido en una coleta, sus ojos eran marrones y usaba gafas; era delgado, llevaba una chaqueta marrón de cuero, a menudo con un jersey de punto debajo, venía a veces en bicicleta a las clases y se quedaba casi siempre hasta tarde en la biblioteca. Parecía tímido y daba la impresión de estar en guardia, no con recelo, más bien como un animal en estado de alerta.

Cogí la bolsa y me acerqué a él.

—¿Vas a ir a clase? —le pregunté.

Sonrió, como para sus adentros.

—Pensaba ir, sí —contestó—. ¿Y tú?

—Ésa era mi intención. Pero al llegar aquí se me han quitado las ganas. Quizá me siente a leer.

—¿Qué estás leyendo?

—Un poco de todo. Nada en especial. Stanley Fish.

—Ah.

—¿Y tú?

—Estoy con Dante. ¿Lo has leído?

—Aún no. Pero tengo intención de hacerlo. ¿Está bien?

—Sí —contestó.

—Ya.

—Mandelstam ha escrito un ensayo cojonudo sobre *La Divina Comedia*.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Bueno, quizá debería echarle un vistazo. ¿Mandelstam dices?

—Sí, hazlo. Puede que sea un poco difícil de encontrar, pero si quieres, te lo puedo fotocopiar.

—Muchas gracias —dije—. ¡Estaría genial!

Sonreí, tiré la colilla al suelo y la pisé.

—Hablamos entonces —dije, y entré en el viejo edificio del colegio.

Camino de casa llamé a mi madre. Por suerte la encontré. Le pregunté cómo le iba, contestó que bien, pero que no podía creerse que la abuela hubiera muerto. Todo ocurrió muy deprisa. Cogió una pulmonía, y sólo un par de días después murió. Fue en la residencia de ancianos a la que la habían llevado a finales del verano, cuando ya era imposible que siguiera viviendo en la granja, su estado requería más cuidados y presencia de los que la familia le podía ofrecer allí. El que hubiera ido tan deprisa tal vez tuviera que ver con eso, que ya no había nada que la retuviera, como habría hecho el entorno de su hogar, donde había vivido durante más de cuarenta años. Pero Kjartan estaba con ella cuando murió y no tuvo miedo.

Noté por su voz que mi madre estaba triste, pero no sabía muy bien qué decirle. Me preguntó cómo nos lo habíamos pasado en Italia, me limité a contestar que muy bien, no podía darle detalles, que íbamos tambaleándonos borrachos por el sur mientras la abuela se moría, no procedía, ni era algo que mi madre necesitara saber. Acordamos que iría allí en unas semanas, así podría visitar su tumba, la habían enterrado en el viejo cementerio del otro lado del fiordo, era un sitio bonito, dijo mi madre, y resultaba reconfortante.

Colgamos, me fui a casa con la incipiente oscuridad, me tumbé en la cama a leer a Mark Twain, del que Ragnar Hovland había hablado, a ratos volvía a caer dentro de la realidad, es decir, en la oscuridad que rodeaba la pequeña luz de la lámpara de lectura, la tela de la almohada azul claro, el recuerdo de la abuela, la primera persona de mi entorno más cercano que moría. Me resultaba imposible de comprender. Pero ya tenía paz. Había sufrido mucho con su enfermedad, ahora tenía paz. Seguí leyendo, su recuerdo se encontraba todo el tiempo en la sombra de la conciencia, y a ratos aparecía, había



muerto, ya no existía, mi abuela, mi querida abuela. No la conocía, ¿pero qué es conocer? Yo sabía quién era, qué significaba para mí, lo sabía desde que era pequeño. Y eso era lo que ahora me llenaba, su dulce presencia, sus ojos. Qué desesperante debía de ser alejarse del mundo sólo porque el cuerpo ya no te obedecía, te negaba lo más elemental.

Tendría que escribir sobre ello, tendría que escribir sobre ella.

Me incorporé, me senté en el escritorio en calzoncillos y escribí un texto.

#### CRECE SALVAJE

Con los ojos alejados de los días  
te apagas lentamente  
Con los pensamientos de espejo  
pierdo el control  
Te noto dentro de mí

Noches suaves me caen encima  
La oscuridad se me precipita a los ojos  
Quiero volar  
Quiero creer en milagros  
Te noto dentro de mí

Evito la luz y la oscuridad  
Quién sabe lo que tú ves  
Quién sabe lo que ocurre  
Silencio, silencio  
crece salvaje

Los días se evaporan, desaparecen  
sin dejar ninguna huella  
Yo siempre estoy despierto, esperando  
Te noto dentro de mí  
te noto dentro de mí

Evito la luz y la oscuridad  
Quién sabe lo que tú ves  
Quién sabe lo que ocurre

Silencio, silencio  
crece salvaje

Al día siguiente Espen se me acercó en la biblioteca con el ensayo de Mandelstam. Nos tomamos un café, charlamos un poco de la asignatura, de unos textos que nos habían impresionado, le hice varias preguntas, de dónde era, qué hacía, y le conté que había estudiado en la Academia de Escritura. Lo sabía, dijo. Tenía la jarra cogida con ambas manos, pero no abrazándola, más bien como una confirmación de las manos, aquí tenemos una jarra, y con la cabeza ligeramente inclinada miraba la mesa. Allí sentado daba la sensación de haber dejado en suspenso la situación, como si ésta ya no existiera. Había en él una gran fuerza que agarró mis entrañas, ¿acabo de decir algo poco interesante? ¿Algo aburrido? ¿Algo estúpido?

Echó un vistazo al reloj, sonrió y dijo que esperaba que me gustara el ensayo, y que luego le agradaría comentarlo conmigo.

Volvimos a la biblioteca, empecé a leer el libro de Olof Lagercrantz sobre Dante, y me quedé leyendo hasta por la tarde, luego fui a tomar algo a la cafetería. Era viernes y los viernes siempre tenían arroz con leche.

En una mesa de la segunda planta estaba Ann Kristin. Sonrió al verme, y me acerqué con la bandeja con arroz con leche, zumo y café en las manos.

–Hola, Karl Ove –me saludó–. Hace mucho que no nos vemos. Siéntate. Por cierto, éste es Rolf.

Hizo un gesto con la cabeza hacia un tipo que había sentado al otro lado de la mesa.

–Así que tú eres Karl Ove –dijo–. Tu padre me dio clase en el instituto. Fue el mejor profesor que he tenido jamás. Era fantástico.

–¿Ah, sí? –dije–. ¿Dónde?

–En Vennesla.

–Ya –dije, y me senté, cogí de la bandeja el plato de arroz, la taza de café y el vaso de zumo, la aparté y empecé a comer.

–¿Qué hace ahora?

–Trabaja en el norte. Se ha vuelto a casar, tiene otro hijo.

–La clásica crisis de los cuarenta –intervino Ann Kristin–. Por cierto, he oído que has estado en Italia con Yngve.

Asentí con la cabeza y tragué.

–En Florencia.

–Fue una pena que no pudierais ir al entierro.

–Sí. ¿Qué tal estuvo?

–Fue muy bonito.

Ann Kristin era la hija mayor de la hermana de mi madre, Kjellaug, y hermana de Jon Olav. Cuando éramos pequeños siempre estábamos juntos ella e Yngve, Jon Olav y yo, y así seguimos en nuestros tiempos de estudiantes, al menos al principio, en que Yngve y Ann Kristin se veían mucho. Pero luego se distanciaron, nunca supe si debido a un suceso determinado, o simplemente a que ya no se veían fuera del entorno familiar.

Ella era muy recta y a veces podía parecer un poco seca, sobre todo con Jon Olav, pero tampoco se cortaba cuando se trataba de decirme a mí las cosas, aunque yo no le tenía miedo, era sólo fachada, en el fondo era buena persona y más que considerada. Me gustaba, siempre me había gustado.

¿Y ese tal Rolf era su novio?

–¿Tú también estudias ruso? –le pregunté.

Asintió con un gesto de la cabeza.

–Nos conocimos allí –dijo.

–Rolf es el número uno del curso –intervino Ann Kristin.

–¿No serías tú el que sacaba todo sobresalientes en el instituto? Mi padre lo comentaba.

–Por desgracia era yo –contestó sonriendo.

–Eras su alumno favorito –dije.

–¿Qué esperabas? Está claro que a un profesor siempre le gustan los alumnos que sacan todo sobresalientes.

–A mi padre no –dije para adularle.

–Dale muchos recuerdos de mi parte –dijo Rolf.

–Lo haré –dije.

–¿Qué tal le va a Yngve? –preguntó Ann Kristin–. Hace mucho que no lo veo. Por cierto, ¿sigue con esa chica, cómo se llamaba...?

–¿Te refieres a Ingvild?

–Sí.

–No, lo dejaron esta primavera –dije.

–Ella se parece mucho a vuestra madre.

–¿De verdad?

–¿No se te ha ocurrido nunca?

–No, no se parecen tanto, ¿no? –dije.

–Los ojos, Karl Ove. Son idénticos.

Sonrió y se volvió hacia Rolf, que frunció el ceño y cogió la chaqueta del respaldo de la silla.

–¿Vas a poder apañártelas por tu cuenta? –me preguntó Ann Kristin–. ¿O quieres que nos quedemos aquí a cuidarte?

–Creo que me las apañaré –contesté–. Ha sido un placer veros. ¡Hasta pronto!

Salieron por la puerta de la planta superior, donde se bifurcaban pasillos hacia otras partes del edificio, y yo me quedé sentado, comiendo en soledad el arroz con leche.

El domingo siguiente conocí a Gunvor. Fue por casualidad, cuando Yngve salió de trabajar fuimos a tomar una cerveza, nos encontramos con unos conocidos suyos y acabamos en casa de uno de ellos, encendieron velas, sirvieron té, pusieron música tranquila. Yo estaba sentado sobre una especie de puf deseando marcharme, cuando una chica se sentó a mi lado. Era baja, rubia, con una nariz pequeña y respingona y bonitos y dulces ojos. Tenía una gran energía y una manera de ser cautivadora.

–¿Quién eres? –me preguntó.

–Soy el hermano de Yngve –respondí.

–Eso no me dice gran cosa. ¿Quién es Yngve?

–Ese que está allí intentando ligar.

–¡Ah! No lo conozco. ¡Pero no es difícil darse cuenta de que sois hermanos!

–¿A que no? –dije.

–¿Y tú qué estás haciendo en Bergen?

–Literatura.

–¿Te gusta Ragnar Hovland? Es mi favorito. *Suicidio en el Café de las Tortugas*, ¡sólo el título ya es una pasada!

–Sí, es divertido. ¿Y tú qué estudias?

–Ciencias Políticas. Pero empezaré Historia después de Navidad.

–¿Historia? Es algo que a mí también me gustaría hacer.

La chica era abierta, pero no de un modo ingenuo, no hablaba de cosas de las que no sabía y estaba muy segura de sí misma.

Los demás se fueron marchando uno tras otro, nosotros nos quedamos charlando, fue una de esas noches en las que se puede contar de todo, y tiene

sentido, porque las dos partes se muestran atentas. Ella provenía de una granja en el oeste, tenía dos hermanos y una hermana, le encantaba montar a caballo, sobre todo caballos de raza islandesa, había trabajado un año en una granja en Islandia y hablaba la lengua perfectamente. Le pedí que dijera algo en islandés, dijo *Thad er ekki gott ad vita hver Karl Ove er!* Me reí, entendí que dijo que no era fácil saber quién era Karl Ove. Contó que el caballo islandés tiene dos clases de paso, además de los normales, y yo volví a reírme, pues me resultaba difícil entender cómo alguien podía interesarse tanto por un animal. Intenta montar uno de ellos y lo entenderás, dijo ella.

Estuvimos allí hasta que el que vivía en la casa quiso acostarse. Ella me acompañó hasta mi casa, nos quedamos hablando una media hora en la puerta, me preguntó si podíamos volver a vernos, y dije que sí, que me gustaría mucho.

—¿Mañana?

—Sí, estupendo.

—¿Vamos al cine?

—¡Por mí vale!

Se marchó y me acosté extrañamente animado.

Dos semanas después se volvió hacia mí subiendo las escaleras de su casa.

—Se supone que estamos saliendo, ¿verdad, Karl Ove?

—Sí —contesté—. ¡Por mí, sí!

Para entonces habíamos pasado casi todas las tardes juntos desde que nos conocimos. Su casa o la mía, el Café Opera, Fekterloftet, largos paseos por las calles de Bergen. Hablábamos sin parar, una noche nos besamos, y luego dormimos juntos, pero sin que ocurriera nada, ella quería esperar, estar segura de mí. Puedes estar segura de mí, dije, porque ardía de ganas constantemente, andaba casi doblado a su lado, pero no, el tiempo estaba de nuestra parte, el tiempo era un amigo. Un buen amigo malo, decía yo. Ven, no puede ser tan peligroso, ¿no? No, no era peligroso, pero ella quería esperar, no me conocía. ¡Pero te lo he enseñado todo! ¡No hay más que ver! ¡Soy muy poca cosa! Ella se reía, sacudiendo la cabeza, yo tendría que esperar. ¡Al lado de su cálido cuerpo desnudo!

Fueron tiempos duros, pero todo lo demás era como fiebre, como un sueño, ella iba y venía, el resto no era más que un sopor, algo sin importancia, ella era la que daba forma y peso al mundo, ella, Gunvor, mi novia.

Jon Olav se había mudado a un piso grande justo al lado del cine, yo le había presentado a Gunvor hacía tiempo, ahora él se iba de viaje por unos días, podíamos disponer de su piso si queríamos. Ah, sí. Estuvimos allí dos días y dos noches, sólo salimos a por comida, incapaces de estar separados, pero ella seguía negándose, aún no me conocía lo suficiente.

Su hermana pequeña y su novio nos invitaron a su casa, una casa vieja y grande en la región de Hardanger. Cogimos el autobús, era de noche, el paisaje estaba blanco de nieve iluminada por la luna, y encima de nosotros, relucientes en el cielo, había miríadas de estrellas. Estábamos a veinte bajo cero y la nieve crujía cuando subíamos las cuestas, el aire frío escocía en los pulmones, la piel de la cara estaba tiesa, y a nuestro alrededor reinaba el silencio.

Habían encendido la chimenea y preparado la cena, charlamos, comimos y bebimos vino tinto, yo estaba feliz. Nos alojaríamos en la buhardilla, estaba helada, incluso debajo del edredón, y mi deseo era tan enorme que no sabía dónde dirigirme, me agarré a ella, besé sus bonitos pechos, su bonito vientre, sus bonitos pies, pero no, tendría que esperar, ella no me conocía lo suficiente, aún no sabía quién era yo.

—¡Soy Karl Ove Knausgård y te deseo! —dije.

Ella se rió, y se apretó contra mí, suave y ágil, sus ojos eran indulgentes, y ella era mía.

Pero no del todo, seguíamos siendo ella y yo, no nosotros.

No estudié mucho durante esas semanas. Tenía la sensación de que no era importante, pero ella iba todos los días a la universidad y por eso iba yo también, más bien para mantener las apariencias, porque las frases que leía no me aportaban mucho significado, todo flotaba, todo daba vueltas, todo estaba abierto y sin definir. Hasta que la veía llegar y volver a convertir el mundo en algo claro y tangible. Ella, Gunvor, mi novia.

Espen se me acercó en un descanso y me preguntó si había leído ya el ensayo de Mandelstam, le dije que no, que pensaba leer primero *La Divina Comedia*, lo que le pareció sensato.

—¿Qué edición estás leyendo? ¿La de neonoruego? Yo la empecé, pero era tan arcaica que me resultaba casi imposible. Me compré la sueca. Es muy buena.

—Yo he comprado la neonoruega —dije—. Ya veré.

Su mirada, abierta y confiada, se volvió de repente severa y huraña, clavada en el suelo.

Repasé en la mente a toda velocidad lo que acabábamos de decir. Al cabo de unos instantes de silencio, levantó la vista y dijo:

—¿Por qué no vienes una tarde a Alrek? Podemos jugar al ajedrez o algo así. ¿Juegas al ajedrez?

—Conozco las reglas —dije—, pero no se puede decir que sepa jugar.

—Puedes refrescarlo —dijo.

—Claro —contesté—. Pero de todas formas puedo ir a verte.

Quedamos la tarde siguiente. Saqué de la biblioteca la traducción de *La Divina Comedia*, empecé a leer sin tomar notas, lo que debía quedarse, se quedaría, suponía. Sabía de qué trataba, había leído una tercera parte del libro sobre Dante de Lagercrantz, y me había formado una idea clara de cómo era la obra. Pero de ninguna manera estaba preparado para la sensación de tiempo que desprendieron las primeras páginas, el que el texto no tratara *del* siglo XIV, sino que *procediera* de esa época, que formara parte de aquella época de la que yo podía participar *ahora*.

*Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza.*

La puerta del infierno, Semana Santa, año 1300, Dante que se ha perdido en mitad de la vida, y que será salvado al poder verlo todo.

Verá todo y así será salvado.

Pero al principio del primer canto no se había perdido en la vida, sino en el bosque, y los animales que le atacaban no eran el pecado ni la traición, sino animales salvajes de carne y hueso que enseñaban los dientes. El infierno no era un estado mental, la entrada se encontraba allí mismo, en medio del mundo, al pie de un precipicio, rodeada de bosques y campos yermos por todas partes.

Me di cuenta de que lo que ponía en las notas explicativas a pie de página sobre lo que representaban los animales salvajes, los lugares y los sucesos era real, pero lo excepcional del comienzo, que yo sentía en cada célula de mi cuerpo como un vacío, como hambre, era lo que tenía de concreto, corporal, material, no las sombras proyectadas dentro del mundo de las ideas. Había una comparación con la construcción de un barco en los astilleros de Venecia, de repente y con una fuerza tremenda comprendí que Dante habría estado escribiendo aquello en algún lugar, quizá mirando al infinito y preguntándose qué podría usar para hacer esa comparación, y entonces se

acordaría de unos astilleros que había visto una vez en Venecia, *ciudad que seguía allí cuando lo escribió.*

Había quedado con Gunvor esa tarde, así que recogí mis cosas, anduve por los pasillos con la bolsa de plástico colgada de la mano, salí al patio que había entre los edificios, me paré a fumarme un cigarrillo y la vi llegar andando hacia mí. Sonrió con todo su ser, se estiró y me besó en la boca. Nos marchamos de allí cogidos de la mano, bajamos las cuestas y fuimos andando hasta Nøstet, donde ella vivía. Compartía piso con una amiga que se llamaba Arnhild. Su mejor amiga se llamaba Karoline, y sobre el papel formaban, con sus pesados y anticuados nombres, un trío aterrador, Gunvor, Arnhild y Karoline, pero en la realidad eran brillantes, alegres y maravillosas. Arnhild estudiaba en la Escuela Superior de Comercio y podía permitirse llevar jersey de angora y collar de perlas, Karoline estudiaba en la universidad y era algo más dura, se parecía más a Gunvor, tenían el mismo sentido de humor, era como si se movieran en bloque, algo que me había dado cuenta de que era corriente entre amigas. Una vez nos contó que un tío intentó ligársela, se acercó a ella y le preguntó si quería irse con él a su casa, ella le preguntó para qué, y él le contestó que para follársela hasta morir. ¡Se reían de cosas como ésas! Eran cumplidoras y sensatas, no desperdiciarían nunca su vida, y estaban tan seguras de ello que lo que había a nuestro alrededor no las influía. Lo de salir por ahí una noche, por ejemplo, era para ellas algo agradable, y no tenía en sí nada de demoniaco.

Aunque yo vivía en un piso relativamente grande, preferíamos estar en casa de Gunvor; la mía era oscura y triste, casi sin muebles, la suya era luminosa, de buena calidad, y, además, había algo femenino en la decoración que me hacía sentirme cómodo, porque eso dejaba muy claro que ella era mi novia en ese desconocido ambiente de suavidad y detallismo. Despertarme allí, por regla general diluviando en la calle, tan temprano que aún era de noche, desayunar con ellas y luego ir a la biblioteca con Gunvor era algo que no había vivido antes, y me gustaba de todo mi negro corazón.

Presenté a Gunvor a Yngve y a Asbjørn y a los otros amigos de mi hermano, que en cierto modo ya se habían convertido también en mis amigos, o, si no exactamente amigos, al menos gente con la que me trataba, en virtud de ser el hermano pequeño de Yngve, mi salvaguardia en Bergen, y tuvo mucho éxito entre ellos, lo cual no era de extrañar, era imposible que Gunvor no gustara, se reía casi siempre de lo que decían los demás, era sociable y



cercana, no se tomaba muy en serio a sí misma, pero sí que era seria, se esforzaba en lo que hacía y no le resultaba ajena la gran seriedad, también tenía algunos rasgos pietistas, había que trabajar, había que asistir a clase, había que estudiar, si hacías todo eso entonces te merecías descansar. Pero esa moral del deber, que también yo conocía y que consideraba un enemigo, algo que había que combatir, algo que representaba lo contrario de lo que yo quería ser, a ella no le resultaba pesada, tampoco era un signo de su carácter, era más bien como una guía que no ocupaba espacio pero era fuerte, un tendón en su alma no visible pero importante, le daba fuerza y seguridad, hacía que nunca dudara de que el lugar en el que se encontraba o lo que estaba haciendo eran correctos.

Cuando estaba con ella era como si me extrajeran algo de dentro. Lo oscuro se iluminaba, lo torcido se enderezaba, y lo curioso era que no venía de fuera, no era que ella iluminara lo oscuro, no, era algo que sucedía dentro de mí, porque me veía a mí mismo con su mirada, y no sólo con la mía, y a sus ojos no me pasaba nada malo, al contrario. Así se alteraba el equilibrio. Cuando estaba con Gunvor no me deseaba ningún mal a mí mismo.

Como habíamos acordado, al día siguiente fui a casa de Espen, subí las cuestas de detrás de la estación de ferrocarril, luego caminé por la larga explanada y llegué a Alrek, donde sólo había estado una vez hacía cuatro años, cuando fui a ver a Yngve.

Espen estaba cocinando en la cocina común cuando llegué. Pollo guisado con tomate, dijo, ¿quieres?

Estaba muy condimentado, pero rico, se puso contento cuando se lo dije.

Luego hizo café en una extraña, pequeña y brillante cafetera que parecía una escultura, tenía un dibujo de un hombrecillo con sombrero, primero Espen la desenroscó, echó agua en una de las dos partes, luego puso un café especial muy molido en un chisme parecido a un embudo que metió dentro de la pieza que tenía el agua, a continuación enroscó la parte de arriba, que acababa en una tapadera con una bola negra, y la puso sobre la placa. Me dije a mí mismo que no le preguntaría qué clase de café usaba, sino que me tomaría todo lo que me sirviera como un hombre de mundo.

Fuimos a su habitación, cada uno con una taza en la mano.

Ah, era fuerte, sabía a café expreso.

Espen se puso a hojear sus discos.

—¿Te gusta el jazz? —me preguntó.

—Sí-í —contesté—. No suelo escucharlo, pero está bien.

—¿Pongo entonces el clásico *Kind of Blue*?

—Vale —contesté, e intenté leer en la funda de quién era el disco. Miles Davis.

Espen se sentó en la cama.

—Estuve en un concierto suyo en Oslo. No tenía entrada, así que me colé.

—¿Te colaste? ¿Cómo lo conseguiste?

—Me metí en el edificio de al lado, bajé al sótano y encontré unas sillas que cogí para que pareciera que trabajaba allí. Entonces abrí una puerta y de repente estaba en medio de la sala del concierto.

Se rió.

—¿De verdad?

—Sí. Fue un concierto fantástico.

Una música pálida y melancólica empezó a flotar por la habitación. Espen sacó el ajedrez, puso el tablero entre los dos, cogió un peón blanco y otro negro, se puso las manos detrás de la espalda y luego las extendió hacia mí con el puño cerrado.

—Ésa —dije.

Abrió la mano. Negro.

—No recuerdo muy bien cómo se colocan. Los peones primero, ¿no?

—Sí —contestó y colocó sus piezas a una velocidad vertiginosa. Yo lo imité.

Odiaba el ajedrez, tenía la sensación de que perder una partida de ajedrez era mucho más significativo, revelador y humillante que perder un partido de tenis, por ejemplo. Yo no era muy inteligente, no era listo, aunque pensara tanto que me crujía la cabeza nunca llegué a entender el ajedrez, nunca fui capaz de planificar más de dos jugadas. Al menos no cuando era pequeño y jugaba contra mi padre o Yngve, que me machacaban siempre. No había jugado desde entonces, pero pensé que ahora al menos era un adulto. Quizá mis experiencias de entonces me ayudaran ahora de alguna manera. En realidad, sólo se trataba de resolver problemas.

—No usamos cronómetro, ¿no? —me preguntó.

—No —contesté.

Empezamos, y a los tres minutos me hizo jaque mate.

—¿Quieres revancha?

—Vale.

Tres minutos después volvió a hacerme jaque mate.

—¿Al mejor de tres? Así tienes la posibilidad de dar la vuelta al juego.

—De acuerdo.

Me machacó por tercera vez. Pero no vi en él nada triunfante cuando recogió el juego y en silencio empezó a liarse un cigarrillo.

—¿Juegas mucho al ajedrez? —le pregunté.

—Qué va. Simplemente me gusta.

—¿Lees las columnas de ajedrez en los periódicos?

—Sí, a veces. Puede resultar muy interesante copiar y jugar antiguas partidas famosas.

—Ya —contesté.

—Pero hay cosas estándar que se pueden aprender. Por ejemplo aperturas. Puedo enseñarte alguna si quieres.

Asentí con la cabeza.

—La próxima vez, ¿vale?

—De acuerdo.

El sol brillaba a través de las nubes. La luz, que caía en pendiente, hacía que el paisaje pareciera chillón en contraste con el entorno gris mate.

—¿Qué te gusta de literatura noruega contemporánea? —me preguntó.

—Distintas cosas —contesté—. Kjørstad, Fløgstad, Jon Fosse. En realidad todo. ¿Y a ti?

—Yo también leo cosas bastante distintas. Por ejemplo, Øyvind Berg es bueno. Tor Ulven es fantástico. Ole Robert Sunde, ¿lo has leído? Una novela entera sobre el protagonista, Ulises, que va al quiosco y vuelve. Su lenguaje se mueve en todas las direcciones, es enormemente digresivo, casi ensayístico. Debes leerla.

—He oído hablar de ese libro —dije—. Creo que salió un artículo en *Vinduet*.

—Luego está Ekelöf, claro. ¡Y Jan Erik Vold! Creo que *Ensayos entusiásticos* es mi libro favorito. Es magnífico. ¿Lo has leído?

Negué con la cabeza. Espen se levantó de un salto y se puso a buscar en uno de los montones que había sobre el escritorio; me alcanzó un libro gordo azul, con una foto de Vold nadando en la portada.

—Éste es —dijo—. Escribe de todo. No sólo sobre literatura. Un montón sobre jazz y... bien.

—Qué bien —dije hojeándolo un poco.

La música dejó de sonar y quitó el disco.

–¿Qué quieres que ponga? –me preguntó.

–No lo sé –contesté.

–Míralos tú, a lo mejor hay algo que te apetezca escuchar.

–Vale –dije agachándome.

*Heaven Up Here*, nada menos.

–¿Te gusta Echo & the Bunnymen? –le pregunté.

–Claro que sí, joder. Ian McCulloch tiene una voz estupenda. Y es fantásticamente arrogante.

–¿Puedo ponerlo? Yo también lo tengo, pero es tan bueno...

–Sí, ponlo. Hace mucho que no lo escucho.

Cuando me marché de allí una hora después y estaba bajando las cuestas que relucían en la enfermiza luz de noviembre, me sentía lleno de emociones. Espen era alguien que se hacía notar. Su presencia era poderosa, y como yo era tan débil, me fijaba mucho en lo que él irradiaba, de lo que seguramente ni era consciente. También había en él algo introvertido, algunas veces era como si su mirada no saliera, sino que se quedara dentro, dando una impresión de duro e implacable, pero cuando se soltaba, era muy abierto, todo amabilidad, de una manera de la que no sabía si él mismo era consciente, porque era como si se dejara llevar por el entusiasmo, limitándose a seguir las corrientes de su interior.

Me impresionaba, sobre todo porque tenía dos años menos que yo. Pero lo que no llegaba a entender mientras iba andando era por qué me había invitado a su casa justamente a mí. Nuestro curso estaba rebotante de personas interesantes y leídas, y él se había dirigido justamente al único que no tenía ninguna profundidad, ni ningún conocimiento verdadero de la literatura.

Pero a pesar de todo estaba contento. Aunque no pudiera cumplir todavía con esas exigencias, tal vez lo fuera consiguiendo poco a poco.

Al llegar a casa encontré una carta en la rendija de la puerta. La abrí. Era una notificación de rescisión del contrato de alquiler. Iban a hacer reformas y tenía que dejar el piso antes de mediados de diciembre.

¿Era eso legal?

Estaba pagando mucho más de lo que me podía permitir. Mejor así, joder. Sólo que entonces tenía que ponerme otra vez a buscar piso.

Me dormí temprano, pero me desperté al cabo de unas horas, porque

alguien llamaba a la ventana. Me levanté y me acerqué. Era Gunvor. Sonrió y señaló la puerta, asentí con la cabeza y fui a abrir.

Cinco minutos después estaba a mi lado en la estrecha cama, y el peso de sus pechos en mis manos me hizo estallar de deseo.

—Aún no —dijo—. Pero pronto.

Tuve una suerte increíble con lo del nuevo piso. Resultó que Ben, un amigo de Jon Olav, acababa de dejar un piso grande, de cuatro dormitorios, muy cerca de Danmarks plass, y por el momento nadie se lo había quedado. El piso perteneció en tiempos a los astilleros de Solheimsviken, estaba situado en la prolongación de los edificios de oficinas, y ahora era propiedad de un banco. Los llamé, sí, el piso estaba vacío, podía quedarme con él, pero que supiera que el edificio sería demolido en un futuro próximo, y tendría que estar preparado para salir con un mes de preaviso. ¿Cuándo ocurriría? La mujer con la que hablé no lo sabía, pero al menos no era inminente. Acepté. Y una tarde Gunvor y yo fuimos a verlo; Ben nos recibió y nos lo enseñó. Los últimos inquilinos habían sido un grupo grande, pero el alquiler era tan barato que se podía vivir allí solo. En realidad, constaba de dos apartamentos, uno de dos habitaciones detrás de la cocina, y otro igual detrás del cuarto de baño. Tenía moqueta, se podía quitar, probablemente habría bonitos suelos de tarima debajo, las ventanas no tenían doble cristal, estaban muy sucias de humos de los tubos de escape, y el ruido del tráfico era considerable, pero según Ben te acababas acostumbrando. Las prestaciones no eran muy buenas, la cocina vieja, la cocina eléctrica tenía pinta de ser de principios de los sesenta, pero había una ducha en el baño, y el alquiler, como ya he dicho, dijo Ben, es bajo.

Me dio las llaves y se fue.

Volví a ver las habitaciones con Gunvor. Me sentía cómodo en ellas. Nos abrazamos en medio de lo que acababa de decidir que sería el cuarto de estar de mi parte del piso.

—¿No quieres venirte a vivir conmigo aquí? —dije.

—No —contestó Gunvor—. ¡Nada de eso! Tal vez algún día. ¿Quién sabe?

—Entonces tendré que buscar a algún compañero o compañera de piso. ¿Conoces a alguien que necesite alojamiento?

—No, pero puedo preguntar por ahí. Pero nada de chicas, no quiero correr riesgos.

—No tienes nada que temer. ¿De verdad que piensas eso?

Ella fue hacia la ventana. Yo la seguí, me coloqué detrás de ella, le besé la nuca y le pasé levemente las manos por los pechos.

—¿Qué es lo que más te gusta? —me preguntó.

—¿A qué te refieres?

—De comida. ¿Qué es lo que más te gusta?

—Las gambas, creo. ¿Por qué?

—Por nada.

Arranqué la moqueta de una de las habitaciones, pulí el suelo para quitar los restos de pegamento y las irregularidades, y lo pinté de verde, como la cubierta de un barco. Los pocos muebles que tenía me los trajo Yngve en una furgoneta que alquilamos, ya compraría lo que faltaba en Ikea cuando me llegara el préstamo. Yngve dijo que había encontrado un local de ensayo, estaba en Verftet y podíamos disponer de él dos veces por semana. Hablamos entusiasmados de canciones y letras y de la necesidad de buscar un vocalista. Al día siguiente nos reunimos en un café en Verftet. Yo con dos pares de palillos de tambor, él con la funda de la guitarra, Pål con la del bajo. Estaba nervioso, no había tocado los tambores desde que estaba en el instituto, y entonces tampoco sabía nada, excepto lo más básico. Yngve era consciente de ello, me daba más miedo Pål, a lo mejor se esperaba una auténtica *jam session* entre tres músicos.

—En realidad no sé tocar —dije—. ¿Te lo ha dicho Yngve? Sólo tocaba un poco cuando estaba en el instituto. Un desastre. Pero puedo aprender.

—Relájate, Yngve Pequeño —dijo Pål—. Todo irá bien.

Pål era largo, flaco y pálido, con el pelo negro y una postura como infantil ante la vida. No le daba miedo mostrar sus pequeñas peculiaridades, más bien daba la impresión de cultivarlas. Era un excéntrico, y en Bergen era famoso por haber recitado poemas durante manifestaciones estudiantiles con campanillas en el pelo. Leía un poco, sacudía la cabeza para que las campanillas sonaran y seguía leyendo. Exitazo total. Tocaba en una banda experimental que tuvo su origen en el ambiente del Shit Tape, de Arendal, se llamaba Coalmine Five, seguramente por la política Kullmann Five, le gustaba todo lo raro, lo inusual, lo rocambolesco. Yngve y él habían ido a la misma clase en primaria, yo llevaba toda la vida oyendo hablar de él, pero no le había conocido hasta el año anterior. Había publicado dos libros de poemas

en su propia editorial y había estudiado biología marina. En su juventud también había tocado en el Ejército de Salvación, y como bajista, decía Yngve, no era de esa clase de músicos estables y sencillos, sino un tipo melodioso, improvisador, ocurrente. Desde el momento en que empezamos a tocar quedó patente que era bueno. O, mejor dicho, desde el momento en que ellos empezaron a tocar. Yo no me atreví. Me quedé sentado en la silla con los palillos en las manos, detrás del asiento con los tambores y platillos, mientras ellos tocaban uno a cada lado. Yo no me atreví por miedo a hacer el ridículo.

Tocaron «Te contoneas tan deliciosamente». Pål tanteaba, estaba buscando algo y cuando lo encontraba lo retenía, a la vez que salía de nuevo a buscar, volvía, traía nuevas líneas y volvía a buscar, hasta que quedó satisfecho y la canción le salió redonda.

Yngve se detuvo y me miró.

–Vamos –dijo.

–Tocad algo más vosotros –dije–. Así puedo escuchar cómo suena.

Tocaron. Cuando iban aproximadamente por la mitad, empecé a tocar, con cuidado y vacilando. Al menos era capaz de llevar el ritmo, aunque no hiciera muy bien lo demás.

–Eso ha estado bien, Karl Ove –dijo Pål–, pero intenta hacer que el bombo siga al bajo. Si quieres te lo puedo marcar. DUM dum DUM DUM dum. ¿Ok?

–Y toca con un poco más de fuerza –dijo Yngve–. Apenas se te oye.

Me sonrojé, tocaba y esperaba que acabáramos pronto. Pål me miraba y todo su torso parecía elevarse cada vez que iba a llegar el golpe del bombo. Al cabo de un rato se volvió hacia otro lado y se limitó a tocar, pero luego hubo otra vez contacto visual y elevación de torso.

Estuvimos tocando durante dos horas, la misma canción una y otra vez. Se trataba de incorporarme a mí, ellos se la sabían. Cuando acabamos y ellos se pusieron a enrollar y a recoger cables, cajas y cintas, tenía la camisa empapada.

–Tenéis que buscaros a otro –dije.

–Qué va –dijo Yngve–. Todo irá bien.

–Pero si ha ido estupendamente –dijo Pål–. No sé de qué estás hablando. Lo único que nos hace falta ahora es un vocalista, y un nombre para la banda. Sugiero Diverse D. Así nos darán una sección propia en las tiendas de discos.

–Yo había pensado en Odd & Bent –dijo Yngve–. Vale tanto en inglés

como en noruego.

–Suena como la descripción de la polla de alguien –dije.

–Habla por ti –apuntó Yngve.

–Habla por su propia polla enferma –dijo Pål riéndose.

–¿Qué os parece Mao? –sugerí–. Breve y pop.

–Genitores –dijo Pål–. También suena bien. Por cierto, ¿alguien sabe qué significa esa palabra?

–No –contesté–. A mi lado en la biblioteca se sienta un tipo con un nombre genial. Se me ocurre que también podemos usarlo. Se llama Finn Iunker. Podríamos usarlo, es el nombre de un tipo que no conocemos. Finn Iunker y algo más. Finn Iunker and the Sea Planes, por ejemplo.

–No está mal –dijo Yngve–. También se me ha ocurrido Migas y Migajas.

–¿Qué os parece Crema Limpiadora Étnica? –preguntó Pål.

Yngve se rió tanto que tuvo que darse una vuelta por la habitación para serenarse.

–¿O Sosa Holocáustica? –dije yo.

–Máquinas de Kafka –dijo Pål, sacudiendo los hombros para que las cintas que sostenían el bajo se le ajustaran mejor–. ¡Máquinas de Kafka!

–Sí –dijo Yngve–. Así nos llamaremos.

–Máquinas de Kafka –dije–. ¡Suena bien!

Mis dos últimas viviendas habían sido plantas bajas, y todo lo que veía desde ellas eran cabezas y paraguas pasando por la acera. El nuevo piso era muy distinto. Se encontraba en la última planta de un viejo edificio de ladrillo, y desde la ventana se veía el gran cruce de Danmarksplass, los edificios comerciales de detrás, el viejo gran cine, el nuevo supermercado REMA 1000 y, al otro lado de la calle, la librería donde yo, en mi ahora incomprensible ingenuidad e inmadurez, había comprado *Hambre*. Una pandilla de borrachos solía sentarse en el banco que había al lado del pequeño aparcamiento de delante del supermercado, había también una parada de taxis –pasaron un par de noches hasta que entendí que el suave sonido de teléfonos que se oía casi constantemente provenía de allí– y por esa calle era por la que todos los que vivían en ese barrio iban y venían del centro, lo que significaba que siempre ocurría algo en ella. Además, el hospital estaba cerca, y había un ir y venir continuo de ambulancias, con y sin sirenas, y luces azules día y noche. A mí todo me resultaba agradable, me quedaba a menudo mirando por



la ventana, como una vaca en su establo, porque en esos momentos no ocurría nada dentro de mí, registraba los movimientos y seguía lo que ocurría, eso era todo. Una pickup con un largo tablero de madera sobresaliendo y un trapo blanco atado en el extremo, ¡vaya! Un camión con la plataforma llena de ovejas balando, qué demonios era eso, ¿me encontraba en Yugoslavia, así de repente? Una mujer con una piel de zorro al cuello, de esas en las que la cabeza del animal sigue intacta, una mujer obviamente loca, sus rígidos movimientos lo indicaban con toda claridad, caminando deprisa, primero por un lado de la calle, luego por el otro, ida y vuelta. Un grupo de primero tres, luego cuatro y al final cinco hombres que se reunían al pie de la cuesta que salía del paso subterráneo a las tres y media de la madrugada, ¿qué secretos escondían? Mujer reprende a hombre, hombre reprende a mujer, innumerables variaciones sobre ese tema. También veía a bastantes hombres tambaleándose de una forma tan extrema que apenas daba crédito a mis ojos, gente caminando por el medio de la calle de tres carriles, a veces perdían el equilibrio y corrían hacia un lado, se paraban cuando lo recuperaban, corrían hacia el otro lado, exactamente como hacíamos cuando éramos pequeños y jugábamos a estar borrachos, como los veíamos en las películas mudas que nos ponían en ocasiones festivas.

Otro progreso era el teléfono. Conseguí que me lo pusieran y por primera vez en mi vida tuve un número propio.

Gunvor fue la primera que me llamó.

—¿Vas a estar en casa mañana? —preguntó cuando llevábamos un rato hablando.

—Si vienes, sí.

Quedamos en que vendría sobre las doce. A las doce en punto llamó a la puerta. Llevaba una bolsa de compra en la mano.

—He comprado gambas —dijo—. Por desgracia no tenían gambas frescas, así que son congeladas.

Sacó una bolsa de plástico con gambas congeladas de Groenlandia. Las coloqué en una fuente para que se descongelaran antes. Gunvor también había comprado mantequilla, mayonesa, un pan blanco y un limón.

—¿Celebremos algo? —le pregunté.

Ella sonrió y miró al suelo y de repente lo entendí. Hoy iba a suceder. Nos abrazamos, nos metimos en el dormitorio, yo la desnudé lentamente, nos tumbamos en el colchón junto a la pared. Una de mis piernas no paraba de

temblar. La luz del cielo nublado llenó la habitación, caía sobre nuestros cuerpos blancos, su rostro, los ojos que me miraban sin cesar.

Luego nos duchamos juntos, y a continuación fuimos a ver cómo iban las gambas, curiosamente tímidos, como si de pronto fuéramos unos extraños. Pero no duró mucho, el abismo se cerró, pronto estábamos sentados como si nada hubiese ocurrido, nuestras miradas se cruzaron y la situación volvió a cargarse de seriedad. Fue como si nos miráramos por primera vez. Éramos los mismos, pero lo que había sido una situación sin compromiso ahora se convirtió en compromiso, en cierto modo lo cambió todo. Nos miramos con seriedad e intensidad, luego su cara se fundió en una sonrisa, ¿nos comemos ya tus gambas?

Por primera vez en nuestra relación apareció una chispa de futuro. Ahora trataba de nosotros, ¿y qué significaba eso?

Yo tenía veinte años, ella veintidós, estaba claro que continuaríamos igual que antes. No había nada que planificar, todo venía dado. Hasta entonces habíamos estado juntos casi todo el tiempo, nos habíamos descubierto el uno al otro, había un montón de cosas que queríamos contarnos de nuestras vidas, además de lo que ocurría a nuestro alrededor, y también hacíamos cosas. No éramos conscientes de lo que hacíamos ni de por qué lo hacíamos, al menos yo, ni tampoco la gente que conocía. Todo el mundo iba de vez en cuando al cine y al cineclub, todo el mundo iba al Café Opera o a Hulen, todo el mundo se visitaba, todo el mundo compraba discos e iba a algún que otro concierto. Todo el mundo se acostaba o quería acostarse con alguien, ya fuera casualmente, después de una noche de juerga, o con regularidad, como los que salían con alguien. Nació algún que otro niño, pero era algo poco frecuente, una rareza, ni loco ibas a convertirte en padre a los veinte años, lo que sí había ocurrido en la generación anterior. Muchos iban a Fløyen o a Ulriken los fines de semana, yo no, ahí ponía el límite, no cultivaría nunca la vida al aire libre, y tampoco lo hacía Gunvor, o al menos redujo al mínimo esa parte de su vida. No ocurría mucho más que eso, y sin embargo lo vivía como algo rico y significativo en el sentido de que nunca me lo cuestionaba, no había alternativas, más o menos como la gente no se cuestionaba lo del caballo y el carro en los siglos anteriores a la invención del automóvil. Y en cierta manera era como debía ser, y lleno de significado, porque cada uno de los pequeños granos de arena contenía una eternidad de matices y diferencias,

una banda de música no era sólo una banda, por ejemplo, sino que estaba cargada de otras cosas, de miles de ellas. Un estudiante de literatura no era sólo un estudiante de literatura, aunque pareciera así en la distancia; si te acercabas a uno de ellos, como yo me había acercado a Espen, cada uno era un mundo propio y completo, había cientos de ellos, y estudiantes miles. Y luego estaban todos los libros que había, y todo el conocimiento que contenían, además de sus relaciones recíprocas. Había millones de ellos. Bergen era un embudo, y no sólo la lluvia caía dentro de él; también todo lo que se pensaba y hacía en el resto del mundo llegaba hasta allí, hasta el fondo de esa ciudad por la que nos movíamos. 808 State lanzó *808:90*; los Pixies, *Doolittle*; Neneh Cherry, *Raw Like Sushi*; The Golden Palominos, *A Dead Horse*; Raga Rockers, *Blaff*. La gente empezó a comprar sus propios ordenadores. Se hablaba de crear un nuevo canal comercial de televisión noruega que tal vez se ubicaría en Bergen. Raga Rockers tocaron en Maxime, Arvid gritó: «Pero si es Yngve» cuando un tío subió de un salto al escenario y se lanzó hacia el público. Era muy poco típico de él, y todo el mundo se rió. Yo leí *La Divina Comedia* en traducción neonoruega, escribí un ensayo sobre el tema para el curso dirigido por el profesor Buvik, di una conferencia de tres cuartos de hora que estuve temiendo durante varias semanas, pero que al final me salió bien, al menos según Espen. Buvik dijo que se notaba que me basaba bastante en Lagercrantz, pero que eso estaba permitido, y después de ese día comenzó a señalarme en muchas clases, aparentemente muy interesado en saber lo que yo opinaba de esto o aquello. Me sonrojaba y murmuraba sintiéndome incomodísimo, pero también orgulloso de que me preguntara a mí. Me gustaba Buvik, me gustaba su estilo, ese entusiasmo que derrochaba, a pesar de que llevaba ya muchos años enseñando y de que nosotros nos encontrábamos en el nivel más bajo dentro de la jerarquía. Tenía el pelo rubio y corto, gafas redondas, vestía siempre con elegancia, era un hombre guapo, con un toque femenino en sus gestos y en su lenguaje corporal, pero había hecho el doctorado en Francia, según tenía entendido, seguramente de ahí su refinamiento, una educación tan completa que también se notaba en su lenguaje corporal. Linneberg era justo lo contrario en muchos aspectos; hablaba una especie de dialecto inventado por él, como de clase obrera de Oslo, hacía mucho hincapié en ese modo de hablar, llevaba un aro en la oreja, tenía una cabeza grande y pesada, su sonrisa era a menudo sardónica, y le gustaba representar, como aquella vez que dio la clase con una

nariz roja de payaso, o como cuando defendió su tesis doctoral con una máscara de mono. Cuando hablaba de Brecht lo hacía dando caladas a un enorme puro. Los dos ejercían un gran poder sobre nosotros, eran figuras importantes, y si alguna vez hubieran asistido a alguna de las fiestas de los estudiantes de primero, podían haberse llevado a la chica que hubieran querido, pensaba yo a menudo, en sus clases siempre había energía, y no sólo curiosidad intelectual y hambre de aprender por parte de los estudiantes. Esos dos profesores gozaban de un estatus tan elevado que si se hubiesen sentado con nosotros en la cafetería, habría sido como si los dioses hubiesen bajado del Olimpo, algo que no hacían nunca, claro. El que en dos ocasiones Buvik se hubiese dirigido a mí para hacerme una pregunta en el transcurso de una clase era a mis ojos un favor del Rey del Sol. Yo no sabía lo que pensaban los demás, no intercambiaba muchas palabras con ellos, excepto con Espen y Ole. Pero empecé a cogerle el truco a la asignatura e hice otro trabajo sobre la estética de Fløgstad, pensando que ya lo entendía todo. Esos trabajos servían para ocultar lo que no sabías. Era un lenguaje, una técnica que yo dominaba. Entre todas las cosas había huecos que podían ser tapados por el lenguaje, si aprendías cómo hacerlo. Por ejemplo, yo no había leído nunca a Adorno, apenas sabía nada de la Escuela de Frankfurt, sólo lo poco que había intentado recabar por aquí y por allá, pero en un trabajo podía enfocar lo poco que sabía de una manera que hacía que pareciera mucho más grande y extenso. Otra cosa considerada positiva era llevar o extender conocimientos de un campo a otro, preferiblemente de un modo sorprendente, eso también era fácil, sólo había que procurar construir un puente entre ellos; de esa manera se había aportado algo nuevo y original al texto, aunque en el fondo no tenía nada de nuevo ni de original. No necesitaba ser brillante, ni siquiera especialmente bueno, todo lo que debía mostrar era que pensabas por tu cuenta, que tenías tu propia opinión, y, claro, dejar constancia de que tenías conocimientos del tema.

Llamaba «ensayos» a los trabajos sobre Dante y Fløgstad cuando hablaba de ellos. Y decía, por cierto, acabo de escribir un ensayo sobre Fløgstad; en el ensayo dedicado a Dante, sabes, escribí...

Un día que estaba fumando con Espen debajo del saliente del tejado del edificio de Humanidades, con la lluvia chorreando del cielo plomizo, noté

algo en él, una especie de alerta, y me faltó poco para preguntarle directamente lo que le pasaba, cuando me echó una rápida mirada.

–He pensado en solicitar plaza en la Academia de Escritura –dijo.

–¿Ah, sí? ¡Qué bien! Ni siquiera sabía que escribías. Pero lo sospechaba. Je, je.

–Quería saber si podías echarle un vistazo a algo que he escrito. No sé muy bien qué debo enviar con la solicitud. O si a lo mejor ni siquiera merece la pena intentarlo.

–Claro que sí –dije.

–He traído algunos de mis textos. Te los puedo dar luego, si quieres.

Cuando más tarde ese día me entregó sus textos, lo hizo con suma discreción, como si fuéramos espías y los textos documentos secretos que concernían no sólo a la seguridad de nuestro país, sino a la de todo el Tratado de la OTAN. Sacó rápidamente una carpeta de plástico de la bolsa, que me entregó medio a escondidas por detrás y que luego desapareció igual de rápido dentro de mi bolsa de plástico. Nada más acabar de hacerlo, empezamos a hablar de otra cosa.

No era vergonzoso escribir, al contrario, entre los estudiantes de Literatura representaba lo supremo, lo más elevado, pero resultaba vergonzoso informar de ello, porque casi todo el mundo escribía, y mientras el texto en cuestión no hubiese sido publicado en una revista o, ah, felicidad suprema, editado por una editorial, no era en principio nada, algo que no existía, y si lo enseñabas sin que fuera necesario, perdías estima, equivalía a mostrar que en el fondo no querías estar allí, sino en otro lugar, que tenías un sueño que, y he aquí el quid de la cuestión, probablemente nunca llegara a realizarse. Hasta que no se pudiera probar otra cosa, lo que escribían los estudiantes de Literatura era para el cajón del escritorio. Mi situación era un poco distinta, porque había estudiado en la Academia de Escritura y tenía «derecho» a escribir, pero si lo enseñaba y era malo, perdería de golpe toda credibilidad.

De modo que había que ser prudente. Lo que Espen me entregó muy en secreto era, por un lado, «nada», es decir, invisible, y tendría que ser tratado como tal, por otro lado, seguro que para él era más importante, por no decir *mucho* más importante, que un documento que versara sobre la seguridad del Tratado de la OTAN.

Lo traté con el respeto y dignidad que merecía. No abrí la carpeta hasta llegar a casa y en soledad. Leyendo los textos, que eran poemas, me arrepentí

de no haberle dicho a Espen que yo en realidad no sabía nada aunque hubiera estudiado en la Academia de Escritura, que en realidad era un impostor, porque vi enseguida que los poemas eran buenos, desde la primera línea reconocí el buen trazo poético, pero era incapaz de decir algo sobre ellos, sobre por qué eran buenos, sobre cómo podían ser mejores. Sólo que eran buenos.

Pero él no se dio cuenta, no me exigió más, estaba contento de que me hubiesen gustado.

Un fin de semana me llevé a Gunvor para que conociera a mi madre, que se había mudado a Jølster, a unos quince kilómetros del centro de Førde. Era una casa vieja y bonita, situada sobre una pequeña elevación del terreno, más abajo de unas grandes granjas en las laderas que subían hacia las altas montañas. Al otro lado de la carretera corría el río Jølstra. Cogimos el autobús, que paraba a sólo cien metros de la casa, del río subía una niebla helada, mi madre nos estaba esperando con comida caliente, salió a recibirnos cuando nos oyó hacer ruido al entrar con las botas, las dos se dieron la mano sonrientes, yo estaba un poco nervioso, pero no tanto como Gunvor, ella llevaba tiempo temiendo este encuentro y durante todo el viaje había hablado de ello. Era la primera novia que llevaba a casa desde que tenía dieciséis años, es decir, la primera novia de verdad siendo adulto, y, que supiéramos, la última. El que le gustara a mi madre era muy importante tanto para ella como para mí.

Y claro que le gustó. No se apreciaba en Gunvor nada de tensión o nerviosismo, ella era ella, como siempre, las dos se cayeron bien enseguida, me fijé en la simpatía recíproca, y me alegré de ello, y de mostrarle a Gunvor ese espacio común que teníamos mi madre y yo, y que siempre habíamos tenido, y de que ahora ella pudiera participar en las largas conversaciones viéndome así, en ese contexto, en el que yo también en cierto modo estaba más cerca de ella, que viera cómo era yo cuando estábamos juntos, menos fragmentado, menos ambivalente.

La chimenea chisporroteaba mientras estábamos en la mesa charlando. Fuera, en el helado paisaje fluvial, los coches pasaban a lo lejos a toda velocidad.

—Qué madre tan estupenda tienes —me dijo Gunvor cuando nos fuimos a dormir.

–Le has gustado –dije.

–¿Tú crees?

–Claro que sí, se nota.

Al día siguiente fuimos a visitar a Borghild, la hermana de mi abuela materna. Tenía el pelo blanco y rizado, el cuerpo achatado y los antebrazos grandes, llevaba unas gafas con unos cristales muy gruesos que hacían que sus ojos parecieran enormes. Era viuda desde hacía mucho tiempo y afilada como un cuchillo, se enteraba de las cosas más inesperadas del mundo entero, siempre dispuesta a condenar lo que no le gustaba.

Miró sin pudor unos segundos a Gunvor cuando se saludaron.

–¡Así que los jóvenes estudiantes vienen a hacernos una visita! –exclamó. Nos sentamos en su pequeño cuarto de estar, donde había un montón de revistas sobre la mesa, con una lupa enorme encima. Fue a la cocina a preparar café y unas creps típicas de la comarca, todo servido a los cinco minutos y acompañado por una sucesión de excusas por lo poco y poco bueno que era lo que nos servía.

–Borghild cocina en las bodas del pueblo –contó mi madre a Gunvor.

–Eso era antes –dijo Borghild.

–Creo que la última fue no hace más de medio año, ¿no es así? –le preguntó mi madre con una sonrisa.

–Va, eso no es nada –dijo Borghild–. Las bodas de ahora no son como las de antes. ¡Entonces duraban tres días!

Mi madre le hacía preguntas sobre la familia, Borghild contestaba.

–Mi abuela materna provenía de esa granja de allí abajo –le expliqué a Gunvor, que se levantó a mirar. Yo me coloqué detrás de ella. Reprimí ese impulso de ponerle las manos sobre los pechos, que siempre se apoderaba de mí cuando estaba detrás de ella.

–Cuando yo era niña, todavía había allí casas del siglo XVI –explicó Borghild.

La miré estremecido.

El siglo XVI, eso no era mucho después de Dante.

–Pero lo derribaron todo.

–¿Siempre ha vivido allí la misma familia? –le pregunté.

–Creo que sí –contestó.

Yo no había ido por allí mucho, y ni siquiera conocía los nombres de todos los hermanos de mi abuela, no sabía nada de sus padres, excepto que mi

bisabuelo había sido un asiduo lector de la Biblia, y que no sólo había trabajado mucho y durísimo, sino que le gustaba más que ninguna otra cosa. De mi bisabuela, madre de Borghild y abuela materna de mi madre, no sabía absolutamente nada. Tuvo once hijos, y había vivido allí, eso era todo. Tenía mala conciencia por saber tan poco, me sentía responsable, como si no tuviera derecho al parentesco por ser tan ignorante.

Decidí ir a ver a solas a Borghild algún día y anotar todo lo que contara, no sólo por mí, es decir, no sólo por saber más de nuestra familia, sino también por el interés que tenía en sí toda esa información que ella poseía.

Volvimos a casa de mi madre bordeando ese gran lago quieto y profundo que antiguamente rastreaban con la ayuda de gallos; por donde ellos cantaban, los pescadores echaban sus aparejos, contó Borghild. Era noche cerrada. Aparte de la carretera, los árboles y el agua junto a ella, que se nutrían de la luz amarilla de las farolas, sólo se veían los picos de las montañas cubiertos de nieve. El cielo estaba estrellado, todo era abierto y extenso.

El autobús de Bergen salía sobre las cuatro de la madrugada, nos mantuvimos despiertos hasta esa hora, y en la parada estábamos pateando el suelo con el fin de conservar el calor cuando llegó rugiendo por las últimas curvas. Durante las cuatro horas y media que duró el viaje fuimos durmiendo apoyados el uno contra el otro, rodeados por el murmullo de la calefacción, el zumbido del motor, alguna que otra tos de los demás pasajeros, la puerta que se abría y se cerraba a lo lejos, como en un sueño, el ruido característico de los vehículos entrando en un ferry y la tranquilidad después, al volver a la monotonía de la carretera.

De la estación de autobuses fuimos directamente a la universidad, nos despedimos, yo estudié unas horas y entonces llegó Yngve y me llevó a la cafetería, tenía buenas noticias. Había pasado el fin de semana en una cabaña en el campo con gente de la Radio del Estudiante. Uno de los chicos cantaba y tocaba la guitarra, tenía buena voz, dijo mi hermano, y le preguntó sin rodeos si le apetecía tocar en una banda. El chico dijo que sí. Habían quedado en que saldríamos una noche los cuatro para conocernos. Se llamaba Hans y era de Geiranger, estudiaba Historia y le gustaba Neil Young, eso era todo lo que Yngve sabía.

Quedamos con él en Garage, el nuevo bar de rock, que tenía una barra larga en la planta principal, y un amplio y oscuro sótano abajo. Habían



empezado a contactar con algunas bandas inglesas y norteamericanas buenas, además de las que había en la propia Bergen, que eran muchas y cada vez más. Mona Lisa Overdrive era decididamente la mejor, y Pogo Pops un buen número dos.

Por la escueta descripción de Yngve me esperaba un chico de aspecto duro y camisa de franela tipo leñador, vaqueros rotos, botas robustas, pelo desaliñado y ojos salvajes, una idea, supongo, influida por la referencia a Neil Young, pero el tipo que entró por la puerta con un paraguas que acababa de cerrar y que aún goteaba, en una mano, y que enseguida buscó la mirada de Yngve, no se parecía en nada a la imagen que yo me había formado, y que desapareció en el momento que se acercó a nuestra mesa.

–Hans –dijo dándome la mano–. Tú debes de ser el hermano pequeño y el batería, ¿no?

–Así es –respondí.

Se quitó las gafas y las limpió.

–Estamos esperando a Pål –dijo Yngve.

–Voy a por una cerveza mientras tanto –dijo, y se fue a la barra. Alguien puso «London Calling» de los Clash en la máquina de discos, y yo me estremecí de gusto, lo que era una buena señal.

–Esto promete convertirse en un momento legendario –dijo Yngve cuando volvió Hans–. La noche en que el vocalista se encuentra por primera vez con el resto de los chicos de Máquinas de Kafka.

–Nos conocimos en la Escuela de Arte y no nos caíamos bien –dijo Hans–. Quizá incluso llegáramos a las manos en una ocasión. Pero entonces el guitarrista me oyó cantar y tuvo una visión que redefiniría para siempre la historia del rock.

–Mientras el batería no decía nada y el bajó llegó tarde –señaló Yngve.

–Los baterías no deben decir nada –apuntó Hans–. Ésa es su función más importante en la banda. Deben ser duros y callados. Beber mucho, decir poco, follarse a muchas.

–En realidad soy dócil y callado –dijo–. Espero que pueda servirlos a pesar de eso.

–No pareces dócil –dijo Hans–. Pero si insistes... Las variaciones sobre este tema vienen bien. Pequeños detalles inesperados que aumentan la emoción. Por otro lado está el tipo Charlie Watts. El caballero que está con su

esposa y toca jazz en su tiempo libre. Y algo de jardinería y cosas por el estilo.

—Tampoco sé tocar —dije—. Yngve no te lo habrá dicho, pero me temo que es la verdad.

—Será interesante —dijo Hans.

—¡Salud! —exclamó Yngve—. ¡Por los Máquinas de Kafka!

Brindamos, nos acabamos la bebida y bajamos a ver un rato a la banda que estaba tocando, por fin llegó Pål, y nos quedamos en el bar charlando. Yo no decía nada, eran los otros los que hablaban, pero participé de todos modos, no me sentía marginado.

Por lo que pude entender, Hans tocaba en bandas desde que era un niño. Escribía en el periódico estudiantil *Studvest*, hacía programas en la Radio del Estudiante, le interesaba la política, estaba en contra de la Unión Europea, escribía en neonoruego y estaba muy seguro de sí mismo, pero no era en absoluto ostentoso, eso quedaba muy lejos de su naturaleza. Era un tipo irónico y bromista, a menudo con un aguijón peligroso en sus palabras, pero era tan amable que en cierto modo neutralizaba lo peligroso. Me gustó enseguida, era una buena persona. Pero no sabía si yo le gustaba a él. Lo poco que yo decía venía del fondo de un pozo, algo oscuro y de algún modo parecido al canto de ranas.

Cuando cerraron Garage y la velada acabó, no me fui a mi casa, sino a la de Gunvor. Se había mudado a un edificio en el centro, cerca de la estación, donde había alquilado una habitación en la buhardilla. Abrí con la llave que me había dado. Ella apenas levantó la cabeza, sonriendo entre el pelo, que le cubría la mitad de la cara, y me preguntó si me lo había pasado bien. Contesté que sí y me tumbé a su lado. Ella se volvió a dormir enseguida, yo me quedé despierto mirando al techo y escuchando el tráfico disperso de las calles y la lluvia que caía sobre el tejado y las ventanas abuhardilladas. Pocas cosas me gustaban más que llegar allí cuando había salido por la ciudad, tener un sitio que no era mío, pero donde era bienvenido, donde podía tumbarme muy cerca de ella, sentir su piel desnuda contra la mía. A veces me preguntaba si ella sentía lo mismo, si a veces yacía despierta notando mi piel desnuda contra la suya, con paz en el alma. La idea resultaba extraña, casi un poco siniestra, porque entonces yo me veía con los ojos de ella, a la vez que sabía quién era yo para mí.

Sonó la radio despertador, abrí somnoliento los ojos, Gunvor se levantó y se fue al baño, yo volvía a cerrar los ojos, oía el débil murmullo de la ducha y el zumbido del tráfico en la calle pasando por la estación, me dormí, me desperté con ella delante de la cama poniéndose primero el sujetador, luego una camisa y después unos pantalones.

—¿Vas a desayunar? —me preguntó.

—No —contesté—. Voy a dormir un poco más.

Entonces, al parecer al instante, se inclinó sobre mí y me besó en la mejilla, vestida ya con pantalón y chaqueta impermeables.

—Me voy. ¿Nos vemos esta tarde?

—Por mí bien —contesté—. ¿Por qué no vienes a mi casa?

—Vale. ¡Hasta luego!

Desapareció, como en un sueño, hacia las mojadas calles de Bergen, bajo el cielo gris, y yo me quedé desperezándome en la cama hasta las once. En vez de ir a estudiar a la biblioteca, me tomé el día libre. Me recorrí todas las tiendas de segunda mano y todas las librerías, compré varios discos y unos viejos libros de bolsillo, además de un flamante libro que acababa de publicar Else Karin, de la Academia de Escritura. Se titulaba *Fuera*, la portada era una mujer arrodillada sobre un fondo blanco, con una mitad desnuda y la otra vestida con un traje de arlequín. No tenía ninguna expectativa, lo compré sólo porque conocía a la autora y sentía curiosidad sobre su nivel en relación con lo que yo escribía.

En el dorso ponía ¿CELOS — ENFERMEDAD — LOCURA?

Vaya.

Entré en la pastelería de los viejos y me senté a leer. Ya en la segunda página me llevé una sorpresa. ¡Trataba de mí!

No te acercaste nunca, Karl Ove.

El jurado dice lo mismo que yo.

Tus dedos estaban ausentes, pregúntanoslo.

No atrapaste mi néctar que te rodeaba

Jamás aunque mientas.

Seguí leyendo, con la mirada en busca de mi nombre. Ay, ay, ay.

Karl Ove, ven a amarme.

Karl Ove, no te acercaste.

Lo tuyo fue catastrófico, Karl Ove;  
y yo que era tan flaca ya de antes.

Hablaba mucho de pollas y úteros. Gritos y óvulos esparcidos. Flagelaciones e incendios. Un verdadero gabinete del terror. *Un día tal vez lo entiendas, Karl Ove*, leí. *El infierno, Karl Ove*, leí. Y de repente, en letras pequeñas, *por qué, Karl Ove, por qué tuviste que amarme*.

Dejé el libro y miré hacia la plaza. Sabía que no se trataba de mí, pero me sentí estremecido de todos modos, me resultaba imposible leer mi nombre de un modo neutro, y suponía que no lo era, porque ella había elegido justo ese nombre, el nombre de alguien con quien había estudiado el año anterior, y no otro, lo que no le habría costado nada, había un montón de nombres.

Por otra parte, pensé, era una buena historia, algo que yo podría contar a la gente. Estudié en la Academia de Escritura, y aunque después no debuté como escritor, al menos aparecí en un libro. *Karl Ove está intranquilo, insomne y aterrado. Está todo tan bonito fuera –Karl Ove lo sabe– y coge la varilla de la persiana, la cierra con fuerza y desaparecen el sol y el abeto. Hoy no va a probar una gota de alcohol*.

Aquella tarde ensayamos por primera vez con Hans. Lo primero que hizo fue traducir mis letras al neonoruego. Sonaba bien, mejor que antes. También se trajo unas canciones propias. Empezamos a ensayar una de ellas, «El Hogar Padre Nación». Luego nos metimos en el hall del edificio de la fábrica, donde habían puesto un escenario e iban a tocar algunas bandas locales. Cuando se apagó la luz y la primera banda estaba a punto de empezar, descubrí espantado a Morten, que apareció en el escenario y cogió el micrófono.

¡Morten!

Allí estaba, flaco y vestido de negro, agarrando el micrófono con ambas manos, mientras cantaba. No daba crédito a mis ojos. La última vez que lo había visto, cuando vivíamos en la misma casa hacía sólo medio año, era un tipo del este normal y corriente, aunque sí excepcionalmente abierto y sensible; ahora estaba en el escenario cantando, con cierto parecido a Michael Krohn en su lenguaje corporal, lleno de una satánica seguridad en sí mismo.

También cantaba como Krohn, y la banda tocaba como Raga Rockers, así que no muy bien, carecían por completo de originalidad, pero eso no era lo importante en ese momento, sino la transformación de Morten.

Estaba estudiando Historia, me dijo cuando nos vimos luego. Pero sobre todo tocaba con su banda. ¿Y tú? Me preguntó. ¿Has debutado ya? No, dije, no exactamente. Aquello se fue a la mierda. Pero yo también toco en una banda. Máquinas de Kafka.

Se rió y desapareció en ese enorme espacio que había surgido entre nosotros ahora que ya no éramos vecinos.

A principios de enero conseguí por fin que alguien ocupara la otra parte del piso, que yo venía pagando hasta entonces. El tipo se llamaba Jone, era de Stavanger y era el ex de Kari, la nueva novia de Asbjørn. Trabajaba en una compañía petrolífera, tenía además una pequeña empresa discográfica, organizaba ferias de discos, y ahora estaba de excedencia para estudiar en la Escuela Superior de Comercio, y le encantaría compartir piso conmigo. Yo me alegré, sin pensar en que el piso a lo mejor era de poca categoría para él, hasta el día en que el tipo aparcó un camión blanco fuera y bajé a ayudarlo a subir los muebles.

—Hola, Karl Ove —dijo.

Aunque no nos habíamos visto nunca, me di cuenta de que era un tipo extrovertido.

Pelirrojo, piel pálida, movimientos algo lentos.

—Hola —murmuré en respuesta. Ni soñar con usar su nombre antes de conocerlo de verdad.

—¿Qué clase de chabola es ésta? —preguntó, contemplando la sucia y ruinosa fachada.

—Bueno, pero es barato —dije.

—Es coña —dijo riéndose—. Ven, ¿me ayudas con las cosas más pesadas?

Abrió las puertas, se puso unos guantes y se metió dentro de la caja del camión. Vi que todo era de buena calidad. Una sólida cama de agua, una sólida mesa de salón, un sólido sofá, un televisor grande y un fantástico aparato estereofónico. Empezamos por la cama. Cuando conseguimos subirla maniobrando y la habíamos dejado en el piso, me sentía tan culpable que no me atrevía a mirarle. Esos dos cuartos llenos de corrientes, la vieja cocina y el viejo baño no se correspondían con su nivel, debería haberle dicho con toda

claridad de qué clase de piso se trataba, pero ahora era demasiado tarde, ahora él estaba allí mirándolo todo. Pero no dijo nada, subimos mueble tras mueble, caja tras caja, él bromeaba y se reía, más adelante vería que era su manera habitual de ser, y no parecían importarle las malas condiciones del alojamiento, que era lo único en lo que yo era capaz de pensar. Al día siguiente ya había desempaquetado y colocado todo, y lo que irradiaba su parte del piso era algo que no encajaba, como un viejo en una flamante discoteca, una vieja maquillada y vestida como una joven, un diente podrido con una funda blanca y nueva.

Pero él se sentía a gusto, y yo me sentía a gusto con él, me agradaba tenerlo allí, al otro lado del pasillo, y me gustaba encontrarme con él por la mañana y por la tarde, era como si nunca estuviera solo del todo, aunque no nos tratáramos mucho más que eso.

Unas semanas después descubrí que el piso de debajo del mío estaba libre. Se lo dije a Espen, con quien pasaba cada vez más tiempo aquel invierno, y le sugerí que llamara al casero, es decir, al banco, y preguntara si podía quedarse con él. Ningún problema, a los pocos días nos convertimos en vecinos. Él era de esa clase de personas que se contentan con poco, daba vueltas por la ciudad en busca de contenedores con muebles viejos, amuebló el piso –que era idéntico al mío, con la única diferencia de que estaba totalmente separado del piso del otro lado de la pared, y que el lavabo se encontraba fuera, en el pasillo, y era igual de frío y lleno de corrientes que todos los demás lavabos de estudiantes de esa ciudad, en la que no se había reformado un piso desde principios de la década de los cuarenta– con lo que encontraba por ahí. Su mesa de sofá eran unos bloques de arlita con una plancha encima, el resto de los muebles eran viejos, pero funcionales, y la impresión general que se tenía al entrar en su casa era buena, en gran parte por la cantidad de libros que empezaban a amontonarse allí.

Así era. Yo tenía veintiún años, estudiaba primero de Literatura, tenía un desconocido cohabitante al otro lado de la pared, un amigo al que aún no conocía bien abajo, y una novia. No sabía hacer nada, pero cada día se me daba mejor hacer como si supiera. Tenía un hermano que me permitía entrar en su mundo. Además estaban Jon Olav y Ann Kristin, con los que me veía de vez en cuando, y Kjartan, que se mudó a Bergen cuando murió la abuela para estudiar en la universidad. Lo veía de vez en cuando en la cafetería de la facultad en Sydneshaugen, con compañeros de curso todos jóvenes, claro, y

esa chispa que tenía en los ojos cuando se explayaba sobre sus filósofos en la casa de Sørbøvåg se había apagado. Seguía con Heidegger y Nietzsche, los presocráticos y Hölderlin, al menos cuando hablaba conmigo, pero su discurso ya no estaba cargado de futuro, como antes, cuando todo lo que había en su vida se unía en ese punto ardiente.

Yo tampoco tenía ya ningún futuro, no porque existiera en otro lugar, sino porque no era capaz de imaginármelo. El que yo pudiera dirigir el futuro e intentar conseguir que fuera como yo quería estaba completamente fuera de mi horizonte. Todo pertenecía al momento, aceptaba todo lo que me venía y actuaba sobre premisas que ni yo conocía, sin saber si era así. Intentaba escribir, pero no me salía, todo se desvanecía tras unas cuantas frases, no estaba en mi interior. Espen, en cambio, era un poeta con todo su ser. Por supuesto fue admitido en la Academia de Escritura, y muy merecidamente, no había nada falso en lo que él hacía, y yo no veía en él otros motivos que los transparentes y auténticos en cuanto a lo que tenía que ver con literatura.

Después de mudarse al piso de debajo del mío, pasábamos mucho tiempo juntos. Cuando quería compañía, o había cocinado algo que opinaba que yo debería probar, lo que ocurría a menudo —era tan experimental y consciente de las materias primas en la cocina como en la poesía—, me daba golpes con una escoba en el techo y yo bajaba. Jugábamos al ajedrez, escuchábamos tanto sus discos de jazz como las bandas que yo introducía, porque en cuanto a pop y rock nuestras preferencias eran bastante parecidas, los dos estábamos marcados por haber vivido nuestra primera juventud a principios de los ochenta, escuchábamos mucho postpunk, pero también cosas más rítmicas, como Happy Mondays, Talking Heads, Beastie Boys, a él le gustaba bailar, algo que no resultaba obvio a primera vista, y pocas cosas le enardecían más que la música con gancho, pero ante todo y en primer lugar charlábamos. Los dos leíamos mucho, cada uno por nuestro lado, y hablábamos de eso o lo tomábamos como punto de partida, porque también nuestras propias experiencias se entretejían en las conversaciones, que eran interminables, a veces nos quedábamos hasta altas horas de la noche y continuábamos al día siguiente por la tarde, no de un modo forzado o artificial, tanto él como yo estábamos hambrientos, los dos teníamos el deseo de aprender latiendo en el cuerpo, los dos sentíamos el placer del movimiento, porque eso era lo que ocurría, nos empujábamos el uno al otro hacia delante, una cosa conducía a

otra, de pronto me oía a mí mismo hablar de algo en lo que nunca había pensado, ¿y de dónde venía eso?

No éramos nadie, dos jóvenes estudiantes de Literatura charlando en una casa ruinosa en una pequeña ciudad en el borde del mundo, un lugar en el que jamás había sucedido nada significativo y seguramente nunca ocurriría, apenas habíamos empezado nuestras vidas y no sabíamos nada de nada, pero lo que leíamos sí era algo, trataba de las cosas más extremas, escrito por los pensadores y autores más importantes de la cultura occidental, y en realidad era un milagro que bastara con rellenar una ficha de préstamo en la biblioteca para tener acceso a lo que Platón, Safo, o Aristófanes habían escrito hacía mucho en la profundidad de los tiempos, u Homero, Sófocles, Ovidio, Lúculo, Lucrecio, o Dante, Vasari, Da Vinci, Montaigne, Shakespeare, Cervantes o Kant, Hegel, Kierkegaard, Nietzsche, Heidegger, Lukács, Arendt, o los que lo hacían en nuestra época, Foucault, Barthes, Lévi-Strauss, Deleuze, Serres. Por no hablar de los millones de novelas, obras de teatro y poemarios que existían. A sólo una ficha y unos días de distancia. No leíamos ninguno de esos libros para reproducir su contenido, como era el caso del programa del curso de literatura, sino porque podían aportarnos algo.

¿Qué era ese «algo»?

Por mi parte consistía en que algo se me abría. Mi mundo constaba de magnitudes que daba por descontadas, y que eran inalterables, como una especie de piedras y montañas de la mente. El holocausto era una magnitud de esa clase, la Ilustración otra. Yo las podía explicar, tenía una imagen clara de ellas, como la tenía todo el mundo, pero nunca había *pensado* en ellas, nunca me había preguntado cuál era el contexto que las hizo posibles, por qué surgieron exactamente en su momento y mucho menos si había alguna relación entre ellas. En cuanto empecé a leer Horkheimer y el libro de Adorno titulado *Dialéctica de la Ilustración*, del que no entendí gran cosa, algo se abrió, comprendí que porque las cosas podían ser de una manera también podían ser de otra, las palabras perdían su peso, no había nada llamado «Holocausto», porque aquello que señalaba el concepto era vertiginosamente complicado, hasta el detalle del peine en el bolsillo de la chaqueta del montón de chaquetas del almacén que había pertenecido a una niña, cuya vida entera se encuentra en la palabra «Holocausto», y vuelta a ascender hacia los grandes conceptos, maldad, indiferencia, culpabilidad, culpabilidad colectiva, responsabilidad individual, personas en masa,



producción en masa, exterminación masiva. De esa manera el mundo era relativizado, pero también se volvía más verdadero: las mentiras, los malentendidos o la injusticia se encontraban en *la idea* de la realidad, no en la realidad, que era inalcanzable para el lenguaje.

Espen podía leer en voz alta un pasaje escrito por Leonardo da Vinci sobre el movimiento de la mano, y lo más sencillo de lo sencillo, lo más obvio de lo obvio ya no era sencillo y obvio, sino que aparecía como el misterio que en realidad era.

Pues sí, leíamos, el uno para el otro. Más Espen que yo, él podía levantarse de repente en medio de una conversación, salir corriendo, volver con un libro y ponerse a leer en voz alta, pero también yo alguna rara vez encontraba algo que pensaba podía resultarle interesante a él. Había un desequilibrio en nuestra relación, Espen dirigía, era el guía, yo lo seguía y siempre me alegraba cuando su cara se iluminaba por algo que yo decía, me enardecía, la conversación que seguía siempre era buena, porque me sentía más libre, pero cuando él no respondía, lo que también ocurría a veces, yo me retraía, me retenía, siempre dirigido por sus estados mentales, mientras él por su parte nunca daba la misma importancia a lo que yo opinaba o pensaba; cuando no estaba de acuerdo, lo decía sin reparos, lo tomaba como un desafío, pero sin relacionarlo con su propia capacidad, no le asaltaba la duda sobre sus facultades, como me pasaba a mí.

Eso era lo único de lo que no podíamos hablar, lo que se movía de esa manera entre nosotros. Jamás me oyó decir que no podía decir nada más sobre tal asunto, ya que la falta de reacción por su parte me había vuelto demasiado inseguro de mí mismo, haciéndome sentir que no era más que un Zeitblom, mientras que él era un Leverkühn, yo condenado a ser un teórico de la literatura o un escribano de la cultura, él a ser lo que era: poeta, escritor.

No había en Bergen dos personas que se encontraran más lejos la una de la otra que Espen y Gunvor. Al menos no se me ocurría nadie. Tenerlos a los dos en la misma habitación resultaba absurdo, nunca llegaban más allá del estadio de ¿hola, qué tal? No tenían nada que decirse el uno al otro, no sentían ningún interés el uno por el otro. De manera que yo vivía dos vidas paralelas, una con Gunvor, que trataba de lo muy cercano, de estar juntos y hacer cosas juntos, de hacer el amor, desayunar, visitar a sus amigos, ver películas, dar paseos, hablar de lo que a todas horas nos venía a la cabeza,

todo estrechamente relacionado con nuestros cuerpos, el olor de su pelo, por ejemplo, el sabor de su piel, la sensación de estar tumbado cadera con cadera en la cama fumando, en otras palabras, de compartir la vida. Hablábamos de hermanos y hermanas, padres y amigos, nunca sobre teóricos o teorías, y si introducíamos la universidad en nuestras conversaciones era para contar cosas, como hizo Gunvor de aquel tipo que se durmió en la biblioteca, se despertó con un espasmo, y al levantarse para irse se desplomó en el suelo. ¡No puedo moverme! ¡No puedo moverme!, gritó, pero luego la sensibilidad le volvió a los pies, sólo la había perdido por unos minutos, y se levantó avergonzado, con expresión de carnero degollado, entre las carcajadas de todos los que estaban allí, incluida Gunvor, a juzgar por su risa al contar la historia.

Tampoco Yngve y Espen tenían mucho que decirse el uno al otro, y yo no solía juntarlos, ésa era una brecha más difícil de manejar, porque como la diferencia entre Espen y Gunvor también tenía que ver con mujer y hombre, novia y amigo, y era por ello natural y aceptable, la diferencia entre Yngve y Espen consistía en algo muy distinto. A veces veía con los ojos de Yngve lo que hacíamos Espen y yo, y nos veía transformados en dos majaderos que se aislaban para leer en voz alta, jugar al ajedrez y escuchar jazz, tan alejados de la vida social y abierta con bandas, chicas y noches de juerga como era posible. Yngve veía que ése no era yo, y yo tenía en cuenta esa mirada, yo era un tipo completamente normal y corriente al que le gustaba el fútbol y la música pop, ¿qué pintaba yo con toda esa literatura modernista de élite? No obstante, la situación también se producía en sentido inverso, porque lo que decía Yngve ya no sonaba siempre tan convincente como antes a mis oídos, pero eso representaba un pensamiento tan doloroso que lo desechaba en cuanto me sobrevenía.

Me encontré a Kjartan un par de veces esa primavera y noté que algo le había ocurrido. Aunque hablaba como antes, había desaparecido el fervor, y en su mirada había un desánimo que no había visto en él hasta entonces. Una noche llamó mi madre para decirme que lo habían ingresado en la sección de psiquiatría. Había tenido un brote psicótico, era grave, había arrasado su estudio, destrozado todo lo que había en él, y arrojado el televisor por la ventana, por eso lo ingresaron. Ahora estaba en Førde, en el hospital, donde mi madre, Ingunn y Kjellaug, es decir, sus tres hermanas, hacían lo indecible

para que recibiera el mejor tratamiento posible. Mi madre estaba fuera de sí de preocupación. La psicosis podría ser de larga duración, Kjartan estaba aún inaccesible.

En el examen nos cayó Dante como uno de los temas para elegir. Algunos de mis compañeros se volvieron a mirarme cuando repartieron los ejercicios, yo me había revelado como un fanático de Dante, me había convertido en un pequeño especialista en Dante, era difícil tener más suerte.

Pero no había leído nada sobre el canto que teníamos que analizar, así que en lugar de escribir específicamente sobre ese pasaje, que trataba de los dos amantes que ondulan de aquí, de allá, de abajo arriba, como las grullas que vuelan en fila, y nunca llegan a estar cerca el uno del otro, reconstruí el ensayo que había escrito sobre Dante lo mejor que pude, casi palabra por palabra y metí el pasaje en cuestión algo vagamente al principio y al final. Espen también eligió el ejercicio sobre Dante, el resultado no le pareció magnífico, pero tampoco una catástrofe.

Cuando colgaron las notas en el tablón del departamento, vi que sólo había sacado un 2,4. Era *laudabilis*, y del todo aceptable, pero en absoluto lo que me esperaba. Al menos habría querido ser el mejor de mis compañeros. Espen, en cambio, sacó un 2,2, una de las mejores notas de ese semestre. Comprendí por qué: él sí había escrito sobre ese determinado texto, lo había leído y había sacado algo de él en ese momento, en cambio yo sólo había reproducido algo ya hecho, haciendo invisible el texto en sí.

Obtuve lo que me merecía, pero me costó aceptarlo; en mi opinión, la única justificación de haber elegido esa asignatura era ser el mejor. ¿Qué sentido tenía ser un mediocre conocedor de la literatura? Ninguno.

Decidí saltarme por el momento los exámenes preparatorios de filosofía y seguir con la literatura para tomarme la revancha. Espen iba a empezar a estudiar en la Academia de Escritura, y no supondría por tanto una amenaza, algo que me tranquilizaba. Él no competía, pero ganaba de todos modos, y contra eso resultaba imposible asegurarse.

Tenía el verano por delante, no sabía qué hacer ni adónde ir. Lo único que tenía claro era que necesitaba ganar dinero. Gunvor, que iba a trabajar en una residencia de ancianos todo el verano, me propuso buscar trabajo en una institución para discapacitados, situada entre la ciudad de Haugesund y su

pueblo, conocida entre los estudiantes como un lugar en el que siempre necesitaban personal. Que ella supiera, dos de sus compañeros de clase iban a trabajar allí todo el verano, y como ellos tampoco eran de allí, se alojarían en unos pisos del ayuntamiento.

Llamé al sitio, dije que había trabajado ya en alguna institución, además de un año como profesor en un colegio. La mujer con la que hablé me dijo que podían ofrecerme una sustitución de seis semanas. A mediados de junio preparé mi bolsa de viaje y me senté en el autobús camino del sur. Gunvor estaba apoyada en el coche de su padre sonriendo cuando unas horas después me bajé en el centro del pueblo. Se quitó las gafas, nos abrazamos.

—Te he echado tanto de menos... —dijo, estirándose para besarme.

—Y yo a ti —contesté.

Las casas de alrededor estaban pintadas de blanco, el mar detrás de nosotros era azul, el bosque, que estaba por todas partes, era verde e inundado del brillo del sol. Nos metimos en el coche, era la primera vez que iba con ella conduciendo, y por unos instantes sufrí de la inferioridad que eso conllevaba, ella que sabía, yo que no sabía. Yo era el eterno pasajero. Ahora también junto a mi novia en el asiento.

—¿Está lejos? —le pregunté.

—A tres kilómetros —contestó—. Te están esperando para comer. ¿Estás nervioso?

—No —contesté—. Creo que todo irá bien.

Me echó una mirada sonriente antes de volver a fijarla en la carretera. Estaba tan llena de alegría esa chica..., no sólo lo expresaban sus ojos y su boca, sino todo su cuerpo. Incluso estando concentrada en la conducción irradiaba alegría.

Por el camino iba comentando lo que veíamos a nuestro alrededor. Allí estaba el colegio, allí vivía su mejor amiga, allí había una pendiente de esquí, donde le habían dado el primer beso... Al cabo de unos minutos redujo la velocidad y se metió por un camino de gravilla, pasamos por delante de unos campos cultivados y de unas grandes casas viejas pintadas de blanco, y al fondo de la suave cuesta, junto al bosque, con el fiordo justo debajo, estaba su casa.

—¡Aquí es! —exclamó—. ¿A que es bonita?

—Preciosa —dije.

Aparcó, nos bajamos, la seguí hasta la puerta, que en ese momento abría

una mujer que debía de ser su madre.

–Hola, y bienvenido –dijo con una sonrisa.

Estreché la mano que me tendía.

–Muchas gracias –dije.

–¡Qué bien que nos visites por fin!

–Me alegro mucho de estar aquí –contesté–. He oído hablar mucho de este lugar.

–¿Está papá fuera? –preguntó Gunvor.

–Sí –contestó–. Pensaba que podríamos comer cuando él vuelva.

–Entonces te enseñaré dónde vas a dormir –dijo Gunvor cogiéndome de la mano–. ¡Ven!

Entramos en la casa, oscura y fresca, y la atravesamos hasta llegar a la habitación del fondo, donde dejé la bolsa en el suelo y miré a Gunvor. Se sentó en la cama, decorosamente hecha y tiró de mí hacia ella. Antes de llegar ya me había advertido de que no había ninguna posibilidad de que compartiéramos habitación.

–¿No puedes venir a mi habitación esta noche a escondidas? –le pregunté.

Negó con la cabeza.

–No mientras ellos estén en casa. Pero se irán mañana por la mañana. Iré entonces.

Cuando nos sentamos a la mesa, el padre entrelazó las manos y dijo una breve oración. La madre y Gunvor hicieron lo mismo. Algo incómodo, coloqué las manos sobre las rodillas para que nadie viera si estaban entrelazadas o no, y bajé la vista como ellos.

«Amén», dijeron, y como por arte de magia pasamos a otra fase. Manos que se servían, preguntas que se hacían, comida que se masticaba y tragaba, risas y alegría. Como siempre cuando me encontraba con gente a la que no conocía, estaba abierto de par en par hacia ellos. La madre, risueña, pero sin dejar de observarme, el padre, más serio y reservado, de facciones definidas y duras, Gunvor entre ellos y yo, tan preocupada por lo que yo pensara de ellos como por lo que ellos pensarán de mí. Yo contestaba a lo que me preguntaban, intentando parecer educado y amable, como derrochando sobre ellos lo que pensaba que ellos querían oír. Si algo negativo afloraba, por ejemplo un repentino silencio, un gesto que yo interpretaba como de desaprobación, o una posible desaprobación, derrochaba aún más.

Después de comer, bajamos al fiordo a bañarnos.

–¿Qué tal? –me preguntó Gunvor cogiéndome de la mano–. ¿Te ha asustado la oración de la mesa?

–Qué va –respondí–. Pero no estoy acostumbrado. Me dio la impresión de que pertenecían a una generación anterior a la de mis padres.

–Casi es así –dijo–. ¿Qué te han parecido?

–Son estupendos –dije–. Son muy distintos de carácter, pero los dos parecen estar en la misma onda, no sé si entiendes lo que quiero decir.

–Creo que sí –dijo mirándome–. Resulta raro tenerte aquí.

–También para mí es extraño –dije.

Nos cepillamos los dientes juntos en el cuarto de baño, nos dimos un beso de buenas noches y nos fuimos cada uno a nuestra habitación. Había empezado a llover. Estaba acostado escuchando el sonido arrastrante que desaparecía cada vez que el viento venía en ráfagas desde el bosque. Desde el cuarto de estar llegaba el tictac de un reloj que tenía un mecanismo que cada hora emitía unos toques frágiles y sonoros. Era una casa en la que todo funcionaba como debía, y en la que se vivía la vida de un modo ordenado, pensé. Ahora entendía más sobre Gunvor. Era estudiante, vivía su vida en Bergen, pero también formaba parte de esa vida, era leal a sus padres, como si al mismo tiempo estuviera cerca y lejos de ellos. Suponía que esa sensación que tenía estando allí, de que era malo y falso y les estaba engañando, no era la que tenía ella.

Dieron las doce. Alguien andaba por el pasillo, una puerta se abrió y se cerró, se oyó el inodoro. Pensé que me gustaba estar en casas ajenas, siempre me había gustado, aunque a veces lo que veía me resultaba insoportable, quizá porque veía cosas que no debía ver. La vida íntima, lo privado. El amor y el desamparo que solía manifestarse a escondidas ante la mirada de los demás. Ah, pequeños detalles, menudencias, los hábitos de la familia, las miradas entre ellos. La vulnerabilidad era muy grande. No para ellos, que vivían dentro de aquello, sino cuando era visto por alguien que no vivía allí. Al verlo, me sentía como un intruso, sin derecho a nada. A la vez que sentía una gran ternura por ellos.

El reloj se estaba preparando para tocar de nuevo. Abrí los ojos, sería imposible que me durmiera enseguida. Los árboles que había delante de la ventana estaban negros, la oscuridad entre ellos palidecía. Ya no llovía, pero

el viento seguía subiendo y bajando por el bosque, como una especie de oleaje.

La una.

Me acordé de la única vez que estuve en el hospital cuando era pequeño. Me había roto la clavícula y me dolía tanto que lloraba, pero no supe que algo iba mal hasta que me quejé a mi madre por la noche y me llevó al médico de Kokkeplassen, donde ella trabajaba. Allí, un hombre pelirrojo y con pecas dijo que seguramente me había fracturado el hueso y que teníamos que ir al hospital a que me hicieran una radiografía. Me la hicieron, y el médico dijo que podía quedarme en el hospital esa noche. No había nada que me hiciera más ilusión, era un cuento de hadas, algo que contar a los demás, pero si decía que sí, mi madre a lo mejor pensaba que prefería dormir en el hospital a dormir en casa, y sacudí la cabeza rechazando la oferta del médico, diciendo que, si no le importaba, prefería dormir en casa. Claro que no, dijo el médico, lo entendía, me puso un apretado vendaje en forma de ocho alrededor del hombro, y me deseó buena suerte cuando nos marchamos de allí.

Incluso entonces me sentí falso, como alguien que cargaba con pensamientos que nadie más tenía y de los que nadie tenía que enterarse. Lo que entonces salía era *yo mismo, eso era yo*. Es decir, aquello dentro de mí que sabía algo que los demás no sabían, aquello dentro de mí que jamás podría compartir con nadie. Y esa soledad que seguía sintiendo era algo a lo que luego siempre me había agarrado, ya que era lo único que tenía. Mientras lo tuviera, nadie podría hacerme daño, porque lo que en todo caso dañarían sería otra cosa. Nadie podía quitarme la soledad. El mundo era un espacio dentro del que me movía, donde todo podía ocurrir, pero ese espacio que tenía dentro de mí, eso que era yo, era siempre el mismo. Toda mi fuerza residía allí. El único capaz de encontrar el camino hasta allí era mi padre, y lo hacía cuando yo soñaba y era como si estuviera dentro de mi alma gritándome.

Para todos los demás yo era inalcanzable. Bueno, en mis pensamientos sí me alcanzaban, a los pensamientos los podía arremolinar cualquiera, ¿pero qué valor tenían los pensamientos? ¿Qué era la conciencia sino sólo la superficie del mar del alma? ¿Más que pequeños barcos de muchos colores, botellas de plástico y maderos a la deriva, olas y corrientes, o lo que pudiera producir el día en la superficie de una profundidad de miles de metros?

¿O profundidad no era la palabra correcta?

¿Qué era la conciencia más que el haz de luz de una linterna en la profundidad de un bosque?

Cerré los ojos y me tumbé de lado. En seis o siete horas Gunvor acudiría, añoraba sentir su cuerpo junto al mío, tocarla. Hacía tanto tiempo que no estábamos juntos que me dolía el cuerpo de deseo. Si lograba soñar, pensé, sería casi como si ella yaciera allí conmigo. Pero no conseguía dormirme. Entré en una especie de sopor de deseo y expectación, era insoportable, la quería y dormía, a la vez que registraba los toques del reloj en la otra habitación, ah, sólo son las dos, sólo son las tres, sólo son las cuatro... Cuando por fin se abrió la puerta y ella se deslizó dentro de la cama, de esa manera a la vez impaciente e insegura tan típica suya, el sueño del que yo emergía era tan profundo que todo lo que ocurría, ocurría como en un sueño.

Desayunamos, ella hizo como su madre, fregar en cuanto acabamos, yo me quedé fuera fumando un cigarrillo con una taza de café en la mano, ella salió, se sentó en los escalones, y miró con los ojos entornados al sol, que estaba ya alto.

—Aún no me has visto montar —dijo—, lo que en mi opinión es un escándalo.

—¿No es lo que acabo de presenciar? —dije.

Se sonrojó ligeramente y bajó la vista. Luego me miró con una sonrisa.

—Qué chiste más fácil, Karl Ove —dijo.

—Es que no me he podido reprimir —dije.

—Lo he dicho en serio, ¿sabes? —dijo—. ¿Vienes? También puedes montar si quieres.

—Nunca jamás. Pero sí que me gustaría verte a ti.

Media hora después estábamos subiendo la cuesta, ella con una silla de montar en los brazos. Nos detuvimos delante de la valla, un caballo fiordo se nos acercó trotando lentamente, ella le acercó la mano y le dijo algo, el caballo agachó el hocico, ella lo acarició, lo ensilló, se subió, se sentó, y empezó a moverse hacia delante y hacia atrás por el campo verde, bajo el sol radiante, yo me quedé mirándola y haciendo fotos. A veces aplaudía para hacerla reír, había algo forzado en la situación, ella quería que la viera montar, pero al mismo tiempo se sentía un poco incómoda, no era una exhibicionista, pero le salió bien, fue un momento feliz, estaba radiante cuando acabó y se bajó de un salto del caballo delante de mí.

—Deberías trabajar en el circo —dije, y le hice una foto con las riendas en



una mano y una zanahoria en la otra.

–Algún día tienes que venir conmigo a una exhibición ecuestre –dijo–. Con caballos islandeses. Preferiblemente en Islandia.

–Ten cuidado con la *hybris* –dije–. Debes estar contenta de que yo haya venido contigo.

–Esto no es más que el principio. ¡Cuando acabe contigo vas a ser un verdadero *hestamadur*!

–¿Un hombre caballo?

–Sí, más o menos. En Islandia es un título honorífico.

–No lo dudo.

–He tenido una idea hace poco –dijo–. He pensado que a lo mejor podía hacer parte de mis estudios en la Universidad de Reikiavik. ¿Vendrías conmigo si me decidiera?

–Sí.

–¿Sí? ¿En serio?

–Sí.

Por la tarde, Gunvor me llevó en el coche a la pequeña población donde iba a pasar las siguientes seis semanas. Primero fuimos a la institución, que estaba en las afueras, a buscar la llave de mi habitación, de allí bajamos a la residencia, o lo que fuera, que se encontraba en una pendiente a unos cientos de metros del muelle. Una habitación con desnudas paredes de yeso, suelo brillante de linóleo, una cama, un armario y una mesa de pino, una cocina en un rincón y un pequeño baño con ducha.

–Tengo que volver enseguida –dijo Gunvor, desde el vano de la puerta, con la llave del coche en la mano.

–Vale –dije–. Nos vemos el fin de semana que viene entonces.

Nos dimos un rápido beso y al cabo de unos instantes el coche arrancó con un ruido que resonó en la pared, y desapareció cuesta abajo.

Después de poner la funda al edredón que me habían prestado, colocar una sábana sobre el colchón, la ropa en el armario y los libros en el escritorio, salí a dar un paseo, primero hacia la zona del muelle, que estaba completamente vacía, excepto por unos coches que debían de ser de jóvenes, aparcados delante de un puesto de hamburguesas, y un grupo de gente sentado alrededor de las mesas de madera. Tenían el pelo largo, llevaban chaquetas y chalecos vaqueros, uno de ellos incluso zuecos, y se me quedaron mirando al verme

llegar andando. Me paré justo al borde del muelle y miré el agua, que reposaba fría y negra junto al muro. En uno de los coches sonaba música, vi que tenía la puerta abierta. «Forever Young». Volví a pasar por delante de ellos y fui a paso lento hasta el minúsculo centro del pueblo, donde, además de una tienda grande de una Cooperativa y un quiosco de periódicos, había también un pequeño centro comercial, un restaurante chino y unas cuantas tiendas a lo largo de la calle principal. No se veía un alma, pero no era de extrañar un domingo a las diez de la noche.

Mientras subía la cuesta, camino de la residencia, me volví y eché un vistazo hacia mi nuevo lugar de trabajo, que desde donde me encontraba sólo eran unos puntos de luz en el bosque, debajo de una empinada ladera. Descubrí que me daba miedo pensar en lo que me esperaba, no el trabajo en sí, sino toda esa gente que habría allí, todas esas situaciones completamente desconocidas en las que tendría que causar buena impresión.

A la mañana siguiente salí por la puerta recién duchado, bajé la cuesta, atravesé el centro del pueblo, crucé un puente sobre un río y subí hacia el bosque, donde se divisaban ocho o diez edificios entre los árboles. El cielo estaba nublado, el aire caliente y quieto. Me adelantó un autobús que se detuvo en la plazoleta donde los coches daban la vuelta, vi que se bajaba mucha gente y se dirigía hacia los edificios. Los seguí. Dos pacientes, claramente retrasados, nos miraban, y tuve la impresión de que era algo que hacían todas las mañanas. Nadie decía nada; el sonido de pasos y gente moviéndose se fue desplazando hacia los edificios, rodeados del silencio del bosque a ambos lados.

El más cercano era un edificio grande de ladrillo, el de la administración, donde había recogido la llave la tarde anterior. Ninguna de las personas se detuvo allí, sino que se dispersaron hacia los demás edificios que rodeaban al principal. Entre los estrechos senderos asfaltados había trozos de césped pálidos y secos. En una hondonada se veía un campo asfaltado de balonmano, como encerrado entre terraplenes. Por todas partes había pequeñas islas de árboles, en su tiempo parte del bosque, que empezaba unos metros detrás de cada edificio.

No tenía ni idea de lo que me esperaba, y al acercarme estaba cada vez más nervioso. Me dirigí a la sección E, el edificio situado arriba a la izquierda, vi que, como el resto, era alargado, de ladrillo pintado de blanco y tenía dos

plantas de altura. Yo iba a trabajar en la de arriba. La entrada se encontraba en la parte de atrás, donde había varios coches aparcados en la pequeña plazoleta asfaltada. Abrí la puerta y entré en un vestíbulo con una escalera al fondo. Reconocí el olor, era el mismo que el del hospital Eg, donde había trabajado tres años antes, y el mismo que recordaba del colegio en los años setenta, una mezcla de jabón de fregar y olor como a sótano o cloaca, algo oscuro, húmedo y subterráneo en medio de lo minuciosamente limpio.

Había un banco colocado junto a la pared, sobre él colgaban chaquetillas y pantalones sanitarios en una fila de perchas. Junto a la otra pared, debajo de unos estrechos ventanucos en la parte de arriba, justo debajo del techo, estilo años cincuenta, había dos sillas de ruedas.

Subí la escalera, abrí la puerta y me encontré en un largo pasillo con varias puertas a cada lado. Junto a la pared había un hombre sentado en una silla, que me miraba con ojos fieros. Sus piernas no eran más que unos muñones, cortadas a la altura de las rodillas, por lo que pude ver. Por lo demás, tenía un aspecto normal y corriente. Frente alta, pelirrojo, piel blanca con pecas, torso fuerte. Llevaba un pantalón rojo de chándal y una camiseta blanca de la marca de plátanos Dole.

—¡Hola! —saludé.

Me lanzó una mirada llena de desprecio. Colocó las manos en el suelo, impulsó la parte inferior del cuerpo entre ellas, y así, de esa manera inusual, pero habilidosa, se desplazó a toda prisa por el pasillo.

Una mujer asomó la cabeza por la puerta más cercana. Tendría unos treinta y cinco años, el pelo oscuro y rizado, y una pequeña protrusión en el maxilar superior.

—¿Karl Ove?

—Sí, hola —dije.

—Soy Marianne. ¡Pasa, estamos aquí!

Entré en el pequeño cuarto, donde un hombre con bigote, pelo con permanente, pantalones de harén y camiseta, estaba sentado con un café delante, al lado de una mujer encogida y rolliza, con gafas, pelo algo ralo, vestida con pantalones y chaqueta vaqueros, de unos veinticinco años, también ella con un taza de café delante.

—Hola —dijo el hombre—. Me llamo Ove. Ella es Ellen, y ésta es Marianne, que acaba ahora su turno, así que hoy estaremos aquí nosotros tres.

La tal Ellen encendió un cigarrillo.

Me quité la chaqueta, busqué el paquete de tabaco y me senté.

—¿Has trabajado aquí antes? —preguntó Ove.

Negué con la cabeza.

—Haz lo que hacemos nosotros, y entrarás rápidamente en la rutina —dijo—.

¿A que sí, Marianne?

Miró a Marianne, que se estaba poniendo la chaqueta, y le guiñó un ojo. Ella sonrió.

—Que tengáis un buen día —dijo y salió.

—Fúmate un cigarro y empezamos —dijo Ove.

El hombre sin piernas entró en la habitación y se sentó como un perro muy cerca de la mesa, mirando fijamente a Ove.

—Éste es Ørnulf —dijo—. ¿Quieres un café, Ørnulf?

Ørnulf no contestó, pero inspiró con un bufido a través de los dientes apretados. Sus ojos ardían. Oía mal. Encendí el cigarrillo y me recliné en el sofá. Ove colocó una taza debajo de la cafetera y la llenó con dos largos apretones de la bomba, le echó leche y la puso delante de Ørnulf, que la agarró con las dos manos y la vació de tres largos sorbos. Luego la dejó en la mesa, lanzó un silbante eructo, la volvió a coger y la sostuvo como suplicando delante de Ove.

—No, ya te has tomado dos tazas —dijo Ove—. Ahora tendrás que esperar hasta el desayuno.

Ørnulf dejó la taza y salió deslizándose de la habitación hasta la pared del otro lado del pasillo, donde se sentó con las manos debajo de los muñones, mientras nos miraba fijamente.

¿No sabía hablar? ¿O no quería?

—Desayunamos a las ocho —dijo Ove—. Luego cuatro de los residentes se van a la sala de trabajo. Tres se quedan aquí. Uno de ellos, Are, necesita cuidados constantes. Los otros dos se manejan bien, pero necesitan algo de vigilancia. El grupo de la sala de trabajo vuelve aquí para el almuerzo. Lo demás que necesites saber lo iremos viendo conforme vaya surgiendo. ¿De acuerdo?

—Suena bien —dijo.

Ove cogió un libro de tapa verde de la mesa que tenía al lado, lo abrió y por las páginas con líneas y mucho texto comprendí que se trataba del libro en el que escribían los informes.

—Luego puedes echarle un vistazo —dijo.

Asentí con la cabeza.

Yo no le gustaba, me había dado cuenta enseguida. Lo que decía sonaba bienintencionado, pero la amabilidad de su voz era forzada, y había algo en su actitud, no sabría decir si era la mirada u otra cosa, que me decía que ya se había formado una opinión sobre mí y que no me era muy favorable.

Ellen, por su parte, sólo mostraba indiferencia.

¿Acaso era lesbiana?

—Bueno —dijo Ove levantándose—. Vamos a despertarlos. Ven conmigo, así conocerás a los que viven aquí.

Lo seguí por el pasillo. Al fondo, a la izquierda, se encontraba la cocina, a la derecha un pequeño comedor, y más adentro se veía la puerta de un despacho, donde la mitad de la pared era de cristal.

Ørnulf, que nos había seguido, se detuvo delante de la barrera de la cocina.

—Siempre se queda ahí sentado esperando la comida —dijo Ove—. ¿A que sí, Ørnulf?

Ørnulf hizo una mueca y dejó al descubierto los dientes, a la vez que inhalaba profundamente, con un terrible sonido parecido a un bufido.

¿Significaba que sí?

—Cuando salimos, Ørnulf va sentado en su silla de ruedas. Pero aquí dentro se maneja perfectamente sin. ¿A que sí? —preguntó Ove sin mirar a Ørnulf—. Hay varias cosas, como ves, tenemos una pequeña barrera para entrar en la cocina. Es importante tenerla cerrada cuando no estamos dentro. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, sí —contesté.

—Vamos a empezar por Hans Olav. Tiene su pequeña sección propia aquí dentro —dijo, abriendo la puerta del final del pasillo—. Puede ser un poco revoltoso de vez en cuando, por así decirlo, por eso vive aislado, ¿sabes? Pero es un buen tipo.

Primero había un pequeño cuarto de estar, con una mesa de comedor, y a continuación un pasillo con tres puertas. La más cercana estaba abierta, y al fondo de la habitación se veía a un hombre de unos cuarenta años, tumbado en la cama haciéndose una paja. Su polla era gorda y completamente flácida. Ove se detuvo en el vano de la puerta.

—Hola, Hans Olav —dijo.

—¡Ajá! —dijo Hans Olav.

—No, ahora no puedes hacerte una paja —dijo Ove—. Tienes que levantarte y

vestirte, vamos a desayunar.

–Ajá, ajá –repitió Hans Olav. Tenía una nariz grande, algo chata, profundas arrugas en las mejillas y estaba casi calvo. Su cabeza era redonda y sus ojos marrones, me estremecí al verlo, era igual a la foto que había visto de Picasso de mayor.

–Éste es Karl Ove –dijo Ove–. Va a trabajar aquí este verano.

–Hola –dije.

–¿Te ayudo a levantarte? –le preguntó Ove.

Sin esperar a la respuesta, se acercó a Hans Olav, le agarró de un brazo con las dos manos y tiró de él hasta que se quedó sentado. Hans Olav intentó apartarlo, pero no de un modo agresivo, sino más bien como cuando intentas ahuyentar a una mosca, luego se levantó despacio, cogió los pantalones y se los puso. Era más alto que yo, es decir, medía casi dos metros, pero daba la sensación de estar débil y totalmente carente de equilibrio.

–Hans Olav desayuna aquí con alguien del personal –explicó Ove–. Yo me ocupo hoy, pero mañana puedes hacerlo tú.

–De acuerdo –dije.

Volvimos a la sección. Hans Olav caminaba deprisa, encorvado y con paso tambaleante, tocándose continuamente la barbilla, y en tres ocasiones vi que de repente se le levantaba el brazo y daba un golpe a la pared mientras se reía sin parar para sus adentros y como glugluteando. Rodeó a Ørnulf, como si le tuviera miedo, y desapareció en el cuarto de estar.

Ove abrió la puerta más cercana, en la habitación había un hombre sentado en la cama vistiéndose. Llevaba gafas y tenía una cara fofa con boca voluminosa y cabeza calva, con el pelo peinado desde un lado hasta el otro; a juzgar por su aspecto y por su estilo podría haber sido auditor en un puesto subordinado, o tal vez dependiente de un almacén de materiales de construcción, o, por qué no, profesor de manualidades.

–¡Ya estás levantado! –exclamó Ove–. ¡Muy bien, Håkon!

El tal Håkon miró avergonzado al suelo, como una niña tímida. Un suave rubor se le extendió por las envejecidas mejillas.

–Gracias –murmuró.

En la siguiente habitación había un hombre mayor, de sesenta o sesenta y cinco años, con pelo blanco que le crecía en una corona alrededor de la cabeza, que por lo demás estaba calva. Estaba sentado en el borde de la cama

arrancando fotos de un montón de revistas. En la espalda se le veía una joroba enorme y tan plana que se podría colocar una bandeja sobre ella.

—¿Qué tal vamos hoy, Kåre? —dijo Ove.

—Hu, hu —contestó Kåre señalando hacia el pasillo.

—Sí, el desayuno ya está casi. Te llamo cuando haya llegado.

Las habitaciones tenían más o menos la misma pinta que las de una residencia de ancianos, con algunas cosas de la institución, como alfombras y manteles, cuadros comprados en Ikea en las paredes, algunos objetos personales, como fotografías enmarcadas en las mesas, algunos detalles, quizá una flor de plástico en el alféizar.

Fuimos por el pasillo despertando a todos. Algunos estaban dormidos, otros despiertos, uno de ellos, Egil, nos regañó por haberle despertado. Todos eran hombres de entre cuarenta y sesenta años, excepto el que necesitaba cuidados continuos, del que se ocupaba Ellen, que no tendría más de veinticinco. También se distinguía por otras cosas, estaba parálítico al cien por cien, iba medio tumbado en una enorme silla de ruedas, usaba pañales y había que darle de comer; sus ojos estaban completamente vacíos, no había en ellos ninguna personalidad, sólo eran ojos. Me estremecí de malestar al verlo. Sus facciones eran despejadas y podían haber sido hermosas de no ser por esa boca siempre abierta y el constante baboseo que le corría por las comisuras de los labios. A veces salían de él unos sonidos huecos, pero, por lo que pude ver, no estaban relacionados con la situación, yo al menos no descubrí ninguna relación.

La última habitación era la de Ørnulf. Aunque él estaba despierto, sentado en el pasillo, Ove me condujo dentro. La habitación era más pequeña que las demás. Excepto por un colchón azul, no muy distinto al que usábamos en gimnasia en el colegio, estaba completamente vacía. Nada de muebles, nada de objetos, ninguna foto, nada. Ni siquiera tenía ropa de cama o edredón.

—¿Por qué no hay muebles en *su* habitación? —pregunté.

Ove me miró como si fuera tonto.

—¿Por qué crees tú? Cuando le entra la neura rompe todo lo que encuentra, o lo hace pedazos. ¿Entiendes? Puede haber alguna cosa un par de días sin que él reaccione, y de repente se le cruzan los cables.

—Entiendo —dije.

—Una regla: nunca hablamos de los internos cuando están presentes. No importa que pensemos que no nos entienden. Hemos de ser como sus

compañeros. Por supuesto, somos nosotros los que decidimos, pero debemos ser amables y tolerantes con ellos.

–Entiendo –dije y le seguí de nuevo al pasillo.

–Yo los ayudo con la ducha, la ropa y la vestimenta –dijo–. ¿Podrías tú preparar el desayuno mientras tanto?

–Claro –dije–. ¿Qué toman?

–Sólo pan y fiambre. Y café. Les gusta mucho el café, como habrás observado.

–Vale –dije, y me fui a la cocina. Sentí cierto alivio al poder hacer algo concreto y mecánico, algo que no tuviera que ver con los residentes. Todo lo que había visto de ellos me llenaba de aversión.

Abrí la nevera y saqué todo lo que encontré de fiambres y quesos. Partí varios tomates, unas rodajas de pepino y unas tiras de pimiento y lo puse todo en una fuente, en otra coloqué salami y jamón york, y en una tercera un queso gouda y otro de cabra. Me esmeré, quería causar buena impresión en los que trabajaban allí. Preparé la cafetera, saqué leche y zumo y puse las dos mesas. Un interno salió de su habitación en calzoncillos, era de complexión atlética y tenía una cara seria y viril, a primera vista parecía un magnífico ejemplar de la raza humana, pero luego andaba de un modo raro, como balanceándose sobre las puntas de los pies, lo que daba a entender que no todo estaba en orden. Se detuvo delante del umbral del cuarto de baño, dio un paso hacia delante y otro hacia atrás, e intuí que así podría haber seguido todo el día si no hubiese llegado Ove y le hubiera puesto un brazo en la espalda y empujado para que entrara. Håkon, el tímido, se tambaleaba por el pasillo con su espalda torcida. Egil iba con la cabeza totalmente echada hacia atrás y la mirada fija en el techo, hasta que llegó a la mesa del comedor. Hans Olav estaba inmóvil junto a la pared, con los dedos formando una pelota oscilando justo debajo de la barbilla. Ørnulf llevaba media hora sentado con las manos debajo de los muñones. Inspiraba constantemente y con fuerza el aire por entre los dientes. Quizá esa hiperventilación le produjera cierto placer.

Eché el café en un termo y lo puse en la mesa. Corté pan y busqué la tostadora, pero al parecer no había. Miré por la ventana y vi llegar por el asfalto gris a un grupo de discapacitados psíquicos, la mayor parte parecía tener alrededor de cuarenta años, y entre ellos iban dos cuidadores charlando, uno con un cigarrillo humeante en la mano. El cielo sobre ellos estaba gris y luminoso.



Ove llevó una bandeja a la habitación de Hans Olav, Ellen anunció que el desayuno estaba listo, nos sentamos cada uno en una mesa, y los internos acudieron deslizándose por el pasillo. El de complexión atlética, que se llamaba Alf, caminaba con unos extraños movimientos que parecían sacudidas, casi como un robot. Justo detrás de él iba Håkon, el viejo que recordaba a una jovencita, con una sonrisa preocupada, como pidiendo perdón con los labios. Kåre, el hombre de la corona de pelo y las revistas, andaba ligeramente inclinado hacia delante, con la joroba como una mochila a la espalda, agitando constantemente una mano, justo debajo de la cara.

—¿De dónde eres? —me preguntó Egil, inclinándose hacia delante y mirándome fijamente.

—De Arendal —contesté.

—¿Y qué edad tienes?

—Veintiuno.

—¿Qué coche tienes?

—Por desgracia no tengo coche.

—¿Por qué no? ¿Por qué no tienes coche? ¿Eh?

—No seas pesado, Egil —le dijo Ellen.

Egil se echó por un momento hacia atrás.

—Vale —dijo—. Vale. Vale, vale, vale.

Estuvo un rato mirando al techo antes de empezar a desayunar. Respiraba con dificultad, y cuando tenía la boca llena de comida era como estar sentado al lado de una pequeña máquina de vapor. Los faldones de la camisa le colgaban por fuera del pantalón, y encima llevaba un jersey rojo un poco manchado; el pelo, abultado y rizado, le sobresalía por detrás. Sus mejillas eran de un color rojo suave, quizá debido a algunos vasos sanguíneos reventados, y también sus ojos estaban un poco enrojecidos. Parecía confuso y despistado, me recordaba a un universitario de ciencias o a un profesor de instituto que había vivido demasiado tiempo solo, sin conseguir tal vez todo el reconocimiento que opina que se merece, pero al que en el fondo le gusta la enseñanza, y se viste como le da la gana. Ésa era la impresión que daba Egil. Pero en medio de eso le llegaban repentinos ataques de las extremidades, una mano agitando el aire, por ejemplo, como si hubiese descubierto a un colega en el pasillo, o podía inclinarse hacia delante tan repentinamente que todos los que estaban cerca se asustaban. Y luego esa mirada clavada en el techo.

También se reía a veces para sus adentros sin motivo alguno. «¡Ja, ja, ja, ja!», decía, como si acabara de oír un chiste y quisiera elogiar al que lo había contado.

–¿Tienes novia? –me preguntó.

–Sí –contesté.

–¿Cómo se llama?

–Gunvor.

–¿Es guapa?

–Egil –lo llamó Ellen.

–¿Vas a bañarte hoy? –le preguntó mirándola.

–No –contestó ella.

–¿Por qué no?

–Porque no hace bueno.

–¿Por qué no? –volvió a preguntar, luego suspiró y se hundió en el sillón. Todas sus preguntas eran mecánicas, no había rastro de extrañeza en su voz. Era como un niño que se ha aprendido algo de memoria, pero que no entiende lo que está diciendo.

–¿Está bueno, Håkon? –le preguntó Ellen.

–Sí –murmuró Håkon, con la barbilla inclinada–. Muchas gracias. Muchas gracias.

Ellen se sentó al lado de Are para darle la comida. Estaba medio tumbado en la silla, con la boca muy abierta. Hilos de gachas le chorreaban por las comisuras de los labios. Kåre emitía a menudo pequeños sonidos, aparentemente era incapaz de hablar, pero se comunicaba con sonidos, gestos de las manos y miradas. Ørnulf se movía en la silla mientras me miraba enseñando los dientes.

–¿Somos compañeros? –me preguntó Egil–. Tú y yo, ¿somos compañeros?

¿Qué podía responder a eso? No éramos compañeros, pero decirle que no a lo mejor despertaba en él un gran desasosiego.

–Creo que sí, ¿no? –dije.

–Entonces puedes venir a ver mis fotos del Rey –dijo él.

–Sí, encantado –dije.

–Bien. Entonces estamos de acuerdo.

La puerta de la entrada se abrió, y Hans Olav salió corriendo. Miraba hacia atrás y se reía, con las manos debajo de la barbilla y la boca en constante movimiento, a gran velocidad por el pasillo, como tambaleando su pesado

cuerpo. Ove iba detrás, con la bandeja del desayuno en las manos. Su parecido con Picasso era inquietante, rompía el equilibrio del mundo, pensé. Pero no parecía molestar a los demás, seguramente yo también me acabaría acostumbrando.

–Tú puedes recoger lo del desayuno y yo llevo a los chicos a la sala de trabajo.

Asentí con la cabeza.

Los cuatro que iban a trabajar se levantaron y fueron a sus habitaciones. Ørnulf se bajó de la silla y se colocó en posición de salida en el pasillo. Ellen le limpió la boca a Are y lo llevó a su habitación empujando la silla. Yo metí la comida en el frigorífico, los platos y los vasos en el fregaplatos, limpié la mesa con un trapo y barrí el suelo con una escoba y un recogedor.

Cuando acabé, fui a ver a Ellen. Estaba lavando a Are, que yacía desnudo en la cama, blanco y rígido. Le pasaba una toallita por encima mientras hablaba con él. Es importante lavarte bien, ¿sabes? Ahora echo un poco de agua caliente, así, ¿ves qué bien?

Él miraba al techo con los ojos vacíos.

–¿Hay algo que pueda hacer? –pregunté.

Ella me miró a través de sus gruesos lentes.

–Ahora no –contestó–. Siéntate y tómate un café. Are lleva varios días estreñido, así que tendré que ponerle luego un enema, con eso sí que podrías echarme una mano.

–Vale –dije.

–También puedes dar un paseo con Ørnulf por el recinto.

Asentí, ella escurrió la toallita y siguió lavando a Are.

El joven tenía en el muslo y en un glúteo una marca grande, como una cicatriz.

–¿Qué es eso? –pregunté a Ellen–. ¿Una marca de nacimiento?

Negó con un gesto.

–Es una quemadura. Alguien lo dejó solo delante de una estufa eléctrica. Hace muchos años.

–¿De verdad?

–Por desgracia, sí. Ya sabes, no puede moverse. Y tampoco habla. Así que se quedó allí sin más.

–Qué horror –dije.

–Sí, pero de eso hace mucho. Esa sección ya se cerró. Ahora tiene su

propio apartamento, ya sabes, la HVPU, la nueva reforma, sobre discapacitados psíquicos. Pero estará con nosotros hasta que esté terminado. ¿Verdad que sí, Are?

Él no había movido un músculo mientras Ellen hablaba. Me quedé un rato más para no dar la impresión de que le rehuía, luego fui a la sala del personal y me serví una taza de café. Procedentes del pasillo se oyeron unas palmadas y ropa arrastrándose por el suelo. Era Ørnulf, se detuvo delante de la mesa y me miró suplicante. El ruido del termo de bombeo que contenía el café debió de ponerle en movimiento.

—¿Quieres un café? —le pregunté.

Con la cara inmóvil cogió una taza y la levantó hacia mí.

—Ya has tomado uno en el desayuno —dije—. Es suficiente.

Empecé a liarle un cigarrillo. Él permaneció un buen rato en la misma postura, con la taza levantada hacia mí. Entonces, como si se hubiera roto un hechizo, como si el sueño del castillo hubiese terminado, volvió a dejarla de repente en la mesa y empezó a hiperventilar.

—Creo que es mejor que te sientes en el pasillo —dije—. Luego damos un paseo.

¿Había desprecio en su mirada?

Al menos no se movió.

Humedecí el pegamento, pegué el papel, me metí el cigarrillo en la boca y lo encendí. Una brizna de tabaco que sobresalía se quemó de inmediato y cayó ardiendo al suelo, las demás ardieron enseguida e inhalé una nube de humo hasta los pulmones, mientras miraba por el cristal de la puerta del balcón. Vi que llegaba una pequeña comitiva de tres cuidadores, cada uno empujando una silla de ruedas. Un coche estaba aparcando delante del edificio de la administración. En la planta de abajo sonó un largo mugido, un sonido que resultaba difícilmente asociable con algo humano, mientras Ørnulf respiraba y jadeaba a sólo medio metro de mí.

Volví de nuevo la cabeza hacia él.

Cogió a toda prisa la taza y me la tendió con gesto suplicante.

—No —dije.

Seguía con ella en la mano, se trataba de un nuevo sueño de Bella Durmiente.

—¿Quieres café, Ørnulf? —le preguntó Ellen, que entraba en ese momento—. Está bien, te daré un poco.

Cogió la taza y la llenó a partes iguales de leche y café, él se lo bebió a pequeños sorbos, a continuación salió de la habitación arrastrándose. Ellen suspiró y se sentó en el sofá al otro lado de la mesa, se encendió un cigarrillo y cerró los ojos.

Clasifiqué a los internos en mi cabeza. En nuestra sección había siete. Cuatro de ellos tenían un aspecto más o menos normal, y de esos cuatro, dos podían hablar. Dos eran muy deformes, pero podían moverse, uno era un vegetal. Por discapacitados psíquicos yo entendía en parte mongólicos, en parte vegetales. No sabía que entre esos conceptos había toda clase de matices, pero era evidente y no me sorprendió cuando lo vi.

Por el camino se acercaban Hans Olav y Ove.

—¿Dónde está Are ahora? —pregunté a Ellen.

—Tumbado en su habitación —contestó ella—. Pronto lo sacaré a dar un paseo.

—¿Duerme? —le pregunté.

—Qué va. Está tumbado disfrutando de la vida.

El mugido de la planta de abajo volvió a sonar. Desde el pasillo oí los bufidos de Ørnulf. Por lo demás, todo estaba tranquilo. No me hacía ninguna ilusión pensar en el paseo con él. Sería la primera vez que estaba solo con uno de ellos, y no sabía cómo debía comportarme en una situación así, qué debía decirle, qué podía ocurrir. ¿Qué tenía que hacer si él necesitaba ir al lavabo? ¿Podría ir solo, o necesitaría ayuda? ¿Debía llevarlo en brazos hasta la silla, o se las arreglaría él solo? ¿Dónde teníamos que ir? El hombre no hablaba, ¿y si yo no entendía lo que quería?

Además, me daba miedo. Esa mirada que clavaba en mí estaba llena de odio y vivía en una habitación completamente vacía de muebles y enseres, sólo con un colchón, porque o destrozaba todo lo que tenía cerca, o lo rompía en pedazos, como dijo Ove.

¿Y qué haría yo si se ponía violento mientras estábamos de paseo? ¿Sería capaz de detenerle? ¿Y si se abalanzaba sobre mí? Ciertamente no tenía piernas, pero los músculos de sus brazos eran robustos.

La puerta de la entrada se abrió con un estallido. Al instante entró Hans Olav trotando, inclinado hacia delante y con las manos tocándose la barbilla. Tras él llegaba Ove, que se detuvo en el vano de la puerta.

—Me quedaré con él un rato para ver si se duerme —dijo.

Me levanté, tenía que ocuparme de Ørnulf. Vi a Ove en el pasillo, era

bastante bajo, pero tan fuerte que parecía que los brazos no estaban pegados al cuerpo, sino que sobresalían, y le hacían andar como contoneándose. Ha debido de pasar mucho tiempo entrenando, pensé.

Ørnulf estaba en cuclillas en su habitación, con la cara contra la pared.

–Hola, Ørnulf –dije–. ¿Vienes a dar un paseo?

Sin mirarme, se volvió y salió disparado hasta la puerta del pasillo, que abrió estirándose. Bajó las escaleras apoyando un brazo cada vez, como si fuera una especie de insecto grande, rápido y habilidoso. Cuando llegué al pasillo, él estaba con los brazos alrededor de las piernas al lado de la silla de ruedas.

Yo odiaba esa situación.

Busqué su nombre sobre las perchas, lo encontré y cogí una chaqueta.

–Tienes que ponerte una chaqueta –dije–. ¿Te ayudo?

No reaccionó, ni un gesto suyo me decía lo que pensaba.

Me incliné y le agarré con cuidado del brazo para ponerle la chaqueta. Tiró fuertemente de ella.

–Para dar un paseo tienes que llevar una chaqueta, si no, no habrá paseo.

Siguió inmóvil.

–De acuerdo –dije–. Subamos entonces.

Eché a andar. Me di la vuelta, él seguía en la misma postura. Subí las escaleras, me paré para ver si me seguía, nada.

Ellen me miraba desde el sofá.

–No consigo que se ponga la chaqueta –dije–. No quiere.

–¿Crees que necesita chaqueta? Fuera hace bastante calor.

–Está bien –dije–. ¿Hay algo más que deba saber?

Ella negó con la cabeza, bajé deprisa, él podía haber aprovechado el poco tiempo que le había dejado solo para huir.

Pero seguía sentado al lado de la silla de ruedas, abrazado a sus cortas piernas y con la barbilla descansando sobre el pecho.

–¿Nos vamos entonces?

Trepó a la silla, giró las ruedas con movimientos habituales y fue hasta la puerta mientras me miraba. En cuanto la abrí, salió corriendo. Tuve que darme mucha prisa para alcanzarle. Estaba en plena marcha, avanzando con movimientos rápidos e iguales, como apoyando las manos en las ruedas, las levantaba, las empujaba, las levantaba. Pasamos por delante del edificio de la administración. Un poco más allá vi que llegaba un grupo, a todas luces se

trataba de dos cuidadores y cuatro internos, la manera de moverse de cada uno de ellos no dejaba lugar a dudas.

Los dos cuidadores me miraron.

–Hola –me saludaron–. ¡Hola, Ørnulf!

No les hizo ni caso, y pronto los habíamos dejado muy atrás, a ellos y todos los edificios. Su cara se había congelado como en una especie de mueca, con los dientes al descubierto. Estaba rojo por el esfuerzo. Los árboles de hoja caduca se erguían verdes y muy tupidos a lo largo del camino, y en medio se elevaban abetos más pesados y más oscuros. Delante de nosotros estaba la carretera principal, a su lado discurría un carril para bicicletas, por el que pretendía seguir.

Ørnulf no quiso. Señaló con el dedo hacia la izquierda, donde la carretera dibujaba un ocho, alrededor de una urbanización. Pensé que no podía dejarle que se saliera con la suya, agarré la empuñadura de la silla de ruedas y empecé a bajar. Él intentó frenar con las manos. Su mirada expresaba pánico. Qué idiota era.

–Protestar no sirve de nada –dije–. Vamos por allí.

Se bajó de un salto y empezó a subir hacia el trecho de camino de más arriba. Era muy peligroso, estaba cruzando la carretera principal, y no era mucho más alto que un perro, si viniera un coche, la cosa podría acabar muy mal, fui corriendo con la silla detrás de él, gritándole que volviera a sentarse.

Se paró al otro lado y me miró. Iba arrastrando las piernas por el asfalto al moverse, pero no parecía afectarle.

Coloqué la silla delante de él. Se subió. Yo no me di por vencido y me puse a empujarla cuesta abajo. Él volvió a bajarse de un salto y empezó a ir en dirección contraria, apoyando el dorso de las manos en el asfalto y la parte inferior del cuerpo oscilando entre los brazos. Lo seguí, pero esta vez se negó a volver a sentarse, estaba decidido a manejarse por su cuenta, y así llegamos a la urbanización, él por el asfalto, seco y con arena y gravilla suelta, mirada fija al frente, y yo andando justo detrás, empujando la silla de ruedas. Aquello no iba bien, si nos encontrábamos con alguien perdería el trabajo, pero vibraba de irritación, ¿por qué no podía quedarse sentado en la silla y hacer lo que yo le decía? ¿Qué tenía ese trecho de camino para significar tantísimo para él? Era una estupidez, yo era su cuidador, estábamos dando un

paseo matinal, los dos caminos eran igual de buenos, y si no, al menos no merecía la pena sacrificar la cómoda silla de ruedas por ello.

Corrí unos pasos hasta adelantarlo y coloqué la silla en la carretera. Él giró e intentó adelantarme a mí. Yo moví la silla. Él agarró la rueda para llevársela.

—Vamos a ir por *este* camino —dije—. Te lo prometo. Por *éste*. Siéntate en la silla y vámonos.

Se estiró y consiguió sentarse de nuevo en la silla, sus brazos empezaron a hacer girar las ruedas a una velocidad vertiginosa. Yo iba a su lado a través de la urbanización, formada por casas relativamente nuevas con los jardines aún por plantar. Un autobús se paró, bajaron unas cuantas personas, que se dispersaron por la zona. Llegamos al cruce, y Ørnulf, que hasta ese momento había trabajado frenéticamente con los brazos, dejó de repente de moverlos.

—¿Te empujo yo? —le pregunté.

No contestó, resultaba imposible leer una respuesta en su cara, pero cuando agarré la empuñadura y empecé a empujarle, él al menos no protestó. Anduve lo más deprisa que pude, y pronto teníamos otra vez la residencia enfrente.

Al pasar por delante del edificio de la administración, saltó sin previo aviso de la silla y se sentó en el suelo, a unos metros de la escalera de la entrada principal.

—No puedes quedarte aquí sentado —dije—. Vamos. ¡Si nuestra sección está aquí al lado!

No me miró, ni me hizo caso, seguía sentado con los brazos plantados en el suelo hiperventilando.

—¿No quieres volver a la sección? ¿Es eso? —le pregunté.

Ninguna reacción.

Tiré de él para que se levantara, pero se aferraba con tanta fuerza a la silla que fue imposible.

—¿Quieres quedarte aquí sentado? ¿Mientras los demás disfrutan tomando café?

Ninguna reacción.

—A mí me da igual —dije—. Me van a pagar lo mismo. Puedo quedarme aquí contigo, si eso es lo que quieres.

Me metí debajo del tejadillo y encendí un cigarro, pero al cabo de unos minutos comprendí que no causaba muy buena impresión, el interno en la



calle y el cuidador fumando a diez metros de distancia, así que lo apagué y volví a su lado.

–Vamos –dije–. Ya has dejado muy claro lo que opinas. No hace falta que pongas más resistencia. Súbete a la silla y vámonos.

Ninguna reacción.

Las manos abrazadas a las rodillas, la boca haciendo muecas, respiración jadeante.

–Está bien –dije–. Como quieras.

Crucé los brazos sobre el pecho y miré a mi alrededor en un intento de salir de la situación en la que estaba preso. Él sería tozudo y obstinado, pero yo le ganaba. Podía estar allí hasta que oscureciera, podía quedarme toda la noche y el día siguiente, si hacía falta. Sólo se trataba de pensar en otra cosa. Ni en él, ni en el tiempo, que pasaba tan despacio.

Pero resultaba difícil, había algo en ese hombre, en esa agresividad que intuía en él, que hacía que su presencia se posara como una sombra sobre los pensamientos. No debía de tener gran cosa en la cabeza, casi todos sus movimientos eran reflejos, como cuando acudía volando al oír el sonido del termo de bombeo, y, mecánicamente, cogía la taza. No disfrutaba del café, sólo era algo que tenía que hacer, algo que había que acelerar, algo que tenía que ocurrir. Si ocurría, quería que volviera a ocurrir. Fuera del edificio sólo valía esa ruta. No el paseo en sí, porque en ese caso igual podría haber ido por el otro camino.

Bajé la vista y lo miré. Todo en él me disgustaba sobremanera, pero en particular lo perruno y lo estúpido. Él era el que perdía estando allí fuera, no yo. A mí me pagaban igual, tanto si estábamos allí como subidos a un árbol, yo estaba preparado para todo.

Por un instante nuestras miradas se cruzaron y cuando volvió a bajar la suya, sonrió.

Era la primera vez que le veía sonreír.

El hombre pensaba de verdad que me estaba castigando. Que me sacaba ventaja en esa situación.

Di un par de pasos y me senté sobre una de las piedras del aparcamiento. Esa forma de desplazarse, el rapidísimo movimiento de péndulo por el suelo, como un cangrejo. Lo que me dejaba muy confuso era que su cara –si se conseguía desligar del resto– era completamente normal. Un hombre pelirrojo cerca de los cincuenta. Si *sólo* hubiera sido deforme, *sólo* contrahecho, yo no

habría reaccionado de ese modo. Pero lo que ocurría era que también sus pensamientos debían de ser deformes y contrahechos. También su alma debía de estar mutilada. ¿En qué lo convertía eso?

Mierda. Mierda.

El hombre se encontraba en lo más bajo de lo bajo, era el más débil de los débiles, y allí estaba yo, lleno de desprecio hacia él.

Yo era el monstruo. Pero no podía remediarlo. Su estupidez me exasperaba, el que se quedara allí sin querer ir a ninguna parte creyendo que era a mí al que castigaba, mientras el sudor le chorreaba por la frente e inspiraba y espiraba por entre esos dientes amarillentos y apretados.

Las nubes que cubrían el cielo habían desaparecido lenta y casi imperceptiblemente. El sol que ahora nos calentaba brillaba en un cielo azul pálido. En el aparcamiento se abrían puertas de coches y se arrancaban motores para a continuación enfilarse la carretera, llegaban otros y aparcaban, motores que se paraban, puertas que se abrían. Todo el mundo nos veía allí sentados, nadie decía nada. Yo no tenía ni idea de si eso era algo normal o no, si era culpa mía o si era algo que ocurría todos los días con los cuidadores de Ørnulf.

—Levántate y vámonos —le decía a intervalos regulares sin que él reaccionara. Si me acercaba, él se agarraba a la silla con fuerza, para que no pudiera levantarlo y sentarlo.

Así permaneció durante hora y media. Entonces llegó Ellen empujando a Are, al que había puesto unas gafas de sol. Se pararon a nuestro lado.

—Ya es hora de almorzar —dijo ella—. ¡Venga, Ørnulf, súbete a la silla!

Ørnulf dio un salto hasta la silla, y se quedó con las manos sobre las rodillas. ¿Ahora sí tenía que empujarlo? Al parecer, sí.

Iba empujando la silla por el camino al lado de Ellen. El aire era cálido, el brillo del sol casi ardiente. Me odiaba a mí mismo y a todo mi ser.

Vacío y anodino me llegó el sueño aquella noche, durante mucho rato no era más que un cuerpo con un corazón que latía despacio y una respiración lenta que con ayuda de la sangre lo mantenía vivo, nada más que eso hasta que los sueños empezaron a emerger, esas ráfagas de emociones e imágenes que gobiernan el cerebro cuando dormimos y que para mí siempre implicaban lo mismo, estaba solo, con la espalda junto a la pared, aterrado o humillado. Había gente que se reía de mí, gente que me perseguía, y por encima de todos ellos, en sus múltiples formas y figuras, sobresalía mi padre. En las pesadillas más recurrentes vivíamos aún en Tybakken, donde él seguía en casa conmigo, pero las peores de todas eran aquellas en las que él volvía cuando yo estaba de visita en casa de mi madre y resultaba que él vivía allí, porque en casa de mi madre me tomaba ciertas libertades, y precisamente eso era lo que más furioso le ponía.

Cada mañana sentía en mi cuerpo la humillación, con ella empezaba el día, y aunque se iba desvaneciendo conforme las rutinas me iban colocando en un mundo diferente, el verdadero, la sensación de ser humillado y rebajado estaba siempre presente, y hacía falta muy poco para que se inflamara de nuevo y me quemara el interior, abrasando todo mi jodido yo.

Esa mañana me desperté media hora antes de que sonara el despertador, porque me estaba muriendo, y el alivio al despertar y descubrir que no era así, fue tan grande que se me escapó una pequeña risa.

Me levanté, me comí una rebanada de pan, me vestí, cerré la puerta y me fui a la institución.

Cuando llegué, Ørnulf estaba sentado junto a la pared, meciéndose con los brazos alrededor de las piernas. Me echó una rápida mirada antes de volver a bajar la cabeza, sin mostrar interés alguno. En la sala del personal estaban Ellen y una chica de mi edad, que se levantó y me dio la mano. Dijo que se llamaba Irene. Era alta y delgada, con el pelo rubio y corto, ojos azules, pómulos altos. Era guapa de esa manera fría que a mí siempre me había atraído. El que alguien como ella estuviera allí lo complicaría todo, eso lo sabía ya cuando me senté y me serví café. Sabía que iba a estar todo el rato pendiente de ella y, en consecuencia, de mí mismo, de qué le parecía.

Sugirió que ella se ocuparía de Ørnulf, Ellen de Are y yo de Hans Olav, lo que significaría que yo desayunaría con él, luego descansaría un poco,

fregaría su «apartamento», y tal vez después podría llevarle a la sección hasta la hora de la cena, a menos que prefiriese dormir. Por lo visto dormía mucho.

Preparé unas rebanadas de pan para él y otras para mí, llené dos vasos de zumo y dos tazas de café, una con la mitad de leche, y lo llevé todo en una bandeja a su mesa de comedor, cerré la puerta de la otra sección, llamé a la de su dormitorio y la abrí.

Él estaba en la cama menándose la polla, que estaba completamente flácida.

—Hola, Hans Olav —dije—. Ya es hora de levantarse. ¡Te traigo el desayuno! Me miró y siguió haciéndose la paja.

—Espero un poco —dije—. ¡Ven cuando estés listo!

Cerré la puerta y me senté en la silla que había junto a la mesa, colocada justo al lado de una puerta que daba a un pequeño balcón. Estaba gris, desgastado y agrietado, justo debajo se veía el campo de balonmano; más allá estaban el terraplén y varios edificios idénticos al edificio en que me encontraba. Detrás y entre ellos había pinos, y algunos árboles caducifolios.

Varios internos llegaban, y detrás de ellos dos mujeres empujando sendas sillas de ruedas. Me levanté y di una vuelta por el apartamento. En el cuarto de estar colgaba un cuadro de Monet de esos que se compraban ya enmarcados en las tiendas de las grandes cadenas de muebles. El mobiliario era de pino y constaba de un amplio sofá de tela estampada en rojo, una mesa baja con las patas torneadas, una estantería vacía, excepto por un perro de adorno, un pequeño candelabro y un portavelas de cristal. Pretendía parecer un hogar, pero no lo conseguía, claro.

Llamé a la puerta del dormitorio y la abrí de nuevo. Él seguía igual que antes.

—Tienes que venir ya —dije—. El desayuno está listo. ¡Se te va a enfriar el café!

Me puse a su lado.

—Vamos, Hans Olav. Puedes hacer eso más tarde.

Me apartó con la mano.

Le toqué el hombro.

Gritó, un grito como un bufido, pero muy alto; aterrado, di un paso hacia atrás.

Pero no podía darme por vencido, tenía que enseñarle quién tomaba las decisiones, de lo contrario, tendría problemas más adelante, así que le cogí

del brazo e intenté que se levantara. Mientras trataba de librarse de mí con una mano, con la otra seguía haciéndose la paja.

—Está bien —dije—. ¿Me llevo el desayuno entonces? ¿Es eso lo que quieres?

Gritó de nuevo, un grito igual de horrible, pero volteó las piernas hacia el suelo, apoyándose en el colchón al levantarse lenta y rígidamente. En el instante en que se puso de pie, se le bajaron los pantalones. Se los volvió a subir y empezó a salir despacio de la habitación manteniéndolos en su sitio con una mano. Se sentó en su silla y se tomó el café de un trago. Yo empecé a comerme mi rebanada, intentando hacer como si nada, con el corazón latiéndome pesadamente en el pecho y todos mis sentidos dirigidos hacia él.

Con un movimiento brusco y rápido barrió de la mesa al suelo el vaso de zumo, la taza vacía de café y el plato de las rebanadas. Todo era de plástico, Irene se había ocupado de ello, y no se rompió.

—¿Qué haces? ¡No puedes comportarte así! —exclamé.

Hans Olav se puso de pie, levantó la mesa de las dos patas más alejadas y la volcó.

Yo no sabía qué hacer. Le tenía un miedo de muerte, quizá fuera eso lo que notó. Por suerte, salió a toda prisa de la habitación, y se metió en el lavabo de al lado. Yo coloqué de nuevo la mesa en su sitio, y empecé a recoger la comida del suelo cuando se abrió la puerta e Irene asomó la cabeza.

—¿Tienes problemas por aquí? —preguntó.

—Ha volcado la mesa —contesté.

—¿Quieres que me ocupe yo de él?

—No hace falta —contesté, aunque en el fondo era lo único que deseaba en ese momento—. Todo irá bien. Tenemos que acostumbrarnos el uno al otro. Nos llevará algún tiempo, supongo.

—Vale —dijo—. Si pasa algo, estamos aquí. Él no es peligroso, ¿sabes? ¡Piensa que en el fondo es como un niño de un año!

Cerró la puerta, yo puse la última rebanada en su plato y fui a por algo con que limpiar el charco de zumo amarillo.

Hans Olav estaba mirando por el ventanuco del cuarto de baño cuando entré.

—Sólo vengo a por algo para limpiar —dije. Él no me hizo ni caso, lo que me daba igual mientras no me molestara.

Como de todos modos se suponía que tenía que fregar el suelo del piso en

el transcurso de la mañana, pensé que podía hacerlo ya. Eché agua en un cubo rojo, y añadí un poco de jabón líquido, cogí un trapo y un cepillo y empecé a fregar el cuarto de estar, que estaba al lado del dormitorio, luego la entrada, el dormitorio y el pequeño rincón de cocina. Mientras fregaba, llegó él, se colocó a unos metros de mí y me miró. Al cabo de un rato se acercó más y dio una ligera patada al cubo, como diciéndome que podía volcarlo si quería.

Emitió una risa como gorgoteante y le entró tal ataque de entusiasmo que salió a toda prisa del cuarto de estar, riéndose a carcajadas y agitando las manos debajo de la barbilla. Cuando volví a la habitación con el cubo y el cepillo, estaba de nuevo tumbado en la cama masturbándose, con la polla igual de flácida.

–¡Ajá! ¡Ajá! –dijo.

Lo ignoré, acabé de fregar, colgué el trapo mojado sobre el borde del cubo y me senté en el cuarto de estar. Tenía sueño y cerré los ojos un rato, dispuesto a ponerme en pie en cuanto oyera alguna puerta o Hans Olav emitiera algún sonido.

Estuve media hora allí sentado. Cuando me desperté, el desayuno había desaparecido, y Hans Olav estaba de nuevo en la cama.

Me coloqué delante de la ventana del pequeño cuarto de estar y miré afuera. Justo allí había un pequeño monte, pelado por algunas partes y por otras cubierto de hierba, arbustos y maleza. Detrás se extendía el bosque.

En el dormitorio se oyó crujir la cama, le oí murmurar algo para sus adentros, y entré a verlo. Estaba de pie en medio de la habitación, sujetándose aún los pantalones con una mano, como llevaba haciendo toda la mañana.

–¿Damos una vuelta, Hans Olav? –le pregunté–. No nos vendría mal un poco de aire fresco, ¿a que no?

Me miró.

–¿Te abrocho los pantalones?

Ninguna reacción.

Fui hacia él, me incliné hacia delante y lo agarré por las trabillas del pantalón, su respuesta fue intentar meterme los dedos en los ojos, en uno lo consiguió, y se me hinchó de dolor.

–¡Déjalo ya! –grité.

Primero no veía nada, sólo todo negro y puntos luminosos, pero al cabo de

unos segundos recuperé la visión. Estuve parpadeando un rato, él salió al pasillo y empezó a dar puñetazos en la puerta de otra sección.

Era evidente que yo no le gustaba, y quería estar con los otros, o conseguir que me sustituyeran. Pero no le resultaría fácil.

—Venga —dije—. Vamos a dar un paseo. Ponte la chaqueta y nos vamos.

Seguía dando golpes. De repente se volvió hacia mí, pero en lugar de continuar, como esperaba, y tal vez intentar meterme los dedos en los ojos otra vez, me rodeó y se metió en su dormitorio.

—¡Vamos! —grité—. ¡Vámonos, me oyes!

Se tumbó en la cama, pero su mirada parecía preocupada, le cogí de la mano y tiré de él todo lo que pude para ponerlo en pie. Aunque no se resistiera, sino que intentara ayudar, se deslizó fuera de la cama y cayó al suelo despacio, más o menos como un barco escorado.

Aquello era un infierno.

Se quedó tumbado de lado, con lágrimas en los ojos. Intentó levantarse a empujones con la mano, yo no podía hacer más que mirar, esperando que nadie eligiera justo ese momento para entrar. Cuando logró quedarse sentado, volví a cogerle de las manos, y él, que ya no luchaba en contra, empujó con los pies y consiguió por fin levantarse.

Me miró y bufó, no muy distinto a un gato, y a continuación salió al pasillo. Yo entré en el cuarto de estar y me senté en el sillón. Oí como el hombre daba pasitos por allí fuera.

Eran las nueve menos diez.

Algo golpeó el suelo, salí corriendo, eran el plato y la taza. Hans Olav estaba meando en un rincón.

No dije nada, fui a por un trapo y un cubo, me puse guantes y fregué el suelo. Él parecía más aliviado, daba vueltas a mi alrededor mientras yo fregaba.

—¿Damos un paseo? —le pregunté.

Metió los pies en sus grandes zapatos y fue a por la chaqueta. No consiguió subirse la cremallera, me acerqué a él, intentó esquivarme, abrió la puerta, bajó la escalera con pasitos precavidos, y se quedó esperando delante de la puerta de la calle. La abrí y salimos. Se mantenía todo el rato diez pasos delante de mí mientras andábamos. Al cabo de unos minutos se dio la vuelta, intenté que continuara, pero él decía ¡ne!, ¡ne! Y volvimos a su apartamento,

donde se tumbó inmediatamente en la cama y empezó a masturbarse. Yo me senté en el sillón. No había transcurrido aún una tercera parte del día.

No sólo la vida dentro de la institución era diferente a la de fuera, también lo era el tiempo. Cuando estaba delante de una de las ventanas mirando hacia el bosque, sabía que si hubiera estado sentado debajo de un árbol mirando hacia esos edificios de ladrillo, apenas habría percibido el tiempo, me habría movido con tanta facilidad a través del día como las nubes en el cielo, pero cuando estaba dentro mirando hacia fuera, el tiempo era mucho más pesado, casi como la tierra, como si en la institución se topara con obstáculos y todo el tiempo se viera obligado a dar rodeos, más o menos como un río cuando recorre la última llanura antes del mar, serpenteando por los innumerables meandros casi laberínticos.

Cuando mi turno por fin terminaba, siempre me llegaba como una sorpresa y se convertía en una experiencia que utilizaba para aguantar: todo llegaba a su fin, y en ese punto, cuando volvía a ser libre, era como si el tiempo entre medias no existiera, como si no hubiera existido nunca, pues, de hecho, había desaparecido.

No era de extrañar que el tiempo transcurriera más despacio allí dentro, era un lugar donde nada debía ocurrir, donde ningún desarrollo era posible, lo notabas nada más entrar por la puerta, aquello era un depósito, un almacén de personas no deseadas, y esa idea resultaba tan terrible que hacías todo lo posible por hacer como si no fuera así. Los internos tenían sus propias habitaciones con sus propios objetos, que se parecían en un grado sorprendente a las habitaciones y los objetos de las personas de fuera, comían en compañía de los demás internos y cuidadores, como si fueran una familia, y todos los días iban al «trabajo». Lo que allí creaban no tenía ningún valor, el valor radicaba en que proporcionara a su vida la apariencia del sentido que tenía la vida fuera de allí. Y así pasaba con todo lo que había en su mundo. Estaban rodeados de algo, se parecían a algo, y en ese parecido residía el valor. Esto me quedó muy claro el primer viernes que tuve turno de tarde, y toda la sección fue a la «disco» después de la cena. La fiesta tuvo lugar en una especie de sala de fiestas dentro del recinto, un local muy grande con mesas y sillas en una mitad y una pista de baile en la otra. La luz estaba amortiguada, las ventanas cubiertas por cortinas. Por los altavoces salía música pop, algunos mongólicos se movían hacia delante y hacia atrás en la



pista de baile. Había sillas de ruedas por todas partes, bocas abiertas de par en par, ojos dando vueltas. Los internos de mi sección estaban sentados alrededor de una mesa junto a las ventanas, cada uno con una CocaCola delante. Yo estaba sentado al lado de Ellen, que a veces me miraba con ojos cansados. Egil llevaba una camisa blanca y arrugada, con manchas de ketchup en el pecho. El pelo le salía en horizontal. Miraba al techo, moviendo la boca. Håkon bebía su refresco a pequeños sorbos. Alf miraba fijamente el tablero de la mesa con expresión sombría. A nuestro lado se levantó un cuidador, empujó la silla con un interno a la pista, y empezó a moverla al compás de la música. El hombre emitía unos sonidos huecos y felices por su boca muy abierta, mientras se le caía la baba. Los otros cuidadores estaban sentados en sus mesas fumando y charlando de sus cosas, parecía. De vez en cuando gritaban no, no hagas eso, o quédate sentado o ya sabes lo que opinamos de eso. Hans Olav estaba en un rincón del local con su cara de Picasso encendiendo y apagando un aplique. Resultaba tétrico. Todos esos cuerpos contrahechos y almas mutiladas metidos en una discoteca, el espacio más importante de la cultura juvenil, creado para sueños de amores románticos, cargados de futuro y posibilidades resultaban siniestros, porque no conocían los sueños, los deseos, las tensiones, ellos no veían más que los perritos calientes y los refrescos. Y la música, que debería llenarles el cuerpo de placer y alegría, no era más que sonidos. Cuando bailaban sólo quedaban los movimientos, y cuando sonreían era por el parecido, porque ahora hacían cosas que hacían los normales. Todo se parecía al mundo tal y como era, pero vaciado de su sentido, y lo que quedaba era una parodia, un travestismo, algo grotesco y malo.

–Allí tienes café si quieres –dijo Ellen.

–Pues quizá sí –dije, y me acerqué a la mesa donde estaba la cafetera de bombeo, me llené una taza, miré a los felices mongolos, tendrían unos cuarenta años, era difícil saber su edad, sus caras eran siempre jóvenes, tenían la forma de jóvenes, como si no envejecieran, excepto por las arrugas que se dispersaban por ellos, haciéndoles parecer niños ancianos.

Me volví a sentar con los de mi sección, encendí un cigarrillo y miré a Hans Olav, que ya había empezado a tirar de las cortinas.

Alf levantó la vista y me miró a los ojos. Me estremecí. Parecía saberlo todo sobre mí, conocer mis pensamientos más íntimos, odiarme con todo su corazón.

—¡Hans Olav! —dijo Ellen levantándose. Alf volvió a mirar fijamente el tablero de la mesa. Ellen se colocó frente a Hans Olav, que miraba al suelo, mientras ella hablaba con él. De repente echó un vistazo a un lado y empezó a andar en esa dirección, como si no se hubiera percatado de Ellen, ni de la situación en la que se encontraban. Kåre, como encogido bajo la joroba, que resultaba difícil entender como parte de él, se fue hacia otra mesa. Los cuidadores lo saludaron, pero él los ignoró, agachó la cabeza y agitó la mano junto a la oreja, como se suele hacer con una caja para averiguar si tiene algo dentro. Irene y Ørnulf entraron por la puerta. Me sentí aliviado al verla, de alguna manera ella tenía un efecto sobre mí. Habíamos charlado un poco en los descansos los últimos días, ella me había preguntado qué me había hecho solicitar trabajo allí, si yo ni era de ese sitio ni vivía allí, yo le dije que salía con una chica que vivía cerca, me preguntó su nombre, se lo dije. ¡Gunvor!, exclamó ella. ¡Estudiamos juntas en el instituto! Esa información me resultó incómoda, claro que la había mirado y había pensado en ella, sin que ella se diera cuenta, esperaba, pero con esas cosas nunca podía saberse. Sentí que era infiel. Que estaba traicionando a Gunvor. Una mirada cuando ella cambiaba sábanas y fundas de edredones en una de las habitaciones, con las usadas en un montón en el pasillo, en una puerta tras otra. Lo de la mirada no era nada malo, trabajábamos en la misma sección, pero los pensamientos eran otra cosa, ella me gustaba demasiado. O cuando empujaba el carro de la comida hasta las mesas y empezaba a distribuirla y se encontraba con mi mirada, a la que correspondía con una simple sonrisa profesional, sin ningún interés personal por mí, excepto como colega. Eso también resultaba humillante. De modo que allí estaba yo, atrapado entre dos pequeñas denigraciones: por un lado, porque ella me gustaba demasiado, teniendo en cuenta el hecho de que yo salía con Gunvor; por otro, porque ella no tenía ningún interés por mí, ni por quién era yo. Todo esto lo mantenía alejado, claro, no decía nada, me comportaba correctamente en todos los sentidos, de hecho me mostraba más huraño que insinuante, lo que ocurría estaba oculto para todo el mundo excepto para mí, entonces tampoco existía, ¿no?

Ella se fue a buscar un refresco y un perrito caliente para Ørnulf, que enseguida se inclinó hacia delante para chupar la paja amarilla. Como no sacaba suficiente, sacó la paja y la tiró al suelo, se llevó la botella a la boca y la vació de un largo sorbo.

Ella me miró con una sonrisa amable.

–¿Qué vas a hacer este fin de semana?

–Me iré a casa de Gunvor, supongo. Vendrá a buscarme cuando acabe el turno.

–Dale recuerdos.

–Lo haré. ¿Y tú?

–Bueno, quizá me vaya a Stavanger. Si no, me quedaré aquí. Dependerá un poco del tiempo que haga.

–Pues no parece que vaya a hacer muy bueno –dije, porque estaba lloviendo, y llevaba todo el día igual.

–Es verdad –dijo ella.

Sonó «Good Vibrations» de los Beach Boys. Los mongolos se contoneaban de un lado para otro, algunos de ellos con una sonrisa en la boca, otros en profunda meditación. Rugían y gemían. Ellen le secó la boca a Are mientras él miraba al techo.

–Maravillosa música de verano –dijo Irene.

–Mm –dije yo.

La niebla colgaba sobre los árboles, la lluvia golpeaba con dureza el suelo, que brillaba a la luz de ventanas y farolas. Yo estaba delante del edificio de la administración esperando a Gunvor, que venía a buscarme. El cielo nocturno gris se arrastraba, casi metido por completo dentro del paisaje. Era bonito. El asfalto estaba húmedo, la hierba estaba húmeda, los árboles estaban húmedos y con un color verde atenuado en lo gris, y sin embargo intenso y nítido. El bosque de los cuerpos torcidos y las mentes distorsionadas. Con las luces de las ventanas y el silencio entre los árboles era un lugar tan siniestro como atractivo. Todo allí despertaba ambivalencia, nada era claro: aunque todas las rutinas y ese ritmo tan lánguido en el que todo transcurría me hacían sumergirme en un aburrimiento casi apático a veces, al mismo tiempo siempre resultaba desgarrador estar allí. Era como si corriera y estuviera quieto a la vez, la respiración jadeante, el corazón palpitante y el resto del cuerpo inmóvil. Quería ser una buena persona, llena de empatía hacia los que sufrían, pero cuando se me acercaban, lo que sentía era desprecio y rabia, como si sus carencias tocaran algo en lo más profundo de mí.

Cuando Gunvor y yo nos bajamos delante de su casa después del largo viaje en coche, tenía todavía la institución metida en el cuerpo, como agua

pantanosa estancada. Todos mis sentimientos estaban coloreados por ese lugar, incluso cuando se me llenaban los pulmones del aire claro y limpio de su pueblo. Sus padres se habían acostado ya, Gunvor y yo cenamos solos en la cocina, ella preparó té, nos sentamos en el cuarto de estar y nos quedamos mucho rato hablando, nos dimos las buenas noches con un beso y nos fuimos a acostar cada uno a nuestra habitación, no sin bromear con ello. Yo me sentía en su casa como en una novela de principios de siglo, la joven pareja que habita en una moral distinta a la suya, rodeada de prohibición, negación y no-vida, a pesar de estar en medio de la vida fragorosa, llenos de deseo reprimido que de vez en cuando emergía a la fuerza a la superficie. Me gustaba esa sensación, era lo más romántico que me podía imaginar.

A la mañana siguiente me prestaron unas botas y un chubasquero, salí al resbaladizo muelle con Gunvor y su hermano, me metí en la barca, que tendría unos catorce o dieciséis pies, y me senté en el banco de delante. El hermano arrancó el motor fuera borda y salió lentamente marcha atrás, hasta que pudo dar la vuelta y acelerar. Llovía a mares. El bosque se levantaba como una pared verde contra la planísima superficie gris del agua, que la proa hendía, transformándola en remolinos blancos con varias capas transparentes, casi cristalinas, hacia abajo, y yo tenía una clara sensación de profundidad, de encontrarme en la superficie de una enorme profundidad, sensación que se reforzó cuando nos detuvimos delante del buitrón y la barca se quedó meciéndose en sus propias olas, y al cerrarse cada vez más el buitrón apareció el lomo de un pez muy abajo en las profundidades. Nadaba en círculos cada vez más arriba y era enorme. Grande como un niño y reluciente como plata. Seguía subiendo, y cuando por fin estuvo dentro de la barca y el hermano de Gunvor lo golpeaba una y otra vez con un mazo de madera, ofrecía una resistencia tan grande que el chico tuvo que ponerse a horcajadas encima de él y nosotros intentábamos ayudar como podíamos, presionándolo hacia abajo. La fuerza del esbelto cuerpo era aterradora.

A la vuelta, cuando estaba inmóvil entre nuestros pies y sólo alguna suave sacudida que otra le recorría el cuerpo, yo llevaba conmigo la imagen de cuando salió del agua. Fue como si llegara de una época distinta a la nuestra, subía hacia nosotros desde las profundidades del tiempo, una bestia, un monstruo, una fuerza primitiva, a la vez que había en él algo claro y simple. Sólo el agua, el destello de plata en la profundidad, esas enormes fuerzas que tenía dentro y que lo atravesaron como una sacudida cuando murió.

La lluvia golpeaba ahora el cuerpo muerto y chorreaba por las escamas y el vientre blanquísimo.

Aquel domingo Gunvor tenía turno de noche, así que cogí el autobús pronto por la tarde y sobre las cinco estaba abriendo la puerta de mi casa. Pensaba escribir un poco durante las horas que faltaban para acostarme, pero a la media hora lo dejé, tenía la sensación de que no se podía poner nada en marcha en un ambiente tan desconocido como ése. Opté por darme una vuelta por el centro, cedí a un capricho y entré en el restaurante chino, donde comí solo en un local lleno de familias de celebración dominguera. Me quedé hasta tarde leyendo una novela de V. S. Naipaul que había encontrado rebajada unos días antes, estaba en una caja en el exterior de la librería, y se titulaba *El enigma de la llegada*. Me gustó, aunque no había acción, sólo la descripción de un hombre que se había ido a vivir a una casa apartada de todo en Inglaterra, todo le resulta extraño y desconocido, pero lentamente va ganándose al paisaje, o el paisaje a él. Pensé que la prosa es algo en lo que uno puede descansar, de la misma manera que se puede descansar en un lugar, debajo de un árbol o en el sillón de un jardín, y que eso tenía un valor intrínseco. ¿Por qué había que escribir sobre acciones o tramas? X ama a Y, Z mata a Æ, Ø es acusado de malversación de fondos y es descubierto por Å... Su hijo A se avergüenza profundamente y se muda a otra ciudad, donde conoce a B, se van a vivir juntos y tienen dos hijos, C y D... ¿Qué era la descripción de un padre en comparación con la de un árbol en un prado? ¿O la descripción de una infancia en comparación con la de un árbol visto desde una colina?

¡Ojalá hubiera sabido describir un árbol visto desde una colina! Lo abierto y libre por encima de los árboles de hoja caduca, cómo sus copas vistas a distancia se juntan formando olas, verdes, maravillosos y vivas, pero no vivas a nuestra manera, no, vivas a su manera, tan sencilla como misteriosa. ¡Los abetos, tan ásperos y derechos, los pobres y orgullosos pinos, los pálidos y voluptuosos abedules, y los álamos, los temblorosos álamos cuando el viento azota la ladera!

Verde, gris, negro. Estanque y tierra, árboles caídos y pantanos, claros y boscajes, cercas de piedras tan viejas que están como enraizadas en el paisaje. Lagunas con nenúfares y fondos de fango llenos de árboles muertos. Prados y campos, desfiladeros y precipicios, pinares y brezales, ríos y arroyos,

cascadas y hoyas. Álamos blancos, fresnos, encinas, serbales, abedules, sauces, alisos, olmos, pinos, abetos. Cada uno con su forma característica e individual, a la vez que todos representan lo mismo.

Pero no podía escribir sobre eso, se encontraba fuera de mi alcance, tanto porque mi lenguaje no daba la talla, es decir, no había ninguna manera en la que poder acercarme a ello, ninguna manera en la que poder adentrarme en ello, como por no saber lo suficiente sobre el tema. La última vez que me encontré en las profundidades de un bosque debió de ser cuando iba a noveno. No distinguía un aliso de un fresno, apenas sabía el nombre de ninguna flor, excepto anémona blanca y anémona azul y lo que llamábamos flores de mantequilla, que seguramente tenían otro nombre.

Era incapaz de describir un bosque, ni visto desde arriba ni desde dentro.

¿Sería capaz de describir la llegada a un paisaje como hacía Naipaul?

No, yo no tenía en mi interior esa serenidad que él poseía, ni eso tan seguro y claro que había en todos los grandes prosistas, yo ni siquiera lograría hacer un pastiche.

Así fue para mí leer a Naipaul, como era leer a casi todos los demás autores buenos, tanto con placer como con envidia, tanto con alegría como con desesperación.

Pero al menos evitaba pensar en la institución, y en ese momento, la víspera de una nueva semana de trabajo, era en realidad lo único que buscaba. Pensar en ese lugar, es decir, en todos los días que me quedaban, resultaba peor y más insoportable que los días en sí, que después de todo siempre llegaban a su fin. Cuando estaba allí dentro e iba de la cocina a la sala del personal, del fregadero al cuarto de estar, era como si todo lo demás desapareciera; la sección, con su luz chillona y sus suelos de linóleo, sus olores rancios y sus montones de frustraciones y obsesiones, constituía una existencia aparte en la que me sumergía, era como si me rodeara, cruzar el umbral de la puerta de entrada era como entrar en una zona nueva. No es que careciera de problemas, pero los problemas estaban relacionados con la vida allí dentro, con las personas que allí se encontraban, tanto cuidadores como internos. Era como si estuviéramos encerrados, como si nos moviéramos en un espacio muy limitado, en el que cualquier desplazamiento en una u otra dirección adquiriría un peso casi inaudito, a la vez que el transcurso tan lento del tiempo y la falta de algo que apuntara hacia una salida convertían la vida allí dentro en una especie de quietud, en algo casi del todo inmóvil.

Pasaba casi todos los fines de semana con Gunvor, nos bañábamos y nos relajábamos, dábamos paseos por el bosque, veíamos la televisión, cuando ella quería fumar nos alejábamos de su casa en coche, ya que en su casa no fumaba. Yo la quería, pero sin la vida de Bergen, en la que sucedían muchas otras cosas, tenía claro que para mí no bastaba, que ella sola no me bastaba, y me dolía pensarlo, por ejemplo cuando comíamos con sus padres, que tanto la querían, o cuando veíamos la televisión o jugábamos al Trivial Pursuit por las noches, porque aunque Gunvor no lo viera, o no quisiera verlo, su madre sí lo veía, estaba convencido de ello. ¿Qué era yo entonces?

Una tarde nos bañamos junto a los montes pelados. El aire era caliente y estaba lleno de insectos, el sol colgaba ardiendo justo encima de las copas de los árboles. Luego nos quedamos un rato uno al lado del otro contemplando el paisaje. Gunvor se levantó, se colocó detrás de mí, y de repente me tapó los ojos con las manos.

—¿De qué color son mis ojos? —me preguntó.

Me quedé helado.

—¿Qué es esto? ¿Me estás haciendo un examen?

—Sí —contestó—. Dilo. ¿De qué color son?

—Déjalo —dije—. No hace falta que me pongas a prueba. ¡Claro que sé de qué color son tus ojos!

—¡Entonces dilo!

—No. No quiero decirlo. No quiero que me examines.

—No lo sabes.

—Claro que lo sé.

—Entonces dilo. Es sencillo.

—No.

Me soltó y empezó a subir la cuesta. Yo me levanté y la seguí. Le dije que la amaba, ella dijo que lo dejara ya, yo dije que era verdad, que me salía de lo más profundo del alma. Pero que era un egocéntrico y poco atento, distante y ausente, y eso no tenía nada que ver con ella.

Los fines de semana que pasaba en su pueblo hacía muchas fotos que me revelaban en una tienda los lunes. Le mandé algunas por carta a mi padre. Ésta es mi nueva novia, Gunvor, escribí, y aquí estoy yo, al lado de su caballo, en la granja de sus padres. Como ves, no he cambiado gran cosa. He

pensado en pasar a veros este verano, en todo caso llamaré con antelación, saludos, Karl Ove.

Cuando acabé las seis semanas en la institución, cogí el barco hasta Stavanger y desde allí el tren hasta Kristiansand. Los primeros días me alojé en casa de Jan Vidar, que se había mudado a un adosado en una de las urbanizaciones de las afueras de la ciudad con su novia, Ellen. Nos sentábamos en el jardín a beber cerveza y a hablar de los viejos tiempos, y de lo que hacía la gente ahora. Jan Vidar se había sacado el carné de buceador, mi viejo sueño, le dedicaba bastante tiempo, dijo, por lo demás, casi todo se centraba en el trabajo. Él siempre había sido así, desde que estudiaba formación profesional se levantaba en mitad de la noche para trabajar en una pastelería. De repente me acordé de que ir con él al cine era horrible, porque a los pocos minutos se le cerraban los ojos, ocurriera lo que ocurriera en la pantalla.

La casa estaba situada sobre una elevación del terreno, desde el jardín de atrás se veía un brazo del fiordo, el cielo estaba azul y el viento se movía lentamente por entre los árboles de la ladera, como siempre por las tardes. Tenían una gata y Jan Vidar contó cuando tuvo gatitos. Era demasiado joven para tener descendencia, o le pasaría otra cosa, porque una tarde, al volver a casa, Ellen se encontró con que la joven madre había matado a todas sus crías. Había sido un auténtico baño de sangre. Jan Vidar se reía al contarlo, yo estaba estremecido imaginándome la situación, todos los chillidos, soplidos y gateos sobre la manta.

Al día siguiente me desperté en una casa vacía, y cogí el autobús hacia el centro, lleno de la vieja sensación de pánico, era un día fantástico, no se veía ni una nube por ninguna parte, y estuve andando y sudando por las estrechas y calurosas calles, mientras todo el mundo se había ido a los islotes en sus barcos a bañarse, beber cerveza y pasárselo bien. Yo nunca lo había conseguido, nadie me había invitado nunca, y esas cosas no las hacías por tu cuenta. ¿Qué pintaba una tienda de discos en «un día de cariño», como llamaban en Kristiansand a esos días maravillosos de verano, calurosos y sin viento? ¿Qué pintaba la biblioteca, quién se sentaba allí a mirar al infinito en días como ése?

Pasé por casa de mis abuelos paternos, se sorprendieron al verme, les hablé un poco de la vida en Bergen, que ya tenía novia, que veía mucho a Yngve y que él estaba muy bien. Ellos no habían cambiado nada, en su casa todo



estaba como siempre, era como si hubiesen alcanzado su edad definitiva, pensé, cuando volví a coger el autobús hacia casa de Jan Vidar, y que a partir de ahí ya no se harían ni un día más viejos.

En Kristiansand no tenía nada que hacer, ya no era «mi casa». Bergen tampoco lo era, no me llenaba de alegría la idea de volver allí y empezar un nuevo semestre, ¿pero qué alternativa tenía?

El último día de mis cortas vacaciones en el sur fui a ver a mi padre y a Unni. Estaba bastante contento cuando me bajé del autobús en la carretera E18 y subía por las calles de la urbanización en la que vivían, aunque siempre se me abría una pequeña rendija de miedo a mi padre al acercarme. Estaba sentado en el sofá cuando subí la escalera. No sabía dónde mirar, había engordado un montón. Estaba como un tonel, y me miró fijamente. Muy bronceado, con pantalones cortos y una enorme camisa, la mirada totalmente oscura.

–Aquí estás por fin –dijo–. Cuánto tiempo.

–¡Gracias por la carta! –dijo Unni–. ¡Qué bien lo de Gunvor! ¡Pensábamos que a lo mejor vendría contigo!

–Vaya nombre que tiene –dijo mi padre.

–Está trabajando todo el verano –dije–. Pero ella también tiene ganas de conoceros.

–Estudia Historia, ¿no? –preguntó Unni.

–Sí –contesté.

–¿También monta a caballo? ¿O lo de la foto era casual?

–No, no. Monta a menudo. Estuvo viviendo un año en Islandia sólo por los caballos islandeses –dije.

Mi padre y Unni se miraron.

–De hecho, incluso estamos pensando en irnos a vivir allí por algún tiempo. El año que viene quizá.

–Eso suena muy bien, Karl Ove –dijo Unni.

Me senté frente a él en el sillón al otro lado de la mesa. Dio un trago de cerveza. Unni fue a la cocina. Yo no decía nada, él no decía nada.

–¿Qué tal os va por el norte? –pregunté por fin antes de empezar a liarme un cigarrillo.

–Bien, te puedes imaginar –contestó.

Me miró.

–¿Quieres una cerveza?

–Bueno –dije.

–En la cocina hay.

Fui a buscar una. Unni estaba sentada en la mesa leyendo un periódico, abrí la puerta de la nevera y saqué una cerveza. Me sonrió.

–Parece guapa, Gunvor –dijo.

–Lo es –dije, devolviéndole la sonrisa antes de volver con mi padre.

–Vaya, vaya –dijo él.

–Salud –dije yo.

No contestó, pero al menos levantó la botella y dio un trago.

–¿Qué tal vas con esos garabatos tuyos? –me preguntó al cabo de unos instantes.

–Ahora me dedico más bien a estudiar.

–Deberías elegir asignaturas con más perspectivas que Literatura –dijo.

–Sí –contesté–. Todo llegará.

–E Yngve, ¿qué está estudiando ahora?

–Ciencias de la Información.

–Bueno, eso no está tan mal –dijo mirándome–. ¿Tienes hambre?

–Un poco.

–Prepararé la comida dentro de un rato. Con tanto calor no apetece mucho comer, tengo poco apetito con esta temperatura, ¿sabes? Por eso cenan tan tarde en los países del sur.

Había algo de familiaridad en ese pequeño razonamiento que me hizo sentirme feliz. Vacíe la botella y fui a por otra, noté las ganas de emborracharme. Hacía mucho que no me pasaba.

Y, en efecto, me emborraché. Mi padre frió chuletas e hirvió patatas, cenamos. Unni se acostó temprano, nosotros nos quedamos bebiendo en la penumbra. Él no se molestó en encender ninguna lámpara, ni yo tampoco, claro. Me dijo que él y Unni estaban siempre juntos, que no querían estar separados, que empezaban a echarse de menos el uno al otro a las pocas horas, que eso fue lo que pasó aquella vez en Kristiansand cuando él fue miembro de un tribunal en unos exámenes y nosotros fuimos a verlo, él no podía estar sin Unni, así que bebió y luego se quedó dormido, ¿te acuerdas, Karl Ove? El Hotel Caledonien se quemó dos días después, yo podía haber estado allí. Sí, dije que me acordaba de aquello, yo pensé lo mismo.

Mi padre se retrajo en sí mismo y yo me fui a por otra cerveza, luego fui a mear, volví, él se levantó, desapareció en dirección al lavabo, volvió, siguió

bebiendo. Le dije que la abuela había muerto en otoño, dijo que sí, estaba enferma, ¿no? Acabé la botella, él acabó la suya, fui a por otras dos cervezas, pensé que no importaba mucho, que no estaba mal estar con él allí sentado. Me sentía fuerte. Si él ahora me atacaba, yo sería capaz de contraatacar. Pero no me atacó, ¿para qué?, se encontraba ya muy metido en sí mismo, y al final se levantó en la penumbra, ese hombre gordo, barbudo y borracho que era mi padre, que en su día había sido el paradigma del hombre correcto; bien vestido, esbelto y guapo, un joven profesor y político de renombre; bueno, tenemos que irnos a la cama ya, dijo, ya sabes, mañana será otro día.

Unni me había hecho la cama en la habitación de abajo, y con la cabeza zumbando de pensamientos y sentimientos me acosté disfrutando de la ropa de cama fresca y limpia, y de estar en una habitación que no era mía, pero donde sin embargo pertenecía, al menos en cierto modo. Fuera, el viento zumbaba en los árboles, arriba sonó un crujido en el suelo, y fuera palidecía la rubia oscuridad de la noche de verano, mientras yo yacía en la cama durmiendo hasta que el primer trozo azul del cielo penetrara lentamente y empezara un nuevo día.

Pasé las últimas semanas del verano en casa de mi madre. Era como un refugio, donde no había nada de aquello contra lo que solía luchar. A Kjartan, al que mi madre había ido a ver prácticamente todos los días desde que lo ingresaron, ya le habían dado el alta, y coincidí allí con él. Parecía frágil y sin fuerzas, un poco más estirado en su manera de ser, pero por lo demás recuperado. Me enseñó unos poemas que acababa de escribir, eran fantásticos. Dijo que se mudaría de nuevo a Bergen para ponerse al día con los estudios. No le pregunté por lo que le había pasado, eso pertenecía a las cosas que no se sacaban a relucir enseguida, pero al cabo de un tiempo me lo contó por propia iniciativa. Cuando destrozó el piso gritaba que tenía cuarenta años. Tengo cuarenta años, gritaba, destrozando todo lo que encontraba a su alrededor. Cuando llegó al hospital de Førde se obsesionó pensando que estaba en Japón, que los que lo recibieron eran japoneses, y les hizo una profunda reverencia, como era costumbre en Japón. En lo más profundo de su brote psicótico oía voces, recibía constantemente directrices de un dios, y yo pensaba que en ello había también algo bueno, el que fueras cuidado por algo distinto, a la vez que era escalofriante, ya que ese «algo distinto» también era él, formaba parte de él.

Ya de vuelta en Bergen empecé a escribir otra novela. La acción tenía lugar en un paisaje de los fiordos, en la década de 1920, en el primer capítulo el protagonista juega a las cartas en una cabaña arriba en las montañas, pero se iba a casar y no quería usar para la boda el dinero que había ganado en el juego, así que lo pone todo en el bote y se reclina en el banco, contemplando con gran placer la excitación de los demás por esa gran suma que tal vez llegue a ser suya. El protagonista del segundo capítulo era un joven de Bergen de la década de 1980, está mirando los libros que tiene en la librería mientras espera a su novia, en la cocina está hirviendo la cafetera exprés, piensa en sus abuelos en la granja del fiordo, son viejos, su abuela está enferma, sus vidas están a punto de terminar. Sólo había llegado hasta allí en mi historia cuando empezó el curso, porque había escrito y borrado cada frase innumerables veces, todo estaba extremadamente trabajado, era un proceso largo, y como tenía que entregar un trabajo del curso en sólo unos meses, tuve que posponerla.

El título provisional del trabajo que iba a hacer era «La intertextualidad en *Ulises*, de James Joyce». Era ambicioso, lo sabía, pero tenía un plan y un objetivo, quería obtener una nota altísima, y para eso tenía que arriesgarme.

Ya que era Julia Kristeva la que había acuñado el concepto de intertextualidad, empecé centrándome en ella y leí *La revolución del lenguaje poético*, sin llegar a comprenderlo, me resultaba demasiado difícil. Ella escribía mucho sobre Lacan, yo quería ir a las fuentes y leí un libro suyo en traducción sueca, que era aún más complicado si cabe, en parte porque tanto los pensamientos de él como los de ella salían de una especie de postura básica estructuralista que me resultaba muy ajena. Por un lado aquello me hizo sentirme orgulloso por estar trabajando en algo de muy alto nivel, pero, por otro, desesperado y cabreado por no llegar a captarlo del todo. Casi, pero no del todo. Otra dificultad añadida era que muchas de sus referencias me resultaban desconocidas; si conocía alguna, se trataba de un conocimiento muy superficial, y eso no bastaba, la precisión era la premisa para esta actividad a nivel de partículas en la literatura. La novela *Ulises* trataba de un día en la vida de un individuo, narrado en capítulos de estilos sumamente distintos. Encontré un libro que recogía todas las referencias a Dante que había en *Ulises*, y como me extrañaba que los profesores tuvieran ese libro, pensé que podía usarlo sin correr ningún riesgo, permitiendo tal vez que la presencia de Joyce fuera el ejemplo portador de la intertextualidad de la obra.

Cuando me llegó el préstamo de estudios, compré un ordenador de segunda mano, un Olivetti, a una amiga de Yngve, Borghild, a la que conocí la primera vez que estuve en el Café Opera, ella era ya directora de la revista *Syn og Segn*, y había estado saliendo un tiempo con Asbjørn. Pedía cinco mil coronas, lo que era una cuarta parte de mi préstamo, pero se trataba de mi futuro, de modo que acepté, y por primera vez en mi vida me senté a escribir letras en una pantalla, y no en una hoja. Futuristas letras verdes, hinchadas de luz, que se guardaban en unos minúsculos disquetes a los que se llamaban *floppy disks*, y a las que podía volver cuando quisiera. Había además en el ordenador un juego de Yatzy, podía pasarme horas tirando los dados, que también eran verdes e hinchados de luz. A veces comenzaba así el día, una hora de Yatzy antes del desayuno. También lo hacían Yngve y Asbjørn, y si alcanzaba un nuevo récord, siempre se lo contaba cuando nos veíamos.

Gunvor también se había comprado un ordenador y a veces me llevaba el disquete a su casa y me ponía a escribir después de que ella se acostara y estuviera durmiendo en la cama a sólo unos metros de mí, respirando, dando vueltas y retorciéndose como hacen los dormidos, en un mundo completamente distinto a ese en el que yo estaba sentado, o mientras ella estudiaba en la biblioteca. Yo, por mi parte, no ponía el pie en la universidad, ese semestre estaba centrado en el trabajo que tenía que entregar, y me iba mejor quedarme en casa trabajando y releendo lo que había escrito, pensaba. En la práctica muchas veces no hacía absolutamente nada, los días se me iban en hacer la compra, desayunar, leer el periódico, mirar por la ventana, pasar por librerías o tiendas de segunda mano que vendían libros en el centro, volver a casa, comer, pasar la tarde con Espen o Gunvor, si no salía por ahí, reduciendo así mi saldo. Cuando bebía con Espen, Gunvor o sus amigos, todo iba bien, volvía a casa sin haber perdido el control, pero si lo hacía con otros, es decir, con Yngve y sus amigos, era más arriesgado. Una mañana volví a casa sin llave sobre las cinco y llamé a la puerta, por suerte Gunvor estaba durmiendo en mi casa, me abrió, había miedo en sus ojos, pasé por delante de ella, lo único que quería era dormir, no recordaba nada del camino de vuelta, ni de la velada en general, sólo del instante en que estaba delante de la puerta y no encontraba la llave.

—¿De quién es esa chaqueta? —me preguntó Gunvor.

—Mía, claro —respondí.

—No es tuya —dijo ella—. Jamás has tenido una chaqueta así. ¿Y qué es eso?

¡Hay sangre en ella! ¿Qué ha pasado?

Miré la chaqueta. Era una chaqueta vaquera azul. Había sangre en la solapa.

—Es mi chaqueta. La tengo desde hace un montón de años. No entiendo por qué te pones tan pesada. Voy a acostarme. Estoy agotado.

Cuando me desperté, era la una y la cama estaba vacía. Gunvor se había ido a clase sobre las nueve, como solía hacer.

No recordaba nada desde que estaba en Garage hasta que me encontraba delante de mi puerta.

Helado y angustiado fui a la entrada a ver la chaqueta que colgaba allí. Nunca la había visto.

Eso no tenía por qué significar gran cosa. Habría estado en una fiesta después de Garage y me habría equivocado de chaqueta al cogerla del montón, estaría borracho, no era tan raro.

¿Pero la sangre?

Fui al cuarto de baño y me miré en el espejo. Nada, ni una gota de sangre de la nariz.

La chaqueta tendría ya la mancha de antes.

Me lavé la cara con agua fría y me fui a la cocina. Oía la radio en la habitación de Jone, llamé a su puerta y asomé la cabeza. Estaba sentado en un sillón con la funda de un disco en las manos.

—¿Quieres café? Voy a hacer ahora.

Se rió.

—¡Vaya pinta que tienes! ¿Has estado de juerga esta noche?

Asentí con la cabeza.

—Me encantaría tomarme uno —dijo.

—No me acuerdo de nada —dije.

—Estás muerto de miedo, ¿no?

—Sí.

—Todo irá bien. Seguro que no ha pasado nada. ¿Hueles a perfume?

—No.

Se rió.

—Entonces no pasa nada. Tampoco has matado a nadie, ¿no?

Precisamente eso me temía.

Puse al fuego la cafetera exprés y calenté la leche en un pequeño cazo.

Jone llegó cuando el café estaba preparado, sacó una taza del armario, se sirvió, puso un pie en la silla y sopló la humeante superficie.

–La policía vino esta mañana cuando me iba –dijo.

–Ja, ja –dije.

–¡Es verdad! Al bajar la escalera vi a dos policías en la puerta que hay junto a los buzones. Estaban abriéndola con un pie de cabra. No decían nada, estaban callados, ni me miraron, concentrados en abrir esa jodida puerta. Completamente absurdo.

–¿Sería una redada?

Jone se encogió de hombros.

En la planta baja vivían unos inmigrantes, la casa estaba siempre llena de gente. Espen pensaba que a lo mejor vendían droga, y si la policía había acudido, parecía probable; también podía ser que no tuvieran permiso de residencia o algo así. Jone, que hablaba con todo el mundo, había intentado entablar conversación con ellos, pero sin mucha suerte.

–¿Cómo os va con la banda? ¿Máquinas de Kafka?

Se rió de nuevo, el nombre era demasiado «estudiantil» para su gusto.

–Bien –contesté–. Esta noche tenemos ensayo.

–Por cierto, hice unas compras estupendas en Trondheim –dijo–. ¿Quieres verlas?

Había ido en autobús a Trondheim ese fin de semana sólo para participar en una feria discográfica.

Todo lo que pudiera distraer mi atención de la noche me venía bien, y lo seguí hasta el cuarto de estar. Sacó unos singles, todos con funda de plástico, la mayoría punk noruego y nueva ola.

–¿Te acuerdas de éste? –me preguntó, alcanzándome Blaupunkt, «Quiero ser joven».

–¡Sí, y tanto!

Había también de Betong Hysteria, Kjøtt, Wannskrækk, Lumbago, The Cut y algunos de DePress.

–Éste podría gustarte –dijo, sacando una funda completamente redonda de XTC, era *The Big Express*, con forma de rueda de tren.

–¿Cuánto piensas pedir por él?

–No mucho. ¿Ciento cincuenta? ¿Doscientas?

–¿Por qué no doscientas cincuenta? –sugerí.

Él se rió.

–No me interesa –dije–. Ya lo tengo. –Me di un golpe en la frente–. Mejor dicho, lo tenía. Me había olvidado por completo de ese puesto mío tan estúpido en tu feria.

A finales del semestre anterior me quedé sin blanca y me vi obligado a pedir prestado tanto dinero que me dejé tentar y alquilé un puesto de unos metros en una feria discográfica en la que participaba Jone. Vendí todos mis discos. Cobré por ellos unos cuantos miles, dinero que ya había gastado en bebida una semana después, fue esas semanas en que Bergen ardía y todo el mundo estaba de juerga. Y ¡hala!, mi colección de seis años tirada por la borda. Mi alma estaba en esos discos, en parte lo hice por eso, quería limpiarme de todo, al fin y al cabo no era más que mierda. No la música, claro, sino mis recuerdos relacionados con ellos.

–Si te interesa coleccionar, lo que tiene valor ahora son los CD –dijo Jone–. Has hecho bien en venderlos. ¡No pienses más en ello!

Volvió a reírse.

–Tenía sangre en la chaqueta cuando he vuelto a casa esta mañana –dije–. Y ni siquiera es mi chaqueta. No recuerdo una mierda. Nada.

–Eres un chico muy bueno, Karl Ove, tranquilo. No has hecho nada malo.

–Tengo la sensación de haber matado a alguien.

–Bueno, es normal. Seguro que sólo has ido por ahí diciendo a todo el mundo lo fantásticos que eran.

–Sí.

–Me voy a la escuela. Esta tarde hay una conferencia.

–Vale, yo también me voy. Hablamos luego.

Ya no ensayábamos en Verftet; Pål había encontrado un local en el sótano del Centro de Alta Tecnología, que estaba al otro lado del puente de mi casa, un edificio gris con líneas azules y un logo azul, que parecía más bien uno de esos frascos de gel de plástico gris, con ranuras y tapa azul. El laboratorio de Pål se encontraba en ese edificio, yo había estado una vez, paseándome con los ojos abiertos de par en par por los pequeños cuartos con los instrumentos, me encantaba «la ciencia», es decir, el aura que rodeaba esa actividad, no la ciencia en sí, que despreciaba, que era técnica, instrumental, no humana, racional sólo hasta cierto punto. Pero «ciencia» era todo, desde el submarino del capitán Nemo hasta el diario de Darwin sobre el viaje del *Beagle*, era Bruno, que fue quemado en la hoguera y Galilei, que dio a la iglesia todas las



concesiones que le pedía, los –a posteriori siniestros– esfuerzos de Madame Curie con la radiactividad, Oppenheimer y la fisión del átomo, «ciencia» era el hombre al que a mediados de la década de 1840 una barra de hierro le atravesó el cráneo y sufrió una transformación total de la personalidad, antes buena, ahora mala, permitiendo dar un gran paso adelante a la medicina, porque con ello supieron que ciertas funciones están colocadas en ciertas partes del cerebro, habiendo localizado una de ellas; de esa manera desarrollaron las teorías que posibilitarían la lobotomía. ¿Podía haber algo más loco y salvaje que la lobotomía? Acaso esas personas que ataban a sus pacientes y les aplicaban enormes descargas eléctricas para aliviarlos un poco de la depresión. Servía, iban por buen camino, eso era lo que me gustaba, el que algunos aprendieran a dominar la electricidad, por ejemplo, a dominarla y almacenarla, con ello algo nuevo había entrado en el mundo. Al mismo tiempo había algo enajenado en eso, la liberación de toda esa velocidad, por ejemplo, y toda esa luz que se lanzaba por todas partes. El que el cuerpo humano fuera considerado un campo al que se podía enviar electricidad para ver cómo reaccionaba, o hacer cortes, por ejemplo, en conexiones del cerebro, para que por arte de magia apareciera una clase de personalidad más armoniosa, podía en un principio parecer imposible, o creerse que era algo que se hacía en tiempos prebíblicos, pero era verdad, y así procedían, y esa aura de locura total se encontraba también allí, en esos cuartitos, con sus microscopios y sus análisis de toda clase de cosas subacuáticas, capturadas en las profundidades del mar por sus barcos de investigación. No es que yo supiera lo que estaban haciendo, o me importara, todo lo que yo veía era «ciencia», el romanticismo de los guantes azules de goma.

Nunca conseguía ubicar a Pål dentro de aquello, era la persona menos científica que había conocido, pero quizá justo por eso tenía tanto éxito con lo que estaba haciendo.

Quedé con Yngve y Hans abajo, en la recepción, Pål se retrasaba, como de costumbre, cogimos el ascensor y entramos en su sección, estaba de pie, inclinado sobre el escritorio, desde un lado su largo pelo le cubría la cara como una pequeña cortina.

–¡Ah, es verdad! –exclamó–. ¡Es la hora del ensayo!

Su bajo estaba colocado en un rincón, lo agarró y cogimos el ascensor hasta el sótano, donde Pål nos abrió con la llave. El cuarto era grande, el

suelo de hormigón estaba cubierto por una alfombra amarilla de fieltro, ya había allí una batería, unos amplificadores y una instalación para vocalista.

La mera visión de todo eso, y de los tres, que inmediatamente se pusieron a abrir los estuches y a sacar los instrumentos, cables, cintas, púas, cajas, a conectarse y encender los amplificadores, afinar las guitarras, ajustar el sonido, me puso a cien, había soñado con formar parte de eso, con tocar en una banda, ocuparme de las cosas de una banda. Di unos toques en la caja y la tensé, aunque en realidad no sabía afinarla, es decir, oír cuándo sonaba bien, di unos golpes al bombo, tensé el tornillo del platillo crash acercándolo un poco, imitando, en mi opinión de un modo gratificante, a un verdadero batería.

–He hablado con unos tipos que van a organizar una enorme fiesta de Nochevieja hoy –dijo Yngve.

Lo miré, tenía esa expresión misteriosa en la cara, reservada, casi como un niño con un secreto. Sonrió.

–Entonces te han engañado –dijo Pål–. Hoy no es Nochevieja.

–¿Te han dado dinero para que no aparecieras por allí?

–Ja, ja –dijo Yngve–. Quieren que toquemos.

–¿Se supone que quieren que toquemos para el baile de Nochevieja? –pregunté.

–Así de simple –dijo Yngve–. Será en Ricks, vendrá un montón de gente, hay que ponerse a ensayar.

–¿Qué vamos a tocar? –preguntó Hans.

–No sé –contestó Yngve–. Podemos tocar las canciones que tenemos, ¿no?

Llevábamos tocando juntos casi un año, y mejorábamos día a día, sobre todo yo, porque aunque seguía siendo un batería malo, y siempre lo sería, había conseguido, con la ayuda de los demás, encontrar distintos compases para las distintas canciones, un sistema fijo al que me aferraba cuando tocábamos. En casa repasaba cada canción al detalle varias veces al día, me las sabía de memoria, hasta cada golpe de platillo, tamborileaba los muslos y el suelo a la vez, todo con el fin de conseguir ese mínimo de ritmo y marcha que la banda necesitaba. La mitad del ensayo se iba en hacerme conseguir una síncopa. Durante una hora, el mismo tema una y otra vez, y yo, que no conseguía dar bien en el lugar determinado, cada vez más avergonzado, poniendo a prueba la paciencia de todo el mundo, era un idiota integral o qué,

si era tan fácil, hasta que de repente me salía. Tenía un miedo constante de que me echaran, porque tanto Yngve como Pål eran buenos músicos, y serían aún mucho mejores si se librarán de mí, algo que les decía a menudo, pero no, deja de decir tonterías, claro que vas a tocar la batería.

Después del ensayo, Yngve, Hans y yo nos acercamos al centro, Pål se fue a casa. Yo seguía alterado tras la borrachera de la noche anterior, las ideas y pensamientos más terroríficos flotaban justo debajo de la superficie, y me dolía la tripa de miedo, algo que sólo podría reparar una persona, Gunvor, una noche cerca de ella. Pero cuando Yngve sugirió que saliéramos a celebrarlo, no me opuse en absoluto.

–Tengo que pasar por casa primero –dijo Hans–. Luego me acerco. Vais a Garage, ¿no?

–Pues sí, allí vamos, ¿no? –dijo Yngve mirándome.

–Sí –asentí.

Empezó a llover, no mucho, sólo unas gotas en la cara, pero encima de nosotros el cielo estaba oscureciéndose muy deprisa, una pared completamente negra estaba entrando por las montañas.

–Voy a darme prisa –dijo Hans–. Nos vemos luego, entonces.

Al subir la cuesta giró a la izquierda y desapareció, y nosotros seguimos recto hacia Garage. Hans vivía más allá de Dragefjellet, en un piso que compartía con su novia, Tone. Antes de eso había compartido uno con Ingar y Kjetil, dos de sus mejores amigos, los dos tan activos como él en la Radio del Estudiante y en Studvest. Yo había estado allí una vez con Yngve en una fiesta, fue la noche en la que empezó a salir con Gunnhild, con la que hacía sólo unas semanas se había ido a vivir a un piso en Marken. Ella era guapa, dulce, reservada, estudiaba Biología, provenía de una granja de Hardanger y era todo aquello con lo que Yngve, por no decir cualquier joven, podía soñar. Yo me encontraba allí aquella noche, estaba a tope de gente, y luego volví solo unos días más tarde, después de estar dando vueltas por la ciudad sin saber qué hacer, pensé que podía ir a ver a Hans. No lo conocía, pero tocábamos en la misma banda, así que no le parecería muy raro. Subí la cuesta de Bryggen, luego fui andando por la carretera principal hacia Sandvigen, me metí por las callejuelas y llegué a las viejas casas inclinadas, donde tenían alquilado un piso en un primero. Llamé a la puerta, nadie abrió. Volví a llamar, pero obviamente no estaban en casa, de modo que me dispuse

a volver por donde había llegado. Al final del callejón divisé a Ingar. Él me había visto, porque nuestras miradas se cruzaron, pero hizo como si nada y siguió andando.

¿Por qué iba en esa dirección?

¿No iba a su casa?

Iría a comprar algo, pensé, y subí la cuesta. Al mismo tiempo sospechaba que tal vez quisiera evitarme, que no quería encontrarse conmigo y arriesgarse a tener que invitarme a entrar. De modo que, en lugar de volver a la ciudad, me metí por la siguiente calle y me quedé esperándolo.

Llegó sólo unos segundos después, miró en todas las direcciones antes de dar los últimos pasos hasta el portal, sacó las llaves, echó un vistazo a la cuesta y abrió.

Me alejé de allí con el corazón dolido, era a mí al que quería evitar, de eso no cabía duda, ¿pero qué tenía en mi contra?

Ah, lo sabía, lo notaba siempre, pero por qué, qué tenía yo que no le gustaba a la gente y que intentaban evitar si les era posible. Algo en mí, en mi modo de comportarme.

¿Pero qué era?

No lo sabía.

El que hablara tan poco, claro, la gente se daba cuenta y no lo apreciaba, no me cabía ninguna duda. Pero quizá también que lo que decía tratara a menudo de temas equivocados. Lo que decía era a veces muy intenso o emocional, al menos cuando estaba a solas con alguien, y eso era algo que la gente detestaba. La alternativa era no decir absolutamente nada. Ésa era mi única melodía, todo mi registro.

Bueno, no cuando estaba con Gunvor. Ella sí me conocía.

La lluvia iba en aumento mientras Yngve y yo correteábamos por Nygårdsgaten.

—Debería habérselo dicho a Gunvor —dije—. Quizá esté esperando que vaya a su casa.

—Estupendo —dijo Yngve—. Yo tengo que avisar a Gunnhild.

—¿Hay alguna cabina telefónica por aquí?

—Hay una en Festplassen. En la esquina justo debajo de Garage.

—¿Vamos primero allí entonces?

—Sí.

—¿Y si nos cambiamos? —sugirió Yngve cuando nos paramos delante de la

cabina telefónica y hurgamos en los bolsillos en busca de monedas—. Tú llamas a Gunnhild y yo a Gunvor. A ver si notan la diferencia.

Yngve y yo nos parecíamos, pero sólo a primera vista, había entre nosotros un parecido general que hacía que gente que no conocía bien a Yngve pudiera confundirme con él. Pero nuestras voces eran casi idénticas. Cuando llamaba a la casa donde vivía antes, varias veces sus compañeros de piso creyeron que les estaba tomando el pelo.

—Vale —dije—. ¿Llamo yo primero a Gunnhild entonces?

—Sí. Dile que me voy contigo a Garage y que no sé cuándo llegaré a casa.

Levanté el auricular y marqué el número.

—¿Hola? —dijo Gunnhild al otro lado.

—Hola, soy yo —dije.

—¡Hola! —me saludó ella.

—Oye, voy a pasarme por Garage con Karl Ove —dije—. No sé a qué hora llegaré a casa. ¡No me esperes levantada!

—Puede que lo haga —dijo ella—. ¡Pasadlo bien! Y dale recuerdos a Karl Ove.

—De tu parte —dije—. Hasta luego.

—Hasta luego.

Yngve se rió.

—Vosotros sólo lleváis juntos unos meses —dije—. Gunvor y yo más de un año. Ella se dará cuenta.

—¿Nos apostamos algo?

—No, no me atrevo.

Yngve cogió el auricular, echó varias monedas y marcó el número.

—Hola, soy Karl Ove —dijo.

Silencio.

—Voy a dar una vuelta con Yngve y Hans. Pero luego iré a tu casa, ¿vale? No sé a qué hora, pero... Bueno... Bueno... Y yo a ti. ¡Hasta luego!

Colgó y se volvió hacia mí con una sonrisa.

—¿Le has dicho que la quieres? —pregunté a Yngve.

—Sí. ¡Ella me dijo que me quería!

—Joder, no deberías habérselo dicho —dije.

Yngve se rió.

—No tenemos que decirle nada. Ella nunca lo sabrá.

—Pero lo sé yo.

Resopló.

–Qué sensible eres. ¡Sólo ha sido una broma!

–Ya –dije, y eché a andar hacia Garage.

Seis horas después, en una fiesta *after hours* en la calle Fosswinckel, estaba pensando en el talento que tenía, que en el fondo no había ningún problema con la escritura, estaba lleno de fuerza, *en realidad* era el amo del mundo. No lo parecía, lo admitía, pero *en realidad* era así. Algunas chicas me miraban en el sótano de Garage, miradas largas y hambrientas, pero yo no me daba por aludido, claro, tenía novia, Gunvor, que estaba durmiendo en mi casa, esperándome. Pero lo sentía como una pérdida, un dolor, y mientras Bendik, el dueño del piso, ponía Happy Mondays en el tocadiscos y la gente a mi alrededor chillaba alegre, yo miraba al techo pensando que podía hacerse, sólo había que acabarlo todo y sería libre, y ya nada podría impedirme hacer lo que quisiera.

Eran casi las cuatro y media de la madrugada, la gente empezó a marcharse, sólo quedábamos ya el núcleo duro, Bendik, Arvid, Erling, Atle y yo, y cuando el último resto de esperanza de que algo más fuera a ocurrir se había esfumado, vacié el vaso, me levanté, bajé la escalera sin decir adiós, me metí en el patio trasero de la casa de al lado y fui de bicicleta en bicicleta tirando de ellas, pero todas estaban atadas, tendría que irme andando si no encontraba alguna sin atar en el siguiente patio.

No, ninguna.

Diluviaba cuando bajaba las cuestas. Delante de Garage, que estaba oscuro y vacío, con las gotas de lluvia cayendo despacio y torcidas por las ventanas, y un taxi tras otro saliendo a toda velocidad del túnel de Høyden, me paré preguntándome qué hacer. No quería irme a casa, eso lo tenía claro. Fui lentamente hacia Slakteriet, pero también estaba ya cerrado. Encendí un cigarrillo, lo protegí de la lluvia con la mano y subí la suave cuesta que acababa junto al teatro. Lo que quería era acostarme con alguien, con alguna chica con la que no me hubiera acostado antes, una de esas dos que me miraban. ¿Por qué no había aprovechado la ocasión? ¿Cómo pude ser tan tonto? Gunvor no se enteraría, y no era algo que fuera contra ella, sino algo que yo quería, y lo deseaba tanto que no había pensado en otra cosa durante toda la velada. Suaves cuerpos de mujer, mirada baja, pechos desconocidos, trasero desconocido, ella se pone en cuclillas, se queda como un perro a

cuatro patas ante mí, y yo se la meto. En realidad era lo único que quería, pero eso sería imposible allí, en una ciudad sobre la que la lluvia caía sin respiro, vacía de gente, aparte de algún que otro taxi oscuro, eran las cuatro y cinco de la madrugada, ¿cómo iba a conseguirlo?

Había una chica que vivía en Nøstet, posiblemente había estado enamorada de mí hacía mucho tiempo, seguro que me recibiría con los brazos abiertos.

Fui hacia allí. El pelo se me pegaba al cráneo, la chaqueta y el pantalón estaban empapados, las calles vacías, lo único que se oía era el sonido de mis pasos.

Intenté abrir la puerta del portal. Estaba cerrada.

La chica vivía en el primer piso; me agaché a coger gravilla y empecé a tirarla a las tres ventanas de su casa.

Ninguna reacción.

Me quedé un rato pensando qué hacer. No podía gritar, despertaría a todo el vecindario.

Me agarré a la puerta, me impulsé con un pie y me subí en ella. En la pared del edificio había pequeñas cornisas y ventanas con marcos que sobresalían, debería ser fácil subirse a ellas, trepar hasta su casa y llamar a las ventanas, o, si tenía la increíble suerte de encontrarme con alguna de ellas abierta, simplemente entrar y darle una fantástica sorpresa.

Llegué a subir unos tres metros antes de soltarme y escurrirme hacia abajo, por fortuna de un modo bastante controlado, sin hacerme mucho daño, sólo un poco en una rodilla en la que el dolor me golpeó durante un rato, mientras empezaba a trepar de nuevo. Volví a caerme, esta vez de un modo brutal, aterricé sobre el pecho, y me quedé totalmente sin aire. Fue como si me ahogara en el agua, no podía respirar, a la vez que el dolor llegaba hasta el cerebro desde mil puntos distintos. Ardía como una estrella.

OooooHHHHH, salió desde dentro de mí.

OooooHHHHH.

OooooHHHHH.

Respiraba sin moverme, notando cómo mi ropa absorbía el agua del charco en el que yacía. Tenía las piernas, los brazos y el pecho helados. Y sin embargo pensé que podía cerrar los ojos y dormir allí. Sólo un momento...

Al instante, ¡joder cómo dolía!

Me incorporé hasta quedarme en cuclillas y levanté la cabeza hacia el cielo, de donde caía toda esa lluvia. Por fin me puse en pie y empecé a andar

despacio, primero entumecido, luego cada vez más ligero. Por alguna extraña razón empecé a subir las cuestas hasta Klosteret, y por el camino se me acercó un coche patrulla, se paró delante de mí, bajaron la ventanilla y un policía me preguntó qué estaba haciendo.

–Vengo de una fiesta –contesté–. Y he visto a un tipo allí abajo trepando por una fachada, no tengo ni idea de qué coño pretende, pero no tenía buena pinta.

Di una impresión lo suficientemente sensata como para que me dejaran marchar, y no sólo eso, incluso bajaron la cuesta para comprobar mi información.

Ja, ja, ja; me reía mientras andaba hacia Torgalmenningen.

Ja, ja, ja.

Ja, ja, ja.

No podía ver a Gunvor, no después de todo ese caos, así que torcí a la derecha y cogí un taxi en una parada que había allí. Me bajé cinco o seis minutos después y al entrar en el portal vi que la puerta de los inmigrantes estaba clavada y sellada con una pequeña cinta de plástico, descansé un poco con el hombro apoyado en la fila de buzones, conseguí subir los dos pisos, abrí mi puerta con la llave y me quedé quieto.

En el armario de la cocina se oían ruidos.

¿Podría verlas por fin? Estaba harto de ver sus huellas, pero no a ellas, y veloz como un gato entré en la cocina y abrí de golpe la puerta del armario. Nada.

Pero otra vez había marcas de mordiscos en la bolsa de basura, y chorreaban restos de café y cáscaras de huevos.

Tenían que ser ratas, no se me ocurría otra cosa, los ratones no arrasaban así, ¿no? Al día siguiente compraría una trampa para ratas o raticida, pensé, me desnudé en un santiamén, me acosté y me dormí unos minutos después.

Me despertó el teléfono. Es Gunvor, pensé, no debo cogerlo, primero tengo que pensar en algo, pero seguía sonando y al final lo cogí, con el corazón palpitando en mi cuerpo dolorido.

–Soy Yngve.

–Hola.

–He oído decir que te fuiste por ahí por libre después de la juerga.

–¿Lo has *oído*? ¿Quién te lo ha dicho?



–Bendik. Te vieron desde la ventana. Te fuiste corriendo derecho al patio a buscar una bicicleta. Luego saliste y te metiste en el siguiente. Ese hermano tuyo no está del todo bien, me dijo Bendik. ¿Cómo te fue luego? ¿Hiciste algo más?

–No. Todo bien, al final conseguí llegar a casa. Pero sí que tengo algo de ansiedad.

–No puedes beber. Eso es lo que pasa. No funciona. No lo toleras.

–Es verdad.

–Bueno, no voy a echarte un sermón. Es tu vida.

–Pues sí, eso es seguro.

–Si quieres puedes venir a casa. Estamos los dos solos. Podemos ver la tele o algo así.

–Creo que no. Tengo que trabajar. Este semestre es muy corto.

–Vale. Ya hablaremos entonces.

–Vale. Hasta pronto.

–Hasta pronto.

Por regla general tardaba unas veinticuatro horas en librarme de la ansiedad después de una juerga, y si había sucedido algo especial podía alargarse a dos o tres días. Pero al final desaparecía siempre. No entendía por qué me ponía así, por qué la vergüenza y la angustia me atacaban de esa manera, y, de hecho, cada vez con más fuerza, porque al fin y al cabo no había hecho nada horrible, no había matado ni herido a nadie. Tampoco había sido infiel. Ganas no me habían faltado y había hecho cosas estúpidas para conseguirlo, pero no había pasado nada, había trepado un muro y ya está, joder, ¿y por eso tenía que sufrir ansiedad durante tres días? Andar por casa y estremecerme ante cualquier sonido, encogerme al oír una sirena en la calle, todo eso con un dolor interior tan intenso que resultaba insoportable, aunque lo soportaba siempre.

Era un falso, un traidor, una mala persona. Con eso podía vivir, eso no me creaba problemas, mientras sólo me afectara a mí. Pero ahora estaba con Gunvor y eso la convertía en alguien que salía con un tipo que era un falso, un traidor, una mala persona. Ella no pensaba eso, al contrario, a sus ojos yo era una persona estupenda, alguien que sólo quería el bien, que le mostraba consideración y amor, pero ahí era precisamente donde residía lo doloroso, porque yo *no* era así.

Encendí el ordenador, y eché un vistazo a lo que había escrito hasta entonces. Mandé a freír espárragos el trabajo que tenía que entregar, no podía leer sobre la preconcepción del lenguaje en el estado en el que me encontraba, lo que ahora importaba era la novela, que se acercaba ya a las cincuenta páginas y que se había dispersado en muchas direcciones, algunas de ellas al menos prometedoras. Pero la década de los años veinte, sobre la que escribí bastante, no se me dio muy bien, había muchas cosas que no conocía de esa época, y la ignorancia me hizo inhibirme, apenas podía escribir una frase por miedo a que no fuera correcta. Además, era una época que me resultaba muy lejana, demasiado para poder llenarla de mi propia vida, lo que justamente ahora corría por mis venas. De modo que resultaba un poco forzado y sin vida, lo sabía, pero a la vez era todo lo que tenía, mi último clavo ardiendo.

Sonó un golpe en el suelo del cuarto de estar. Grabé lo que tenía escrito, me calcé y bajé a casa de Espen. Estaba en la puerta, se puso el dedo índice sobre los labios y me hizo señas para que lo siguiera hasta la cocina. Vi una banqueta en mitad del suelo, él señaló hacia el techo, había una rendija que obviamente quería que mirara.

Me subí a la banqueta, eché la cabeza hacia atrás y miré por la rendija.

Una rata grande y negra me miró.

—¿La ves? ¿Sigue ahí? —preguntó Espen en voz baja.

—Joder —dije bajándome de la banqueta—. ¡Qué increíblemente asquerosa es!

—Al menos ya sabemos lo que es —dijo él.

—Mañana mismo tenemos que comprar veneno.

—O una trampa para ratas. Con el veneno puede acabar pudriéndose entre las paredes y quizá nunca podamos retirar los restos.

—Pues yo he oído —dije— que hay algo en el veneno que hace que las ratas necesiten agua, y por eso salen corriendo de la casa.

Yo mismo oí lo extraño que sonaba, y sonreí, un poco avergonzado, encogiéndome de hombros.

—El problema de las trampas es que se quedan ahí y luego hay que tirarlas físicamente. Y eso no me resulta nada apetecible.

—A mí tampoco —dijo Espen—. Pero si hay que hacerlo, se hace.

—Es una rata es una rata es una rata es una rata —dije.

—¿Sí? —dijo Espen mirándome—. ¿Un café?

Asentí con la cabeza.

–Te oigo trabajar arriba. El ruido del ordenador llega hasta aquí. Durante algún tiempo creía que estabas tamborileando con los dedos. Pero de repente caí en la cuenta, ¡ah, está escribiendo!

–Hasta la fecha he escrito cincuenta páginas –dije–. Así que pronto tendrás que leerlas. Si no tiene ningún valor, no quiero desperdiciar un año entero en ello.

–Puedo leerlo ahora mismo, si quieres –dijo Espen.

–¿Quieres decir que vaya a buscarlo ahora?

–¿Por qué no?

–Primero un café, luego voy y lo imprimo, ¿vale?

Espen asintió, y fuimos a sentarnos al cuarto de estar.

–Estaba seguro de que eran ratas –dijo Espen–. Oía esos sonidos por las tablas del techo. Y luego estaban las huellas en tu basura. No podía ser otra cosa.

–En ese caso son unas ratas muy listas. Cuando Gunvor durmió aquí hace unos días, antes de acostarse preparó los sándwiches para llevarse al día siguiente y así no tener que hacerlo por la mañana, iba a madrugar mucho...

–¿Sí? –dijo Espen.

Lo miré, ¿estaba impaciente?

No daba esa impresión.

–Los envolvió y los metió en el bolso. Cuando al día siguiente se dispuso a comerlos en la universidad, no había nada dentro del envoltorio. Pero el papel estaba intacto. Eso quiere decir que se metieron en el bolso, abrieron el envoltorio, sacaron los sándwiches y se largaron. Bueno, dejaron unos trozos, pero de todos modos... Casi suena como una banda de delincuentes. Eso requiere mucha planificación. Quizá fuera el cerebro del grupo el que vimos en ese agujero.

–¿El mismísimo demiurgo?

–Sí. No sé, pero lo cierto es que tenemos que echarlas. Gunvor no soportará vivir aquí con esto lleno de ratas.

–¿Es una niña mimada?

–Ja, ja.

–¿Es tu teléfono el que está sonando? –preguntó.

Permanecí inmóvil unos instantes escuchando. Sí, era mi teléfono.

–Subo corriendo a cogerlo. ¡Aprovecho e imprimo eso! –exclamé, y salí

pitando.

–¿Hola?

–Hola, soy yo –dijo Gunvor–. ¿Así que estás ahí? Ya iba a colgar.

–Estaba abajo, en casa de Espen.

–Creí que anoche vendrías a mi casa.

–Sí, pero se me hizo muy tarde y estaba tan pedo que quise ahorrarte la experiencia.

–Me gusta que vengas a mi casa –dijo ella–. El que estés borracho no tiene tanta importancia.

–A veces sí la tiene –objeté–. Ahora tengo ansiedad, me ha dado fuerte. Han sido dos noches seguidas. ¿Por qué no vienes aquí? Podemos hacer gofres. Estoy deseando hacer algo normal y corriente.

–Vale. ¿Ahora?

–Sí, estupendo. Por cierto, ¿podrías comprar algo de leche?

–De acuerdo. Entonces nos vemos enseguida. Me llevaré algo de ropa para lavar, si no te importa.

–Claro que no.

Coloqué el papel continuo en la impresora, repasé a toda prisa lo último que había escrito, la primera parte me la sabía casi de memoria, comprobé el papel con las claves que había pegado en el escritorio y pulsé el botón de imprimir. Al instante, el cabezal empezó a correr hacia delante y hacia atrás, y yo, aún no acostumbrado a ese invento, contemplaba fascinado cómo mis propias palabras, frases y páginas salían como de una fuente secreta dentro de la máquina.

No tenía ni idea de cuál era la conexión entre el disquete y la pantalla, pues algo tendría que «avisar» a la máquina de que una *n* en el teclado se convertiría en una *n* en la pantalla, ¿pero cómo se podía conseguir que algo muerto pudiera «decir» algo? Por no mencionar lo que ocurría cuando las mismas letras de la pantalla se grababan en ese pequeño y fino disquete, y con sólo pulsar un botón de la máquina, ésta podía despertarse de nuevo, como esas semillas que habían reposado en el hielo durante cientos de años, y ahora, bajo unas determinadas condiciones, de repente podían revelar lo que habían contenido durante todo ese tiempo y florecer. ¿Las letras que yo grababa podrían entonces revelarse igual de fácilmente que ahora pasados cien años?

Arranqué los bordes perforados, ordené las hojas y volví a bajar a casa de Espen.

—Viene Gunvor —dije—. Así que esta noche me quedo en casa. Pero aquí tienes el manuscrito. ¿Cuándo crees que podrás leerlo?

—A lo mejor pasado mañana. Ya te avisaré.

Volví a subir a mi casa, y cuando Gunvor llegó, preparé masa de gofres mientras ella estaba sentada en la silla de la cocina mirándome. Hice té y lo llevé todo al cuarto de estar. Tal vez se debiera a lo doméstico y familiar del olor a gofres, no sé muy bien, lo cierto es que empezamos a hablar de tener hijos. Era algo ajeno a nosotros y a todo nuestro círculo, pero cuando estuve en Kristiansand, Jan Vidar me comentó que un par de chicas con las que habíamos ido al instituto habían tenido un hijo, una de ellas ni siquiera sabía quién era el padre.

El que de hecho pudiéramos tener hijos, y decidir así todo nuestro futuro, era un pensamiento tan agradable como terrible.

—Tiene unas consecuencias enormes —dije—. Y marca el resto de nuestras vidas. Con las demás cosas que hacemos no ocurre eso. Si estudias Historia o Antropología social, por ejemplo, da exactamente igual.

—Eso no es así, ¿no?

—Sí, pero visto desde la distancia. No importa si sacamos un sobresaliente o un notable. Pero, joder, cómo nos esforzamos por esas pequeñas diferencias. Hay pocas cosas que sean *realmente* decisivas, que marquen una verdadera diferencia.

—Entiendo lo que quieres decir.

—Cuando yo escribo, por ejemplo, quiero que sea a vida o muerte. ¡Pero no lo es! Sólo es una pequeñez que yo hago.

—Bueno —dijo ella—. Pero no todo puede ser a vida o muerte. No todo puede ser esto o aquello. ¡También tenemos que disfrutar!

Se rió.

—¿Puedo usarte como referencia? —le pregunté.

—Sí, pero es así. Imaginemos que tuviéramos un niño ahora. Sería algo grandioso. Decidiría cómo serían nuestras vidas, como tú dices. Pero las vidas serían iguales a pesar de ello. Tendríamos que cambiar pañales y dar paseos con el carrito del bebé y cosas así, y lo haríamos, pero no sería exactamente algo trascendental, ¿no?

—No, no lo es. Tienes razón.

Abrió la boca y dio un mordisco al gofre.

–¿Está bueno? –le pregunté.

Asintió con la cabeza, tenía la boca llena.

Yo eché azúcar en el mío, lo doblé y le di un gran mordisco.

–Pues sí, están bastante ricos –dije cuando acabé de tragar.

–Buenísimos –dijo ella–. ¿Me pones un poco de té?

Le serví té en su taza.

–¡Ahora cuéntame algo de ayer! –dijo–. ¿Quiénes estabais?

Estaba tumbado con la cabeza sobre su pecho. Ella me acariciaba el pelo, podía oír el latido de su corazón. Había en ella algo muy infantil en ese momento, una gran inocencia que me conmovía, mientras yo, yaciendo de esa manera, subordinado como un perro, renunciaba a algo, no sin sentirlo, me gustaba y no me gustaba estar así tumbado mientras me consolaba, resultaba agradable y denigrante a la vez.

Al cabo de un rato nos levantamos y nos fumamos un cigarrillo en el cuarto de estar, Gunvor envuelta en el edredón. Hablamos de Robert, el marido de su hermana, tenía unos cinco o seis años más que yo, y un carisma fuerte y masculino. En una fiesta en la que coincidí con él hacía unas semanas, me habló de un encontronazo que tuvo con una pandilla que quería machacarlo. Él cogió una estaca y se puso a gritar y a comportarse como un loco, ellos al final se fueron corriendo, él dejó la estaca y siguió su marcha. Si quieres algo, sólo hay que hacerlo. No hay que tener miedo. Tienes que sobrepasar una especie de umbral a partir del cual ya nada importa, entrar en una especie de zona donde no tienes miedo. Entonces puedes hacer lo que sea. Él antes pintaba, pero lo dejó, dijo que tenía miedo de volverse loco.

–¿Te dijo eso? –preguntó Gunvor.

–Sí, lo dijo exactamente así. No sé si creerle o no. Suena un poco condescendiente. Dejé de pintar por miedo a volverme loco. Por otra parte, no resulta del todo increíble cuando lo conoces. Es que viene de algún sitio, por así decirlo.

–¿Y eso qué significa?

–Bueno, que no es el típico estudiante. Para él la universidad no es el principio, para nosotros sí. Da la impresión de que para él es más bien el final de algo, como un lugar tranquilo después de la tormenta.

–Tiene gracia lo de Robert y tú, que precisamente vosotros dos estéis con

nosotras. Tenéis algo en común. ¿A que sí?

–No.

–¿No?

–No. Yo soy un chico, él es un hombre.

–Simplemente porque es mayor que tú.

–También hay otra cosa.

Robert estaba orgulloso de la chica con la que estaba, la hermana de Gunvor, y sabía cuáles eran sus pretensiones. Siempre se mostraba respetuoso con ella y daba la impresión de cultivar las diferencias entre ellos. Yo no estaba orgulloso de Gunvor, no de esa manera, no sabía a ciencia cierta lo que quería, y no siempre me mostraba respetuoso. Él tenía un lenguaje muy claro, inequívocamente masculino, yo era impreciso, vago, cobarde para mis cosas. No cuando estábamos los dos solos, pero sí en cuanto había más gente. Entonces lo único que podía hacer era escuchar para averiguar lo que querían, y tratarles conforme a ello.

Nos miramos y nos sonreímos.

–¿Ponemos la lavadora? –le pregunté–. Te has traído ropa para lavar, ¿no?

Asintió con la cabeza y se levantó.

–Puedo hacerlo yo –dije.

Ella negó con la cabeza sonriendo.

–No, tengo que hacerlo yo.

–Si tú lo dices...

Estuve buscando un rato hasta encontrar una tienda donde vendieran trampas para ratas. Compré varias, además de raticida; luego volví a casa con todo dentro de una bolsa. En la cuenta no me quedaban más que unos cientos de coronas y en eso pensaba, preocupado, mientras andaba, el problema se repetía cada otoño y cada primavera, el préstamo se agotaba varios meses antes de que llegara el siguiente. La primera primavera trabajé para Kjartan, la siguiente vendí todos mis discos, y en el otoño pedía prestado a unos y a otros o me iba a casa de mi madre a que me mantuviera. Pero así no podía seguir, era un problema estructural, ya que ese tipo de soluciones *ad hoc* sólo aplazaban el problema. En otras palabras, tenía que buscarme un trabajo, lo que se conseguiría a través de contactos o calificaciones. Yo no tenía ni lo uno ni lo otro. Es decir, había trabajado un año como profesor, eso a lo mejor me facilitaba la búsqueda de una sustitución en un colegio de primaria, pero

dudaba de que encontrara algo en la ciudad, había demasiados candidatos. Otra posibilidad era en el sector sanitario. No tenía muchas ganas de repetir esa experiencia, pero si era necesario lo haría. Había dos grandes instituciones en la ciudad, una para locos, el hospital de Sandviken, y otra para discapacitados psíquicos, Vestlandsheimen, según tenía entendido ambas daban trabajo a muchos suplentes sin formación. Si tenía que elegir, optaría por Sandviken; mejor enfermos psíquicos que discapacitados psíquicos.

Al llegar a casa me puse a hacer llamadas. Empecé por la enseñanza, una mujer del ayuntamiento me dio algunos números de teléfono, la mayoría de los colegios tenía suplentes suficientes, y era demasiado joven, me dijeron. Un par de ellos me tomaron los datos, aunque no me prometían nada, tenían una larga lista de suplentes. En Sandviken seguramente necesitarían gente, pero querían hablar conmigo primero. ¿Podría acercarme en el transcurso de la semana y llevar mis papeles?

Claro que podía.

¿El jueves?

El jueves estaba bien.

Antes de acostarme coloqué dos trampas para ratas en el armario de debajo de la pila, llamé a la puerta de Jone, que se acostaba tarde, para decírselo y para que no tocara nada. Se reía de esa forma cálida suya y dijo que pensaba que las ratas vivían en mi cabeza y en ningún sitio más. De todos modos, se mantendría alejado del armario.

No podía responsabilizarme de las ratas ante Jone, pensé, cuando estaba ya en la cama, a punto de dormirme, con el pulso golpeándome en el oído, y sin embargo tenía esa sensación, casi constante, de ser responsable, no podía remediarlo, era así.

Ratas, teníamos ratas.

A la mañana siguiente pospuse el momento de ir a mirar las trampas, primero me hice café y me lo tomé en el cuarto de estar, mientras me fumaba un cigarrillo y hojeaba una colección sueca de ensayos sobre Lacan que me había comprado, luego estuve un rato mirando por la ventana, la cola que se formaba en un momento al ponerse el semáforo en rojo, para luego deshacerse y volverse a formar. Los coches cambiaban continuamente, así



como las personas de su interior, pero los sistemas de los que formaban parte eran siempre los mismos. También lo muerto formaba sistemas. Las gotas de lluvia que corrían por las ventanas, la arena que formaba montones por el viento, las olas que golpeaban la tierra y luego se retiraban. Si te parabas a pensar en ello, en un grano de arena, por ejemplo, también en él había un sistema. Electrones que se mueven alrededor de núcleos atómicos. Si te salías de la tierra, había planetas dando vueltas alrededor de soles. Todo se movía, todo entraba y salía de todo. Lo que no sabíamos, ni nunca llegaríamos a saber, era lo que en realidad era una magnitud. ¿Y si el universo, que considerábamos que era el todo, lo infinito, fuera en realidad pequeño? Minúsculo, quiero decir. ¿Y si en realidad se encontrara dentro de un grano de arena en otro mundo? ¿Y si ese mundo también fuera pequeño y se encontrara dentro de un grano de arena?

Ésa era mi idea magna. Y de hecho podía ser así, al menos no se podía refutar. Pero si fuera así, todo carecería de sentido. Para que lo que estábamos haciendo aquí tuviera sentido, dependíamos por completo de que no existiera otro mundo, que este fuera el único. Entonces sí podía ser importante, por ejemplo, estudiar Literatura. Pero si hubiera otro mundo, una relación más grande, la Literatura no sería más que una tontería, un balbuceo en el universo.

Fui a la cocina, dejé la taza, abrí la puerta del armario, me agaché y vi una rata atrapada en una de las trampas. El dispositivo metálico le había alcanzado en el lomo. Sentí náuseas. Abrí el cajón de abajo, saqué una bolsa de plástico y tiré con cuidado de la trampa, agarrándola con el pulgar y el índice. Mi plan era meterla en la bolsa de plástico y luego tirarlo todo, rata y trampa, en lugar de estar toqueteándola para sacarla.

La parte posterior de la rata se movía.

Solté la trampa, retiré a toda prisa el brazo y me incorporé.

¿Estaba viva?

No, sería un espasmo. La sacudida de un músculo.

Volví a agacharme y di un pequeño empujón a la trampa para que la rata se volviera hacia mí.

Fue como si me mirara con sus pequeños ojos negros.

Una nueva sacudida le recorrió una pata, que estaba como desnuda.

¿Estaba viva?

Ay no.

Estaba viva.

Cerré de un portazo y me puse a dar vueltas por la cocina.

Había que actuar deprisa, retirarla de allí y no volver a pensar en ello.

Abrí la puerta, cogí la trampa, la metí en la bolsa de plástico, bajé a toda prisa la escalera, me apresuré hasta los contenedores de basura, abrí uno y lancé la bolsa dentro; volví a subir correteando, me lavé las manos en el baño, me senté en el cuarto de estar y encendí un cigarrillo.

Listo.

Sobre las siete llamó mi madre para recordarme que mi abuelo llegaría a la ciudad el lunes, estaría ingresado en el hospital unas semanas. Me preguntó si podía encargarme de ir a buscarlo al barco y coger un taxi. Dije que claro que sí. Y luego los nietos que nos encontraríamos en la ciudad nos pondríamos de acuerdo para ir a verlo y repartirnos los días. Tal vez viniera también ella, en ese caso sería el último fin de semana que estuviera ingresado.

Nada más colgar y darme la vuelta para regresar al cuarto de estar, llamaron a la puerta. Era Espen.

—Pasa —dije—. ¿Quieres un café?

—Estaría muy bien —dijo—. Si tienes hecho.

—Sí, sí.

Fui a por las tazas y nos sentamos. Él estaba algo ausente, seguramente inmerso en sus pensamientos.

—He leído tu manuscrito —dijo.

—Qué bien. ¿Tienes tiempo para hablar de ello ahora?

Asintió con la cabeza.

—Pero quizá podríamos dar un paseo, ¿qué te parece? Así puede que sea más fácil hablar. Cuando uno está sentado a veces todo se vuelve claustrofóbico.

—Pues sí, llevo todo el día en casa, no me vendría mal salir a tomar un poco el aire.

—¿Nos vamos entonces? —preguntó Espen levantándose.

—¿Y el café?

—Lo tomamos a la vuelta.

Me puse el chubasquero y las botas y esperé un momento abajo en el portal a Espen, que enseguida apareció con su viejo y grueso anorak; se volvió para cerrar.

–El papel higiénico ha desaparecido esta noche –dijo, volviéndose hacia mí mientras se metía el llavero en el bolsillo. Su váter se encontraba en el pasillo, cualquiera podía usarlo.

–Sé quién ha sido. Oí ruidos y miré por la ventana. Era ese tipo bajito de Sunnmøre que vive en el edificio contiguo.

Sacudí la cabeza y empecé a bajar la escalera.

–Era él, seguro. Iba corriendo por la acera con un rollo en cada mano. ¡Imagínate, más bajo no se puede caer! ¡Robar papel higiénico!

–Desde luego –contesté.

–Es cuando menos irritante. ¿Qué crees que debo hacer? ¿Acercarme y hablar con él? ¿Decirle que sé que ha sido él?

–No, estás loco. Déjalo.

–¡Pero cómo se puede tener tanta cara! –exclamó Espen.

–Es un delincuente –dije–. Si te metes con él no sabes cómo puede acabar la cosa.

–Supongo que tienes razón –dijo Espen–. Pero ese tío es asqueroso. Creo que es un perverso. Tampoco tira de la cadena, ¿sabes? Su mierda flota en la taza del váter siempre que entro.

–¡Qué asco! –exclamé.

Llegamos abajo y salimos a los desgastados escalones de ladrillo. Hacía horas que no paraba de llover. Tanto el edificio del que salimos como el que apareció a tres metros delante de nosotros estaban oscuros y relucientes de humedad a la luz de las farolas, y todos los salientes, marcos, cornisas y canalones goteaban. El pequeño patio estaba cubierto de vegetación y lleno de basura vieja, el pasaje entre los dos edificios tenía una superestructura que parecía un túnel o una gruta, con restos de vegetación y grietas.

Al ver los contenedores de basura me acordé de la rata, cuya imagen había conseguido reprimir, porque no había pensado en ella en todo el día.

A lo mejor seguía viva. Arrastrándose por ahí, regodeándose entre toda esa deliciosa basura. ¿Qué le importaba a ella estar colgando de una trampa? Si remaba un poco con las patas traseras podía deslizarse por el plástico de las repletas bolsas, desgarrarlas un poco con la boca para que se abriesen y toda clase de manjares le llegaran directos a la boca. ¿Y cuando no quedara nada más allí? Pues habría que seguir remando.

Pasamos por delante de los otros edificios de ladrillo, donde se encontraban nuestros pisos hermanos, porque todos eran iguales, y bajamos

al pasadizo subterráneo que había a la izquierda. Dentro, goteaba por todas partes y las paredes estaban pintarrajeadas con logos y símbolos incomprensibles, varias luces del techo estaban rotas, por allí no pasaba nadie excepto para dirigirse al quiosco Narvesen, que se encontraba en medio y donde yo solía comprar los periódicos todas las mañanas. Pasamos por delante de él, subimos por el otro lado y seguimos hacia la ciudad.

—¿Vamos por aquí a la derecha y luego por allí? Es una zona bastante bonita —sugirió Espen.

—Por mí vale —contesté.

Ese camino desembocaba junto al hospital, que ahora dominaba el paisaje como un castillo con todas sus luces al fondo de la bruma al pie de las montañas. Justo debajo, estratégicamente colocado, estaba uno de los grandes cementerios de la ciudad, para que los enfermos se enteraran de una vez por todas de que no vivirían eternamente.

Íbamos andando uno al lado del otro. Espen no decía nada, yo no decía nada.

—No sé cómo empezar —dijo por fin Espen—. Lo primero, me pregunto si no es una novela juvenil lo que has escrito.

Todo se me desmoronó por dentro.

—¿Una novela juvenil? —dije—. ¿A qué te refieres?

—Hay algo en el tono —dijo él—. La manera de hablar. ¡Pero las novelas juveniles están bien!

No dije nada, miré al suelo, al brillo de luz en el asfalto mojado.

—Pero tiene cosas muy buenas —prosiguió—. Me han gustado mucho algunas de las descripciones de la naturaleza.

—¿Pero? —dije.

Espen me echó una rápida mirada.

—Pero tal como yo lo veo, no es suficiente —dijo—. Resulta difícil entender por qué se cuenta justo esa historia. Le falta chispa, para ser sincero.

—¿Y el lenguaje?

—Lo siento —contestó—. Pero resulta un poco anodino. Un poco impersonal. Siento decirte esto, me habría gustado poder decirte algo completamente distinto. Pero no puedo. No estaría bien.

—Me alegro de que me lo digas —dije—. No todos lo habrían hecho. La mayoría me habría seguido la corriente diciendo que les gustaba. Has sido muy valiente por atreverte a decirlo. Gracias.

–Pero no es que sea *malo* –dijo Espen–. No estamos hablando de eso. Sólo quiero que saques lo máximo del material que tienes.

–¿Crees que lo conseguiré? ¿Que puedo seguir trabajando en ello y levantarlo de alguna manera?

–Quizá –dijo–. Pero eso supondría mucho trabajo. Tal vez sería mejor empezar desde cero.

–¿Tan pobre es?

–Sí, lo siento –dijo–. No creas que me gusta decir esto. Llevo todo el día pensando en ello.

–Está bien que lo digas. Me alegro. Sé que tienes razón. En el fondo lo he sabido todo el tiempo. A decir verdad, es un alivio tener la confirmación. No importa.

–Me alegro de que te lo tomes así –dijo Espen.

–No hay que matar al mensajero –dijo.

–Una cosa es decirlo y otra opinarlo. La gente suele tomarse estas cosas como algo personal. Se convierte en una ofensa. Bueno, eso lo sabes mejor tú, que has estudiado en la Academia.

–Ya –dijo–. Pero nosotros somos amigos. Cuando tú eres capaz de ser tan sincero, sé que no hay nada malo detrás.

Seguimos andando en silencio.

Lo que acababa de decirle me salía del corazón. Espen era valiente y podía fiarme de él. Pero claro que me entristecía. Era mi última esperanza y se había esfumado. No sabía escribir mejor que eso.

Al volver a casa tiré a la basura la copia que había leído Espen, y borré el documento del disquete. Ya sólo me quedaba el trabajo para la universidad. «Sobre el concepto de intertextualidad con una mención especial a *Ulises*, de James Joyce», como ahora se titulaba.

El hospital de Sandviken estaba situado al abrigo de la montaña, no muy lejos del centro. Los edificios eran unas moles monumentales, como todos los de aquella época. Me bajé del autobús y subí la cuesta. Sobre mí las ventanas lucían en la niebla. Después de dar unas cuantas vueltas, encontré por fin el edificio que buscaba y entré.

La reunión consistió en su mayor parte en que una mujer me dio de alta en el sistema, comprobó qué sección estaba más necesitada de ayuda en ese

momento, llamó por teléfono, les dio mi nombre, colgó, me miró y me preguntó si podía hacer una guardia al día siguiente. ¿Por la tarde?

–De acuerdo –contesté.

–Si todo sale bien, y supongo que sí, podrás hacer más guardias, si tú quieres, claro.

–Muchas gracias –dije y me levanté.

–No hay de qué –contestó ella y volvió a centrar la mirada en el montón de papeles que tenía delante.

Al día siguiente por la tarde volví a bajarme del autobús en el mismo sitio, y con el corazón en vilo subí las escaleras hasta la sección que me había sido asignada. Una mujer delgada y pelirroja y con una expresión de cara algo infantil, de unos treinta y cinco años, me saludó dándome la mano cuando entré en la sala del personal. Se llamaba Eva. Otra mujer rubia, de ojos azules, con bronceado mediterráneo y de formas suaves, de unos treinta años, que estaba sentada detrás de Eva, se levantó también. Pechos fantásticos, por lo que pude juzgar por el rabillo del ojo. Había algo vivaracho en su personalidad, y quizá también algo descarado, visto lo que dijo al contemplarme con sus pequeñas gafas colocadas en la punta de la nariz.

–Qué raro, esta vez nos han mandado a un hombre guapo.

Me sonrojé e intenté ocultarlo con los movimientos que siguieron: me quité el chubasquero, saqué la taza y la coloqué debajo de la cafetera grande, un par de sonoros bombeos, me la llevé a la boca y di un sorbo, lleno de burbujas y espuma, tras el bombeo, me senté y sonreí ligeramente.

–¿Te da vergüenza? –me preguntó–. No era mi intención. Es que yo soy así. Directa al grano. Por cierto, me llamo Mary.

Me miró sin sonreír.

–Lo estás confundiendo por completo al pobre –dijo Eva.

–Qué va –dije–. Estoy acostumbrado a muchas cosas.

–Menos mal –dijo ella–. Necesitamos todos los suplentes que podamos encontrar. Yo soy la jefa de esta sección, ¿sabes? Por aquí ha pasado mucha gente. Bueno, tenemos un núcleo duro, pero los que hacen las guardias de fin de semana tienen tendencia a desaparecer.

–¿Ah, sí? –dije dando otro sorbo de café. Entró un hombre barbudo, de unos treinta años, con los brazos y las piernas delgados, gafas, y pinta de

pertenecer a un partido de la izquierda radical. Se llamaba Åge y se sentó a mi lado.

–¿Estudiante? –me preguntó.

Asentí con la cabeza.

–¿Y qué estudias?

–Literatura, segundo curso –contesté.

–Bueno, eso no te hará mucha falta aquí –intervino Mary.

–Aquí hemos tenido geólogos, arquitectos, historiadores, politólogos, artistas, sociólogos, antropólogos sociales, bueno, todo el espectro. La mayor parte nos dejan cuando encuentran algo mejor. Pero algunos se quedan. ¿Verdad, Åge?

–Así es –contestó él.

–Cuando acabes el cigarro te vienes conmigo, te enseño la sección y te explico las rutinas –dijo Eva–. Entretanto, voy a preparar las medicinas.

Me di cuenta de que seguramente no había estado muy bien empezar encendiendo un cigarrillo. Por otra parte, faltaban diez minutos para el comienzo de mi turno.

Mary se puso a escribir en el diario. Åge se levantó y salió. Lo seguí, no me atrevía a quedarme a solas con ella, su presencia era electrizante.

Muchas de las rutinas de la sección me sonaban del trabajo del verano, la única diferencia real estaba en los internos, que aquí eran pacientes y se encontraban más cerca de los cuidadores que en el otro sitio. Pero el ambiente era más deprimente, el silencio más amenazador. Unos estaban de pie, meciéndose delante de las ventanas, otros fumando empedernidamente sentados en los sofás y otros tumbados apáticos en sus camas. La mayor parte llevaba mucho tiempo allí. Casi ninguno me prestó atención aunque fuera nuevo, suponía que estaban acostumbrados a gente nueva todo el tiempo. Me mantuve en un discreto segundo plano, ocupándome todo lo que pude de asuntos prácticos, intenté tomar iniciativas, pero no respecto a los pacientes, esperaba que se notara y se valorara positivamente que supiera cuál era mi sitio. Fregué suelos, serví comidas, puse y recogí mesas, metí tazas y platos en el friegaplatos, preguntaba constantemente a mis compañeros si había algo que pudiera hacer. El tiempo transcurrió increíblemente despacio, pero al menos transcurrió. Al final de la jornada, cuando Åge y Eva habían terminado sus turnos y los pacientes estaban ya en sus habitaciones, me

quedé a solas con Mary en la sala del personal. Encendió un cigarrillo con pequeños movimientos casi nerviosos que no me cuadraban con lo que hasta entonces había visto de ella, pero cuando inhaló el humo hasta los pulmones y lo volvió a soplar, a la vez que se lo apartaba de los ojos, recuperó esa seguridad en sí misma que había visto antes en ella.

Le pregunté dónde vivía, y me dijo que tenía un piso no muy lejos de allí, cerca de la Escuela Superior de Comercio. Ese tono de flirteo que había empleado al principio había desaparecido por completo. Pero había algo en la manera en que no me miraba y en esas repentinas sonrisas que se dibujaban en su cara que resultaba tenso, seguramente porque el tono de flirteo había sido muy abierto y por tanto nada peligroso, mientras eso otro era algo que no existía excepto mediante lo que se evitaba y no se hacía.

Me contó que era enfermera psiquiátrica, y que llevaba ya cinco años trabajando allí. Sus palabras sonaban como si fueran confidencias.

—Bueno —dijo levantándose—. Voy a dar una vuelta. Puedes marcharte si quieres.

—¡Pero si queda más de media hora!

—Tú vete, yo me las apañó sola. Así podrás dedicarle algo de tiempo a tu novia también esta noche.

Me volví para ponerme la chaqueta, con un suave rubor en las mejillas.

—¿Cómo sabes que tengo novia? —le pregunté.

Ella se detuvo un instante en el vano de la puerta.

—Resulta difícil imaginarse que un hombre tan guapo como tú estuviera solo —dijo, y siguió pasillo adelante.

Me senté en la parte de atrás del autobús y saqué el walkman, puse Sonic Youth, una banda que llevaba tiempo intentando apreciar, pero que no me gustaba, no hasta ese otoño, en que lanzaron *Goo*. Lo había oído una noche en casa de Espen, habíamos fumado hachís y yo desaparecí literalmente dentro de la música, la viví como habitaciones y pasillos, suelos y paredes, cunetas y laderas, pequeños bosques entre bloques y vías del tren, y no conseguí salir hasta que acabó la canción, fue como tomar aire, porque al instante empezó otra y estaba preso de nuevo. La excepción fue la segunda canción, «Tunic». No hacía sino ir hacia delante, yo estaba sentado con los ojos cerrados moviéndome al compás. Curioso, pensé, cuando me llegó a los



auriculares, porque el texto, al menos el estribillo, trataba explícitamente de lo contrario.

*You aren't never going anywhere*  
*You aren't never going anywhere*  
*I ain't never going anywhere*  
*I ain't never going anywhere.*

Como Gunvor vivía tan cerca de la parada del autobús, y mi siguiente turno empezaba a las siete de la mañana, me quedé a dormir en su casa esa noche. Le hablé un poco de cómo me había ido en el hospital, pero no le conté gran cosa, lo esencial tenía que ver con el ambiente, la desesperación encerrada en los cuerpos de esos seres, que resultaba imposible transmitir. De repente Gunvor me miró, se puso seria y se pegó a mí, y, entonces, durante unos minutos sólo éramos ella y yo en la casa con las ventanas en pendiente a lo largo de las cuales chorreaba la lluvia, muy por encima de las calles por donde paseaba la gente, y cuando nos separamos para acomodarnos cada uno en nuestro lado de la cama, estaba solo de nuevo, hasta que llegó el sueño y me libró de todo.

Me desperté antes de que sonara el despertador, casi destrozado por lo que había soñado, y que desapareció en el momento de abrir los ojos. Pero el ambiente perduraba. Me levanté, me comí una rebanada de pan en la fría cocina de Gunvor, me vestí lo más silenciosamente que pude, cerré la puerta con cuidado detrás de mí y salí a la oscuridad y la lluvia.

–Siéntate aquí y fúmate un cigarrillo –me dijo Mary cuando llegué–. El domingo las horas se hacen eternas aquí. No hace falta que nos esforcemos hasta que sea necesario.

–Eso suena bien –dije–. Pero ayer me sentí un poco perdido, no sabía muy bien qué hacer. ¿Por qué no me asignas algunas tareas y ya está?

Ella sonrió.

–Siempre puedes lavar ropa. Pero primero háblame un poco de ti mismo.

–No hay nada que contar –dije–. Y menos tan temprano por la mañana.

–¿Sabes lo que dijo Eva ayer de ti?

–¿No?

–«Las aguas tranquilas son las más profundas.»

–Es una interpretación muy amable –dije sonrojándome.

–Aquí aprendemos a interpretar a las personas –dijo Mary guiñándome un ojo–. Ve a poner una lavadora. Y luego puedes empezar con el desayuno.

Hice lo que me dijo. Los primeros pacientes estaban ya levantados, sentados alrededor de la mesa en «el salón», fumando con sus dedos amarillentos de nicotina. Algunos de ellos murmuraban para sus adentros. Eran crónicos, me había dicho Eva la noche anterior, llevaban allí muchos años y en principio eran tranquilos, pero si pasaba algo y sonaba la alarma, tenía que soltar lo que tuviera entre manos y acudir al lugar del suceso. Fue la única instrucción que recibí en cuanto a los pacientes. Nadie había dicho nada tampoco en la institución anterior, pero allí en Sandviken parecía más chocante, porque con éstos se podía hablar de una manera muy distinta. ¿Qué debía hacer si se dirigían a mí para hablar de algo muy importante? ¿Seguirles la corriente? ¿Darles mi opinión? ¿Ir a buscar a alguno de los que estaban formados para ese trabajo?

Saqué de la nevera fiambres, queso, leche y zumo, cogí un montón de platos, cuchillos para untar la mantequilla, vasos y tazas, dejé todo en el carro y empecé a poner las mesas. Como era domingo, puse unos huevos a hervir y encendí una velita en cada mesa. Un tipo flaco de pelo negro y manos temblorosas, que se parecía a Ludwig Wittgenstein, ya se había sentado. Miraba al suelo, casi como si estuviera rezando.

Le puse un plato delante.

–¡No soy marica, joder! –dijo.

Puse en la mesa la fuente de queso, los cartones de la leche y el zumo. Él no dijo nada más, parecía no haberse percatado de mi presencia en absoluto. Mary entró y le dio un pequeño cilindro con medicinas, le echó zumo en un vaso, esperó hasta que se las tomó y siguió con lo suyo. Yo aparté los huevos del fuego, los lavé con agua fría, enchufé la cafetera, mojé un trapo y limpié la encimera y la tabla de cortar el pan. En el aparcamiento, delante del edificio, había un coche vacío con las luces encendidas. Por el pasillo llegaba Åge, levantó la mano a modo de saludo y se lo devolví.

–¿Bueno? –dijo, y se detuvo a mi lado después de dejar la chaqueta y la bolsa en la sala del personal–. ¿Tuviste una buena velada anoche?

–Sí –contesté–. Muy tranquila. Me fui a dormir pronto.

–Pareces un tipo responsable –dijo.

–Tal vez lo sea –respondí.

–He pensado que tú y yo podíamos darnos una vuelta con algunos de ellos esta mañana –dijo–. ¿Qué te parece?

–Por mí vale –dije–. Pero no tengo carné. ¿Tienes tú?

–Sí, sí. Así nos libramos un poco de las viejas, ¿sabes?

Fue un comentario estúpido, pero no quería que él se diera cuenta y se sintiera rechazado, así que me quedé allí unos instantes, antes de entrar a por los huevos y las hueveras.

Åge pidió uno de los coches después del desayuno, reunió a cuatro pacientes, nos metimos en el vehículo y nos fuimos. Atravesamos el centro y subimos por el otro lado, donde Åge paró el coche en una gran explanada de gravilla al pie de la montaña, junto al lago Svartediket. Salimos del coche y subimos por una ladera suave, él no paraba de hablar, tenía una voz silbante, y se quejaba todo el rato de las condiciones de trabajo en Sandviken. Estaba descontento sobre todo con el ambiente entre los cuidadores de la sección, conspiraban, dijo, se ponían verdes a la espalda, dijo, yo me limitaba a asentir con la cabeza mientras pensaba qué idiota es este tío, por qué no se calla la boca ya, ¿qué coño me importa a mí todo eso?

Nos paramos, contemplamos el paisaje que nos rodeaba, una laguna que se encontraba un poco más allá, negra como el más negro asfalto, y la montaña, que subía casi en vertical detrás del agua, luego volvimos al coche. Condujo hasta Nesttun, y desde allí iniciamos el camino de vuelta. Llevaba todo el rato puesto a Bob Dylan en el radiocasete, y yo pensé que le iba muy bien, los dos tenían el mismo mal humor.

–Toma. Ya han pasado tres horas –dijo cuando nos acercábamos al hospital.

–Es verdad –dije.

–Ha estado muy bien hablar contigo –dijo–. Veo que entiendes lo que pasa.

–Lo mismo digo –dije.

Qué idiota era ese tío.

Mary era otra cosa, pensé, y sentí un cosquilleo en el estómago. Sí, tenía treinta, sí, era enfermera, sí, yo sólo le había dicho cinco frases como máximo, de acuerdo, pero nada de eso tenía importancia, porque no sucedería nada más. El que yo me sintiera muy emocionado cuando me encontraba en la misma estancia que ella no importaba, ¿no?

Cuando unas horas después estaba a punto de marcharme, Eva me

preguntó si me interesaba trabajar más horas. Le dije que sí, y me apuntó en la lista interna de sustitutos. En la parada del autobús, bajo la lluvia torrencial, me puse a calcular mi paga mensual. Me acosté en cuanto llegué a casa, caí en un sueño pesado, me despertó el teléfono. Todo estaba oscuro a mi alrededor, primero pensé que había dormido hasta la madrugada siguiente, pero no eran más que las cinco y media de la tarde. Era Yngve, estaba en el hotel trabajando, quería saber si me apetecía dar una vuelta cuando acabara el turno. Dije que claro que sí, y quedamos en vernos en el Café Opera a las diez y poco.

Le había prometido la letra de una canción, la tenía casi acabada, y después de comer un poco, puse música y cogí lo que había escrito. Jone estaba en Stavanger, y Espen debía de haber salido, a juzgar por el silencio, de modo que puse la música a todo volumen y disfruté mucho; cuando escribía letras para Yngve no me reprimía, sino que me dejaba llevar.

Una hora después la tenía acabada del todo.

ELLA, MI PERRO, ELLA

Ella para el coche,  
se baja,  
el perro rastrea un cadáver,  
tus ojos ven lo que pasa,  
una mirada para los detalles  
El movimiento entre dos palabras  
un poco más lejos cada vez

Él yace a sus pies,  
finge estar dormido,  
el perro corre en círculo,  
ella se levanta, se viste,  
sale en silencio

Ella para el coche,  
se baja,  
el perro rastrea un cadáver  
aún por nadie devorado

La primera palabra, pequeño hombre  
Un poco más lejos cada vez  
Un poco más lejos de tu control

La primera palabra, pequeño hombre,  
Un poco más cerca cada vez  
Un poco más cerca de lo que crees posible

Él yace a sus pies  
finge estar dormido,  
el perro corre en círculo,  
ella se levanta, se viste,  
sale en silencio

Fuera, a las calles, camina,  
las luces se encienden y se apagan, camina,  
por las calles, camina,  
y se apagan, por las calles, camina,  
y se apagan, por las calles,  
camina

Me duché, y como iba a salir, me masturbé, era una manera de reducir el riesgo de ser infiel, no quería de ninguna manera encontrarme de nuevo en esa situación, en poder del deseo. No podía fiarme de mí mismo, podía tomarme una cerveza, pero si me tomaba dos, entonces quería más y más, y si me tomaba más podía ocurrir cualquier cosa.

Estando en la ducha con la polla en la mano, surgían en mi memoria a intervalos regulares las imágenes de Hans Olav haciéndose una paja en la cama, era como si me hubiese contaminado, y eso me anuló por completo el deseo. Pero me las arreglé de todos modos. Después me quedé en la ducha casi media hora más. De no ser porque el agua se enfriaba, podría haberme quedado allí otra media hora, no había en mí ninguna fuerza, ninguna voluntad, lo único que deseaba era seguir allí, dejando que el agua chorreara sobre mí para toda la eternidad.

Apenas tenía fuerzas para secarme, y para vestirme me obligué a mí mismo a ponerme serio y a movilizar la energía que hacía falta. Hecho eso, me sentía

mejor. Sería agradable beber, quizá emborracharme un poco, tener algo muy distinto en que pensar.

Con la oscuridad como un mar ante las ventanas, y las habitaciones escasamente iluminadas, las vi como las veía de pequeño. Era como si todo en ellas estuviera de espaldas a mí, y vuelto hacia ellas mismas. Era algo ajeno, esencialmente ajeno. Todo lo era, pensé, colocándome junto a la ventana en un intento de seguir esa idea, y ver si también allí fuera todo era esencialmente ajeno, alejado de mí, de nosotros, de los seres que caminábamos por la tierra.

Ah, era una idea inquietante. Estábamos rodeados de muerte, pero sin verlo, al contrario, lo transformábamos a nuestro favor y usábamos la muerte para nuestros fines. Nosotros mismos éramos islas de vida. Los árboles y la vegetación estaban emparentados con nosotros y los animales, pero eso era todo. El resto era, si no hostil, al menos lejano.

Me vestí y bajé por las escaleras, muertas, salí por la verja, muerta, subí la cuesta, muerta, atravesé el pasaje subterráneo, muerto, seguí por la calle, muerta, a lo largo del fiordo, muerto, y entré en el parque, que me rodeó de su oscuridad viva, pero dormida.

Me tomé un par de cervezas mientras esperaba a Yngve, me sentaron bien, tanto porque había poca gente en el bar, y entonces se respiraba un ambiente muy especial, con la oscuridad fuera, la luz dentro y todo el espacio entre la gente, como por la embriaguez que me iba subiendo lentamente, era todo muy prometedor, yo subía sin parar, y cuando llegara a la cima que me esperaba, podría suceder cualquier cosa.

Además, esos últimos días había ganado dinero y tenía en perspectiva ganar más.

–Hola –dijo Yngve detrás de mí.

–Hola –dije–. ¿Qué tal te va?

–Bien. ¿Hace mucho que esperas?

–Media horita. Disfrutando de la sensación de no trabajar.

–Eso es lo mejor de trabajar –dijo él–. Apremiar cuando no trabajas.

Dejó el paraguas y su pequeña mochila, pidió una cerveza y se sentó.

–¿Qué tal te ha ido? En Sandviken, quiero decir.

–Es un sitio bastante horrible, la verdad. Pero significa dinero.

–Yo trabajé allí un tiempo –dijo, quitándose un poco de espuma del labio

superior.

–Ya –dije.

–Verás como después de varias guardias te vas acostumbrando y te resulta diferente.

–Seguro que sí.

–¿Has pensado últimamente en Máquinas de Kafka?

–Sí. He escrito una canción nueva. Se llama «Ella, mi perro, ella».

–¿La has traído?

–Sí, aquí la tengo –contesté, sacándola del bolsillo trasero.

Yngve desdobló la hoja y la leyó.

–Qué bien –dijo–. Dos canciones más y tenemos programa para Nochevieja.

Hablamos un rato sobre ello, y luego nos quedamos en silencio. Yngve miró a su alrededor, habían llegado algunas personas desde que él había entrado, pero el local no estaba lleno en absoluto.

–Mejor vamos a Christian, ¿no te parece? –propuso.

–Por mí vale.

De camino hacia allí me iba diciendo que el domingo era la noche en la que salían todos los que trabajaban en cafés y bares, y que Christian era a donde la mayoría solía ir. Pagamos, nos sentamos en una mesa junto a la pista de baile, él pidió un gin tonic para cada uno, los pagó, me lo bebí como si fuera zumo. Luego otro y otro más.

Nos pusimos a hablar con dos chicas, una era guapa, pelirroja y con los dientes torcidos, tendría unos treinta años, trabajaba en Correos, contó, y se reía cada vez que yo le decía algo. Dijo que yo era demasiado joven, además la acompañaba alguien, era grande, fuerte y celoso, dijo, sin que eso me asustara, me atraía su risa. Pero al cabo de un rato se levantaron y se marcharon. Yngve me detuvo cuando quise seguirlos.

La muerte también estaba allí dentro, todo el local en el que nos encontrábamos estaba muerto, así como todo lo que en él había, excepto los que bailaban. Bailaban en medio de lo muerto, pensé. Bailaban entre lo muerto, bailaban entre los muertos.

Seguimos bebiendo, incluso nos lanzamos a la pista de baile un par de veces, el resto del tiempo nos quedamos sentados hablando de la banda, lo bien que empezaba a sonar y las muchas posibilidades que teníamos si nos arriesgábamos. Dije que yo preferiría tocar en una banda a escribir. Yngve

me miró sorprendido, no se lo esperaba. Pero era verdad. Escribir significaba derrota, humillaciones, encontrarse a uno mismo y reconocer que no se era lo bastante bueno. Tocar en una banda era algo completamente distinto, era entregarse con otros y dejar que algo surgiera de ahí. Yo era un mal batería, pero, a pesar de ello, había surgido algo en torno nuestro alguna vez, de repente nos encontrábamos en medio de algo, algo que se movía, nosotros no lo dirigíamos, sino que flotábamos con ello, y esa sensación de encontrarse en medio de todo eso resultaba enormemente placentera.

Un estremecimiento me recorrió la columna vertebral y sonreía sin parar. El momento se fue elevando cada vez más y, de repente, terminó. En la siguiente canción volvimos al punto donde los instrumentos, los riffs y los tambores ya no se mezclaban.

–Tenemos que apostar por ello –le dije a Yngve esa noche–. Es lo único que hace falta. Nada de redes de seguridad. Dejar los estudios y tocar a tiempo completo. Ensayar todos los días durante dos años. ¡Joder, eso sería cojonudo!

–Sí, pero Hans y Pål no estarían de acuerdo.

–Ya. Pero eso es lo que se necesita. ¡Lo único!

Para entonces ya estaba completamente borracho, pero como siempre, no se me notaba mucho, no me tambaleaba al andar, no arrastraba las palabras al hablar. Pero dentro de mí no había ninguna duda, había empezado a obedecer cualquier impulso que me llegaba y me burlaba de los escrúpulos que surgían. Cuando cerraron Christian, bajamos a Slakteriet a exprimir los últimos minutos de la velada, yo sólo pensaba en una cosa: una chica que me llevara a su casa o a la que pudiera llevar a la mía.

Nos sentamos a una mesa, por el rabillo del ojo vi que alguien nos miraba y me di la vuelta, mi mirada se cruzó con la de una chica de grandes labios y ojos radiantes que sonrió, y se me puso dura. Estaba un poco gorda y no se podía decir que fuera guapa, pero qué importaba eso, lo único que yo quería era revolcarme con ella en una cama en algún sitio.

La miré un par de veces más, siempre miradas muy breves, sólo para comprobar si me seguía el juego, y así era. Al cabo de un rato se acercó y preguntó si podían sentarse a nuestra mesa. Dejé a Yngve que contestara, dijo claro que sí, sentaos. Nosotros estamos a punto de irnos ya, pero...

–¿Ah, sí? –dijo ella.

–Sí, enseguida –contestó Yngve.



Ella me miró con expresión burlona.

–¿Tú también?

–Depende –contesté. Mi voz estaba casi estrangulada por el deseo.

–¿De qué depende? –preguntó ella.

–De si sucediera algo especial.

–¿Especial?

El corazón me palpitaba salvajemente en el pecho, porque ella también me miraba con deseo.

–Sí –contesté.

–¿Como qué?

–Bueno, una fiesta *after hours*, por ejemplo. ¿Dónde vives?

–En Nøstet. Pero allí no hay ninguna fiesta *after hours*.

–Ya.

–¿Y dónde vives tú?

–Al lado de Danmarksplass –contesté, encendiendo un cigarrillo.

–Ah, vives allí. ¿Y vives solo?

–Sí.

–¿Vas a hacer una fiesta *after hours*?

Yngve me miró.

–No creo –contesté.

–Recuerda que mañana tienes que acompañar al abuelo al hospital –dijo Yngve.

–Sí, sí –dije–. Me iré pronto.

Al poco rato Yngve se levantó y fue al servicio.

–¿Puedo hablar un momento contigo fuera? –le pregunté a la chica–. Voy a irme ya. Quiero hablar contigo a solas.

–¿Sobre qué? –preguntó ella con una sonrisa. Miró a su amiga, que hablaba con un tío que estaba agachado delante de su silla.

Yo me levanté, ella se levantó.

–Ven conmigo a mi casa –le dije–. ¿Te apetece?

–Podría ser interesante –respondió.

–Cojamos un taxi –dije–. Ahora mismo.

Asintió con la cabeza, se puso la chaqueta y se colgó el bolso al hombro.

–Me largo –le dijo a su amiga–. Hablamos mañana, ¿vale?

La amiga asintió, salimos, por la calle llegaba un taxi, levanté la mano y medio minuto después estábamos atravesando la ciudad sentados en él.

—¿Y tu hermano? —me preguntó.

—Se las apaña por su cuenta —contesté, poniéndole una mano en el muslo.

Dios.

Tragué saliva, le acaricié el muslo hasta donde pude, ella sonrió, yo me incliné hacia delante para besarla. Ella me abrazó. Olía a perfume y su cuerpo reposaba pesado contra el mío. Yo la deseaba tanto que no sabía qué hacer en el taxi, a varios minutos de mi casa y mi cama.

Le metí la mano por debajo de la chaqueta, le acaricié un pecho. Ella me besó la oreja. Respiraba con dificultad.

Estábamos cruzando Danmarksplass.

—Por aquí a la izquierda —dije—. Y luego otra vez a la izquierda. El segundo portal.

Saqué un billete de cien del bolsillo, se lo di al taxista en cuanto paró el coche, abrí la puerta, la agarré de la mano y la arrastré hasta mi portal. Ella se reía. Subimos tambaleándonos por la escalera, abrazados, yo la apretaba contra mí con todas mis fuerzas, abrí con la llave, y en el dormitorio, donde nos encontrábamos unos segundos después, le quité el jersey, luego el sujetador, le desabroché el botón de los pantalones, le bajé la cremallera y se los quité. Llevaba unas bragas negras, apreté la cara contra ellas mientras le abrazaba las piernas. Ella se encogió, le bajé las bragas, volví a apretar la cara contra ella y entonces, bueno, entonces hicimos lo que me había imaginado que haríamos cuando nuestras miradas se cruzaron.

En el instante de despertarme, supe lo que había hecho y me quedé helado de espanto.

Ella dormía tranquilamente a mi lado.

Tenía que salvar lo que se pudiera. No podía mostrarme considerado con ella.

La desperté.

—Tienes que marcharte —le dije—. Y no le cuentes a nadie lo que ha pasado. Si nos encontramos por ahí, haz como si nada. El problema es que tengo novia. Lo que ha ocurrido jamás debería haber ocurrido.

Se incorporó en la cama.

—Eso no me lo contaste —dijo, levantando los brazos para abrocharse el sujetador.

—Estaba borracho.

—La vieja historia —dijo—. Y yo que pensé que había encontrado al príncipe de mis sueños.

Nos vestimos uno al lado del otro sin decir nada. Yo le dije adiós cuando se marchó, ella no dijo nada. Pero eso no me preocupó.

Eran las diez, pronto llegaría el barco del abuelo. Metí la ropa de cama en la lavadora y me duché a toda prisa. Seguía borracho y me sentía tan agotado que tuve que movilizar toda mi voluntad para poder enfrentarme a lo que me esperaba.

A punto ya de marcharme, Jone salió de su casa.

—¿Tuviste compañía anoche? —me preguntó.

—No —mentí—. ¿Por qué?

Jone se rió.

—Os oímos, Karl Ove. Tu voz, y luego la de una chica. Y no era Gunvor, ¿a que no?

—No, no lo era. He sido un idiota. No entiendo lo que me pasó.

Nuestras miradas se cruzaron.

—¿Podrías hacerme el favor de no contárselo a Gunvor? Preferiblemente a nadie.

—Claro —dijo—. No he oído ni visto nada. Tú tampoco, ¿a que no, Siren? —gritó hacia el interior del piso.

—¿Está Siren?

—Sí, sí. Pero todo queda entre nosotros, no te preocupes.

—Gracias, Jone —dije—. Tengo que irme pitando.

Me arrastré escaleras abajo, al salir apreté el paso, tenía ganas de vomitar y dolor de cabeza, pero ése no era el problema, el problema era que me sentía tan agotado que no podía más. En ese momento llegaba un autobús a la parada de Forum, diez minutos después me bajé en Fiskertorget, justo cuando el barco de Sogn entraba lentamente por la dársena.

El sol resplandecía y el cielo estaba azul, todos los colores que me rodeaban brillaban nítidos y claros.

Tenía que hacer como si no hubiese sucedido. Cada vez que pensaba en ello tenía que decirme a mí mismo que no había sucedido.

Que *en efecto* no había sucedido.

No había sucedido.

Estaba esperando delante de la terminal del barco expreso, con la cabeza

palpitando, viendo amarrar el barco de Sogn, mientras pensaba que lo ocurrido esa noche no había ocurrido.

Bajaron la escala, había algunos pasajeros impacientes en la puerta esperando la señal para poder desembarcar.

El barco ya estaba amarrado al muelle.

La gente echó a andar.

Yo era inocente.

No había sido infiel.

No lo había sido.

Los pasajeros salían uno tras otro, la mayoría con una o dos maletas. Al abuelo no se le veía por ninguna parte.

El viento hacía ondear las banderas y rizarse el agua. El zumbido de los motores golpeaba las piedras del muelle, los gases de los tubos de escape subían temblando por el casco blanco.

Por fin salió. Menudo, con traje oscuro y sombrero negro, caminaba lentamente hacia la escala. Llevaba una maleta en una mano. Apoyó la otra en la barandilla y bajó a tierra a pequeños pasos. Me acerqué a él.

—Hola, abuelo —dije.

Se detuvo y me miró.

—Aquí estás —dijo—. ¿Crees que podremos encontrar un taxi?

Me acerqué a un taxista que estaba metiendo unas maletas en el maletero del coche. Dijo que enseguida llegarían más taxis y cerró la puerta de un portazo.

—Tenemos que esperar un ratito —le dije al abuelo—. Van a llegar más taxis.

—Bueno, tenemos tiempo de sobra —dijo él.

El abuelo estuvo callado mientras íbamos en el coche. No era habitual en él, pero tendría que ver con ese ambiente tan desconocido, pensé. Yo tampoco dije nada. Cuando pasamos por Danmarksplass, desvié la mirada del lugar donde se encontraba mi casa para no recordar directamente lo ocurrido, para no verlo en mi interior, ese momento en que el taxi paró y nos lanzamos casi corriendo hacia el portal. No había pasado, no existía, pensé, y el taxi, con mi abuelo y conmigo, giró hacia la izquierda e inició la subida de las cuestas, camino del hospital de Haukeland. Con movimientos lentos, el abuelo se sacó la cartera del bolsillo interior y se puso a contar los billetes.

Debería haberlo pagado yo, pero tenía muy poco dinero, y dejé que lo hiciera él.

Los rayos de sol se reflejaban en todas las ventanas encima de nosotros cuando salimos del taxi y atravesamos la explanada de delante del edificio principal. El interior estaba oscuro tras toda esa luz de fuera. Nos acercamos al ascensor, apreté el botón y empezamos a subir. Se paró, entró una mujer con el brazo conectado a un tubo que a su vez acababa en una bolsa colgada de una especie de soporte con ruedas. Cuando se paró para agarrarse a la barandilla con la otra mano, una nube de sangre salió por la parte inferior de la manguera.

Estuve a punto de vomitar, y me volví hacia el otro lado. El abuelo miraba fijamente al suelo.

¿Tenía miedo?

Imposible de saber. Pero había desaparecido cualquier rasgo de autoridad en él. Era algo que había visto una vez, cuando vino a vernos a nuestra casa de Tybakken muchos años atrás. Tendría que ver con que se encontraba lejos de su casa. En la suya era diferente, allí irradiaba tranquilidad y seguridad.

—Pues ya estamos aquí—dije cuando se abrió la puerta.

Salimos del ascensor y leí los carteles, teníamos que ir a la izquierda. Llamé a un timbre que había allí y una enfermera abrió la puerta.

Le dije el nombre del abuelo, ella asintió y lo saludó, yo le dije adiós, que volvería a verlo en cuanto pudiera, él dijo que muy bien y se alejó con la enfermera mientras la puerta se cerraba delante de mí.

Me sentía profundamente avergonzado. Mi vida era indigna, yo era indigno, lo que resultaba muy evidente cuando estaba con el abuelo, y en esa situación, enfermo, ingresado en un hospital, al final de su vida. Tenía más de ochenta años y con suerte le quedaban diez años, tal vez quince, pero también podía ser que sólo dos o tres, imposible saberlo.

Tenía un pequeño tumor en el cerebro, por ahora no era mortal, pero se lo iban a extirpar, y ésa era la razón por la que se encontraba allí ahora.

La abuela había muerto y el abuelo moriría pronto. Habían bregado y trabajado toda su vida, al igual que lo hicieron sus padres. Para comer, para sobrevivir. Ésa era la gran lucha que habían librado y ahora todo había acabado, o al menos se estaba acercando al final. Lo que yo estaba haciendo, o lo que había hecho, era indigno, un delito, algo vil y completamente miserable. Yo tenía una novia, era guapa, fantástica y le había hecho eso.

¿Por qué?

Ah, no había ninguna razón. Yo no quería. No ahora, que sabía lo que estaba haciendo. Ahora no quería.

Salí a la explanada de delante del hospital y me paré en el asfalto gris, contemplando el paisaje mientras fumaba. No había pasado nada, eso era lo importante, nada, absolutamente nada, había salido con Yngve, había vuelto solo a casa, había dormido y había ido a buscar al abuelo.

Si veía de nuevo a Gunvor y podía mirarla a los ojos, tenía que aferrarme a esa versión de los hechos.

No había pasado nada.

Una hora después estaba en la pastelería del edificio Sundt tomando café y observando a la gente en Torgalmenningen. Solía sentarme en ese local cuando estaba solo en la ciudad, rodeado de viejos y viejas berguenses, allí tenía paz y tranquilidad, nadie quería nada de mí, y aunque había un olor empalagoso en el aire, algo que el olor a pasteles y bollos no era capaz de atenuar, me sentía extrañamente bien en ese lugar. Me gustaba leer, escribir en mi cuaderno cuando me llegaba alguna idea, levantar de vez en cuando la vista, contemplar a toda esa gente que se deslizaba de un lado para otro abajo en la calle, y a las palomas, que de un modo extraño vivían su vida en el fondo de las personas, con gestos parecidos, sólo que enormemente disminuidos, siempre en busca de comida que a la gente se le caía de las manos o que tiraban en algún cubo de basura. Un helado, un trozo de panecillo con salchicha, medio bollo. A veces los niños las espantaban, entonces corrían en semicírculo con sus movimientos intermitentes, y si con eso no bastaba, levantaban el vuelo, deslizándose cinco o seis metros por el aire, antes de posarse y volver a la caza y captura de comida.

No quería volver a mi casa, pero tampoco podía quedarme allí eternamente, sobre todo estando tan atormentado. Lo mejor sería ir a la biblioteca de la universidad, coger el toro por los cuernos, plantarme ante Gunvor y acabar de una vez por todas con esa situación. Si los primeros minutos salían bien, si ella no se percataba de nada, entonces el resto también iría bien, lo sabía. No podía sino enfrentarme a ello.

Salí a la calle, me puse las gafas de sol y empecé a recorrer el pesado camino hasta Høyden.

Gunvor estaba leyendo, con un brazo sobre el libro y el otro sujetándose la

frente.

Me detuve frente a ella.

Levantó la vista y sonrió, irradiando luz.

–¡Hola! –dijo.

–Hola –contesté–. ¿Vienes a tomar un café?

Ella asintió con la cabeza, se levantó y me acompañó.

–¿Nos sentamos fuera? –sugirió–. ¡Hace un tiempo estupendo!

–Vale –contesté–, pero necesito un café. ¿Me esperas aquí? ¿Quieres uno tú también?

–Sí, gracias –dijo Gunvor, y se sentó en el muro, con los ojos entornados hacia el sol.

–Ayer salí, ¿sabes? –le dije al volver. Le alcancé el café y me quité las gafas de sol para que no creyera que me estaba escondiendo.

–Ya lo veo –dijo–. Tienes pinta de estar agotado.

–Un poco. Se nos hizo bastante tarde.

–¿Quiénes ibais?

–Yngve y yo.

Me senté a su lado. Me odiaba a mí mismo por ello, pero al menos el peligro había pasado, ella no sospechaba nada.

–¿Por qué no te tomas el resto del día libre? –le propuse–. Y damos una vuelta por el centro.

–Vale, ¿por qué no?

Tres días después fuimos al hospital a ver al abuelo. Nos bajamos del autobús en la pequeña floristería que se encontraba en una especie de quiosco junto a la carretera, muy cerca del hospital, y que era tan macabra que vendía tanto coronas para los muertos como ramos de flores a los que iban a visitar a alguien al hospital. Llovía y hacía viento, subimos la cuesta cogidos de la mano, yo estaba negro por dentro, cuando pensaba en lo falso que era sentía un abismo en mi interior, pero no tenía elección, ella no debía enterarse, y antes o después el recuerdo de eso tan terrible que había hecho iría palideciendo para convertirse en recuerdos normales, como todos los demás, algo que había sucedido en otro mundo.

Cuando llegamos, el abuelo estaba sentado en la sala de la televisión. Se le iluminó la cara al vernos, se levantó, saludó a Gunvor, y dijo que podíamos subir a su habitación, donde había una mesa y sillas. Él se sentó en la cama.

Era una habitación doble, en la otra cama había un viejo enjuto con los ojos cerrados.

El abuelo nos echó una larga mirada.

–Deberíais dedicaros al cine –dijo–. Sois tan guapos los dos que deberíais ser actores. Ahí está vuestro futuro.

Gunvor sonrió y me miró. Le brillaban los ojos.

–Ha sido muy amable por vuestra parte venir desde tan lejos a verme –dijo.

–Faltaría más –dije.

El hombre enjuto de la cama de al lado se incorporó para toser, primero con un sonido atronador, luego gargajoso, al final, una especie de estertor.

No debe de quedarle mucho tiempo, pensé.

Con la oscuridad y el viento de fuera tenía aspecto de personaje de película de terror. Al final se volvió a tumbar y cerró los ojos.

–No me deja dormir por las noches –dijo el abuelo en voz baja–. Quiere hablar. Está seguro de que se va a morir. Pero yo no quiero implicarme.

Se rió un poco. Luego empezó a contar una historia tras otra, y tanto Gunvor como yo estábamos hechizados, había algo en el ambiente que proporcionaba una intensidad especial a lo que decía, o tal vez sólo fuera que contaba mejor de lo habitual. Fue fascinante. Habló de que los colonizadores de Estados Unidos tenían a los indios muy cerca y sufrieron ataques suyos. Habló de cuando en su juventud viajaba para participar en bailes en su distrito, y de cuando conoció a la abuela en una granja de Dike, no muy lejos de Sørbøvåg, donde ella trabajaba con su hermana Johanna. Fue allí una noche con un amigo. La abuela y Johanna dormían en un altillo, el abuelo trepó la escalera, notó que algo le tiraba de la pernera del pantalón, era su amigo, le había entrado miedo y quería irse a casa. La noche siguiente el abuelo acudió solo y consiguió trepar hasta arriba. Su amigo se hizo luego organista, dijo. No tocaba muy bien, por decirlo suavemente, y seguía soltero. El abuelo se rió tanto de ese recuerdo que se le saltaron las lágrimas. Pero también fue como si la situación en sí desapareciera ante él, como si ya no supiera quién era o con quién estaba hablando, sino que hubiese desaparecido por completo dentro de sus propias historias, porque de repente dijo que la primera vez no consiguió seducirla, sólo recibió negativas, pero la segunda vez lo consiguió, dijo, y supuse que no sabía que se lo estaba contando a su nieto y a la novia de éste. O tal vez sí lo sabía. Yo no quería saber nada de eso, y empecé a hacerle preguntas para desviar la conversación. Oyó lo que le



dije y contestó con otra historia. Y la situación no desapareció sólo para él, también para mí, todo se mezcló, lo que había hecho unas noches antes sin que Gunvor lo supiera, Gunvor, como la veía ahora, atenta y fascinada, la oscuridad y el viento, el hombre enjuto con los ojos enloquecidos y las toses casi de muerto, el abuelo, que nos hablaba de construcción de casas en los años veinte, de cuando viajaba con su padre por todas partes construyendo casas para la gente, de cuando iba con una mochila llena de libros que iba vendiendo por la zona, de la pesca de arenque a mediados de los años treinta, de la construcción de carreteras en la montaña en los cuarenta, cuando él era jefe de explosivos, de la guerra, del accidente aéreo en Lihesten, de la vida de su hermano en América. Iba hacia delante y hacia atrás en su vida y lo sentimos como un acontecimiento, como que estábamos formando parte de algo único. Salimos de allí felices y excitados, luego pasamos por delante del cementerio y atravesamos la zona residencial hasta Danmarksplass, entramos en el edificio de ladrillo y subimos a mi casa, donde volvieron a asaltarme todos mis temores, pero no lo exterioricé, aquella noche no había ocurrido nada, había salido con Yngve y había vuelto a casa en taxi yo solo, si alguien decía otra cosa estaba mintiendo.

Cuando me desperté a la mañana siguiente ella ya se había ido a clase. Me puse con el trabajo, faltaban sólo unas semanas para la entrega, y no había escrito más que unas páginas. Lo peor era que no sabía cómo hacerlo. Todo crecía y se expandía, pero no de un modo coherente, los hilos se dispersaban en todas las direcciones, y saber que no sólo tendría que abarcarlos, sino también unirlos, me daba pánico. Sobre las doce sonó el teléfono, me llamaban de Sandviken para preguntarme si podía hacer una guardia extra esa noche. Dije que sí, me hacía falta el dinero, y lo de escaparme de todo lo que tuviera que ver con la intertextualidad me parecía una buena idea. Dormí un poco por la tarde y cogí el autobús sobre las diez y media. La guardia no era en la misma sección que la última vez, y aunque era en otro edificio, el ambiente era exactamente igual. Me recibió un hombre de unos cincuenta años y me explicó lo que tenía que hacer. Era fácil, yo tendría que «marcar» a un paciente, en jerga futbolística, que tenía tendencias suicidas y había que vigilarlo día y noche. Cuando llegué estaba dormido y atiborrado de medicinas, lo más probable era que siguiera durmiendo toda la noche.

Dormía boca arriba en una cama junto a la pared. La única luz provenía de

una lámpara que había en el otro extremo de la habitación. El enfermero cerró la puerta tras él y yo me senté en una silla a un par de metros de la cama. El paciente era joven, dieciocho o diecinueve años. Yacía inmóvil, y por su aspecto era imposible adivinar que estuviera tan atormentado que quisiera quitarse la vida. Tenía la piel pálida, las facciones frágiles. Unos pelos ralos penetraban la piel de su barbilla.

Yo no sabía nada de él, ni siquiera cómo se llamaba.

Pero allí estaba, «marcándolo».

También esa noche acabó por fin y pude bajar las cuestas hasta el autobús en la negra oscuridad de la mañana, sentarme entre los que se dirigían a su trabajo en la ciudad, bajarme en Danmarksplass, recorrer a pie el oscuro pasaje subterráneo, pasar por delante de las caducas casas de ladrillo, atravesar el abombado portal que parecía una gruta y subir a mi casa. Me parecía contrario a toda lógica acostarme entonces, cuando la oscuridad estaba aclarando y el día empezaba, pero dormí como un tronco y no me desperté hasta las cuatro de la tarde, cuando la luz ya había desaparecido casi por completo.

Freí unas albóndigas de pescado y me las comí con un poco de cebolla y unas rebanadas de pan. Miré un rato el trabajo y decidí empezar con una descripción de *Ulises*, luego introducir el concepto de intertextualidad y discutirlo, y no al revés, como tenía pensado. Contento de tener un buen plan, me vestí y me encaminé de nuevo al hospital. El abuelo estaría completamente solo, y como era un hombre muy sociable, la visita sin duda le alegraría.

Cuando llegué arriba y tenía el hospital frente a mí, vi un helicóptero que bajaba lentamente por el aire y aterrizaba en una de las azoteas. Me imaginé que un equipo dispuesto a actuar estaría esperando, tal vez un órgano en una caja, un corazón que acababa de ser extraído de un cadáver en otra ciudad, un paciente que acababa de sufrir una apoplejía, quizá, o que había tenido un accidente de coche, y pasaría ahora a un pecho que le estaba esperando.

En el gran vestíbulo, donde había un quiosco Narvesen, un banco y una peluquería, no se percibía nada de la actividad que se desarrollaba en la azotea o en la entrada de urgencias, donde llegaban sin parar ambulancias con enfermos, y tampoco había nada que revelara, claro está, la actividad que sin duda se desarrollaba en los quirófanos de las distintas plantas, pero el

conocimiento de ello caracterizaba no obstante los espacios. La atmósfera que allí reinaba era curiosamente oscura.

Cogí el ascensor hasta la planta en la que se encontraba la sección del abuelo, recorrí el reluciente pasillo en el que se veían pacientes mirando al techo en camas metálicas, medio escondidos detrás de unas mamparas provisionales, y sin embargo indefensos ante los ojos curiosos. Llegué a la puerta, me paré y llamé. Abrió una enfermera, dije quién era y a quién iba a ver, ella dijo que no era hora de visita, pero ya que había ido hasta allí podría verlo de todos modos.

Estaba sentado en la salita de la televisión.

—Hola, abuelo —dije.

El estado mental en que se encontraba seguía reflejándose en su cara, incluso un momento después de volverse hacia mí, y lo que entonces vi, algo duro y casi hostil, me hizo pensar que en realidad me despreciaba. Entonces se le iluminó la cara, y descarté esa idea.

—Podemos subir a mi habitación —dijo—. ¿Te apetece un café? Puedo pedirlo, ¿sabes? Aquí me tratan muy bien.

—No, gracias —dije, y le acompañé a la habitación.

El hombre flaco seguía en su cama como la última vez, la oscuridad presionaba contra la ventana como la última vez, y la cara del abuelo estaba tan rojiza y casi infantil como cuando Gunvor y yo estuvimos allí dos días antes, y sin embargo el ambiente que reinaba era distinto, estaba solo, me sentía incómodo, le hice algunas preguntas casi mecánicamente, deseando en el fondo salir de allí.

Me quedé una media hora. Él estuvo hablando del Reino Milenario, y, por lo que decía, sospeché que se refería a que un día el ser humano sería capaz de vivir mil años. La ciencia médica hacía grandes progresos, la edad media de las personas era cada vez más alta, casi todas las enfermedades de las que moría la gente cuando él era joven tenían ya cura. Su optimismo ante el futuro era enorme, y no sin razón; una vez que íbamos en el coche él, mi madre y yo, camino de Ålesund para visitar a Ingunn, su hija menor, nos habló de cómo era la vida en su juventud. Había una gran pobreza, las condiciones de vida eran miserables, pero mirad ahora, dijo abriendo los brazos, no se puede entender este bienestar tan grande. Entonces lo vi a través de sus ojos, todo el mundo tenía coches, casas grandes, casi ostentosas, magníficos jardines, y en los centros comerciales de las afueras de las

ciudades y pueblos por los que pasábamos abundaban la mercancía y la riqueza.

El que hablara de seres humanos que vivirían mil años sólo podía entenderse como que tenía miedo a morir. Decidí volver a verlo pronto, era importante que tuviera otras cosas en que pensar. Me dio las gracias por la visita, se levantó con dificultad y se dirigió hacia la sala de televisión, mientras yo bajaba en el ascensor. Compré un paquete de chicles en el quiosco, eché un vistazo a los titulares de los periódicos *VG* y *Dagbladet*, me detuve en medio del amplio vestíbulo, abrí el paquete de chicles, me metí dos en la boca, y el sabor fuerte y refrescante me llenó de una especie de alivio.

En los sillones de debajo de la hilera de ventanas del otro extremo había sentados varios hombres con uniforme de taxista. Unos cuantos monitores de televisión parpadeaban detrás del mostrador de la recepción. Al lado había una columna con letreros. Laboratorio de bioquímica clínica, Sección neuroquirúrgica, Sección de patología, leí. Esos nombres me llenaron de horror, había algo espantoso en todo ese lugar. Quizá fuera simplemente porque todo lo que veía me recordaba una cosa; mi propio cuerpo, el poco poder que tenía sobre él. La red de arterias que se ramificaban tan delicadamente dentro de mí, esos canales minúsculos, ¿no llegaría un día la presión de la sangre a ser tan fuerte que se abriera camino a la fuerza, rompiendo una pared y haciendo que un poco de sangre penetrara en el líquido del cerebro? ¿El corazón que latía no se pararía sin más?

Salí al aparcamiento. Debajo del edificio principal flotaba el humo de los tubos de escape. Fuera caía la densa lluvia con el brillo de las lámparas como pequeños relámpagos de luz. Los árboles de más allá eran negros y divergentes, la oscuridad encima de ellos densa. Bajé la cuesta, crucé la muy transitada calle, caminé a lo largo del cementerio y entré en la zona residencial, siempre con la lluvia dando golpecitos en la capucha del chubasquero.

Eso de los hospitales era algo extraño. Ante todo era una extraña idea, ¿por qué reunir en un solo lugar todo el sufrimiento humano? No sólo unos años, como un experimento, qué va, allí no hay límite en cuanto al tiempo, la acumulación de enfermos es constante. Cuando un paciente se curaba y podía volver a su casa, o moría y lo enterraban, la ambulancia salía y recogía a otro. Hicieron venir al abuelo desde la boca del fiordo, y lo mismo ocurría en todas las zonas, la gente era enviada desde las islas, los pueblos y las ciudades,

formando parte de un sistema que duraba ya tres generaciones. Los hospitales existían para curarnos, ésa era la impresión que se tenía desde la perspectiva del individuo, pero si se le daba la vuelta y se veía desde el punto de vista del hospital, era como si se nutriera de nosotros. Bastaba con pensar en lo de haber dividido las plantas en función de los órganos. Pulmón en la séptima, corazón en la sexta, cabeza en la quinta, piernas y brazos en la cuarta, nariz, oído y garganta en la tercera. Había quien criticaba esa división, quien decía que la especialización había conducido al olvido de la totalidad del ser humano, y que él o ella sólo podían curarse si se los consideraba como individuos completos. No habían entendido que el hospital estaba organizado según el mismo principio que el cuerpo. ¿Conocían los riñones a su vecino el bazo? ¿El corazón sabía en qué pecho latía? ¿Y la sangre en las venas de quién corría? Nada de eso. Para la sangre no éramos más que un sistema de canales. Y para nosotros la sangre sólo era algo que aparecía las pocas veces que algo iba mal y se abrían heridas en el cuerpo. Entonces la alarma se dispara, entonces un helicóptero despega y traquetea sobre la ciudad para ir a buscarte, aterriza como un ave rapaz en la carretera justo al lado del lugar del accidente, te suben a bordo y te transportan lejos, te colocan sobre una mesa y te anestesian, y luego te despiertas varias horas después pensando en todos esos dedos enguantados que han estado dentro de ti, esos ojos que sin pudor han estado mirando fijamente esos órganos tuyos, brillantes y negros a la luz, sin pensar siquiera una vez que te pertenecen a ti.

Para el hospital todos los corazones son iguales.

Casi al final de la estancia del abuelo en el hospital, mi madre vino a la ciudad. Se quedó una noche en mi casa, otra en la de Yngve, y al día siguiente de marcharse, Gunvor vino a verme. Estábamos charlando de todo y de nada sentados en el sofá cuando de repente se levantó y se quedó de pie en medio de la habitación.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¿El qué?

—Hay pelos en el suelo.

Los cogió con la mano y los levantó. Yo me la quedé mirando, con la cabeza ardiendo.

—No son tuyos —dijo—. Y desde luego míos tampoco.

Me miró.

—¿De quién son? ¿Ha estado alguien aquí?

—Ni idea —contesté—. ¿Estás insinuando que te he sido infiel?

No contestó, se limitó a mirarme fijamente.

—Déjame verlos —dije, levantándome, inusualmente consciente de mis propios movimientos.

Me dio los pelos. Eran blancos. Claro. ¡Gracias a Dios!

—Son de mi madre —dije de la manera más serena de la que fui capaz—. Se cepillaría aquí el pelo. Como ves, son blancos.

—Perdona —dijo Gunvor—. Creí que eran de otra persona. Te prometo no volver a ser tan desconfiada.

—Pues sí, ya es la segunda vez. En otoño abriste la carta aquella.

—Y ya te dije que lo sentía muchísimo —se disculpó ella.

Una noche me confesó que había leído una carta que me había escrito Cecilie, mi novia en segundo de bachillerato. Porque era muy celosa, dijo.

Ella intuía que algo había pasado, eso seguro. Si no, no habría pensado que esos pelos blancos pudieran ser sospechosos. Mi madre había estado allí, eso era lo primero que debería haber pensado. Pero no lo fue.

—Lo siento, Karl Ove —volvió a decir, rodeándome el hombro con un brazo—. ¿Me puedes perdonar? No pretendía ser desconfiada.

—Está bien —dije—. Pero recuérdalo para otra vez.

Cuando llegó la noche antes de la fecha tope de entrega del trabajo, apenas había hecho un poco más de la mitad. Había trabajado todo el fin de semana en Sandviken, y cuando me senté delante del escritorio para ponerme con lo mío, me sentí tentado de darme por vencido. Mandarlo todo a la mierda, irme a dormir. Pero de repente me di cuenta de que iba bien, como si esa premura de tiempo me encaminara el texto, lo único que hacía falta era escribir, y escribí durante toda la noche hasta bien entrada la madrugada, cuando toqué sin querer una tecla, y todo lo que había escrito en las últimas horas desapareció. Me fui corriendo a la universidad, expliqué la situación al profesor Buvik, me acompañó a una sección especial de informática, les di el disquete y me prometieron que intentarían salvar lo que había perdido. Me pidieron mi clave, vacilé, por alguna extraña razón era «piña», y me resultó indeciblemente vergonzoso tener que revelar un trozo de mi vida íntima en ese lugar, ante la persona que tal vez fuera uno de los primeros expertos del

país en ordenadores, y con uno de los más eminentes investigadores literatos del país a mi lado.

—Piña —dije, notando cómo se me calentaban las mejillas.

—¿Piña? —preguntó él.

Asentí con la cabeza, él abrió el documento, pero no encontró las páginas desaparecidas, y yo, extenuado de desesperación —era mi última posibilidad—, volví al departamento a ver a Buvik. Me pidió que me sentara, mientras él analizaba el caso con unos colegas. Cuando volvió a salir, dijo que me daban una prórroga de veinticuatro horas. Yo le di las gracias con los ojos humedecidos, me fui corriendo a casa, dormí un par de horas y empecé una nueva noche infernal con Joyce y la intertextualidad. Amaneció, yo aún no había terminado, todo lo que había escrito conducía a una discusión mayor que nunca llegó, me vi obligado a escribir una conclusión de dos líneas, bajé corriendo las escaleras, llamé a la puerta de Espen para pedirle prestada su bicicleta, pedaleé como un salvaje hasta la universidad y entregué el trabajo a las nueve en punto.

Cuando a las pocas semanas colgaron las notas en el tablón del departamento y vi que otra vez me habían puesto un 2,4 no me llevé una decepción, me esperaba algo peor y todavía tenía posibilidades de subir dos décimas en el examen oral. Es decir, habría sido posible si hubiera estudiado. Pero no había estudiado nada y tuve que improvisar ante el mismísimo profesor Kittang. Me trató muy bien, cada vez que se daba cuenta de que no tenía ni idea de lo que me estaba preguntando, me ayudaba a seguir adelante, pero ni siquiera él fue capaz de sacarme del aprieto en el que me metí cuando me preguntó por la opinión de Kittang sobre tal planteamiento. Había puesto en mi programa de lectura varios artículos suyos y no los había leído, y con él presente en la sala resultaba impensable intentar buscar una solución fácil, la pregunta exigía respuestas claras y nítidas, que yo no podía facilitarle.

Pero no me importó demasiado. Nunca había pretendido llegar a ser un académico. Quería escribir, eso era lo único que deseaba, no entendía a los que no querían, cómo podían contentarse con un trabajo normal, fuera cual fuera, profesor, cámara, burócrata, académico, agricultor, presentador de televisión, periodista, diseñador, publicista, pescador, camionero, jardinero, enfermero, astrónomo. ¿Cómo podía ser suficiente? Entendía que ésa era la norma, la mayoría de la gente tenía trabajos normales, algunos centraban en

ellos todo lo que poseían, otros no, pero a mí eso me parecía carente de sentido. Si tuviera un trabajo así, me parecería que la vida no tenía sentido, independientemente de lo bien que lo hiciera y lo alto que llegara. Nunca sería suficiente. Se lo mencioné a Gunvor un par de veces y ella pensaba igual que yo, sólo que al revés, entendía que yo lo sintiera así, pero no podía identificarse con ello.

¿Qué sentimiento era ése?

No lo sabía. Era algo que no se dejaba investigar, ni explicar, ni argumentar, no había en ello racionalidad alguna, pero al mismo tiempo resultaba clarísimo, arrollador: para mí todo lo que no fuera escribir carecía de sentido. Ninguna otra cosa sería suficiente, nada podría satisfacer esa sed.

Pero ¿sed de qué?

¿Cómo podía llegar a ser tan intensa? ¿Escribir unas cuantas palabras en un papel? ¿Algo que no fuera una tesis, un trabajo de investigación, un análisis de algo o alguna otra forma más humilde de escritura, sino literatura de ficción?

Era una locura, porque justamente eso era lo que no sabía hacer. Se me daba bien escribir trabajos encargados por los profesores, y se me daba bien escribir artículos, reseñas y entrevistas. Pero en cuanto me sentaba a escribir literatura de ficción –que era lo único a lo que quería dedicar mi vida, lo único que vivía como algo lo *suficientemente* lleno de sentido– no podía.

Escribía cartas, entonces todo fluía, frase tras frase, página tras página. A menudo se trataba de historias de mi vida, de cosas que había vivido, de cosas que había pensado. Si hubiera conseguido transmitir ese sentimiento, esa actitud, esa fluctuación hacia la prosa de ficción, podría haberme salido bien. Pero era incapaz. Me sentaba delante del escritorio, escribía una línea y todo se paraba, escribía otra línea y todo se paraba.

Pensé en ir a ver a un hipnotizador que pudiera transportarme a un estado mental en el que las palabras y frases me brotaran a chorro de la misma manera que cuando escribía cartas, eso podría funcionar, había oído hablar de personas que habían dejado de fumar mediante hipnosis, ¿por qué no se podía hipnotizar a la gente para que escribiera de un modo ligero y fluido?

Miré en las Páginas Amarillas, no había nadie con el título profesional de hipnotizador, y no me atrevía a preguntar por ahí, algo así correría como un reguero de pólvora, el hermano de Yngve quiere que lo hipnoticen para poder escribir, así que abandoné la idea.



El día de Nochevieja por la tarde subimos instrumentos y amplificadores al local donde se celebraría la fiesta, que estaba en la última planta de Ricks. Mientras los organizadores decoraban y ambientaban el local, hicimos una prueba de sonido. No sería un concierto de verdad, no teníamos PA, los tambores no estaban conectados a un amplificador, y nosotros estaríamos colocados a ras del suelo, sin escenario de ningún tipo, pero no obstante tenía ganas de vomitar de lo nervioso que estaba.

Hans se colocó en el otro extremo del local y nos escuchó mientras tocábamos, dijo que sonaba bien, luego nos fuimos cada uno a nuestra casa a cambiarnos de ropa.

Si no hubiera sido porque tocaba en la banda, nunca en la vida me habrían invitado a esa fiesta. Era una fiesta de cincuenta cumpleaños, ya que se habían unido dos cumpleaños de veinticinco, y todos los que estaban allí tenían relación con lo que yo llamaba la mafia del oeste, estudiantes vinculados a la revista *Syn og Segn*, el periódico semanal *Dag og Tid*, la asociación de neonoruego, Norsk Mållag, y la de No a la UE. Aunque sólo fueran unos años mayores que yo, se encontraban ya en el centro de todo. Corría el rumor de que también iba a acudir Ragnar Hovland como el sello de aprobación definitivo: este es el lugar donde uno debe estar, con la gente a la que se debe conocer.

Volví solo al Ricks, subí la ancha y majestuosa escalera y entré en el local, que ya estaba lleno de jóvenes mujeres vestidas de fiesta y jóvenes hombres vestidos con traje oscuro, hombres y mujeres del oeste, educados, conocedores del mundo y seguros de ellos mismos. Un zumbido de voces, un fragor de risas, ese ambiente de expectación que sólo se manifiesta antes de la fiesta. Me adelanté unos pasos, buscando a Yngve con la mirada.

¿Yngve, Yngve, dónde estás cuando te necesito?

Al menos allí estaba Hans. Pero él también era uno de ellos, educado, conocedor del mundo y seguro de sí mismo, siempre con una réplica irónica en los labios. Me sentía orgulloso de tocar en la misma banda que él, pero no en la misma que Yngve, porque todo el mundo se daría cuenta de que tocaba en la banda gracias a él, y de que estaba allí por él.

Me deslicé lentamente entre la multitud. Muchas de las caras me resultaban conocidas, las había visto en Høyden y en el Café Opera, en Garage y Hulen, pero sólo conocía los nombres de unos cuantos.

Descubrí a Ragnar Hovland y me pregunté si podía asaltarlo, que me vieran charlando con él obraría maravillas en mi reputación.

Dirigí mis pasos hacia él. Estaba hablando con una mujer de unos treinta y tantos años, no me vio hasta que me paré delante de ellos.

–Hola –dijo–. ¡Tú por aquí!

–Sí –dije–. Vamos a tocar luego.

–¿Tocas en esta banda? Me alegro mucho.

Sus ojos eran sonrientes, pero también evasivos.

–¿Qué tal por la Academia?

–Bueno. Después de tu promoción hemos tenido que introducir la presencia obligatoria. Pero se portan bien.

–Conozco a Espen –dije–. Es muy amigo mío.

–¿Ah, sí? –dijo él.

Se hizo una pausa. Tanto él como yo miramos al local.

–¿Estás con algún libro nuevo? –le pregunté.

–Algo hay –contestó.

Lo natural habría sido que él me preguntara entonces cómo me iba con la escritura, si estaba con algún libro nuevo, pero no lo hizo. Lo entendí, y no se lo reproché, pero aún así me dolió.

–Bueno –dije–. Tal vez nos veamos después. Voy a dar una vuelta por ahí.

Sonrió y se volvió de nuevo hacia la mujer. Vi que Yngve acababa de llegar, me dirigí hacia la entrada, donde él estaba mirando a su alrededor. Levanté la mano y me acerqué a él.

–¿Nervioso? –me preguntó.

–Sí, horriblemente nervioso –respondí–. ¿Y tú?

–No demasiado. Tal vez empiece a ponerme ahora.

Encendí un cigarrillo, nos acercamos a Hans, y nos quedamos charlando con él unos minutos, hasta que una chica dio unas palmadas y se hizo de repente el silencio, como en una bandada de palomas que alguien acaba de espantar. Dio la bienvenida a todos. Habría cena, habría discursos, habría diversión, y al final un concierto de los Máquinas de Kafka.

El estómago se me retorció tanto que me dolió.

Nos acercamos a la mesa, había una tarjeta con el nombre en cada cubierto, yo encontré el mío y me senté, por desgracia lejos tanto de Yngve como de Hans.

En la tarjeta ponía una frase que supuestamente caracterizaba a la persona.

En la mía ponía *Veinte años en el exterior y mil años en el interior*.

¿Así era como me veían? ¿Así era como yo era visto?

El último año había hablado cada vez menos y callado cada vez más, a eso se referiría la tarjeta.

La mujer que se sentaba a mi lado, que llevaba una falda corta negra con una especie de tul debajo, medias oscuras y zapatos rojos de tacón, desdobló la servilleta y se la puso sobre el regazo. Yo hice lo mismo.

Me miró.

—¿A quién conoces de aquí? De los que organizan la fiesta, quiero decir.

—A nadie —contesté sonrojándome—. Toco en la banda.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tocas?

—La batería —contesté.

—Ah, vale —dijo.

Miré unos instantes hacia otra parte, y las preguntas cesaron.

Comí sin hablar con nadie, de vez en cuando echaba un vistazo hacia Yngve y Hans, que charlaban cada uno por su lado.

La cena duró una eternidad.

Fuera había un vendaval. El viento era tan fuerte que arrastraba los cubos de basura, oía los ruidos que producían, y de vez en cuando los cristales de las ventanas tintineaban.

Cuando acabó la cena me acerqué a Yngve y a Hans y me quedé con ellos hasta que nos tocó actuar.

Nos presentaron, apenas podía mantenerme en pie, la gente aplaudió, nos acercamos a nuestros instrumentos, me senté en el sillín de la batería, me puse la gorra de Felleskjøpet, la cooperativa agrícola, que me había llevado como un pequeño gesto hacia el público, suponía que esa gente estaría en medio de sus maravillosas carreras académicas, pero que todos habrían crecido con tractores, cosechadoras y cubos de ácido fórmico, me sequé las manos en la toalla y cogí los palillos. La gente estaba callada mirándonos. Me tocaba contar, pero no me atrevía, por si Pål e Yngve no estaban listos.

—¿Estáis listos? —les pregunté.

Yngve asintió con la cabeza.

—¿Tú estás, Pål? —le pregunté.

—Empieza a contar —contestó.

Canturreé para mis adentros el primer riff de «Over My Head».

Vale.

Conté y empezamos a tocar. Para mi horror, descubrí que el bombo se iba deslizando a cada golpe que daba. No mucho, pero lo bastante para que al final de la canción tuviera el pie extendido en toda su longitud, y como al mismo tiempo tenía que dar al charles y al tambor con bordón, debía de parecer una especie de araña alargada y monstruosa.

La gente aplaudió, coloqué el bombo en su sitio, conté hasta la siguiente canción, y volví a deslizarme hacia la postura de araña. La gente empezó a bailar, estuvo bien, en gran parte gracias a Hans, que dio un verdadero espectáculo sin miedo, y, por suerte, sin sentido crítico.

Cuando de madrugada llegué a casa, tras atravesar una ciudad arrasada por el viento, me eché a llorar sin razón alguna, todo estaba bien, el concierto había sido un éxito, al menos por lo que pudimos juzgar, pero de nada sirvió, en el momento de tumbarme en la cama llegaron las lágrimas.

A comienzos del nuevo año me ofrecieron una sustitución fija de fin de semana en Sandviken, y la acepté. Me apunté además en la lista de sustitutos eventuales, y, tan poco a poco que apenas me daba cuenta, empecé a trabajar prácticamente a tiempo completo en la institución. Abandoné los estudios y decía que sí a todo lo que me ofrecían, había en ello una especie de deseo, un impulso, quería trabajar lo máximo posible y eso hice casi todo ese año. De vez en cuando hacía turno doble, empezando en una sección por la mañana y pasándome a otra por la tarde, trabajando dieciséis horas seguidas. Algunas semanas me tocaban las secciones complicadas, los que trabajaban allí eran en gran parte vigilantes, y no me sentía a gusto, la verdad es que tenía miedo constantemente, consideraba a algunos de los internos peligrosísimos, aunque los vigilantes se reían de ellos y a veces incluso se los sentaban sobre las rodillas, acariciándoles mientras veían la televisión, como si de gatos se tratara.

Había uno en particular que resultaba aterrador. Se llamaba Knut y tenía cerca de cuarenta años, pero físicamente era como un adolescente. Esbelto, cuerpo musculoso, cabeza hermosa, rasurada. La llevaba así porque, de lo contrario, se arrancaba el pelo y se lo comía. También se comía las motas de polvo que encontraba, y una tarde le vi abrir la puerta de la nevera y coger una cebolla. Dio un mordisco, las lágrimas empezaron a correrle, pero dio otro mordisco y luego otro más, y al poco rato se había comido la cebolla entera, con piel y todo, mientras le chorreaban las lágrimas. A veces era

agresivo, por regla general se autolesionaba. Un día se golpeó la cabeza contra la pared con tanta fuerza que se partió el cráneo. Lo que más le gustaba del mundo era caminar. Si no lo hubiera detenido nadie, habría ido andando hasta Siberia, era como una máquina, caminaba sin parar. Cuando iba hacia mí por la sección con su mirada oscura, que no expresaba nada más que eso, oscuridad, me daba miedo. Una vez me tocó afeitarse mientras él estaba sentado en la bañera, seguro que notó mi miedo, porque me cogió la mano con tanta fuerza que no pude retirarla y me dio un mordisco. Tuvieron que ponerme la vacuna antitetánica. Me dijeron que podía irme a casa, pero volví con él, tenía miedo, aunque nadie podía saberlo.

También trabajaba a menudo «marcando» a los suicidas, muchos de ellos más cercanos que los que habitaban las incómodas secciones de enfermos crónicos, la mayoría tenía problemas de adicción a las drogas, algunos eran psicóticos o paranoicos, otros maniacos o deprimidos, casi todos jóvenes.

En la sección en la que trabajaba fijo llegué a conocer bien a los demás empleados, y con el tiempo empecé a salir con ellos. Algunos vivían cerca o en el centro de Åsane. Allí se celebraban a veces las fiestas previas a las fiestas los viernes o los sábados, yo acudía, me emborrachaba con aquellas mujeres, todas de entre veinticinco y cuarenta años, luego nos íbamos a seguir la juerga al centro. Mientras los estudiantes universitarios frecuentaban los locales de la parte sur del centro, cerca de Høyden, la pandilla del hospital iba a lugares de la parte norte, alrededor de Bryggen, lugares que no pisaban nunca los estudiantes, al menos no los de Humanidades, excepto cuando querían hacer una gracia. Había bares con piano, bares donde todos cantaban juntos, berguenses y *strilers* –gente de la costa cercana a Bergen–, de toda clase y condición. Yo les caía bien, no me escaqueaba del trabajo, y que no hablara mucho me parecía que era interpretado positivamente. Esas mujeres eran cálidas y agradables, y así era yo también cuando bebía, entonces me acercaba a ellas, una vez subí las escaleras con una en brazos, en medio de mucho ruido y risas, en otra ocasión les rendí un homenaje hablándoles directamente desde el corazón, con los ojos brillantes y humedecidos de afecto. Me llevaba especialmente bien con una que se llamaba Vibeke, podíamos pasarnos la mañana entera charlando cuando la sección estaba tranquila, a veces me hacía confidencias, por alguna extraña razón confiaba en mí. Luego había otra gente más pesada. Åge, sobre todo, resultaba agotador. Era uno de esos estudiantes que se habían quedado en Sandviken y

que ahora trabajaba a tiempo completo. Intentaba acercarse a mí, se me pegaba, estaba metido en un sinfín de conflictos, y quería, en primer lugar, que escuchara sus quejas y calumnias, y, en segundo lugar, que le apoyara, yo asentía con la cabeza diciendo sí, sí, tienes razón, no me digas, de una manera que le hacía creer que era mi amigo. Salíamos a menudo a pasear con los pacientes, él se quejaba y lloriqueaba, mientras me miraba fijamente con aquellos ojos tan terriblemente intensos, también era barbudo y pálido, un debilucho, un pobre hombre, un perdedor, que en su conciencia seguía siendo un estudiante universitario, algo muy por encima de esos ayudantes sanitarios de la sección, o de los soberbios enfermeros de psiquiatría que intentaban perjudicarlo siempre, y de repente quiso que fuera a su casa, que saliéramos juntos, y entonces rechacé clara y abiertamente, por primera vez desde que era pequeño, a una persona que quería algo de mí.

—No, creo que no —dije.

Él se retiró y empezó a evitarme.

Luego cambió de postura y me acusó de que lo había traicionado.

Qué gusano tan asqueroso era.

Cuando aquella tarde iba camino de casa se me ocurrió un terrible pensamiento: ¿él era en realidad yo? ¿Yo llegaría a ser así? ¿Un ex estudiante que se mantiene a flote durante años trabajando a turnos hasta que es demasiado tarde, hasta que todas las posibilidades han acabado y *aquello se convierte en la vida*?

¿Estaría yo allí con cuarenta años, contando a los jóvenes estudiantes que aparecían y desaparecían en las sustituciones que en realidad tendría que haber sido escritor? ¿Te apetece leer un relato mío? Fue rechazado por la editorial, pero sólo porque son tan jodidamente convencionales que no se atreven a jugarse el tipo por alguien que arriesga algo. No reconocerían a un genio aunque se lo metieran por el culo. Mira, da la casualidad de que tengo un ejemplar aquí, en la cartera. Sí, trata un poco de mi vida, y seguro que reconocerás alguna cosa de la institución que describo, pero no es *ésta*, por supuesto que no. ¿Qué estudias? Ah sí, filosofía. Bueno, era una de las opciones que estuve considerando, pero al final opté por la literatura. Escribí la tesina sobre Joyce, ¿sabes? Sobre intertextualidad y cosas así. Dijeron que era brillante. Pero no sé. La siento como algo un poco caduco, a la vez que hay algo universal en la literatura que..., bueno, algo que brilla *a través de* la

época en sí. Toma, llévatelo y mañana en la guardia me das tu opinión. ¿Vale?

Yo no tenía cuarenta, sino veintidós años, pero, por lo demás, la imagen encajaba bastante. Trabajaba allí con el fin de conseguir dinero para vivir, y vivía para escribir, lo cual no sabía hacer, sólo era algo de lo que hablaba. Pero aunque no sabía escribir, al menos era capaz de leer, razón por la que hacía bastantes turnos de noche, así podía leer hasta las cuatro de la madrugada, por regla general sin que nadie me molestara, y luego limpiar las últimas dos horas, cuando ya tenía tanto sueño que de todos modos me costaba concentrarme. Leí *Los autistas* y la *Comedia I*, de Stig Larsson, admiraba ese realismo tan directo, a la vez que siempre había en él algo amenazante. La amenaza eran los abruptos golpes de lo absurdo. Leí a Flaubert, sus *Tres cuentos*, durante mucho tiempo fueron lo mejor que había leído, me impresionaba cómo me tocaban, cómo tocaban algo absolutamente esencial, sobre todo el que trataba de sed de sangre, del cazador que mata todos los animales que se encuentra, lo entendí, conectaba con algo que conocía y sabía que era importante, pero no de una manera que se pudiera razonar, porque no había nada más en él que el relato en sí. Leí su novela histórica *Salambó*, completamente fallida, pero de un modo sobresaliente, el autor había arriesgado mucho en esa novela, empleando sus conocimientos y su talento en toda su amplitud, pero el defecto era que no había en ella vida alguna, todo estaba muerto, los protagonistas eran como muñecos de madera, el entorno como bastidores, pero todo eso tan artificial también tenía su atractivo, era portador de algo, no sólo en el sentido de que la época de la que hablaba estuviera muerta para siempre, sino también de la manera en que la novela en sí, como artefacto, como un producto de arte, se lucía. También leí su novela sobre la estupidez, *Bouvard y Pécuchet*, que era genial, porque el autor no encontraba lo estúpido en lo más bajo, en lo más vil, sino que lo encontraba en el medio, en la clase media, a la que exponía en todo su vanidoso esplendor. Leí a Tor Ulven, disfrutando de cada frase que escribía, esa precisión inigualable, casi sobrehumana, que había en su obra, cómo conseguía hacer todo igual de importante. Hablé con Espen de ello largo y tendido, nos preguntábamos a qué se debía que la prosa de Ulven fuera tan buena, qué ocurría realmente en ella. Era una especie de igualdad de lo material y los seres humanos, donde lo psicológico no tenía cabida, lo que contribuía a que el drama existencial tuviera lugar permanentemente, no sólo

durante una crisis, cuando alguien se divorciaba o perdía a su padre o a su madre, se enamoraba o tenía hijos, sino todo el tiempo, mientras bebía un vaso de agua o iba en bicicleta con luces vacilantes por una carretera en la oscuridad, o simplemente no estaba allí, en ese espacio vacío que él describía de un modo tan magistral. Y no era algo que se decía o se escribía, no estaba *en* el texto, *era* el texto. Sacaba el lenguaje de dentro, como solíamos decir, a través de sus movimientos y personajes, no en la expresión directa, sino en la forma. Leí a Jon Fosse, y cuando salió *El cobertizo* fue como si una puerta se abriera a sus libros debido a su sencillez, su agilidad. Leí *Las Geórgicas*, de Claude Simon, admiraba, al igual que Espen, la complejidad de su estilo y el que nunca hubiera una perspectiva superior, era como si todo se encontrara en la profundidad, y resultaba caótico, el caos que *en el fondo* era el mundo. Lo mejor de todo lo que leí en esa época fueron, no obstante, los textos de Borges, tanto lo fantástico en ellos, que conocía de la infancia y no sabía que echaba de menos hasta leerlo a él, como la manera en que las imágenes, todas sencillas, contenían en su complejidad significados casi infinitos.

Apenas escribía nada. Jugeteaba un poco con la historia de un hombre que estaba atado a una silla de ruedas en un piso cerca de Danmarksplass, que era torturado y al final asesinado de un tiro en la cabeza, y cuando esto sucedía, intentaba todo el rato contener el tiempo al máximo, describir cómo la bala atravesaba la piel y los huesos, el cartílago y los líquidos, hasta dentro del cerebro y sus distintas partes, porque me encantaban las palabras latinas, sonaban como nombres de paisajes, valles y llanuras, pero al final todo se lió, no tenía ningún sentido, y borré el relato. Dos páginas, el trabajo de medio año. Nos fuimos con la banda a Gjøvik, donde grabamos una demo, dos de las canciones las ponían en la Radio Nacional Noruega, y conseguimos un trabajo de teloneros en Hulen durante el Festival de Música. Salió bien. El *Studvest* escribió que nosotros, que ni siquiera figurábamos en el cartel, conquistamos la tarde, y conseguimos otro trabajo allí, esta vez para tocar solos. El local se llenó, estábamos demasiado nerviosos, poco o nada salió bien; en la grabación se oye una voz del público que dice: ¡Joder, qué malos! Pero en el *Studvest* volvieron a hablar bien de nosotros. Esta vez no me sentí tan halagado en nombre de la banda, porque el periodista que lo escribió era del pueblo de Hans, e incluso había tocado en varias bandas con él. Cuando empezamos a hablar de buscar otro guitarrista él fue propuesto, nadie tenía nada que objetar, y vino al ensayo tímido, pero no modesto; captaba



enseguida todas las canciones. Se llamaba Knut Olav, tenía el pelo largo y rojizo, la cara franca, un gusto musical seguro, espartano, casi de experto. Tocaba la batería mucho mejor que yo, seguramente el bajo mejor que Pål, y no me hubiera extrañado que también cantara mejor que Hans. Con él en la banda dimos otro paso adelante y yo tenía un nuevo conocido con el que medirme. Hablaba poco de su vida, jamás se le hubiera ocurrido referirse a sí mismo en términos de elogio, ni siquiera indirectamente, de ese modo que todo el mundo se ensalzaba a sí mismo pretendiendo no hacerlo. Su cara era franca, al igual que sus ojos, no era nada introvertido en sus relaciones sociales, y sin embargo había en él algo cerrado y misterioso. Era de los pocos que se quedaban en las fiestas *after hours* hasta el amanecer, de los que nunca querían irse a casa mientras siguiera habiendo marcha, una característica que compartía conmigo, varias veces nos dieron las ocho de la mañana tomando café en alguna casa de algún lugar de Bergen, bastante borrachos, charlando de cosas que habríamos olvidado por completo al día siguiente. Y, sin embargo, una de esas conversaciones permanecía, yo fabulaba sobre el universo, sobre cómo llegaría a abrirse en el futuro, cómo nos iríamos enterando cada vez de más cosas sobre él, y con ello también de nosotros mismos, pues estábamos compuestos de polvo de estrellas, dije, encontrándome ya muy dentro de ese modo luminoso y fulgurante al que me transportaba a veces la combinación de embriaguez y la visión de las estrellas en el cielo, cuando él dijo que era lo contrario, que los descubrimientos se harían hacia dentro, que nuestro futuro se encontraba en lo que estaba hacia dentro. La nanotecnología. La ingeniería genética. La energía nuclear. Toda la fuerza y todo lo explosivo se encontraba en lo pequeño, lo microscópico, no en lo grande, lo macroscópico. Lo miré. Tenía razón, claro, íbamos hacia dentro. Hacia dentro era el nuevo hacia fuera.

Escribí un relato sobre un hombre que se muere, estaba narrado en primera persona, lo llevan en una ambulancia justo por el pasaje subterráneo de Danmarks plass, se le para el corazón, pero su historia continúa hasta dentro del hospital, hasta dentro del ataúd, lo llevan al cementerio, lo entierran. Tres meses de trabajo, dos páginas y media, absurdo, borrado. Una noche hicieron una redada en un piso de al lado, de los que tenían la ventana de la cocina casi pegada a la mía, a dos metros, al día siguiente lo leímos en el *Bergensavisen*, habían encontrado un montón de armas de fuego y cincuenta mil coronas en billetes. Cogí el periódico y bajé a casa de Espen, nos reímos

asustados; sólo unas noches antes volvimos a casa borrachos y nos tomamos un café en mi cocina, detrás de la cortina del otro lado se veían moverse sombras, abrí la ventana y les lancé una lata de foie gras, dio en el cristal, nos apartamos, lo único que vimos fue que alguien corrió la cortina y miró hacia fuera. ¿Y resulta que eran atracadores de bancos?

Pero lo que sobre todo hacía era trabajar en Sandviken. A veces tenía la sensación de que prácticamente toda mi vida se desarrollaba allí. La gente con la que trabajaba carecía por completo de prestigio y eso me hacía falta. El dinero que ganaba me hacía falta. Y quizá también lo de hacer otra cosa, algo práctico, algo fuera de la universidad, porque me proporcionaba otra imagen de mí mismo que me hacía falta para mantenerme en pie: el verdadero propósito de lo que hacía era escribir. Todo irradiaba o irradiaría hacia ese hecho.

Una tarde de sábado que estaba solo en el trabajo Mary llamó poco antes de que empezara el turno de noche.

—Hola —dije—. ¿Te has olvidado de algo?

—No, qué va —contestó—. Estoy aquí sola y pensé que igual te apetecía pasar por aquí después del trabajo. Podríamos tomarnos una botella de vino, por ejemplo.

Me entraron sofocos. ¿Qué estaba diciendo?

—Creo que no —contesté—. Tengo que irme a casa.

—Voy a serte sincera, Karl Ove —dijo—. Quiero acostarme contigo. Sé que tienes novia. Pero nadie se enterará. Seguro. Te lo prometo. Sólo una vez. Y nunca más.

—No puedo —dije—. No puede ser. De verdad que lo siento.

—¿Estás completamente seguro? ¿Es definitivo?

Ah, sentí ganas de gritar ¡SÍ! ¡SÍ! ¡SÍ! e ir corriendo a su casa.

—Sí, estoy seguro. No puede ser.

—Lo entiendo —dijo ella—. Espero que no pienses que soy una imbécil por habértelo preguntado así sin rodeos. No quiero que pienses que soy imbécil.

—Claro que no, no te preocupes —dije—. Es lo último que pensaría de ti.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—Entonces nos vemos mañana. Hasta luego.

—Hasta luego.

A la mañana siguiente estaba muy nervioso antes de volver a verla, pero en su conducta no había nada que indicara que hubiese sucedido algo especial, estaba como siempre, tal vez un poco más reservada, nada más.

Durante varias semanas estuve pensando en su oferta. Por un lado, me alegraba de no haber cedido a la tentación, no quería serle infiel a Gunvor, y mientras no estuviera borracho, no me costaba nada contenerme. Por otro lado, me consumía de arrepentimiento al pensar en ello, porque de haber podido elegir libremente, sí hubiera aceptado. Pero no podía. Después de Año Nuevo me iría a vivir a Islandia con Gunvor, ella estudiaría Historia en la universidad y yo escribiría a tiempo completo. Hasta entonces trabajaría todo lo que pudiera en Sandviken, limpiando excrementos de las paredes, sujetando a internos con brotes psicóticos, un día uno me dio una bofetada, o dando interminables paseos por el recinto o las cercanías, cuando no nos paseábamos por la provincia en una de las pequeñas furgonetas de la institución.

Hans, que era ya director del *Studvest*, me preguntó si quería escribir reseñas de libros para ellos. Sí que quería y empecé a escribirlas. Puse por los suelos la novela de Atle Næss sobre Dante, y escribí un artículo de una página sobre *American Psycho*, también relacionado con Dante, porque el protagonista que atraviesa la ciudad en un taxi lee un grafiti en una pared, oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza, eso estaba bien, qué novela, joder, qué novela. Hans me preguntó si quería escribir un cuento de Navidad. Quería, pero no logré hacerlo, no me salieron más que unas cuantas líneas sobre un tipo sentado en un autobús, camino de su casa en vísperas de Navidad. Y ahí me quedé. Había pensado en un secuestro, alguien que era atado y torturado en Nochebuena, pero era una tontería, como todo lo demás que yo hacía. Leí *La trilogía de Nueva York*, de Paul Auster, y pensé que yo nunca lograría escribir algo así. Un sábado por la noche hice pizzas para los pacientes y tuve la sensación de que los estaba envileciendo. Pasé las navidades en casa de mi madre y encontré un inquilino para mi piso durante el tiempo que iba a estar fuera, era un amigo de Yngve de Arendal, volví a Bergen, hice el equipaje, dos maletas llenas, me despedí de Espen, cogí el avión hasta el aeropuerto de Fornebo, de Oslo, de ahí al de Kastrup, de Copenhague, y desde allí al de Keflavik, de Islandia, donde aterrizamos muy entrada la noche. La oscuridad era densa e impenetrable, no vi nada del

paisaje que recorrí una hora después en el autobús del aeropuerto, y de la ciudad a la que llegué, que era Reikiavik, tampoco obtuve ninguna impresión. Cogí un taxi, enseñé al chófer el papel que me había dado Gunvor con el nombre de la calle, Gardastræti se llamaba, pasamos por delante de una laguna, subimos una cuesta, las casas eran grandes y monumentales, y nos paramos delante de una de ellas.

Allí viviríamos entonces. En una casa suntuosa en medio de una ciudad en el Atlántico.

Pagué, el taxista sacó las maletas y me las dio, atravesé la verja y fui hasta el portal de la casa. La puerta del apartamento del semisótano se abrió, allí estaba Gunvor, con una gran sonrisa. Nos abrazamos, noté que la había echado de menos. Ella, que ya llevaba una semana allí, me enseñó nuestro piso, era grande y amueblado de un modo muy impersonal, pero era nuestro, allí viviríamos el siguiente medio año. Hicimos el amor, luego fuimos a ducharnos, pero el agua olía a huevo podrido y no se podía estar en el baño, ella dijo que toda el agua olía así, venía del subsuelo volcánico, y ese terrible olor era del azufre.

Unas semanas después me encantaba ese olor, al igual que todo de Reikiavik y de nuestra vida allí. Cuando Gunvor se iba a la universidad por las mañanas, yo me quedaba en casa desayunando, luego iba a la ciudad y me sentaba en algún café con mi cuaderno de notas o una novela, cada día impresionado por la belleza que allí había, las chicas eran increíblemente guapas, nunca había visto nada igual, o me llevaba el bañador y me iba a los baños al aire libre, donde nadaba mil metros a cielo abierto, lloviera, nevancara o nevara, antes de dejarme sumergir lentamente en un *heitapottur*, como se llamaban los pequeños baños calientes de los islandeses. Luego volvía a casa a escribir. Por las noches veíamos la televisión, que también me encantaba, porque el idioma era muy parecido al noruego en el sonido y la entonación, pero resultaba completamente incomprensible. Gunvor tenía amigos en la universidad, en su mayoría estudiantes extranjeros, como ella, luego se echó un asiduo amigo islandés, Einar, que no sólo estaba a nuestra disposición las veinticuatro horas del día, sino que también iba a nuestra casa al menos cuatro tardes por semana. Tenía grandes círculos oscuros debajo de los ojos, una barriga incipiente, trabajaba y bebía demasiado, pero no tanto como para que no le permitiera pasar por nuestra casa a preguntar si podía ayudarnos en algo. Nunca llegué a entender lo que quería, que yo supiera, no

recibía nada a cambio de sus esfuerzos, y la situación no me gustaba del todo, era como un moscardón, pero al mismo tiempo era la única persona con la que yo podía salir por ahí a beber, así que tenía que tolerarlo, pensaba, visitando los bares islandeses y bebiendo alcohol con él, borracho y callado.

A través de uno de los amigos extranjeros de Gunvor, conocí a un norteamericano de mi edad al que le interesaba la música, escribía sus propias canciones, dijo, era entusiasta e ingenuo, hablamos de formar una banda, él conocía a un islandés que tocaba y una noche fuimos a su casa, vivía en un sótano húmedo que tenía algo de decimonónico, tosía como un minero y estaba igual de flaco, su mujer llevaba un bebé en brazos y fumaba mientras gritaba al hombre, que se limitó a encogerse de hombros y nos llevó a un cuarto aún más pequeño, lleno hasta arriba de trastos, allí tocaríamos, pero primero, dijo en inglés, primero tenemos que fumar un poco. Compartimos un porro, él fue a por su guitarra, Eric, que era como se llamaba mi amigo norteamericano, sacó la suya, y a mí me dio un cubo que haría las veces de tambor. Era un cubo de plástico normal y corriente, rojo, con asa blanca, le di la vuelta, me lo coloqué entre las piernas, empecé a darle golpes mientras los otros dos tocaban con sus guitarras algo parecido a un blues, y el niño gritaba a pleno pulmón en el cuarto de dentro.

Gunvor lloraba de risa cuando se lo conté.

Fuimos de visita a la granja donde ella había trabajado, la recibieron calurosamente, conmigo se mostraron tímidos, hablaban muy poco inglés, dijeron, pero más tarde esa noche, cuando fuimos a la casa del pueblo para participar en una gran fiesta junto con todos los habitantes de la región, se relajaron. Comí testículos de carnero, tiburón enterrado y otras curiosidades, todo regado con su aguardiente, y ese rasgo suyo, callado y tímido, que me había parecido tan liberador, porque yo era igual, desapareció de pronto por todas partes y, simultáneamente, el ambiente fue calentándose, al poco rato estaba cogido del brazo de mis vecinos de mesa, meciéndome y cantando en voz alta algo parecido a lo que ellos cantaban. Todos se emborracharon, todos estaban alegres, eran como yo mismo multiplicado por cien, y cuando se acabó la fiesta, de madrugada, todo el mundo volvió a sus casas con una alta tasa de alcoholemia en la sangre. En nuestro caso había que atender a las vacas, así que después de un whisky en la cocina con el granjero, lo acompañé a los establos. Mientras él iba dando tumbos con la azada de los excrementos moviendo el forraje y las bolas de heno, a mí me tocó cepillarles los dientes, algo que a él le hizo tanta gracia que tuvo que sentarse para no caerse de la risa.

Fuera soplaba el viento. En Islandia soplaba siempre el viento, un viento constante, ondeante, que azuzaba desde el mar día y noche. Un día que iba

camino de la Casa de los Países Nórdicos para leer los periódicos noruegos, vi cómo el viento tiraba a una anciana al suelo. Escribí tres relatos y llené un cuaderno entero de reflexiones sobre ello y sobre lo que pretendía con la escritura. Por las noches soñaba con mi padre, y estaba más aterrado en esos sueños de lo que jamás había estado despierto. Las amigas de Gunvor eran aburridas y trataba de evitarlas cuando me era posible. Un estudiante sueco, unos diez años mayor que nosotros, nos invitó a comer a Einar, a Gunvor y a mí, era amable, modesto y tenía un gran corazón, vivía en un piso fantástico y nos sirvió una cena de gourmet que seguro le llevó todo el día preparar. Para corresponderle, lo invitamos a nuestra casa, encontré una receta de carne de cordero que tenía buena pinta, y decidimos hacerla. En la granja de Gunvor nos habían dado una bolsa con carne de cordero y otra con carne de caballo. Parecían iguales, me arriesgué, y me equivoqué, de modo que no conseguí ni por asomo esa composición de plato que mostraba la foto, en la que el hueso con carne estaba elegantemente colocado entre champiñones, cebollas y zanahorias; por el contrario, mi carne se despegó del hueso, eso fue lo que servimos a nuestros invitados esa noche de sábado, reunidos en torno a la mesa de nuestra pequeña cocina: sopa de carne de caballo. Ah, sabía horriblemente mal, estaba salada y asquerosa. Pero Carl, el sueco, asentía con la cabeza, sonreía y decía que de verdad estaba bueno lo que yo había preparado. Einar, que era lo bastante islandés para entender que se trataba de carne de caballo, no dijo nada, se limitó a exhibir esa sonrisa suya insondable, pero no falta de amabilidad. Empecé a entender la situación, él no tenía amigos. Nosotros éramos sus amigos.

Nos emborrachamos y fuimos a la ciudad. Yo había estado especulando toda la tarde sobre Carl, había algo refinado en su carácter, aunque su aspecto era tosco; refinado y tal vez también algo afeminado, y luego esa manera en la que hablaba de su pareja en Suecia, nunca mencionaba su nombre, pero sin embargo, algo me hacía pensar que tal vez se tratara de un hombre.

Hablé de ello con Gunvor y Einar, estábamos en un bar atestado de gente, y con la música a todo volumen, tenía que hablar muy alto para que me oyeran.

—¡Creo que Carl es homosexual! —grité.

Einar me miró con ojos salvajes y luego miró más allá de mí.

Me di la vuelta y me encontré con Carl.

¡Estaba llorando!

Se precipitó hacia la puerta.

–Karl Ove –dijo Gunvor–. Corre tras él y pídele perdón.

Hice lo que me dijo. Fuera, en la calle, con ese viento endiablado, miré a un lado, nada, y luego al otro, y vi correr a Carl camino de su casa.

Eché a correr tras él, y lo alcancé.

–Oye, Carl –dije–. Lo siento, fue algo que se me ocurrió en ese momento y lo solté sin más. Estoy jodidamente borracho, ¿sabes? Pero no tenía intención de herirte. Me pareces un tío cojonudo seas como seas. Me caes muy bien. Y a Gunvor también.

Me miró lloriqueando.

–He intentado mantenerlo en secreto aquí –dijo–. No quería que nadie lo supiera.

–¡Pero si no importa! –dije–. Venga, volvamos con los otros. ¡Y nos tomamos otro gin tonic!

Se secó las lágrimas y se vino conmigo. Era el primer homosexual al que conocía. A partir de entonces empezó a mencionar a su pareja por su nombre, unas semanas después fue a Reikiavik, nos invitaron a cenar, y resultó que él sabía todo sobre nuestra vida en la ciudad. Carl nos había puesto por las nubes, a los ojos de su pareja éramos personas importantes, y por lo que pude deducir, yo era un misterio. Nunca había dicho lo que hacía en Islandia, y ni Einar ni Carl me lo habían preguntado directamente. Holgazaneaba, nadaba, leía, y por las noches, había dicho en una ocasión, me sentaba delante del horno viendo cómo los panes que hacía se ponían lentamente dorados y crujientes. Para mí era al revés, para mí los misteriosos eran Carl y su novio en su similitud, ¿cómo era posible buscar lo mismo? ¿Querer lo mismo? ¿Amar lo mismo?

Por alguna extraña razón, yo mismo aterricé al poco tiempo en un club de homosexuales. Había estado bebiendo aguardiente con Einar, y como tantas otras veces, me fui a caminar por la ciudad después de despedirnos, en busca de lugares que estuvieran abiertos hasta tarde, quería que sucediera algo, cualquier cosa en realidad, y esa noche vi un club en un sótano, bajé, y al principio no noté nada raro, pedí una bebida y eché un vistazo al local, sonaba Bronski Beat, había mucha gente bailando, fui a mear, y en la pared del baño colgaba un cartel con una enorme polla. Estaba tan borracho que tuve la sensación de estar en medio de un sueño, volví, y caí en la cuenta, en ese local sólo había hombres. Al salir a la calle, con la cabeza gacha por el



viento, alguien me llamó. Me di la vuelta. Un hombre de unos treinta años corría hacia mí.

–¡Sean! –dijo–. ¿De verdad eres tú?

–Yo no me llamo Sean –dije.

–No digas tonterías. ¿Dónde te habías metido? ¡Creí que jamás volvería a verte!

–Me llamo Karl –dije.

–¿Por qué dices eso?

–Mira –dije sacando el pasaporte del bolsillo trasero–. Karl. ¿Lo ves?

–Eres Sean –dijo–. Eres Sean. Eres Sean.

Retrocedió unos pasos sin dejar de mirarme, luego se dio la vuelta y desapareció por una bocacalle.

Sacudí la cabeza, seguí andando por las calles muertas y azotadas por el viento, abrí la puerta de nuestra casa, me acosté al lado de Gunvor, que pronto se levantaría, y me apagué como si me hubiesen pegado un tiro en la cabeza.

Desde que decidimos mudarnos a Islandia pensé en escribir artículos y vendérselos a los periódicos. Cuando supe que Einar conocía a Bragi, el bajo de los Sugarcubes, no vacilé en conseguir una entrevista y me presenté en su casa. Había tenido un hijo hacía poco, me lo enseñó, nos sentamos junto a la mesa de la cocina, yo hice mis preguntas, él contestó, y como acababan de sacar un nuevo disco, tal vez no tan bueno como el primero, pero sí mejor que el segundo, y con un primer tema increíblemente impactante, titulado «Hit», resultó muy fácil encontrar un periódico que la publicara. Bragi sonrió cuando le dije que el periódico se llamaba *Klassekampen*. Debía de sonar absurdo a oídos de un extranjero. Cuando estaba a punto de irme, me dijo que pronto tocarían en la ciudad y que yo tenía que ir a los camerinos a saludarlos luego.

Gunvor estaba entonces en la granja, así que fui solo, y me cogí tal pedo de aguardiente que antes del concierto me puse a jugar con uno de los enormes soportes de luces del local, era peligrosísimo, pero no reparé en ello. Un guarda vino corriendo a pedirme que lo dejara, respondí *yes sir*, y me alejé de allí. Si hubiera sido en Noruega me habrían cogido y me habrían sacado a la calle, pero allí estaban acostumbrados a bastantes cosas; debido a una anterior prohibición de cerveza casi todo el mundo bebía aguardiente, y

cuando por fin ésta fue legalizada, la costumbre estaba ya tan arraigada que la cerveza era algo casi exótico. Además, medio litro costaba una fortuna. Bebían aguardiente, y yo no era el único que iba tambaleándome por la ciudad. Por las noches, la parte de abajo de la calle principal estaba atestada de jóvenes. La primera vez que lo vi me pregunté asombrado qué estaría pasando, Gunvor dijo que esa calle siempre estaba así. Un montón de jóvenes reunidos y borrachos. Islandia estaba llena de esas rarezas que yo veía y registraba, pero que no comprendía.

La banda empezó a tocar. Eran buenos y tocaban en casa, el concierto fue fantástico. Cuando terminó, me dirigí a los camerinos. Alguien me paró, dije que era del periódico noruego *Klassekampen* y que de hecho tenía una cita con Bragi. El guarda volvió y dijo que podía pasar, me metí por el pasillo, entré en un cuarto lleno de gente, todo el mundo estaba agitado y alegre, el ambiente al borde de ser salvaje, Bragi estaba sentado en la punta de una silla tambaleándose y me llamó con la mano. Me presentó al batería, le dijo algo en islandés, capté el nombre de *Klassekampen*, y los dos se morían de risa.

Yo no tenía nada que decir, pero estaba contento de todos modos, Bragi me alcanzó una cerveza, me quedé contemplando ese grupo variopinto e hiperbólico que me rodeaba, sobre todo a Björk, claro, no resultaba fácil quitarle ojo. The Sugarcubes era una de las mejores bandas del momento, el cuarto en el que me encontraba constituía en ese instante el centro del rock. Me hacía mucha ilusión contárselo a Yngve.

Bragi se levantó.

—Nos vamos a una fiesta. ¿Quieres venir?

Asentí con la cabeza.

—*Just stick to me* —dijo.

Y así lo hice, me pegué a él. Iba caminando a su lado en medio del montón de músicos y artistas a través de la ciudad y bajamos al puerto, donde se encontraba el apartamento de Björk. Era un dúplex, con una escalera ancha en el medio, y pronto acabó atestado de gente. La propia Björk estaba sentada en el suelo delante de un radiocasete portátil muy grande, rodeada de CD, poniendo una canción tras otra. Yo estaba ya tan agotado que no podía mantenerme en pie. Me senté en la parte de arriba de la escalera, apoyé la cabeza en la barandilla y cerré los ojos. Pero no me dormí, porque algo me subía por dentro desde el estómago, atravesó el pecho y pronto se encontraba en la garganta, me levanté bruscamente, subí los dos escalones hasta el piso

de arriba, me metí corriendo en el baño, levanté la tapa del váter, me incliné hacia delante y vomité una maravillosa cascada color zanahoria con tanta fuerza que salpicó por todas partes.

A las pocas semanas mi madre vino a vernos a Islandia, un día la llevamos a Gullfoss, Geysir y Thingvellir y otro a la costa del sur, donde la arena era negra y en el mar se veía un enorme peñón tras otro.

Fuimos también a un museo de arte en el que las paredes y los suelos eran completamente blancos y el sol entraba a raudales por grandes tragaluces, lo que producía una luz casi ardiente. Por las ventanas se veía el mar azul, con olas rompientes y crestas blancas, y a lo lejos se erguía una gran montaña vestida de blanco. En ese entorno, en ese espacio blanco y luminoso en el borde del mundo, el arte desaparecía del todo.

¿El arte era sólo un fenómeno interno? ¿Algo que se movía dentro de las personas y entre ellas, algo que no podíamos ver pero que nos caracterizaba, que incluso *era* nosotros? ¿Era ésa la función de la pintura paisajista, los retratos, las esculturas, llevar el mundo exterior, tan esencialmente lejano del nuestro, hasta dentro del interior?

Cuando mi madre volvió a Noruega, la acompañé hasta el aeropuerto de Keflavik para despedirme de ella, y en el camino de vuelta leí *Stephen el héroe*, de Joyce, el primer libro suyo que compré y sin duda el más flojo, de hecho estaba inacabado y no se pretendía que fuera publicado, pero tenía no obstante algo que enseñar, cómo el autor iba convirtiendo lentamente el elemento autobiográfico, que allí era clarísimo, en algo diferente con *Ulises*. Stephen Dedalus era un personaje joven y fuerte, llamado a su Dublín natal por el telegrama de su padre, «madre está muriéndose, ven a casa», pero en la novela, es decir, *Ulises*, ese joven brillante y arrogante era tal vez ante todo un lugar de los hechos. En *Stephen el héroe* era una persona apartada del mundo que le rodeaba, en *Ulises*, el mundo y la historia, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Dante, Shakespeare, fluyen a través de él, todo se mueve dentro de él, y lo mismo ocurre con el pequeño judío Bloom, sólo que entonces lo que se mueve no es lo más sublime o elevado, sino la ciudad con sus seres y fenómenos, su publicidad y sus artículos periodísticos, él piensa en lo que piensa todo el mundo, él es *Everyman*, el hombre corriente. Pero había otro nivel por encima de ellos, es decir, ese lugar desde donde eran

vistos, era el lenguaje, y todos esos conocimientos y prejuicios que tenían las distintas formas del lenguaje casi en secreto.

Pero en *Stephen el héroe* no hay nada de eso, allí sólo está el personaje, Stephen, es decir, Joyce, desmarcado del mundo, se le describe, pero nunca se le integra. En su último libro, que había comprado, pero no leído, *Finnegans Wake*, ese desarrollo culmina, según tenía entendido, en él las personas han desaparecido por completo dentro del lenguaje, que vive su propia vida como todo el mundo.

Me bajé del autobús en la parada que había entre la universidad y Perlan, y recorrí a pie el último trecho hasta casa a través del barrio de las embajadas. Llovía y había niebla, me sentía vacío, nadie, quizá se debiera a la despedida. En casa, Gunvor estaba leyendo encogida en el sillón, con una taza de té a su lado en la mesa.

Me quité el abrigo y me acerqué a ella.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunté.

—Sobre la gran hambruna de Irlanda —contestó Gunvor—. *The Great Famine*. ¿Tu madre ha salido sin problemas?

—Sí.

—Ha sido muy agradable tenerla en casa.

—Sí, es verdad.

—¿Qué vas a hacer esta noche?

Me encogí de hombros.

Gunvor llevaba una camisa sin nada debajo y unos pantalones de chándal. La deseaba y me incliné sobre ella. Había pasado mucho tiempo desde la última vez, lo cual me preocupaba, no por mí, yo sólo quería paz y tranquilidad, sino por ella, tal vez pensara que algo iba mal, que no la amaba.

Pero no era eso. Yo sólo quería disponer de espacio a mi alrededor, y eso lo tenía allí, en una ciudad desconocida donde por el día andaba, nadaba y frecuentaba cafés, y por las noches, cuando estaba escribiendo junto al escritorio y ella dormía en el dormitorio, incluso esa habitación era demasiado pequeña, incluso ella estaba demasiado cerca.

De manera que me alegré de que el deseo fuera tan fuerte que dejara de lado todo lo demás. En ese momento no entendía cómo podía prescindir de ello, no había nada que deseara más, y después volvimos a estar cerca el uno del otro, como habíamos estado en la primera época de nuestra relación, cuando sólo éramos nosotros dos, y no hacía falta decir nada para que fuera

así. Todo se encontraba en la atracción y la alegría, la relación se cuidaba a sí misma. Pero sin eso, la distancia era algo que había que romper o combatir con palabras o actos, y cuando yo no lo quería o no tenía fuerza suficiente para mantener la voluntad, entonces no éramos más que dos jóvenes que vivían juntos, sin compartir más que la edad y la cultura.

Ella jamás me había hecho daño. Se había portado bien conmigo, siempre había querido mi bien. No tenía ningún defecto, faltas o carencias. Sus intenciones eran buenas, y hacía el bien. Los defectos, faltas y carencias eran míos. Intentaba ocultarlas ante ella lo mejor que podía, y solía salirme bien, pero estaban siempre ahí, dentro de mí, una sombra que yo dibujaba, lo que me llenaba de mala conciencia. Quería salir de aquello, quería estar solo, entonces desaparecería, ya que no perjudicaría a nadie más, sería simplemente algo que escondía dentro de mí. Pero para estar solo tendría que romper la relación, acabar con eso que ella deseaba, y que también de un modo u otro yo había favorecido. Ella decía a menudo que me quería, y yo no quería por nada del mundo herirla, alejarme de ella, que me miraba con tanta ternura.

Pero aquella noche todo volvía a estar bien. Me duché, iba descalzo por la moqueta, me gustaba esa sensación, ella estaba viendo la televisión, me senté a su lado, puse mis piernas sobre las suyas, ella me traducía cuando se lo pedía, lo que no ocurría a menudo, casi todas las imágenes del telediario islandés eran de barcos de pesca o lonjas de pescado.

Ella se fue a la cama, yo encendí el ordenador y me puse a escribir. Sonó el teléfono, lo cogí, al otro lado de la línea no se oía nada.

—¿Quién era? —preguntó Gunvor desde el dormitorio.

—Nadie —contesté—. ¿No dormías?

—Sí, pero el teléfono me ha despertado.

A veces sonaban voces al otro lado cuando descolgábamos, sin que nadie hubiese llamado, ni nosotros hubiéramos marcado ningún número. Era extraño, pero había embajadas por todas partes, y en diagonal con nuestra casa, al otro lado de la calle, estaba la embajada de Rusia; yo pensaba que los cables telefónicos de la zona estarían tan vigilados que las autoridades islandesas se harían un lío para distinguirlos. El país sólo tenía doscientos cincuenta mil habitantes, era imposible que mantuvieran un alto nivel en todos los campos que exigía un país moderno.

Apagué la luz de la entrada y del cuarto de estar, de tal modo que el

escritorio con el ordenador quedara como una pequeña isla de luz en la oscuridad, me puse los auriculares y empecé a escribir.

Uno de los relatos trataba de un hombre en una piscina cubierta, volvió a aparecer esa prótesis apoyada en la pared del vestuario, pero a partir de ahí no conseguí hacerlo avanzar e incluirlo en algo que no fuera banal. Las descripciones estaban bien, había empleado semanas en ellas, pero no bastaba. Página y media, mes y medio. Le eché un vistazo, lo dejé a un lado, eché un vistazo al siguiente, un hombre con una cámara va por la ciudad haciendo fotos, en la esquina de una de ellas ve a una persona a quien conoce, pero a la que no ha visto en tal vez diez años, y piensa en el verano en el que estuvieron juntos y la novia del joven de la foto se ahogó. La chica nadó unos metros desde el muelle, en el fondo había trozos de muro y hierros de armadura de la obra del muelle dos años atrás, ella se sumergió hasta el fondo, tal vez tres metros por debajo de la superficie, y se ató las manos al hierro. Así la encontraron, atada, con el pelo flotando en las corrientes, todo mientras se acercaba a la isla un vendaval, el cielo estaba enorme y negro.

Tres páginas, dos meses de trabajo.

El problema era que yo no me lo creía, una mujer que se ahogaba, ¿cómo hacerlo creíble?

Lo deseché y abrí un nuevo documento, saqué el cuaderno de notas, repasé las ideas que había anotado y decidí lo siguiente: *hombre con maleta en vagón de tren*.

A la mañana siguiente había terminado. Diez páginas. Estaba contento, no porque estuviera bien, sino porque había terminado, y porque eran muchas páginas. En los últimos dos años había escrito entre quince y veinte páginas en total. Diez páginas en una noche era algo abrumador. A lo mejor podría tener una colección de relatos para el verano a pesar de todo.

El siguiente fin de semana fuimos a las Islas Vestman, cogimos un autobús hasta el sur de la isla y desde allí un barco derecho al mar. Salimos a la cubierta y nos hicimos fotos. Gunvor con la capucha del chubasquero azul puesta y gotas de lluvia en los cristales de las gafas, yo con una mano agarrada a la barandilla, y la otra señalando al mar infinito, al estilo Leiv Eriksson.

Entonces aparecieron las islas, surgieron de la nada y constituían un

espectáculo imponente, unos peñones altos y escarpados, vestidos de hierba reluciente de neblina por un lado, donde pastaban las ovejas, colgando allí arriba como pequeñas nubes, escarpados y sin vegetación por el otro, bajando casi en vertical al mar. Y por todas partes, en todas las cornisas y rocas, había pájaros.

El barco se metió lentamente entre dos peñones, más adentro se abría un puerto natural donde desembarcamos, dejamos nuestras cosas en la pensión y salimos a ver la isla, que era minúscula. Las casas estaban situadas justo debajo del volcán, las de más arriba llenas de lava tras la erupción de principios de los setenta. Nos metimos en el volcán, sus cenizas seguían calientes.

–Me gustaría vivir aquí –dije cuando volvíamos despacio a la pensión–. Sería fantástico.

–¿Qué harías aquí?

Me encogí de hombros.

–Estaría, eso es todo. En una isla en medio del mar. ¿Qué más se puede pedir?

Gunvor se rió.

–En realidad bastante.

Pero yo hablaba en serio. Alquilar una casa allí, en medio del mar, rodeado de hierba centelleante, al pie de un volcán que todavía estaba caliente. Eso me habría gustado.

Una noche Gunvor llamó a Einar. Él trabajaba con ordenadores y teníamos problemas con el nuestro, ¿podía venir a echarle un vistazo? Era fácil pedirle algo, una hora después estaba sentado frente al ordenador en nuestro cuarto de estar. Gunvor le sirvió un té, yo le pregunté qué le pasaba al ordenador, dijo que no era un problema grave y enseguida lo arregló. Luego se quedó un rato y estuvimos hablando un poco de todo y nada, se interesaba por todo lo que hacíamos, pero no contaba gran cosa de sí mismo. Yo sabía que vivía solo, que trabajaba mucho y que conocía a media Reikiavik, al menos a juzgar por toda la gente con la que intercambiaba alguna palabra durante una velada en la ciudad.

–¿Cuándo viene tu hermano? –me preguntó, ya en la entrada, poniéndose la chaqueta.

–La semana que viene –contesté–. A lo mejor podrías salir una noche con

nosotros y enseñarnos la ciudad.

—Claro que sí —dijo—. Encantado. Llámame cuando quieras.

Y desapareció.

Yngve vino con su amigo Bendik y la novia de éste, Åse. Fui a buscarlos al aeropuerto, en parte contento porque vinieran a verme y se alojaran en casa, en parte espantado por lo mismo, yo no tenía nada que ofrecer, nada que decir, y estarían casi una semana.

Preparé la cena, Bendik dijo que estaba muy buena, miré al suelo y me puse colorado, todo el mundo se dio cuenta. Alquilaron un coche, fuimos a la zona de Geysir, Bendik se llevó unos huevos, que hirvió en una minúscula poza de agua hirviendo. El géiser en sí ya estaba muerto, hacía mucho que no había erupciones, pero todavía se podían provocar artificialmente, si se le echaba abundante cantidad de jabón de fregar explotaba como en los viejos tiempos. Pero según tenía entendido, eso era algo que sólo se hacía en casos excepcionales, durante visitas de Estado y cosas por el estilo, así que tuvimos que contentarnos con un hermano menor, el Strokkur, que tenía erupciones cada quince minutos aproximadamente. Tras la erupción, el agua se quedaba quieta, con un aspecto totalmente normal, una superficie refulgente que reflejaba el cielo grisáceo, pero al cabo de un rato el suelo debajo de nosotros empezaba a retumbar otra vez y el agua subía, formando una nueva poza, que de repente estallaba en una enorme columna de agua. Había vapor y agua por todas partes en el aire que nos rodeaba. En el suelo pequeñas fuentes borboteando y espumando. El paisaje desértico y sin vegetación.

Podría haberme quedado contemplando el Strokkur el día entero, pero seguimos camino, en busca de una charca en la que poder bañarnos. A todos nos atraía la idea, bañarnos al aire libre en agua hirviendo y humeante, en medio del yermo. Vimos que salía humo a unos kilómetros de allí, nos acercamos, era una piscina, nos contentamos con eso, yo callado y serio, atormentado por la idea de mostrarme así, sobre todo con Bendik, que hablaba y se reía todo el tiempo, era de esa clase de personas que dicen las cosas sin rodeos. Te has quedado mudo, Karl Ove, qué pasa, ¿te has cagado encima o qué? Se volvieron locos cuando descubrieron lo estupendas que eran las tiendas de Reikiavik, se compraron zapatillas de deporte, vaqueros, sudaderas, chaquetas y CD de bandas islandesas, que era la gran novedad del momento. También les gustaron los bares y discotecas, salimos todas las



noches, la primera con Einar, que se mostró mucho más pasivo y retraído con Yngve, Bendik y Åse de lo que solía estar con nosotros, cuando él tomaba la iniciativa. Estando en la barra de un bar bebiendo aguardiente dijo que había quedado y que tenía que marcharse, que nos lo pasáramos muy bien, nosotros ya nos veremos pronto, me dijo, y desapareció en la oscuridad. Me dio un poco de pena, era como si Gunvor y yo fuéramos su campo de acción, un lugar en el que podía ser importante, aunque tampoco eso me cuadraba del todo, era obvio que conocía a mucha gente en muchos sitios, y que no nos necesitaba a nosotros, ¿no? Pero sólo unos minutos después de que hubiera desaparecido me había olvidado por completo de él, estaba borracho, me relajé, empecé a hablar, fui viniéndome arriba en el transcurso de la noche, pero en un determinado momento todo dio la vuelta, me entraron ganas de romper algo, de pegar a alguien, odiaba todo, a mí mismo y toda mi jodida vida, pero no dije nada, no hice nada, me limité a beber, cada vez más enajenado, y cuando llegué a casa, se me ocurrió que diría a Gunvor todo lo que había estado pensando el último año, tenía la cabeza hecha un lío, no veía nada de lo que me rodeaba, de repente y sin razón sólo me interesaba eso, decir la verdad.

Ella estaba dormida, yo estuve bebiendo solo en la cocina, luego la desperté y se lo solté todo.

—Estás borracho, Karl Ove —dijo—. No lo dices en serio. Por favor, dime que no lo dices en serio.

—Lo digo en serio —dije—. Y ahora me largo.

Abrí la ventana y salté por ella. Caí a la calle, bajo el luminoso cielo de mayo, continué hasta la ciudad y caminé por las calles del centro, todo estaba muerto y quieto, hasta que me sentí tan cansado que me puse a buscar un lugar donde poder dormir. Tras recorrer unas manzanas encontré un garaje con tejado plano junto a un inmueble, trepé hasta él y me eché a dormir.

Me desperté con un frío horrible, había llovido, estaba empapado. Recordaba vagamente lo sucedido. Pero no lo que había dicho.

¿Todo había acabado? ¿Todo estaba roto?

Me quedé sentado en el tejado, aturdido, un momento después bajé para que no me encontraran allí, y fui dando tumbos hasta casa.

Cuando llegué, estaban desayunando. Bendik sonreía, Yngve estaba serio. Gunvor me miró. Åse hizo como si nada.

—Lo siento —dije, y me detuve delante de ellos—. Anoche me pillé un pedo

enorme.

–Ya lo creo –dijo Bendik.

–¿Dónde has estado? –me preguntó Gunvor.

–Me quedé dormido en un tejado en el centro –contesté.

–Tienes que dejar de beber, Karl Ove –dijo Yngve–. Estábamos muy preocupados por ti, ¿no te das cuenta?

–Ya –dije–. Lo siento. Pero ahora me voy a acostar. Estoy que me caigo.

Cuando me desperté, Gunvor y yo salimos fuera a hablar. Dije que no había nada de verdad en todo lo que había dicho, que no sabía por qué lo había dicho, pero que yo era dos personas distintas, una cuando bebía, y otra cuando no bebía, eso ella ya lo sabía, pero te quiero, sí que te quiero, dije, y aunque eso que había dicho que no sabía muy bien qué era no desaparecería nunca, sino que quedaría ahí, seguimos juntos, lo que había entre nosotros era valioso, sobre todo para mí. Decidí tomarme con más calma lo de la bebida, ahí radicaba el problema, pero ya al día siguiente volví a salir, era la última noche, volvería a Noruega en avión con Yngve, Bendik y Åse. Gunvor se quedaría unas semanas más, lo habíamos acordado hacía mucho y me parecía bien, yo había vaciado la existencia, lo que antes era tan hermoso, el cielo enorme, las calles azotadas por el viento por las que caminaba en soledad, las piscinas, los cafés, el escribir por las noches, nuestras excursiones fuera de Reikiavik los fines de semana, todo se había infectado de alguna manera, envolviéndose en la oscuridad de mi interior, en la insuficiencia de mi alma, y en ese momento Bergen, con el trabajo en Sandviken y la renuncia de responsabilidades en mi vida que ello implicaba, me resultaba atractiva.

Gunvor y Åse se fueron a casa temprano, también Yngve y Bendik querían marcharse, tiraron de mí, pero los bares seguían abiertos, era una idiotez irse a casa, id vosotros, yo iré pronto. ¿Qué vas a hacer por ahí tú solo?, dijo Yngve. Quizá me encuentre con alguien conocido, dije. Quién sabe lo que puede ocurrir.

Y de hecho ocurrió. Cuando entré en Filmbarin, vi a Einar en la barra. Me saludó con la mano y sonrió al verme, me acerqué a él, nos quedamos bebiendo y charlando hasta que el bar cerró una hora después. Él conocía a alguien que iba a hacer una fiesta *after hours* en su casa, y al poco rato estábamos en un ático con otras cinco o seis personas, y alguien nos puso un vaso de whisky en la mano.

Encendí un cigarrillo, Einar se inclinó hacia mí con una sonrisita en los labios.

–Son buenos esos relatos que has escrito –dijo.

Lo miré con los ojos abiertos de par en par.

–¿De qué estás hablando?

–Esos cuentos que has escrito. Son buenos. Tienes talento.

–¿Cómo coño sabes tú eso? –le pregunté levantándome–. ¿Los has leído?  
¿Cómo...?

–Los copié cuando os arreglé el ordenador –dijo–. Como nunca has querido contarme a lo que te dedicas... Tenía curiosidad. Entonces vi tu archivo, y lo copié.

–¡Joder! –exclamé–. ¡Eres un cabrón!

Me di la vuelta y me marché, bajé las escaleras con el cigarro en una mano y el vaso en la otra, salí a un patio trasero, donde estuve a punto de lanzar el vaso contra el muro, pero me contuve, tan borracho no estaba, así que lo puse sobre un transformador o lo que fuera aquel pequeño armario colgado en la pared, salí a la calle, bajé en dirección al edificio del Parlamento y luego subí las cuestas hasta nuestra casa, donde todos dormían.

Después de medio año en esa isla negra, sin árboles y casi desierta en medio del Atlántico, me resultó irreal la visión de los árboles en la lejanía, desde el avión, y cuando unas horas más tarde nos paseamos por las calles de Copenhague, calurosas y atestadas de gente, con parques verdes, había algo paradisiaco en todo, como si fuera demasiado bueno para ser verdad que el mundo también fuera así.

Le conté a Yngve la extraña historia sobre Einar, se limitó a sacudir la cabeza diciendo que lo poco que había visto de él no le había inspirado mucha confianza. El que hubiese leído mis relatos no tenía tanta importancia, y ya cuando me marché del bar me había arrepentido de mi reacción, a lo mejor debería haberle hecho algunas preguntas para obtener una valoración más detallada de mi obra. Pero no se trataba de eso, sino de la manera en la que accedió a ellos y por qué lo hizo.

¿Quién se dedica a copiar los archivos privados de otros? ¿Y por qué me lo contó?

¿Qué quería de nosotros?

Algunos problemas están basados en lo geográfico y ése era uno de ellos;

cuando más tarde aquel día pasamos por la puerta giratoria del aeropuerto de Flesland y salimos donde esperaba el autobús, ya no estaban en mis pensamientos ni Einar ni Islandia. Era finales del mes de mayo en Bergen, con laderas verdes, noches claras, gente eufórica, la vida vibrando. Nos resultó imposible irnos a casa a dormir, teníamos que salir, porque el aire era cálido y claro, los cafés y restaurantes estaban llenos de gente, y en el cielo, que estaba oscureciendo levemente, centelleaban las primeras estrellas.

La tarde siguiente llamé a la puerta de Espen. Llevaba medio año sin verlo, me parecía que hacía más tiempo aún; antes de irme hablábamos casi todos los días.

Le hablé algo de Islandia, él me contó un poco de lo que había pasado allí; había estudiado filosofía ese año y aparte de eso había escrito.

—¿Cómo va el manuscrito? —le pregunté.

—Ya está terminado —contestó.

—¡Qué bien! ¿Lo has enviado a alguna editorial?

Asintió con la cabeza.

—Lo han aceptado.

—¿Lo han aceptado? ¿Vas a debutar?

Lo miré forzando una sonrisa, negro de celos.

Volvió a asentir con la cabeza.

—¡Es fantástico! —exclamé.

Sonrió, se puso a jugar con el encendedor sobre esa plancha de madera que usaba de mesa.

—¿Qué editorial es?

—Oktober. He conseguido un editor estupendo, Torleiv Grue.

—¿Qué título vas a ponerle?

—Había pensado en *Baile lento de una casa en llamas*.

—Bien, es un buen título. ¿Cuándo saldrá? ¿En otoño?

—Sí, probablemente. Queda algo de trabajo, pero...

—Bueno, no estoy del todo sorprendido —dije.

En la cocina, la cafetera dejó de bufar. Espen se levantó y fue a por el café, volvió con dos humeantes tazas.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Conseguiste escribir algo en Islandia?

—Un poco. Algunos relatos. No son buenos, pero... Al menos he hecho algo.

–*Vinduet* va a sacar un número de debutantes en otoño –dijo–. Al verlo me acordé de ti. Quizá deberías enviar algo. Yo ya lo he hecho.

–Bueno, no pierdo nada por intentarlo –dije–. Más vale un rechazo en mano que diez publicaciones volando.

–Ja, ja.

Los celos me duraron aproximadamente una hora, en ese momento no quería que le fuera bien, pero luego se me pasó, él siempre había estado en un lugar diferente al mío, desde que lo conocía escribía cosas únicas, y si alguien se merecía aquello era él.

Espen tenía veintiún años e iba a debutar. Era fantástico. Él me había abierto la puerta a la literatura. Había sido completamente desinteresado, nunca había intentado esconderme nada, una obra de la que no quisiera hablar, unos conocimientos que se hubiese guardado para él, con Espen nunca había ocurrido nada de eso, siempre había compartido todo, no para mostrarse generoso, causar buena impresión o realizar una buena acción, sino porque él era así, rebosaba un entusiasmo que quería compartir conmigo.

¿No me iba a alegrar de *su* debut?

Me alegraba por él con todo mi corazón. Si al mismo tiempo la noticia me hería un poco, era porque me ponía a mí y mi propia vida en evidencia.

–¿Qué planes tienes para el verano? –me preguntó.

–Voy a trabajar en Sandviken –contesté–. Luego quizá me vaya unos días a Kristiansand a ver a mi padre. Y puede que también pase unas semanas en Jølster. ¿Y tú?

–Al menos un viajecito a Oslo. Y luego tendré que buscarme una nueva casa.

–¿Por qué?

–¿No te has enterado? Nos echan de aquí. Van a tirar la casa.

–¿Qué?

–Sí. Tenemos que vaciarla en el transcurso del verano.

–Joder. Qué mala noticia.

–¿Y si nos buscáramos un sitio juntos?

–¿Compartir piso, quieres decir?

–¿Sí?

–¿Por qué no?

Había conseguido una sustitución de un mes en Sandviken, y tenía la

sensación de que en la sección se alegraban de verme, bueno, no los pacientes, ellos se mostraban como siempre indiferentes, sino los que trabajaban allí, y volví a entrar en esa vida como si nada hubiese ocurrido. Imprimí el relato sobre el hombre de la maleta, lo envié a *Vinduet* sin muchas esperanzas, y no escribí nada nuevo, tanto porque el trabajo me exigía demasiado esfuerzo como porque no tenía ganas. Gunvor trabajaba en su pueblo, de modo que mis noches libres las pasaba casi todas leyendo en casa. Salí con Yngve un par de veces y ensayé con la banda otro par de veces, pero se notaba ya cierta falta de entusiasmo. En el transcurso de los dos años que llevábamos juntos habíamos tocado una vez en Hulen, otra en Garage, habíamos grabado una demo y hecho una canción en un estudio de verdad, que luego se incluyó en un disco colectivo de una banda de Bergen, todo eso estaba muy bien, pero si queríamos prosperar tendríamos que dedicarnos más, es decir, en serio, y no parecía que nadie estuviera dispuesto a ello.

Una noche no soportaba estar en casa, el verano fuera era demasiado abrumador, parecía casi enfermizo quedarse sentado en una silla leyendo, así que atravesé el parque y llegué al Café Opera. Allí estaba Geir, el amigo de Yngve, al que no conocía, pero que había ocupado mi piso mientras yo estaba en Islandia. Pedí una cerveza y me senté con él y sus amigos. Era un día de diario, no había mucha gente, pero entraron un par de chicas a las que conocía de la universidad, me puse a hablar con ellas, una era rubia y guapa, ya le había echado el ojo antes, era de las que me alegraba ver en la biblioteca, simplemente porque era guapa, así que cuando cerraron el café y me sentía en mi más alto nivel de euforia, reuní a casi todos los que seguían allí en una fiesta *after hours* en mi casa, aún me quedaba alcohol de la tienda libre de impuestos. Invité a Geir, a uno de sus amigos, a las dos chicas y a seis africanos. No los conocía a los seis, pero había hablado un poco con ellos en el Café Opera, pensé que a lo mejor no los conocían a muchos noruegos, tal vez no se hubiesen integrado aún en la vida de allí y les pregunté si querían venir con nosotros a mi casa a charlar y seguir bebiendo. El tipo con el que hablé asintió con la cabeza y sonrió, encantados, sería muy agradable. Cuando íbamos en el taxi esa noche suave y cálida, no eran no obstante los africanos los que ocupaban mis pensamientos, sino aquella chica de pelo dorado que iba sentada en el otro extremo del asiento trasero, seguro que ella estaba pensando en mí, porque cuando entramos en mi casa, después de haber pagado los tres taxis, y nos sentamos a beber —el grupo en el Café Opera

parecía pequeño, pero en mi piso resultaba abrumador, ¿cuándo habíamos estado once personas allí?—, me miró, quería hablar de lo que yo estaba haciendo, de cómo me sentía, qué me parecía en el fondo los estudios y ellos.

—¿Vosotros?

—Sí. Parecías muy arrogante.

—¿Arrogante? ¿Yo?

—Sí, tú eras aquel de Dante, el que había estudiado en la Academia de Escritura. Uno de los listos.

—¿Listo? Pero si no sabía absolutamente nada.

Ella se rió, yo me reí, nos fuimos a la cocina, ella se apoyó en la pared, yo en la encimera, seguimos hablando pero yo apenas oía lo que decía, y al instante me incliné hacia ella y la besé. Me acerqué del todo, la abracé, la apreté contra mí, era suave y adorable y no opuso resistencia. Le susurré que podíamos ir a la habitación de al lado. Era la de Jone, pero él estaba en Stavanger, y nos sumergimos en su cama de agua. Ah, la chica era adorable. Yo yacía encima de ella, ella me tenía abrazado, cuando noté un movimiento detrás de nosotros y me volví.

Era uno de los africanos. Estaba mirándonos en la penumbra.

—Tienes que irte —le dije—. ¿No ves que necesitamos un poco de paz?

Él no se movió.

—No puedes quedarte aquí, ¿lo entiendes? —le dije—. *Will you please leave the room?*

Él no se movió.

—No te preocupes por él —dijo ella—. Ven aquí.

Hice lo que me decía y al poco tiempo todo había acabado. Cuando me quedé tumbado boca arriba, él estaba saliendo de la habitación.

—Ha sido muy rápido —dijo ella.

¿Era una ironía?

No, sonreía y me acarició la mejilla.

—Hace mucho tiempo que soñaba con esto —dijo—. Es una pena que haya durado tan poco. Tengo que irme. Es tarde. Hablamos.

Ella se marchó, yo me dormí y cuando me desperté con un palpitante dolor de cabeza, el piso estaba vacío. Las dos botellas de aguardiente habían desaparecido, y mi cartera, que había dejado en el estante de la entrada, había desaparecido también.

Tenía todo mi dinero en ella.

Me senté y apoyé la cabeza en las manos.

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué, por qué, por qué?

La culpabilidad que sentía era abismal. La vergüenza ardía en mí desde que me despertaba hasta que me dormía. No dejaba de pensar en lo que había hecho. Era algo constante.

Eso era el infierno. Ser despedazado por los sentimientos, eso era el infierno. Y yo tenía la culpa, yo lo había hecho.

¿Por qué, por qué, por qué?

No quería. Quería llevar una vida tranquila, pacífica y afectuosa junto a Gunvor, eso era lo que quería, debería ser fácil de conseguir, no tenía ningún misterio, era algo que todo el mundo conseguía y siempre había conseguido. ¿Gunvor me era infiel? ¿Había hecho ella algo como eso en alguna ocasión?

No, claro que no.

¿Se le habría pasado alguna vez por la cabeza serme infiel?

No, claro que no.

Ella era recta, sincera, buena, amable.

No debería saber nunca lo que había ocurrido.

La chica rubia había dicho que estaba trabajando en un hotel en Hardanger ese verano, al día siguiente llamé y conseguí hablar con ella. Temía esa conversación, era denigrante y humillante, pero tenía que hacerlo, no había otra manera.

Se alegró de saber que era yo.

—¡Hola! —dijo—. Lo de anoche estuvo muy bien.

—Por eso te llamo. Tengo novia. No debe enterarse de lo que pasó. ¿Me prometes no decírselo a nadie? ¿Que quede entre nosotros?

Se hizo el silencio.

—Claro —dijo por fin—. ¿Llamas para decirme eso?

—Sí.

—Está bien —dijo.

—¿Está bien?

—Adiós.

—Adiós.

Dejé pasar muchas horas antes de llamar a Gunvor, quería que la



conversación con ella fuera lo más pura y no contaminada por lo ocurrido posible.

Claro que se alegraba. Claro que me echaba de menos. Claro que esperaba con ilusión el día que nos volviéramos a ver.

Yo sabía que no era digno de Gunvor. Pero me agarré a ella, mentí, y la distancia entre nosotros iba creciendo sin que ella lo supiera. Me odiaba a mí mismo y debía poner fin a la relación, no por mí, sino por Gunvor, se merecía algo mejor.

¿Por qué no lo hacía?

Estuve a punto, pero no pude.

A la mañana siguiente cogí el autobús hasta Sandviken, y sentí una especie de consuelo, incluso en el olor a institución, incluso en ese espectáculo desconsolado de seres humanos almacenados encontré algo de consuelo. Ésa era la vida, y lo que yo hacía también era la vida. No podía escaparme de ello, tenía que aceptarlo. Lo que había hecho, hecho estaba. Ciertamente me notaba agitado, y lo estaría durante semanas, pero el tiempo lo suaviza todo, incluso lo más terrible, porque se mete por medio, minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día, mes tras mes, y tan inmenso es que lo que ha ocurrido al final se acaba disolviendo, hasta que desaparece del todo. Así es, pero hay tanto tiempo, tantos minutos, tantas horas, días y meses entre medias que ya no se siente. Y son los sentimientos lo que cuenta, no los pensamientos, no los recuerdos. Lentamente fui saliendo de aquello, siempre aferrado a ese pensamiento, a ese pensamiento salvador, si ella no lo sabe, eso no existe.

Aquello no existía, ella volvió a la ciudad y al principio todo se me vino encima de nuevo, yo era un mentiroso y un traidor, una mala persona, durante varias semanas era eso lo que pensaba cuando estaba con ella, pero luego se fue atenuando, quedando como un sentimiento constante, pero manejable a un poco de distancia de la conciencia.

Me dolía cuando ella sonreía, me dolía cuando decía que me quería y que yo era lo mejor que le había ocurrido.

Y luego dejó de doler.

Espen y yo estuvimos buscando piso algo desganados durante varias semanas, fuimos a ver un par de ellos, pero ninguno nos convenía, así que optamos por buscar uno cada uno: Espen se fue a un piso en las afueras, yo al anterior estudio de Asbjørn en Nøstet.

Un día recibí una carta de *Vinduet*. La abrí y la leí a toda prisa en el portal, junto a los buzones. La editorial había recibido más de mil quinientos relatos, habían seleccionado treinta y se alegraban de comunicarme que el mío era uno de ellos.

No me cuadraba, volví a leerla.

Sí, en efecto, eso era lo que ponía. Mi relato sería incluido en el número de debutantes.

Bajé la escalera y entré en mi nuevo estudio, me senté en la silla con la hoja en la mano y la volví a leer.

Tendría que tratarse de un error. O el nivel de los textos era excepcionalmente bajo. ¿Pero mil quinientos? ¿De quinientos escritores? ¿Podían ser todos tan malos?

No era posible.

Tendrían que haberme confundido con otro. Kramsgård, Knutsgård o algo así.

Me reí.

¡Me habían aceptado!

Unos días más tarde me llamaron para hacer el servicio civil. Tenía que ir a Hustad hacia finales del otoño. Y luego me asignarían un lugar de trabajo durante dieciséis meses. En realidad me vendría bien, podía ser que dos años en Sandviken fueran suficientes, y no quería estudiar.

Continué trabajando, a la vez que seguía escribiendo reseñas literarias para *Studvest*, además de las llamadas entrevistas retrato que Hans sugirió que hiciera, sobre todo a escritores, ya que en cierto modo era mi campo, pero también a universitarios y a otras personas que pudieran ser de interés para un periódico estudiantil. Yo no tenía nada que ver con el resto del periódico; me pasaba por allí a recoger una pequeña grabadora, hacía la entrevista, la escribía en casa, e iba a entregarla, eso era todo. A él le gustaba lo que hacía y dijo que también les gustaba a muchos otros.

Justo antes de marcharme a Hustad me llegaron por correo dos ejemplares del número de debutantes. Miré mi aportación, se llamaba «Déjà vu», al lado del título había una foto mía, una pequeña foto de pasaporte que habían ampliado, y debajo, en la presentación, no ponía más que mi nombre, año de nacimiento y profesión, que yo había indicado que era «parado». Tenía buena

pinta, nada artificial, ninguna jactancia, bueno, tan cerca de nada como se podía llegar en una presentación.

El número de debutantes fue reseñado en todos los grandes periódicos, ya que el anterior, que había salido en 1966, incluía contribuciones de escritores que luego se hicieron muy famosos, como Espen Haavardsholm, Knut Faldbakken, Kjersti Ericsson, Olav Angell y Tor Obrestad, de manera que cuando *Vinduet* volvió a repetir la experiencia, veintiséis años después, todo el mundo vio la posibilidad de que una nueva generación igual de pujante estuviera de camino. La conclusión de la mayoría de los críticos fue que no era el caso. En todas las reseñas figuraban nombres más prometedores que otros, el mío no estaba entre ellos. Eso era comprensible, mi relato pertenecía a las contribuciones más flojas y tal vez no debería haber sido incluido. Cuando cogí el avión para Molde y luego el autobús hasta Hustadvika, me había apartado ya de todo. Pronto cumpliría veinticuatro años, y durante la última época, mi vida había estado completamente parada, no me había desarrollado en ninguna dirección, no había hecho nada nuevo, nada más que seguir ese patrón que se había trazado los primeros meses en Bergen. Cuando miraba a mi alrededor no veía ninguna apertura por ningún sitio, por todas partes veía sólo más de lo mismo. El servicio civil me llegó por tanto como un regalo. Me proporcionaba un aplazamiento de dieciséis meses. Durante más de un año me organizarían todo, yo no sería responsable de mi vida, al menos en la parte que tenía que ver con estudios, trabajo y carrera.

Una mañana temprano, uno de los empleados de Hustad entró en la habitación y me despertó. Tenía una llamada telefónica. No eran más que las seis, supuse que algo había sucedido, me apresuré hasta la pequeña cabina telefónica que había al final del pasillo, cogí el auricular y me lo acerqué al oído.

–¿Hola? –dije.

–Hola, soy mamá.

–Hola.

–Me temo que son malas noticias, Karl Ove. Se trata del abuelo. Murió anoche.

–Oh, no.

–Murió camino del hospital. Llamó a Kjellaug por la tarde, ella llamó a

una ambulancia, y Jon Olav lo acompañó. Estaba con él cuando murió. No creo que sufriera. Ocurrió muy deprisa.

–Por lo menos eso es bueno –dije.

–Sí –contestó mi madre.

–Estaba muy viejo –dije

–Sí, ya era muy mayor.

El entierro tendría lugar una semana después, pedí permiso, me lo concedieron, volé a Bergen a los pocos días, cogí el barco hasta Rysjedalsvika con Gunvor, mi madre vino a buscarnos, nos llevó en su coche a través del lluvioso paisaje de noviembre, por la pequeña zona montañosa hasta Åfjorden, donde mi abuelo había vivido toda su vida, desde que nació en 1908, de padres de condición modesta, como todo el mundo de ese lugar. Una madre que murió cuando él era pequeño. Un padre que construía casas y trabajaba de pescador. Su padre volvió a casarse, tuvo una hija, y cuando se sintió indispuerto un día que estaba pescando en el mar, un invierno a principios de la década de los treinta, y murió al poco tiempo en el hospital de Florø, mi abuelo reclamó la casa en la que vivían la nueva mujer y la pequeña hija. Hubo un juicio, el abuelo apeló al Tribunal Supremo y ganó. La mujer de su padre y su hermanastra tuvieron que dejar la casa, y el abuelo se quedó con ella y vivió allí hasta su muerte. Se casó en 1940 con Kirsti Årdal, tuvo cuatro hijos entre 1942 y 1954, sacó adelante la pequeña granja con su mujer, trabajó de conductor, crió visones, abejas, algunas vacas y unas cuantas gallinas, además de cultivar bayas. Todos los hijos se marcharon de casa excepto el más joven, se jubiló, su hija mayor era profesora de enseñanza secundaria, la segunda hija profesora de enfermería, la más pequeña psicóloga, y su único hijo fontanero de barco y poeta. Así fue, así resultó, y ahora todo había acabado.

Subimos la cuesta hasta la casa, abrimos la puerta del coche y nos bajamos. Llovía, los tacones de los zapatos se me hundieron en la grava blanda cuando abrí el maletero para sacar la bolsa del traje y la pequeña maleta.

Su mono azul y su gorra negra con una pequeña visera colgaban del gancho de la entrada. En el suelo estaban sus botas.

En el cuarto de estar sonaban voces, dejé el equipaje y entré. Allí estaban Kjellaug, Ingunn, Mård y Kjartan, nos saludaron y se interesaron por cómo nos iba a Gunvor y a mí en Bergen. Ingunn preguntó si teníamos hambre. Había una especie de felicidad en la habitación, como siempre ocurría cuando

se juntaban. Pensé que eso era lo que él había dejado. Kjellaug, Sissel, Ingunn y Kjartan. Sus maridos, Magne, Kai Åge y Mård. Sus hijos, Ann Kristin, Jon Olav, Ingrid, Yngve, Karl Ove, Yngvild, Odin y Sølve. Al día siguiente lo enterraríamos. Ahora comeríamos y charlaríamos.

La niebla se movía en grandes bloques sobre los densos abetos de color verde oscuro, casi negro, en la ladera, al otro lado de la laguna. Eran las nueve, mi madre me pidió que colocara ramas de abeto en la carretera junto a la verja. Era una vieja costumbre. Fui hasta allí bajo la lluvia, coloqué las ramas de abeto sobre la grava, miré hacia la casa, a las ventanas que lucían en la mañana gris. Lloré. No por la muerte o el frío, sino por la vida y el calor. Lloré por la bondad que se respiraba. Lloré por la luz en la niebla, lloré por los vivos en la casa del muerto, y pensé: no puedo echar a perder mi vida.

Jon Olav iba a hablar en la iglesia, pero lloraba tanto que no fue capaz de pronunciar palabra. Lo intentó, pero no lo logró, cada vez que abría la boca y estaba a punto de decir algo, le salía un nuevo sollozo. Cuando acabó la misa, atravesamos la iglesia con el ataúd y lo metimos en el coche, que esperaba fuera. Nosotros íbamos con mi madre en su coche, atravesamos lentamente el pueblo, pasamos por delante de la casa y llegamos al cementerio, que se encontraba en alto sobre el fiordo, donde esperaba la tumba abierta. Llevamos hasta allí el ataúd. Cantamos, sonaba extrañamente frágil en ese espacio tan enorme en el que nos encontrábamos. Debajo de nosotros estaba el fiordo gris y pesado, al otro lado la ladera de la montaña se precipitaba verticalmente, como envuelta en nubes y niebla. El sacerdote echó tierra sobre el ataúd. De polvo somos y en polvo nos convertiremos. Por un momento, mi madre se encontraba sola delante de la tumba abierta. Agachó la cabeza, a mí me atravesó una nueva oleada de llanto, la última, porque cuando nos fuimos de allí a la Casa del Pueblo, donde se sirvió sopa de carne, el ambiente se distendió, todo había acabado, la vida seguiría sin él.

Volví a Hustad, empecé a llamar a los sitios que acogían a objetores de conciencia en Bergen, tuve suerte, como tenía dos años de experiencia en radio enseguida me prometieron trabajo en la Radio del Estudiante, y tras unos días de vacaciones de Navidad en casa de mi madre en Jølster, fui al Centro de Estudiantes a empezar mi primera jornada de trabajador de

conciencia. La puerta de la primera planta, donde se encontraba el espacio diáfano de oficinas que acogía la Radio del Estudiante, *Studvest* y muchas otras organizaciones estudiantiles estaba cerrada, de modo que me quedé abajo esperando a que llegara el responsable, me puse a dar vueltas, a leer los carteles y los comunicados, a mirar los libros expuestos por Studia, luego me senté y encendí un cigarro, había transcurrido ya casi una hora, ¿qué pasaba?, ¿me había equivocado de día?

Hora y media después de lo acordado llegó un hombre.

¿Era él?

El que se acercaba era un tipo gordo de pelo largo y con gafas. Llevaba una chaqueta vaquera, unos pantalones vaqueros y un par de esas zapatillas negras y amarillas de fútbol con tacos de goma que utilizábamos cuando éramos pequeños, antes de que el fútbol fuera algo organizado y nos dieran zapatillas decentes. Tres años antes, una noche había estado bebiendo y fumando hachís en su casa. Sentí como si se hubiesen abierto las puertas del infierno. ¿Cómo podía ser él el director?

—Hola —dijo.

—Hola —dije—. ¿Eres *tú* el director de la Radio del Estudiante?

—Sí señor.

—Estuve en una fiesta *after hours* en tu casa. ¿Lo recuerdas? Hace mucho tiempo.

—Sí, sí. Estabas bastante colocado. ¿No?

—No, no es verdad. ¡Pero tú sí!

Se rió, una risa baja y burbujeante. Era como si la risa formara parte de él, como si lo rodeara. Se reía de casi todo lo que se decía.

Luego se puso serio.

—Algo ocurrió aquella noche, nosotros mismos entendimos que habíamos ido demasiado lejos. Creo que salimos un par de noches más, y luego lo dejamos. Per Roger se fue al extranjero y cuando volvió ya se había reformado. ¡Y yo, ya ves dónde estoy! Ahora ven conmigo y te enseñaré esto —dijo, haciendo ruido con un abultado llavero.

Subimos la escalera y entramos en la zona de las oficinas. Los locales de la radio se encontraban en la parte de más adentro. Tres escritorios, un rincón con un tresillo, y varios armarios que separaban el local del siguiente.

—Ésta es tu mesa —dijo, señalándola con un gesto de la cabeza—. La mía es

esa de allí. Y el resto comparten la tercera. Pero la mayor parte del trabajo se desarrolla arriba, en el estudio. ¿Has estado alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Allí es donde pasarás la mayor parte del tiempo. Lo más importante que te tocará hacer es meter el archivo de discos en el ordenador.

—¿De verdad? —pregunté.

Se rió.

—Archivar los formularios de emisiones, los llamados formularios de TONO. Archivar las bobinas. Quizá grabarlas en DAT cuando tengas tiempo. Hacer café. Comprar café. ¿Qué más? Ir a Correos. Recibimos una cantidad increíble de correo. ¡Ja, ja, ja! A ver, ¿qué más cosas aburridas tenemos? Tal vez hacer informes de las reuniones de la redacción. Fregar el estudio. Pasar el aspirador. Fotocopiar folletos. Fotocopiar los documentos para las reuniones. No te puedes imaginar la ilusión que nos hace tener aquí a un objetor de conciencia trabajando. Estarás en el puesto más bajo de la jerarquía. ¡Serás como un perro! Ésa es la instrucción laboral. ¡Ser como un perro y hacer todo lo que yo diga! Aquí yo lo decido todo.

Sonrió, yo le devolví la sonrisa.

—De acuerdo —dije—. ¿Por dónde empiezo?

—Todo empieza por el café. ¿Pones una cafetera?

Eso hice, fui a por agua al servicio, eché café en el filtro y puse en marcha el aparato, mientras Gaute se sentaba delante de su ordenador a trabajar. Aparte de nosotros dos, no se veía por allí ni un alma. Me senté delante de mi escritorio, abrí los cajones para ver lo que contenían, di una vuelta por el despacho, eché un vistazo a lo que había en las estanterías, miré por las ventanas hacia el parque. Cuando el café estuvo listo, llené dos tazas y le puse una delante.

—Gracias —dijo.

—¿En qué estás trabajando? —le pregunté.

—*Wolfenstein* —contestó.

—¿*Wolfenstein*?

—Sí, tiene lugar en el búnker de Hitler. Se trata de ir subiendo las plantas. El viejo está en la de más arriba. Pero no es fácil, hay nazis por todas partes. Y cuanto más arriba llegas, más complicado es.

Me coloqué detrás de él.

En la parte inferior de la imagen de la pantalla se veía el cañón de una

ametralladora, que se movía hacia delante por un pasillo vacío, al final del cual había un ascensor. De repente se abrió la puerta y salieron unos soldados vestidos de blanco.

–Uf –dijo Gaute.

«Lo» descubrieron, hubo un tiroteo, estaban en el rincón, un par de ellos cayeron al suelo, pero entonces llegó una nueva carga de soldados en el ascensor, dispararon a «Gaute» y la pantalla se llenó de sangre.

Fue escalofriante, porque los pasillos y los soldados se veían como a través de un par de ojos, y cuando llegó la sangre pensé que así sería morir, la vista se llena de sangre, *game over*.

–Sólo he jugado un par de veces –dijo–. También lo tienes en tu ordenador. *Doom* también está allí.

Se estiró.

–¿Lo dejamos ya por hoy?

Lo miré.

–Yo tengo que trabajar ocho horas cada día. Son muy estrictos con eso. Tengo que rellenar formularios y papeles que tú tendrás que firmar.

–¿Quiénes son muy estrictos? Yo no veo a nadie más por aquí.

–Por mí, vale –dije–. Pero tal vez podríamos tomarnos el café al menos.

Luego me daría cuenta de que las apariencias engañaban en cuanto a Gaute. Creía que era un vago, un gandul que hacía novillos, pero no era así. Era ambicioso, tenía ideas sobre cómo mejorar en todos los campos, y durante el tiempo que trabajé allí como objetor de conciencia, reorganizó toda la radio, haciéndola más profesional, desde la labor de la redacción hasta el perfil musical, y renovó todo el equipamiento técnico, en el sentido de que todas esas cintas que yo estuve editando los primeros meses de mi trabajo, cuando todos los programas eran analógicos, habían desaparecido por completo cuando dejé la radio dieciséis meses después, y todo era ya digital. A *Wolf* sólo jugábamos fuera del horario de trabajo, y entonces era yo el que estaba obsesionado por ese juego, muchas veces me iba a casa a las dos de la madrugada, tras haber jugado sin parar desde las cuatro de la tarde; algunos días seguía allí jugando cuando los colegas llegaban para la emisión de la mañana. También teníamos un juego de *Football Manager*, quizá aún más adictivo, pasaba todo mi tiempo libre comprando y vendiendo jugadores y jugando partido tras partido hasta que mi equipo ganara la Copa de Europa,



algo que podía durar varias semanas. Después de una sesión de doce horas tenía la cabeza como helada y totalmente vacía, era la falta de sentido sistematizada, pero era incapaz de dejarlo, estaba enganchado.

Otra novedad que había en la radio y que yo no conocía era internet. También resultó adictivo. Deslizarme de una página a otra, leer periódicos canadienses, ver los datos del tráfico de Los Ángeles en ese mismo momento, o los desplegados de *Playboy*, que se visualizaban infinitamente despacio, primero la parte de más abajo de la imagen, que podía ser cualquier cosa, luego iba subiendo poco a poco, era como si la imagen se fuera llenando dentro del marco, como agua en un vaso, ahí aparecían los muslos, ahí estaba..., ah, joder, ¿llevaba *bragas*? Y después los pechos, los hombros, el cuello y la cara, todo colocado en el ordenador del despacho de la Radio del Estudiante en medio de la noche en ese paisaje de oficinas vacías. Rachel y yo. Toni y yo, Susy y yo. Las prostitutas tal vez tuvieran su propia página web. Me preguntaba si alguien había escrito sobre las *Elegías de Duino*, de Rilke. ¿Había fotos de Tromøya en internet?

Después de Navidad volvió el objetor de conciencia saliente y repasó conmigo todas las tareas. Se sorprendió al ver que yo no sabía editar, que no podía ser técnico de emisión, bueno, en realidad, que no sabía nada. En la radio de Kristiansand tenía mi propio técnico, lo único que tenía que hacer era hablar por el micrófono fuera, entrevistando a alguien o dentro del estudio, cuando tenía emisión. De todo lo demás se ocupaba el técnico. Aquí era distinto. Me miró extrañado al comprender que yo primero escribía todo lo que iba a decir, incluso lo más sencillo, como hola y bienvenido a la emisión de la Radio del Estudiante, y que no me ponía a hablar sin más, como hacían él y todos los demás que trabajaban allí. Pero aprendí rápidamente. Durante las vacaciones, el objetor de conciencia era el que se encargaba de las emisiones, entonces me veía obligado a trabajar solo, es decir, a encender la emisora, a poner la sintonía de la radio, la sintonía del programa, a presentar el programa, a decidir si emitía algo repetido, hablaba o ponía música, quizá invitar a alguien y entrevistarlo en directo, algo que me gustaba cada vez más. Resultaba emocionante tener una emisión en directo yo solo, y cuanto más complicado era el contenido, más fuerte era la emoción. Pero por regla general, no era responsable de ninguna emisión, salvo de un pequeño boletín de noticias estudiantiles que se emitía todos los

días y que me llevaba toda la mañana componer, me leía los periódicos buscando entrantes para los programas culturales, entrevistaba a escritores o leía reseñas de libros, y cada día me consideraba feliz por haber aterrizado en ese lugar, y no, por ejemplo, en Sandviken u otra institución. Olav Angell acababa de traducir *Ulises*, lo llamé para preguntarle por su trabajo. Fredrik Wandrup puso por los suelos al novelista Ole Robert Sunde, llamé primero a Wandrup, luego a Sunde, grabé unos comentarios y los edité. El escritor Dag Solstad estaba en la ciudad, fui a su hotel a entrevistarlo. Era la primera vez que trabajaba en algo que realmente me gustaba. Y no era el único, el ambiente era entusiasta, pero a la vez relajado, no era un lugar para estudiantes que quisieran ascender y triunfar rápidamente, al contrario, tanto por el estudio como por abajo, por las oficinas, deambulaba todo el día gente que no hacía nada en especial, aparte de tomar café, fumar, charlar, tal vez echar un vistazo a los nuevos CD que habían llegado u hojear los periódicos o alguna revista. Las primeras semanas yo no decía nada, me limitaba a saludarlos con la cabeza cuando llegaban, trabajaba todo lo que podía, si tenía un cuarto de hora libre metía títulos de discos en el ordenador, cuando iba a Correos subía y bajaba corriendo las escaleras. En las reuniones de los redactores no abría la boca, pero en cambio tomaba notas de todo lo que se decía. Poco a poco llegué no obstante a reconocer las distintas caras, incluso a recordar sus nombres. Como yo era el único que siempre estaba allí, todo el mundo sabía quién era, y empecé a intercambiar alguna que otra palabra con ellos, incluso a contar algún chiste. En medio de una reunión, Gaute me miró de repente y me preguntó: ¿qué opinas tú, Karl Ove? Para mi asombro, descubrí que todos me miraban expectantes, como si realmente creyeran que tenía algo que decir.

Al principio de cada semestre se reclutaba a nuevos colaboradores. Gaute me pidió que hiciera un folleto, fue el primer encargo de trabajo serio que recibí, y me preocupé mucho por hacerlo lo mejor posible, le dediqué una tarde entera sólo al titular, que al final sería Préstamo Gratuito de Estudio, sacrifiqué mi ejemplar de Dante con ilustraciones de Doré recortando mi foto favorita, la de cuando ven a Dios, la última y la primera luz, y la pegué en la hoja, de la que hice doscientas fotocopias, que estuve repartiendo todo el día abajo, en medio del barullo del Centro de Estudiantes, atestado de nuevos alumnos. La reunión orientativa, unos días después, registró lleno total. La mayoría se limitaba a escuchar en silencio a Gaute, pero algunos hicieron

preguntas y de entre ellos me fijé en un joven con la cabeza afeitada y gafas como de adorno, entre otras cosas porque en la mesa tenía un ejemplar de la novela de Ole Robert Sunde *Claro que ella tuvo que llamar*. Era una declaración y una señal, una clave para los iniciados, que no eran muchos, y por ello aún más valiosos. Leía a Sunde. Entonces seguro que escribía.

A los pocos días empezaron las entrevistas. Yo me sentaba con Gaute en la sala de reuniones, haciendo una pregunta tras otra, mientras anotaba palabras clave sobre los entrevistados. Era un papel extraño el mío, porque no sabía nada, al menos no más que ellos, y sin embargo ellos se veían obligados a estar allí sentados pasándolo mal y contestando lo mejor que podían, algo que nadie me exigía a mí. Luego revisamos las listas de nombres y discutimos nuestras impresiones, también resultó curioso cuánto me gustó elegir y desechar de entre ellos. Tres de las chicas eran extraordinariamente guapas, una de ellas nos miraba con angustiados ojos azules bajo las pestañas pintadas de negro, sus mandíbulas eran altas, el pelo largo y rubio, tendría unos veinte años, había que cogerla. Otra tenía el pelo oscuro y lo llevaba recogido en una larga trenza, movía todo el tiempo un poco los labios, que tal vez fueran los labios más hermosos que había visto jamás, estaba sentada con la espalda erguida y las manos descansando en el regazo, era en todos los sentidos elegante, y cuando dijo que tocaba el tambor, yo ya estaba vendido, teníamos que cogerla. Gaute se rió y dijo que la chica de hecho tenía experiencia en la radio, y que en todo caso era una candidata incuestionable. También había que coger al tipo de Sunde y al que tenía pinta de venir de una escuela de comercio, para que no sólo hubiera humanistas, y luego definitivamente a esa chica que sabía algo de música clásica...

Tras unas semanas de aprendizaje se fueron consolidando las distintas redacciones, a la vez que empezaba a cogerle el truco al trabajo y ya no estaba nervioso cada vez que subía las escaleras hasta la primera planta. Era al revés, el trabajo me hacía ilusión. La radio era el primer ambiente propiamente mío del que formaba parte en Bergen, hasta entonces todo había pasado por Yngve o Gunvor, en la radio no era así, y yo me alegraba por ello, a la vez que también me creaba problemas. Tenía la sensación de que en mi vida se había iniciado algo nuevo y que en cierto modo ocurría fuera de Gunvor y de mí. Nuestra relación era como antes, llevábamos juntos casi cuatro años, ella era mi mejor amiga y yo su mejor amigo, sabíamos todo el uno del otro, excepto aquello tan terrible que yo le había hecho y que todavía

estaba dentro de mí, no en ella, ella no sabía nada, me consideraba una buena persona. Pero cuando venía a verme a la radio, no encajaba en ese lugar, me sentía incómodo, casi tenía la sensación de estarla engañando con sólo estar allí. Comprendí que todo había acabado, pero no era capaz de romper, no quería herirla, no quería decepcionarla, no quería estropearle nada. Además, nuestras vidas estaban ya entretrejidas de otras maneras; en mi casa era una más de la familia, sobre todo para mi madre, que se había encariñado con ella, y para Yngve, al que le gustaba mucho, pero también para los miembros más lejanos, los hermanos de mi madre, por ejemplo, y lo mismo pasaba con la parte de Gunvor. Como si esto no bastara, ella había conocido el último año a Ingvild, ahora eran amigas, y Gunvor se fue a vivir a la casa en la que había vivido Ingvild, un piso compartido en el que también había vivido Fløgstad mucho tiempo atrás, y que durante los últimos años había estado ocupado por gente de Arendal, es decir, los amigos de Yngve.

¿Podría yo cortar todos esos lazos?

No.

Era demasiado débil.

De modo que vivía una especie de doble vida, levanté un muro entre las distintas partes, con la esperanza de que todo se disolviera por su cuenta.

El tipo que tenía en la mesa la novela de Ole Robert Sunde en la reunión orientativa se llamaba Tore, venía de Stavanger y aportaba un montón de ideas en las reuniones de la redacción. Una mañana en que estaba sentado en la oficina, nos pusimos a hablar. Le pregunté cómo le iba con Sunde, dijo que había estampado el libro contra la pared de pura frustración, que estaba escribiendo un ensayo justo ahora sobre ese tema y que intentaría vendérselo a una revista.

—¿Tú has leído algo suyo? —quiso saber.

—Esa novela no. No pasé de las primeras veinte páginas. Pero leí aquella sobre O, ¿sabes?, su novela de Odiseo. No recuerdo cómo se llama.

—*Contrapunto* —dijo.

—Sí, eso es. En la universidad escribí el trabajo para literatura sobre Joyce, así que tengo bastante interés por esa tradición.

—Yo soy más de Beckett.

—¿Te gusta el secretario más que el maestro?

Sonrió.

–Dicho así no suena muy bien. Pero Beckett es cojonudo, ¿sabes?

–Sí, es verdad.

–Estoy escribiendo una novela un poco al estilo Beckett. Al menos es algo absurdo.

–¿Estás escribiendo una novela?

–Sí. La enviaré a la editorial en primavera, supongo. Luego llegarán los habituales rechazos. Interesante y bla, bla, bla, pero por desgracia, bla, bla, bla. Tengo dieciséis de esos en casa.

–¿Dieciséis rechazos?

–Sí.

–¿Qué edad tienes entonces?

–Veinte. ¿Y tú?

–Veinticuatro. Pero sólo tengo un rechazo.

–¿Entonces escribes?

–Sí..., o no, en realidad no.

–¿Escribes o no escribes?

–Depende de lo que quieras decir...

–¿De lo que quiera decir? O escribes o no escribes, ¿no te parece? Que yo sepa, no hay ningún punto intermedio.

–Entonces escribo. Pero nada bien, ¿sabes?

–¿Te han publicado algo?

–Un relato. En el número de debutantes de *Vinduet*. ¿Y a ti?

Sacudió la cabeza.

–Eso hace dieciséis a uno a mi favor en cuanto a rechazos, y uno a cero para ti en aceptaciones.

–Ya –dije–. Tal vez lo de *Vinduet* suene bien. Pero el relato no es bueno.

–Llevamos tres minutos hablando y has dicho ya dos veces que no está bien. Aprecio cierto patrón. Un rasgo de tu carácter.

–Es verdad lo que digo. No tiene nada que ver con mi carácter. Es un hecho objetivo.

–Bueno, bueno –dijo mirando el reloj–. Tengo que irme a clase. Pero podemos tomarnos una cerveza luego, ¿no? ¿A qué hora acabas aquí?

–A las cuatro y media.

–¿A las cinco en el Café Opera entonces?

–¿Por qué no? –dije, mientras lo veía marcharse por el pasillo entre los tabiques medianeros y desaparecer escaleras abajo.

Tore estaba sentado solo en una mesa de la planta baja cuando esa tarde entré en el Café Opera. Pedí una cerveza y me senté con él.

–He leído tu relato «Déjà vu» –dijo sonriendo–. Está bien.

–¿Lo has leído? ¿Hoy? ¿Dónde lo has encontrado?

–En la biblioteca de la universidad. Bastante inspirado en Borges, ¿no?

–Sí, y en Cortázar.

Lo miré y sonreí. Era de esas personas que de verdad se implicaban. ¿Me habría yo molestado en ir a la biblioteca de la universidad a buscar un relato de un tío que no conocía, antes de quedar con él? Nunca en la vida. Pero Tore lo hizo.

Era bajo de estatura, y poseía una enorme energía, por un lado, había en él algo abierto y receptivo –era de esa clase de personas que miran a su alrededor cuando se ríen, y que lanzan comentarios en todas las direcciones, sin preocuparse lo más mínimo por cómo pueden ser recibidos–, por otro, había en él algo cerrado que podía aparecer después de uno de esos estallidos de sociabilidad, de repente se quedaba ausente, con la mirada perdida, y no escuchaba nada de lo que se decía, duraba sólo unos segundos y resultaba casi imperceptible, pero yo me percaté ya en las primeras reuniones de la redacción, y me pareció una persona interesante.

–¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? –me preguntó, mirándome por encima del borde del vaso de cerveza, del que daba pequeños sorbos.

–Cuatro años y medio –respondí–. ¿Y tú?

–Sólo seis meses.

–¿Qué estudias?

–Literatura. Luego haré Filosofía, creo. ¿Y tú?

–Hice Literatura. Pero de eso hace ya bastante. Mi vida lleva tres años completamente estancada. No ha pasado nada durante ese tiempo.

–Estoy seguro de que han pasado cosas –dijo él.

Era como si no quisiera saber que las cosas podían ir mal. Pero no dije nada, bebí y miré por la ventana las calles, frías y grises, a la gente que pasaba tapada con abrigos, y alguno que otro con un plumas hinchado.

Volví a mirarlo. Estaba sonriendo, era como si la sonrisa y esa risa que seguía lo elevara y lo empujara hacia delante.

–En Stavanger tocaba en una banda –dijo–. En esos círculos, todo el mundo conoce a todo el mundo. Uno de los que iba conmigo al instituto

dirige su propia empresa discográfica y tiene una pequeña tienda de discos. Se llama Jone. Se vino a estudiar un año aquí, a Bergen. Me contó que compartió piso con un tío que estaba completamente loco. Tocaba la batería y quería ser escritor. Era lo único que hacía. Tenía la habitación inundada de libros, estaba completamente obsesionado. Ya sabes, novelas de Dostoievski en el armario de la cocina, la obra completa de Sandemose en el váter. También tocaba en una banda. Una banda de estudiantes.

—¿Cómo se llamaba esa banda? —le pregunté.

—Máquinas de Kafka —contestó—. ¿La conoces?

Asentí con la cabeza.

—Sí, yo era el batería.

Se reclinó en la silla y me miró.

—¿Eras *tú*? ¿Compartiste piso con Jone?

—Sí. Creía que lo contabas por eso. Porque sabías que era yo.

—No, no. En absoluto.

Se calló.

—¿Qué posibilidades había de que fueras tú? —dijo por fin.

—Bastantes —contesté—. Bergen es un pueblo. Ya te darás cuenta. Pero dale recuerdos a Jone y dile que no exagere tanto. Todo era completamente normal. Yo leía libros, es verdad, pero la casa no estaba inundada de libros. Quizá se lo pareciera a él, pues no es exactamente una persona literaria.

—¿Y es verdad que había ratas en vuestra casa?

—Sí.

Me reí. ¿Qué había ido contando Jone? Me lo imaginaba en su tienda de discos, rodeado de una pandilla de chicos del instituto. *En Bergen sí que pasan cosas raras, chicos.*

Ni siquiera había leído mucho. Por encima, vale, pero no había entrado de verdad en materia, como había hecho por ejemplo Espen. Y la batería... la tocaba más bien poco. Y las ratas..., bueno, hubo dos. Una que cayó en la trampa, y otra que maté con raticida y acabó pudriéndose en la pared que daba a la escalera.

—¿Seguís tocando? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—¿Y tú?

—No, aquí no.

Estuvimos dos horas hablando. Nos gustaba más o menos la misma

música, pop e indie británico, excepto que su gusto era más perfilado y categórico que el mío. Su banda favorita eran los Kinks, XTC los seguían de cerca. También se explayó sobre Japan, R.E.M., los Stone Roses, Bowie, Depeche Mode, Costello, Blur. Cada vez que yo mencionaba una banda que él no conocía, veía que se esforzaba por recordarla. Boo Radleys, dije, escúchalos. Y The Aller Værste!, ¿de verdad no los conoces? ¡Pero si es la gran banda noruega!

Luego hablamos de literatura. Estaba al tanto de todo lo que se publicaba. Todas las novelas, todos los poemarios, todo.

—¿Conoces a Espen Stueland? —le pregunté al cabo de un rato.

—¿*Baile lento de una casa en llamas*? —dijo Tore.

—Es mi mejor amigo.

—¿De verdad? ¡Es genial! Una de las mejores primeras novelas desde hace mucho tiempo. ¿*Lo conoces*?

—Sí, estudiamos juntos. Y luego vivió durante dos años en el piso de debajo del mío.

—¿Cómo es? Un niño prodigio, ¿no?

—Sí, casi. Al menos increíblemente dedicado. Y con una comprensión enorme de todo lo que lee.

Tore miró al frente unos instantes riéndose por lo bajo y diciendo *sí, sí*. Acto seguido, se enderezó de repente.

—¿Y Rune Christiansen? ¿Has leído algo de él?

—He oído hablar de él, pero no he leído nada.

—Entonces te dejaré su último poemario. ¿Y Øyvind Berg, qué?

—Sí, un poco. *Totschweigetaktilen* y *Et foranskutt lyn*. Pero soy un mal lector de poesía, ¿sabes? Espen es fan de Berg, por cierto. Y de Ulven, claro.

—Joder, *ése sí* que es increíble —dijo Tore.

Casi se nos humedecieron los ojos al comentar lo buenos que eran los libros de Ulven. A Tore también le entusiasmaba Jan Kjærstad, y la novela *El cuchillo en la garganta*, de Kjartan Fløgstad, pero no el resto de sus libros, al contrario que a mí. Me imaginé que tendría que ver con lo intelectual. La que más le gustaba de todos los poetas noruegos era Eldrid Lunden, dijo.

—¿No has leído a Lunden? ¡Joder, tienes que leerla, Karl Ove! ¡Es importante! *Mammy, blue* es el mejor libro de poesía noruego de todos los tiempos. ¡Después de Obstfelder, claro está! Obstfelder, Lunden, Ulven. Te lo dejaré. Y también *Det omvendt avhengige*. ¡Ése sí que tienes que leerlo!



Cuando al día siguiente volví de comer en la cafetería, había un pequeño montón de poemarios en mi escritorio. Y encima, una nota escrita a mano.

Karl Ove:  
Para leer  
De tu amigo, Tore

¿Mi amigo?

Me llevé los libros a casa y los leí por encima, como siempre hacía con Espen para saber de qué iban cuando él me hablara de ellos. Ya al día siguiente Tore se pasó a verme, nos tomamos un café, quería saber qué me habían aportado los libros, en particular *Mammy, blue*, que entendí que era importante para él. Ahora quería que también lo fuera para mí.

Qué energía tenía.

El que en ese momento esa energía estuviera centrada en mí no me disgustaba, en cierto modo era halagador, porque había en ello un componente de admiración por mí, yo le llevaba cuatro años, había estudiado en la Academia de Escritura, me habían publicado un relato en *Vinduet* y pronto empezaría a reseñar libros para esa revista. Eso último era algo que había surgido hacía sólo unas semanas. Entrevisté a Merete Morken Andersen para *Studvest*, estaba a punto de convertirse en directora de *Vinduet*, y como antigua estudiante de la Universidad de Bergen era un personaje ideal para ser entrevistado. Quedamos en la Facultad de Humanidades, charlamos durante una hora, cuando acabé y apagué la grabadora dijo que tenía intención de incorporar nuevos nombres en cuanto empezara a dirigir la revista, resultaba fácil recurrir a los de siempre, pero ella deseaba renovar la publicación en serio, y me preguntó si me gustaría escribir para ella.

Visto a través de los ojos de Tore entendí la impresión que eso debió de causarle. Pero sólo sería así durante las pocas semanas que pasaran hasta que se diera cuenta de que yo era un don nadie que en el fondo no sabía escribir, porque no tenía nada que decir, pero no era lo bastante sincero conmigo mismo como para asumir las consecuencias, y por eso intentaba colarme en el mundo literario a cualquier precio. No alguien que creaba algo, alguien que

escribía y publicaba, sino un parásito, alguien que escribía como los demás, un segundón.

Era un segundón, por eso me dolía ver el interés que Tore mostraba por mí. ¿Pero qué podía hacer? ¿Decir no, no te acerques, te estás equivocando?

Tore seguía pasando de vez en cuando por la radio, solíamos ir a la cafetería a charlar, a veces se apuntaba cuando salíamos por ahí después de las emisiones, o los viernes, cuando los que querían se reunían en la oficina a beber cerveza y luego salían, o acudían a alguna de las muchas fiestas privadas que se organizaban en casa de algún colega. Pero su corazón no estaba en la radio, me di cuenta enseguida, no le interesaba lo que allí ocurría, no participaba en ninguna de las intrigas, no le interesaban las rivalidades que existían, ni saber quién salía con quién, quiénes se habían enrollado o quiénes lo habían dejado, y en cuanto a los aspectos prácticos de la producción radiofónica, no sabía absolutamente nada, ni quería saberlo. Presentaba sus aportaciones semanales y lo hacía bien, como la entrevista a Jon Fosse, con la que llenó un programa entero, o las reseñas de teatro o de libros que escribía, y eso era todo. Pertenecía a esa mitad de colaboradores de la Radio del Estudiante compuesta por los que trabajaban durante algún tiempo para adquirir experiencia, antes de seguir su camino. La otra mitad estaba compuesta por los que se quedaban durante años, para los que la radio se convertía en una especie de club de tiempo libre, un lugar donde podías pasar el día y encontrar siempre a alguien con quien salir a tomar algo cuando llegaba la noche. Entre ellos había varios friquis y perdedores que sin la radio no habrían tenido un ambiente al que acoplarse, sino que hubiesen tenido que quedarse en su pisito de friqui y perdedor, con su compinche friqui y perdedor. El que estuviesen allí convertía la radio en un lugar muchísimo más simpático que por ejemplo *Studvest*, donde todos buscaban hacer prácticas para seguir avanzando, a la vez que su presencia también me inquietaba, porque al fin y al cabo yo dependía del ambiente de la radio tanto como ellos, apenas tenía nada fuera, igual que ellos, y en realidad era como ellos, pensaba en mis momentos más negros. Pero ya no había tantos friquis y perdedores como antes, la radio estaba inundada de buena gente a la que fui conociendo poco a poco, en parte los que trabajaban en la redacción de cultura, como la editora Mathilde, una fresca, graciosa y atractiva mujer del norte, la risueña Therese, de Arendal, Eirik, un chico alto y fuerte de Bergen, tan agudo como charlatán, o Ingrid, de la provincia de Trøndelag, que no hablaba mucho, y a

la que Tore y yo, porque él también se había fijado en ella, llamábamos la Garbo. Una noche que estaba sentado arriba en el estudio, trabajando después de la emisión, ella se quedó a ordenar, y cuando entró en el cuarto donde yo estaba, grabé una frase en el programa de ambientación que habíamos recibido, y tras pulsar un botón sonó con voz de autómeta.

*Ingrid ha muerto*, decía la voz.

*Ingrid ha muerto*.

Ingrid se estremeció y me miró con ojos negros y asustados.

*Ingrid ha muerto*.

En el cuarto, que estaba en penumbra, y donde sólo nos encontrábamos ella y yo, sonaba escalofriante. La voz salía como de ultratumba.

—Apaga eso —dijo ella—. No tiene gracia. No tiene ninguna gracia.

Me reí. Divertido precisamente sí era. Pero ella se había asustado de verdad y le pedí perdón. Se marchó y me quedé solo, no quería irme a casa, entré en el despacho a jugar a *Wolfenstein* hasta las tres de la madrugada, entonces me fui al piso que compartía con Gunvor en Nygårdsgaten, abrí la puerta con la llave, y me acosté a su lado en la cama. No se despertó, pero me abrazó dormida mientras susurraba algo ininteligible.

La noche siguiente fui a cenar a casa de Tore. Había pasado por la radio a invitarme, yo acepté encantado, tenía entendido que toda su pandilla estaba viviendo en Bergen, así que no era tan evidente que me invitara a mí. Compré una botella de vino al salir de trabajar, dormí una hora, me duché, atravesé la ciudad y subí las cuevas de la parte de Sandviken, donde él vivía en una de las casas de más arriba. Me volví para contemplar la ciudad, que resplandecía y centelleaba en medio del mar de oscuridad entre las montañas.

El piso se encontraba en la primera planta, el portal estaba abierto, subí las escaleras, hacía tanto frío que se veía el vaho de mi respiración a la luz dura, entré en un estrecho pasillo que olía a moho y fui hasta una puerta en la que había una nota de papel donde ponía Renberg/Halvorsen. Ése era el apellido de Tore, ¿no? Renberg.

Pulsé el timbre.

Él me abrió y me miró sonriente.

—¡Pasa, Karl Ove! —dijo.

Me quité los zapatos, colgué la chaqueta y entré en lo que debía de ser el cuarto de estar. No había nadie, y excepto tres velas en la mesa, estaba completamente oscuro.

—¿Soy el primero? —le pregunté.

—¿A qué te refieres? —dijo Tore—. Sólo vienes tú.

—¿Ah, sí? —dije, inquieto, mirando a mi alrededor. La mesa estaba puesta con mantel, dos platos y dos copas de vino que brillaban a la luz de las parpadeantes velas.

Seguía mirándome sonriente.

Llevaba una camisa negra y unos pantalones negros.

¿Era marica o qué?

¿Así que era eso?

—La cena está lista —dijo—. Podemos cenar ya si quieres.

Asentí con un gesto de la cabeza.

—He traído una botella de vino tinto —dije alcanzándosela—. Toma.

—¿Te apetece escuchar algo en especial? —me preguntó.

Negué con un gesto de la cabeza, dejé que mi mirada se deslizara discretamente por la habitación en busca de más señales.

—¿Te parece bien David Sylvian? ¿*Secrets of the Beehive*?

—Está bien —dije y me acerqué a la pared, donde colgaba un gran póster enmarcado de XTC.

—¿Ves la firma? —preguntó Tore detrás de mí—. Un verano me fui a Swindon y llamé al timbre de la casa de Andy Partridge. Me abrió y yo dije: hola, vengo de Noruega y quería saber si te importaría firmarme algunas cosas. —Se rió—. Dijo que hacía muchos años que no llamaba a su puerta ningún fan. Creo que le pareció divertido.

—¿Quién es ella? —pregunté, señalando una foto de una guapa chica rubia.

—¿Ésa? Es Inger. Mi novia.

Me sentí tan aliviado que me eché a reír un poco.

—¿A que es guapa? —dijo.

—Sí —contesté—. ¿Y dónde está ahora?

—Ha salido con unas amigas. Yo he tenido que recoger la casa, porque tú ibas a venir. ¡Pero ahora vamos a cenar!

Estuvimos hablando durante horas, nos expusimos mutuamente nuestras vidas, por así decirlo, como se suele hacer cuando se conoce a alguien. Acordamos hacer una serie de programas sobre los diez mejores álbumes jamás compuestos, un programa para cada disco, que llamaríamos *Popkarusellen*, en el mejor estilo de los sesenta, y a la vez intentar marcar las diez reglas del pop. También acordamos crear una banda. Tore cantaría y

escribiría canciones, tenía ya un montón acabadas, sin darles uso, yo tocaría la batería, Yngve podría tocar la guitarra, y sólo nos haría falta un bajo.

Él iba todo el rato de la silla al tocadiscos, poniendo un single tras otro de bandas que le gustaban y que quería que yo escuchara, llamando mi atención sobre determinados detalles, por ejemplo, la manera en que se fraseaba la línea de una melodía o una línea de texto excepcionalmente buena. ¡Qué bueno!, decía. Escucha, joder, ¿no es fantástico? ¡Eso! ¿Lo has oído?

Contó que el vecino de abajo era un loco que por las mañanas estaba apostado en la ventana mirándoles fijamente cuando se iban y por las noches mugía y aullaba. También me contó que Inger y él habían ido juntos al instituto, que en aquella época ella lo irritaba, era una de esas chicas perfectas de la organización Jóvenes Amigos de la Tierra, pero que luego se enamoró perdidamente de ella. Contó que tenía un hermano mayor, que sus padres estaban divorciados, que su madre era una persona fantástica y que adoraba a su abuela materna, pero que su padre era alcohólico y tenía problemas. Era profesor. Yo dije que también mis padres estaban divorciados y que también mi padre era profesor y alcohólico. Hablamos mucho tiempo de ellos. Tenía la sensación de que éramos como hermanos. Sentí mucha ternura por él.

Se levantó y fue al dormitorio, volvió con un manuscrito en las manos.

—Aquí está —dijo—. La novela. La acabé ayer. Me preguntaba si podrías leerla antes de que la envíe a una editorial.

—Claro que sí —dije—. Será un placer.

Me la alcanzó. Eché un vistazo a la primera página.

## El cubo de Takk

### Novela

Tore Renberg

En ese momento se abrió la puerta y entró la chica de la foto. Sus mejillas estaban enrojecidas por el frío, o tal vez debido a la empinada cuesta.

—Hola —dijo.

—Hola —dije.

Entró, me dio la mano, se sentó al lado de Tore en el sillón y encogió las piernas debajo del cuerpo.

—¡Por fin conozco al famoso Karl Ove! —exclamó—. ¡Qué alto eres!

—Lo que pasa es que nosotros somos bajos —dijo Tore—. Tú y yo

pertenece a la estirpe de los bajos.

Se rieron.

–Bueno –dijo ella–. Tengo hambre. ¿Ha quedado algo de comida?

–Hay un poco en la cocina –respondió Tore.

Ella se levantó y fue para allá.

–¿Qué hora es? –pregunté a Tore.

–Las doce y media –contestó.

–Entonces es hora de irse a casa –dije, y me levanté–. ¡Muchas gracias por todo!

–No hay de qué –dijo Tore y me acompañó hasta la entrada–. ¿Cuánto tiempo crees que necesitarás para leerla?

–La leeré este fin de semana. Pasa el lunes por casa y charlamos.

–¡Vale!

Inger salió a la entrada, me despedí de los dos, cerré la puerta detrás de mí y bajé hacia la ciudad.

Su novela carecía casi por completo de acción y no tenía ninguna trama, todo giraba en torno al protagonista, llamado Takk, y su vida monótona y solitaria en un piso. No estaba mal, pero tan influida por Beckett que parecía muy poco independiente. No tenía nada que ver con Tore, en el manuscrito no se vislumbraba nada de su carisma o su ingenio. Cuando nos vimos para hablar de ello, no le dije nada de eso directamente, no quería ofenderle o herirle, pero se lo insinué, y resultó que él mismo no era ajeno a esa valoración. No obstante, la envió sin cambiar nada a la editorial, y recibió una opinión positiva del lector literario.

Mi primera reseña salió publicada en *Vinduet*, y, al poco tiempo, el *Morgenbladet* se puso en contacto conmigo y me preguntó si me gustaría hacer reseñas de libros para ellos. Sí que me gustaría. Ahora bien, no era sólo algo positivo, ya que todo eso señalaba hacia el camino del crítico, no del escritor; casi habría sido mejor dedicarme a algo completamente diferente, porque como reseñador de libros veía la derrota cada vez que escribía. Sabía escribir sobre literatura, ver si un libro era bueno o no, y en qué aspectos lo era, pero no era capaz de moverme más allá de eso. Había una pared de cristal entre mi persona y la literatura: la veía, pero estaba separado de ella.

Kjartan vino un par de veces a la radio a pedirme que fuéramos a tomar un café; había algo lento en sus movimientos, apenas conseguía arrastrarse hacia

delante, la gente que se encontraba en la oficina me preguntaba quién diablos era ése. Todos ellos eran jóvenes, de modo que ese hombre canoso y despeinado que se movía con tanta lentitud les resultaba inusual. Kjartan iba a examinarse en la universidad en el mes de mayo, pero ya no conseguía estudiar, decía. Estaba pensando en tirar la toalla. Yo le dije que no se rindiera, que aguantara, que aunque no estudiara, él sabía tanto que de todos modos le saldría bien. Ese examen era importante, le dije, y si no se presentaba, habría perdido todo el año. Me miraba diciendo que a lo mejor tenía razón. Me preguntó si quería pasar una tarde por su casa, pues tenía unos poemas nuevos a los que podía echar un vistazo si me interesaba. Claro que me interesaba, y un sábado por la tarde fui a verlo con Gunvor. Aunque no vivíamos lejos, nunca había estado en su casa. El estudio se encontraba en la planta baja, pero tenía aspecto de sótano. Las cortinas estaban echadas, tomamos el café en penumbra, Gunvor llevó el peso de la conversación, vi cuánto le gustó ella a Kjartan, era como si de alguna manera se aligerara en su presencia. Pero no mucho, lo que más llamaba la atención en él era su pesadez. Cuando nos marchamos de su casa pensé que la fuerza de gravedad tenía más efecto sobre él que sobre el resto de la gente, la tierra le atraía con más fuerza, razón por la que sus movimientos eran tan lentos, casi tenía que arrancar el pie del suelo, arrancar la mano con la taza de la mesa. Y eso era él, que tanto escribía sobre el aire y los cielos, la luz y los soles, él, que habitaba el reino ingravido del espíritu.

Unas semanas después volvieron a ingresarlo.

A finales de abril me fui a Praga con Espen. Había recibido buenas críticas por su primera novela y ya pertenecía a la redacción de la revista *Vagant*, de Oslo. Discutía de literatura con Henning Hagerup y Bjørn Aagernæs, Arve Kleiva y Pål Nordheim, salía a tomar cervezas con ellos después de las reuniones de la redacción, y había conocido a varios escritores, entre ellos al autor de relatos Jonny Berg y al poeta Rune Christiansen. Aunque Espen fuera Espen y lo conociera desde hacía más de tres años, no pude librarme del complejo de inferioridad respecto a él durante todo el viaje. Él era escritor, yo no lo era. Cuando él miraba a la izquierda, yo miraba a la izquierda, con el fin de averiguar qué era lo que él encontraba interesante. Mi conducta era tan parecida a la de un perro fiel que aquello estuvo a punto de acabar con nuestra amistad. En Berlín nos sobraban un par de horas antes de que saliera

nuestro tren. Espen compró un periódico y vio que había un evento con un poeta rumano en la embajada de Rumanía, sus poemas acababan de ser traducidos al alemán. Aunque yo no sabía alemán y un recital en ese idioma no tendría ningún sentido para mí, no dije que no o por qué no buscamos otra cosa, ya que no quería poner trabas a su necesidad de poesía.

Encontramos la embajada y entramos. Había camareros con guantes blancos y bandejas con aperitivos, además de un montón de gente vestida de fiesta. Espen y yo, que no olíamos muy bien tras una noche en el tren y un día en la calle, y que tampoco íbamos muy bien vestidos, por decirlo de una manera suave, llamamos mucho la atención al entrar. La gente nos miraba de reojo, y pensé que menos mal que Espen era poeta, así podríamos al menos decir algo sobre ello si alguien nos preguntaba qué hacíamos allí. Un poeta noruego, eso explicaría tanto la ropa como ese olor un poco rancio que desprendíamos.

Estábamos en medio de la estancia sin hablarnos.

–Al menos obtendré una sensación del idioma –dije–. El tono, el timbre y el ritmo.

–Sí –contestó Espen.

Se abrieron las puertas y entramos en una sala llena de sillas con una pequeña tarima en un extremo, en la que había una mesa con tres micrófonos.

Espen se dirigió a la primera fila, yo lo seguí, nos sentamos en el centro, en los mejores asientos. Había poco público, unas veinte personas. Dos hombres y una mujer se sentaron detrás de los micrófonos. La mujer habló un rato. La gente se reía de vez en cuando. Yo no entendía ni una palabra. Entonces empezó a recitar el que supuse que era el poeta, mientras el otro hombre estaba con los brazos cruzados y los ojos entornados a su lado escuchando.

El poeta miró el libro que tenía delante de él en la mesa, luego se me quedó mirando fijamente. No un momento, sino todo el tiempo, por lo que me vi obligado a hacer gestos afirmativos con la cabeza, como si estuviera sacando mucho provecho de la lectura. También sonreía de vez en cuando. No pude adivinar por qué me había elegido a mí, tal vez fuera por habernos colocado en unos asientos tan destacados, o tal vez por nuestro aspecto, tan distinto al de los demás.

Para mi horror, se oyó un ronquido procedente de Espen. Le eché una rápida mirada. Estaba sentado con los brazos cruzados sobre el pecho, la



cabeza ligeramente ladeada y los ojos cerrados. El pecho le subía y le bajaba rítmicamente.

Le di un pequeño y discreto empujón, él se enderezó con una sacudida.

El recitador de poemas nos miró, mientras una palabra alemana tras otra le salían de la boca.

Yo sonreía y asentía con la cabeza.

Espen volvió a quedarse dormido.

Le di otro empujoncito. Esta vez no se movió, se limitó a abrir los ojos, parpadeó un par de veces y volvió a dormirse.

Toda la responsabilidad recaía entonces sobre mí. Si él dormía, yo tenía que mostrarme el doble de interesado. Abrí los ojos de par en par, miré meditabundo al techo, fruncí el entrecejo, eso sí que era interesante, moví la cabeza, mirándolo fijamente en señal de aprobación.

Todo en medio de una corriente de palabras y sonidos ininteligibles.

Por fin terminó. La presentadora le agradeció la lectura, eso sí lo entendí, luego dijo algo más y todos se levantaron. Miré a Espen, que ya se había despertado.

—¿Qué ha dicho? —le pregunté.

—Es una pausa —contestó Espen—. Nos vamos ya, ¿verdad?

—Pues sí —contesté, me levanté y me apresuré hacia la salida, porque el poeta parecía tener ganas de charlar. Giré la cabeza y lo saludé con un gesto, antes de salir pitando. Al otro lado de la puerta estaban esperando los camareros con sus bandejas, con las que casi nos chocamos antes de conseguir salir por fin.

Yo había perdido todo sentido de la proporción, eso era lo que había sucedido, porque esa sumisión que sentía ante él no hizo sino crecer cuando llegamos a Praga y paseamos por las maravillosas calles medievales de esa ciudad. No veíamos lo mismo, ni siquiera buscábamos lo mismo con la mirada, yo sólo era un tío tonto y normal que no se fijaba en nada, y que no se interesaba por nada, Espen quería ver el cementerio judío, yo ni sabía que hubiera un cementerio judío. Fuimos hasta allí, caminamos un poco por el lugar, luego me preguntó si me había fijado en las notas de papel pegadas a las lápidas, negué con la cabeza, no las había visto, ¿cómo es posible que *no* las hayas visto?, preguntó, no lo sé, contesté. Luego Espen quería ver unas casas hechas por unos famosos arquitectos de los años veinte, llegamos hasta ellas, yo no vi más que unas casas. Entramos en una iglesia, él miró a la

izquierda, yo miré a la izquierda, él miró a la derecha, yo miré a la derecha. ¿Por qué agacha la cabeza?, pensé, asustado. ¿Está meditando? ¿Por qué medita? ¿Por el ambiente que se respira aquí dentro? ¿Percibe un ambiente sagrado? ¿Hay algo especial en esta iglesia? ¿Acaso estuvo aquí Kafka? No, él era judío. Tenía que ser por el ambiente. Lo sagrado. Un centro de fuerza existencial justo allí.

Al cabo de un rato Espen se enderezó y salimos. Le pregunté como quien no quiere la cosa qué hacía dentro de la iglesia.

—¿Estabas meditando?

—No. Estaba durmiendo. Es obvio que últimamente duermo demasiado poco.

Cuando volvimos a Noruega pasé dos noches en su casa de Oslo, las dos salimos, la última fuimos a Barbeint, allí conocí a una chica, la acompañé a su estudio, nos acostamos, me corrí enseguida, no estuve allí más de media hora. Al día siguiente no me acordaba ni de cómo se llamaba ni de su aspecto, lo único que recordaba era que tenía un poemario de Øyvind Berg en la mesilla de noche. En el tren al otro día decidí romper con Gunvor. Lo nuestro ya no funcionaba, nada funcionaba, la llamé desde una cabina de la estación, le dije que había hecho algo que no debería haber hecho, y que teníamos que hablar. Fui a su casa. Por suerte, estaba sola. Preparó té, nos sentamos en el cuarto de estar. Lloré cuando le dije que nos habíamos alejado el uno del otro, que lo que teníamos juntos pertenecía al pasado, no al futuro. Ella también lloró, habían terminado cuatro años de nuestras vidas. Al instante, nos echamos a reír. Por primera vez en mucho tiempo fuimos sinceros y claros, y charlamos durante varias horas. Me remordía la conciencia por haber llorado, ya que en el fondo me sentía aliviado porque lo nuestro hubiera terminado, y las lágrimas eran por lo tanto falsas. Al mismo tiempo no lo eran, la situación en sí, la intimidad que implicaba no era falsa, eso fue lo que me hizo llorar. Gunvor no podía notar la diferencia, no podía saber que esas lágrimas ocultaban otra cosa, a sus ojos parecería que la ruptura realmente me dolía.

Ya avanzada la noche me levanté para irme. Nos abrazamos, estuvimos un buen rato abrazados en la entrada, luego bajé las escaleras con los ojos cegados por las lágrimas. La había engañado, pero ya todo había acabado, y

la culpa que sentía sería más fácil de sobrellevar ahora que sólo me atañía a mí.

En verano ocurrían pocas cosas en la Radio del Estudiante, en el centro de la ciudad apenas se veían universitarios, e Yngve se había ido a Arendal, de modo que estaba casi siempre solo, me pasaba la mayor parte del tiempo en la radio o en casa intentando escribir, pero no me salía nada, un relato de tres páginas titulado «Zoom», que trataba de un hombre que se encuentra con una mujer, ella se va con él a su casa, él le saca fotos, sus posturas son cada vez más pornográficas, y eso era todo, la chica se va a su casa, él oye sus pasos perderse en la calle. Ah, no fue nada, una idea, una pequeña tontería. Se lo enseñé a Tore cuando volvió a la ciudad, dijo que estaba bien, que me había salido un buen personaje, pero tal vez podría desarrollarlo un poco más, ir más lejos. No podía, lo había estirado todo lo que pude, no era capaz de hacerlo mejor. Cada frase estaba minuciosamente elaborada, lo que significaba que cada palabra era importante, pero sólo dentro de ese sistema interno que constituía el relato, para la persona que lo leyera, en este caso Tore, no importaba si yo escribía «dedos como garras que arañaban», o «movimientos de dedos que arañaban como garras» o alguna de esas otras frases que con tanto esmero había elaborado.

En otoño escribí una crítica mortífera sobre la nueva novela de Stig Sæterbakken, *El Nuevo Testamento*, en una página entera de *Morgenbladet*; lo que no me gustaba eran todos esos estilos diferentes y todos esos pastiches, cuando el protagonista, sentado en un sillón orejero, insulta para sus adentros a todos los presentes, se parecía tanto a Thomas Bernhard que en mi opinión no añadía nada. Era una novela extensa, hacía muchos años que un joven novelista no se atrevía a arriesgar tanto como él lo hizo en esa obra, pero, por desgracia, no fue suficiente. Me quedé escribiendo toda la noche en la radio, y cuando por la mañana llegó Tore, se la leí en voz alta. Decía en el texto que la novela era como una polla gigantesca, impresionante a primera vista, pero demasiado grande para que la sangre lograra levantarla y hacerla funcionar, no llegaba a ponerse más que medio dura. Tore gritó de risa al leerlo.

—¿Y eso vas a escribir en el *Morgenbladet*? ¡Ja, ja, ja! ¡No puedes hacerlo! ¡No puedes!

—Pero la imagen es adecuada, así es exactamente la novela. Extensa y ambiciosa, de acuerdo, pero *demasiado* extensa y ambiciosa.

–Vale, vale. ¡Tal vez sea exactamente como una polla, ja, ja, ja, pero eso no significa que puedas escribirlo, tonto!

–¿Debo borrarlo?

–Sin duda.

–¡Pero si es la imagen más exacta de la novela!

–¡Venga ya! Bórralo, y vamos a tomar un café.

A las pocas semanas me llamó Alf van der Hagen, de la emisora P2, de la NRK, Radio Nacional Noruega, para preguntarme si me interesaba reseñar una novela para el programa *Kritikertorget*; se trataba del primer volumen de la tetralogía *José y sus hermanos*, de Thomas Mann. Me sentí enormemente halagado, claro que me interesaba. Cogí el autobús hasta Minde, donde estaban los estudios de la NRK. Me estaban esperando, mi nombre estaba anotado en el cuaderno de la recepcionista. Knausgård a las 13 horas, *Kritikertorget*, estudio 3. *Kritikertorget* era, sin lugar a dudas, el programa literario más importante, todos los buenos críticos presentaban allí sus reseñas, Hagerup, Linneberg, y ahora yo lo había conseguido también. Me volverían a llamar, me convertiría en una voz que sonaría cada sábado por la tarde, mi nombre sería de esos con los que se contaba. Knausgård dice que es un autor sobrevalorado, ¿estás de acuerdo? Knausgård señala tu novela como el mejor libro de este otoño, ¿qué tienes que decir sobre eso? Me siento halagado, claro, ese hombre sabe lo que dice.

Una mujer me condujo por los pasillos, pasamos por delante de una redacción situada en un espacio diáfano, en la que se veían luces de ordenadores y se oían voces, al final entramos en un estudio más grande y más elegante que el nuestro, y también de alguna manera más abierto, y me puse los auriculares para poder hablar directamente con Alf van der Hagen. Sólo ese nombre, elevado y noble, me produjo escalofríos. Él me saludó amablemente, dijo que el texto estaba bien, y que podía leerlo sin más. Me interrumpiría para pedirme que volviera a leer algún pasaje, pero eso era lo que solía hacer. Y allí estaba yo, el crítico literario radiofónico, Van der Knausgård, la nueva voz, el crítico de la nueva generación, leyendo su texto sobre Thomas Mann. Lo de leer en la radio era algo que ya sabía hacer, lo había hecho todos los días durante casi un año, pero Van der Hagen no estaba satisfecho, tuve que leer el texto una y otra vez, y cuando por fin acabamos, tenía la sensación de que en el fondo él opinaba que no estaba bien del todo,

pero que terminaba ya porque no podíamos seguir eternamente sin ningún progreso.

La reseña se emitió, avisé a todos mis conocidos para que escucharan el programa, era algo grande, ahora se trataba de la NRK, no de una pequeña radio local de la región del sur, ni de una radio estudiantil de Bergen. A todo el mundo le pareció bien, pero la siguiente llamada nunca llegó, la NRK no se puso en contacto conmigo, era obvio que no querían saber nada más de mí, no había estado lo suficientemente bien.

Y, sin embargo, algo había ocurrido con mi nombre, recibí una solicitud de la revista *Kritikkjournalen* para reseñar la novela de un autor japonés llamado Murakami, el libro trataba de un hombre que cazaba unas ovejas especiales, la puse por los suelos, sobre todo por ser tan occidental. También escribí críticas muy negativas para *Vinduet*, hice varias entrevistas para *Studvest*, trabajaba en la Radio del Estudiante, frecuentaba Rica, Garage, el Café Opera, el Pub del Fútbol, donde bebía con el resto de los que trabajaban en la radio, a veces me iba a casa solo, otras me acompañaba alguna chica, porque en ese aspecto también había ocurrido algo, ellas ya no me decían que no, quizá porque ya no me interesaban tanto que me quedaba sin palabras, limitándome a mirarlas con ojos salvajes y desesperados, o quizá porque ya sabían de antemano quién era yo. Pero no tenía amigos, excepto Tore, que se había ido a vivir con Inger a un piso grande muy cerca de la universidad. Iba a verlos a menudo con una bolsa de cervezas en la mano, ¿nos las bebemos y luego salimos? Lo hacía con tanta frecuencia que tuve que restringir mis visitas para que no sospecharan, para que no se dieran cuenta de que no tenía otro sitio adonde ir.

A Inger le resultaba un poco exagerado, se le notaba, decía en broma que Tore había cambiado desde que me conocía, ahora lo único que quería era salir por ahí a beber, y algo de razón tenía, yo lo sabía, ellos dos compartían raíces, yo carecía de ellas y me veía a mí mismo a través de los ojos de ellos, un tipo larguirucho, un desastre, que no tenía amigos y que se pegaba a Tore, que era cuatro años menor que él.

Cuando salíamos, y estábamos sentados en una mesa de Garage charlando y bebiendo, me había olvidado ya de todo eso, entonces lo que teníamos estaba bien. Todos los sábados por la mañana nos veíamos para hacer un programa de nuestra serie *Popkarusellen*. Hasta entonces habíamos hecho Kinks, Beatles, Jam, Smiths, Blur, Police. Recomendé a Tore al

*Morgenbladet*, se mostraron interesados y empezó a hacer reseñas de poesía para ellos, a la vez que escribía para sí mismo, esta vez textos breves. Me enseñó algunos, eran buenos, realmente buenos. Los leí muerto de celos, con él a mi lado, pero no se me notó, le dije: joder, Tore, esto es realmente *bueno*. Él refulgía como un pequeño sol, los puso sobre ese montón inquietantemente grande y dijo que estaba empezando a encontrar su camino. Después de momentos como ése, me iba derecho a casa y me sentaba delante del ordenador. Empecé un relato que titulé «Blanco», trataba de un hombre que se despertaba en un parque sin saber quién era. Daba vueltas por la ciudad sin reconocer nada. Un tal Sean lo para. ¿Sean, ése era yo?, pensaba. Escribí tres páginas, cada frase estaba pulida como un diamante, y sin embargo no resplandecían. Eran como frases de una jodida novela policiaca o, peor aún, de una redacción literaria del colegio. En mis relatos no había *nada* de esa personalidad que Tore, de repente, como por arte de magia, había introducido en los suyos, de esa concentración inaudita de estados de ánimo que lograba, que *no* se encontraba en las descripciones, es decir, en el espacio en que la acción tenía lugar, sino en el *lenguaje*. Escribía, en otras palabras, como un poeta. Por no hablar de Espen, que *era* un poeta. No se trataba de estados de ánimo, sino de giros lingüísticos, repentinos descubrimientos, de imágenes tan inesperadas que abrían la puerta a nuevos contextos.

Espen estaba allí desde la primera vez que lo vi, de modo que no sentía celos de él en absoluto, pero con Tore era distinto, en buena parte por el humillante hecho de que tuviera cuatro años menos que yo. Yo debería haber sido para él una especie de Néstor, un estudiante mayor, experimentado, que lo guiara cuidadosamente en la buena dirección, una figura de hermano mayor en su vida, pero en lugar de ello sentía que él ya me había sobrepasado en medio año.

Cambiábamos constantemente de posición el uno sobre el otro, lo inmaduro y lo maduro, lo experimentado y lo inexperimentado, todo se mezclaba, en un momento yo veía su debilidad, que Tore no mostraba a nadie, y que sólo se vislumbraba cuando se estaba muy cerca de él, al momento siguiente me parecía insuperable, mejor que todas las demás personas que conocía. Lo mismo ocurría con Inger. A veces los consideraba casi unos niños, sintiéndome como el hombre de veinticuatro años más viejo del mundo, al momento siguiente ellos se reían de mí y de mis bolsas de plástico, y eran dos estudiantes independientes, académicamente dotados,

camino de la cima, mientras yo era un marginado, con una única asignatura universitaria de hacía tres años como único mérito.

Un día, cuando llegué a su casa, habían intentado freír una caballa ahumada para comer.

Otro día, sentado en su sofá, dije sin pensar que debería cortarme el pelo pronto, Tore, tan rápido como siempre con sus ocurrencias, sugirió que podía hacerlo Inger en ese mismo momento. Ya sabes que me lo corta a mí, dijo. O mejor dicho, me afeita con la maquinilla.

—¡Oye, Inger! Puedes cortarle el pelo a Karl Ove, ¿verdad?

Inger vino y nos miró con la cabeza ladeada, un poco tímida, como era ella.

—Sí, claro que puedo —dijo.

—¡Vale, entonces manos a la obra! —dijo Tore—. ¡Así ya estará hecho!

Yo era escéptico al respecto, pero él se mostró tan enérgico que me levanté y acompañé a Inger al cuarto de baño. Ella colocó una silla, yo me senté, ella me puso una toalla sobre los hombros y me pasó un peine un par de veces por el pelo.

Nuestras miradas se encontraron en el espejo.

Ella sonrió y bajó la vista.

—¿Cómo lo quieres? —preguntó.

—Fuera con todo —contesté.

—Vale —dijo ella.

Me puso la mano en la cabeza, nuestras miradas volvieron a encontrarse.

Esta vez fui yo quien se sonrojó.

Lentamente, empezó a pasarme la máquina zumbando por la cabeza, desde la parte de abajo de la nuca hacia arriba. Daba vueltas a mi alrededor, me rozaba con el muslo, se estiraba para terminar el movimiento de la máquina y uno de sus pechos se posó en mi hombro. Intentaba ocultar la timidez ante la situación con un aire profesional y distanciado, pero de vez en cuando se ponía colorada, e intuí en ella un enorme alivio cuando por fin había acabado y pudo quitarme la toalla de los hombros.

—Ya está —dijo—. ¿Satisfecho?

—Muchísimo. Mil gracias.

—Debería tener un pequeño espejo para que vieras cómo te ha quedado por la nuca, pero no lo tengo.

—Supongo que estará pelada —dije, pasándome la mano por el pelo ya de

sólo un centímetro.

Intuí que Inger pondría verde a Tore en cuanto me hubiese marchado, ¿cómo la había puesto en una situación tan incómoda? ¿Por qué demonios tenía ella que cortarles el pelo a sus amigos?

A mediados de septiembre volví a ver a Gunvor por primera vez desde que lo dejamos. Nos encontramos por casualidad en Nøstet, muy cerca de mi casa, ella iba a Verftet, había quedado con alguien en el café que había allí, era domingo a mediodía y hacía un tiempo fantástico.

Le pregunté qué tal le iba, dijo que bien.

—¿Y a ti? —me preguntó.

—Bien —contesté.

—¡Estupendo! —dijo—. Ya nos veremos. ¡Adiós!

—Adiós —dije, y bajé la cuesta, mientras ella seguía su camino.

Al entrar en mi casa, que parecía casi completamente oscura después de toda esa luz de fuera, me eché a llorar. Me tumbé en la cama e intenté dormir, pero no pude, el manantial del sueño se había secado. No era de extrañar, aquella noche había dormido catorce horas, así que me tocó seguir tumbado en la cama leyendo hasta que logré dormirme de nuevo.

Al cabo de unas semanas, Tore y yo empezamos a tocar juntos. Yngve había acabado por fin su licenciatura y estaba buscando trabajo, recibía una prestación por desempleo y estaba más que dispuesto a participar en la banda. Encontramos un local en una fábrica que sería demolida en breve, había en él una batería desechada, un viejo sistema PA y unos amplificadores de guitarra, la basura se había acumulado en los rincones, las paredes de hormigón estaban agrietadas y oscuras de moho; cuando avanzó el otoño, el local estaba helado, pero seguimos reuniéndonos allí una vez por semana, intentando conseguir algo.

Iba a ver a Espen a Oslo siempre que podía; tanto el viaje en tren cruzando la montaña, sentado en el vagón restaurante, a ratos leyendo y a ratos contemplando el paisaje, que era increíblemente hermoso, con sus colores otoñales, como la propia visita en ese enorme piso señorial en el que Espen vivía, me alegraban la vida varias semanas después. Durante nuestras charlas podía llegar a decir cosas que antes no había pensado, que eran impulsadas por la situación y por el entusiasmo de Espen, de repente surgía algo allí



donde estábamos, algo que se convertía en un epicentro, no para mí y mi egocentrismo, el que yo siempre estuviera pendiente de lo que los demás pensaban sobre mí, no, aquello de lo que hablábamos se desprendía de todo lo demás, yo mismo desaparecía, hasta que el momento se cerraba y volvíamos a estar sentados cada uno a un lado de la mesa, que había vuelto a aparecer, por así decirlo. Al volver a casa después de esos fines de semana, siempre muy llenos de contenido, o bien salíamos por la noche o bien Espen invitaba a gente a cenar a su casa, solía tener la mochila llena de libros que acababa de comprar, y que leía por el camino cruzando la montaña. En una ocasión fue la novela *Extinción*, de Thomas Bernhard, era estremecedora, tan fría como clara, y giraba todo el tiempo en torno a la muerte; los padres y la hermana del protagonista mueren en un accidente de coche, él va a casa a enterrarlos, lleno de odio, como todos los personajes de Bernhard, pero en este libro había una objetividad que no había visto antes en él, era como si las circunstancias apareciesen, como si fueran tan sobrecogedoras y poderosas que sustituyeran a los airados y odiosos monólogos, que la muerte convirtiera en insignificantes incluso el mayor de los odios y la más intensa rabia, en cierto modo se estableció dentro de él, y era frío, duro y despiadado, pero también hermoso, todo surgido a ese ritmo insistente y minucioso de Bernhard, que se iba metiendo dentro de mí mientras leía, y que continuaba incluso después de haber dejado el libro y haberme puesto a mirar por la ventanilla la nieve que acababa de caer sobre el brezo, el río salvaje que se lanzaba desfiladero abajo, y pensé, tengo que escribir así, puedo escribir así, sólo hace falta escribir, no es ningún arte, y empecé a formular el comienzo de una novela en la cabeza, al ritmo de Bernhard, y salió bien, una nueva frase y otra más, el tren volvió a ponerse en marcha con una sacudida, y yo pensaba en una frase tras otra, las cuales habían desaparecido por completo cuando aquella tarde me senté delante del ordenador. Las frases que había pensado estaban llenas de vida y fuerza, las que vi en la pantalla estaban muertas y vacías.

Un día Yngve vino a la oficina y me preguntó si quería ir con él a tomar un café a Grillen. Aún no había encontrado trabajo y se aburría, estaba preparado para seguir hacia delante, como habían hecho tantos amigos suyos, pero no encontraba nada, seguía cobrando el paro, y vivía solo en una habitación alquilada en Møhlenpris, ya no era estudiante, pero tampoco otra cosa.

Dije que sí, claro, y bajé las escaleras con él.

—¿Quién es la que viene justo detrás de nosotros? —me preguntó—. No te vuelvas todavía.

No necesitaba volverme, las había visto cuando salimos del despacho.

—Son Tonje y Therese —contesté.

—¿Cuál es la de la izquierda?

—¿La izquierda suya o la nuestra al volvernos?

—La de la izquierda tal y como vamos ahora.

—Es Tonje.

—¡Es increíblemente guapa!

—Sí, está bien.

—¿A qué se dedica?

—Estudia Ciencias de la Información. Trabaja como corresponsal para asuntos sociales.

Subimos la escalera del otro lado y entramos en Grillen.

—Entonces seguro que va a la fiesta de los Medios de antes de Navidad —dijo él.

—Seguro que sí —dije—. Pero tú no.

—Yo sí. Y tú también.

—¿Yo? ¿Qué pinto yo allí?

—Vas a tocar la batería. Voy a tocar unas canciones en una banda con Dag y Tine y nos hace falta un batería. Les dije que tú no tendrías inconveniente. ¿A que no?

—No, claro que no. Si podemos ensayar un poco primero.

—Sólo son seis canciones. Para tu información: Nos llamamos Di Derrida.

—Muy bien.

Tonje era una de las personas en las que me había fijado durante las entrevistas un año antes. Su cara era a la vez abierta y enigmática, se movía con elegancia, tenía el pelo largo y unas veces lo llevaba recogido en una trenza, y otras, suelto. Sus labios fueron lo primero que captó mi atención, eran bonitos, pero como un poco torcidos, y su mirada era oscura, pero de ninguna manera tenebrosa, tampoco melancólica, tenía otra cosa que no sabía definir, pero que sí percibía. Había empezado a trabajar en asuntos sociales, era seria y ambiciosa, pero se encontraba fuera de los círculos en los que yo

me movía, tenía sus propios amigos en la radio, sobre todo Therese, al parecer habían congeniado, y mi atención dejó de centrarse en ella. Mis días estaban llenos de trabajo y pequeños enamoramientos, de un gesto de la mano o un muslo que se acercaba, una ceja negra o una manera de volverse. Una tarde me puse a hablar en Landmark con una chica de pelo rubio y largo y ojos maquillados casi en negro, era alta, delgada, exuberante y tímida, así que la dejé en paz, pero luego se emborrachó y volvió, quería desafiarme, la acompañé por las cuevas del Centro de Estudiantes, ella me arrancó el pendiente que llevaba en la oreja, y se alejó corriendo con el pendiente en la mano, la alcancé y la abracé, nos besamos, ella vivía muy cerca de allí, cuando llegamos a su casa puso Motorpsycho a todo volumen, barrió todo lo que había en la mesa con un movimiento de la mano, mientras yo me quedaba junto a la pared observándola, era realmente guapísima, y me sentía atraído por ella, pero ella sólo quería destrozar cosas y llorar, nos toqueteamos un poco, me dijo que tenía que marcharme, pero también tenía que prometer volver al día siguiente a las cinco, entonces ella estaría recuperada, pero por supuesto no fue así, cuando llamé a su casa al día siguiente después del trabajo, cachondo como un mono, nadie abrió, y la siguiente vez que me topé con ella estaba borracha de nuevo y dijo que estaba en casa, pero que no se atrevió a abrir. Si volvía me abriría, dijo. Vale, dije; ella desapareció en la pista de baile, yo me quedé en la barra, al poco tiempo la banda dejó de tocar, alguien había tirado cerveza al sintonizador, yo lo había visto todo, había sido ella.

Otra chica venía a mi casa a veces por las noches, pero se estaba enamorando de mí, así que la última vez no le abrí. Luego había otro par de chicas con las que tenía algo que ver, una de ellas me atraía mucho, con ella me había sincerado del todo, la había acompañado una vez a su casa, pero ella insistió en que había sido un error, que no tenía ningún interés por mí, bueno, incluso me pidió que no se lo dijera a nadie. Recibía llamadas por las tardes en la radio, yo sabía quién llamaba, y estaba loco de celos, sin tener ningún derecho a ello, ni siquiera la conocía.

Tonje se encontraba fuera de todo eso. Intercambiaba algunas palabras con ella si surgía la ocasión, cuando por ejemplo pasaba por el estudio y yo estaba allí trabajando, o cuando ella necesitaba un técnico para un programa o algo parecido, pero no sabía nada sobre su vida, ni qué hacía.

Era increíblemente guapa, como había dicho Yngve, pero para mí no

significaba nada.

La primera semana de diciembre cumplí veinticinco años. Era un año redondo, un evento importante, debería haber celebrado una fiesta, pero no conocía a suficientes personas como para que fuera una buena idea, así que cuando llegué a la radio ese día nadie sabía que era una fecha muy importante para mí, lo que en el fondo me gustaba, cuadraba con la persona en la que me había convertido, alguien que se movía sin mucho ruido y sin llamar la atención, alguien que no se vanagloriaba de sí mismo, y que conocía su sitio.

Llegué temprano, no había nadie en la zona de oficinas, despejé la mesa de rincón del tresillo, preparé café, me puse a leer los periódicos para ver si había alguna noticia que pudiera usar sobre algo relacionado con los estudiantes. Fuera, la nieve ya se había posado, un débil resplandor se expandía hacia dentro de la oscuridad delante de las ventanas, y no hizo falta más para que cambiara todo el ambiente de la zona de oficinas.

Se abrió la puerta de la escalera, miré hacia allí.

¡Ingvild!

Ella sonreía y se acercó agitando la mano.

—¡Cuánto tiempo! —dije dándole un abrazo—. ¿Qué haces aquí?

—Felicidades —dijo.

—Gracias. ¿Cómo lo has sabido?

—Tengo memoria de elefante —dijo.

—¿Quieres un café? —le pregunté.

—Pues sí, gracias —respondió—. Tengo que marcharme enseguida, pero...

Se sentó en el borde del sofá. Yo cogí la cafetera y llené a toda prisa dos tazas, mientras el filtro goteaba sobre la placa.

—¿Cómo se siente uno con veinticinco años? —me preguntó—. ¿Es una sensación agradable?

—No noto ninguna diferencia. ¿Notaste tú alguna?

—No, excepto que está bien no tener ya veinte años.

—Puede que sea eso —dije.

—Te he traído algo —dijo Ingvild, sacando un paquete de la bolsa. Me lo alcanzó—. Toma.

—¿También me has comprado un regalo?

—Claro —dijo, con aspecto de estar un poco avergonzada, mirando hacia un lado.

Desenvolví el paquete. Era un jersey de lana de Benetton.

La miré a ella, luego el jersey.

–¿No te gusta? –preguntó.

–Sí, es bonito –dije–. ¿Pero un jersey? ¿Por qué me has comprado un jersey?

–Pensé que te haría falta –dijo–. Pero si no te gusta, lo puedes cambiar.

Tenía las manos entrelazadas en el regazo, y me miraba.

–Muchas gracias –dije.

Me di cuenta de que ella interpretaba mi reacción como que no me parecía bonito, y se hizo un silencio incómodo, hasta que se me ocurrió que podía probármelo. Pero eso sólo empeoró la situación, porque lo que me había confundido era que fuera un jersey. ¿Por qué me había comprado un jersey? Costaba varios cientos de coronas. Y, de alguna manera, era algo personal. Un disco, un libro, una planta, si a toda costa quería regalarme algo. ¿Pero un jersey?

Se levantó.

–Tengo que irme. Tengo clase a y cuarto. ¡Que pases un buen día!

Desapareció escaleras abajo, y yo seguí leyendo los periódicos con las tijeras en la mano.

Por la tarde llegó Yngve, sólo quería felicitarme, y lamentaba no tener dinero para comprarme un regalo, pero estaba seguro de que pronto llegarían tiempos mejores y entonces me compraría algo bonito de verdad.

Eso fue todo lo que ocurrió aquel día. Me fui a casa, como siempre, me senté a leer y a escuchar música, como siempre, hablé un rato con mi madre, que me contó lo que sucedió un día como ése, hacía veinticinco años. Mi padre no llamó, no llamaba nunca, yo pensaba que a lo mejor no sabía exactamente cuándo habíamos nacido Yngve y yo, o lo sabía pero no le importaba, estaba acostumbrado a ello, no importaba, él vivía su vida, yo la mía.

La semana siguiente se iba a celebrar la fiesta de Medios de Comunicación en Uglen, el local con peor fama de la ciudad, frecuentado por los más trasnochados y desesperados, típico de los irónicos de Medios, que apreciaban igual a Madonna que a Mahler. Fui para allá a primera hora de la noche, íbamos a hacer un control de sonido y a repasar por última vez las canciones, que apenas habíamos podido ensayar. La nieve había cuajado,

hacía frío en Bergen, y por primera vez en los cinco años que llevaba viviendo allí, se respiraba un ambiente navideño en las calles.

Tocamos cinco canciones, entre ellas «Forelska i lærer'n» y «Material Girl», además de una compuesta por Yngve, para la que Marit, la vocalista, había escrito la letra.

Luego nos sentamos en una mesa a tomarnos las cervezas a las que nos habían invitado por nuestra actuación. Yngve conocía a muchos de los presentes, sólo hacía medio año que había terminado la carrera, para mí casi todos eran rostros desconocidos, excepto Tonje, claro, que se acercó a saludarnos brevemente cuando acabamos de tocar.

—¿Tú también estás por aquí? —me preguntó.

—Sí —contesté—. Me contratan para tocar la batería por toda la ciudad. Hay mucho trabajo, sobre todo por Navidad.

Ella sonrió.

—¿No nos vas a presentar? —intervino Yngve.

—Tonje, este chico es Yngve, mi hermano, esta chica es Tonje, de la Radio del Estudiante.

Se saludaron, Yngve sonreía mirándola a los ojos y le preguntó si estaba en primero.

Estuvieron charlando un rato, tenían más cosas en común ellos dos que ella y yo. Eché un vistazo a mi alrededor mientras me metía para el cuerpo la cerveza fría, disfrutando del sabor, quizá no tanto de ese ligero amargor, como de todas las promesas de noches ricas en acontecimientos y alegrías que conllevaba.

Tonje se acercó a su grupo, Yngve dio un largo sorbo, dejó el vaso en la mesa y dijo que qué guapa era Tonje.

—Sí-í.

La miré, ella estaba hablando con un tipo, pero en ese instante levantó la vista, nuestras miradas se cruzaron y sonrió.

Le devolví la sonrisa.

Yngve empezó a hablar de los distintos puestos de trabajo que había solicitado, y de lo difícil que resultaba encontrar algo si no tenías contactos, pensaba que tal vez se había equivocado al hacer una licenciatura, en lugar de haberse puesto a trabajar.

—Es lo que tú has hecho —dijo—. Y ahora de repente escribes para el

*Morgenbladet* y trabajas por libre para NRK. Así has tenido muchas más oportunidades que si simplemente te hubieras dedicado a seguir estudiando.

–Tal vez –dije–. Pero no resulta muy lucrativo escribir reseñas de libros.

Mi mirada volvió a cruzarse con la de Tonje. Me sonrió a través del local, y yo le sonreí a ella. Yngve ni se percató.

–Reseñas de libros no –dijo–. Pero si sigues así, pronto te harás un nombre y todo será más fácil. Teniendo algo concreto a qué referirte. Yo sólo tengo mi licenciatura y mi expediente.

–Ya encontrarás algo –dije, con una sonrisa, sintiendo una especie de ligereza en todo el cuerpo. Cada vez que miraba hacia ella, notaba un cosquilleo en el estómago. Tonje parecía tener un sexto sentido, porque por muy inmersa que se encontrara en una conversación, siempre levantaba la vista cuando yo la miraba. Los que estaban con ella no se percataban de nada. Yngve no se percataba de nada. Era como si compartiéramos un secreto. Cada vez que ella sonreía era por eso.

Hola, somos tú y yo, ¿a que sí?, parecía decir su sonrisa.

¿Tú y yo?, preguntaba la mía. ¿Estás de broma?

No.

¿No?

Ven aquí, y veamos lo que ocurre.

Eres tan guapa...

Tú también.

¿Nosotros dos?

Sí.

¿Sí?

Ven, te lo enseñaré.

–¿Por qué sonríes? –me preguntó Yngve.

–Por nada en especial –contesté–. Sólo estoy de buen humor. Lo de la banda ha salido bien, ¿no?

–Sí, ha sido divertido.

Estuvimos bebiendo un rato más, Yngve se dio una vuelta por el local, yo me quedé solo, Tonje se acercó.

–Hola –dijo.

–Menos mal que te has acercado –dije–. No conozco a nadie aquí.

–Me ha sorprendido verte aquí. Pero luego he entendido por qué.

Bajó la vista, apretando los labios un breve instante, antes de volver a

levantar la cabeza, mirarme y sonreírme.

–Tenía la esperanza de encontrarte aquí –dije.

–¿De verdad? ¿Sabías que estudiaba Ciencias de la Información?

–Sí, pero eso es todo lo que sé de ti.

–Parece que los conocimientos no están repartidos muy equitativamente – dijo–, porque yo sé bastante de ti.

Yngve volvió.

–Te pareces muchísimo a Karl Ove –dijo Tonje–. Nada más verte he sabido que eras su hermano.

Se quedó un rato con nosotros, también esta vez habló más con Yngve, pero toda la tensión se concentraba entre ella y yo.

–No te vas a marchar enseguida, ¿verdad? –me preguntó, mirándome antes de volver con sus amigos.

–No –contesté.

Se alejó y la seguí con la mirada. Tenía la espalda recta, el cuello largo y fino, medio cubierto por el pelo, que llevaba recogido en una trenza. En la radio se escondía a veces detrás de una ropa enorme, al igual que muchas chicas, como chaquetas militares, jerséis gordos y botas negras, pero esa noche llevaba un sencillo vestido negro que se ceñía a su esbelta cintura, lo que la hacía irradiar de un modo completamente distinto.

–Vaya, vaya –dijo Yngve.

–¿Qué?

–No me has dicho nada de que hubiera algo entre vosotros cuando te he preguntado quién era.

–Y es verdad. Apenas hemos intercambiado un par de palabras.

–¿Y qué está pasando ahora?

–Si tú me lo preguntas a mí, yo te lo pregunto a ti –dije con una sonrisa.

Cada vez que mi mirada se cruzaba con la de Tonje aquella noche, era como si todo lo demás desapareciera, Yngve, los estudiantes y los profesores, las sillas y las mesas, y no sólo eso, todo lo que había en mi vida, todo lo que llevaba encima y a veces resultaba tan oprimente, había desaparecido. Lo único que existía cuando nos mirábamos a través del local éramos ella y yo.

Era algo extraño.

Aún más extraño era que me sintiera completamente seguro. No había nada que temer, nada por lo que inquietarse, no tenía que conseguir nada, no hacer nada, no ser nadie. Ni siquiera necesitaba decir nada.



Pero lo hice.

Esa noche nos estuvimos buscando el uno al otro, ella iba y venía, a ratos intercambiábamos alguna que otra palabra y luego nos encontramos de repente solos, charlando, completamente inmersos el uno en el otro, yo sólo la veía a ella, no veía nada más que a ella, que brillaba con una luz tan intensa que todo lo demás desaparecía.

Durante toda la velada había alguno que intentaba ligársela, como suele ocurrir en fiestas como ésa entre gente que se ha visto durante un semestre entero, en la sala de lectura y en clase, en la cafetería y en la biblioteca, y luego se encuentra vestida de fiesta y en estado de embriaguez creciente, dispuesta a aprovechar las posibilidades que se ofrezcan. Yo veía a todos los que querían hablar con ella, ¿pero qué hacía ella sino buscar mi mirada y sonreírme?

Cuando por fin estábamos los dos solos, Sverre Knudsen se acercó a nuestra mesa. Había tocado en la banda The Aller Værste! y era uno de mis antiguos héroes, pero obviamente ni eso ni yo le interesábamos en ese momento, era Tonje a quien había echado el ojo. Hablaba sin parar, frenético y exaltado, dijo que quería saberlo todo sobre ella, ella dudaba, él dijo que sabía quién había disparado a William Nygaard, el director de la editorial Aschehoug, la que publicaba a Rushdie, iba a ir a Oslo al día siguiente a revelarlo, ella debería leer el *Dagbladet* en dos días, allí lo encontraría. Dijo que temía por su vida, llevaban varios días persiguiéndolo por saber lo que sabía, pero era demasiado listo para ellos, les llevaba la delantera, conocía Bergen como la palma de su mano.

Yngve se acercó, se marchaba ya. Miré a mi alrededor, él no era el único, la fiesta estaba llegando a su fin.

Sverre Knudsen quiso llevarse a Tonje, ella se rió y me miró, ya era hora de irse, ¿podría acompañarla un trecho?

Nevaba cuando salimos a la calle.

—¿Dónde vives? —le pregunté.

—Ahora vivo en casa de mi madre —dijo—. Justo al lado de Støletorget.  
¿Sabes dónde está?

—Sí, viví por allí cerca durante algún tiempo.

Bajamos hacia el Hotel Norge, ella con un largo abrigo negro, yo con mi viejo abrigo de pelo. Las manos en los bolsillos, a un par de metros de ella, la ladera de la montaña brillando en la oscuridad a lo lejos.

–¿Aún vives en casa? –le pregunté–. ¿Cuántos años tienes?

–Voy a mudarme después de Navidad. He encontrado un estudio justo al lado de la estación de autobuses. Por allí detrás –dijo señalando.

Caminamos por delante de la fachada del hotel y entramos en Torgalmenningen, que estaba desierta y cubierta por una fina capa de nieve.

–Se van a África después de Navidad, por eso tengo que mudarme.

–¿A África?

–Sí, a Mozambique. Mi madre, su marido y mi hermana, que sólo tiene diez años. Será duro para ella. Pero también le hace ilusión.

–¿Y tu padre? ¿Vive también en Bergen?

–No, Vive en Molde. Voy a pasar allí las navidades.

–¿Tienes más hermanos?

–Tres chicos.

–¿Tres chicos?

–Sí, ¿pasa algo?

–¿Si pasa algo? No-o. Sólo que son muchos. Y diciéndolo así, tres chicos, me da la sensación de que son de los que cuidan de su hermana. Que tal vez en este momento estén escondidos en algún lugar muy cerca de aquí esperándonos.

–Quizá sea verdad –dijo–. Pero si así fuera, les diría que tienes buenas intenciones.

Me miró sonriente.

–¡Y así es! –dije.

–Ya lo sé –dijo ella.

Seguimos andando un rato sin decir nada. Caía la nieve. Las calles que nos rodeaban estaban silenciosas. Nos miramos y nos sonreímos. Cruzamos Fiskertorget, al lado, el lago reposaba completamente negro. Yo me sentía tan feliz como nunca me había sentido. No había ocurrido nada, sólo habíamos hablado un poco, y ahora íbamos andando, yo a dos metros de ella, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, eso era todo. Sin embargo, felicidad. La nieve, la oscuridad, la luz del cartel de Fløibanen, Tonje andando a mi lado.

¿Qué había sucedido?

No había sucedido nada.

Yo era el mismo. La ciudad era la misma.

Y sin embargo todo era distinto.

Algo se estaba abriendo.

¿Qué era lo que se estaba abriendo?

Caminaba a su lado en la oscuridad, subiendo la cuesta hacia Fløibanen, a lo largo del muro del viejo colegio, llegamos hasta Steinkjellersmauet, y todo lo que veía, todo lo que pensaba, todo lo que hacía, aunque sólo fuera poner un pie delante del otro, estaba cargado de esperanza.

Tonje se detuvo delante de una vieja casa de madera pintada de blanco.

—Aquí es —dijo—. Ya que has venido hasta aquí, si quieres puedes entrar un rato.

—Sí, me gustaría —dije.

—Pero no podemos hacer ruido. Aún están durmiendo.

Abrió la puerta y entramos. Me quité con cuidado los zapatos y la seguí por la estrecha escalera. Un arco daba paso a una cocina, pero ella continuó hasta la siguiente planta, donde había dos grandes salas abuhardilladas al fondo. Eran como las que salían en las revistas de decoración.

—Qué bonito es esto —dije.

—Es mérito de mi madre —dijo ella—. Se le dan muy bien estas cosas. ¿Ves ese cuadro?

Señaló un cuadro de tela que representaba un coro, estaba lleno de pequeñas muñecas, todas con facciones diferentes.

—Es artista. Pero ya no se dedica mucho a ello.

—Es bonito —dije.

—Es divertido —dijo ella—. Esos cuadros se venderían estupendamente, si ella quisiera.

Me quité el abrigo y me senté en el sillón.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un té?

—Un té sería perfecto —respondí.

Desapareció escaleras abajo, yo me quedé inmóvil hasta que ella volvió a subir a los cinco minutos, con una taza en cada mano.

—¿Te gusta el jazz? —me preguntó.

Negué con un gesto de la cabeza.

—Lo siento. Mentiría si dijera que sí. ¿A ti te gusta, supongo?

—Sí, me encanta el jazz.

—Entonces pon algo de jazz.

Se levantó y puso un disco en el viejo tocadiscos Bang & Olufsen que había allí.

–¿Qué has puesto?

–Bill Frisell. Tienes que escucharlo. Es fantástico.

–Sólo oigo sonidos –dije–. Sonidos algo forzados.

–Trabajo en el festival Moldejazz cada edición –dijo–. Desde que tenía dieciséis años.

–¿Y qué haces allí?

–Me ocupo de los músicos. Voy a buscarlos al aeropuerto y los llevo en coche para que vean cosas, hago lo que puedo. El año pasado me fui de pesca con uno de ellos.

Me la imaginé con gorra de chófer y uniforme, y me reí.

–¿De qué te ríes?

–De nada –contesté–. Lo que pasa es que me gustas mucho.

Ella bajó la vista y apretó los labios un instante, como solía hacer, luego volvió a mirarme, sonriente.

–Cuando salí de casa anoche no me imaginé que esta mañana estaría aquí sentada con Karl Ove –dijo.

–¿Lo consideras algo positivo o negativo? –le pregunté.

–¿Tú qué crees?

–No puedo mostrarme tan vanidoso como para decir positivo. Así que será negativo.

–En ese caso, ¿crees realmente que te habría invitado a entrar?

–No lo sé –respondí–. No te conozco.

–Yo tampoco a ti –dijo ella.

–No –dije.

La sensación de nieve cayendo seguía dentro de mí; mientras estábamos allí sentados me imaginaba cómo se arremolinaba en el cielo arriba en la lejanía, para aterrizar silenciosamente sobre el tejado justo encima de nosotros. Hablamos de la Radio del Estudiante y de los que trabajaban en ella, hablamos de música y de tocar la batería, ella quería que le enseñara a tocar, le expliqué que yo en realidad no sabía. Ella contó que trabajaba en radios locales desde que estaba en el instituto, y que había colaborado en una de las emisoras más controvertidas de Bergen, dirigida por un hombre muy crítico con la inmigración, un hombre de tan mala reputación que hasta yo había oído hablar de él. Tonje dijo que era un hombre amable, pero original, que ella no estaba de acuerdo con sus opiniones, pero que la libertad de expresión estaba por encima de todo, y que era curioso que este hecho se

tuviera tan poco en consideración cuando los condenaban a él y a su emisora. Mientras hablaba, se iba implicando e indignando cada vez más, comprendí que eso era algo que le apasionaba, le apasionaban la radio y la libertad de expresión; eso me gustó, por muy ajeno que me resultara, porque se encontraba al margen de todo. Ese ambiente que ella describía era algo muy marginal, por muy natural que a Tonje le pareciera.

–No paro de hablar –dijo por fin–. Normalmente no hablo tanto.

–Te creo –dije.

Se oyó abrirse una puerta abajo.

–Creo que se están despertando –dijo.

–Sí, ya me voy –dije.

Una niña subió por las escaleras. Muy flaca, grandes ojos oscuros, vestida con un largo camisón blanco.

–Hola, Ylva –dijo Tonje–. ¿Ya estás levantada? Éste es Karl Ove. Un amigo mío.

–Hola –dijo la niña mirándome.

–Hola –dije, y me levanté–. Yo ya me voy.

Cogí mi abrigo del reposabrazos del sillón.

–Qué alto eres –dijo la niña–. ¿Cuánto mides?

–Uno noventa y tres –contesté–. ¿Quieres probarte mi abrigo?

Asintió con un gesto de la cabeza. Yo le sujeté el abrigo en alto, ella metió primero un brazo y luego el otro. Dio unos pasos, la parte de abajo le arrastraba como una cola detrás de ella. Se rió.

Me encontraba en casa de una familia.

Tonje me acompañó hasta la puerta, nos despedimos y empecé a bajar hacia la ciudad, que durante las horas que estuve en la casa había cambiado por completo de aspecto: por las calles circulaban pesados autobuses, la gente subía y bajaba de ellos, corría calle arriba calle abajo, la mayor parte equipados con paraguas, porque la temperatura se había suavizado y caía una nieve mojada y pesada. Eran las siete, no tenía ningún sentido irme a casa, así que dirigí mis pasos hacia el Centro de Estudiantes, abrí la puerta con mi llave y subí hasta el espacio diáfano de oficinas.

En la sala de reuniones había un hombre dormido en el suelo.

Era Sverre Knudsen.

A su lado, en el suelo, había una especie de placa, la reconocí

inmediatamente, era del mismo color que la puerta. Di unos pasos hacia atrás para comprobarlo: justo, había quitado la parte de encima del marco. Por allí era por donde había entrado. No obstante, era un misterio cómo había logrado atravesar las puertas exteriores.

Entré en la sala, me agaché a su lado y le puse la mano en el hombro.

–No puedes dormir aquí –le dije.

–¿Qué coño dices? –preguntó incorporándose.

–No puedes dormir aquí –volví a decirle–. La gente está a punto de llegar.

–Ah, eres tú –dijo–. Me acuerdo de ti. Eres el tío que estaba con esa chica, Tonje.

Me levanté.

–¿Quieres un café? –le pregunté.

Asintió con la cabeza y se vino conmigo, se sentó en el sofá y se restregó la cara con las manos. De repente se levantó de un salto, se acercó a la ventana y echó un vistazo a la calle.

–¿No te fijarías en un Escarabajo verde al entrar? –me preguntó.

–No –contesté.

–Me están buscando –dijo–. Pero no creo que sepan que estoy aquí. Quizá me estén esperando en Oslo. Yo sé quién disparó a Nygaard.

–Eso comentaste ayer –dije.

No contestó, se sentó en el sofá.

–A lo mejor crees que estoy paranoico –dijo.

–Qué va, hombre. ¿Pero por qué te quedaste a dormir aquí?

–Esa Tonje dijo que trabajaba en la Radio del Estudiante. Pensé que a lo mejor estaría aquí.

–De pequeño era fan de The Aller Værste! –dije–. Es fantástico conocerte. También he leído uno de tus libros. *Gasolina de mariposa*.

Hizo caso omiso a mis comentarios.

–¿Quieres que te haga una entrevista ahora, aprovechando que estás aquí? –le pregunté–. ¿Sobre la época de The Aller Værste!?

–Vale –dijo.

Le alcancé una taza de café y me bebí la mía de pie junto al escritorio. Vi que Johs estaba subiendo por las escaleras.

–¿Has venido pronto? –me preguntó.

–Sí.

–Hablamos luego –dijo, y desapareció en el otro extremo, donde cumplía

su servicio civil de objetor de conciencia.

Encendí la radio para oír lo que estaban emitiendo y quién.

Sverre Knudsen me miró.

–Tendrá un gran impacto. Ya lo verás.

Media hora más tarde subimos al estudio. Puse una bobina, levanté la palanca del panel de mezcla y volví con él. Me sentía completamente agotado, a la vez que pletórico por lo que había ocurrido esa noche; me costaba concentrarme, pero eso no era nada en comparación con Sverre Knudsen. La cara le chorreaba de sudor mientras intentaba recapitular lo que había pasado quince años atrás y por lo que era incapaz de movilizar ya interés alguno. Tras veinte minutos dije que ya bastaba, Sverre parecía aliviado, le di la mano, bajó dando tumbos por la escalera y empezó a corretear cuesta abajo hacia el centro, mientras yo me metía en el despacho con el fin de dejar pasar el tiempo, para poder..., bueno, ¿para poder qué?

Estar completamente solo y pensar en Tonje.

Durante todo el día me recorrieron repentinos destellos de alegría. Había ocurrido algo fantástico.

¿Pero qué?

No había pasado nada. Habíamos charlado un poco. Eso era todo.

Ella llevaba un año trabajando allí, durante un año la había visto ir y venir, y ella a mí. Jamás había sentido nada de lo que sentía ahora. Ni una sola vez, ni siquiera había estado cerca de sentirlo.

Y ahora nos habíamos visto en una fiesta, nos habíamos sonreído, ¿y eso era todo?

Sí, lo era.

¿Cómo era posible? ¿Cómo había podido cambiarlo todo?

Porque todo estaba cambiado, de eso estaba seguro. Me lo decía el corazón. Y el corazón nunca se equivoca.

El corazón no se equivoca nunca.

Me fui a casa, dormí un par de horas, me senté frente al teléfono, tenía que llamarla, agradecerle lo de la noche anterior, preguntarle si podíamos volver a vernos. Vacilé, de repente tenía miedo de estropear algo. Pero tenía que llamarla.

Me obligué a marcar el número, esperé unos instantes con la última cifra, al final lo hice. Contestó una mujer, debía de ser su madre.

–Soy Karl Ove –dije–. ¿Está Tonje?

–No, ha salido. ¿Quieres que le dé algún recado?

–Sólo dígale que he llamado. Lo intentaré de nuevo más tarde.

Me tumbé en la cama, me dolía todo el cuerpo.

Me acerqué a la ventana, miré hacia las enormes antenas del edificio de TV2, me sentía atraído por la oscuridad que se posaba sobre ellas.

Me vestí y salí. Me dolía todo. Eché a andar en dirección a Nordnes, un vehículo quitanieves retumbaba con luces intermitentes. Pasé por delante del Acuario, en dirección al parque, fui hasta el extremo, donde me quedé con el viento en contra, mirando las olas que golpeaban la orilla, esa enorme oscuridad en la que ahora todo reposaba.

Miré a mi alrededor. No se veía un alma.

AHAHAHAHAHA, grité.

Luego me acerqué a contemplar el tótem, pensé en el continente del que procedía, en los indios que en un tiempo habían vivido allí sin saber de nosotros y sin que nosotros supiéramos de ellos. Era un pensamiento increíble, la libertad de no saber, sólo vivir, creer que eran los únicos seres humanos, y que lo que les rodeaba era el único mundo.

Me la imaginé, y una ola de alegría y dolor me subió por dentro.

¿Qué ocurriría ahora?

¿Qué ocurriría?

Después de volver a casa esperé otra hora antes de llamarla.

Esta vez fue ella quien cogió el teléfono.

–¡Hola! –dijo. Su voz era cálida y muy cercana.

–Lo pasé muy bien ayer –dije.

–Yo también. Mi hermana lleva todo el día hablando de ti. He estado por ahí con ella.

–Dale recuerdos míos –dije.

–Lo haré.

Pausa.

–Cuando mi madre dijo que habías llamado tuve que tumbarme en el suelo –dijo.

–¿En el suelo?

–Sí. Me entró dolor de estómago.

–Hm –dije.



Pausa.

–En realidad me preguntaba..., en realidad..., bueno... –dije.

–¿Qué te preguntabas?

–Si tú..., o nosotros, pues... si te apetece que volvamos a vernos. Salir, o algo así.

–Sí.

–¿Sí?

–Sí.

–A tomar un café o algo por el estilo –dije–. Pero no en la radio. Ni en la cafetería, ni en Grillen. Tampoco en el Café Opera.

Ella se rió.

–¿Wessel?

–Sí, vale. ¿Mañana?

Al día siguiente tenían una reunión en la redacción social. No se me había ocurrido, pero ella participaría, claro.

Cuando llegó, apenas me miró, eso fue todo, y luego sonrió como para sus adentros, por lo demás, no intercambiamos ni una palabra, fue como si yo no existiera.

Los miré por la ventana que daba a la sala de reuniones, donde estaban charlando y gesticulando, en silencio. Ella me miró, sonrió rápidamente y desvió la mirada.

¿Qué significaría eso?

Entró Tore.

–¿Qué tal te va, Karl? –me preguntó.

–Estoy jodidamente enamorado –dije–. Me duele el cuerpo entero. Las articulaciones. Todo.

Tore se rió.

–Te vi hace dos días. Y no me dijiste nada.

–Claro que no, joder. Sucedió anteayer.

–Esto es como en primaria –dijo–. ¿Se lo has preguntado a ella?

–No.

–Si me dices de quién se trata, puedo hacerlo por ti.

–Es Tonje.

–¿Tonje? ¿La Tonje de la Radio del Estudiante?

–Sí.

—¿La que está sentada allí dentro?

—Sí.

—¿Ella lo sabe?

Negué con un gesto de la cabeza.

Se volvió a reír.

—Seguro que sospecha algo —dije—. Hemos quedado luego. La llamé ayer. Anda, ven, vámonos de aquí. ¿Vienes a la cafetería?

No había comido nada en todo el día, y no conseguí meterme nada en el cuerpo cuando llegué a casa, no podía, tampoco parecía necesario. Estaba ardiendo.

Durante las dos horas que tuve que esperar para marcharme estuve dando vueltas por mi casa, me tumbé en la cama, miré al techo, me levanté, seguí dando vueltas. Fue horrible, estaba tan entusiasmado que lo único que ahora cabía esperar era venirme abajo.

¿De qué hablaría?

No saldría bien, yo ya estaba en otra cosa, balbuciría y me sonrojaría, comportándome como un idiota, me conocía a mí mismo.

No tenía ningún espejo en casa, así evitaba verme, pero entonces me parecía indispensable, por lo que después de cambiarme de ropa y ponerme gomina en el pelo, di la vuelta al CD y me lo puse frente a la cara desde distintos ángulos.

Cerré la puerta detrás de mí y salí.

Me dolía la tripa.

Aquello no era nada divertido.

Todo era dolor.

La nieve brillaba en las calles a mi alrededor cuando subía la suave cuesta hasta el pequeño quiosco que había más allá de la piscina cubierta, pasé por el teatro y el Café Opera, doblé la esquina y llegué al Wesselstuen.

Ella no había llegado aún, di gracias a Dios, porque así tendría unos minutos para mí. Me senté en una mesa y dije al camarero, que se paró delante de mí, que esperaría para pedir.

Tonje llegó a los diez minutos. Al verla, me puse a temblar. Llevaba varias bolsas, las colocó junto a la pared, se quitó el abrigo y se sentó, rodeada de todo lo que había fuera, las farolas y los escaparates, el gentío y la nieve,

como si formara parte de su aura, como un gato trae consigo el bosque y la oscuridad los primeros minutos cuando entra en casa por la mañana.

–He estado comprando regalos de Navidad –dijo–. Siento llegar tarde.

–No pasa nada –dije.

–¿Has pedido algo?

–No. ¿Qué quieres tomar?

–Tal vez una cerveza.

Unos minutos después los dos teníamos una jarra de cerveza delante de nosotros en la mesa. El local estaba lleno, el ambiente alegre, se celebraban las últimas cenas prenavideñas, a nuestro alrededor había hombres con trajes ochenteros y mujeres con vestidos de anchas hombreras y profundos escotes, brindando y riendo. Sólo nosotros estábamos callados.

Vi que ella era una estrella, una luz, mi sol. Podría haberle dicho que la añoraba tanto que me sentía enfermo. Podría haberle dicho que no había experimentado nada parecido en toda mi vida, y había experimentado muchas cosas. Podría haberle dicho que quería estar con ella para siempre.

Pero no dije nada.

Me limité a mirarla de reojo y a esbozar una leve sonrisa.

–Tienes unas orejas increíblemente bonitas –dije.

Sonrió y miró hacia la mesa.

–¿Tú crees? ¡Nadie me lo había dicho hasta ahora!

¿Qué había dicho? ¿Que sus orejas eran bonitas?

Era verdad, sus orejas estaban inusualmente bien formadas, pero también su nuca, sus labios, sus manos, estrechas y pálidas, y sus ojos. Piropear a una mujer por sus orejas era un disparate.

Me sonrojé profundamente.

–Es que las he visto de repente –me disculpé–. Y me ha salido así. Sé que suena un poco raro. ¡Pero es verdad! ¡Tienes unas orejas preciosas!

La explicación no hizo sino empeorar las cosas.

Di un largo trago.

–En todo caso tienes una hermanita muy guapa –dije.

¿«En todo caso»?

–Se lo diré –dijo Tonje–. A ella le pareció emocionante que estuvieras allí. Está en la edad. No sabe exactamente qué es, pero cree que lo sabe. Y absorbe todo como una esponja.

Daba vueltas a la jarra con la mano, apretó un poco los labios, levantó la

vista y me miró con la cabeza ladeada.

–¿Vas a hacer vacaciones en Navidad? ¿O tienes que trabajar?

–Me voy a casa de mi madre el día antes de Nochebuena y me quedaré allí una semana.

–Yo me voy mañana –dijo ella–. Mi hermano me lleva en coche.

–¿Él vive en Bergen?

–Sí.

No quedaba nada de lo que hubo entre nosotros la primera tarde y noche. Todo estaba dentro de mí.

–¿Y cuándo vuelves? –le pregunté.

–A principios de enero.

Era mucho tiempo. Podía ocurrir cualquier cosa. Tal vez se encontrara con alguien en el sitio adonde iba, alguien a quien no había visto en mucho tiempo, y con quien se enrollaría.

Cuanto más tiempo pasara con ella, menos posibilidades tenía. Seguro que empezaba a darse cuenta de alguna que otra cosa.

Hablamos un poco de la radio, de cosas normales, cotidianas, como si simplemente fuéramos dos colaboradores de la Radio del Estudiante compartiendo una cerveza.

Ella miró el reloj.

–He quedado con mi madre y mi hermana –dijo–. También están comprando regalos.

–Vale –dije–. ¡Hasta después de Navidad entonces!

Salimos juntos del local, nos paramos en Torgalmenningen, ella iba a la izquierda, yo a la derecha. Llevaba las bolsas en las manos. Debería darle un abrazo, no había nada de malo en ello, era algo natural, acabábamos de tomarnos una cerveza juntos, pero no me atreví.

–Feliz Navidad –dije levantando la mano torpemente.

–Feliz Navidad, Karl Ove –dijo ella.

Y allí se separaron nuestros caminos, yo me fui hacia Høyden y luego seguí por Møhlenpris, en dirección al piso que Yngve compartía con una chica con la que había estudiado. Por suerte, ella no estaba en casa.

–¿Qué tal? –me preguntó–. ¿Ocurrió algo después de la fiesta?

Nos sentamos en el cuarto de estar, puso My Bloody Valentine.

–Me fui con ella a su casa. No ocurrió nada, sólo estuvimos hablando.

Acabo de verla ahora, en Wesselstuen. Estoy tan enamorado que no sé qué hacer.

—¿Ella también?

—¡No tengo ni idea! No consigo decirle una sola palabra sensata. ¿Sabes lo que hice?

Negó con la cabeza.

—¡La piropeé por sus orejas! ¡Te imaginas! ¡Tienes unas orejas preciosas! De todas las cosas que podía haberle dicho, elegí ésa.

Yngve se rió.

—A lo mejor no es tan tonto. ¡Al menos es original!

—¿Qué puedo hacer?

—Llámala otra vez, vuelve a quedar con ella. Si el destino quiere que ocurra algo, ocurrirá sin más.

—¿Ése es tu consejo? ¿Que ocurrirá sin más?

—Sí.

—De todas formas ella se va mañana de vacaciones de Navidad. Hasta enero no volveré a verla. Pensaba escribirle una carta. ¿Qué te parece?

—Puedes hacerlo.

—Y comprarle un regalo. Quiero sorprenderla. Para mejorar la impresión. Pensaba comprarle algo que la impresionara. No un disco, un libro o algo de eso, sino otra cosa. Algo personal. Pero no se me ocurre nada.

—Unas orejeras, está claro —se burló Yngve—. Y puedes decirle que son para que cuide sus bonitas orejas.

—¡Vale! —exclamé—. Eso haré. ¿Por qué no me acompañas a comprar regalos mañana por la tarde? Podemos comprarle algo a mamá de parte de los dos.

Eso hicimos. Recorrí la ciudad con Yngve en busca de unas orejeras. No era precisamente algo que la gente usara, pero por fin encontré un par. Eran horrendas, forradas de una especie de piel verde, pero no importaba. Me las envolvieron, me llevó casi toda la tarde siguiente escribirle una carta, y lo mandé todo a Molde.

Mi madre se dio cuenta de que algo había ocurrido en cuanto puse el pie en su casa.

—¿Has conocido a alguien? —me preguntó.

—¿Tanto se nota? —dije.

–Sí.

–Por ahora no es nada –dije.

–Gunvor me ha enviado una felicitación –dijo.

La miré.

–En serio: se ha acabado. Puedes seguir teniendo contacto con ella si quieres, pero por mi parte se ha acabado.

–Ya lo sé –dijo–. Pero me gustó que se acordara de mí. ¿Cómo se llama la que has conocido ahora?

–Te lo diré si llega a algo.

Mi madre parecía cansada, estaba pálida y no tenía la energía que la caracterizaba, lo noté incluso al poner y quitar la mesa.

En Nochebuena abrió el regalo de Kjartan, se puso blanca.

–¿Qué te ha regalado? –le pregunté.

–Una corona –dijo–. Seguro que pretendía regalarme una bonita corona, pero es una corona funeraria, de esas que se envían a los entierros.

–No pienses que es un símbolo de algo –le dijo Yngve–. No significa nada, simplemente se ha equivocado. Es típico de él.

Ella no contestó, pero vi que le había afectado, y que *pensaba* que significaba algo.

Después de abrir los regalos y tomar café con pastas, subí al despacho y llamé a Tonje.

–¡Hola! –dijo–. ¡Gracias por tu regalo! Me ha encantado.

–¿Ha llegado entonces?

–Sí, ha llegado hoy. Dudaba un poco de si debía abrirlo en presencia de los demás, no podía saber qué me habías comprado, pero por fin lo hice. Todos pusieron cara de asombro. «¿Quién es Karl Ove?» «¿Por qué te regala unas orejeras?»

Estuvimos hablando un buen rato. Todos sus amigos habían vuelto a casa por Navidad, dijo, salían por ahí o iban unos a casa de otros, seguían siendo muy amigos, aunque ya hacía cinco años que habían acabado el instituto. También dijo que por allí había nevado mucho y que sus tres hermanos habían estado quitando nieve del tejado toda la mañana. Me lo imaginaba todo, tanto la casa, que estaba en lo alto de una ladera, desde donde se veía toda la ciudad, el fiordo y detrás las montañas, según contaba ella, y sus tres hermanos, que en mi imaginación adquirieron algo de cuento, eran idénticos, estaban siempre juntos, y querían a su hermana pequeña por encima de todo.

Cuando luego bajé al salón, la echaba tanto de menos que resultaba casi insoportable. No tenía ni idea de que la felicidad pudiera doler tanto.

Volví a la ciudad antes de Año Nuevo para emitir programas. Tonje llegó a principios de enero, la llamé para invitarla a cenar a mi casa.

Yngve solía hacer espaguetis con beicon, puerros, queso azul y nata, era un plato sencillo y rico, intentaría hacerlo yo. No tenía mesa de comedor, así que tendríamos que cenar en el sofá, con el plato sobre las rodillas. Pero estaría bien, si salíamos, nos limitaríamos a estar sentados en una mesa hablando, en mi casa nos sentiríamos un poco más libres, yo podría estar cocinando, servirle vino, poner música. Allí las cosas estarían en movimiento.

Yngve sugirió que pusiera un poco de vino blanco en la salsa. Seguí su consejo, pero cuando la probé, sólo unos minutos antes de que ella llegara, sabía dulce y horrible. Lo llamé.

—¿Qué puedo hacer?

—Echa un poco más de vino. Eso ayuda.

—Espera. No cuelgues.

Añadí más vino a la salsa. La removí y la probé.

—¡Ahora sabe aún más dulce! ¡Joder, esto es una catástrofe! ¡Tonje está a punto de llegar!

—¿Qué vino estás poniendo?

Leí el nombre en voz alta.

—No me suena. Pero es un vino seco, ¿no?

—¿Seco?

—¿Sí?

Miré la etiqueta.

—Aquí pone que es semidulce. Pensaba que estaría bien que no fuera dulce del todo.

—Entonces no es de extrañar que la salsa sepa dulce. Intenta con un montón de sal y pimienta y cruza los dedos. ¡Hasta luego y suerte!

Colgó, eché sal y pimienta y probé la salsa con una cucharilla.

Llamaron a la puerta.

Me quité el delantal, subí rápidamente la escalera y abrí.

Toda ella era gorro y bufanda, dos ojos grandes y una boca sonriente.

—Hola —dijo, inclinándose para darme un abrazo.

Era la primera vez que nos tocábamos.

–Pasa –dije.

Me siguió escaleras abajo hasta la entrada, colgó el abrigo mientras miraba a su alrededor. ¿Qué había que ver allí? Paredes de hormigón con algunos pósters, una cocina también con paredes de hormigón, y al lado el cuarto, una cama, una librería, un sillón, un escritorio, varios pósters, un par de jarapas de Ikea.

Bueno, y algo más: dos velas encendidas en un candelabro en el alféizar.

–Qué bonito lo tienes –dijo. Miró las dos cacerolas–. ¿Qué vamos a cenar?

–Bueno, espaguetis con algo.

Los repartí en dos platos, eché la salsa encima, saqué el pequeño taburete negro y lo puse delante de ella para que al menos tuviera algo que pareciera una mesa, luego cogí mi plato, me lo coloqué sobre las rodillas, y empezamos a comer.

–¡Mm, qué ricos! –exclamó.

–Venga ya –dije–. No es verdad. He puesto vino blanco, pero era demasiado dulce.

–Sí, están un poco dulces –dijo con una sonrisa.

Recogí los platos y puse un disco, *Siamese Dream*, de Smashing Pumpkins, nos quedamos bebiendo vino blanco dulce, ella sentada en el sillón amarillo, yo en la cama. No quería que pensara que lo único que pretendía era acostarme con ella y no hice ningún intento de acercarme. Charlamos, eso fue todo. Por alguna razón empezamos a hablar de las bandas de Bergen. Completamente fuera de contexto dijo que la vocalista de la banda de la que estábamos hablando era bisexual. Nuestras miradas se cruzaron por casualidad justo cuando lo dijo, y me sonrojé. Pensé que ella creía que yo era bisexual. Aunque no lo pensara, el hecho de que me sonrojara justo en el momento en que esa palabra se mencionó, debía de haberle hecho sospechar. Intenté sacar otro tema de conversación, pero no lo logré, y el silencio que siguió fue incómodo y desagradable.

Aquello no funcionaba. No la conquistaría nunca. ¿Cómo iba a conquistarla?

Sería mucho más fácil darse por vencido, decir un frío adiós y no volver a llamarla. Así acabarían todos los problemas, todo el dolor, todas las derrotas.

Pero no podía hacer eso.

Ella se levantó. Se había hecho tarde, era hora de irse a casa. La acompañé



hasta la puerta, le dije adiós, la seguí con los ojos, ella subió la cuesta sin volverse.

Cuando volví a entrar en mi casa, puse una vez más *Siamese Dream*, me tumbé boca arriba en la cama y me dejé llenar de pensamientos sobre ella.

La siguiente vez que nos vimos todo salió un poco mejor, acabamos en un café justo debajo de Steinkjellersmauet, era tarde, en el local no había nadie más que nosotros. Estábamos sentados junto a la ventana, fuera, la nieve cubría todas las superficies, como frenando la caída en la que se encontraba la ciudad cuando la regaban las lluvias otoñales, entonces era como si todo se hundiera, las calles, las callejuelas, las casas, los parques. La nieve mantenía sujeta la ciudad, y a mí me encantaba, me encantaba la nueva luz que irradiaba, el ambiente que creaba. Y me encantaba ella. Hablaba de su familia, había una abuela y una madre, unos hermanos, una hermana, un padre y un hermano gemelo del padre, yo dije que sonaba a película de Bergman. Ella sonrió y dijo que se iba a mudar ese fin de semana, ¿podría echarle una mano? Claro que podía. El sábado por la tarde me presenté en el piso, situado entre la estación de autobuses y la de trenes, había una furgoneta blanca aparcada en la acera, cinco personas estaban subiendo muebles y cajas. La cara de Tonje se iluminó al verme. Saludé a toda prisa a los otros, tres chicos, uno de ellos su hermano, y una chica, y empecé a cargar. El portal era viejo y estaba lleno de corrientes de aire, el piso se encontraba en la tercera planta, era grande, dos habitaciones, pero muy destartado, resultó que el cuarto de baño se encontraba al otro lado de un gran pasillo descubierto, casi un puente, en la parte exterior del edificio.

–Incluso Nansen habría vacilado en ir al servicio por la mañana en este sitio –dije–. Imagínate cuando llueva. ¡O cuando nieve!

–También tiene su encanto –dijo Tonje–. ¿No te parece?

–Bueno. Habrá que pensar que se trata del puente de un barco o algo así cuando haya vendaval.

Dejé la caja en la mesa de la cocina y bajé a por la siguiente, saludé con la cabeza a los otros cuatro al cruzármelos por la escalera. No tenía muy claro mi papel en todo eso. Los demás eran aparentemente buenos amigos, lo que no podía decirse de mí. ¿Qué era yo entonces?

Daba igual lo que fuera, no quería estar en ningún otro lugar. Subir sus cosas a su casa. Ver de paso su robot de cocina en una caja, pensar, es su

robot de cocina. Tener una fugaz visión de la suela de un zapato en otra caja, pensar, es su zapato. Sus cacerolas, cuencos, platos, tazas, vasos, cubertería, sartenes, discos, casetes, libros, ropa, zapatos, televisor, sillas, mesas, librerías, taburetes, cama, plantas, el mundo entero de Tonje, su vida entera, eso era lo que yo y los otros subíamos por las escaleras ese sábado por la tarde.

La furgoneta hizo dos viajes, y cuando subimos la última caja, Tonje fue a por pizzas, que nos sentamos a comer en medio del caos. Yo no decía nada, no quería ocupar espacio, los demás la conocían mejor, me ajustaría a eso.

Así estaba bien, porque allí sentado, en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y un trozo de pizza en la mano, oyéndolos hablar, yo sabía que ella era mía. De vez en cuando me echaba pequeñas miradas sonrientes que me hacían estremecerme. Mi pensamiento en ella era ligero, se elevaba como un cielo sobre todo lo que existía, pero la idea de acercarme a ella me resultaba pesada. ¿Y si me equivocaba? ¿Y si ella me decía que no? ¿Y si se reía de mí? ¿Qué te has creído? ¿Quién te crees que eres? ¿Que yo iba a salir contigo? ¡Si no eres más que un pobre cero a la izquierda!

Pero tenía que ser esa noche.

Tenía que ser.

Su hermano se despidió y se marchó. Uno de los otros hizo lo mismo. Cuando los dos últimos se levantaron para marcharse, yo también me levanté.

—¿Tú también te vas? —me preguntó Tonje.

—Creo que sí.

—¿Por qué no te quedas un rato y me ayudas a desempaquetar? Tengo que montar la librería, me será difícil hacerlo sola.

—Vale —dije.

Estábamos solos.

Yo estaba sentado junto a la pared fumando y bebiendo Coca-Cola, ella estaba sentada sobre una caja de madera en medio de la habitación, meciendo los pies.

Estaba ardiendo. Era ella la que me hacía arder. Cuando me miraba, se me calentaban las mejillas.

—¿Se te da bien el bricolaje? —me preguntó.

—¿A mí? Más bien no.

—Me lo imaginaba.

—¿Y a ti? —pregunté.

–Pues sí, la verdad. Me gusta arreglar cosas. Mi sueño sería tener algún día una casa vieja. Reformarla y dejarla exactamente como yo quisiera.

–¿Qué otras cosas te gustan? –le pregunté.

–Me gusta coser. Y cocinar. Me encanta cocinar. Y tocar el tambor.

–Ya –dije.

–¿Y a ti? ¿Qué te gusta a ti?

–No me gusta coser. No me gusta cocinar.

*Me gustas tú. ¡Díselo ya! ¡Dilo, dilo!*

–Te he preguntado qué te gusta. ¡No qué no te gusta!

*¡Me gustas tú, me gustas tú!*

–Me gusta jugar al fútbol –dije–. Aunque hace años que no juego. Y me gusta leer.

–Leer no es mi fuerte –dijo ella–. De hecho, prefiero ver películas.

–¿Qué películas te gustan?

–Woody Allen. Es mi favorito.

Se levantó.

–Montamos la estantería, y ponemos algo de música, ¿te parece?

Asentí con la cabeza. Cuando habíamos encontrado todas las piezas, sostuve la estantería en alto, mientras ella atornillaba los soportes por detrás y colocaba los estantes. Luego se puso a montar el equipo estéreo.

–¿No es el que estaba en casa de tu madre? –le pregunté.

–Sí, me lo ha dejado si prometo tratarlo bien.

Colocó un altavoz a cada lado de la habitación, abrió una caja de CD y se puso a mirarlos.

–¿Jazz? –le pregunté.

–No –contestó–. Hay una canción que quiero que escuches.

–¿De quién?

–De Smashing Pumpkins. Está en un disco colectivo con un montón de bandas. No la he visto en ningún otro sitio. ¡Aquí está!

Lo puso.

Me estaba mirando cuando la música fluyó por la habitación, había en ella algo onírico e inmenso, como si siguiera y siguiera, sin acabar nunca.

–¿A que está bien? –me preguntó.

–Sí –contesté–. Increíble.

Algo dentro de mí sabía que todo iría bien si me levantaba y la abrazaba.

Que ella me correspondería, y que lo único con lo que yo soñaba podría llegar a ser verdad.

Pero no me atreví. Me quedé sentado y el momento se desvaneció; ella se puso a clasificar las cajas.

La ayudé a llevar algunas a la cocina, ella las abrió y empezó a colocar las cosas. Yo me quedé mirándola un rato, preguntándome qué podría pasar si diera un salto, le rodeara la cintura con los brazos y besara su fantástico cuello.

Se inclinó hacia delante, puso una pila de cacerolas sobre la encimera y abrió el armario alto.

—Creo que voy a irme ya —dije.

—Vale —dijo ella enderezándose—. ¡Mil gracias por tu ayuda!

Me puse la chaqueta y los zapatos, abrí la puerta, me acompañó hasta el portal helado y de luces chillonas, me volví hacia ella.

—Que te vaya bien —dije.

—Adiós —dijo ella.

Ahora lo hago, pensé.

Me incliné rápidamente hacia ella para besarla. Justo en ese momento, ladeó la cabeza, fue un movimiento simultáneo al mío, de modo que, en vez de presionar mis labios contra los suyos, se toparon con su oreja.

Me di la vuelta y bajé la escalera lo más deprisa que pude. Cuando llegué a la calle corrí unas manzanas para interponer la mayor distancia posible entre yo y el fracaso.

¿Qué pensaría ahora? Me comportaba como un adolescente. Y no sólo eso, también me sentía como tal.

Se me estaban acabando las oportunidades. Ella no iba a querer seguir así. ¿De qué le serviría? ¿De qué le serviría yo?

Decidí volver a su casa al día siguiente, pasar simplemente por allí, esperar que me invitara a entrar, y luego mostrarme decidido y resuelto. Nada de vacilaciones, nada de balbuceos, nada de mejillas sonrojadas ni tartamudeos.

Si ella decía que no, tendría que ser que no.

Pasé toda la tarde del domingo en casa de Yngve; sobre las siete fui a casa de Tonje, llamé a la puerta y di unos pasos hacia atrás en la calle para ver las ventanas de la tercera planta.

¿No había luz?

Oh, no, que no haya salido.

Se abrió una ventana y ella asomó la cabeza.

—¡Hola! —dijo—. ¡Ahora bajo a abrirte!

Me acerqué a la escalera. El corazón me martilleaba el pecho.

Se abrió la puerta.

—Karl Ove... —dijo—. Pasa.

Pronunció mi nombre de un modo tan íntimo que el cuerpo se me derritió. Siguiendo sus pasos por la escalera, que ella subía ligera y rápidamente, me temblaban las piernas.

¿Qué clase de infierno era ése?

Entré en la cocina, que se encontraba justo al otro lado de la puerta, me quité los zapatos y la chaqueta, el gorro y los guantes.

—¿Quieres un té? —me preguntó.

—Sí, gracias.

Entré en el cuarto de estar, que ya estaba casi ordenado del todo. Me senté en la silla baja, me lié un cigarrillo.

—¿Puedes liarme uno a mí también? —me dijo.

—Claro que sí.

Puse en ello toda mi dedicación y concentración, ya que era para ella, y sin embargo quedó un poco duro por el centro y un poco más grueso por un lado que por el otro. Ella estaba en la cocina, lo abrí y lié otro, que quedó mucho mejor.

—Toma —dije alcanzándoselo.

Se lo colocó entre los labios y lo encendió. Inhaló con cuidado, el humo subía flotando en el aire entre los dos por un instante, hasta que se disolvía.

—¿Te parece que está quedando bien? —me preguntó.

—Sí. Fantástico.

—Llegas en buen momento —dijo—. Quería mover la librería hasta allí, preferiría no tener que desmontarla sólo para eso.

—¿Quieres que lo hagamos ya? —sugerí.

—Sí, muy bien —contestó, dejó el cigarrillo en el cenicero y se levantó.

Cuando habíamos cambiado la librería de sitio, puso el mismo disco que el día anterior. Nos miramos, ella dio un paso hacia mí.

—¿Intentaste besarme ayer? —me preguntó con una sonrisa.

—Sí —contesté—. Pero tú te escabulliste.

—No fue a propósito, ¿sabes? Inténtalo otra vez.

Nos abrazamos.  
Nos besamos.  
La apreté contra mí susurrando su nombre.  
No la soltaría nunca. Nunca.

Me quedé con ella toda la noche. Nos buscábamos constantemente el uno al otro, nos abrimos por completo el uno al otro, todo estaba lleno de luz. Me dolía el cuerpo de felicidad porque la *tenía*, porque ella se encontraba allí, a mi alrededor, me dolía el cuerpo de felicidad, todo estaba lleno de luz.

Así de fantástica puede ser la vida. Así de fantástico puede ser vivir.

Pusimos la misma canción una y otra vez. Éramos incapaces de dejar de tocarnos. De madrugada dormimos unas horas, yo tenía que irme a trabajar, pero no podía, no con ella allí, y fuimos hasta la cabina telefónica. Mientras yo llamaba, ella estaba fuera riéndose, con guantes de lana en las manos, gorro en la cabeza y una enorme bufanda enrollada al cuello. Todavía no había llegado nadie a la oficina, hablé con un contestador, dije que estaba enfermo y que no podía ir a trabajar, colgué, salí, la abracé y caminé todo lo pegado a ella de que era capaz.

—Nunca he hecho pellas —dije—. Ni una sola vez. Tengo mala conciencia.

—¿Te arrepientes? Puedes acercarte y decir que de repente te encuentras mejor.

—¿Cómo voy a arrepentirme?

—¡Ya me lo imaginaba!

De todos los lugares a los que podíamos ir, elegimos el Acuario. Era el mes de enero, no había casi nadie, dábamos vueltas a lo tonto, riéndonos cuando los pingüinos se acercaban a toda prisa por debajo del agua, yo le sacaba fotos con la cámara que había ido a buscar a casa, ella hablaba largo y tendido de lo que haría para comer, tenía que ser algo especial, era nuestro primer día juntos. ¡Porque éramos novios!

Aquel día me recorrieron constantemente olas de alegría.

Preparó *bœuf bourguignon*, yo la miraba, metió una cuchara en la cacerola, se volvió hacia mí, se la acercó a los labios y puso los ojos en blanco.

—¡Mm! ¡Fantástico! —exclamó.

—Te quiero —dije.

Ella se quedó rígida y me miró casi asustada. Se dio la vuelta, quitó la tapa

de la otra cacerola y pinchó con una pequeña aguja una patata que se movía en el agua burbujeante. El vapor subía a chorros.

–Dos minutos más –dijo.

Me acerqué a ella, la abracé y le besé la nuca. Ella se volvió hacia mí y me besó.

–Tuve un día así cuando era pequeña –dijo–. En el que todo fue fantástico. Estaba con mi madre. Iba a ser un día de patos. Vimos el Pato Donald en el cine, dimos de comer a los patos en el parque, me compró una historieta del Pato Donald y al final fuimos a un restaurante donde comimos pato.

–¿De verdad? ¿No fue un final de jornada algo bárbaro?

Ella se rió.

–Me encanta el pato. Es mi comida favorita. ¡Lo era incluso entonces! Pero lo mejor de todo fue que sólo estábamos mi madre y yo. Todo el día. Hoy me he acordado de aquello muchas veces. Me siento tan feliz...

Después de comer, descubrió que no había ni un grano de café. Dijo que iba un momento a la gasolinera a comprar un paquete. Dije que no hacía falta, pero ella insistió, y al instante estaba bajando la escalera.

Me quedé intranquilo. El día había sido indeciblemente feliz. Ahora pensé que ella moriría allí fuera. Sabía que era una idea delirante, que la posibilidad de que le pasara algo era ínfima, y sin embargo me lo imaginé, el autobús que venía y no la veía, el camionero que miraba un instante arriba, encima del parabrisas, donde tenía guardado un paquete de tabaco, y no veía que estaba cruzando la calle corriendo.

Pasaron diez minutos. Pasaron veinte. Pasaron treinta.

¿Por qué no llegaba?

Algo había ocurrido.

No, no digas eso. No lo digas.

Estaba a punto de vomitar.

Entonces sonaron pasos en la escalera y la vi entrar en la cocina con su más amplia sonrisa y un paquete de café Friele en la mano.

–Me encontré con alguien a quien llevaba mucho tiempo sin ver –dijo, desenrollándose la bufanda–. ¿He tardado mucho?

–La próxima vez no dejaré que te separes de mí tanto tiempo –dije.

–¡Entonces ven conmigo!

Cerca ya de medianoche nos fuimos a mi casa, ella con sus cosas en una pequeña maleta. Del picaporte de mi puerta colgaba una bolsa, la abrí y miré dentro. Un paquete de café y una gran tableta de chocolate.

—¿Quién te ha traído eso? —preguntó Tonje.

—Ni idea —contesté.

Lo más probable era que hubiera sido una de las chicas de la radio, pero no podía decirle eso. Y tampoco lo sabía a ciencia cierta.

—Veo que en Bergen hay más gente que se preocupa por ti —dijo.

—Eso parece.

Entramos, ella se duchó, fue al dormitorio envuelta en una toalla. En la mano llevaba un frasco en el que ponía champú para niños.

—¿Usas champú para niños? —le pregunté, apretándola contra mí.

—Sí, es el mejor para el pelo.

—Estás llena de secretos.

—Éste era un secreto muy pequeño, ¿no?

Pues sí, he estado enfermo, dije en la Radio del Estudiante tres días después. Una gripe, un poco de fiebre, no mucha, pero lo bastante para no poder ir a trabajar. Tore pasó por allí, y el enigma de la bolsa colgada del picaporte se desveló, fue él el que estuvo allí.

—Me dijeron que estabas enfermo y pensé que necesitarías algo para animarte.

No quise decepcionarle y decirle que no había estado enfermo. Pero le hablé de Tonje, no pude evitarlo, porque estaba obsesionado con ello.

Aquella tarde fuimos al cine a ver *Amor a quemarropa*. Luego iríamos a su casa a hacer gofres, yo llevaba la gofrera en una bolsa que me coloqué entre los pies en la sala de cine. Al salir se me ocurrió que yo era la antítesis de todo lo que acabábamos de ver. Me reí tanto que era incapaz de parar.

El viernes fuimos al Café Opera, era la primera vez que nos dejábamos ver juntos en público, íbamos por la calle cogidos de la mano, en la cola, esperando para entrar, nos besamos, había allí varias personas de la radio, vi que hablaban de nosotros, Tonje y Karl Ove están enrollados, yo no quería estar en ese sitio, no quería beber, sólo quería estar con ella. Todos los lugares en los que nos encontrábamos se transformaban, se cargaban de un ambiente fantástico, con independencia del aspecto que en realidad tuvieran,



el piso de ella, el mío, los pequeños cafés en los que nos sentábamos, las calles por las que paseábamos.

Al cabo de dos semanas cometí una estupidez. Yngve iba a ir a un concierto en Garage, me llamó para ver si quería ir con él y le dije que sí. Le pregunté si le importaba que le dijera a Tonje que se viniera con nosotros.

Le pareció bien. Llegamos cogidos de la mano, pagamos, nos pusieron a cada uno un sello en la mano y bajamos al sótano. Yngve ya estaba allí. Pedí cerveza para los tres, nos sentamos en su mesa, charlamos, un poco vacilantes, ellos no se conocían, y por alguna extraña razón, yo tampoco tenía mucho que aportar.

La banda empezó a tocar, nos acercamos, Yngve y Tonje hablaban entre ellos, él se agachó y le habló al oído, ella asintió con la cabeza y lo miró, al principio me alegré, eran las personas más importantes de mi vida, volví a pedir cerveza para los tres, empezaba a estar un poco borracho, apreté la mano de Tonje, ella apretó la mía, pero no estaba del todo presente, no como antes, y algo se revolvió dentro de mí, empecé a ponerme cada vez más triste, fui a por más cerveza, y cuando nos volvimos a sentar, ya no tenía nada que decir, toda la alegría me había abandonado, bebía y tenía la mirada perdida, sonreía a Tonje cuando ella me sonreía a mí, no se dio cuenta de que algo había cambiado, porque Yngve estaba alegre y parlanchín, ella estaba alegre y parlanchina, iban de un tema a otro, riéndose y gozando de la compañía mutua.

Disfrutaban estando juntos. ¿Y por qué no había de ser así? Yngve era Yngve, encantador, divertido, experimentado, en todos los sentidos un hombre mejor que yo.

Ella se reía con él, él se reía con ella.

¿Qué estaba ocurriendo?

Me sentía pesado, apenas era capaz de moverme, estaba completamente negro por dentro. Cada mirada que intercambiaban me alcanzaba como una punzada.

Él era mejor que yo. Ella ya lo sabía. ¿Por qué iba a quedarse conmigo si podía conseguirlo a él?

Yngve se levantó para ir al lavabo.

—¿Qué pasa, Karl Ove? —me preguntó Tonje.

—Nada —dije—. Sólo estoy pensando un poco. Han ocurrido muchas cosas

los últimos días.

–Es verdad –dijo ella–. Me lo estoy pasando muy bien. Tienes un hermano majísimo.

–Vale –dije.

Pero aquello no cesó, continuó, hablaban como si yo no existiera, yo no hacía más que beber, cada vez más desesperado. Al final pensé que lo mandaría todo a la mierda. Al diablo con toda esa puta mierda.

Me levanté y fui al lavabo. Apoyé la frente en la pared. Vi un vaso de cerveza roto en el suelo. Me agaché y cogí un trozo de cristal, me miré en el espejo y me lo pasé por la mejilla. Apareció una fina raya, salieron unas gotas de sangre. Me las limpié, dejaron de salir. Pasé el trozo de cristal por la otra mejilla, esta vez apretando más. Me limpié la sangre con el papel y lo eché al váter, tiré de la cadena, dejé el trozo de cristal en el suelo detrás del cubo de la basura, salí y me senté en la mesa con ellos.

Por alguna absurda razón fue como si lo que acababa de hacer me diera más fuerzas. Fui a por más cerveza para los tres. Tonje me cogió la mano y la apretó contra su muslo mientras hablaba con él, a lo mejor intuía lo que estaba pensando, y quería consolarme. Retiré la mano, me bebí la media cerveza de un sorbo, de repente añoraba el cuarto de baño, de repente era el único sitio donde quería estar, me levanté y volví a subir, cerré la puerta detrás de mí, cogí el trozo de cristal, me hice dos largos cortes junto a los anteriores, y otro en la barbilla, donde la piel era más fina y dolía más. Me limpié la sangre, salió un poco más, me lavé la cara con agua fría, me sequé y volví a subir donde estaban ellos.

Les sonreí y dije que me alegraba ver que se habían caído bien. Brindamos los tres.

–¿Qué tienes en la mejilla? –me preguntó Yngve–. ¿Te has cortado al afeitarte esta mañana?

–Sí, algo así –dije.

El local estaba oscuro, había un montón de gente, y tanto Tonje como Yngve bebían y mostraban tanto interés el uno por el otro que ninguno se dio cuenta de lo que yo estaba haciendo, salvo por ese comentario de Yngve. Pero él no tenía la suficiente imaginación como para pensar que me había cortado aposta. Seguí haciéndolo toda la noche, fría y metódicamente, una parte tras otra de la cara iba cubriéndose de cortes y me ardía cada vez más, al final, sentado al lado de ellos bebiendo, me dolía tanto que podría haber

gritado, si no hubiera sido porque al mismo tiempo lo disfrutaba. Había placer en el dolor, había placer en pensar que lo aguantaba, que yo aguantaba todo, todo, todo.

—¿Os parece que nos pasemos por el Café Opera antes de que cierren? —preguntó Yngve.

—Buena idea —dijo Tonje. Yo ya me había levantado, me puse el abrigo, me enrollé la bufanda al cuello, cuidando de que la parte de abajo de la cara quedara cubierta, me tapé la frente con el gorro, subí las escaleras delante de ellos y salimos a Nygårdsgaten. El aire era frío y bueno, notaba como si me mordiera las heridas mientras andaba. Estaba muy borracho, pero mis pasos eran firmes, la voz, si se me ocurría decir algo, era la misma de siempre.

Tenía la cabeza vacía. Excepto por ese pensamiento triunfante de lo que había hecho.

Tonje me cogió la mano, Yngve inclinó la cabeza un poco hacia delante mientras andaba, como hacía siempre.

Había cola para entrar en el Café Opera, nos colocamos al final.

Tonje me miró.

Gritó.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? ¡ESTÁS SANGRANDO!

Crucé a la otra acera.

—¿Qué has hecho, Karl Ove? —me preguntó Yngve, que fue detrás de mí.

—No he hecho nada —dije—. Sólo me he cortado un poco.

Tonje siguió a Yngve.

Lloraba, estaba completamente histérica.

—¿Qué has hecho? —preguntó—. ¿Qué has hecho?

Empecé a bajar la cuesta. Yngve iba detrás de mí.

—Me voy a casa —dije—. Cuida de Tonje.

—¿Estás seguro? ¿No vas a hacer más locuras?

—Vete, joder, y déjame en paz. Ocúpate de ella.

Se detuvo, yo seguí andando sin volverme, subí la cuesta de Tabernaklet, me metí por Skottegaten y llegué a mi casa. Abrí la puerta y entré, me tumbé vestido en la cama esperando que llamaran a la puerta, ella tendría que venir detrás de mí, tendría que venir, estuve escuchando, no oí nada y me dormí, abandonándolo todo.

Ya dormido, sabía que no debía despertarme, que me esperaba algo

terrible, y durante un buen rato logré mantenerme en ese punto, en la zona justo debajo de la conciencia, hasta que la fuente del sueño se secó y no pude permanecer allí más tiempo.

Me dolía la cara, me incorporé, todo lo ocurrido me volvió. Tengo que quitarme la vida, pensé.

Lo había pensado muchas veces, pero era un juego, no lo haría bajo ninguna circunstancia, ahora tampoco.

Y sin embargo sentía tanto dolor por dentro que ese pensamiento era lo único que me aliviaba.

La almohada estaba manchada de sangre. Fui hasta la entrada, cogí el CD que tenía colgado de un clavo y me miré la cara.

Estaba destrozada. Parecía un monstruo.

Si me quedaban cicatrices, tendría esa pinta para siempre.

Me duché. Me acosté. Intenté imaginarme qué habría pensado Tonje. Qué pensaría ahora. Si lo nuestro había acabado o no.

Eso no era lo que se había imaginado cuando empezó a salir conmigo.

Me incorporé y agaché la cabeza.

Querido Dios, rogué, permite que esto acabe bien.

Fui a la cocina, miré abajo, al patio.

Tenía que verla.

Pero quizá no hoy.

Quizá lo mejor sería mantenerme a distancia hoy.

Esa tarde iba a tocar con Yngve y Tore en el local de la antigua fábrica. Fui a casa de Yngve unas horas antes.

–Tienes un aspecto horrible –dijo al verme–. ¿Por qué lo hiciste?

–No lo sé. Simplemente lo hice. Estaba muy borracho. ¿Puedo pasar o no?

–Pues claro.

Nos sentamos en el cuarto de estar. No le miré a los ojos, sino al suelo, como un perro.

–¿En qué estabas pensando? Desde luego no pensabas mucho en Tonje.

–¿Qué hizo? –le pregunté–. ¿Qué pasó?

–La acompañé a su casa.

–¿Qué dijo?

–¿Que qué dijo? No dijo nada. Fue todo el camino llorando. Sí, dijo que no entendía nada. Dijo que erais felices. Dijo que creía que tú también te sentías feliz.

–Y así era.

–Pues no lo parecías, ¿sabes?

–Ya.

Se hizo el silencio.

–Tienes que dejar de beber. No *puedes* seguir bebiendo.

–No.

Nuevo silencio.

–¿Crees que ella me dejará después de esto?

–¿Cómo quieres que lo sepa? Sólo hay una manera de averiguarlo. Tienes que ir a verla.

–Ahora no. No soy capaz.

–Tienes que hacerlo.

–¿Vendrías conmigo? No hasta su casa, quiero decir, sino por el camino. No quiero ir solo.

–Sí. Necesito que me dé el aire.

En cuanto salimos a la calle, Yngve empezó a hablar de otras cosas, de cosas normales y corrientes. Yo no decía nada, pero me alegré de que él hablara, eso ayudaba. Le pedí que me esperara por si Tonje no estaba en casa. Llamé a la puerta, miré hacia arriba, a las ventanas, no hubo movimiento y volví con Yngve. Nos fuimos a un café que estaba abierto las veinticuatro horas, frecuentado por trabajadores a turnos, camioneros y taxistas, donde la

posibilidad de encontrarse con conocidos era mínima. Cuando empezó a oscurecer fuimos a su casa a por la guitarra, y luego a buscar a Tore.

Tore me miró, se puso blanco.

—¿Qué has hecho? —me preguntó. Tuve que desviar la mirada, estaba llorando.

—Tiene peor pinta de lo que en realidad es —dije—. No son heridas profundas. Sólo unos rasguños.

—Joder, Karl Ove —dijo.

—Venga, vámonos ya, vamos a tocar un poco —dije.

Después de una hora en el local helado, los tres abrigados con gorros, bufandas y chaquetas gordas, con el vaho saliéndonos de la boca como nubes, nos marchamos. Yngve se iba a su casa. Tore y yo nos quedamos charlando fuera en la esquina. Dijo que una persona cercana a él había intentado quitarse la vida en una ocasión. Había ido al bosque y se había pegado un tiro en el pecho con una escopeta de caza. Lo encontraron y sobrevivió.

—No lo sabía —dije.

—Claro que no, ¿cómo ibas a saberlo? Lo digo sólo para que no se te ocurra hacer nada parecido.

—No fue nada de eso, Tore, nada más lejos. Simplemente me emborraché y me pareció una buena idea.

—Pero no lo fue.

—No, a posteriori veo que no lo fue.

Nos reímos y empezamos a andar. Nos despedimos en la esquina de Grieghallen, él subió las cuestas en dirección a su casa y yo me encaminé hacia casa de Tonje.

Esta vez sí abrió la ventana. Pero no bajó, como había hecho hasta entonces, optó por tirarme la llave. Abrí y subí. Tenía visita. Estaba allí su mejor amiga con su novio.

Me detuve en la puerta.

—Lo siento —dije—. Tengo una pinta horrible. Me emborraché y me hice cortes en la cara.

Tonje no me miró.

—Estábamos a punto de marcharnos —dijo el novio de la amiga.

Se levantaron, se pusieron los abrigos y se despidieron.

—Siento lo ocurrido —dije—. ¿Podrás perdonarme?

—Sí —dijo—. Pero no sé si quiero que estemos juntos. No sé si quiero seguir

contigo.

–Ya –dije–. Lo entiendo.

–¿Habías hecho algo así en otra ocasión?

–No. Nunca. Y nunca volveré a hacerlo.

–¿Entonces por qué lo hiciste?

–No lo sé. No tengo ni idea. Simplemente lo hice.

Me senté en el sillón y la miré, ella se puso a mirar por la ventana.

–Claro que quiero estar contigo –dijo volviéndose. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Un año más tarde nos fuimos a vivir juntos. Habíamos conseguido un piso de una habitación justo debajo del edificio de Ciencias, y lo amueblamos lo mejor que pudimos con las pocas cosas que teníamos. El dormitorio estaba al fondo, era pequeño, como el camarote de un barco, y no cabía en él mucho más que la cama. El cuarto de estar también era pequeño, y para conseguir un poco más de espacio, lo dividimos con una estantería. En la parte de atrás me preparé un pequeño lugar para escribir, en la parte de delante colocamos el sofá, las sillas y la mesa.

Allí tuvimos nuestras primeras peleas, allí nos acoplamos a los aspectos prácticos de la convivencia, y también fue nuestra primera vida real en común, porque de repente compartíamos todo. En ese pequeño piso dormíamos juntos, comíamos juntos, escuchábamos música o veíamos la televisión juntos, y a mí me gustaba que ella siempre estuviera allí, y que volviera cuando estaba fuera. Ya era redactora de la Radio del Estudiante y trabajaba mucho. Yo había vuelto a la universidad tras cuatro años de interrupción, había elegido Historia del Arte y me daba tanta vergüenza ser más viejo que la mayoría de los estudiantes que ni siquiera me acercaba a ellos. Cuando no iba a clase y miraba diapositivas de obras de arte, estaba agachado sobre los libros en la biblioteca estudiando como un loco. Al acabar el servicio civil de objetor en el mes de marzo del año anterior, me había ido con Jon Olav y algunos amigos suyos a Vats, donde estaban construyendo una gigantesca plataforma petrolífera, Troll, en la que ellos habían conseguido trabajo. Me fui con la esperanza de que con el tiempo necesitaran más gente, y después de haber dormido en el sofá de una barraca de la administración durante tres noches, sólo quedábamos Ben y yo de todos los buscadores de fortuna, y aunque debíamos de ser los fundidores peor

cualificados que jamás habían sido evaluados, al menos yo, conseguimos por fin que nos contrataran. Estuve trabajando allí dos meses y medio, en uno de los pilares que se elevaba unos veinte metros por encima de la superficie del mar cuando empecé, pero que medía más de cien metros al irme de allí. Cuando llegué sufría de pánico a las alturas, pero el pilar crecía tan despacio que poco a poco me fui acostumbrando a ellas, y los últimos días me movía con una sensación de triunfo por un andamio que constaba de tres tablones y una delgada barandilla a cien metros por encima de la superficie del mar, sin sentir el menor miedo. Era un mal trabajador, pero el trabajo era tan sencillo que rendía a pesar de todo. Trabajábamos haciendo turnos de doce horas, por el día o por la noche. Andar por allí de noche, bajo las estrellas, en medio del zumbido de las máquinas, y ver las luces de los otros tres pilares en medio del fiordo, rodeados de una inmensa oscuridad, y con el viento aullando a nuestro alrededor, era algo mágico, como si fuéramos los únicos seres del universo, una pequeña colonia de seres humanos en una nave iluminada en medio de la gran nada. Tonje estaba enfadada conmigo cuando volví, no porque me hubiera ido a trabajar sólo unas semanas después de empezar a salir con ella, sino porque no la había llamado ni una sola vez. Le expliqué que lo había intentado en una ocasión, pero ella no estaba en casa, después no había tenido tiempo. Dormía, comía, trabajaba, eso era todo. Vi que no me creía, Tonje pensaba que *significaba* algo, que era una *señal* de algo. Tal vez lo fuera, no había pensado mucho en ella, estaba completamente absorto por lo desconocido y fantástico de ese trabajo, ¿pero qué importaba eso si podía mirarla a los ojos y decirle que la amaba, y lo decía con toda sinceridad? ¿Mirarla a los ojos y decir que para mí no existía nadie más que ella, ahora y en el futuro?

El dinero había fluido a mi cuenta corriente, quería más. El trabajo en Troll Petróleo había acabado para mí, pero podía seguir en Troll Gas, que se estaba construyendo en Hanøytangen, justo frente a las costas de Bergen. Los llamé y cuando dije que había trabajado para Norwegian Contractors me recibieron con los brazos abiertos. A lo mejor esperaban un experto y seguramente quedaron decepcionados cuando vieron que yo era un universitario con diez dedos gordos. Pero conservé el puesto hasta que la obra estuvo terminada. El trabajo era pesado y monótono, pero me gustaba tanto que empecé a pensar en solicitar alguno de los otros grandes proyectos, como por ejemplo el nuevo



aeropuerto que iban a construir en el este, y del que había oído hablar en los descansos.

Mientras trabajé en Hanøytangen vivía en casa, y en mi semana libre Tonje y yo estábamos juntos todo el tiempo en mi piso, donde me despertaba muy temprano por la mañana y salía corriendo a comprar gambas frescas, pan, café recién molido y zumo para el desayuno, o en su casa destartalada y azotada por el viento, iluminada para siempre por la luz ardiente del primer enamoramiento.

Un día conocí por fin a su madre y a su marido, que estaban pasando una temporada en África. Habían vuelto a Noruega para una semana y se hospedaban en casa de unos amigos, cenamos en el jardín, yo estaba nervioso, pero salió bien, me trataron con cariño, tenían curiosidad por conocerme, y cuando nos despedimos dijeron que teníamos que ir a hacerles una visita a África, en navidades, por ejemplo. Dijimos que sí, que aceptábamos la invitación. Teníamos dinero y teníamos tiempo.

Intenté volver a escribir, no lo logré, no conseguía hacerlo en serio, al menos comparado con lo que escribían Kjartan y Espen. Pensé en marcharme a algún sitio, escribir a tiempo completo, y como ahora se podía recibir la prestación por desempleo noruega en los países de la Unión Europea, podría vivir en alguno de ellos, Inglaterra, por ejemplo, y escribí una carta a Ole, un antiguo compañero de estudios. Se había casado con una chica inglesa y vivía en Norwich; decía que ésa sería una ciudad estupenda para mí.

La mañana que me iba a ir rompí un espejo. Tonje no dijo nada, pero noté que se cabreó. En el taxi yendo al barco le dije que no lo había hecho aposta.

—No es por el espejo, tonto —dijo llorando—. Es porque me dejas aquí.

—¿Estás triste por eso?

—¿No lo sabías?

—No. Sólo van a ser tres meses. Y vas a venir a verme. Y luego vamos a ir a África, joder. Además, tengo que conseguir escribir algo ya.

—Ya lo sé —dijo—. Lo que pasa es que voy a echarte muchísimo de menos. Pero todo irá bien. No te preocupes por mí.

Sonrió.

Cuando una hora más tarde subí la escala que parecía un tubo, me volví a mirarla y nos dijimos adiós con la mano, pensé que la amaba y que quería casarme con ella.

Era uno de esos pensamientos que lo cambian todo. Uno de esos

pensamientos que simplemente llegan y hacen que todo se coloque en su sitio. Era un pensamiento con futuro y sentido. Era lo que me faltaba entonces y lo que me faltaba desde hacía mucho tiempo. Futuro y sentido.

Claro que podíamos simplemente vivir juntos y ver lo que pasaba. En realidad no había en ello menos futuro y sentido. Tonje era Tonje estuviéramos casados o no. Nadie que yo conocía de mi edad estaba casado, el matrimonio pertenecía a las generaciones anteriores, era un anacronismo del siglo XIX, surgido por una rígida moral sexual y un concepto del ser humano igual de rígido, en el que la mujer se quedaba en casa con los hijos, y el marido trabajaba fuera, tan caduco como el sombrero de copa y el orinal, el esperanto y el vapor de ruedas de paletas. Lo sensato para una persona de nuestra época era no casarse, lo sensato para una persona de nuestra época era irse a vivir con el otro, respetarnos por lo que éramos, nosotros mismos, y no depender de formas exteriores para vivir nuestra vida. No había nada que nos obligara a acabar yendo por ahí en chándal viendo vídeos por la noche, a tener un par de críos, a separarnos, a tenerlos una semana cada uno, podíamos tener una vida digna con los recursos que nuestra época ponía a nuestra disposición. Eso era lo sensato y lo correcto. Pero el amor no era sensato, el amor no era adecuado, el amor no era correcto, era algo más que eso, tenía que ser algo más que eso. ¿Entonces por qué coño no sacar el matrimonio de las profundidades del tiempo y volver a vestir el amor de su antigua forma? ¿Volver a emplear las grandes palabras? ¿Por qué no pronunciar solemnemente esas palabras de nos amaremos para siempre? ¿Por qué no insistir en la profunda seriedad que eso implicaba? ¿Cultivar esa obligación para toda la vida? Todas las demás cosas que hacíamos eran tonterías, hiciéramos lo que hiciéramos acabarían siendo tonterías, en el fondo nadie creía en nada. Al menos nadie que yo conociera. La vida era un juego, la vida era un pasatiempo, y la muerte no existía. Nos reíamos de todo, también de la muerte, lo cual no estaba mal del todo, la risa tenía siempre la última palabra, la sonrisa de la calavera el día que estuviéramos tumbados con tierra en la boca.

Pero yo quería, yo creía, yo lo haría.

Recogí la llave del camarote en la recepción, dejé la maleta y subí al café. Todo estaba abierto delante de mí. Me iba a un nuevo país, a una ciudad en la que nunca había estado, no tenía dónde alojarme, y no tenía ni idea de lo que me esperaba.

Estaría allí tres meses. Luego iríamos a África y allí me declarararía.

Era perfecto.

El barco empezó a deslizarse lentamente mar adentro. Ahora ella va camino de casa, pensé, y subí a la cubierta para ver si la veía. Pero habíamos avanzado ya bastante, resultaba imposible identificar a ninguna de las figuras negras que se movían por el muelle a esa distancia.

El cielo estaba gris, el agua por la que nos deslizábamos negra. Apoyé las manos en la barandilla y miré hacia la tierra, hacia Sandviken. El viejo pensamiento de abandonarlo todo volvió por un instante. Lo peor era que podía salir muy bien. Lo había sabido siempre, que podía darle la espalda a todo y simplemente alejarme de allí sin arrepentirme. También podía alejarme de Tonje. No la echaba de menos cuando no estaba. No echaba de menos a nadie y jamás lo había hecho. No echaba nunca de menos a mi madre, tampoco a Yngve. No echaba nunca de menos a Espen ni a Tore. No había echado de menos a Gunvor cuando estaba con ella, y ahora no echaba de menos a Tonje. Sabía que deambularía por las calles de Norwich, que estaría sentado en un piso de algún lugar escribiendo, quizá saldría a tomar algo con Ole, pero no la echaría de menos. De vez en cuando pensaría en ella con cariño, pero no con añoranza. Era un defecto mío, una carencia, un frío en el corazón. Cuando me encontraba muy cerca de alguien, me imaginaba lo que esa persona quería y me sometía a ello. Cuando Gunvor sentía que estaba demasiado lejos de ella, yo percibía ese sentimiento, e intentaba reaccionar. No por mí, sino por ella. Si decía algo que en opinión de Espen era una estupidez, me sentía avergonzado e intentaba corregirme, lo único que importaba era su juicio. ¿No podía alejarme y mantenerme firme? ¿No podía ser tonto y mantenerme firme?

No, allí no, ante ellos no.

Pero cuando estaba solo no significaba nada.

Ese frío en el corazón era terrible, a veces pensaba que no era humano, que era una especie de Drácula que se nutría de los sentimientos de otras personas, pero que no tenía ningún sentimiento propio. ¿Qué eran mis enamoramientos sino espejos? ¿De qué trataban sino de mis propios sentimientos?

Ahora bien, lo que sentía por Tonje era auténtico, y como el sentimiento auténtico me era máspreciado que ninguna otra cosa, tendría que apostar todo por ello.

Pero no la echaba de menos.

Me pasé todo el día y toda la noche a ratos leyendo, a ratos anotando ideas y pensamientos en el cuaderno. Era ahora o nunca. No podía seguir por mucho tiempo siendo un tipo que escribía, pero al que no publicaban, tanto por razones prácticas –una era que iba varios años retrasado en los estudios en comparación con los que habían empezado al mismo tiempo que yo, y otra que necesitaba ganarme la vida– como por lo que tenía que ver con mi dignidad. Un veinteañero que escribe a tiempo completo para convertirse en escritor tiene encanto, uno de veinticinco que hace lo mismo es un perdedor.

*Un relato como «Los muertos» de Joyce, escribí en el cuaderno. Una fiesta familiar en la que los participantes representan las distintas fases de la vida: la infancia, la juventud, la madurez, la vejez, pero que a la vez son ellos mismos, personas idiosincrásicas en medio de la vida. Una fiesta de esa clase, con todos sus conflictos, en la que está presente la década de 1940 y la de 1960, como bolsillos en el día de hoy, esa complejidad, sin ninguna historia, antes de que la fiesta se disuelva y la pequeña familia nuclear vuelva a casa en su coche. En el asiento de atrás los dos niños, el mayor dormido, el más pequeño despierto, con los ojos cerrados, escuchando hablar a sus padres de algo inaudito. O de algo del pasado, algo importante, o algo que va a ocurrir. Está nevando. Llegan a su casa, todo está quieto y oscuro, entran... ¿y luego? ¿Qué puede suceder a continuación? ¿Cómo de grande tiene que ser algo para que todo lo que ha ocurrido se pueda elevar?*

Cerré el cuaderno y empecé a leer *Ulverton*, de Adam Thorpe. Estaba traducido por Svein Jarvoll, y trataba de un lugar ficticio en la Inglaterra rural, cada capítulo tenía lugar en su propia época, el primero en el siglo XVII, el último en nuestros tiempos. Los capítulos estaban escritos de distinta forma y en distintos dialectos, Jarvoll había elegido para uno de ellos el dialecto de Sjäk, y resultaba curioso lo bien que encajaba; las puertas de las verjas que se abrían para los personajes a caballo, los prados y los árboles, las casas bajas a punto de derruirse, todo encajaba en el dialecto de Sjäk. Tal vez porque en cierto modo los dialectos crecen del paisaje, ese modo de hablar surgió justo en ese lugar, justo en ese valle, donde la pronunciación de una palabra, por ejemplo, nació a la vez que el gran roble que ahora estaba a punto de cumplir cien años, la pronunciación de otra al mismo tiempo que se desbrozaba el campo y se construía la viejísima valla de piedra. En otros

valles fueron otras palabras y otros robles, otros campos y otras vallas de piedra.

El tiempo fluía a través de la novela, se arremolinaba a través de las vidas humanas. Resultaba fascinante.

¿Podría ser que me sintiera atraído por ello porque yo me había criado en un lugar donde sólo existía el presente, y el pasado era algo de los libros?

Fui a por una cerveza, apunté *siglo XVII* en mi cuaderno, miré el reloj, pronto serían las doce, me acabé la botella y me acosté.

El camarote se encontraba en lo más profundo del barco, justo debajo de la sala de máquinas. Me acordé de mi abuelo materno, él siempre pedía un camarote por encima de la línea del agua. Si no lo conseguía, se quedaba a dormir en un sillón. A mí esas cosas no me importaban, por mí el barco podía hundirse mientras yo dormía, sin que me afectara.

Me desnudé, leí unas páginas de *Ulverton*, apagué la luz y me dormí. Unas horas después me desperté en la oscuridad del sueño más fantástico que había tenido jamás.

Me incorporé y me eché a reír para mis adentros.

En el sueño iba bajando por la calle de nuestra casa en Tybakken. De repente sonó un estampido por encima de la tierra. Era un estruendo inmenso, yo sabía que jamás se había escuchado un sonido tan fuerte, retumbaba en el cielo como truenos, pero era infinitamente más sonoro.

Era la voz de Dios.

Me paré y miré al cielo.

¡Entonces empecé a elevarme!

¡Me estaba elevando hacia el cielo!

¡Qué sensación! El estruendo, lo grandioso de la presencia de Dios, y luego ese momento increíble en el que me elevaba. Era un momento de paz y perfección, júbilo y alegría.

Volví a tumbarme.

De acuerdo, sólo era un sueño. Pero la sensación era real. La había sentido de verdad. Era una pena que estuviera dormido al sentirla, pero al menos ya sabía que existía, pensé, cerré los ojos y fue como si me lanzara al sueño con la esperanza de que algo fantástico me aguardara aún.

Cuando tenía siete años estuvimos de vacaciones en Inglaterra, los recuerdos de ese viaje eran los más bonitos de mi infancia, y me volvieron

cuando la tarde siguiente estaba apoyado en la barandilla, mirando una raya que emergía a lo lejos. Era Inglaterra. Nos cruzamos con unos barcos pesqueros camino del mar, en el aire por encima de ellos volaban en círculos las gaviotas, delante de nosotros era como si la tierra se sumergiera conforme nos íbamos acercando, hasta que entramos por una especie de canal, y de hecho nos encontramos en medio de él. Se veían viejos almacenes y fábricas, con amplias y desiertas zonas de basura por medio.

La hierba estaba amarilla, el cielo gris, y si algo relumbraba, era el ladrillo de los edificios, pero de óxido, el color de lo percedero y la descomposición. Ah, me llegaba al alma, eso era Inglaterra; los edificios que veíamos datarían de principios de la época del industrialismo, yo amaba ese imperio que había sucumbido, pero que seguía orgulloso, y los que crecieron en medio de ese desconsuelo gris nos embrujaron a todos, primero la generación de los sesenta, el pop, los Beatles y los Kinks, luego el heavy de los setenta, todas las cojonudas bandas de las ciudades del acero de la región central de Inglaterra, cuyos miembros se hicieron enormemente ricos a los veinte años, después el punk en las montañas de basura que llenaron Inglaterra en el 76, luego el postpunk y el gótico, esa inmensa seriedad de la que revistieron la música, y ahora Manchester, *raves*, colores y *beat*. Inglaterra, yo amaba Inglaterra, todo lo que tenía que ver con Inglaterra. Y el fútbol, ¿qué más se podía desear que un viejo y destartado estadio de principios de siglo, lleno a rebosar de diez o doce mil hombres furibundos de clase obrera y aspecto enfurruñado, con la niebla posada sobre el fangoso campo y unas entradas tan violentas que resonaban entre los carteles de publicidad? Las oscuras casas con moqueta por todas partes, incluso en las escaleras y en los pubs.

Cuando el barco atracó, me monté en uno de los autobuses de dos pisos que iban al centro. Los gritos de los vendedores de periódicos fue lo primero con lo que me topé al bajar. El aire era notablemente más templado que en Bergen, me encontraba en otro país, todo era un poco extraño. Fui a la estación y saqué un billete para Norwich, esperé un par de horas en el café y me subí al tren.

En Norwich cogí un taxi hasta la zona universitaria, Ole había dicho que alquilaban habitaciones antes de empezar el semestre, así era, me asignaron una, dejé allí el equipaje y me acerqué al pub de los universitarios, en el que me había fijado al llegar. Estuve allí sentado un par de horas bebiendo y

observando a los estudiantes, a la vez que intentaba pasar por uno de ellos. Al día siguiente fui a la ciudad. Era pequeña, rodeada de una muralla medieval, llena de pequeñas iglesias que ahora se empleaban para un sinnúmero de actividades, vi tanto un pub como una tienda de deportes en una de ellas. Tenía canales, con casas flotantes amarradas a lo largo de las orillas, y una catedral medieval grande y hermosa. Compré una barra de pan y unas lonchas de salami y me senté en un campo cerca de allí. Unos chicos jugaban al rugby enfrente de mí, seguramente alumnos de algún colegio. Ver sus trajes y ese extraño juego despertó en mí sentimientos tristes, haciéndome pensar en la época victoriana, el imperio, los internados, las fábricas, las colonias de las que formaban parte esos niños. Era su historia y no se podía convertir en la mía.

Compré dos periódicos locales y me senté en un pub justo al lado del canal, pedí una sidra, me puse a leer los anuncios y me centré en tres que podían ser interesantes.

La primera señora sólo alquilaba a estudiantes, cometí la estupidez de decir que estaba en paro, y me colgó sin más. La conversación con la segunda resultó algo mejor. Tenía una habitación en el centro, dijo, pero ellos vivían en otro lugar. ¿Podría ir a verlos allí?

Claro que sí. Apunté la dirección, me compré un chicle para no oler demasiado a alcohol y cogí un taxi.

Me abrió la puerta un hombre andrajoso con barba y aros en las orejas, me estrechó la mano, dijo que se llamaba Jim, llamó a su mujer y ella salió a saludarme. Puedes ir conmigo en la moto, dijo él, alcanzándome un casco tipo orinal. La moto estaba en el jardín. Tenía un sidecar en el que yo iría montado. Era una bañera que había soldado a la moto. La sacó y me indicó con la mano que podía meterme en la bañera. Me senté vacilando. Arrancó el motor, salimos a la calle y pusimos rumbo a la ciudad. La gente en las aceras y en los coches me miraba. Un noruego de casi dos metros con casco de orinal en una bañera por las calles de Norwich.

El piso se encontraba en un barrio obrero. Una larga fila de casas idénticas de ladrillo a ambos lados de una suave cuesta. El hombre abrió la puerta con la llave, yo entré tras él. Primero una escalera cubierta por una moqueta que subía a dos habitaciones, de las que yo dispondría de una. Una cama, un armario, una silla y un escritorio era todo lo que había.

Me preguntó qué me parecía.

–*It's brilliant* –dije–. Me quedo con ella.

Bajamos y entramos en el cuarto de estar. Estaba repleto de cosas, desde el suelo hasta el techo. Había allí toda clase de cachivaches y trastos, desde viejas piezas de coche a pájaros disecados. Dijo que era coleccionista.

Ésa no fue la única sorpresa. En un enorme acuario colocado en la parte del suelo que no estaba cubierta por cosas, había una boa.

Dijo que en circunstancias normales me habría ofrecido que la cogiera en brazos, pero que ahora estaba demasiado hambrienta.

Lo miré para averiguar si estaba bromeando.

Hablaba completamente en serio.

Al otro lado de la sala de estar había una pequeña cocina y, a continuación, un pequeño cuarto de baño con bañera.

–*It's brilliant* –volví a decir, le pagué dos meses de alquiler como fianza, él me enseñó cómo funcionaba la cocina de gas, dijo que podía usar todo lo que había, y que volvería en unos días a dar de comer a la serpiente.

Se marchó, me quedé solo con la boa, que se deslizaba lentamente por el acuario, pegada al cristal. Yo temblaba por dentro al mirarla y sentía cada vez más náuseas. Incluso cuando estaba desempaquetando arriba en la habitación me temblaba el cuerpo de malestar, sólo pensar en lo que había en la planta de abajo me ocupaba del todo, incluso en el sueño, con pesadilla tras pesadilla sobre serpientes de todas clases y variedades.

Ole me había escrito que estaría en Noruega cuando yo llegara a Norwich, de modo que todo lo que tenía los primeros días era el pequeño cuarto de moqueta en el piso, que dejaba por las mañanas para ir a deambular por la ciudad, y al que volvía por las tardes. Nunca me acostumbré del todo a los sonidos de fuera, a los niños que jugaban gritando y chillando en inglés, era como si me encontrara en una serie televisiva inglesa, todo mientras la serpiente de abajo estaba cada vez más hambrienta. A veces se levantaba y se golpeaba la cabeza con fuerza contra el cristal. Entonces me entraban los temblores. Pero por otra parte estaba fascinado, a veces me sentaba en el suelo delante del acuario a examinar a esa extraña criatura con la que compartía piso.

A finales de la semana volvió el casero. Me gritó que bajara, pues había algo que debía ver.

Sacó unos ratones que tenía guardados en el congelador. En el mismo



estante en el que yo había puesto mis salchichas, me fijé. Luego los metió en el horno boca arriba, con las patas abiertas para que se descongelaran, mientras él se fumaba una pipa y me enseñaba una mezcla de tabaco noruega de los setenta, Eventyr, que tenía guardada entre sus montones de cosas, y que mi padre fumaba cuando yo era pequeño. Cuando se acabaron de descongelar, cogió uno de ellos por el rabo, levantó la tapa del acuario, dio un par de golpes en el cristal para que la serpiente se despertara y empezó a balancear el ratón hacia delante y hacia atrás. La serpiente, perezosa y apática, levantó lentamente la cabeza, y entonces, tan de repente que me llevé un buen susto, se abalanzó hacia el ratón. Le dio en total cuatro. Los días siguientes estaba completamente inmóvil en el acuario, con cuatro grandes bultos en su cuerpo, por lo demás esbelto.

Érase una vez que el mundo estaba formado por criaturas como ella, extremadamente primitivas, que se deslizaban por el campo o se movían sobre sus enormes patas parecidas a garras de pájaros. ¿Qué era la vida cuando eso era todo lo que había? ¿Cuando sabíamos que en un tiempo no había nada más y en realidad seguía siendo así? ¿Nada más que cuerpo y comida, luz y muerte?

Cuando trabajé en la primera institución comprendí algo: La vida no era moderna. Seguía habiendo toda clase de anomalías, deformidades, monstruos, debilidades mentales, locura, lesiones, todas las enfermedades seguían existiendo, estaban tan presentes como lo estaban en la Edad Media, pero nosotros los ocultábamos, los trasladábamos a enormes edificios en el bosque, organizábamos campamentos propios para ellos, manteniéndolos consecuentemente fuera de la vista, para que se tuviera la impresión de que el mundo era sano y saludable, que ése era el mundo y la vida, pero no era así, la vida también era grotesca y torcida, enferma, indigna y envilecida. La especie humana estaba llena de bobos, idiotas, criaturas deformes, bien porque hubiesen nacido así o bien porque se hubiesen vuelto así con el tiempo, pero ya no estaban en las calles, ya no iban correteando por ahí molestando a la gente, sino que se encontraban a la sombra, o en la noche, de la cultura.

Ésa era una verdad.

La vida de la serpiente en ese acuario era otra verdad.

En otros tiempos no había en la tierra ninguna criatura con ojos. Luego se desarrollaron los ojos.

Cuando llevaba unos días en esa casa entendí que podía olvidarme de escribir. Lo intentaba, pero no me salía nada, ¿sobre qué iba a escribir yo? ¿Quién me creía que era, pensando que podía crear algo que interesaría a más personas que a mi madre y mi novia?

En lugar de eso escribía cartas. A Espen, a Tore, a Yngve, a mi madre, a Tonje. Describía mis días con todo detalle, desde el cartero que me despertaba porque siempre silbaba «La Internacional» cuando pasaba por la mañana, todo lo que veía durante mis numerosas y largas excursiones por la ciudad, hasta los episodios más curiosos que viví en la oficina de empleo, toda la miseria y pobreza que se veía allí, la gravedad de la vida que contrastaba tanto con la mía, ya nada de lo mío peligraba, la prestación que yo recibía era seguramente diez veces más cuantiosa que la suya, y en realidad no era más que una menudencia, algo que había solicitado con el fin de ganar tiempo para escribir. El funcionario que me fue asignado debía de sospecharlo, al menos me levantaba la voz de vez en cuando, amenazando con retirarme todos los pagos si no me daba prisa en documentar que estaba buscando trabajo en esa ciudad.

Ole volvió de Noruega, fui a visitarlos a él y a su mujer a su minúsculo piso, ella era muy inglesa. Ole estaba exactamente como lo recordaba, bueno, limitando con lo abnegado, pero a la vez intenso. Seguía estudiando sus asignaturas, pero nunca se presentaba a los exámenes, le paralizaba el miedo, por mucho que supiera, por muy brillante que fuera, no conseguía meterse en un aula de examen. Fuimos a todas las librerías de viejo, su escritor favorito era Samuel Johnson, a quien tradujo por iniciativa propia, por placer, luego Boswell, y todavía Beckett, igual que cinco años antes.

Ole me caía muy bien. Pero eso no justificaba mi estancia en Norwich. *Tenía* que escribir. ¿Pero qué? Podían pasar cinco días sin que dijera una palabra a nadie. Todo era desconocido, las casas, las personas, las tiendas, el paisaje, nadie me necesitaba, nadie se preocupaba por mí y eso era perfecto, era lo que yo quería, sólo dar vueltas mirando, mirando todo lo que había, sin que me devolviera la mirada.

¿Pero con qué finalidad? ¿Y con qué derecho? ¿De qué servía mirar si uno no era capaz de escribir sobre lo que veía? ¿De qué servía tener vivencias si no se conseguía escribir sobre ellas?

Alguna que otra vez me emborraché con Ole, él siempre se iba directo a

casa cuando cerraba el pub, yo no quería irme aún, él me acompañaba hasta alguno de los clubs nocturnos, se despedía fuera y yo entraba y seguía bebiendo solo. Sin hablar con nadie. Sobre las cuatro de la madrugada volvía a casa dando tumbos y me acostaba. Al día siguiente dormía hasta tarde, lleno de miedos, escuchando el canal pop de la BBC, leía todos los periódicos importantes, lo que me llevaba el día entero, y luego volvía a acostarme.

Ponían a todas horas el primer single de Supergrass, lo compré. Elastica estuvo en la ciudad, fui a verlos, borracho y solo. Con el dinero que recibía de Noruega compraba sudaderas de segunda mano de los setenta, zapatos, vaqueros, discos y libros. Me iba a Londres en el autobús por la mañana y caminaba por los alrededores de Tottenham Court Road todo el día, luego volvía a casa por la noche.

Así viví durante dos meses y medio, entonces Tonje vino a verme. Fuimos a Londres a comprar billetes para Johannesburgo y Maputo, y cogimos juntos el avión hasta Bergen.

En África le pregunté si quería casarse conmigo.

Dijo que sí, sí quiero.

De vuelta en Bergen, en el nuevo piso comprendí que no podía seguir así más tiempo. Íbamos a casarnos en unos meses, no podía permitir que Tonje se casara con un idiota que creía que iba a poder ser escritor y echara a perder así su vida, la apreciaba demasiado para eso, así que compré los libros más importantes de la asignatura de Historia del Arte, cogí el resto de la biblioteca de la universidad y me puse a estudiar.

Tore, que entonces estudiaba Literatura y estaba escribiendo un trabajo sobre Proust y los nombres, contó que le había llamado un editor que había leído sus reseñas en el *Morgenbladet*, para preguntarle si quería trabajar para él como lector. Tore dijo que sí y le contó al editor, un tal Geir Gulliksen, que él también escribía, y el hombre le dijo que le gustaría leer algo suyo.

Yo también había escrito reseñas para el *Morgenbladet*. De hecho fui yo quien abrió a Tore las puertas de ese periódico. ¿Por qué Geir Gulliksen no me había llamado a *mí*?

Pero a mí también me ocurrió algo. Recibí por correo una invitación para participar en una antología. Se trataba del aniversario de la Academia de Escritura, pedían contribuciones de antiguos alumnos. Les envié «Zoom». No era un concurso, la antología estaba abierta sólo a los alumnos, y yo ni

siquiera había soñado con la posibilidad de ser rechazado. Pero lo fui. No lo querían.

Todos los demás rechazos me los había tomado con calma. Pero ése me destrozó. Estuve como fuera de mí durante varias semanas, y me hizo tomar la decisión definitiva de dejar de escribir. Era simplemente humillante. Tenía veintiséis años, me iba a casar, ya no podía seguir viviendo en ese sueño.

A las pocas semanas fui a buscar a Tore a su casa, íbamos a ensayar con la nueva banda, formada por Hans y Knut Olav, de Máquinas de Kafka, Tore y yo. Nos llamábamos Lemen por Tore, que con el pelo cortado al cero y su energía desbordante recordaba al hiperactivo lemming noruego.

Bajamos la cuesta hacia el centro. Era principios de marzo, sobre la una de la tarde, las calles estaban secas y llenas de esa luz primaveral pálida y delicada que imperceptiblemente había sustituido al interminable sinfín de días oscuros, grises y húmedos del invierno.

Tore me miró.

–Tengo una buena noticia –dijo.

–¿Sí? –dije, esperando lo peor.

–Me han aceptado el manuscrito. ¡Lo publicarán en otoño! ¡Voy a debutar!

–¿De verdad? Es fantástico, Tore –dije.

Todas mis fuerzas me abandonaron. Seguí andando a su lado, negro de ira por dentro. Era muy injusto, joder. Era terriblemente injusto. ¿Por qué iba a tener él, con *cuatro* años menos que yo, mucho más talento que yo? El que Espen lo tuviera lo había aceptado hacía mucho tiempo, que él fuera a debutar no era sorprendente, sino lo que debía ser. ¿Pero que Tore tuviera ese talento? ¿Siendo tan joven?

Joder.

Tore brillaba como un sol.

–«Esto hay que publicarlo», me dijo Geir Gulliksen. He estado toda la noche barajando títulos. Tengo aquí una lista con varios. ¿Quieres verlos?

Se sacó una hoja doblada del bolsillo interior y me la dio. Yo iba leyendo mientras andábamos:

*El calendario de Julian*

*Una vez tan invisible como la náusea*

*Copos*

*Enredo dormido*

*Un sonrojo liberado*  
*Un segundo enredado*  
*Por una cuestión de vergüenza*  
*De una vez por todas*

–*El calendario de Julian* –dije–. Ni lo dudes.

–A mí me gusta *Enredo dormido* –señaló Tore.

–No. Es demasiado crítico. ¿Qué es un enredo dormido?

–Es un estado de ánimo, un problema que existe, pero que aún no se ha manifestado. Hay algo pasivo en ello. O abandonado. Pero sobre todo un estado de ánimo.

–*El calendario de Julian* –insistí, y le devolví la nota. Volvió a guardársela en el bolsillo interior.

–Ya veremos –dijo–. Pero ya está casi del todo, sólo faltan los últimos retoques.

–¿Quieres que lo lea? –le pregunté.

–Aún no. Pero si quisieras echar un vistazo a la última versión, estaría muy bien.

Ya había leído muchos textos suyos y algo sabía: No podía ayudarle con ellos. Eran mucho mejores que todo lo que yo había escrito. Lo más inquietante era, sin embargo, que él no había cogido simplemente un molde y lo había rellenado con lo que le habían enseñado que había que usar, como podía imaginarse que haría un debutante de sólo veintidós años. Había cogido un molde, era verdad, pero todo el proyecto, todo lo que escribía, estaba relacionado, de una manera poco clara, pero obvia, con él mismo, con lo más íntimo de él, con toda esa fascinación que poseía y de la que apenas era consciente, y sobre la que por ello podía escribir con una intensa alegría de descubridor.

–Enhorabuena –dije–. Es fantástico.

–Sí, joder –dijo–. ¡Por fin! Me ha costado diecisiete rechazos. Pero ya he llegado.

En esa época ensayábamos a menudo con la banda, íbamos a tocar en el nuevo Studentkvarteret en primavera, y como no llevábamos mucho tiempo tocando juntos, nos quedaba mucho por practicar. Tore, que cantaba, había escrito la mitad de las canciones, Knut Olav, que tocaba la guitarra, la otra

mitad, excepto una, que había escrito Hans, que ahora era el bajo. Knut Olav tenía muchísimo talento, tocaba toda clase de instrumentos y componía fantásticas canciones pop; si se hubiera rodeado de mejores músicos, podría haber llegado muy lejos. Pero no quería ni oír hablar de eso. Era mil veces mejor batería que yo, pero accedía a tenerme allí retrasando y acelerando el ritmo de sus canciones, y cuando él hacía los arreglos, sólo le importaba que fueran sencillas. Y, además, con Tore de vocalista, que no se preocupaba nada por hacerse invisible, más bien todo lo contrario, la cosa iba bien.

No había nada que me gustara más que tocar con ellos y luego salir de marcha. Quizá llamar a Tonje para que viniera. Todo mientras la luz aumentaba y las hojas empezaban a brotar en los árboles.

El 19 de mayo era el día que íbamos a tocar en Kvarteret. Llegué unas horas antes del control del sonido. Tore me recibió en la puerta, supe enseguida que algo había sucedido.

—¿Te has enterado? —me preguntó.

—¿De qué?

—Ha muerto Tor Ulven.

—¿Qué dices? ¿De verdad?

—Sí. Me ha llamado Geir Gulliksen para contármelo.

—Pero si era joven.

—Sí, y el mejor escritor de Noruega.

—Es verdad. Joder, qué horror.

—Pues sí.

Entramos en el café y seguimos hablando de ello. Tanto Tore como yo lo considerábamos algo diferente y mejor que el resto de los escritores noruegos. Pensé en Espen, él fue el que me recomendó a Ulven, al que había leído con más intensidad que ninguna otra persona que yo conocía.

Llegaron Hans y Knut Olav, entramos en el local, realizamos el control de sonido, y poco a poco se fue apoderando de mí el miedo de antes del concierto, la última media hora antes de que nos tocara estaba, como de costumbre, a punto de vomitar, pero como siempre, el espanto desapareció en cuanto salimos a escena y empezamos a tocar.

Luego nos quedamos en el cuarto de atrás bebiendo cerveza y comentando lo que había ocurrido —¿qué hiciste tú?, yo perdí por completo el control y no sabía por dónde íbamos—, entonces alguien se asomó por la puerta y dijo que había estado allí el príncipe heredero, nos reímos de eso, pero Tore también

estaba en otra parte, conmocionado por esa muerte tan repentina, yo se lo notaba, esos breves segundos de ausencia que emergían en su manera de ser por regla general tan social. Si alguien le había servido de inspiración para su libro, ése había sido Ulven. Nos marchamos de allí, fuimos a Garage, y cuando cerraron, volví a casa con Tonje por las calles con luz primaveral y silencio nocturno, bajo las montañas y el cielo con estrellas refulgentes.

Dedicábamos cada vez más tiempo a hablar de la boda y su planificación. Se celebraría en su casa de Molde, ella quería que fuera en la isla de Hjertøya, y así sería, yo quería una boda lo más reducida posible, sólo con la familia, ella accedió, a condición de que luego hiciéramos una fiesta con todos nuestros conocidos.

Llamé a mi padre para decirle que iba a casarme. Yo seguía atrapado en sus garras, no pasaba un solo día sin que pensara en él, y temía esa conversación desde hacía tiempo. Se había divorciado y mudado al este, pero lo encontré en casa de la abuela.

–Tengo una buena noticia, papá –le dije.

–¿Ah, sí?

–Me voy a casar.

–¿De verdad? ¿No eres un poco joven para eso?

–No. Quiero casarme. Tú sólo tenías veinte años cuando te casaste.

–Eran otros tiempos. Tuve que casarme de penalti, ¿sabes?

–La boda será en Molde este verano. Y quiero que vengas, claro.

–Sí, me las arreglaré para ir. A ver si podemos ir en coche la abuela y yo.  
¿Cómo se llama la chica con la que te vas a casar?

–Se llama Tonje.

–Así que Tonje. Muy bien, chico. Pero ahora tengo que irme.

–Hasta pronto.

–Adiós.

Me inquietaba la presencia de mi padre en la boda, tanto porque bebía demasiado, como porque sería la primera vez que lo vería junto a mi madre desde que tenía dieciséis años. Yo me iba a casar, él era mi padre, eso era importante. En ese contexto era menos importante que la familia de Tonje viera cómo era, o que incluso diera un escándalo.

También era importante que Tonje lo conociera. Le había contado muchas

cosas, pero era distinto verlo en persona. Todo lo que le había contado tendría entonces más sentido.

A los pocos días Tore dijo que se iba a mudar a Oslo, quería estar allí cuando saliera el libro, allí era donde ocurrían las cosas. Inger se iba con él, claro, si no, no se hubiera ido; Tore no podía estar solo.

–¿Qué pasará entonces con la banda? –le pregunté–. ¿Ahora que empieza a despegar? ¡No hace falta que te mudes porque vayas a debutar!

–Llevamos tanto tiempo viviendo en Bergen que tengo la sensación de haber vaciado esta ciudad –dijo.

–¡Y eso lo dices tú! –exclamé–. ¡Yo llevo siete años viviendo aquí, joder!

–Lo dices como si alguien te obligara a ello. ¡Coge a Tonje y múdate a Oslo tú también!

–Jamás lo haré. Hay mucho que criticar de Bergen, y quizá no pasen muchas cosas aquí, pero al menos no es el centro.

–¡Justo, en el centro es donde ocurren las cosas!

–Sí, y no quiero estar allí.

–¿Vas a quedarte aquí, como un incomprendido genio de la periferia?

–Genio..., lo que se dice genio... Pero tú vete, el cementerio está lleno de personas irremplazables, como decía Einar Førde.

–¿A ti qué te pasa hoy?

–Hablo en serio. Ahora que íbamos por el buen camino con la banda.

Tore abrió los brazos.

–Así es la vida –dijo–. No puedo estar aquí de brazos caídos sólo porque tú quieras.

–No, en eso tienes razón.

Entregó el trabajo de la universidad, me dio el manuscrito del libro, que en un principio estaba listo para su publicación, lo leí, le hice un par de comentarios que él me agradeció, aunque no los tuvo en cuenta, y un día me despedí de ellos, de Tore y de Inger, camino de su nueva casa en Oslo. Yo cruzaba a menudo las montañas para ir a ver a Espen; ahora podría ver también a Tore. Mi vida estaba en Bergen, con Tonje.

Tres semanas antes de la boda llamó mi padre. Dijo que al final no podían ir. La abuela estaba mal, era un viaje largo, y él no podía responsabilizarse de ella.



–De modo que no puede ser, Karl Ove –dijo.

–¡Pero me voy a *casar*!

–No puede ser, tienes que comprenderlo. La abuela está delicada, y... Bueno, no podemos hacer un viaje tan largo ahora.

–¡Eres mi padre! –exclamé–. ¡Soy tu hijo! Me voy a casar. No puedes negarte a venir.

Me eché a llorar.

–Sí que puedo –dijo–. No iré, y basta.

–Entonces vas a ser como tus padres –dije–. Ellos no fueron a tus bodas. Ni a la primera ni a la segunda. ¿Me vas a hacer lo mismo a mí?

–No me da la gana seguir escuchando esto –dijo, y colgó.

Lloré como nunca había llorado, totalmente superado por mis sentimientos, me quedé de pie, en medio de la habitación, inclinado hacia delante, mientras me recorrían oleadas de estremecimientos. No lo entendía, no tenía ni idea de que fuera tan importante para mí que él estuviera en mi boda, pero entonces constaté que sí, que era algo muy importante para mí, me puse las gafas de sol y salí a la ciudad para quitarme de encima la tristeza. Fui llorando todo el camino hasta la estación de autobuses, el sol brillaba, las calles estaban llenas de gente, yo me sentía excluido de ellos, encerrado muy dentro de mí mismo, y cuando me tranquilicé y estaba sentado en el café del Hotel Terminus, no entendía nada. Pensándolo fría y sosegadamente, me alegraba de que él no fuera a estar en la boda. Su presencia me habría inquietado, en el fondo no quería tenerlo allí, ni en la boda, ni en mi vida. Él dijo que no quería venir y yo me derrumbé.

Esto no hay quien lo entienda, pensé, agotado de tanto llorar, en medio de ese hermoso y espacioso café, casi vacío, de los años veinte, con una cafetera delante de mí en la mesa, de la que en ese instante cayó una gota sobre el mantel blanco, que la absorbió ávidamente.

A los pocos días nos fuimos a Molde. Aunque no iba a ser una boda grande, había mucho que hacer. Había que apalabrar un barco para llevar a los invitados hasta la isla, había que organizar el tema de la comida y los demás aspectos prácticos, yo tenía que escribir un discurso y aprender a bailar el vals, ésas eran las dos cosas que temía más que ninguna. Abrazaba una almohada e intentaba llevar el paso por el cuarto de estar cuando los demás se habían acostado, mientras en el tocadiscos sonaba Evert Taube y

pensaba como mi abuelo materno, que hacen falta muchas clases de personas para hacer el mundo. Mi madre me había pagado el traje, salimos un día por Bergen y encontramos uno verde oliva. El vestido de Tonje, que le encantaba, era sencillo y de color crema.

Llegó el día, fuimos al lugar donde se celebraría la ceremonia, estaba nervioso aunque pensaba que tenía todo bajo control, pero cuando me encontré fuera con Mård e Ingunn y me felicitaron, entendí que no era así, no tenía nada bajo control, porque en ese momento estaba a punto de echarme a llorar. No sabía por qué, pero empleé todas mis fuerzas en contenerme.

Cuando nos dimos el sí, los dos teníamos lágrimas en los ojos. A continuación bajamos todos andando al puerto, donde nos esperaba el barco. Nos hicieron fotos, sirvieron la comida, yo pronuncié mi discurso, Yngve, que era mi padrino, el suyo, también hablaron el padre de Tonje y mi madre. Brillaba el sol, bailamos en una tarima en el exterior del local, yo me sentía feliz y apenado a la vez, porque Tonje estaba feliz y yo no me la merecía.

Nos fuimos de luna de miel a Inglaterra, yo insistí, ella había sugerido un hotel en una playa en un país cálido, donde todo sería sencillo, yo no quería ni oír hablar de eso, razón por la que nos encontrábamos en un autobús, yendo de Londres a Cornualles, donde yo había estado cuando tenía seis años, pero no reconocía, luego, durante una semana fuimos de una a otra pequeña ciudad a lo largo de la costa, pernoctando en pequeñas y sucias habitaciones de hotel, excepto una, que era maravillosa y romántica, como Tonje deseaba, con terraza y vistas al mar, champán esperándonos a la llegada, paseos por la rocosa línea de costa, cena en el restaurante, yo con traje, ella con vestido, estábamos recién casados, los camareros lo sabían, se mostraron muy atentos con nosotros, yo me retorcí y me sonrojaba, incómodo por tanta atención, incómodo por el traje, tenía pinta de idiota, incapaz de salir de lo pequeño de la situación y de meterme en lo grande. Tonje, bella y resplandeciente, no comprendía ese aspecto de mi carácter, pero lo haría más adelante.

De vuelta en Bergen, nos fuimos a vivir a un piso nuevo, situado a las afueras de Sandviken, justo enfrente de la iglesia, constaba de una habitación alargada, que era cuarto de estar y cocina, además de un dormitorio, y al contrario que todos los demás estudios y pisos que había habitado durante los últimos siete años, era bastante lujoso. No nos lo podíamos permitir, pero lo

alquilamos de todos modos. Me sentía bien allí, y me gustaban sobre todo las vistas a la iglesia y los árboles que la rodeaban.

A finales de agosto fuimos a pasar unos días con mi madre, Yngve y yo le pintamos la casa, Kjartan vino de visita, había preparado un manuscrito, dijo, sin muchas esperanzas, tras tantos rechazos como había recibido, pero de todos modos pensaba enviárselo a la editorial Oktober. ¿Qué me parecía a mí?

Envíalo, es increíblemente bueno.

Kjartan era escritor. Espen era escritor. Tore era escritor. Pero yo no era escritor, era estudiante, eso lo había aceptado, y centré todas mis fuerzas en los estudios. Iba a la biblioteca de la facultad temprano por la mañana, asistía a todas las clases, volvía a la biblioteca a estudiar hasta por la noche. Me gustaba la asignatura, sobre todo las clases, de las que una gran parte consistía en ver diapositivas de los mejores edificios, esculturas y pinturas existentes. Todo lo que anteriormente había encontrado difícil e impenetrable cuando con veinte años intenté entender la teoría *hardcore*, me resultaba ahora comprensible y carente de problemas, lo que era curioso, porque no había leído nada de teoría desde entonces, yo estaba allí para estudiar, y eso era lo que hacía.

Publicaron el libro de Tore, recibió buenas críticas, lo invitaron a formar parte de la redacción de la revista cultural *Vagant*, a la que de repente pertenecían mis dos mejores amigos. Tonje seguía trabajando en la radio, los fines de semana íbamos a ver a su madre o a la familia de su hermano, nos quedábamos en casa viendo la televisión o salíamos con amigos. Las cosas se habían consolidado, la vida estaba bien, y en cuanto hiciera los dos exámenes que necesitaba y empezara la tesina, se arreglaría la parte que tenía que ver con trabajo y carrera. Además, a pesar de saber que no debía hacerlo, hice un último y desesperado intento de volver a escribir, no creía ya que pudiera conseguirlo, pero lo hice por amor propio. Nada de nuevos relatos, tenía que ser novela. Trataba del barco de esclavos *Fredensborg*, que había naufragado en la costa de Tromøya en el siglo XVIII, y que fue encontrado cuando yo era pequeño por el director de mi colegio, entre otros. Era una historia que siempre había llevado conmigo, que siempre me había fascinado, sobre todo después de haber visto los objetos del naufragio expuestos en el museo de Aust Agder, el mundo y la historia recogidos en un punto muy cerca de

donde pasé mi infancia, y empecé a escribir la historia. Avanzaba lentamente, había muchas cosas que no sabía, por ejemplo, cómo era la vida cotidiana hace casi trescientos años, no tenía ni idea, tampoco de lo que hacían, qué herramientas usaban o cómo se llamaban cosas como las velas o los mástiles, por ejemplo, lo que significaba que no tenía ninguna libertad. Podía describir el campo y el cielo, pero eso era poco para servir de base de una novela. ¿Sus pensamientos? Sí, ¿pero en qué pensaba un marinero del siglo XVIII?

No me daba por vencido, seguía luchando, cogía libros de la biblioteca de la universidad, escribía una o dos frases antes de volver de la biblioteca por las noches y durante algunas horas los domingos por la mañana. No me salía bien, pero antes o después yo también lo lograría, como lo había logrado Kjartan: Oktober había aceptado su poemario, saldría el otoño siguiente. Después de veinte años escribiendo poemas, por fin había llegado donde debía estar, yo me alegré enormemente por él, porque había dejado el trabajo y los estudios, de modo que la escritura era lo único que le quedaba.

Entrado el otoño recibí una llamada telefónica de Yngve desde Balestrand. Lo había llamado Gunnar, mi padre había desaparecido.

–¿Desaparecido?

–Sí. No va a trabajar, no está en su casa, ni con la abuela, ni con Erling.

–Entonces se habrá ido al sur de Europa o algo así, ¿no crees?

–Lo dudo. Le habrá pasado algo. La policía lo está buscando. Quiero decir que se ha dado parte a la policía de su desaparición.

–Joder. ¿Crees que estará muerto?

–No.

Unos días más tarde me volvió a llamar.

–Papá ha aparecido.

–¿Ah, sí? ¿Dónde?

–En un hospital. Está paralítico. No puede andar.

–¿Estás de coña? ¿De verdad?

–Eso me han contado. Pero seguramente no es permanente, sino algo relacionado con el alcohol.

–¿Y qué pasará ahora?

–Van a ingresarlo en una especie de clínica de desintoxicación.

Llamé a mi madre para contárselo. Me pidió el nombre de la clínica, dije que no lo sabía, pero que seguro que Yngve lo tenía.

–¿Para qué quieres saberlo? –le pregunté.  
–Pensé que podía enviarle un pequeño saludo.

Llegó el día del examen, escribí sobre estatuas griegas, me salió bien, en el oral dijeron que no importaba lo que hiciera, no podían mejorarme la nota que había sacado en el escrito. Seguí con Filosofía e hice Estética Filosófica aparte, estuve leyendo la *Crítica de la razón pura* de Kant toda la Semana Santa, Tonje solicitó el ingreso en la rama de estudios radiofónicos del Colegio Universitario de Volda, Tore llamó y dijo que iba a editar una antología y que le gustaría que participara en ella. Pero no tengo nada, dije. Entonces tendrás que escribir algo nuevo. Tienes que participar. Repasé lo poco que tenía, no había nada que valiera la pena, excepto quizá parte de un pasaje de esa novela que ya estaba casi terminada. El barco *Fredensborg* navega entre Mærdø y Tromøya un día del siglo XVIII, viene de Copenhague, va a África a por esclavos, uno de los tripulantes está mirando hacia la tierra, donde hay una mujer que saca agua del pozo con un cubo, él mira la casa, que está medio en ruinas. Las moscas zumban alrededor de la mujer. En la casa hay un hombre en una especie de estado de coma, cada vez pasa más tiempo dormido, todo se marchita a su alrededor, al final es como si el sueño se cerrara en torno a él, encapsulándolo, y ella, que ha luchado contra todo, queda liberada. Convertí ese pasaje en relato, lo llamé «Sueño» y se lo envié a Tore.

Ya entrada la primavera llamó Eivind Røssaak, se había convertido en jefe de cultura del *Klassekampen*, y me preguntó si quería escribir reseñas de libros para ellos. Dije que sí. Llegó el examen, escribí cincuenta páginas sobre el fenómeno de la mimesis, todo un librito, y se lo entregué a los vigilantes antes de irme a casa. Las notas fueron tan buenas que resultaba obsceno, me iba habituando cada vez más a la idea de que, al fin y al cabo, acabaría siendo un académico.

A Tonje la habían aceptado en Volda, adonde se mudaría, mientras yo seguiría en Bergen para hacer la tesina del grado superior, y luego iría a vivir con ella el último año. Tore había aceptado el relato, la antología había salido, pasó inadvertida para todo el mundo, pero trajo consigo algo positivo, porque Geir Gulliksen llamó un día para preguntarme si iba a ir a Oslo

próximamente, si así fuera, le gustaría que pasara a verlo para que habláramos de mí y de lo que escribía.

De hecho sí iba a ir por allí, dije mintiéndole, y concertamos una cita.

En Oslo me alojé como siempre en casa de Espen. Ahora Tore también estaba en la ciudad, quedamos los tres, por la mañana fuimos en bicicleta a ver la morbosa capilla de Vigeland, y por la noche volvimos a quedar para ir a una cena. Era una cena de *Vagant*, iban a asistir todos los que trabajaban en la revista, Kristine Næss, Ingvild Burkey, Henning Hagerup, Bjørn Aagenæs, Espen, Tore... yo. Me habían pedido que hiciera una entrevista a Rune Christiansen, que tendría lugar al día siguiente, de modo que por un fin de semana era una especie de miembro asociado de la redacción. La cena era en casa de Kristine Næss, estábamos sentados en la intimidad en torno a una pequeña mesa, mis dos mejores amigos se encontraban allí, yo formaba parte del círculo, estaba donde quería estar, pero el respeto que sentía por ellos era demasiado grande, no me atrevía a decir nada, me limitaba a escuchar. Henning Hagerup, el mejor crítico de su generación, estaba sentado a mi lado y me hizo un par de preguntas de cortesía, yo *no contesté*, no dije nada, me limité a mirar al suelo asintiendo con la cabeza, le eché una rápida mirada, él me sonrió y se volvió hacia el otro lado. Cenamos, todos hablaban, pero yo estaba mudo. No me atrevía a decir nada. En un local grande con un montón de gente no habría importado, porque nadie se habría dado cuenta, pero allí, siendo tan pocos, resultaba llamativo. Cuanto más tiempo pasaba sin que dijera nada más llamaba la atención, y cuanto más llamaba la atención, más imposible me resultaba decir algo. Me maldecía a mí mismo, retorciéndome constantemente por dentro, escuchando lo que se decía a mi alrededor, formulando por dentro algo que decir, pero sin decirlo, callándomelo. Pasó una hora, pasaron dos horas, pasaron tres horas. Llevábamos tres horas allí sentados y no había pronunciado una sola palabra. El ambiente se fue caldeando, en la mesa había cerveza, vino y coñac. Pasaron cuatro horas, pasaron cinco horas, yo no había dicho nada. Entonces surgió otro problema. Pronto tendría que irme, ¿pero cómo lo haría? Tras cinco horas no podía levantarme sin más y decir gracias por todo, ha sido muy agradable, siento tener que marcharme, eso sería imposible. Tampoco podía marcharme sin decir nada. Estaba atrapado, como lo había estado toda la noche; seguro que todo el mundo lo había notado, y tanto Espen como Tore me habían mirado

primero interrogantes, luego preocupados, pero yo no podía hablar en ese grupo que constaba únicamente de escritores y críticos, no tenía nada que aportar, era un idiota, un mierda muerto de vergüenza y mudo, que llegaba a Oslo de provincias creyendo que con sus feroces críticas en el *Klassekampen* y sus brillantes notas en la universidad tendría al menos *algo* que aportar, pero no era así, yo no era nadie, un cero, tan insignificante que ni siquiera era capaz de levantarme y dejar la mesa. Estaba atrapado.

Pasaron cinco horas y media, pasaron seis horas.

Entonces fui al váter. Salí a la entrada, me puse los zapatos y la chaqueta, asomé la cabeza y dije a los que seguían sentados alrededor de la mesa:

–Tengo que largarme ya. Gracias por todo. Ha sido muy agradable.

Todos gritaron que te vaya bien, un placer conocerte, cerré la puerta con cuidado detrás de mí, bajé las escaleras y al salir y notar el aire fresco posarse en mi cara, empecé a correr. Corrí todo lo que pude, crucé la calle y seguí por la manzana, el pulso me latía con fuerza, me costaba respirar, y creo que lo hice por eso, por eso corría, tenía necesidad de sentir que al fin y al cabo estaba vivo.

Hacía años que leía libros de Rune Christiansen, su poesía visual, casi de película, me atraía mucho, y los estados de ánimo que despertaba en mí constituían una especie de constante en mi vida, eran esas cosas que siempre servían de punto de referencia de lo que veía y sentía, pero sobre las que jamás meditaba. Y aunque tal vez hubiera en sus poemas una temática de lo efímero, no era terrible, como en Tor Ulven esa dureza como de hueso que a veces reventaba en la sonrisa de una calavera, ese baile alegre de los esqueletos, la risa como la única defensa contra el vacío, no, en Rune Christiansen lo efímero era más suave, bañado por la luz de la reconciliación, era óxido, otoño, puercoespines andando por un montón de hojas, podredumbre, los aviones que cortaban el cielo, lo romántico de una habitación de hotel, de la entrada de un metro, de un tren retumbando a través de un bosque.

Lo conocí un domingo en un café desierto en Lommedalen. En el bosque descendía la oscuridad mientras charlábamos con el dictáfono entre los dos sobre la mesa. Casi ningún periódico o revista escribía sobre poesía en general, y ésa iba a ser una entrevista más bien amplia, de manera que él se había preparado bien, tenía al lado unas hojas con la letra muy junta, en las

que seguramente había anotado todos los temas que pensaba abordar. Yo no era un lector experto en poesía, pero de alguna manera las preguntas tocaron algo que era importante para él, o quizá consiguió llevarlo todo hacia ese núcleo que él quería alcanzar al escribir, porque la entrevista salió bien, estuvimos hablando durante casi dos horas, y cuando me marché de allí y cogí el autobús hacia el centro, sentía que tenía todo a mi alcance, que me encontraba muy cerca de algo importante, algo que sería capaz de conseguir si me estiraba. Era una vaguedad, nada sobre lo que poder construir nada, y sin embargo sabía que allí había algo. En la niebla, en la oscuridad del bosque de abetos, en las gotas de rocío de las agujas. En las ballenas que nadaban en el mar, en el corazón que latía en el pecho. Niebla, corazón, sangre, árboles. ¿Por qué resultaban tan atractivos? ¿Qué era aquello que me tentaba con tanta fuerza y que me llenaba de un deseo tan enorme? Niebla, corazón, sangre, árboles. Ah, si lograra escribir sobre *eso*, no, no escribir sobre eso, sino conseguir convertir la escritura en eso, entonces me sentiría feliz. Entonces podría relajarme.

A la mañana siguiente tenía la reunión con Geir Gulliksen. Él trabajaba en la editorial Tiden, que tenía su sede en Operapassasjen. Me detuve delante de la puerta y me sequé las manos en los muslos, apenas podía creerme que tuviera una cita en Oslo con un editor. Bien es verdad que la había concertado a través de Tore, y no tenía nada que mostrarle, pero yo estaba allí, eso era un hecho, *tenía* una cita con él, eso nadie podía negarlo.

Cogí el ascensor y entré directamente en la recepción.

–Tengo una cita con Geir Gulliksen –dije.

En ese momento llegaba él doblando la esquina, delgado, desgarbado, sonriente, invencible. Lo reconocí por fotos suyas que había visto.

–¿Karl Ove?

–Sí.

–¡Hola!

Nos dimos la mano.

–Vamos a mi despacho –dijo.

Había allí montones de manuscritos, grandes sobres que contendrían también manuscritos, y pilas de libros.

Nos sentamos.

–El relato que nos enviaste era condenadamente bueno –dijo–. Tengo que



decírtelo.

–Gracias –dije.

–¿Estás escribiendo algo ahora? ¿O tienes algo guardado?

Negué con la cabeza.

–No, pero estoy pensando en empezar un proyecto más bien grande.

–Me encantaría leerlo.

Empezó a hacerme preguntas, qué había hecho, qué me gustaba leer. Dije que a Stig Larsson.

–Joder, *todos* los jóvenes escritores dicen Stig Larsson en este momento. Hace dos años *nadie* hablaba de él.

–Qué bien.

–Ya lo creo. ¿Lees a algún otro?

–A Tor Ulven.

–Claro –dijo con una pequeña risa. Hizo una corrección en un manuscrito. ¿Significaba eso que la entrevista había terminado?

Me levanté.

–En cuanto tenga algo, te lo mando.

–De acuerdo. Tardaré un poco en contestarte.

–Estupendo –dije.

Se levantó y me acompañó hasta la puerta, levantó la mano en señal de despedida y volvió a meterse en su despacho. Pensé que tendría muchos manuscritos importantes que leer, muchos escritores importantes a los que ver. Yo no me encontraba entre ellos, la cita se había concertado por mediación de Tore, pero había logrado meter la cabeza, ya no era sólo un nombre, sino también una cara, y él me había prometido que leería lo que le enviara.

Pasamos las navidades con el padre de Tonje en Molde. Me gustaba estar allí, era una casa grande con vistas al fiordo y las montañas detrás, en la planta baja había una piscina interior con sauna y equipo de buceo, en la primera un gran salón, y en la buhardilla una mesa de ping pong. La casa estaba siempre ordenada, todo funcionaba, por la mañana se quitaba la nieve del exterior, luego se hacían excursiones en esquí, buenas comidas, noches agradables, si en esa casa había problemas, si había secretos escondidos, yo nunca los descubrí. A mediodía solíamos ir a la ciudad, quedábamos a menudo con los amigos de Tonje, en cuya presencia nunca lograba

comportarme con naturalidad, siempre me quedaba callado y molesto, excepto cuando íbamos de bares y bebía, claro, como en Nochevieja, en que tuvimos una cena en casa del padre de Tonje con todos los amigos de ella, y de repente sentí la necesidad de charlar entrañablemente con todos ellos. Incluso la angustia del día siguiente era menos intensa estando allí, en ese entorno ordenado me sentía menos como una persona mala que como un joven yerno que se soltaba la melena en vacaciones.

A principios de enero, Tonje volvió a Volda, yo cogí el ordenador y me fui a Kristiansand, donde había alquilado una habitación en una vieja casa solariega de Andøya, administrada por la sección de cultura del ayuntamiento. El poeta Terje Dragseth era el que se ocupaba de ese arreglo. Tras haber vivido unos cuantos años en Copenhague, había vuelto a su ciudad natal, donde trabajaba con la promoción de la literatura en el ayuntamiento. Le publicaba Tiden y era considerado uno de los mejores poetas de su generación. Sus poemas eran a menudo descritos como hímnicos, yo no los había leído. Era enérgico y extrovertido, su carisma era afilado como un cuchillo. Me llevó en coche hasta la casa, que antaño se encontraba muy alejada de la ciudad, en pleno campo, pero que ahora estaba en medio de una urbanización. Me enseñó todo el edificio y dijo que lo llamara si tenía cualquier duda, se metió a trabajar un rato en su despacho, que se encontraba en el otro extremo del edificio, y del que yo podía disponer cuando quisiera, luego volvió a la ciudad y me quedé allí solo. Saqué el ordenador, acoplé las piezas y apilé los libros que me había llevado a mi lado. Dos volúmenes de *En busca del tiempo perdido*, *Sustitución*, de Tor Ulven, y *Enredo dormido*, de Tore.

La habitación era pequeña, una cama, un escritorio y un rincón que servía de cocina, pero el edificio que la rodeaba era enorme. Según tenía entendido, había pertenecido en su día al violinista Ole Bull. Por la tarde me di una vuelta por la casa, en la que los muebles, el papel de las paredes y todo lo demás estaba intacto como en un museo. Fisgoneé un poco en el despacho de Dragseth, hojeé algunos libros, volví a mi habitación y me senté delante del ordenador, pero habían sucedido demasiadas cosas ese día para poder trabajar, así que opté por llamar a Tonje; estuvimos hablando una hora y luego me acosté.

Me desperté sobre las once, desayuné, encendí el ordenador y me senté.

¿Sobre qué iba a escribir?

No tenía ni idea.

Abrí algunos de los archivos para ver si había algo que pudiera continuar.

Hay un tiempo para todo. Ahora está aquí, en esta casa, delante de esta ventana, con una fracción exacta de la naturaleza reposando en la sombría oscuridad de mayo; no puede ser de otra manera.

Los pasos en la hierba blanda, tap, tap, bajo la lluvia. La lluvia que cae sobre el campo, las ramas que gotean en su nuca cuando se detiene para abrir la verja, que gira con un suave chirrido, vuelve al poste con un golpe y la sujeta con una cuerda. Tiene las manos heladas. Se las mete en los bolsillos y sigue andando por el estrecho y encharcado camino.

La persona aparece en la tempestad de nieve, corriendo con la cabeza gacha contra el viento. Ve el movimiento desde la ventana, ve cómo la figura se vuelve cada vez más nítida en contraste con el pesado e inalterable fondo gris; la ardorosa cara enrojecida de un chico con noticias importantes y una gran responsabilidad. Sabe de qué se trata, ha oído el tiro unos minutos antes. Sintió tal desazón que le entró la duda y pensó que podía haber sido un trueno; en lugar de salir al temporal y subir al cerro para investigar el asunto, puso otro leño en la chimenea y se sentó en el sillón delante de la ventana, todavía con la cabeza embotada por el sueño. Pero ahora tenía que salir, el chico daba golpes en la puerta gritando su nombre.

Todas las noches lo mismo. En un andamio muy alto, con una barra de hierro en la mano. Las calles de la ciudad vertiginosamente lejos allí abajo. Una sirena en alguna parte. El repentino sonido de metal contra muro. Alguien que grita. Me acerco a la barandilla. Una de las grúas se aproxima oscilando sobre el tejado. El contenedor que cuelga de las cadenas se mece lentamente hacia los lados. Como una presa, pienso. Me doy la vuelta, meto la barra en la cerradura con un chasquido. Qué satisfacción proporciona. Agarrar la barandilla. Los dedos en el guante, la tela basta en contacto con la piel de los dedos. Sé que el metal está frío, que lo notaré si sigo agarrado. Pero me meto por debajo, voy andando por las tablas del andamio. Me echo el casco un poco hacia atrás, me quito un guante, me rasco el pelo. Noto el repentino frío en la frente sudada. Da la sensación de que lo helado viene de dentro. Uno de los obreros mayores está junto a la barandilla, mirando hacia fuera. Me acerco. No dice nada. Miramos la ciudad. El sol está casi blanco en el duro cielo azul. Aporta mucha precisión a lo que estamos viendo, pienso. Los montones de hielo brillan al sol. Me entran ganas de decirle algo al hombre. La sombra de la manzana sobre la que nos encontramos se extiende por la acera, dibujando una línea de separación muy clara. El arco suave del puente de hormigón sobre el fiordo helado. El humo que sube de las chimeneas de los tejados, casi invisible, no más que una ola en el aire, un tono algo más oscuro. Calor. Y los tranquilos e hidráulicos movimientos de la grúa. No digo nada, nunca digo nada.

No podía ver más allá de los cerros a veinte metros de la casa, con el grupo de serbales y la valla que marcaba el límite con la granja vecina deteriorada en la parte de arriba. El paisaje, el fiordo y la montaña escarpada al otro lado estaban difuminados en una niebla pesada y gris. Entreabrí la ventana. El zumbido del arroyo en crecida constante era cada vez más fuerte. Las profundas huellas de las ruedas del tractor en el campo estaban llenas de una turbia y grisácea agua de lluvia. Pensé en el sonido infernal. A cada vuelta de las ruedas, el tractor se iba hundiendo cada vez más, el ruido había aumentado en volumen, agresividad y fuerza; un aviso de impaciencia, de actividad posterior y esa acérrima fe en que todos los problemas tienen solución. Luego se hizo el silencio. El vecino se bajó del tractor con sus botas altas y su chubasquero amarillo, se quedó un rato mirando el tractor y luego siguió las huellas hacia atrás. Subió la ladera, atravesó la zona de groselleros rojos, y la valla, aplastada sin piedad por el tractor, desapareció de la vista de los que estábamos en la ventana siguiéndolo todo. Al cabo de un rato oímos el ruido de otro tractor que subía por el camino de grava y se metía a saltos en el campo labrado; el vecino iba en el estribo agarrado al marco de la puerta, otro vecino iba sentado en la cabina. El abuelo permanecía junto a la ventana mientras ellos enganchaban la cadena entre ambos tractores y arrancaban cada uno su motor, viendo el humo negro que salía a chorros de los tubos de escape al forzar los motores, el tractor que se movía hacia los lados, hasta que al cabo de unos minutos era sacado hasta tierra firme y el otro vecino pudo dar marcha atrás. Miraba con cara inexpresiva, yo era incapaz de leer algún pensamiento en ella y tampoco podía preguntar. Dos días antes, la primera tarde que pasé allí, el abuelo había mencionado, en plan confidencial, los planes de Kjartan sobre lo que él seguía llamando el pantano, y lo que pensaba hacer con él ese año. Después de estar observando la actividad que tenía lugar delante de su ventana, en la que nosotros no participábamos –¿por qué no venía el vecino a pedir ayuda? ¿Por qué no usaba nuestro teléfono, que estaba justo en la entrada? Podría haberlo usado para llamar ¿no?–, pensé que sus comentarios referentes a la manera en la que Kjartan llevaba la granja no eran el resultado de una malicia calculada, como creí al principio, tampoco de una incipiente senilidad, como si se hubiese olvidado de la situación, no, se trataba de una pérdida tan grande que no soportaba aceptarla, tenía que hacer como si todo fuera como antes, crear lo que ocurría cada día ahí fuera, proporcionar una explicación que le resultara aceptable. ¿Estás seguro de que podemos permitirnos el lujo de contratar a tanta gente?, le preguntó a Kjartan más tarde ese mismo día, cuando estábamos sentados en el cuarto de estar tomando café y gofres. Bebió la tibia mezcla de nata y café a partes iguales y chupó un terrón de azúcar, mientras esperaba la respuesta. Miré a Kjartan. No parecía tener intención de contestar, seguía masticando, pero no de un modo tan convincente como para no darme cuenta de que estaba conteniéndose para no saltar. Era un asunto que ya llevaba algún tiempo en marcha. Pero tú tienes otros ingresos, claro, dijo el abuelo, con eso se dio por satisfecho. Yo no sabía qué decir, seguimos comiendo en silencio. No había nada que preguntar, nada de que hablar.

Quitó la tapadera de la cacerola. Círculos de grasa flotaban en la superficie, un par de salchichas ya se habían reventado. Retiré la olla y encontré unas pinzas de madera en el cajón. En el reloj de la pared vi que eran casi las doce. Aunque la tierra estaba arrendada

y toda explotación agrícola había cesado hacía muchos años, seguían respetando los horarios de antes: desayuno a las seis, comida a las doce, merienda a las cinco, cena a las nueve. Costumbres relacionadas con el trabajo. Así se llevaba haciendo por esos lares desde hacía cientos de años. Y obedecía a una razón. Esa rabia que yo a veces sentía cuando se sentaban a comer a las doce en punto era completamente injusta, no podía uno irritarse por algo así. Y sin embargo sí, podía. ¿Qué clase de vida era ésa? ¿Madrugar tantísimo para luego estar sentada toda la mañana en un sillón, como hacía ella, o tumbado todo el día en el sofá, como hacía él, con la radio a un volumen tan alto que las voces se distorsionaban? ¿Qué vida era ésa? ¿Vivir así, día tras día, como si estuvieran esperando algo, y mientras esperaban ir a la cocina a comer antes de volver a salir para continuar? Todo eso estaba profundamente arraigado en ellos, casi como un instinto, en el que cualquier pequeña alteración podía causar conmociones que se difundían y se volvían al parecer insoportables, quizá incluso peligrosas.

Saqué los panes del horno, apagué la cocina y puse las salchichas en una fuente, luego fui al cuarto de estar y dije que la comida estaba lista. El abuelo estaba como siempre tumbado en el sofá, vestido con traje negro, corbata y una camisa llena de manchas, no muy blanca. Eché una mirada al televisor y a la imagen de unos niños desaliñados y mojados por la lluvia, andando en fila por una carretera de alguna parte de Noruega, gritando hurra esporádicamente y sin mucho entusiasmo, lo apagué con el mando a distancia y me incliné ante el sillón en el que estaba sentada la abuela. También ella llevaba ropa de fiesta, un vestido azul con bordados blancos y un broche en el pecho. Del cuello le colgaba una larga tira de papel de cocina.

Eso era todo lo que tenía. Un trabajo de dos años. Me sabía las frases de memoria. Había sido una labor increíblemente dura. Y la alegría que sentía ante formulaciones como «la cabeza gacha contra el viento», «tap, tap, bajo la lluvia», pero eso no era algo que se pudiera continuar, todo lo que tenía se paraba ahí.

¿Sobre qué iba a escribir?

Apagué el ordenador, me vestí, salí, fui a la parada que había al lado de la carretera principal, y cogí el autobús para la ciudad. Era más pequeña de lo que recordaba, y más estrechamente relacionada con el paisaje, sobre todo con el mar, que discurría pesadamente más allá de las calles. Recorrí un par de veces Marken, la calle principal, había poca gente, pero el ambiente era jovial, la gente se saludaba o se paraba a charlar. El cielo era gris, y eso también era cotidiano, pensé, sólo uno de un sinfín de días que allí nacían y morían. La gente a mi alrededor estaba en medio de su vida, en medio de lo más profundo de su existencia. Era como si yo quedara fuera, no pertenecía a ese lugar, para mí era un lugar, y la pertenencia se volvía mística. ¿En qué

consistía en realidad? No se trataba del lugar en sí, porque no era más que unas casas y unos peñascos junto al mar, sino de aquello en lo que lo convertían, el significado que le daban.

Todo entretejido de recuerdos, todo coloreado por la mente. Luego, a través de ese capullo que son nuestras vidas, el tiempo fluye. En un tiempo teníamos diecisiete años, en otro treinta y cinco, en otro cincuenta y cuatro. ¿Recordábamos ese día? ¿El 9 de enero de 1997, cuando fuimos a hacer la compra a Rema 1000, salimos con una bolsa en cada mano, volvimos al coche, dejamos las bolsas en el suelo, abrimos con la llave, colocamos las bolsas en el asiento de atrás y nos subimos en él? ¿Bajo el cielo oscureciendo, muy cerca del mar, y con el bosque negro y desnudo justo detrás?

Compré unos CD y un montón de libros que estaban de oferta y podrían resultarme útiles para la escritura, pensé.

Tenía que ir a ver a mi abuela paterna, no podía estar viviendo en la ciudad y no pasar por allí, en cualquier momento podía toparme con Gunnar, por ejemplo, y le parecería extraño y tal vez también de mala educación que estuviera viviendo en la ciudad y no les hubiera dicho nada.

Pero podía esperar unos días, había ido para trabajar, eso lo entenderían. Opté por ir al café de la biblioteca, pedí un café y me puse a hojear los libros, mientras miraba de vez en cuando por la ventana. La chica que trabajaba detrás del mostrador me sonaba del instituto, pero no la conocía como para saludarla, y ella no dio muestras de reconocerme. La ciudad estaba llena de caras que en el pasado habían constituido mi existencia, pero que ahora no significaban nada más que eso.

Una joven aparcó la bicicleta fuera, con todos los movimientos necesarios y con una bonita naturalidad, meter la rueda, sacar el candado, clic, enderezarse, echar un vistazo a su alrededor, caminar hacia la puerta, quitarse la capucha del chubasquero.

Saludó a una chica que estaba sentada en una mesa detrás de mí, se sentó y empezó a hablar de Cristo, había tenido una experiencia con Cristo.

Anoté sus palabras exactas.

Aquí empezaría la novela. Justo aquí, en esta ciudad junto al mar, en este café de la biblioteca, con esta conversación sobre Cristo que había tenido lugar.

Anotaba, estaba excitado. Un joven llega a la ciudad de su infancia,

Kristiansand, escucha por casualidad una conversación en el café de la biblioteca, se encuentra con un viejo amigo del instituto, Kent, y retrocede en el tiempo.

De vuelta en mi habitación unas horas más tarde, empecé a escribir. Sobre las diez de la noche llamé a Tonje y se lo leí en voz alta. Le gustó. Seguí escribiendo. Cada vez que me estancaba o me parecía que estaba demasiado mal, me ponía a hojear uno de los libros que tenía en la mesa, sobre todo a Proust, y reforzado por esos estados de ánimo tan fantásticamente ricos y claros, podía seguir adelante. No había ninguna acción, quería entretejer lo interior con lo exterior, las vías neurales del cerebro con los barcos pesqueros del puerto, y para que el personaje principal no fuera yo, le hice emplear un lenguaje conservador, sin utilizar formas radicales, volví a escribirlo todo, en total media página, y me fui a la cama.

Cuando llegó el fin de semana tenía ya ocho páginas.

Llamé a mi abuela. ¿Eres tú?, preguntó. Le dije que estaba en la ciudad, y si podía pasar por su casa. Dijo que mi padre estaba allí y que estaría muy bien que fuera a hacerles una visita.

No veía a mi padre desde hacía casi dos años. No es que me apeteciera verlo, pero él ya sabía que yo estaba allí, y tenía que ir.

Fui andando desde la estación de autobuses, crucé el puente Lundsbroa y subí el último kilómetro hasta la casa nervioso y tenso, por momentos también angustiado, temiendo que me echara una reprimenda por no haber ido antes.

Llamé a la puerta, pasaron unos minutos, abrió la abuela.

Había cambiado. Estaba delgada y llevaba el vestido manchado y arrugado. Pero sus ojos eran los mismos. De repente resplandecientes, de repente distantes.

—Está arriba —dijo—. Me alegra que hayas venido.

La seguí escaleras arriba.

Mi padre estaba sentado en el cuarto de estar delante del televisor. Giró la cabeza cuando entré. Tenía la cara empapada de sudor.

—Voy a morir —dijo—. Tengo cáncer.

Miré al suelo. Él mentía siempre, y sobre todo, también sobre eso, pero no podía darle a entender que lo sabía, tenía que hacer como si me lo creyera.

—Es terrible —dije echándole una rápida mirada.

—Acabo de salir del hospital. Me han hecho un corte en la espalda. Si

quieres te enseño las cicatrices.

No dije nada. Él me miró.

–Tu padre se va a morir –dijo.

–Pero también puede ser que te mejores, ¿no?

–No –contestó–. Eso está descartado.

Él estaba viendo la televisión, yo me senté en el escabel. La abuela entró y se sentó en el otro sillón, colocado frente al televisor. Estuvimos mirándolo un rato.

–¿Todo bien por aquí, abuela? –le pregunté.

–Claro que sí –contestó. Por encima de su cabeza flotaba una nube de humo de tabaco.

Mi padre se levantó despacio, fue a pasos lentos a la cocina y volvió con una botella de cerveza.

Estaban sentados en lo que antes había sido el salón principal, que sólo se usaba en ocasiones solemnes.

–Estoy escribiendo un libro en la finca de Andøya –dije.

–Eso está bien, Karl Ove –dijo él.

–Sí –dije.

Miramos los tres la ancha pantalla. Una chica tocaba la flauta.

–Dicen que la hija pequeña de Erling toca muy bien la flauta –dijo la abuela.

Mi padre la miró.

–¿Por qué hablas constantemente de ella? –le preguntó–. Yo también toco bien.

Me quedé helado por dentro. Lo decía completamente en serio.

Al cabo de media hora delante del televisor me levanté y dije que tenía que irme ya.

–Saldremos a cenar una noche mientras estés aquí –dijo mi padre–. Invito yo.

–Vale –dije–. Ya os llamaré. Hasta pronto.

Ninguno me acompañó a la puerta. Me marché de allí perturbado. Cogí el autobús hasta Andøya, donde había una densa niebla posada entre las casas de la urbanización, me metí en la casa, freí tres huevos que coloqué sobre tres rebanadas de pan, me los comí de pie delante de la ventana, me senté y empecé a escribir de nuevo.



De vuelta en Bergen tres meses después, tenía sesenta páginas que envié por correo electrónico a Geir Gulliksen. Durante las dos semanas que tardó en llamarme estuve obsesionado por terribles ataques de vergüenza y espanto. Primero intenté reprimir lo que había escrito, hacer como si no existiera, pero eso no funcionó, y para poder controlar esos sentimientos tan violentos y denigrantes, una mañana intenté leerlo con sus ojos. Encendí el ordenador, abrí el documento, y apareció ante mí la página del título.

UN TIEMPO PARA TODO  
*Novela, 1997*  
De Karl Ove Knausgård

Primera parte  
*El pionero del tiempo*

Allí está la ciudad, en un lugar del mundo, con sus viviendas y tiendas, sus calles, su puerto, sus alrededores. Geografía, arquitectura, materialidad. Un lugar. A veces pienso en esa ciudad justo antes de dormirme, sigo alguna de sus calles, pasando por una casa tras otra, manzana tras manzana; me detengo tal vez delante de una fachada, dejando que mi mirada se deslice por el sinfín de detalles. El sol brilla siempre en la sucia pared de la casa pintada de blanco, lanza destellos en la puerta entreabierta de una terraza, delante de la cual se ve una jardinera color terracota, dos botellas vacías y una bolsa de plástico que el viento ha arrastrado hacia los barrotes del balcón. Una mano agarra la puerta, por unos segundos aparece un rostro, la puerta se cierra lentamente. Hay alguien allí dentro, pienso, en ese oscuro cuarto de estar, y lo mismo ocurre en toda la ciudad. Una mujer mayor levanta la cortina y mira fijamente hacia fuera, un sonido le ha llamado la atención. Es el vecino abriendo la puerta del garaje; como tantas otras veces lo ve meterse en el coche y dar marcha atrás en la entrada, entonces ella suelta la cortina y baja la cabeza para volver a concentrarse en el crucigrama que tiene delante en la mesa de la cocina. A veces enciende una de las muchas colillas que hay en los ceniceros, escribe algo. Un estudiante muy cansado está mirando fijamente la televisión con el sonido quitado y una imagen poco nítida con el brillo del sol de la mañana. Una mujer agacha la cabeza y se toca la nuca con la mano, un niño enfermo sigue con la mirada el coche que conduce, y que da vueltas y más vueltas por la pista; otro está sentado delante de un ordenador disparando a todo lo que se mueve. Nadie los ve y actúan sin pensar; ella atraviesa la cocina y abre un armario, mientras la cebolla chisporrotea en la sartén y la radio emite sonidos distorsionados. Un gato se despierta y se estira antes de salir a ver si hay comida en su plato, un bebé grita. Eso ocurre a mi alrededor, pienso, y veo que la sombra de la fila de casas bajas marca una clara separación más o menos donde están los montones de hielo y los restos de nieve, entre la acera y la calle. El semáforo pita por si un ciego quiere cruzar al otro lado. Los coches están parados con el motor en marcha,

esperando, relucientes, bonitos, hace frío y puedo inhalar la mezcla de aire fresco y templados gases de los tubos de escape al cruzar para bajar la calle Droningen con el sol brillando, como he hecho tantas otras veces en esa ciudad, por la que soy capaz de moverme con los ojos cerrados. En el dormitorio del piso de Bergen, en la habitación de los chicos en la granja de los abuelos en Sogn, incluso una noche en una habitación de hotel en la parte más al sur de África, en la región de Transvaal, me las imagino, las calles, incluso en el momento en que camino por la bonita playa de Cromer me roza esa luz, el mar; está dentro de mí, lo llevo conmigo, en la oscuridad de mi cerebro.

El claro cielo azul, el sol bajo brillando en el gran hotel, el gentío. Te acercas para tener mejor vista, te deslizas entre la gente, detrás de las barreras provisionales y las cuerdas colocadas para mantener a la gente a distancia. Cuerpos que te empujan, todos con la nuca echada hacia atrás, la cabeza ladeada y la mirada fija en la parte de arriba del edificio. Un humo entre azul y negro sale y se eleva, siguiendo las imprevisibles ráfagas del viento, luego desaparece. Más humo negro sigue llenando el aire claro. Una grúa se desliza hacia arriba, oyes el débil zumbido mezclado con los comentarios respetuosamente bajos de los espectadores. El que ha saltado es uno de los huéspedes del hotel. Escarcha sobre el asfalto delante de ti, y el cielo azul. Está limpio, aséptico, el mundo es puntual. Pero sigue saliendo humo negro. No ves ninguna llama, sólo humo. Esta catástrofe es silenciosa, igual que el dolor. Te empujan. Llega otra ambulancia, se bajan dos hombres, se apoyan en el vehículo, también ellos miran hacia arriba. El hotel ya está vacío. Sólo los bomberos, con sus máscaras y sus trajes parecidos a los de los astronautas recorren los pasillos y entran en una habitación tras otra allí arriba, por si hubiera más gente que no hubiera tenido tiempo de salir antes de asfixiarse, y que reposan como bultos en el punto donde se encontraban cuando su cuerpo ya no pudo aguantar más humo. Tiene que ser como ahogarse, piensas, pero mucho peor, porque allí hay aire cerca, muy cerca, tienen una esperanza con la que se mueren. Éste es el día de tu muerte. Vas a cenar en el restaurante del hotel, a retirarte pronto, a zapear entre los dos canales de televisión, tal vez elegir una vieja película con la que te quedas dormido. Te despiertas unas horas después, en la pantalla sólo hay nieve, la apagas, te desnudas, te metes debajo del edredón y te vuelves a dormir. Cuando te despiertas es por última vez. Para escuchar gritos y portazos, el bramido de las llamas, así vas a morir, con el humo que penetra en la habitación que ocupas impidiéndote ver, estás tremendamente desorientado, y así mueres, sentado en el suelo del cuarto de baño, con un trapo húmedo tapándote la cara. Ya ha acabado, piensas, los vivos han sido evacuados. Pero el incendio continúa. El fuego se mueve allí dentro de un modo ciego y escalofriante, prende cada vez en nuevos puntos, está descontrolado.

–Hola, Henrik.

Te vuelves hacia tu nombre y ves a Kent que te saluda, que se acerca, vestido con su largo abrigo gris y un casco blanco en una mano.

–¿Tú también haciendo pellas?

–Lo he oído esta mañana en las noticias. Pero creo que ya está controlado.

–Aún está ardiendo –dice él, levantando la cabeza.

–Dijeron que han conseguido sacar a todos.

–Es horrible –dice Kent, sonriendo.

–Lo peor es toda esta gente que viene a mirar. Qué asco –dices, sonriendo tú también, porque sientes un repentino placer por estar hablando con Kent, típico de un diecisieteañero. Ese repentino placer que puede sentir un diecisieteañero por las cosas más corrientes e indiferentes, como hablar normalmente con los de su misma edad, un placer que, si continúa, amenaza con desbordarse, la voz puede llenarse de emoción o risa, él puede echarse a reír sin parar por tonterías, entregarse a lo que embriaga y llena y perder el control, de tal modo que se ve obligado a evitar estas situaciones. Tiene que bajar la vista en lugar de mirar a otros a los ojos, reprimir un comentario en lugar de pronunciarlo en alto y escuchar las risas y la aprobación de los demás. Ya no te puedes fiar ni de ti mismo, piensas, algo te está ocurriendo. También en el sentido inverso, esas repentinas ganas de llorar se te vienen encima en las situaciones más extrañas, los ojos se te humedecen, no controlas, tienes que bajar la vista y contenerte. Como ahora, delante del hotel, cuando notas burbujear la alegría, pero te contentas con tener la mirada fijada en el humo de allí arriba, como si estuvieras enormemente interesado en ese humo y en lo que vaticina: el incendio del hotel. Más tarde las imágenes del hotel en llamas se emitirán en todo el mundo, los alemanes estarán sentados delante de la pantalla viendo imágenes del hotel, aquí ha ocurrido, ingleses, suecos, franceses, en esta ciudad, suizos y daneses, en este hotel.

Catorce personas muertas.

Desde allí el texto se traslada a Bergen, donde vivía el protagonista, se describe un episodio en el que duerme al aire libre, y cuando cruza Torgalmeningen, camino de su casa, se me ocurrió una idea estúpida, se detiene delante de una cabina telefónica, marca el número que su familia tenía cuando él era un niño, y al otro lado está él, con diez años, hablando de cómo se encuentra en ese momento.

¿Qué pensaría Geir Gulliksen?

Se había comprometido con una persona inmadura que no sólo le enviaba los textos más horripilantes y desvergonzados, sino que también estaba convencida de que se publicarían y de que otras personas podrían interesarse por ellos.

¿Cómo era posible?

¿Cómo podía yo ser tan tonto?

¿Tan engreído?

Llegó la llamada.

–Hola, soy Geir Gulliksen.

–Hola.

–¡Hola! ¡Has escrito un texto fantástico!

–¿Tú crees?

–Claro que sí. Es un texto buenísimo. Sobre todo ese pasaje en que el protagonista se llama a sí mismo, sabes... Cuando cruza la plaza. ¿Sabes a cuál me refiero?

–Sí.

–Ahí has dado con algo bueno.

–Oh, sí.

–Sigue escribiendo. Escribe más. Esto va a quedar muy bien. Quiero decir *realmente* bien. Si quieres que vaya leyendo conforme vayas teniendo más, mándamelo, mándame lo que quieras. También podría leerlo todo al final, si lo prefieres.

–Vale –dije.

–Se me ha ocurrido un pequeño detalle. Al final de esa secuencia escribes dentro del mundo, fuera del mundo, dentro del mundo, fuera del mundo. ¿Lo recuerdas?

–Sí.

–Es fantástico. Pensé que de ahí podíamos sacar un título. Un posible título. *Fuera del mundo*. Piénsatelo.

Muy animado, escribí doscientas páginas más, entre otras un largo pasaje sobre mi padre, lloraba al escribirlo, apenas podía ver la pantalla con tanta lágrima, sabía que estaba bien, que era algo completamente distinto a lo que había hecho antes.

Aquella primavera hubo una fiesta familiar en Kristiansand con motivo de la confirmación de uno de los hijos de Gunnar. Fui para allá y me presenté en casa de la abuela antes del mediodía. Mi padre estaba sentado en la cocina, grande e hinchado, con temblores en las manos y la cara brillante de sudor. Llevaba traje, camisa y corbata. En el salón estaban su hermano Erling y su familia, acompañando a la abuela.

Por primera vez en mi vida me sentí más fuerte que él, por primera vez en mi vida no había ni rastro de miedo en mí encontrándome en la misma habitación que él.

Era inofensivo.

Le pregunté si seguía con esa mujer a la que había conocido, de la que yo no sabía ni el nombre.

–No, se acabó –contestó–. Ella quería decidir dónde tengo que colocar los zapatos. Eso no funciona.

–No –dije.

–¿A ti te dejan decidirlo?

–Pues creo que sí.

–Eso está bien. No entregues tu libertad. No lo hagas nunca, Karl Ove.

–No –dije.

Bajó la vista hacia el periódico que tenía delante en la mesa. Físicamente se le veía pesado y lento, pero no su manera de ser, estaba nervioso e inquieto.

–Tendrás que ayudarme con el nudo de la corbata antes de irnos –dije–. Aún no he aprendido a hacérmelo.

–¿Quién te anuda entonces las corbatas?

–Casi siempre Yngve.

–¿Él sabe?

–Sí.

Lentamente consiguió ponerse de pie.

–Hagámoslo ya. ¿Dónde tienes la corbata?

–Aquí –dije sacándola del bolsillo.

Me la colocó alrededor del cuello. Respiraba con dificultad. Puso un extremo sobre el otro, mirándolos mientras lo hacía, y luego los tensó.

–Así –dijo.

Nuestras miradas se cruzaron, se me humedecieron los ojos, él se volvió y se sentó. Por la puerta entraba Erling, llevaba un llavero en la mano.

–¿Nos vamos, pues? No podemos llegar tarde a la iglesia.

–¿A que Karl Ove está guapo hoy? –dijo mi padre.

De verdad que lo dijo.

–Pues sí –contestó Erling con una sonrisa–. Pero ahora tenemos que irnos.

El pastor habló en el sermón sobre la oración. Dijo que Dios no era como una máquina de Coca-Cola en la que se metían monedas para que saliera una Coca-Cola. No daba crédito a mis oídos. El hombre tenía seis años de estudios de teología, y cerca de treinta años de práctica, a juzgar por su aspecto, ¿y hablaba de esa manera de lo divino?

Al acabar la misa me encontré fuera con una antigua conocida. Llevaba muchos años sin verla. Me dio un abrazo, charlamos un poco, dijo que había

atterrizado de nuevo en Kristiansand, como disculpándose un poco, como si se hubiese resignado ante fuerzas mayores que ella. Mientras hablábamos, miré a mi padre, que iba hacia el coche. Tal vez debido a toda esa gente que había allí, tal vez debido al entorno en el que no estaba acostumbrado a verlo, de repente lo vi como era en ese momento. Todo lo que solía atraer mi mirada hacia él, toda nuestra vida en común, todo lo que él había hecho, sido y dicho, lo que en suma era «papá», y que estaba en él, o en mí cuando lo miraba, con independencia de su aspecto, había desaparecido de repente. Mi padre parecía un borracho que había sido recogido y vestido por la familia para llevarlo a una fiesta.

En el coche se habló de cuál era el mejor camino para salir de allí. Mi padre dijo que había que ir a la derecha. Nadie le prestó atención y él se alteró, no paraba de decir lo del camino a la derecha, que él tenía razón y que ya verían.

Lo miraba con el alma helada. La regresión era enorme. Se comportaba como un niño pequeño. Durante todo el trayecto hasta casa de Erling estuvo lloriqueando porque no habíamos ido por el camino que él había indicado. Cuando llegamos, bajó con mucho cuidado a la gravilla y fue lentamente hacia la puerta. Durante la comida estuvo sentado como separado de los demás, completamente ajeno a las conversaciones, aunque de vez en cuando hacía algún comentario, siempre fuera de contexto. No paraba de sudar y le temblaba la mano cuando se llevaba el vaso de sidra a la boca. Después de la comida, los niños se pusieron a jugar, y se inventaron un juego que consistía en gritar el nombre de mi padre, acercarse a él y tocarle, mientras gritaban su nombre y se reían. Él no hacía nada, sólo se sobresaltaba y los miraba. Erling tuvo que decirles que lo dejaran. Durante el tiempo que estuvimos allí resonaban en mis oídos las voces infantiles y burlonas que gritaban su nombre.

Ése era un hombre que en su día había tenido la fuerza y el carisma de un rey.

No quedaba nada de él.

Y entonces, cuando todo había acabado, por fin se dirigió a mí. Entonces fue por fin capaz de decir que yo estaba guapo. Pero yo tenía veintiocho años, no ocho, ya no me hacía falta, él ya no me hacía falta.

Fuimos a casa de la abuela en dos coches, la familia de Erling y la abuela en uno, mi padre y yo en el asiento trasero del otro. Yo iba mal de tiempo,

tenía que coger un avión y mi bolsa con la ropa de diario estaba en la entrada. Al llegar a la puerta, mi padre se puso a buscar la llave. Por fin la encontró y abrió. Sonó un pitido bajo de la alarma antirrobo. Mi padre la miró.

–Tienes que marcar la clave –dije.

–Sí, pero no la recuerdo.

–Yo necesito mi bolsa ya –dije–. Está ahí mismo. ¿Crees que puedo entrar y cogerla si me doy mucha prisa?

–Inténtalo –dijo él.

Entré lo más rápido que pude. La alarma se puso a aullar inmediatamente, con un ruido estridente y penetrante. Cogí la bolsa y salí a toda prisa. Estaba seguro de que él iba a echarme la bronca, pero se limitó a mirar con ojos desesperados la caja y empezó a toquetear las teclas. Por la cuesta subía la abuela.

–¿Otra vez has hecho que se dispare la alarma? –gritó–. ¡Cuántas veces te he dicho que tienes que marcar la clave antes de entrar!

Pasó por delante de él y tecleó un número.

–No me acordaba de la clave –dijo mi padre.

–¡Pero si es sencillísima! –gritó la abuela–. ¡No hay quien pueda contigo! ¡No tienes ni idea de nada!

Miró a mi padre con ojos enfurecidos. Él se quedó parado, con los brazos caídos a los lados.

En Bergen seguí con mi novela. A mediados de mayo tenía ya unas trescientas páginas, que envié a Gulliksen. Me pidió que fuera a verlo para que pudiéramos hablar a fondo, y fui hasta Oslo, donde me quedé a dormir en casa de Espen. Cuando entré en el despacho de Gulliksen, vi mi manuscrito sobre la mesa.

Estuvo hablando de él durante más o menos diez minutos.

Luego dijo:

–¿Quieres firmar ya el contrato? Podemos hacerlo. ¿O prefieres esperar hasta que tengas la versión definitiva? Si nos damos un poco de prisa, es probable que podamos publicarlo a finales del otoño.

–¿Publicarlo? –pregunté, era algo que ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

–Claro –dijo–. Está casi acabado. Si te atropellara el tranvía al salir de aquí, tendríamos suficiente para publicarlo.

Se rió.

Fuera, con la blanca luz primaveral, andaba como en trance entre los peatones de la acera. Sólo pensar en lo que él había dicho me hacía sentirme pleno; era como si todo lo que me rodeaba estuviera muy lejos. Un tranvía pasó retumbando, un hombre gordo bajó de un taxi, por la cuesta subían dos autobuses, uno detrás de otro. No podía creermelo que fuera verdad, tenía que contármelo a mí mismo una y otra vez. Voy a debutar. Mi novela ha sido aceptada. Soy escritor. Me tambaleaba bajo la presión de la felicidad. Voy a debutar. Han aceptado mi novela. Soy escritor.

Espen abrió cuando llamé a su puerta, se dio la vuelta y se metió otra vez corriendo en su habitación, se encontraba en medio de algo. Usé su teléfono y llamé a Tonje. No estaba en casa, claro. Luego llamé a Yngve a su despacho. Le dije que la novela había sido aceptada.

—Ah, vale —dijo.

No entendía esa falta de interés en su tono de voz.

—¿No soy fantástico? —dije.

—Claro que sí —dijo—. Pero ya sabías que la iban a aceptar. Quiero decir que hace mucho que estabas en contacto con la editorial.

—No tenía ni idea. De hecho, pensaba que nunca iba a ocurrir.

—Bueno, bueno —dijo—. ¿Estuviste de marcha por Oslo o qué?

Después de colgar me quedé sentado en el sofá esperando a que Espen terminara para poder contárselo. Pero tampoco él mostró mucho interés.

—Te lo he oído decir por teléfono —dijo—. Enhorabuena.

Para él tal vez sea algo obvio, pensé. Casi todos sus conocidos eran escritores.

—¿Tú pensabas que llegaría a debutar algún día? —le pregunté.

—Pues claro —contestó—. Pero quizá no con ficción. Me imaginaba más bien una colección de ensayos o algo así.

A principios del verano vaciamos el piso y metimos todo en un almacén en las afueras de la ciudad, donde estaría hasta finales de agosto, en que nos mudaríamos a Volda. Tonje había solicitado un trabajo de verano en la sección provincial de la Radio Nacional Noruega, NRK Hordaland, no se lo habían dado, y para ganar un poco de dinero iba a trabajar en la consulta de su padre en Molde. Fuimos juntos a Jølster, a casa de mi madre, donde tenía



planeado quedarme para acabar la novela. Estando allí, Tonje llamó a la sección de la NRK en la provincia de Sogn og Fjordane, consiguió milagrosamente un trabajo, y tuvo que rechazar el puesto de secretaria. Nos quedamos allí todo el verano. Tonje se iba a la NRK por las mañanas y yo me ponía escribir, ella se paseaba por la provincia en su coche blanco de la NRK, mientras yo sudaba en una habitación tan llena de luz que apenas vislumbraba las letras en la pantalla delante de mí, ella volvía por la tarde, nos íbamos a bañar, hacíamos una barbacoa en el jardín o veíamos la televisión. Pero no avanzaba nada con la novela, estaba completamente parada, me desesperaba cada vez más y empecé a trabajar día y noche. No pensaba en otra cosa. Publicarla como estaba sería un gran error, carecía de una motivación de lo que se narraba. Un joven vuelve a su ciudad natal, alquila una habitación, se encuentra con antiguos conocidos y toda su vida se eleva, una serie de largos recuerdos, en sí buenos, ¿pero por qué se narraban? No había ningún motor narrativo. Tenía que crearlo yo. Pero ¿cómo? Obviamente, ese personaje tendría que venir de alguna parte, y en ese lugar tendría que haber ocurrido algo lo bastante desgarrador, lo bastante determinante como para que hubiera tenido que huir, a la vez que sería el motivo por el que repasaba su vida, con la intención de buscar una razón, una conexión, de intentar comprenderse a sí mismo.

En mí no había sitio para nada más que aquello. Todo lo demás lo mantenía a distancia. Una noche, Tonje dio rienda suelta a su frustración.

—¡No quiero seguir con esta clase de vida! ¡Sólo tengo veintiséis años! ¡Quiero vivir, Karl Ove! ¿Lo entiendes?

Intenté tranquilizarla, diciendo que no tenía nada que ver con ella, pero que yo tenía que escribir y que no había sitio para nada más, pero que pronto habría acabado, y que la quería, que la querría siempre. Nos vino muy bien hablar de ello, sobre todo a ella, que pudo desahogarse, aquella noche nos acercamos más el uno al otro, fue como si empezáramos de nuevo.

Unos días más tarde escribí un pasaje sobre el norte de Noruega, haciendo a Henrik Møller-Stray, que era como se llamaba el protagonista, trabajar allí de profesor. Lo coloqué en la sala de profesores hablando con los colegas, con los alumnos de los que era tutor, y en el momento de hacerlo, supe que tenía la solución a todos los problemas.

Henrik se enamora de una de sus alumnas y acaba acostándose con ella, la

chica tiene sólo trece años, él se ve obligado a huir de allí, y no tiene otro sitio adonde ir que a Kristiansand.

Encajaba perfectamente, pero no podía hacerlo, no podía dejar que se enamorara de una niña de trece años, por lo menos no podía dejar que se acostara con ella. Eso era inmoral y sería especulativo, porque mi razón para hacerlo estaba relacionada con la técnica novelística. Necesitaba un argumento con un punto en que el exceso fuera el mayor posible. Él podía matar a alguien, pero ése era un conflicto que no me interesaba. ¿Robar algo? No, tampoco. Lo que le moviera tenía que ser algo bueno, algo bonito, un enamoramiento, otra cosa no encajaba.

Pero no podía hacerlo.

Si lo hiciera, lo único de lo que se hablaría sería de la moral de la novela, y eso no me interesaba en absoluto.

Otro factor era el malestar que sentiría si escribía en esa línea, porque había en ello algo de verdad, algo que nadie debería saber nunca, y si lo escribía, entonces existiría en el mundo y no sólo dentro de mí, aunque gran parte fuera ficción.

Tonje se marchó a Molde, yo me quedé para ver a Tore, iríamos a una de las cabañas que pertenecían a mi familia a acabar de escribir el guión para una película. Trataba de un inmueble en el que se desarrollarían varias historias, la más importante sobre una mujer que oía ruidos extraños en los conductos de ventilación, los cuales, hacia el final del manuscrito y después de muchas contrariedades, resultan proceder del piso de dos hermanos que tienen allí preso a su padre, al que maltratan.

Una noche, al acabar de trabajar, le expliqué mi dilema.

–Hazlo, joder, no lo dudes. ¡Adelante! ¡Causará sensación!

Estuvimos en la cabaña cuatro días, yo saqué a relucir mi duda y mi inseguridad en varias ocasiones, él seguía en lo suyo, hazlo, adelante. Íbamos andando por la estrecha carretera de grava que atravesaba el bosque hasta el lago, donde hacíamos la compra en la pequeña tienda, un día fuimos a ver a Borghild, que se rió de nuestras cabezas afeitadas, parecéis presidiarios, dijo. Nos sirvió café y le pregunté por su infancia, contó que tuvo tuberculosis y que estuvo varios meses en un sanatorio en lo alto de un fiordo, el tratamiento consistía en tomar la mayor cantidad de sol posible, las mujeres estaban sentadas en la terraza de la primera planta, y los hombres en la de la planta baja, porque hacíamos *topless*, como se dice ahora, dijo ella con una risa

antes de contar cómo fue volver a casa, esa enfermedad se asociaba con algo vergonzoso, con el color bronceado que traía del sanatorio. Tore se quedó fascinado con Borghild, y él le cayó muy bien a ella. Tore caía bien a todo el mundo. Volvimos a la cabaña a seguir con el trabajo, mientras estábamos allí sentados, un caballo metió el hocico por la ventana, le dimos terrones de azúcar y una manzana, por la noche nos sentábamos fuera a beber y a fumar, rodeados del murmullo de la cascada en lo alto del bosque, mientras en los picos del otro lado brillaba la nieve con la luz del sol poniente.

A mediados de agosto cogí el autobús hasta Volda. Tonje fue a recibirme a la parada y subimos las cuestas hasta la casa cuya planta de arriba íbamos a alquilar, era vieja y nada lujosa, pero tenía tres habitaciones y sólo íbamos a vivir allí nosotros dos. Durante todo el año Tonje la había compartido con otra estudiante, ahora sería entera para nosotros. Éramos marido y mujer, sólo pensarlo me producía una especie de cosquilleo. Íbamos a compartir nuestras vidas para siempre, y ahora estábamos allí, en un pueblo lleno de estudiantes en medio de las montañas.

La habitación que usaba como despacho tenía vistas al fiordo y al ferry, que iba y venía casi las veinticuatro horas del día, por la noche brillaba en la oscuridad, y en el momento de encender el ordenador en el escritorio supe que en ese lugar iba a poder trabajar.

Tonje se encontraba a gusto en el Colegio Universitario, tenía muchos amigos que a veces venían a nuestra casa, pero normalmente quedaban por ahí. Yo la acompañaba a veces, pero no a menudo. Había ido allí a escribir, era mi última oportunidad, me quedaban dos años para cumplir los treinta, tenía que apostar todo para conseguirlo. A diferencia de todos los demás lugares donde había vivido, apenas tenía relación con Volda. Me levantaba por la tarde, escribía por la noche, me acostaba por la mañana, lleno de añoranza de la noche, en que podría volver a escribir. De vez en cuando bajaba en bicicleta al pequeño centro del pueblo a comprar CD o libros, pero incluso esos breves ratos los sentía como un gran sacrificio, algo que en realidad no me podía permitir. Lo que descubrí durante esos meses fue el gran poder de la rutina y la repetición. Hacía exactamente lo mismo cada día y así no necesitaba dedicarle esfuerzos, sino ahorrarlos para la propia escritura, que también recogía fuerzas de la misma fuente, porque lo que en un día eran tres páginas, en cien días eran trescientas, y en un año más de mil.

De los cigarrillos que liaba —a lo mejor veinte sentado en el mismo sitio en el transcurso de la noche— siempre caían al suelo unas cuantas hebras de tabaco, que tras medio año formarían un bonito montoncito al lado de la pata de la silla. Las letras del teclado se iban desgastando lentamente, según un sistema para mí secreto, algunas lucían claras y limpias tras medio año, otras estaban casi borradas del todo. Pero las rutinas tenían una función más: me protegían de ver desde fuera lo que escribía. Las rutinas me hacían encontrarme dentro de lo mismo día tras día. Si me salía del sistema, es decir, si iba a ver a alguien o me tomaba una cerveza por ahí con Tonje, todo se descolocaba, perdía el ritmo, descubría tanto las rutinas como lo que escribía dentro de ellas, que era ridículo y malo, ¿qué me creía yo?, ¿que alguien se interesaría por mis pensamientos infantiles e inmaduros? Si daba lugar a pensar eso, los pensamientos se reforzaban, y cuanto más se reforzaban, más difícil resultaba entrar dentro de la barrera y la tranquilidad de la rutina. Cuando llegaba a ese punto en que los pensamientos se reforzaban, decidía no volver a hacer algo así, no ver a nadie, no salir por ahí con Tonje. Luego desaparecía también la decisión, porque así era allí dentro, todo lo de fuera desaparecía. A menudo me colocaba junto al radiador de la pared del cuarto de baño y miraba por la ventana en horario de trabajo, más o menos como un gato sigue con los ojos todo lo que se mueve fuera, podía quedarme así media hora, luego volvía al escritorio y seguía escribiendo. Era una manera de hacer una pausa y descansar un poco sin perder el ritmo.

Me sentía muy feliz. Había estado diez años sin conseguir nada, y de repente, como surgido de la nada, podía escribir. Y lo que escribía era de tal calidad, comparado con lo que había hecho hasta entonces, que todas las noches me llevaba una gran sorpresa cuando releía lo que había escrito la noche anterior. Era como un éxtasis o como andar dormido en un estado en que te encuentras fuera de ti, y lo curioso con esa experiencia era que sucedía continuamente.

Tonje sabía lo importante que era para mí, ella era independiente, vivía su propia vida, tenía sus propias ambiciones, pero de vez en cuando me daba cuenta de que ella quería más de mí, de nosotros, que no era suficiente para ella, y entonces intentaba dárselo, no por mí, yo no necesitaba nada más de lo que ya tenía, sino por ella.

Un día me pidió que le prestara un rato mi ordenador, sólo media hora, necesitaba escribir algo y no le apetecía tener que ir hasta la escuela sólo por

eso. Me irrité muchísimo, pero no dije nada, claro que podía coger mi ordenador media hora, y para que se diera cuenta del sacrificio que aquello me suponía, me senté en una silla en el pasillo justo en la puerta, terriblemente impaciente.

Tonje me repetía de vez en cuando la opinión que uno de sus amigos tenía de nuestra vida en común, lo extraño que era que yo trabajara todo el tiempo y nunca saliera por ahí con ella, me lo decía, claro está, porque ella también opinaba lo mismo, a mí, en el fondo, me sentaba mal. ¿Qué tenía ese tipo que ver con nuestra vida?

Una noche, en la primavera, le dolía mucho el estómago. Dijo que tenía que ir a Urgencias, le pregunté si quería que la acompañara, dijo que no, yo seguí escribiendo, desde la ventana del cuarto de estar la vi subir la cuesta inclinada hacia delante, y pensé que era muy generoso por su parte dejar que me quedara escribiendo en lugar de acompañarla a Urgencias. A mí no me importaba hacer ese tipo de cosas sin que me acompañara, no tenía ninguna idea sentimental al respecto, y me alegraba que a ella le ocurriera lo mismo.

Dos o tres horas más tarde llamó por teléfono, la habían hecho ingresar en el hospital, no sabían qué tenía e iban a hacerle una pequeña intervención para averiguarlo.

—¿Quieres que vaya?

—Sí, si puedes.

Cuando llegué estaba acostada en la cama, su sonrisa era indulgente y su expresión como de disculpa, el dolor había desaparecido, no sería nada.

Al día siguiente volví a verla, no le habían encontrado nada, era un misterio. Yo me iba a Oslo para una última revisión del manuscrito, tenía los billetes de avión comprados desde hacía tiempo, de manera que tendría que arreglárselas sola para ir a casa, no era un problema, tenía varios amigos que podían hacerle la compra si era necesario.

En mayo revisé el manuscrito por última vez, todo lo que hiciera falta hacer tendría que hacerse ya, de manera que cuando llegó el 17 de mayo y Tonje me preguntó si quería acompañarla primero a desayunar a casa de unos amigos, luego al pueblo a ver el desfile, y a continuación al pub a tomar unas cervezas, le dije que no podía, que el manuscrito urgía, que no podía perder un día entero, y además ¡habrá allí un montón de conocidos tuyos!

Se marchó vestida con su chaqueta marinera, estaba guapísima, pensé al verla desde la ventana antes de sentarme al sol en la terraza y empezar a

releer el manuscrito con el bolígrafo en la mano. Al cabo de un rato entré en casa a comer algo y seguí leyendo hasta que sonó el teléfono. Era Tonje.

–Te echo mucho de menos –dijo–. ¿Por qué no vienes? Estoy muy a gusto, pero estaría aún mejor si tú vinieras. Todos se preguntan si lo nuestro va mal, al no verte aquí.

–Venga ya –dije–. Sabes que tengo que trabajar. No puede ser. Lo entiendes, ¿verdad?

Claro que lo entendía.

Colgamos.

Me quedé mirando el fiordo.

¿Qué diablos estaba haciendo?

¿Era un idiota integral o qué?

¿Iba a estar ella sola con su chaqueta marinera el 17 de mayo?

Me puse a toda prisa la chaqueta y los zapatos y subí la cuesta corriendo. Cuando empecé a caminar por la calle, vi a Tonje. Iba andando despacio y con la cabeza baja.

¿Estaba llorando?

Sí, estaba llorando.

Ah, Tonje.

Me acerqué corriendo a ella y la abracé.

–No te preocupes por mí –dijo–. No sé lo que me está pasando.

Lo último lo dijo sonriendo.

Volvimos a bajar al pueblo, al restaurante donde estaban reunidos sus amigos, y luego a la hostería, donde nos emborrachamos como suele ser costumbre en el día de la fiesta nacional. Estando allí sentados le dije que mi novela saldría en la portada del *Dagbladet*. Tonje me miró. ¿Nos apostamos algo?, le pregunté. Sí, contestó. Un viaje a París. Si ganas tú, me llevas tú, si gano yo, te llevo yo.

Esa noche volvimos a casa muy acaramelados. Ella me habló de cómo le estaba afectando nuestra situación, yo dije que pronto habría acabado, ya sólo faltaba un mes, y entonces todo sería distinto.

–Lo peor de todo es que te creo –dijo Tonje.

La noche que Inglaterra jugó contra Argentina en el Mundial de Fútbol, una empresa de mudanzas vino a recoger nuestras cosas. Nosotros fuimos en avión a Bergen y al día siguiente estábamos en la puerta del nuevo piso para

recibir el camión. Habíamos respondido a un anuncio del periódico, Tonje había contestado explicando quiénes éramos, y la dueña, una anciana, nos aceptó; nos cobraría poquísimo aunque el piso era grande, al menos según nuestro criterio.

Sonó el móvil, era el conductor del camión, dijo que se encontraba al final de la cuesta y que no conseguía salir de allí. Bajamos corriendo.

—Es imposible —dijo rascándose la mejilla—. Tendré que dejaros las cosas aquí.

—¿Aquí? ¿En mitad de la calle? —le pregunté.

Asintió con un gesto de la cabeza.

—¡Pero eso no puede ser! —exclamé, casi gritando—. Te hemos pagado por hacernos la mudanza. ¡Tienes que llevar las cosas hasta el piso!

—No soy capaz de subir la cuesta —dijo—. Puedo prestaros una carretilla si prometéis devolverla.

Me di por vencido y le ayudé a descargar todos los muebles y cajas. La carga entera medía lo mismo que un hombre, llamé a Eirik, que era el único conocido que había en la ciudad en ese momento, pero él no podía, así que no nos quedó otro remedio que ponernos manos a la obra.

La gente que pasaba miraba sorprendida el montón de la mudanza. Había algo que no cuadraba, pensé mientras cargaba tres cajas en la carretilla y empezaba a empujarla cuesta arriba. Aquello tenía un aspecto obscuro, desnudo, desprotegido. Una cama de día en la calle. Nuestra cama en la calle. Un sofá, un sillón, una lámpara. Cuadros. Escritorio. Todo brillando al sol, en contraste con el asfalto seco y gris.

Los días siguientes pintamos el piso y cuando por fin logramos colocar los muebles y el resto de los enseres, nos sentíamos felices. Teníamos la sensación de que era nuestra primera casa de verdad, ya no éramos estudiantes, el futuro empezaba allí. Tonje había conseguido trabajo en la NRK Hordaland, mi novela estaba terminada, lo único que faltaba era la corrección de pruebas. Y la portada. Me fui a Stavanger a ayudar a Yngve con el diseño de la misma. Me llevé fotos de zepelines, desde el principio pensaba que eso quedaría bien, porque el ambiente que buscaba en la novela, esa sensación abrumadora de todo lo que se ha perdido, todo el tiempo y todas las épocas, había pocas cosas que lo expresaran mejor que un dirigible, esa ballena del aire, ese Moby Dick del progreso, tan hermosa y extraña que

hacía daño. Como alternativa, me llevé un libro que en una ocasión me había regalado mi padre, trataba del universo, nada de fotos, sólo dibujos. Era de principios de la década de los cincuenta, aún no existían los viajes espaciales, aunque en esa época ya se especulaba sobre ellos; había dibujos de trajes, así vestiría tal vez el primer astronauta. Había dibujos de cohetes, de casas en planetas desiertos, de vehículos lunares. Todo con ese estilo tan típico de los cincuenta, el optimismo norteamericano, como publicitario. Un padre con su hijo señalando un cielo estrellado. Futuro, aventura, el universo entero abierto a los seres humanos. Las portadas que diseñaron Yngve y Asbjørn con zepelines y dibujos de los cincuenta eran estupendas, pero no lo bastante precisas con respecto a la novela. Probaban constantemente nuevas variantes, yo empezaba a aceptar la situación cuando Asbjørn nos enseñó de repente una revista con unas fotos de Jock Sturges, un fotógrafo norteamericano. Una de ellas mostraba a una chica de unos doce años que estaba desnuda y de espaldas, y cuando la vimos, lo tuvimos claro. De eso trataba en el fondo la novela. No del tiempo que se ha perdido, sino del deseo que siente el protagonista por una chica de trece años.

De vuelta en casa me pasaba el tiempo leyendo periódicos y viendo la televisión, de vez en cuando me sentaba en la terraza de Verftet a tomar café, con un libro entre las manos, mientras Tonje trabajaba. Estaba fuera de mí porque las rutinas ya no me aportaban nada, no eran más que rutinas y los días dentro de ellas estaban vacíos. Yngve y Asbjørn vivían en Stavanger, Espen y Tore en Oslo, Hans y casi todos mis otros conocidos también se habían mudado a la capital. En Bergen ya sólo quedaban unos pocos. Sabía que estaba Ole, se había divorciado y había vuelto, lo llamé y quedamos para tomar una cerveza. Eirik, a quien había conocido en la Radio del Estudiante estaba trabajando en su tesis doctoral de Literatura, un día me fui en bici hasta su despacho de la facultad y tomamos un café en la cafetería.

Cuando volví a casa llamó mi madre. Borghild había muerto. No había estado enferma, no había tenido dolores, murió mientras dormía. Hacía un año que no la veía, subí en bicicleta desde casa de mi madre a verla, estuvimos sentados en la terraza y yo le pregunté por la vida en la granja antiguamente. Apunté en un cuaderno lo que dijo; lo que para ella eran recuerdos, para mí era historia. Resultaba inconcebible lo diferente que era aquel mundo de éste. Borghild pertenecía a los dos, pero ahora había muerto, y noté lo triste que estaba mi madre. Quedamos en que yo iría al entierro.



Tonje trabajaba y no podía acompañarme, pero yo hice la maleta la noche antes, me duché por la mañana, desayuné y estaba a punto de ir a la estación de autobuses cuando sonó el teléfono. Era Yngve. Dijo que nuestro padre había muerto.

Cuatro días más tarde estaba en Kristiansand saliendo de la capilla, después de haber visto por segunda vez a mi padre, o lo que había sido y que ahora no era más que un cuerpo con sus rasgos. El cielo estaba luminoso, pero nublado. Una fila continua de coches pasaba a mi lado por la calle. Me resultó horrible verlo, sobre todo por lo que había cambiado en esos pocos días que habían transcurrido desde la última vez que lo vi. La piel se había puesto más amarilla, estaba como más hundida. Él se estaba yendo a la tierra, algo tiraba de él con mucha fuerza. Crucé la pasarela, por debajo se deslizaban los coches, era como si el ruido de los motores se me metiera dentro, encendí un cigarrillo y miré la parte de arriba de los edificios que tenía delante. Expresaban algo con sólo estar allí, lo que decían no era humano, no era vivo, pero sí era una declaración. La casa del otro lado de la calle, que quizá datara de los años treinta, decía algo distinto, y lo mismo pasaba en toda la ciudad, en todas las ciudades. Una mueca bajo el cielo, por la que entraba y salía la gente.

¿De dónde diablos había salido la sangre?

Cuando íbamos a verlo por primera vez, el hombre de la funeraria nos advirtió, había mucha sangre, dijo, puede causar mucha impresión. Naturalmente lo habían lavado, pero no habían conseguido quitarla, era como si la sangre le hubiese penetrado en la piel. Y tenía la nariz rota. Pero en el cuarto donde lo encontraron no se veía nada de sangre. ¿Podría ser que los dolores fueran tan fuertes que se hubiera levantado y caído, por ejemplo contra la piedra de la chimenea, rompiéndose la nariz, y que luego, antes de morir, hubiera conseguido volver a sentarse en el sillón donde lo encontraron? ¿O se habría roto la nariz el día de antes durante un paseo por la ciudad? ¿O fue la rotura y la sangre lo que le paró el corazón?

¿Pero dónde estaba la sangre?

Al día siguiente llamaría al médico y le preguntaría qué había ocurrido realmente el día antes de que lo encontraran.

La abuela estaba sentada junto a la mesa de la cocina cuando volví. Por un

momento se le iluminó la cara, no quería estar sola ni un segundo: cada vez que Yngve y yo nos alejábamos de la casa, ella nos seguía.

Puse la cafetera en marcha, fui al cuarto de estar y llamé a Yngve, después de cerrar la puerta de la cocina, donde ella estaba.

—¿Has hablado con el médico? —me preguntó.

—No, aún no. Pensaba hacerlo mañana.

—Bien —dijo—. Y, por lo demás, ¿cómo van por ahí las cosas?

—Hoy he cortado casi toda la hierba del jardín. O llámalo heno, si quieres. Y mañana pensaba fregar.

—¿Y el pastor?

—Es verdad. Tengo que hablar con él. Luego lo llamo. Pero creo que la funeraria se ha puesto en contacto con él.

—Sí, lo han hecho. Pero lo que tendréis que repasar es la ceremonia en sí. Él dirá algunas palabras sobre papá, así que tú tendrás que darle algunas ideas.

—¿Y qué le cuento?

—Bueno, simplemente ofrecerle una imagen de su vida. Profesor en Tromøya, activo en la política local, filatélico. Dos hijos del primer matrimonio, uno del segundo. Le gustaba..., bueno, ¿qué le gustaba?

Yo lloraba sin emitir sonido alguno.

—La pesca —dije—. Eso le gustaba.

Hubo una pausa.

—¿Te... te parece que debo decirle algo sobre el final? —le pregunté—. ¿Sobre los últimos años?

—Quizá no directamente.

—¿Algo sobre que pasó una época difícil?

—Sí, supongo que con esto basta.

—Sólo quiero que sea algo digno.

—Ya lo sé. Yo también.

—¿Cuándo vienes?

—Seguramente el mismo día del entierro. O la noche antes.

—Vale, de todas formas te llamo mañana.

—Bien.

—Adiós.

—Adiós.

Avanzada ya la tarde, la capa de nubes se disolvió, y el sol bajo lanzó su luz anaranjada sobre la ciudad, a la vez que el crepúsculo avanzaba lentamente por el campo, y pronto empezaría a subir y llenar el espacio hasta el mismo cielo, que era el último reducto de luz, allí colgaba, azul y profundo, y entonces, casi imperceptiblemente, apareció la luz de una estrella, débil como un bebé recién nacido, pero fue creciendo, cada vez más intensa, rodeada de otras luces, y pronto, el todavía luminoso cielo de una noche de verano estaba lleno de ellas.

Mientras la abuela seguía sentada en el cuarto de estar viendo la televisión, yo estaba en la terraza mirando unas veces el cielo y otras la ciudad y el mar. Pensé en ese libro de los años cincuenta que me había regalado mi padre. Él lo había leído allí, soñando con el universo como hacían los niños, pensando en lo que traería el futuro de cohetes y robots, inventos y descubrimientos. ¿Cómo se lo había pasado?

¿Cómo era él?

El verano que conoció a mi madre, cuando los dos tenían diecisiete años, es decir, en 1961, él le dijo que padecía un cáncer de testículos y que tal vez no podría tener hijos.

Era una mentira, claro está, como también mintió cuando me dijo a mí que tenía cáncer y que se iba a morir.

Pero no era una mentira decir que se iba a morir.

Acaso tampoco fue una mentira decir que no podía tener hijos. Es decir, que no quería, que sabía que no debía.

Dios mío, tenían entonces veinte años. Si eran tan inmaduros como lo era yo a esa edad, fue realmente una hazaña la suya.

Apagué el cigarrillo y entré en casa.

Sonó el teléfono.

—Cógelo tú —dijo la abuela sin mirarme. De nuevo fue como si hablara a otra persona, a alguien que no era yo, y esa otra persona sólo podía ser mi padre.

Fui al comedor y descolgué el auricular.

—Hola, soy Gunnar. ¿Qué tal vais?

—Teniendo en cuenta las circunstancias, creo que bien —contesté.

—Pues sí, es terrible, Karl Ove —dijo—. Pensábamos llevaros a la cabaña mañana. Para que os distraigáis un poco. Según las previsiones va a hacer buen tiempo. ¿Qué te parece?

–Suenan fantástico.

–Entonces quedamos en eso. Mañana por la mañana iremos a buscaros. ¡Procurad estar levantados! Lo mejor es salir pronto para aprovechar el día, ¿no te parece?

–Sí –contesté–. Sería lo mejor.

Nos acostamos los dos a la misma hora, yo bajé la escalera detrás de ella, ella se volvió en la entrada, me dio las buenas noches y desapareció dentro de su habitación, yo abrí la puerta de la mía, me senté en la cama, me tapé la cara con las manos y lloré un buen rato. En el fondo quería tumbarme en la cama con la ropa puesta y dormir, pero al día siguiente llegaría Gunnar y no quería que me encontrara desaliñado y descompuesto. Movilicé por tanto las pocas fuerzas que me quedaban, me fui al cuarto de baño, me cepillé los dientes, me lavé la cara, doblé la ropa y la coloqué sobre una silla antes de acostarme. Temía ese momento, lo peor era el instante en que cerraba los ojos estando en la casa sin poder ver nada, era como si todos los pensamientos horribles se abalanzaran sobre mí, por fin liberados, y así fue también esa noche, a la vez que me sumergí lentamente y como oscilando dentro del sueño, no muy distinto a un anzuelo en un sedal, del que la plomada tira hacia abajo, me dio tiempo a pensar antes de desaparecer del mundo.

Cuando me desperté sobre las ocho, la abuela ya estaba levantada. Llevaba el mismo vestido sucio que había llevado todos esos días, olía a rancio, y estaba ausente.

Debería haberse podido bañar y haberse puesto ropa limpia. Se debería haber tirado su colchón, y haberle procurado uno nuevo y bueno, con nueva y buena ropa de cama. Debería haber tenido comida, buena comida caliente, y debería descansar.

Yo no podía proporcionarle nada de todo eso.

–Estarán al llegar –dije.

–¿Quiénes? –preguntó, levantando la vista con el cigarrillo humeando entre los dedos.

–Gunnar y Tove –contesté–. Nos van a llevar a su cabaña hoy. ¿No te acuerdas?

–Es verdad –dijo–. Eso está bien.

–Claro que sí –dije.

Poco después de las nueve, su coche se detuvo fuera. La abuela echó un vistazo por la ventana de esa manera que yo recordaba de la infancia, se volvió hacia mí e hizo un rápido movimiento con la mano, como apartándose el pelo de la nuca.

–Es Gunnar –dijo.

–¿Bajamos entonces? –le pregunté.

–¿No van a subir?

–Van a llevarnos a la cabaña –dije.

–Es verdad –dijo ella.

La seguí escaleras abajo. Gunnar estaba en la entrada esperando. Bronceado, rubio, alto y delgado. Me miró con cariño.

–¿Cómo te va? –preguntó.

–Tirando –contesté con los ojos humedecidos–. Me vendrá muy bien salir un poco.

La abuela se puso una gabardina, y cogió un bolso que llevaba debajo del brazo cuando bajamos los escalones hasta el coche. Tove, que miraba al sol con los ojos entornados, nos saludó. Agarró a la abuela del brazo y la ayudó a subirse al coche. Yo fui hacia el otro lado y me metí.

La cabaña estaba a unos veinte kilómetros al este de la ciudad, en la costa sembrada de islas e islotes. Hacía muchos años que no iba por allí. Cuando era pequeño solíamos ir una vez al año. En aquellos tiempos, el ir allí conllevaba muchos rituales, y todo era de ensueño. Bastaba pensar en el aparcamiento, que se encontraba en un pequeño prado en el bosque, donde cada plaza tenía una matrícula pintada sobre una piedra o un trozo de madera. El abuelo se metía en su plaza, junto a una valla de piedra, bajo la sombra oscilante de las ramas de un gran roble. Abrí la puerta del coche y me bajé, el aire, que olía a tierra, hierba y flores, era tan caliente que tuve la sensación de meterme dentro de él. Reinaba un silencio absoluto, excepto por el canto de los pájaros y tal vez algunas voces dispersas o el zumbido de barcos que venía del pequeño puerto al que nos dirigíamos.

¡Aparcar el coche sobre la hierba!

Esa nevera de camping grande y cuadrada que la abuela sacaba del maletero. El musgo seco de las rendijas de la valla de piedra, todos los olores que allí se respiraban, algunos muy oscuros y mohosos, porque si levantabas una piedra, debajo podía haber humedad y montones de bichitos moviéndose por todas partes. Lo mismo pasaba en la hierba tesa, olía a seco y caliente,

pero justo debajo, cuando cavabas un poco, te encontrabas con otros olores más rebosantes y profundos, casi putrefactos.

Las abejas zumbaban por entre los escaramujos al otro lado de la valla. El aire sobre el sendero, que el sol había calentado toda la mañana, era como búnkeres de calor, habitaciones en las que entrábamos y salíamos. El olor a mar y a algas podridas se hacía más notable. Los gritos de las gaviotas.

Siempre nos llevaba a la isla el mismo patrón de barco. Los abuelos ya estaban en el muelle alcanzándole todo lo que nos íbamos a llevar a la isla, él lo colocaba todo en el fondo de la barca, nosotros nos metíamos dentro y nos sentábamos. La abuela, una mujer elegante de sesenta y pocos años que cuando el viento le removía el pelo siempre se resistía y volvía a ponerlo en su sitio, el abuelo, un hombre bien situado, unos años más joven, con pelo negro peinado hacia atrás y labios sensuales. El viejo patrón de barco, con botas y gorra de visera, una mano agarrando el acelerador del motor fuera borda y la otra reposando sobre las rodillas. Salíamos lentamente al mar, cruzábamos el estrecho, nos bajábamos en el muelle al otro lado, justo debajo de la sencilla cabaña blanca. Tanto Yngve como yo la añorábamos siempre. Allí crecían cerezos y manzanos silvestres. Te podías bañar junto al monte pelado, muy cerca de la cabaña. Desde el muelle podías pescar cangrejos. Había una yola tipo Pioner en la que podíamos remar. Pero lo que más nos gustaba era jugar al fútbol en el pequeño campo que había detrás de la cabaña, sobre todo cuando participaban los mayores, el abuelo, Gunnar, incluso alguna vez mi padre.

Todo esto se encontraba en la mirada con la que yo observaba esa mañana. El aparcamiento ya no era de hierba, sino de asfalto. El largo paseo por el bosque ya no era largo, sino que se recorría en unos minutos. No había ningún patrón de barco esperándonos, habría muerto hacía mucho y el trajín que había en aquellos tiempos en el muelle y a su alrededor había desaparecido por completo, ahora había ambiente de barcos y vida de cabaña.

Y sin embargo el bosque era el mismo, los sonidos y los olores eran los mismos, y el mar con sus islas e islotes era el mismo.

Gunnar acercó la barca al muelle, Tove ayudó a la abuela a subirse y nos fuimos hacia allí bajo el alto cielo azul. La abuela iba inmóvil y cabizbaja, era como si el entorno, lo abierto y ligero que nos estaba llegando, no le alcanzara a ella. Su cara, pálida y delgada, como la de un pájaro, resultaba aún más dolorosa de contemplar allí que en la casa. Porque allí había caras

bronceadas tras largos días al sol, sal en el pelo tras baños refrescantes, sonrisas y risas, alegres y coquetas miradas, noches de gambas, bogavantes y cangrejos.

Tove me puso una mano en el hombro con una sonrisa de consuelo.

Me eché a llorar.

Ohhhh. Ohhh. Ohhh.

Me aparté, miré hacia el mar. El estrecho estaba lleno de barcas, en el verano era una arteria de paso para los turistas. Las olas suaves golpeaban el casco, alguna que otra rociadura de agua salada nos mojaba.

Cuando Tove ayudó a bajar a la abuela, y Gunnar estaba amarrando la barca, se volvió hacia mí.

–¿La abuela bebió ayer? –me preguntó.

Me sonrojé, bajé la vista.

–Creo que un poco –contesté.

–Me pareció que olía –dijo–. Esto no puede continuar así.

–No –dije.

–Ya no es capaz de cuidar de sí misma.

–Ya –dije–. Está claro.

–Hemos ayudado a llevar esta casa durante muchos años –dijo–. Tanto tu padre como Erling se fueron de la ciudad, de modo que nos tocó a nosotros arrimar el hombro.

–Es increíble lo que habéis aguantado –dije.

–No se trata de aguantar –dijo–. Es algo que teníamos que hacer. Es mi madre, ¿sabes?

–Ya –dije.

–¡Vete a tomar un café! –dijo.

Subí hacia la cabaña con los ojos humedecidos de lágrimas. Estaba completamente destrozado. Bastaba una pequeña sonrisa, una mano amable para que me echara a llorar.

La abuela era su madre. Papá era mi padre. Yo sabía cómo estaba, sabía que se iba a morir. Y no había levantado un dedo. Podría haber bajado a verlo, a charlar con él, a decirle que ingresara en una clínica de desintoxicación. Yngve podría haberme acompañado, podríamos habernos sentado a su lado, sus dos hijos, asumiendo nuestra responsabilidad.

La idea me parecía tan lejana como imposible. Yo podía hacer muchas

cosas, podía obligarme a mí mismo a casi cualquier cosa si era necesario, pero a eso jamás.

¿Debería haberle dicho vente conmigo a Bergen, por ahora puedes vivir conmigo y con Tonje, y luego te buscaremos un piso por allí cerca?

Ja, ja.

Ja, ja, ja.

—Siéntate, Karl Ove, y relájate un poco —dijo Tove—. Has pasado mucho. Aquí puedes disfrutar de un poco de libertad. Bastante pronto tendréis que volver de todos modos.

Sollocé y me tapé los ojos con una mano.

La abuela estaba fumando y mirando hacia el muelle, por donde subía Gunnar.

Una hora después mi tío me llevó de paseo hacia el interior de la isla. Al principio íbamos en silencio, andando uno al lado del otro por el sendero, rodeados de árboles, hierba alta y seca, maleza y matorrales, en algunas partes luminosas flores, rocas grises con trozos de líquenes abigarrados, algún que otro hoyo en los que se mecían en el viento suave, algunas ralas briznas de hierba, y luego todo se abrió en un campo labrado alargado, algunas casas blancas brillaban con tejados color naranja y estandartes rojos ondeando en los mástiles.

—¿Lo reconoces? —preguntó Gunnar.

—Sí.

—Recuerdo cuando venía aquí de pequeño —dijo—. Entonces tu padre era joven. Estudiaba en la universidad. Yo lo admiraba como sólo un hermano pequeño puede admirar a su hermano mayor.

—Ya —dije.

—Había en él algo especial. No era como los demás. Recuerdo que solía quedarse levantado por las noches. Era el único que hacía eso.

—Ya.

—Me llevaba tantos años que no crecimos juntos —dijo—. Cuando yo tenía diez años, él ya tenía un hijo. Ya tenía su propia vida.

—Sí —dije.

—Al final no lo tuvo fácil. Fue triste que acabara como acabó. Pero tal vez sea mejor así después de todo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Creo que sí.



–Han abierto un pequeño restaurante para el verano –dijo, señalando con la cabeza una pequeña casa por la que pasamos.

–Tiene buena pinta –dije.

Todo el tiempo, mientras caminábamos, yo iba llorando sin un sonido. Ya no sabía por qué lloraba, ya no sabía qué sentía, de dónde venían todos esos sentimientos.

Nos paramos delante del pequeño puerto de abrigo, donde todas las viejas casas de marineros se habían reformado y todo relucía de bienestar y riqueza. El lejano horizonte era cortante como el filo de un cuchillo. Cielo azul, mar azul. Velas blancas, risas en algún lugar, pasos por un camino de grava. Una mujer estaba regando un macizo de flores con una regadera verde. Los chorros de agua brillaban a la luz del sol.

Cuando Gunnar aparcó el coche delante de la casa en la ciudad eran las cinco, y todos los árboles crujían con la brisa que venía del mar, calentada por el sol.

–Vendremos mañana a echar una mano –dijo Gunnar–. Habrá cosas que hacer todavía.

Sonrió.

Asentí con un gesto de la cabeza, entramos. Después de toda esa luz y tanto aire fuera, la decadencia de la casa a la que había empezado a acostumbrarme volvió a aparecer. Una vez dentro me puse a fregar de nuevo. Esta vez los dos salones de detrás de la cocina. El banco, la mesa de comedor, las sillas, todo estilo años treinta, con tallas vagamente vikingas, la mesa del sofá, el panel blanco de las paredes que se había puesto en la década de los ochenta, el alféizar, la puerta de la terraza, los escalones. Los dos salones tenían moqueta, pasé la aspiradora, aunque no sirvió de mucho, mañana tengo que comprar algo para limpiarla, pensé, vacié el cubo de fregar y llamé a Tonje.

Había comprado un billete de avión para ella hasta Kristiansand y para los dos de vuelta a Bergen. Le conté lo que había ocurrido, que al día siguiente iría a ver al pastor, y que quedaban muchísimas cosas por hacer, pero que ya las haría. Le dije que la echaba de menos y que me gustaría que estuviera allí conmigo. Lo primero era verdad, lo segundo no. Allí tenía que estar solo, o con Yngve. El entierro era otra cosa, allí podía estar. Ella dijo que me quería y que pensaba en mí constantemente.

Después de colgar llamé a Yngve. No venía hasta el día del entierro, era demasiado complicado llegar antes por los niños, pero haría lo que pudiera desde allí. Llamar a los parientes e invitarlos, estar en contacto con la funeraria, todo lo que a mí me resultaba difícil.

Gunnar y Tove vinieron al día siguiente. Tove ayudó a la abuela a bañarse, le buscó ropa limpia y preparó comida, mientras Gunnar y yo fregábamos, limpiábamos y tirábamos cosas, yo de subordinado, era él quien se había criado en esa casa, era su madre, yo era el hijo del que lo había destrozado todo. Los cuidados de Tove hicieron milagros con la abuela, fue como si volviese a aparecer en su verdadera forma, de repente la vi bajar la escalera con un cubo de agua de fregar en la mano y un cigarrillo colgándole de la comisura de los labios. Tove, que estaba fregando el armario ropero, se rió y me guiñó un ojo. ¡Parecía un obrero de una fábrica de cervezas!, dijo.

Sobre las dos me acerqué a la oficina parroquial de Lund. Entré en un largo pasillo, miré por una puerta abierta, donde había una mujer sentada detrás de un escritorio, se levantó con cara interrogante, dije a qué iba, ella me señaló la puerta correcta, llamé y entré.

El pastor, un hombre de mediana edad con ojos amables, me dio la mano y nos sentamos. Yo no tenía mucha fe en los pastores noruegos, recordaba con horror esa parábola de la máquina de Coca-Cola de la primavera anterior, y la única razón por la que quería enterrar a mi padre cristianamente era por tradición, por la dignidad que había en ello. Se le iban a leer las malditas palabras divinas. Por eso empecé a hablar con el hombre con gran escepticismo. Dije que quería una ceremonia tradicional con salmos, sermón, tierra sobre el ataúd, lo menos personal posible, la mayor distancia posible. Quería que la vida de mi padre se viera desde esa perspectiva, no en lo pequeño, ese hombre al que los niños tenían miedo y que al final murió borracho, sino en lo grande, un ser que nació en la tierra, puro e inocente como todos cuando nacen, que vivió una vida como todos viven, y que murió su muerte.

Pero no salió así. Después de discutir los detalles prácticos, empezamos a hablar de los temas que se tocarían en el discurso conmemorativo.

—¿Quién era tu padre? —me preguntó el pastor.

Dije que había estudiado en la Universidad de Oslo, que había trabajado durante muchos años de profesor de secundaria en Arendal, que se había casado con Sissel, con la que tuvo dos hijos, Yngve y Karl Ove, que se había

divorciado de ella y se había casado de nuevo, que había vivido y trabajado unos años en el norte de Noruega, que había tenido una hija y vuelto al sur, y que había muerto a los cincuenta y cuatro años.

—¿Quién era tu padre para ti, Karl Ove? —me preguntó.

No me gustó esa intimidad con la que usó mi nombre de pila, a la vez que estaba deseando sucumbir a ella. Sabía que era una técnica que usaba, porque no me conocía, joder, pero mi mirada se cruzó con la suya y no vi en ella a ningún idiota, ningún ignorante redimido, sino calor y comprensión. Noté que aquel hombre no ignoraba el hecho de que hubiera gente que se matara con la bebida, ni el hecho de que las personas pudieran ser malas, ni el hecho de que eso a lo mejor no era el fin del mundo, sino lo que realmente era el mundo.

—Le tenía miedo —dije—. Siempre le he tenido mucho miedo, joder. Bueno, sigo teniéndole miedo ahora mismo. Lo he visto dos veces esta semana, pero sigo sin estar del todo seguro de que haya muerto, no sé si me entiende. Tengo miedo de que venga y que..., bueno, que se enfade conmigo. Es así de sencillo. Me tenía atrapado de alguna manera, y no me soltó nunca. Me alegro de que haya muerto. Ésa es la realidad. Es un gran alivio. Y por eso me remuerde la conciencia. No es que él hiciera eso o se comportara de esa manera *a propósito*.

Lo miré.

—¿Qué relación tenía tu hermano con él? ¿La misma que tú?

—No lo sé, me parece que no. Creo que Yngve le odia. Yo no le odio. Pero no sé. Siempre trataba mucho peor a Yngve que a mí. Conmigo intentaba a veces arreglar las cosas, pero Yngve no estaba dispuesto a eso, lo rechazaba.

—Dices que no lo hacía a propósito. ¿Por qué crees que lo hacía entonces?

—Estaba atormentado. Era una persona atormentada. Ahora lo entiendo. No quería vivir la vida que nosotros vivíamos, se obligaba a ello. Luego se divorció e iba a hacer lo que le daba la gana, pero todo le fue de mal en peor, empezó a beber, y en algún momento perdió el contacto con la realidad. Los últimos meses vivió en casa de su madre. Fue allí donde murió. Allí estaba sentado bebiendo. En realidad fue un suicidio. Quería morir, estoy seguro de ello.

Me eché a llorar. No me importó que ocurriera delante de un desconocido. Me encontraba más allá de esa clase de consideraciones. Lloré sin parar, me vacié de todo lo que llevaba dentro, y él me escuchó. Estuve allí una hora llorando y hablando de mi padre. Cuando me iba a ir, me dio la mano y las

gracias, mirándome de su manera bondadosa, yo volví a llorar y dije que quien debería dar las gracias era yo, y cuando me marché de allí, mientras recorría el pasillo, bajaba por las escaleras, salía a la urbanización y caminaba hasta la carretera principal, fue como si algo que me tenía agarrado me hubiese soltado, como si ya no cargara con lo que había cargado hasta entonces. Habíamos hablado únicamente de mi padre y de mí, pero el hecho de que él hubiera estado allí escuchando, de la misma manera que escucharía a un sinfín de personas que se sinceraban ante él, desde lo más profundo de sus complicadas vidas, hizo que no sólo hubiéramos hablado de mi padre y de mí, sino de la vida: así fue esa vida. En eso se había convertido la vida de mi padre.

Llegó Tonje, me abracé a ella, nos mecimos hacia delante y hacia atrás, estrechamente unidos.

–Qué bien que estés aquí –dije.

–Te he echado mucho de menos –dijo ella.

La casa estaba fregada, seguía en mal estado, pero tan limpia como nos fue posible dejarla. Había fregado todos los platos, cubiertos y vasos, había puesto la mesa y flores por todas partes. Yngve, Kari Anne, Ylva y el pequeño Torje habían llegado. El hermano de mi padre, Erling, su mujer y sus tres hijos estaban ya allí. En una silla junto a la mesa del comedor, que habíamos llevado al salón, estaba sentada la abuela. Iba a enterrar a su hijo mayor, era incapaz de mirarla, su mirada vacía, fija. Pero una hora antes sus ojos habían brillado un instante, cuando Yngve le enseñó a Ylva y ella le acarició el pelo.

Miré a Tonje.

–¿Me anudas la corbata?

Asintió con un gesto de la cabeza, fuimos a la cocina, me la colocó alrededor del cuello y en un santiamén ya estaba atada. Era la misma corbata que había llevado en la boda.

Dio un paso hacia atrás y me miró.

–¿Está bien? –le pregunté.

–Muy bien –contestó.

Nos reunimos con los demás, mi mirada se cruzó con la de Yngve.

–¿Nos vamos?

Dijo que sí, y unos minutos después nos metimos en los coches. El cielo

estaba blanco, el aire cálido, cerramos las puertas y caminamos hasta la capilla. Uno de los hombres de la funeraria se nos acercó y nos dio el programa. Yngve le echó un vistazo.

–El apellido está mal escrito –dijo.

El hombre lo miró.

–Lo lamento profundamente –dijo–. Pero ya no hay tiempo para corregirlo.

–No importa –dijo Yngve mirándome–. ¿Tú qué dices?

–Nada –dije–. Son cosas que ocurren.

De todos modos los dos teníamos nuestra idea sobre ese apellido que nosotros no llevábamos. Él se lo había inventado, como su abuela paterna se había inventado el nuestro.

Llegaron Gunnar y su familia. La hija de Alf vino con Alf, que estaba como siempre y que debía de tener ya más de ochenta años. Estaba senil, su hija lo condujo amable pero decididamente hacia la entrada.

Cogí de la mano a Tonje y entré.

Lo primero que vi fue el ataúd blanco.

¿Estás ahí dentro, papá?, dije para mis adentros. ¿Es ahí donde yaces, papá?

Nos sentamos. Las lágrimas me chorreaban por las mejillas. Tonje me apretó la mano con fuerza un par de veces. Aparte de la familia, que era reducida, había allí tres personas más.

Estaba temiendo lo que iba a venir, sabía lo que nos esperaba.

Detrás de mí salió un sonido del hijo de Erling. Una nota alta, pura. Continuó para acabar con una caída repentina, y entendí que estaba llorando, porque volvió a sonar, estaba sollozando, resultaba desgarrador, su pequeña alma había visto el ataúd y eso fue suficiente, ahora lloraba de todo corazón.

Empezó la misa. El cantante que habíamos contratado era viejo, tenía la voz quebrada y la sonata de chelo que tocó no fue precisamente una actuación virtuosa, pero encajaba, la vida no es perfecta, sólo lo es la muerte, y aquello era la vida que miraba la muerte, el niño que lloraba por el ataúd.

El pastor empezó a hablar. Habló de la vida de mi padre, y de los que estaban allí para despedirse de él. Dijo que hay que fijar la mirada. Si no fijas la mirada, te caes. Hay que fijar la mirada en los hijos, en los seres queridos, en las cosas que son importantes en nuestras vidas. Si no lo hacemos, lo perdemos, y entonces no tenemos nada. Ningún ser humano es un ser solo.

Yngve lloró, y cuando lo vi, cuando lo vi temblar con la cara torcida,

levantándola y abriendo la boca como para coger aire, yo sollocé ruidosamente de dolor y alegría, dolor y alegría.

Nos levantamos y colocamos sendas coronas en el ataúd.

Nos quedamos inmóviles delante de él con la cabeza gacha.

Adiós, papá, pensé.

Cuando nos sentamos y el violonchelista tocó Bach a su manera crujiente y agrietada, lloraba tanto que creí que iba a reventar, tenía la boca abierta, me atravesaron oleadas de los más profundos sentimientos, los que sólo aparecen cuando todo lo demás ha desaparecido.

Después me abrazó Yngve, estuvimos hombro con hombro llorando, y entonces, cuando salimos a la grava y vimos los coches pasar a lo lejos, una vieja pareja cruzar el cementerio y una gaviota volar por el aire justo por encima de nosotros, todo había acabado. Por fin había acabado. Inhalé profundamente un par de veces, y ya no me salió más llanto.

La pareja que me era desconocida se nos acercó. Se presentaron como los padres de Rolf, el marido de Ann Kristin. Dijeron que nuestro padre había sido un profesor fantástico, que Rolf hablaba de él con gran entusiasmo. Les dimos las gracias por haber venido, ellos se fueron hacia su coche.

—¿Quién es ella? —preguntó Yngve, señalando discretamente a una mujer. Llevaba un gran sombrero con un velo tapándole la cara.

—Ni idea —dije—. Pero en todos los entierros elegantes aparece una mujer a la que nadie conoce.

Nos reímos.

—Bueno, ya ha pasado el peligro —dijo Yngve.

La familia más cercana volvió a casa de la abuela, se sirvieron sándwiches, no se pronunciaron discursos, ni palabras para recordarlo, sentado entre Yngve y Tonje me habría gustado que fuera de otro modo, pero en ese caso habría tenido que hacerlo yo, y eso era imposible, no podía. Luego nos sentamos en la terraza, y Alf dijo que había un hombre en el tejado, entendí que había retrocedido a un día hacía muchísimo tiempo en que él estuvo allí y vio a un hombre en el tejado. Eso estaba bien, se encontraba en un día en el que vivían tanto mi padre como mi abuelo.

La novela llevaba ya unas semanas en las librerías, no había ocurrido nada, hasta que una mañana sonó el teléfono. Lo cogió Tonje, que estaba

desayunando, yo estaba en la cama y la oí decir que iba a ver si estaba despierto.

Fui al cuarto de estar, me acerqué el auricular a la oreja.

–Hola, soy Karl Ove.

–Soy Mads, de Tiden. ¿Has leído el *Dagbladet* de hoy?

–No, estaba durmiendo.

–Te aconsejo que vayas a comprarlo ahora mismo.

–¿Es una reseña?

–Sí, se puede decir que sí. No te digo nada más. ¡Léelo, luego hablamos!

Colgué y me volví hacia Tonje, que estaba de pie al lado de la mesa, bebiendo el último sorbo de té. Se tocó su preciosa boca y sonrió.

–Ha salido una reseña en el *Dagbladet* –dije–. Me voy a comprarlo.

–¿Te ha dicho lo que pone?

–No, ha estado muy misterioso. Pero creo que es algo bueno.

Ella se puso la chaqueta en la entrada, yo me vestí en el dormitorio, estaba inclinada sobre la bicicleta cuando salí.

Nos dimos un rápido beso, ella se fue en bici hacia abajo, yo subí la cuesta bajo los grandes árboles, luego crucé la carretera y me dirigí al hospital. Un hombre pálido estaba mirando la estantería de revistas, una mujer gorda en silla de ruedas esperaba delante de la caja con su cartera sobre las rodillas, quería comprar la revista *Hjemmet*.

Me detuve donde estaban expuestos los periódicos *VG* y *Dagbladet*.

Arriba, a la derecha del logo, había una pequeña foto mía. Sensacional debut, ponía.

Eso estaba bien. Al menos había ganado la apuesta con Tonje.

Cogí un periódico, lo pagué, me fui al vestíbulo y lo abrí por la sección de cultura. La reseña ocupaba dos páginas. La había escrito Rottem. Me comparaba con Hamsun, Mykle y Nabokov.

Estaba bien, de hecho, no podía estar mejor.

Me puse el periódico bajo el brazo y volví a casa, me preparé una taza de té, me senté en la mesa y encendí un cigarro. Acto seguido llamé a Tonje. Lo acababa de ver y estaba muy feliz por mí. Yo no me sentía especialmente feliz, de alguna manera contaba con ello.

Al rato llamó un periodista del *Dagbladet*, quería hacerme una entrevista a raíz de la reseña. Quedamos en vernos en el Hotel Terminus a las dos.

Llovía, así que cogí el autobús en lugar de la bicicleta, y me fui a mi

peluquero, a quien en su día había elegido porque su peluquería era lo menos *in* que se podía imaginar, y porque el dueño, un tipo joven y emprendedor, era muy agradable.

–Hola –dijo al verme entrar.

–Hola. ¿Me puedes cortar el pelo? ¿Preferiblemente ahora mismo?

–En diez minutos –dijo–. Siéntate un momento mientras tanto.

¿Eso era todo?

Por la calle pasaba la gente con paraguas que se mecían. El peluquero terminó con el cliente, un señor mayor que se mostró satisfecho con el corte, en el suelo quedaba su pelo blanco muerto. Cuando la puerta se cerró tintineando tras él, me senté en el sillón, el peluquero me puso la capa, le dije que lo quería como siempre y empezó a cortar.

–Luego van a hacerme una entrevista –dije–. Tengo que estar lo más guapo posible.

–¿Qué has hecho ahora? –preguntó.

–He publicado una novela –dije–. Ha recibido una buena crítica, así que ahora quieren hablar conmigo.

–¿Eso implica dinero? ¿Cuánto vendes?

–No lo sé. Acaba de salir.

–¿De qué trata?

–Un poco de todo.

–¿Algún asesinato?

–No.

–¿Amor?

–Pues sí, en realidad sí.

–No me interesa entonces. Mi mujer acaba de dejarme.

–¿Ah, sí?

Se hizo el silencio. Sus tijeras me pasaban velozmente por la cabeza.

–Quieres que caiga sobre las orejas, ¿verdad? ¿Y luego afeitamos la nuca?

–Perfecto.

Cuando pagué, empecé a sentirme nervioso por la entrevista. Me habían hecho una el día de la conferencia de prensa, me llamaron de las noticias de la radio y me preguntaron si quería participar en la emisión del Noticiero 18. Era en directo, estaba tan nervioso que apenas conseguí dar un sorbo del café que me sirvieron mientras estaba sentado en un sofá fuera del estudio. El



presentador, Tomm Kristensen, salió para decirme que lamentaba no haber tenido tiempo de leer mi libro.

—Así que te preguntaré cómo es debutar y cosas así —dijo—. Pero en la contraportada pone que trata de la vergüenza masculina. ¿Podrías decir algo sobre ese tema?

—Yo no he escrito el texto de la contraportada —dije—. No sabía que trataba de la vergüenza masculina hasta verlo allí.

—Entonces buscaremos otra cosa de que hablar —dijo—. No te preocupes.

Unos instantes después me invitaron a entrar en el estudio. Kristensen, con los auriculares puestos, estaba garabateando algo en un papel, me puse los auriculares que tenía delante, estaba acabando la entrevista anterior.

Me presentó.

—Como sabemos, se está tratando un importante caso de pedofilia en Bélgica en estos momentos —dijo—. Has escrito una novela sobre un profesor que tiene una relación sexual con una alumna de trece años. ¿Dirías que te has unido a la ola pedófila?

Lo miré asustado. ¿Qué estaba diciendo?

—No —dije—. No diría eso. No tiene nada que ver con lo de Bélgica.

Me di cuenta de que sí era capaz de hablar, y el nerviosismo desapareció.

—Éste es tu primer libro. ¿Cómo ha sido el proceso? ¿Sientes que la editorial ha querido dirigirte, por ejemplo decidiendo lo que se va a poner en la contraportada y cosas por el estilo?

—No, no tengo esa sensación. La imagen de la portada, por ejemplo, la he decidido yo.

—Sí, la que muestra a una chica desnuda. ¿Por qué la elegiste? ¿Pretende provocar?

—No. En realidad es ilustrativa del tema del libro.

Estaba chorreando de sudor cuando acabó la entrevista, y también algo cabreado, sólo había publicado una novela, a juzgar por sus preguntas podría uno creer que había matado a alguien.

La entrevista que me iban a hacer ese día no era en directo, y seguramente estaría centrada en la buena reseña, de modo que no tenía nada que temer. Sin embargo, estaba nervioso, y yendo hacia el Hotel Terminus por las calles brillantes de lluvia, con las luces de los coches difuminadas en la grisácea luz diurna, pensé en lo que iba a decir. Dentro, en el café, se levantó alguien que tendría que ser el periodista, se llamaba Stang, charlamos durante más de una

hora, y salió estupendamente; yo hablaba sin parar, de literatura, tanto noruega como internacional, de mi propio libro, de lo que quería transmitir con él, ah, alejarme de lo minimalista y meterme en lo maximalista, lo hinchado y lo tremendo, lo barroco, *Moby Dick*, pero no de un modo épico, lo que había intentado hacer era coger la pequeña novela, la que trataba de una sola persona, en la que no tienen lugar grandes acontecimientos externos, sino en la que todo trata de desplazamientos internos, para luego desarrollarla en formato épico, no sé si entiendes lo que quiero decir.

Asentía con la cabeza una y otra vez.

A la mañana siguiente compré emocionado el *Dagbladet*.

Pero la entrevista era minúscula, ponía que yo estaba orgulloso y feliz con la reseña, y que leía el *Dagbladet* desde que tenía doce años.

Me fui en bicicleta a la universidad y llamé a la puerta del despacho de Eirik.

–Veo que lees el *Dagbladet* desde los doce años –dijo riéndose–. ¿Y de eso *presumes*?

Me senté en una silla y él se dio cuenta de que estaba completamente destrozado por esa entrevista, en la que me presentaban como un idiota, un imbécil integral, «orgulloso y feliz», por Dios, me daba tanta vergüenza que no sabía dónde meterme.

–No creo que haya que darle tanta importancia –dijo él.

–No, quizá no –dije–. Pero lo lee todo el mundo. ¡Qué gilipollas de mierda!

–Pero tú no eres un gilipollas –dijo Eirik–. Relájate.

–Es justo lo que estoy empezando a preguntarme. La verdad es que *dije* lo que pone ahí.

–Simplemente hay que ser un poco más sutil en las entrevistas –dijo Eirik–. Y todo irá bien.

Eirik era el tipo de persona que tenía algo que decir sobre cualquier cosa. No aproximado o infundado, era un hombre leído, sabía de todos los temas pensables e impensables, y para mí fue un regalo aquellos meses, de la misma manera que lo habían sido antes Espen y Tore, porque él sí había leído la novela, y lo que dijo de ella, como por ejemplo que era una autogeografía, lo usaba descaradamente en todas esas entrevistas que iban en aumento. Hablaba con ellos en el Hotel Terminus, o los invitaba a casa, donde nos sentábamos a charlar en la mesa del cuarto de estar y cuando Tonje volvía, le

contaba todo lo que se había hablado. Luego, cuando leía las entrevistas, ardía de vergüenza. Me quedaba despierto en la cama por las noches pensando en lo estúpido que era. Si durante algunas semanas no me pedían ninguna, sentía un gran vacío. Quería más, y cuando me las hacían se convertían siempre en algo horrible. En esa época empezaron a invitarme a distintos eventos. Fui a Kristiansand a hacer una lectura de mi libro junto con un tal Bjarte Breiteig y un tal Pål Gitmark Eriksen, escritores que también habían debutado ese otoño, y que admiraban a Tor Ulven más que a nadie en el mundo, lo que descubrimos tras unos minutos de conversación. Estaban tan entusiasmados y sincronizados que me recordaban a Joe y Frank Hardy. Cuando íbamos a subir al escenario, había cuatro espectadores en la sala. Conocía a uno de ellos, era uno de mis viejos profesores del instituto, pero cuando luego me acerqué a él, resultó que estaba allí porque era amigo íntimo de la familia de uno de los otros. Leí en el Hotel Terminus, acudieron todos mis conocidos de Bergen, la sala estaba llena, pero tuve que leer sin micrófono y sin escenario, en medio del local, fue como leer en voz alta en casa de alguien, y cuando leí un pasaje en el que el protagonista, Henrik, ve a alguien parodiarle, me sonrojé porque me imaginé que todos pensaban que yo era Henrik y que la descripción de la parodia era una descripción de mí mismo leyendo. Empecé a leer de un modo arrítmico, me retorcí como un gusano, y con mis amigos presentes, que debían de pensar que yo era un perdedor mucho mayor de lo que se habían imaginado, porque aquello era algo público, allí debía ofrecer algo, y, sin embargo, lo único que era capaz de pensar era que la parodia se estaba convirtiendo en una parodia de mí, mientras leía cada vez más deprisa para terminar antes.

Cuando acabó la lectura, alguien del público levantó la mano. Estábamos en un llamado «salón literario», donde se hacían cosas así.

—Quizá Knausgård no sea el mejor lector de sus propios textos del mundo —dijo—. Pero he de decir a los que no lo hayan leído todavía que su libro es realmente bueno.

Llevaba gafas redondas y un pelo abultado de progre de antaño, y quería ayudarme. Pero lo de la lectura me dolió, porque tenía la esperanza de que lo que yo pensaba ocurriera sólo dentro de mi cabeza.

Luego se me acercó. Tenía en mente hacer una película y se estaba preguntando si yo podría escribir el guión. Me explicó la idea, me enseñó un montón de documentos y fotos, yo dije que parecía interesantísimo, mientras

por dentro lo estaba mandando a freír espárragos, con la esperanza de no volver a verlo en toda mi vida.

También hice una lectura en un evento dominguero en Bergen, se habían reunido allí las eminencias de la vida nocturna de la ciudad, en el escenario se presentarían varias cosas, entre otras un cómico que dirigía coches que bajaban de un ferry al ritmo de música, la gente se tronchaba de risa. Hubo un número de mujeres semidesnudas bailando con sombreros de copa y bastones. Luego me tocó a mí. Me había comprado un nuevo traje, un modelo de Hugo Boss. Tonje me había dicho que a toda costa debía pronunciar unas palabras antes de empezar a leer. Salí a escena.

–Voy a leer un texto sobre la muerte –dije.

Algunas personas del público se empezaron a reír por lo bajo. No dejaron de hacerlo ni cuando empecé a leer, y las risas iban en aumento. La muerte ja, ja, ja. Los entendía, yo era un joven escritor egocéntrico y pretencioso que se creía capaz de decir algo sobre las cosas importantes de la vida.

Participé en algo llamado *baño de libros* en una de las ciudades de la provincia de Vestfold, junto a un escritor de suspense que había debutado ese mismo año, me di muchísima importancia y hablé como si fuera el mismísimo Dante ante los doce o trece que habían acudido. El escritor de suspense se negó a intercambiar libros conmigo luego.

¿De qué servía todo eso? ¿Pasearme por Noruega leyendo en voz alta durante diez minutos ante cuatro personas? ¿Hablar con aire de suficiencia sobre literatura ante doce personas? ¿Decir tonterías en los periódicos y luego arder de vergüenza durante días?

Si hubiera conseguido escribir no me habría importado tanto. Pero no me salía nada, escribía y borraba, escribía y borraba. Los fines de semana solíamos ir a ver a la madre y al hermano de Tonje, nos pasábamos por el Café Opera, Garage o Kvarteret, cuando no íbamos al cine o alquilábamos películas en vídeo. La estructura social era muy diferente ahora a cuando éramos estudiantes. Muchos se habían ido de la ciudad, y los que se habían quedado trabajaban y no estaban tan disponibles como antes. La gente había empezado a tratarme de un modo distinto, ahora yo «era» alguien, y lo odiaba. Había desaparecido el sentido de todas las cosas, eso era lo que pasaba.

En marzo mi novela recibió el Premio de la Crítica. Cuando llamaron para comunicármelo, estaba enredado en una pequeña pesadilla de correos

electrónicos. Primero había escrito una estupidez que luego intenté corregir, entonces era aún más estúpido e imposible de enmendar, mandar un tercer correo electrónico sería impensable. No pensaba en otra cosa. Tonje me dijo que me calmara, que eso era algo importante, que me imaginara si me lo hubiesen dicho dos años atrás, yo estaba de acuerdo, pero no me sirvió de nada; ¿qué pensaría esa persona al recibir el segundo correo?

Invité a Yngve y a Tonje a la entrega del premio, estaban sentados en una mesa al fondo cuando salí a recibirlo. La pequeña tormenta de clics de las cámaras con la que me encontré fue fantástica. Geir Gulliksen pronunció unas palabras, me emocioné y no sabía dónde mirar. Luego fuimos al Theatercafé con la editorial, al principio me sentía incómodo y no decía nada, pero por suerte luego me animé. En el Savoy nos encontramos con Kjartan Fløgstad, que también había sido nominado al premio, me entraron ganas de pedirle perdón por haber ganado. Pero opté por preguntarle si se acordaba de que lo había entrevistado en una ocasión. No, no se acordaba, contestó con una sonrisa, ¿de verdad? Sugirió que intercambiáramos nuestros libros, y luego volvió a los suyos. En Lorry estaba ya muy borracho, y cuando descubrí a Ole Robert Sunde en una mesa, fui derecho hacia allí y me senté. Estaba con una mujer, también bastante borrachos los dos. Ella se inclinó de repente hacia mí, me cogió la cara entre las manos y me dio un largo beso. Ole Robert Sunde no dijo nada, se limitó a mirar hacia otro lado. Me levanté asustado y volví a nuestra mesa.

En el mes de mayo, en el festival de literatura de Lillehammer, donde participé en un curso de debutantes, volví a encontrarme con Ole Robert Sunde. Estaba sentado en una mesa de la sala del festival la noche de la clausura. Al verme gritó muy alto:

—¡Aquí tenemos también a Knausgård! ¡Es guapo, pero no sabe escribir, joder!

Sobre todo reaccioné con desconcierto. ¿Qué era aquello? Un insulto, y no precisamente menor. Aunque lo dijo en tono de broma, era obviamente algo que quería decir. Gritó la misma frase varias veces aquella noche. Tampoco la segunda vez, cuando no tuve más remedio que pasar a un par de metros de su mesa para ir al baño, y él gritó «¡Knausgård escribe ta-a-a-n mal! ¡Pero guapo sí que es!», le contesté, al contrario, cuando salí me hizo una seña y me acerqué a su mesa. Había dos mujeres de pie a su lado. «Ahí está Knausgård», dijo. Luego, dirigiéndose a las mujeres: «¿A que es guapo?

Mirad», dijo cogiéndome las manos. «¡Mirad qué manos tan bonitas tiene! Tan grandes. ¿Y sabéis lo que eso significa?» Al instante, me agarró la entrepierna y noté sus dedos en mis huevos y en mi polla. «¡Que también tiene otra cosa grande!», dijo riéndose. Ni siquiera entonces hice nada para detenerlo. Murmuré algo, me libré y me alejé. El incidente fue desagradable mientras duró, porque él se acercó mucho físicamente —de hecho fue el primero y único hombre que me ha metido mano en la vida—, pero no me importó, no me causó sino asombro. El que se me considerara guapo ya lo sabía, no era algo nuevo, y que escribiera mal..., bueno, era posible, pero *tan* mal no podía ser, al fin y al cabo mi novela había sido aceptada y publicada por una editorial. Lo único que me resultó novedoso, aparte de la intimidación, fue la implicación subyacente de que hubiera una *diferencia esencial* entre la literatura que escribía yo y la que escribía Ole Robert Sunde. En esa época yo ya no le leía, pero eso no significaba que no conociera su talla intelectual. Mi identidad literaria cuando publiqué *Fuera del mundo* era el supermodernismo, bajo cuyo firmamento se encontraban también escritores noruegos como Ole Robert Sunde, Svein Jarvoll, Jon Fosse, Tor Ulven, y Jan Kjærstad en sus primeros libros. Pero de eso hacía ya más de medio año, mis libros se vendían bien, yo había concedido una tonta entrevista tras otra en los periódicos, había dicho cosas estúpidas en la radio, había ido a la televisión, actuado en bibliotecas y en librerías, y lentamente empezaba a entender que la imagen que yo tenía de mí mismo como escritor tal vez no cuadraba con la que tenían otros. Stig Sæterbakken, por ejemplo, nos había llamado Faldbakken y Faldbakken a mí y a Tore Renberg en una carta del lector en el *Dagbladet*, Liv Lundberg bufó de desprecio hacia nosotros cuando fuimos a Tromsø a leer y después nos reunimos en una fiesta *after hours*; todo lo que dijimos aquella noche cabreó a la mujer, que al final llegó al extremo de escupirnos. Y luego, como hemos visto, Ole Robert Sunde salió con esas exclamaciones en el festival de Lillehammer, que todo el mundo pudo oír. Eso me dejó completamente confuso. Me fui a Kristiansand a escribir, me había ido bien antes, ahora lo volvería a hacer. La misma habitación, el mismo ambiente, la continuación de la misma novela. Conseguí escribir una página, se la envié por correo electrónico a Nora, que había leído *Fuera del mundo* antes de que se publicara y había quedado entusiasmado, y que también tenía en su haber un potente poemario, *Slaktarmøte*, me contestó por correo electrónico diciendo que por desgracia

no le había gustado mucho, sobre todo esa imagen que tanto había trabajado, de un aspersor que se agita como una mano, la encontraba floja.

Me preguntaba si Hanne seguía viviendo en la ciudad, y si en caso afirmativo podría llamarla. Decidí no hacerlo. Llamé a Jan Vidar, al que llevaba mucho tiempo sin ver, salimos por ahí, una chica espectacularmente guapa, de unos veinticinco años, se me acercó y preguntó si yo era Karl Ove Knausgård. Dije que sí, la acompañé a su casa, no vivía muy lejos de donde yo alquilé una habitación cuando tenía dieciséis años, en un semisótano debajo del piso de sus padres. Era exuberante y maravillosa, pero cuando me encontraba allí, en medio de la noche, bastante borracho, entendí por suerte lo que estaba a punto de ocurrir y no me lancé sobre ella, la chica preparó té, me senté manteniendo las distancias y empecé a hablar, curiosamente, de la muerte de mi padre. Me sentía como el idiota que era cuando salí de allí, pero también contento, había estado a punto. Amaba a Tonje, no quería estropearlo, era lo único bueno que tenía.

En el invierno me fui al archipiélago de Bulandet, donde alquilé una casa en una isla y me quedé tres meses para escribir. La isla era tan pequeña que en diez minutos se podía recorrer a pie de punta a punta. Justo fuera estaba el mar abierto, los temporales de invierno en ese lugar eran fantásticos. En la isla vivían otras cinco personas, una de ellas murió mientras yo estaba allí, vi el barco ambulancia recogerlo una mañana, estaba nevando, en el muelle había cuatro personas cuando la gente de la ambulancia subía la camilla a bordo.

No escribí nada que pudiera usarse. Pescaba todos los días, leía un par de horas, luego escribía toda la tarde y toda la noche. No tenía ningún valor, pero antes o después tendría que resolverse, ¿no? ¿O era un escritor de un solo libro, que había usado en él todo lo que tenía y sabía?

Geir Gulliksen me llamó al móvil, dijo que la novela se había vendido a Inglaterra. Me imaginé que periodistas ingleses venían a entrevistarme, yo posaría con la caña de pescar delante del mar agitado en las fotos que me sacarían para el *Guardian*, *The Times*, el *Independent*, el *Daily Telegraph*.

Me fui al norte y alquilé una miserable choza en Lofoten para escribir. Nada.

Entonces fue como si algo se liberara. John Erik Riley me llamó y me preguntó si tenía un texto para *Vinduet*. Dije que lo miraría y que le diría

algo. Tendría por aquel entonces unas cuatrocientas o quinientas páginas de distintos principios de novelas, los leí, encontré uno que podía servir y seguí escribiendo en ellos, pero como textos breves, no novelas.

Fue publicado en su página web unos días más tarde.

## EL FUEGO

El fuego pertenece al grupo de fenómenos que jamás ha evolucionado. Los cambios se encuentran por tanto lejos de su forma. El fuego no se deja mover en ninguna dirección por las numerosas vicisitudes del entorno, descansa en su propia perfección. El fuego es perfecto. Pero el rasgo más exclusivo del fuego, el que lo distingue de todos de los demás fenómenos inalterables que existen, es que ha conseguido liberarse de la tiranía del tiempo y del lugar. Mientras que el agua está condenada a encontrarse para siempre en un determinado lugar, en una u otra forma, como también lo están el aire y las montañas, el fuego posee esa extraordinaria capacidad de simplemente dejar de existir – no sólo desaparecer de la vista, esconderse, sino simplemente dejarse aniquilar– para luego volver a surgir, exactamente como antes, en un nuevo lugar, en una nueva era. Eso hace que el fuego nos resulte difícil de entender, estando acostumbrados a considerar el mundo un sistema continuo de sucesos, algo que con un sinfín de distintas velocidades – desde el lentísimo crecimiento del árbol hasta la rapidísima caída de las gotas de agua– se mueve hacia delante en el tiempo. El fuego queda fuera de este sistema, sería por esa razón por lo que en el Antiguo Testamento se dejara que lo divino apareciera ante los seres humanos en forma de llama: la forma de la revelación y la del fuego es la misma. También lo divino posee esa capacidad de aparecer de repente en su forma completa, para luego desaparecer. También lo divino tiene en sí lo enigmático, desconocido y despiadado, que nos hace temerlo y admirarlo a la vez. Todos los que se han encontrado delante de una casa en llamas entienden lo que quiero decir. El fuego que se mueve por las habitaciones devorando todo lo que se encuentra, el terrorífico fragor de las llamas, la ciega voluntad que unas horas atrás no existía, pero que de repente ha regresado y devasta justo delante de nuestros ojos con una ferocidad tan enorme que podría pensarse que ocurría por primera vez.

Pero ahora, en este mundo nuestro de alarmas de incendio, rociadores, vehículos con escaleras, bomberos con equipo antihumos, tomas de agua, mangueras y extintores, ya no hay nadie que tema al fuego. Está controlado y se encuentra en el mundo de un modo parecido al que los animales salvajes se encuentran en los parques zoológicos, lo que podemos comprobar cuando estamos sentados cómodamente ante un fuego en la chimenea o la llama de una vela; estados en los que la anterior ferocidad sólo queda ya como una reminiscencia; el débil chisporroteo de la leña, los pequeños movimientos en el tiro, la lluvia de chispas que cae sobre la piedra de la chimenea cuando movemos los leños. ¿Y lo divino? ¿Quién habla hoy día de lo divino? No se puede. Es imposible hablar de lo divino sin sentirse un idiota. Hablar de lo divino ha adquirido el aire de algo vergonzoso. Y como la vergüenza trata de una desproporción entre dos magnitudes –en



la mayoría de los casos el que eres para ti mismo en relación con el que eres para los demás—, no sería irrazonable suponer que el estado ligeramente cómico de lo divino se deba a que se encuentra desproporcionado a los tiempos en los que vivimos, y se incluya con ello en la serie de costumbres y objetos del pasado ya abandonados por el tiempo, como por ejemplo el dirigible, el sombrero de copa, los vocativos de cortesía, el orinal nocturno, la máquina de escribir eléctrica. Las cosas desaparecen, las cosas aparecen, lentamente el mundo se revuelve. Luego nos despertamos un día, nos frotamos somnolientos los ojos, apartamos la cortina y miramos fuera: aire claro, sol brillante, nieve chispeante. Nos vamos a la cocina, encendemos la radio, ponemos en marcha la cafetera eléctrica, preparamos unas rebanadas de pan, desayunamos, nos duchamos, nos vestimos, bajamos a la entrada, nos ponemos la ropa de calle, cerramos la puerta con llave y echamos a andar hacia la estación de ferrocarril de esa ciudad dormitorio de la parte este del país en la que vivimos, y que cada mañana se llena de viajeros diarios que viven aquí y van a la ciudad a trabajar y luego vuelven por la tarde. Están en el andén con periódicos doblados bajo el brazo y bolsas y carteras en la mano, se pasean en el frío, bostezan, miran el reloj, echan un vistazo a las vías. Y luego, cuando el tren entra retumbando en la estación se apiñan en pequeñas colas delante de las puertas, suben al vagón, buscan un asiento, doblan los abrigos, se sientan. ¡Ah, las pequeñas alegrías de la vida del viajero diario! Luego hay que encontrar el billete, dejarlo preparado en el reposabrazos del asiento, abrir el periódico y ponerse a leer mientras el tren sale lentamente de la estación. De vez en cuando levantar la mirada y echar un vistazo hacia fuera: el cielo azul, los destellos del sol en los capós de los coches que pasan por la carretera al otro lado del río, el humo de las chimeneas de las granjas en la ladera, las montañas cubiertas de nieve. El repentino zumbido al abrirse la puerta, el estallido cuando se vuelve a cerrar, la voz del revisor que se acerca a tu asiento. Le das el billete, él lo sella, tú sigues leyendo. La siguiente vez que miras hacia fuera os encontráis dentro de un bosque. Abetos de color verde oscuro se encuentran en tupidas filas a ambos lados de la vía. Las ramas impiden que entre la luz del sol, pero tú piensas que es al revés, que impiden que suba la oscuridad, como si un resto de la noche se hubiese quedado allí, en el suelo cubierto de nieve, bajo los árboles de ese bosque que atravesáis a toda velocidad. En algunas partes el bosque se ensancha en pequeños claros, ves vallas, relucientes cables de acero, pequeñas pilas de leña. Entonces, en el instante en que vuelves la cabeza hacia el periódico que tienes sobre las rodillas, el tren choca. El vagón en el que estás sentado se dobla como papel, quedas atrapado con una terrible fuerza contra el asiento de delante y te desmayas. Cuando te despiertas al cabo de unos minutos eres incapaz de moverte. El diésel de la locomotora ha entrado a chorros en el vagón, escuchas el fragor de las llamas, los gritos de los pasajeros, intentas salir de allí, pero no lo consigues. Por la nieve, debajo de la vía, caminan los pasajeros de los vagones de más atrás. Oyes cómo se acercan las llamas al asiento en el que te encuentras atrapado, no puedes hacer otra cosa que quedarte allí esperando a que el fuego te alcance. En el exterior la ceniza empieza a posarse sobre la nieve. Pronto llegan las primeras ambulancias. Notas el olor a plástico derretido, notas el olor a diésel ardiendo. Sin poder moverte, sigues sentado en el creciente calor, hasta que se vuelve insoportable y, desamparado, rezas a tu dios, el

todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de quien nunca te has sentido más cerca que en ese momento, porque es así. Él aparece ahora ante nosotros en su forma más pura y más hermosa: un tren ardiendo en el bosque.

¿Así que debía escribir textos breves?

A falta de algo mejor empecé con ello.

Escribí uno sobre mi padre. Bueno, casi todo lo que escribía trataba de él de una u otra manera, tenía innumerables variantes de los dos hermanos, Klaus y Henrik, que vuelven a su ciudad natal a enterrarlo, y que friegan la horrible casa en la que él ha muerto. Pero no salía nada más, no tenía mucha fe en ello.

Transcurrían los días, transcurrían los meses, ya habían pasado dos años desde mi debut y seguía sin producir nada, una noche, sentado borracho en el cuarto de estar decidí coger un avión rumbo a Kristiansand a la mañana siguiente, había recibido un correo electrónico de una chica que vivía en una de las islas, en el que ponía que no llevaba nada de ropa, lo que me bastaba estando pedo, y claro que *podía* ir, aunque estaba sin blanca, lo único que había que hacer era pagar con la parte de crédito de la tarjeta. Pero conforme se acercaba la mañana e iba estando más sobrio, me parecía una idea cada vez más loca, y fui a acostarme en la cama donde Tonje había estado durmiendo toda la noche, mientras yo deliraba en el cuarto de estar.

Llegó la oscuridad.

Tenía todo lo que deseaba. Era escritor y vivía de ello, al menos hasta que se me terminara la beca, estaba casado con una mujer guapa a la que amaba y que me dejaba hacer lo que quería. No protestaba cuando decía que iba a ausentarme durante dos meses, no decía nada cuando salía por las noches y volvía pedo sobre las cinco de la mañana, nunca me amenazaba con dejarme aunque llevaba dos años deprimido y obviamente me odiaba a mí mismo.

¿Cómo podía funcionar?

No era ésta toda la historia. También yo era bueno con ella, ella también me necesitaba a mí, y teníamos una buena vida juntos en Bergen, tanto cuando estábamos solos como cuando nos reuníamos con gente, es decir, el círculo de familia y amigos que nos rodeaba, y si yo estaba lleno de una desesperación interior, eso no tenía nada que ver con la vida tal y cómo se desarrollaba a mi alrededor, esos pequeños sucesos de que constan todas las

vidas y que de repente aparecen luciendo en la penumbra de la falta de sentido: se oye la puerta, ella vuelve a casa, se agacha para quitarse los zapatos, me mira y sonrío, su cara es impenetrable e infantil. Echa pintura de un bote de cinco litros a uno más pequeño, se sube a una silla y empieza a pintar el listón de encima de la ventana, vestida con unos pantalones de carpintero llenos de manchas de pintura. Está tumbada junto a mí en el sofá, estamos viendo una película, las lágrimas le corren por las mejillas, me río de ella, y ella se ríe a través de las lágrimas. Hay miles de estos momentos, perdidos en el mismo instante en que nacen, y sin embargo presentes, porque son lo que forma una relación, esa determinada manera en la que los dos convivíamos, la misma que la de los demás, y sin embargo distinta, éramos ella y yo, nadie más, manejábamos todo lo que se nos venía encima lo mejor que podíamos, pero la oscuridad dentro de mí se iba volviendo cada vez más espesa, mi alegría desapareció, ya no sabía lo que quería hacer o lo que haría, sólo que estaba parado, atrapado, ésa era la sensación que tenía, como si no tuviera ninguna forma por dentro, sólo la que se creaba desde fuera. Andaba por el mundo como una especie de reproducción, una gran cantidad de eventos y tareas que se colocaba alrededor de un molde completamente hueco por dentro. Por las noches, cuando estaba fuera, la añoranza por algo distinto se convertía en lo único existente, podía hacer cualquier cosa y al final lo hice. Estaba en el Café Opera, había mucha gente conocida, luego había una fiesta *after hours*, bebí sin parar y estaba fuera de mí, pero la bebida me animó, me uní a la fiesta, me puse a charlar con Thomas, al que había conocido unos años antes y me había caído muy bien, pero a quien no veía muy a menudo, sólo intercambiábamos alguna palabra de vez en cuando en algún bar de la ciudad. Sobre las cinco de la madrugada decidimos coger un taxi e irnos a su casa a seguir bebiendo, él, un amigo suyo y yo. Mientras esperábamos al taxi salió una mujer que estaba en la fiesta, tendría unos treinta y cinco años, me había mirado varias veces en el transcurso de la noche, pero yo la había esquivado, no la había mirado, ni hablado con ella, pero ahora era distinto, me acerqué y le pregunté si le apetecía venir con nosotros, dijo que sí, llegó el taxi, nos metimos dentro, ella se pegó a mí, yo le puse una mano en el muslo, pero por lo demás me quedé inmóvil, los otros dos no se percataron de lo que estaba ocurriendo, ya en el centro salimos tambaleándonos del taxi y subimos a casa de Thomas, en la última planta de un gran inmueble, había estado allí varias veces, siempre por la noche,

siempre borracho. Un balcón rodeaba todo el piso, una vez estuve allí con más gente observando a una pareja que estaba follando en el patio, ella inclinada hacia delante con las manos apoyadas en el capó de un coche, él dándole por detrás, yo entré en la casa un momento para hablar con alguien, bebí un poco, volví a salir al balcón y ellos continuaban. Cuando por fin terminaron aplaudimos. Entonces el hombre hizo una reverencia, ella recogió su ropa y desapareció a toda prisa. Thomas era escritor, tenía un rostro hermoso, sensible y muy particular, con sólo mirarle te dabas cuenta de que no era como los demás, era una excepción, generoso y amable, profundamente serio y entrañable, independiente de esa extraña manera de la que sólo hay un puñado en cada generación. Había practicado boxeo y esgrima, se rodeaba de mujeres, era aniñado y animado, y la única persona, aparte de Tore, que yo conocía que había leído *En busca del tiempo perdido*. Vestía con elegancia, buscaba la perfección y la belleza, y en eso, como en casi todo lo demás, era justo mi antítesis. Esta noche era él el que dirigía las actividades, abrió la puerta, nos hizo entrar, puso música en el tocadiscos, sacó whisky, hablaríamos de Proust, y yo lo hice, pero no por mucho tiempo, porque me encontraba más allá de todo, lo único que ocupaba mi mente era esa mujer que también estaba allí, sentada en una silla a cierta distancia, quería poseerla, así que me acerqué a ella, se sentó sobre mis rodillas, le metí mano, le acaricié todo el cuerpo, el que ocurriera ante los ojos de Thomas y su amigo no me importaba, el deseo lo dominaba todo, la empujé para que se levantara, la cogí de la mano y entramos en el dormitorio de Thomas, cerré la puerta y le arranqué la ropa, la besé, le desabroché la falda y se la quité, luego dejé caer sus medias al suelo, estaba casi desnuda, me desabroché el botón de los pantalones y los dejé caer, me lancé encima de ella, enloquecido de deseo, sin ningún pensamiento aparte de ése, sí, en algún momento pensé que sí, esto es lo quiero, soy yo quien lo quiere, por qué no voy a hacerlo. Ella gemía y yo gritaba, me corrí, entonces me levanté para marcharme, ella se quedó mirándome, diciendo que no me fuera, que quería seguir, pensé vale, y volví a tumbarme sobre ella, pero no funcionó, me vestí, entré en el cuarto de estar sin mirar a nadie, cogí la chaqueta, salí a la calle, hice señas a un taxi, le di nuestra dirección, le pagué cinco minutos después, me metí en casa, me desnudé y me metí en la cama al lado de Tonje.

Cuando me desperté, me encontraba en el infierno. Fuera era de noche.

Tonje estaba sentada en el cuarto de estar viendo la televisión. Mi ropa, en un pequeño montón junto a la cama, olía a perfume. Yo olía a sexo. La sensación de culpa, vergüenza y angustia era tan grande que borraba todo lo demás. Era abismal. Era incapaz de moverme, estaba paralizado, tumbado en la oscuridad, sabiendo que la única salida de esa situación era la muerte. No me había movido desde que me desperté, era como si la oscuridad me presionara hacia abajo, produciéndome tanto dolor que quería gritar, pero me quedé inmóvil y en silencio, desde el cuarto de estar me llegaban los sonidos de la televisión, entonces ella se levantó y se detuvo ante la puerta abierta.

Yo yacía con los ojos cerrados, respirando con dificultad.

—¿Estás dormido todavía? —dijo—. Son casi las seis de la tarde. ¿Por qué no te levantas y así aprovechamos *algo* el día?

—Me siento muy angustiado —dije—. Me puse muy pedo.

—Pobrecito —dijo—. ¿Por qué no bajamos a alquilar una película? Puedo preparar una pizza.

—Sí —dije.

—¡Estupendo!

Ella salió, yo me incorporé en la cama, todavía borracho. Llevé mi ropa al baño y la metí en la lavadora con otra que había allí, la puse en marcha. Luego me duché. Estaba en el infierno. Aquello era el infierno. Pero me las arreglaría. Si conseguía sobrevivir ese día, y el siguiente y el siguiente, saldría adelante.

Pensé en contárselo. Sabía que yo no podría cargar con ello. Sus sentimientos eran puros y auténticos, era sincera en todo lo que hacía, y estaba conmigo, un ser perverso que hacía las peores cosas. Si le decía lo que había hecho, ella me dejaría. No podía arriesgarme. Mejor mentir para siempre. Mentir era lo que peor se me daba de todas las cosas, pero tenía que hacerlo. Tendría que mentir cada día el resto de mi vida, pero lo haría, me las arreglaría.

Salir ahora me vendría bien, aquí dentro estaba el teléfono, y tanto Thomas como ella podrían llamar.

Empezamos a bajar hacia Danmarksplass, donde se encontraba el videoclub grande.

—¿Lo pasaste bien ayer? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—No, en realidad no especialmente. Pero había mucha gente conocida.

Me preguntó quiénes estaban.

–No te estarás metiendo en algún lío, ¿no? –preguntó.

Me sonrojé de vergüenza y miedo, tenía la cara iluminada, pero meforcé a seguir con paso normal y la cabeza inmóvil, era noche cerrada, ella no podía verlo.

–Claro que no –contesté.

–¿Por qué viniste tan tarde? Eran las ocho cuando apareciste.

–Después de la fiesta *after hours* fuimos a casa de Thomas yo y un amigo suyo. Bebimos whisky y hablamos de literatura. Eso estuvo muy bien, por cierto.

Alquilamos dos películas y compramos los ingredientes para la pizza. Cuando volvimos a casa, la luz del contestador parpadeaba. No había pensado en eso. Era peor, porque los mensajes se oían por los altavoces, si había un mensaje relacionado con lo ocurrido, ella lo oiría.

Tonje se metió en la cocina, colocó lo que habíamos comprado y empezó a freír la carne picada, yo apreté el botón del contestador con la esperanza de que ella estuviera demasiado ocupada para fijarse.

Era Thomas. No dijo nada en concreto, sólo que podíamos hablar si yo quería.

–¿Quién era? –preguntó

–Thomas –contesté–. Sólo quería saludar.

Borré el mensaje, entré y me senté en el sofá.

Al día siguiente ella se fue a trabajar, como de costumbre. Yo llamé a Ole, necesitaba hablar con alguien, era incapaz de cargar con eso solo. Quedamos en ir al cineclub de Verftet, donde ponían una película de David Lean.

La mayoría de los amigos de Bergen eran amigos comunes, a ninguno de ellos podía contarle lo ocurrido. Pero Ole, que se había divorciado y vuelto a Bergen después de Norwich, se encontraba al margen. Sí que conocía a Tonje, se caían bien, pero su relación era conmigo. Seguía traduciendo a Samuel Johnson, principalmente para él mismo y su propio interés, había dejado la universidad y empezado la formación de enfermero. Un día me llevó por todos los pasillos subterráneos del hospital, yo iba a escribir sobre ellos y quedé aún más fascinado de lo que me imaginaba. Había todo un pequeño mundo bajo la tierra. Ole y yo fuimos a ver la película de Lean. Trataba de la infidelidad, me sentí aún más atormentado, estaba en el

infierno. Luego nos tomamos una cerveza en Wesselstuen, y se lo conté todo. Lo que quería saber y para lo que necesitaba un consejo era si debía confesar y contarle todo a Tonje, con la esperanza de que me perdonara, o no decir nada, hacer como si todo estuviera como siempre y dejar que pasara con el tiempo, que era lo que esperaba.

–No se te ocurra decírselo –me aconsejó Ole–. ¿De qué serviría? Entonces también ella tendría que cargar con ello. Así la responsabilizas también a ella. Es tu responsabilidad. Eres tú quien lo ha hecho. No lo puedes deshacer, lo hecho, hecho está. Y no importa si ella lo sabe o no.

–Pero entonces la estoy engañando. Entonces le estoy mintiendo.

–La *has* engañado. Las palabras y los actos no son la misma cosa.

–Tienes razón –dije–. Pero esto es lo más jodido que he vivido jamás. Nunca me he sentido tan mal. Es indescriptible. Duele tanto que te hace pensar que sería mejor pegarte un tiro.

–¿Tienes una pistola?

–Ja, ja. Es en lo único que pienso. Todo el tiempo, desde que me despierto hasta que me duermo. No existe nada más en el mundo que aquello que hice. Y Tonje...

–Se te pasará. Suena cínico, pero se te pasará.

–Eso espero –dije.

Pero no se me pasó. Cada vez que sonaba el teléfono, se encendía en mí el miedo. Sacaba la clavija en cuanto podía, sin que resultara sospechoso, entonces tenía al menos una especie de tregua, sabiendo que nadie podía llamar. Cuando elegíamos películas en el videoclub, leía siempre lo que ponía en las fundas para ver si tenían algo que ver con la infidelidad, si era así, buscaba un pretexto para no querer verlas. Leía minuciosamente la programación de la televisión. Si había algo relacionado con el tema, optaba por hacer otra cosa. Pero a pesar de eso, podía ocurrir que el tema surgiera, por ejemplo que alguien hablara de ello, entonces me subían los calores, llenándome la cabeza de vergüenza, e intentaba desviar la atención hablando de otra cosa. Me comportaba de un modo rígido y artificial, era raro que ella no se diera cuenta, pero seguramente estaba tan lejos de su imaginación que yo pudiera haber hecho algo así, que ni siquiera se le ocurría. Mi mala conciencia era constante, mi sentimiento de culpa ante ella era constante, hiciéramos lo que hiciéramos, yo era falso y mentiroso, un traidor, una mala persona y cuanto más ternura me mostraba ella, cuanto más se acercaba a mí,

peor me sentía. Yo hacía como si nada, pero todo estaba roto, todo se había convertido en un juego.

Nos compramos una casa. Un compañero de trabajo de Tonje iba a venderla, nos salió barata, estaba en Minde, muy cerca de la NRK. Era un chalé de tres plantas de principios del siglo XX, compramos las dos plantas de arriba, una de ciento diez metros cuadrados, donde viviríamos, y un piso más pequeño en la buhardilla, que pusimos en alquiler. Lijé los suelos y los barnicé, Tonje pintó y puso papel pintado. Quitamos las puertas y las pulimos para retirar la vieja pintura, buscamos ofertas para reformar el cuarto de baño. Luego tocaría la cocina. Nos gustaba el piso, era un verdadero chollo. Yo tenía un espacioso despacho, además, tenía dos salas de estar y un dormitorio, un balcón y un jardín grande. La vida transcurría con normalidad, el futuro era nuestro, empezamos a hablar de tener hijos. No lograba escribir, ya habían pasado cuatro años desde el debut, no tenía nada y seguramente nunca tendría nada. Pero seguía trabajando con la nuca gacha. Cada vez que sonaba el teléfono me estremecía de miedo. Eso no desaparecería nunca. Cada vez que posaba la mirada en Tonje o ella me sonreía, yo me llenaba de mala conciencia. Pero las cosas marchaban más o menos, me las arreglaba, el tiempo pasaba, tal vez desaparecería algún día. Hans y Sigrid se fueron a vivir a una casa en lo alto de Sandviken, yo fui a ayudar a Hans a pintar, era septiembre, el cielo era claro y azul, fuera, en el fiordo había una lancha de salvamento haciendo prácticas, salía de ella un enorme chorro de agua hacia el cielo, que brillaba a la luz del sol. Era uno de esos días en que todo está abierto, allí está la ciudad, en medio del mundo, bajo un cielo infinito y uno piensa que la vida merece la pena. De repente llamó Tonje para decir que pusiéramos la radio, había habido un ataque al World Trade Center, un avión se había estrellado contra una de las torres. Pusimos la radio y escuchamos, mientras los reporteros intentaban explicar lo sucedido. Yo era incapaz de imaginármelo, había una gran confusión. Hans dijo que seguramente sería Bin Laden, era la primera vez que oía ese nombre. Me fui a casa. Tonje estaba viendo la televisión, mostraban imágenes del avión estrellándose contra la torre una y otra vez, y vimos derrumbarse el edificio. Estuvimos toda la tarde delante del televisor. Al día siguiente volamos a Paros, donde estaríamos una semana. Nos paseamos por allí en ciclomotor, Tonje sentada atrás agarrada a mí, nos bañábamos y leíamos, hacíamos el amor y cenábamos en restaurantes, caminábamos por sus bonitas calles, un día



fuimos a Antíparos, donde yo había estado trece años antes, me reía recordándolo todo; en ese islote estuve sentado escribiendo una novela en un bloc, leyendo a Ulf Lundell y queriendo ser escritor. Completamente solo, y cuando me iba a bañar tenía miedo de las ballenas. ¡Aquí, en el Mediterráneo!

Ah, estuvo bien. Pero al volver a casa todo seguía como antes, pasó el otoño y no lograba escribir. Tonje se iba a trabajar, yo me estremecía cada vez que sonaba el teléfono, sólo podían ser cosas desagradables. De vez en cuando llamaban y no decían nada, esas cosas pasaban, pero me resultaba imposible no relacionarlo con aquello que había pasado una noche hacía casi un año.

Entonces, en febrero tuve un sueño. Soñé que me encontraba delante de un toro enterrado en la arena y que hacía esfuerzos para salir. Yo llevaba una espada en la mano, se la clavé en la nuca. La cabeza le cayó hacia un lado, pero el toro seguía luchando, y yo me desperté.

Algo terrible sucedería. Lo sabía, me lo había avisado el sueño.

¿Pero el qué?

Lo primero en lo que pensé fue en la chica que vivía encima de nosotros, era joven y tenía trabajo fijo, no la veíamos mucho, pero como vivía en la casa, pensé que a lo mejor sucedería algo con ella, que me denunciaría por acoso o algo así, porque se había vuelto inestable y se había fijado en mí. Llevaba algún tiempo con esa obsesión totalmente infundada en la cabeza, concentrada en mi propia mala conciencia y en mi autoimagen maltratada, pero ahora, con ese sueño, pensé que algo iba a suceder.

Transcurrió el día. Trabajé en mi despacho, llegó Tonje, cenamos, me senté de nuevo en el despacho a leer un poco, tenía allí un sillón, una pequeña mesa con cenicero y una taza de café, en todas las paredes había estanterías con libros, uno de mis mayores placeres era mirarlos, sacarlos, leer algo de ellos. En ese momento estaba leyendo *Anatomía de la melancolía*, de Burton. Eran algo más de las once, había silencio en la casa, silencio en las calles. Puse un CD en el miniequipo estéreo que había comprado, de la marca Tortoise, encendí otro cigarro, me serví un poco de café.

En el cuarto de estar sonó el teléfono. Lo oí como si estuviera muy lejos.

Apagué el equipo.

Si alguien llamaba tan tarde significaba que algo había pasado.

Habría muerto alguien. ¿Pero quién?

Tonje abrió la puerta.

–Tienes una llamada –dijo.

–¿Quién es?

–No lo han dicho. Tiene que ser algún amigo tuyo que yo no conozco, porque está bromeando.

–¿Bromeando?

–Sí.

Me levanté, fui al cuarto de estar y cogí el auricular. Tonje me siguió.

–¿Hola? –dije.

–¿Eres el violador Karl Ove Knausgård?

–¿De qué estás hablando? –pregunté–. ¿Quién eres?

Tonje se había detenido, estaba junto a la pared mirándome.

–Sabes muy bien de qué estoy hablando, joder. Violaste a mi novia hace un año.

–No, no lo hice.

–¿Sabes a lo que me refiero?

–Sí, pero no fue una violación.

En el momento de decirlo miré a Tonje. Estaba lívida, mirándome con los ojos abiertos de par en par, como a punto de caerse contra la pared.

–Claro que lo fue, coño. Y si no lo admites iremos a verte ahora, y si no abres romperemos la puerta. Si no lo admites te mutilaremos. Vamos a destrozarte la cara. Bueno, escritor, ¿lo vas a admitir o no?

–No. No fue violación. Reconozco que nos acostamos. Pero no fue una violación.

Tonje me miró.

–Ya lo creo que lo fue, gilipollas. Ella se despertó con la ropa destrozada. ¿Cómo puedes explicar eso? Ella está aquí ahora.

–No fue una violación, digas lo que digas, y diga ella lo que diga.

–Entonces iremos a verte.

–Quiero hablar con ella.

–Sólo si admites que la violaste.

–No fue una violación.

–Entonces lo escucharás de sus propios labios.

Pasaron unos minutos. Levanté la vista, Tonje se había ido de la habitación.

–¿Hola? –dijo la mujer al otro lado del auricular.

–Tu novio dice que fue una violación. ¿Cómo puedes decir algo así? Estabas igual de dispuesta que yo.

–No recuerdo nada. Me desperté con toda la ropa destrozada. No sé lo que ocurrió. Puede que no fuera una violación, pero fue horrible. Se lo conté a él, y quería ir a pegarte. Pude detenerlos. Pero están locos.

–¿Están? –pregunté.

–Sí –contestó.

Resultó que eran dos, uno era su ex novio y el otro un escritor al que no conocía, pero a quien había visto varias veces.

–Él dice que no eres tan bueno como muchos creen –dijo ella.

–¿Qué tiene él que ver con esto?

–Es un amigo.

–De acuerdo –dije–. No puedo permitir que se diga de mí que soy un violador, no fue una violación. Tienes que decir que no fue una violación.

–No lo fue.

–¿Siguen queriendo venir a verme?

–No sé qué planes tienen.

–Lo mejor sería que nos viéramos –dije–. Tú, tu novio y yo. Para hablar.

–Vale –dijo ella.

–¿Puedes mañana? ¿A las dos en el café del Museo de Artes Decorativas?

–Vale, está bien. También yo quiero hablar de ello. He llamado varias veces, pero siempre ha cogido el teléfono tu mujer.

–Nos vemos entonces –dije y colgué.

En ese momento entró Tonje en la habitación. Me miró fijamente.

–Tenemos que hablar –dije.

Nos sentamos en mi despacho. Fue como si hubiese entrado en una zona en la que la luz era completamente blanca, y fuera no hubiera nada. Hablamos de lo sucedido. Le conté con todo detalle lo que había pasado aquella noche. ¿Por qué no me lo dijiste?, repetía Tonje una y otra vez ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me lo dijiste? Le pedí perdón, le dije que no tenía intención de hacerlo, le pedí que me perdonara, pero nos encontrábamos ya en un punto completamente distinto, no se trataba de pedir perdón, se trataba de que aquello tan bonito que habíamos compartido ya estaba roto. La manera en que se había descubierto, tan violenta e incontrolable, le había estremecido, estaba en estado de shock, seguía pálida,

no lloraba, sólo intentaba entenderlo. Yo también estaba en estado de shock, la luz blanca borraba todo lo demás, sólo quedaba eso tan terrible que había hecho. Dije que no había sido una violación, ella dijo que ya lo sabía, no se trataba de eso. Para mí se trataba también de eso, podía ocurrir cualquier cosa, la mujer podía ir a la policía, de repente podrían presentarse en casa y arrestarme. Nadie en el mundo me creería, sería condenado y sería un violador convicto, lo peor de lo peor, lo más vergonzoso de lo vergonzoso, para toda la vida, hasta mi muerte. Además, era una persona pública, si la prensa se enteraba saldría en todas las portadas del país. Pero no pensaba en eso mientras hablábamos en el despacho, en ese momento sólo importaba lo que yo le había hecho a Tonje. Ella no lloraba, pero se había alejado, estaba encerrada en sí misma, estremecida en lo más profundo de su alma.

Al día siguiente fui a la ciudad, que estaba como desaparecida, como borrosa, lo único que existía era el pensamiento de lo que había hecho.

No estaban en el café. Esperé una hora, no se presentaron.

Llamé a Thomas y le conté lo ocurrido. Se puso furioso. Dijo que conocía a Arild, como se llamaba el ex novio, era un delincuente, un drogadicto, no tenía nada que temer de él, pero si quieres, Karl Ove, puedo ir a verlo y asustarle tanto que nunca en su vida volverá a llamarte. Si hace falta le doy una paliza. ¿Lo hago? Podemos esperar un poco, dije, a ver lo que ocurre. Si me vuelve a llamar, a lo mejor podrías hablar con él. Así lo haré. Puedes fiarte de mí. Esa gente sólo busca el mal.

Cuando volví a casa, tan alegremente iluminada por el sol de la tarde, oí que Tonje estaba llenando de agua la bañera. No quise molestarla, me metí en el cuarto de estar y miré hacia la montaña al otro lado.

El agua dejó de correr.

Un largo y estremecedor sollozo salió de ella.

La aflicción de los sollozos era tan grande que me eché a llorar.

Pero no podía consolarla, no podía ayudarla.

No volvieron a llamar. No volví a saber nada más de ellos. Pero de todos modos la relación estaba rota, y tal vez lo hubiera estado desde la noche en que hice lo que hice, en todo caso decidimos que yo me marcharía fuera por algún tiempo. Llamé a los que me habían alquilado aquella casa de Bulandet el año anterior, la casa estaba vacía, podía ocuparla inmediatamente; eso hice, cogí el barco hasta Askvold y de allí a Bulandet, en el extremo oeste del país, muy dentro del mar, allí estaría yo.

No escribía nada, pescaba, dormía y leía. Estaba alterado, no momentáneamente, sino en lo más profundo de mi ser, lo sentía así porque no mejoraba, no cambiaba, cada día me despertaba a una desesperación infinita. Lo único que podía hacer era aguantar. Todo lo mío se centraba en eso. Tenía que aguantar. Leí los diarios del poeta Olav H. Hauge, me proporcionaron un gran consuelo, no sabía por qué, pero así fue, durante algunas horas, mientras los leía, encontraba paz. Cada vez que llegaba el ferry me colocaba junto a la ventana para ver si bajaba alguien a tierra, pensando, quizá venga Tonje. No habíamos tomado ninguna decisión, sólo estábamos de acuerdo en que los dos necesitábamos estar solos, cada uno por su lado, y en que yo me fuera a Bulandet. Yo no sabía si la relación había acabado, si ella quería el divorcio o si me echaba de menos y quería que siguiéramos juntos. Toda la culpa era mía, no quería cargarla con nada más, me mantendría alejado, ella misma tendría que averiguar lo que quería hacer. Miraba hacia el ferry con esperanza. Pero ella no llegaba. Una vez estaba seguro de que era ella la que se bajaba, me puse las botas a toda prisa y fui corriendo a recibirla, pero enseguida me di cuenta de que no era ella, y volví a casa.

Me llamó Espen, iba a ir a Bergen, yo echaba mucho de menos poder hablar con alguien, cogí el barco, nos vimos, nos tomamos un par de cervezas y me quedé a dormir en su habitación de hotel. Cuando estábamos por ahí nos encontramos con una de las amigas de Tonje. Parecía que había visto a un fantasma cuando me vio. Al día siguiente volví a la isla, curiosamente esa minúscula isla muy dentro del mar, esa vieja casa de los cincuenta situada en la punta, y de la que yo disponía, la sentía como si fuera mi hogar. Me encantaba el cielo de ese lugar, era grande y dramático, me encantaban los escasos días con sol y calma. Me encantaba estar en el muelle y mirar el agua clara, verde, fresca y atrayente, de la que subían en vertical largas tiras de algas y por la que pasaban peces y cangrejos que andaban de lado. Estrellas de mar, mejillones, todo ese rico mundo subterráneo. Alguna vez se veía muy dentro una bolsa de plástico a la deriva. También me encantaba mirar el pequeño puerto, los almacenes, todo el equipo, las redes, cubetas, cajas y bidones que había por allí. Pero sobre todo el cielo, ver cómo las nubes se deslizaban por la oscuridad de la noche, como barcos acercándose a tierra, o cómo se apilaban ante una tormenta que siempre venía del oeste y que hacía que la casa temblara y se sacudiera, respirara y palpitara.

En todas mis excursiones de pesca veía cosas, entre otras una nutria que

solía estar cerca de casa; tenía un pequeño tobogán en la nieve, y a veces jugaba en él. Otras veces la veía llegar nadando, una pequeña cabeza negra asomando justo por encima de la superficie del agua. Una noche cruzó a toda prisa la terraza de mi casa. Me gustaba, me ponía contento cuando la veía, era como una amiga.

Una mañana, la isla estaba abarrotada de pájaros que hacían un ruido infernal. Levantaron el vuelo, había varios cientos, una nube que se elevaba, dieron unas cuantas vueltas alrededor de la isla antes de volverse a posar, despacio, como una alfombra. Por la noche se quedaban completamente quietos en la oscuridad. Pensé en ellos antes de dormirme, el silencio de lo vivo es algo muy distinto al silencio de lo muerto, y me desperté temprano por la mañana al día siguiente con su barullo.

El invierno se transformó en primavera. No tenía televisión, no tenía periódicos, no comía más que pescado, galletas saladas y naranjas, lo único en lo que pensaba, cuando no pensaba en Tonje, era en convertirme en una buena persona. Tenía que llegar a ser una buena persona. Tenía que hacer todo lo posible para llegar a serlo. Tenía que dejar de ser cobarde, tenía que dejar de ser evasivo y vago, tenía que ser sincero, recto, claro, abierto. Tenía que mirar a la gente a los ojos, tenía que defender lo que era, lo que opinaba y lo que hacía. Tenía que tratar mejor a Tonje si íbamos a seguir juntos. No estar malhumorado, no ser irónico, no ser sarcástico, sino elevarme por encima de eso y pensar siempre a lo grande. Ella era única, y no debería darla por sentado.

Más que nada quería actuar. Hacer algo. ¿Pero qué podía ser?

Pensé en suicidarme, simplemente ponerme a nadar mar adentro, era una sensación emocionante y excitante, había en ella algo atrayente, pero no lo haría nunca, no estaba en mi carácter darme por vencido. Yo era una persona que aguantaba. Pero nadie había dicho que no se podía mejorar mientras se aguantaba.

Le escribía cartas a Tonje, pero no se las enviaba. No recibía ninguna, no me llegaba ninguna noticia y al final regresé a Bergen.

Llevábamos tres meses sin vernos. La llamé en cuanto llegué a la cuesta que bajaba hasta la casa.

—¿Karl Ove, has venido? —dijo Tonje con su voz tan cercana.

—Sí —dije—. Estoy aquí fuera.

—¿Estás aquí?

Abrí la puerta con mi llave y subí la escalera, ella salió a la entrada, detrás de ella había un colega. Joder, pensé, ¿se ha mudado aquí? ¿Están juntos?

No, no estaban juntos. Él había pasado por allí para arreglarle la puerta corredera del baño. Tonje estaba delgada, parecía afligida. Yo también estaba delgado y no había en mí rastro de alegría.

Hablamos durante varios días. Ella quería continuar, yo quería continuar, y continuamos. La casa, los amigos, la familia, Bergen. Yo escribía por el día, ella trabajaba en la NRK. Todo era como antes. El verano llegó y se marchó, las navidades llegaron y se marcharon, hablábamos de tener hijos, pero no dábamos el último paso. Un día recibí una llamada de un desconocido. Dijo que había estado casado con la mujer con la que yo había sido infiel. Tenían hijos en común. Ahora él quería la custodia de los niños para él solo. Se iba a celebrar un juicio. Me preguntó si me prestaba a ser testigo. Dijo que ella y su novio le habían hecho lo mismo a un pastor, ella había tenido sexo con él y él había llamado a la familia para contárselo. El pastor había dejado su puesto, dijo el hombre, yo no sabía muy bien qué decir, por un momento pensé que podía tratarse de una trampa, que alguien lo estaba grabando, pero él parecía sincero. Al final le dije que no podía ayudarle. Cuando se lo conté a Tonje, ella dijo que esas cosas salían enseguida, lo que ocurría en los juzgados era siempre comprobado por las redacciones de los periódicos, y si yo hubiera dicho que sí, como había considerado hacer, se leería «Conocido escritor noruego (32) acusado de violación» y se ofrecería más información para que todo el mundo supiera de quién se trataba.

Me aferraba a la escritura, me pasaba en el despacho desde la mañana hasta la noche. Los periodistas habían dejado de llamarme hacía ya mucho tiempo, cuando ocurría alguna rara vez era para preguntarme si quería participar en un artículo sobre el bloqueo del escritor o en algún artículo sobre escritores de un solo libro. Pero en el mes de febrero de 2002 ocurrió algo. Empecé otro texto breve, dejando que la acción tuviera lugar en el siglo XIX, pero permitiendo que todo lo que existe ahora existiera entonces, el lugar era Tromøya, y sin embargo no, se dejaba intuir una historia muy distinta, y en ese mundo paralelo, que se parecía al nuestro pero que no lo era, dejé a Yngve, a mi padre y a mí coger el barco hacia Torungen una noche de verano. Describía la noche como la recordaba, con una excepción: la gaviota que mi padre alumbraba con una linterna, a la que le salían unas pequeñas

protuberancias como brazos justo debajo de las alas. Le dejé decir que habían sido ángeles, y entonces lo supe: era una novela. Por fin una novela.

Estaba enormemente excitado. De pronto me llegó un montón de energía, hacía la compra, cocinaba y hablaba de todo, lleno de iniciativas en comparación con Tonje, podíamos ir allí, hacer eso, de repente todo era posible de nuevo.

Tonje se fue a un seminario a Kristiansand, yo tenía las veinticuatro horas del día para escribir, volvió tres días después, se iba directamente a una fiesta, iba a tocar su banda, compuesta por colaboradores de la NRK, me preguntó si quería ir con ella, pero yo tenía que escribir y se fue sola. Al cabo de una hora me arrepentí y me acerqué, la vi tocar la batería, por alguna razón me conmovió, pero cuando luego me acerqué a ella y estaba recogiendo sus cosas se mostró evasiva, no me miraba a los ojos, no quería hablar. La conocía, había algo que la atormentaba.

Cargó con los soportes de los platillos por el pasillo, yo llevaba el tambor en las manos y le dije que me contara lo que le pasaba. Sé que pasa algo, dímelo.

—No pensaba decírtelo —dijo—. Pero ya que preguntas lo haré. Te he sido infiel.

—¿En Kristiansand? ¿Ahora?

—Sí.

La miré. Ella me miró.

Me enfadé, sólo pensar que ella se había entregado a otro me resultaba horrible, pero también me sentía aliviado, la culpa ya no era sólo mía.

Cuando llegamos a casa nos sentamos en mi despacho como habíamos hecho hacía un año. Yo ya no estaba en estado de shock, porque lo que había ocurrido, lo que ella había hecho, no era más que una prolongación de lo que había hecho yo, pero era igual de horrible.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté—. Yo estaba tan borracho que no sabía lo que hacía. Pero tú no haces nunca nada que no esté bajo tu control. Tú sí sabías lo que hacías.

—No lo sé. Creo que fue porque de pronto te pusiste muy contento. De repente andabas por el mundo irradiando felicidad. Has estado deprimido durante cuatro años, desde el otoño en que murió tu padre y debutaste, tan poca alegría ha sido muy difícil de sobrellevar. Lo he intentado, lo he intentado todo. ¡Y entonces de repente consigues escribir, y estás otra vez



contento! Me resultó enormemente provocativo. Tengo la sensación de no tener nada que ver con tu vida. Tengo la sensación de estar completamente marginada. Entonces llegó la gota que colmó el vaso y pensé: mierda. Y lo hice.

Me sujeté la cabeza con las manos.

La miré.

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunté.

—No lo sé.

Nos metimos en la cama, a la mañana siguiente hice la maleta y me fui a casa de Yngve, que se había mudado a Voss. Me quedé allí dos días, estuve hablando con él, dijo que debía quedarme con Tonje. Éramos los dos iguales. Tonje era una persona fantástica, no debía dejarla.

Cogí el tren de vuelta a Tonje, estuvimos toda la noche hablando, yo había decidido irme. Quería alejarme de todo. Lo dejamos abierto, no había acabado, nada era definitivo, pero los dos sabíamos que había acabado, al menos yo.

Tonje me acompañó a la estación.

Me abrazó.

Lloró.

Yo no lloré, la abracé y le dije que se cuidara. Nos besamos, subí al tren, y cuando el tren salía de la estación, la vi andar sola por el andén en dirección a la ciudad.

Cogí el tren nocturno a Oslo, todo lo que hice durante el viaje fue evitar pensar. Leí un periódico tras otro, luego leí una novela de Ian Rankin, la primera novela de suspense que leía en veinte años, al final estaba tan cansado que necesitaba dormir, cerrar los ojos. En Oslo me compré otra novela de Rankin, subí al tren de Estocolmo, me senté y empecé a leer.

Así abandoné Bergen.

*Título de la edición original:*

Min kamp. Femte bok

Edición en formato digital: abril de 2017

© de la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 2017

© Forlaget Oktober AS, 2010

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3796-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)

[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)